ANDREA MILANO



LA GUARDIANA DE TODOS LOS SECRETOS

UN AMOR CON SENTENCIA DE MUERTE ENTRE ITALIA Y ARGENTINA (1950-1954)

ANDREA MILANO

La guardiana de todos los secretos

Un amor con sentencia de muerte entre Italia y Argentina (1950-1954)

Para mi querido amigo Angelo,
uno de los grandes responsables de mi profundo amor por Italia.

Que el cielo exista, aunque nuestro lugar sea el infierno.

JORGE LUIS BORGES, "Deutsches requiem"

TORMENTA

La sangre estaba por todas partes. En sus manos, en la ropa y en el pelo. Dejó caer la estatua al suelo cuando comprendió lo que acababa de hacer. Trató de incorporarse, pero sus pies desnudos se resbalaban en aquel charco de color rojo que iba cubriéndolo todo a su alrededor. Apartó la mirada del hombre que yacía a su lado, con un agujero en la cabeza. Se quitó un mechón de cabello del rostro y pudo sentir cómo la sangre tibia de él se deslizaba por una de sus mejillas y se depositaba en su boca. El sabor metalizado le provocó náuseas y se retorció hacia un costado hasta que su estómago quedó vacío. Llovía con intensidad. El ventanal que daba a la terraza estaba abierto y las cortinas cedían a la fuerza del viento que las arrastraba hacia adentro sin piedad.

Un aire helado inundó la habitación; sin embargo, ella no tenía frío. Se sujetó del borde de la cama y consiguió ponerse de pie. Él continuaba sin moverse. Cerró los ojos, pero sabía que cuando los volviera a abrir, él seguiría allí. En su mente, aquella escena dantesca no iba a desaparecer nunca.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, había reunido el valor suficiente para enfrentarse a sus maltratos.

No quería matarlo.

Tampoco morir en sus manos.

Tan solo deseaba escapar del infierno.

*

Esa tarde de fines de noviembre, la primavera comenzaba a despedirse de Buenos Aires con lluvia. El viento rugía impetuoso, doblegando las altas copas de los pinos que rodeaban la mansión de la familia Navarro Soler. En la cocina, Emilce, el ama de llaves de la familia, leía ensimismada un nuevo capítulo de su novela favorita. Atenta a las vicisitudes de los personajes que la acompañaban todas las tardes, no se percató de que alguien la estaba espiando.

Francisco, el mayor de los hijos varones de don Álvaro y doña Irene, se encontraba en casa, recuperándose de unas fiebres que lo habían aquejado durante casi una semana y le impidieron

asistir a la escuela. A los diez años, un niño inquieto como él se aburría con demasiada facilidad. Santiago no había vuelto del colegio aún y Pedrito dormía la siesta. Observó con atención cómo Emilce suspiraba cada vez que daba vuelta una página del libro. Francisco se cubrió la boca con la mano manchada de tinta azul para reírse sin que el ama de llaves se diera cuenta de su presencia. Cerró la puerta despacio y se alejó de la cocina. Subió las escaleras, saltando los peldaños de dos en dos. Un relámpago estalló en el cielo y Francisco dio un respingo. No les temía a las tormentas, pero los fuertes ruidos le provocaban ansiedad. Cruzó el pasillo y se detuvo frente a la ventana. Corrió el cortinado y miró. Los pinos se movían a merced del viento mientras enormes charcos de lluvia se formaban al pie. Las flores que su madre cuidaba con tanto esmero estaban cabizbajas, sometidas a la fuerza de la naturaleza. Un nuevo relámpago iluminó la mansión y Francisco se apresuró a cerrar la cortina. Con la respiración agitada corrió hacia el rellano de las escaleras. Estaba a punto de bajar, pero al mirar hacia atrás por encima del hombro descubrió que la puerta de la habitación de sus padres permanecía entreabierta.

Una mezcla de curiosidad y miedo lo retuvo en el lugar. Siempre le habían dicho que no molestara a su madre cuando padecía una de sus famosas jaquecas. No había almorzado con ellos y llevaba encerrada desde la mañana. Se aproximó sin importarle que su hermana Rosario lo regañase por desobedecer sus órdenes. Entró a la habitación. La cama matrimonial estaba vacía. Las sábanas de seda arrugadas eran la única señal de que alguien acababa de dormir allí.

—Mamá… —Francisco buscó a su madre en la penumbra de la habitación. Miró debajo de la cama y detrás de las cortinas. En su inocencia, pensaba que se había escondido para jugar con él. De repente, mientras la lluvia golpeaba contra la ventana, oyó un sonido que provenía del baño. Atravesó los pocos metros que lo separaban de la puerta y entró con la ilusión de sorprender a su madre.

El pequeño Fran se detuvo en seco. Frente a él, en una tina en donde el agua se había teñido de rojo, yacía el cuerpo desnudo de su amada madre. De su mano pálida e inerte caían gruesas gotas de sangre. Francisco se cubrió el rostro. No quería mirarla. Tal vez cuando abriera de nuevo los ojos aquella terrible escena desaparecería para siempre. Estaba temblando; la orina tibia se deslizó por el interior de sus piernas, manchando la alfombra. Rosario se iba a enojar con él. Hacía mucho tiempo que no se orinaba.

—Mamá… —suplicó en un hilo de voz. Deseaba gritar, pero el llanto acumulado en su garganta no se lo permitió. Movió el pie derecho; luego el izquierdo hasta que la punta de sus zapatos negros rozó el borde de la tina de mármol.

Tenía apenas diez años; aun así, Francisco Navarro Soler supo que su madre ya no volvería a abrazarlo. Que no correría a su lado cuando despertara en medio de la noche por culpa de una pesadilla. ¿Quién velaría su sueño a partir de ahora? Se arrodilló junto a ella. La sangre que

brotaba de las venas cortadas de la mujer se mezcló con los restos de su propia orina. Acarició la mano fría. Ya no podía hacer nada por traerla de regreso. Cuando por fin las lágrimas contenidas bañaron su rostro, el niño pudo gritar.

Los alaridos desgarradores de Fran llamando a su madre retumbaron por encima de los relámpagos y la lluvia. Aquella desapacible tarde de noviembre, la mansión de los Navarro Soler se teñía de tragedia.

*

Francisco se despertó agitado, con el corazón en la garganta y el pecho sudado. La tenebrosa oscuridad de su celda se iluminó cuando un refucilo estalló en el cielo. Tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces para asegurarse de que no continuaba atrapado en su pesadilla. Le costaba respirar, y la humedad que lo rodeaba parecía estar impregnada con el nauseabundo olor oxidado de la sangre. Se sentó en el catre. La camiseta pegajosa era demasiado incómoda y se deshizo de ella, arrojándola al suelo. No importaba el tiempo que hubiera transcurrido desde aquella fatídica tarde de noviembre en la que le tocó descubrir a su madre muerta en la bañera. La imagen perturbadora de sus muñecas cortadas y sus ojos abiertos, ya sin vida, no dejaban de acecharlo. Desde que se encontraba en prisión, las pesadillas se habían vuelto más recurrentes y sentía que terminaría perdiendo la cordura. La única salida que existía de aquel laberinto plagado con recuerdos oscuros era encontrar la verdad. Se miró las manos. Un intenso temblor comenzó a recorrer su cuerpo. Estaban limpias, humedecidas por el sudor; sin embargo, él las veía completamente cubiertas de sangre.

PARLAMI D’AMORE, LEONÓ

Sorrento, provincia de Nápoles, Italia, marzo de 1950

—¡No te muevas!

La mano de Michele, dispuesta a espantar el mosquito que sobrevolaba a su alrededor, se detuvo en el aire cuando el grito de Eleonora quebró el silencio de aquella cálida noche de primavera.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Qué ocurre? —inquirió, molesta porque no lograba trasladar al papel la expresión de fastidio que reinaba en el rostro de su modelo de turno.

Michele suavizó su semblante con una sonrisa seductora. Tenía parte del cuerpo entumecido después de permanecer tanto tiempo en la misma posición. Encima, desde allí, disfrutaba de una visión privilegiada de los muslos de Eleonora, que se asomaban por debajo de la falda del vestido, y le costaba mantener la distancia.

—Estoy cansado, Leonó —protestó el muchacho, moviendo un poco el brazo que tenía apoyado sobre el fardo de heno—. Cuando dijiste que nos veríamos esta noche, no pensé que terminaría con el cuello duro y las piernas dormidas.

Eleonora se contuvo para no reírse al ver la mirada de cordero degollado de Michele. Lo ignoró y trató de enfocarse en su dibujo. Cuando él comenzó a entonar el estribillo de “Parlami d’amore, Mariù”, no tardó en desistir de su intención de retratar al joven que le había robado el corazón.

—¡Qué linda estás, aún más linda esta noche, Leonó! ¡Brilla una sonrisa de estrella en tus ojos azules! —Michele se puso de pie y con pasos torpes se acercó a ella—. Dime que no es una ilusión, dime que eres toda para mí.

Eleonora cerró el cuaderno de bocetos y metió el carboncillo en el ruedo del vestido. El joven la sujetó de la cintura y no le dio tiempo a reaccionar. Danzaron en la penumbra de aquel cobertizo que los protegía de miradas indiscretas, mientras Michele seguía cantando para ella.

—¡Háblame de amor, Leonó! ¡Toda mi vida eres tú!

Aunque la voz de él no se parecía en nada a la de su admirado Achille Togliani, le ponía tanto sentimiento a su interpretación que Eleonora se sintió profundamente conmovida.

—Eres hermosa, mi Leonó —le susurró al oído—. Te amo tanto que me duele el pecho

cuando te alejas de mí.

Ella suspiró. Cada vez se hacía más difícil verse a escondidas. Llevaban casi dos meses encontrándose en aquel viejo cobertizo, y el temor a ser descubiertos los acompañaba desde el momento en que llegaban hasta que se despedían para regresar a hurtadillas a sus hogares. Eleonora recostó la cabeza en el hombro de Michele y cerró los ojos para detener las lágrimas que pugnaban por salir.

Él se dio cuenta, entonces tomó el rostro de Eleonora entre las manos y la miró.

—Lo que nos pasa es demasiado bonito para ocultarlo al mundo —dijo, antes de sembrar de besos las mejillas sonrojadas de su amada.

Eleonora guardó silencio. Se sentía culpable; después de todo, si no podían gritar a todo el mundo que se querían era por causa de su hermano mayor. Domenico Ferrara, un hombre rudo y de pocas palabras, que se había convertido en un padre para Eleonora después de que perdieran a sus progenitores cuando ella apenas tenía seis años. La madre había fallecido por complicaciones en un parto prematuro, que también se llevó a la criatura que cargaba en su vientre. Un año después, cuando aún no se habían recuperado de la muerte de su madre, don Carmine, agobiado por la tristeza y embotado con alcohol, murió al caer de su caballo una fría noche de febrero. Aunque todos aseguraban que se había tratado de un accidente, Eleonora y Domenico sabían que Carmine Ferrara había encontrado lo que tanto buscaba desde el día que perdió a su esposa.

Michele le enjugó las lágrimas que comenzaron a rodar por las mejillas y sonrió.

—No me gusta verte triste. —Le rozó la boca con la punta del dedo y ella reaccionó, atrapándolo entre sus labios.

La respuesta de Eleonora fue la señal que él estaba esperando para dar el siguiente paso. Tomó su mano y la llevó hacia un rincón. Tuvo que soltarla un momento para quitarse la camisa y cubrir el heno con ella. Le indicó a la joven que se arrodillara. Eleonora obedeció sin decir nada. Sobraban las palabras. Los dos estaban plenamente conscientes de lo que deseaban y esa noche no había espacio para las dudas.

Ella se reclinó muy despacio mientras que con dedos temblorosos comenzaba a desabrocharse los botones del vestido. Michele, a tan solo unos pocos centímetros de distancia, no dejaba de mirarla. Deslizó hacia abajo los tirantes del pantalón y se recostó a su lado, con la cabeza apoyada en su brazo.

Colocó una mano sobre la de Eleonora y la detuvo.

—Necesito que estés segura de lo que vas a hacer —le dijo, a sabiendas de que era su primera vez.

Ella sonrió.

—Quiero ser tuya, Michele.

El joven desabrochó el resto de los botones hasta que el vestido de Eleonora quedó tendido a un lado de su cuerpo. La ropa interior blanca resaltaba ante su piel tostada por el sol. Michele

descubrió que las diminutas pecas que la muchacha tenía en el rostro se replicaban alrededor de sus pechos. Aunque llevaban un par de meses encontrándose a escondidas, él jamás se había aprovechado de ella. Se besaban, se prodigaban algunas caricias y él dejaba que Eleonora lo dibujara. Por las noches, en la soledad de su cama, soñaba con aquel cuerpo desnudo… y ahora ella estaba ahí, tendida a su lado, dispuesta a entregarse a él sin reservas.

Le acarició el vientre y lo sintió palpitar contra su piel. Cuando su mano descendió hasta alcanzar la zona de la entrepierna, Eleonora gimió. Besó su hombro mientras ella le acariciaba el pecho. Michele terminó de desnudarla y después se despojó de su propia ropa. Desprovistos de cualquier pudor y embriagados de placer, se exploraron mutuamente sin prisa alguna, deleitándose con cada rincón que sus manos y sus bocas iban descubriendo. Se amaron en silencio, con miradas inocentes y caricias torpes. En aquel viejo cobertizo, el sonido de sus jadeos solo era acompañado por el canto nocturno de las cigarras.

Eleonora se ruborizó cuando Michele se apartó para contemplar su cuerpo desnudo.

—Ahora eres absolutamente mía, Leonó. —Tomó su mano y besó la punta de sus dedos—. No importa lo que suceda mañana. Nuestras almas permanecerán siempre unidas por un lazo invisible que nada ni nadie romperá… ni siquiera el paso del tiempo… ni siquiera la muerte.

Un escalofrío recorrió la espalda de Eleonora. No quería pensar en la muerte cuando acababa de sentirse tan viva. Esbozó una sonrisa.

—Nunca imaginé ser tan feliz —manifestó ella, extasiada. Su cuerpo perlado por el sudor todavía temblaba. Después de hacer el amor con Michele, el mundo que seguía girando fuera de aquellas cuatro paredes no podía perturbarlos. Lo abrazó con fuerza, consciente de que pronto tendrían que separarse.

Michele la acunó contra su pecho mientras le repetía una y otra vez lo mucho que la amaba.

Les costó soltarse. Ninguno de los dos quería tomar la iniciativa. Finalmente, fue Eleonora quien dio el primer paso. Comenzó a vestirse mientras Michele la observaba, sumido en el silencio. Cuando ella terminó de abrocharse el vestido y se giró sobre sus talones, descubrió que el muchacho apenas estaba subiéndose los pantalones.

—Debemos darnos prisa. —Eleonora se aproximó para alcanzarle la camisa—. Mi hermano duerme como un lirón, pero no podemos fiarnos.

Michele no dijo nada. Cada vez era más difícil para Eleonora escaparse de su casa para encontrarse con él. No se conformaba con aquella situación que ponía en riesgo la libertad de su amada Leonó. Ambos estaban convencidos de que el día que Domenico Ferrara descubriera la verdad, era capaz de recluir a la joven en un claustro de monjas y enviarlo a él al cementerio.

Eleonora lo ayudó a vestirse y luego barrió el suelo con los pies, buscando su cuaderno de dibujo. No podía irse sin él. Fue Michele quien lo encontró, y aun sabiendo que ella se enfadaría, quiso espiar el boceto que había empezado esa noche.

Eleonora alcanzó a quitárselo de las manos antes de que lograra su objetivo.

—¡Hasta que no esté terminado no puedes verlo! —le advirtió, molesta.

Él soltó un suspiro de resignación. La paciencia no era lo suyo, pero estaba dispuesto a esperar. Apagó el farol y lo ocultó detrás de un cajón de madera. Aunque el lugar estaba abandonado hacía tiempo, era frecuentado por los vagabundos, sobre todo durante las noches más frías.

Se marcharon por la parte de atrás, y tomados del brazo recorrieron el sendero que llevaba a la finca de los Ferrara. Como cada vez que se encontraban, Michele la acompañaba hasta la plantación de limones y aguardaba allí, amparado en la oscuridad, mientras ella se alejaba a toda prisa rumbo a la casa. Eleonora siempre encendía la luz de la habitación para hacerle saber que se encontraba a salvo, entonces él se marchaba con la tranquilidad de que todo estaba bien.

Trepar la ventana para regresar a su cuarto era la parte más difícil de su plan de fuga. Un movimiento en falso y todo acabaría. Eleonora saltó del alféizar con cuidado para no despertar a su hermano y a su cuñada. Si bien todo estaba oscuro alrededor, sabía exactamente la ubicación de cada mueble y el espacio que había entre ellos. Pisó con suavidad el suelo de madera y sorteó con éxito el viejo tablón que producía un sonido molesto. Debía darse prisa y avisarle a Michele que no había nada de qué preocuparse.

Pero cuando la luz se encendió de repente, supo que su aventura acababa ahí mismo. Del susto, el cuaderno de dibujo voló por el aire.

Eleonora quiso esquivar el brazo que se elevó amenazante hacia ella y no lo consiguió. Domenico le propinó una bofetada que la hizo tambalear.

—¿De dónde vienes? —El hombre se asomó por la ventana, aunque no logró ver a nadie. La cerró de un golpe y obligó a su hermana a sentarse en la cama.

Ella se mordió la lengua para no gritar. Le escocía la mejilla y tenía unas ganas inmensas de echarse a llorar.

—¡Contesta, Eleonora! —demandó Domenico, furioso.

Sus gritos retumbaban en la casa y Ludovica, su esposa, no tardó en aparecer para ver qué ocurría. Observó la escena en silencio. No avalaba el trato de Domenico para con su cuñada; de todas maneras, sentía pena por ella. Alguna que otra vez había intentado interceder a su favor; sin embargo, era mejor mantenerse al margen. De nada le servía pelear con su esposo por culpa de la cabeza loca de Eleonora.

La joven seguía en silencio, arrebujada en un rincón de la cama, mientras su hermano exigía una respuesta. Los sollozos intermitentes de Eleonora no apaciguaron la ira de Domenico; muy por el contrario, exacerbaron su necesidad de conocer la razón por la cual Eleonora había salido furtivamente en medio de la noche. Farfulló un par de maldiciones y miró de reojo a su esposa. Ludovica se encogió de hombros. Si su hermana no hablaba, descubriría la verdad por sus propios medios. Domenico rodeó la cama y recogió el cuaderno de Eleonora. Había un boceto a medio terminar que ocupaba dos páginas. Observó los detalles, tratando de dilucidar de quién se

trataba.

Eleonora intentó arrebatarle el cuaderno. Domenico fue más rápido y en el forcejeo, el cuaderno terminó rompiéndose.

—¡Dime el nombre de ese desgraciado! —La sujetó de los hombros y la zamarreó. Nunca le había levantado la mano, pero Eleonora sabía cómo acabar con su paciencia.

Ella, dispuesta a mantener la identidad de Michele en secreto, negó con la cabeza.

—¡Habla, Eleonora! ¡Soy tu hermano y mi deber es velar por tu integridad! —le recordó—. ¿Cómo crees que me siento al ver que te escabulles de tu habitación para ir quién sabe adónde, como si fueras una vagabunda?

En ese momento, presa de la rabia y el miedo, a Eleonora le importaba muy poco contrariar a su hermano mayor. Si se escapaba para encontrarse con Michele, era precisamente porque él jamás le daría su consentimiento. Ella tenía derecho a ser libre para amar a quien quisiera, y Domenico, en su afán de protegerla, solo conseguía abrumarla.

—Lo hice porque no tenía otra opción —dijo por fin cuando dejó de llorar—. Si te lo hubiera contado, no me habrías dado permiso para salir.

Domenico respiró hondo. A pesar de que estaba furioso con ella, comprendió que sería inútil valerse de amenazas para descubrir qué era lo que le ocultaba. Debía armarse de paciencia si quería ganarse su confianza. Le acomodó unos mechones de cabello detrás de la oreja como cuando era niña y suavizó su semblante, forzando una sonrisa.

—Dime dónde has estado y con quién.

Eleonora tragó saliva. No creía en su repentino cambio de actitud hacia ella.

—Fui a dar una vuelta por el campo y me encontré con un amigo —respondió, disfrazando la verdad—. Estuvimos conversando un rato y él me desafió a dibujarlo… por eso tardé más de lo previsto.

—¿Y te parece que son horas de andar deambulando por ahí? —Domenico dudaba de sus palabras—. ¿No te das cuenta del riesgo que corres? ¿Y si te hubieras encontrado con alguien más en el camino? —Antes de que ella agregara algo, se apoderó de su maltrecho cuaderno de dibujo. Recorrió sus páginas con interés hasta detenerse en un retrato. Se lo mostró—. Es él, ¿verdad?

No tenía caso negarlo. Eleonora asintió en silencio.

—Lo conozco. —Domenico le pidió a su esposa que se acercara. Entre ambos observaron concienzudamente el rostro del joven que Eleonora había plasmado en el papel.

—Es el hijo de don Giulio —manifestó Ludovica, haciendo referencia al barbero del pueblo —. Creo que se llama Michele.

—¿Cuánto hace que te ves a escondidas con él?

Eleonora ya no quería mentir. Ahora que su hermano acababa de descubrir la verdad, era hora de enfrentar las consecuencias de sus actos.

—No tuvimos otra salida, Domenico. Sabíamos que no nos darías permiso para encontrarnos a solas… Michele y yo estamos enamorados.

—¿Enamorados? ¿Qué sabrás tú del amor si hace apenas un par de años que dejaste de jugar con tus muñecas? —Le hablaba con sarcasmo—. Ese muchacho solo busca aprovecharse de ti y le has allanado muy bien el camino.

—¡Él no es así! —saltó Eleonora, dispuesta a todo con tal de defender el amor que sentía por Michele—. ¡Muchas veces quiso venir a hablar contigo para no tener que escondernos! ¡Fui yo la que se lo impidió porque sabía cuál sería tu reacción!

—¡Fue peor que te vieras con él a hurtadillas! —la increpó, alzando de nuevo la voz—. ¡Te has expuesto y pusiste en riesgo la reputación de la familia!

—¿Eso es lo único que te importa? —Eleonora no pensaba quedarse callada—. ¡No necesito un hermano que prefiere preocuparse de lo que piensen los demás y pasa por encima de los deseos de su propia sangre! —le escupió, envalentonada por primera vez en su vida.

Domenico tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volver a abofetearla. Eleonora se atrevía a desafiarlo y no sabía cómo reaccionar. Se dirigió hacia la ventana y la cerró, trabándola con una madera.

—Mañana a primera hora la clausuraré —anunció sin siquiera inmutarse—. Pondremos llave en la puerta durante la noche y no saldrás de la finca a menos que lo hagas acompañada por mí o por Ludovica.

—¡No puedes condenarme al encierro! —Eleonora se arrojó encima de él y comenzó a golpearlo.

Domenico dejó que su hermana se desahogara entre gritos y puñetazos. Cuando la soltó, Eleonora cayó al piso.

—Será mejor que te metas en la cama y trates de dormir. —Le lanzó una mirada gélida y abandonó la habitación seguido en silencio por su esposa.

Eleonora escuchó cómo Domenico le ponía llave a la puerta. Se acurrucó en un rincón y apretó el retrato de Michele contra el pecho. Las tenues líneas que había esbozado esa noche, lenta e inexorablemente se fueron esfumando con sus lágrimas.

VIEJO AMIGO

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, Argentina, abril de 1950

Francisco Navarro Soler ni siquiera se inmutó cuando el guardiacárcel se asomó por la puerta entreabierta de su celda y le anunció a viva voz que tenía una visita. Los días en la penitenciaría se parecían demasiado unos a otros, y el reencuentro con los seres queridos, en muchas ocasiones, no compensaba la terrible soledad que envolvía a los detenidos en su oscura telaraña.

Llevaba recluido allí casi tres años. Ciento cuarenta y tres semanas de convivir con los demonios: los que lo rodeaban y aquellos que emergían de sus más tenebrosas pesadillas. Llevaba la cuenta a diario, grabando sobre la sucia pared a un lado de su cama la vida que le habían arrebatado. Cada línea le recordaba que, tarde o temprano, todo se paga.

Su error había sido confiar en la mujer equivocada. Prestar ayuda a Magdalena Eiserman, quien fuera esposa de su hermano Santiago, le había costado demasiado. Si lo hubiera sabido, jamás se habría dejado arrastrar por su locura. Claro que tampoco podía culpar de todo a la pobre Magdalena. Su vida estaba sembrada de tragedias: desde el suicidio de su madre hasta la esterilidad de Rosario por culpa de un accidente que él mismo había provocado. Pero si había algo que lo convertía en un ser despreciable, era el hecho de que su adoraba hermana hubiera sido víctima de una salvaje violación por culpa de su desmedida codicia. Aunque Rosario ya lo había perdonado, él jamás podría hacerlo. Estaba allí por participar en un plan homicida; sin embargo, sentía que el castigo recibido era por cada uno de los errores del pasado. Y quizá por ello, se había resignado casi desde el primer día a cumplir con la condena impuesta.

Su familia insistía en ir a verlo. Le había dicho a Santiago, quien oficiaba como abogado defensor, que ya no quería recibir visitas. No era bueno para él ni para ellos. Sobre todo se preocupaba por Rosario. Cada jueves se aparecía con una bandeja de escones y una sonrisa de oreja a oreja que no bastaba para ocultar la tristeza de su mirada. Intuyendo que se trataba de ella, pensó en negarse a salir.

—No querrás hacer esperar a tu visita, Navarro Soler —se mofó el carcelero, golpeando la pared con la punta de su cachiporra—. Me habían comentado que tu familia se codeaba con gente muy importante, pero no les creí.

El comentario del hombre desconcertó a Francisco.

—¿Quién ha venido a verme?

El carcelero no respondió, solo se limitó a sonreír. Le indicó que saliera y lo escoltó al sector en donde los detenidos recibían a las visitas. Francisco distinguió una figura masculina sentada en la mesa más alejada. El hombre se encontraba de espaldas; aun así, lo reconoció de inmediato. La sorpresa le impidió hablar.

—¡Hola, Panchito! ¿Los ratones de tu celda te han comido la lengua? —Juan Duarte se puso de pie y tras acomodarse el fino bigote con los dedos, le dio una palmada en el hombro a su entrañable compañero de juergas.

—¿Qué estás haciendo acá? —dijo Francisco una vez superada la sorpresa.

—¿Es que acaso no puedo venir a visitar a un viejo amigo? —Duarte miró a su alrededor. El resto de los presos lo había reconocido y no le quitaban los ojos de encima—. Sé que no tengo excusa y que debí aparecer mucho antes, pero como comprenderás, llevo una vida demasiado ajetreada. —Resopló de fastidio—. ¡No es fácil ser el hermano preferido de la esposa del presidente!

Le contó que estaba saliendo con dos actrices al mismo tiempo. La manera en la cual se jactaba de que ninguna de ellas se había dado cuenta todavía que formaban un trío consiguió arrancarle a Francisco una carcajada. Recordar los viejos tiempos le hizo olvidar por un instante que estaba privado de su libertad.

—¿Has vuelto a pisar El Gato Calavera? —quiso saber.

—Estuve allí hace un par de noches y en el cabaret todos se acuerdan de vos. La que está cada día más linda es Nina —comentó Juancito escudriñando la reacción de su amigo.

Francisco sonrió. Pensaba todos los días en Nina Montero, aquella joven provinciana que llegó a Buenos Aires con el sueño de convertirse en estrella de cine. La misma que cayó en sus brazos y creyó en todas sus promesas que, por supuesto, nunca cumplió. Afortunadamente, Nina supo alejarse a tiempo de él y no necesitó de su ayuda para alcanzar sus metas. Por lo que sabía, gracias a los chismes que le traía Rosario, se había ganado un lugar de privilegio en el espectáculo nacional a fuerza de trabajo y perseverancia. También había afianzado su relación amorosa con Jedrek y seguían viviendo en el departamento del barrio de Caballito.

—Dudo que se acuerde de mí. —Lo dijo con la clara intención de que Juancito se sincerara con él. No buscaba que le mintiera solamente para hacerlo sentir bien.

Duarte guardó silencio y Francisco se arrepintió de lo que acababa de decir.

—En realidad siempre que me cruzo con ella me pregunta por vos.

—No ha venido a verme desde que estoy metido en este maldito lugar —replicó Francisco sin ocultar su enojo. Aunque la idea de que Nina lo visitara en la cárcel no era lo que deseaba realmente, en el fondo le dolía que lo hubiese abandonado.

—La pebeta tiene novio, Pancho. Supongo que al polaquito no le debe caer en gracia que se encuentre con un antiguo filito, y nada menos que en la cárcel —manifestó con ironía.

—Tenés razón. Este no es lugar para alguien como ella. —Se tocó el mentón. Hacía un par de

semanas que no se afeitaba y su aspecto no era el mejor.

Duarte percibió cierto resquemor en sus palabras. Prefirió cambiar de asunto para no contrariarlo y le habló de cómo el mal humor de Perón lo sacaba siempre de quicio.

La hora que duraba la visita se les pasó volando; cuando el guardiacárcel se acercó para decírselo, ambos lamentaron que aquel encuentro llegara a su fin. Se dieron un fuerte apretón de manos y antes de marcharse Juan Duarte aseguró que hablaría con quien hiciera falta para que revisaran su situación procesal. Incluso se atrevió a prometerle que la próxima vez que lo visitara, vendría acompañado por el abogado de Perón.

Y Francisco Navarro Soler, conociendo de sobra el carácter voluntarioso de su amigo, se permitió creer que aquello realmente pudiera suceder.

Mientras lo escoltaba por los pasillos de la penitenciaría, el guardiacárcel sonreía burlón. Quiso preguntarle la razón de su buen humor. Francisco no tardó en descubrir lo que estaba ocurriendo. Al llegar a la celda, había un hombre despatarrado sobre su litera. Se incorporó despacio y escupió al suelo.

—Así que vos sos el famoso Francisco Navarro Soler —dijo, mirándolo de arriba abajo con desdén.

Él no entendía que hacía aquel sujeto allí. Su hermano Santiago había logrado que no tuviera que compartir la celda con nadie. Cuando la puerta se cerró con un fuerte golpe, un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Quién es usted? No puede estar acá. —Pasó junto a él y se paró debajo del ventanuco. No era prudente perderlo de vista.

—Tengo un mensaje para vos. —El hombre se levantó. Era más alto de lo que Francisco suponía. Se sonó los dedos y el chasquido presagiaba lo peor—. Un amigo mío te manda saludos. Me dijo que seguramente te acordabas de él.

Francisco solo pudo pensar en un nombre: Teodoro Schneider. Desde que había puesto los pies en la Penitenciaría Nacional, sabía que, tarde o temprano, sus caminos iban a cruzarse. Sin embargo, fiel a su costumbre, el hombre al que había enviado a la cárcel para vengar a su hermana se escudaba detrás de un maleante para recordarle que tenía una deuda pendiente con él.

Se preparó para defenderse, pero no era bueno peleando y cayó al piso, con el rostro ensangrentado, tras recibir el primer golpe.

LOS RIESGOS DEL AMOR

Sorrento, provincia de Nápoles, abril de 1950

Apenas puso un pie fuera de su lujoso automóvil, Vincenzo Gentile atrajo todas las miradas. El hijo menor de don Pasquale Gentile y doña Concetta Malatesta avanzaba por la calle, pavoneándose. Dos condiciones fundamentales convertían a Vincenzo en un hombre tan temido como respetado: haber recibido una bala en la guerra y ser elegido como capo de la Camorra antes de cumplir los treinta años. A pesar de su juventud y su carácter un poco explosivo, nadie tuvo dudas de que era el indicado para ocupar un puesto de tanta relevancia. Sin duda, don Pasquale, desde la tumba, debía estar muy orgulloso de su hijo menor.

Vincenzo se caló el sombrero e inclinó levemente la cabeza a modo de saludo al cruzarse con dos jovencitas que cuchicheaban y sonreían sin parar.

—Buenas tardes, señoritas —dijo con voz ronca.

Ambas se sonrojaron y fueron incapaces de contestar. Vincenzo las miró mientras se alejaban. Pensó que no eran más que un par de niñas que jugaban a ser mayores. Le hizo una seña a su hermano Nunzio de que lo esperara y entró a la barbería. Don Giulio Conte se apresuró a preparar la silla para él. Sabía que le gustaba sentarse de frente a la ventana para observar lo que ocurría afuera.

—¡Don Vincenzo, qué grata sorpresa! —Recogió su elegante sombrero Fedora y lo dejó en el perchero con sumo cuidado.

—Hoy quiero un corte nuevo, señor Conte —le indicó Vincenzo.

A pocos metros de allí, al otro lado del cristal, la gente pasaba apresurada, huyendo del calor y la humedad. Vincenzo descubrió que su hermano Nunzio había desaparecido. Respiró hondo. Su madre le reclamaba que dependía demasiado de él y quizá tuviera razón. Era su único hermano, al que perseguía de niño por toda Villa Regina cuando quería jugar a la pelota. El mismo que ahora vivía bajo su sombra, cuidándole las espaldas. Durante la guerra, Nunzio lo había salvado de una muerte segura y eso solo se pagaba con lealtad.

De repente, una joven captó su atención. A pesar de que se encontraba al otro lado de la calle, la reconoció enseguida. Era Eleonora Ferrara, iba acompañada de su cuñada Ludovica. La conocía demasiado bien. Domenico llevaba años trabajando para su familia y desde hacía un tiempo se encargaba de supervisar la plantación de limones con la que se elaboraba el famoso

limoncello que exportaban a toda Europa. La guerra había sembrado miseria y hambre en muchos rincones de Italia. Cuando don Pasquale decidió invertir parte de su fortuna en la compra de tierras para producir el mejor licor del sur, muchos lo tildaron de temerario. Sin embargo, el tiempo terminó dándole la razón. La cosecha y la destilación de los limones le había quitado el hambre a un centenar de familias de la región que trabajaban para los Gentile. Entre ellos, los Ferrara. Contempló a Eleonora a la distancia. La había visto tan solo unos días antes, durante el servicio dominical. Siempre asistía a misa acompañada de su hermano y su cuñada. Pero esta vez sus ojos oscuros se posaron en ella de manera diferente. El vestido floreado resaltaba las delicadas curvas de su cuerpo que se insinuaban casi con osadía mientras recorría el sendero principal de la Piazza Tasso.

—Esa muchacha está cada día más bella —comentó Giulio Conte al percatarse de que Eleonora Ferrara había captado la atención de Gentile.

Vincenzo no dijo nada. Estaba embelesado con la muchacha.

—No es extraño que la mayoría de los muchachos estén enloquecidos con ella. Mi hijo la nombra a cada rato. —El barbero hizo una pausa. Intuía que no era prudente de su parte ventilar la vida sentimental de Michele; aun así, y sin saber exactamente por qué, terminó desahogándose con su cliente más distinguido—. Le he dicho que no debe encapricharse de esa manera a su edad.

Vincenzo escuchó con atención las quejas del barbero. Si tenía intención de acercarse a Eleonora, era menester descubrir primero quién merodeaba a su alrededor.

—No culpo a su hijo, Conte —manifestó. Eleonora y su cuñada acababan de desaparecer tras cruzar el umbral de la iglesia y lamentó haberla perdido de vista.

Giulio Conte negó con la cabeza.

—Ya conoce al terco de su hermano, don Vincenzo. Dudo que dé su permiso para que Michele pretenda a la niña. —Bajó la voz para que nadie pudiera oírlo—. Me temo que han estado encontrándose en secreto. Aunque mi hijo lo niega, sé que algunas noches se escapa para verla.

A Vincenzo le costó disimular cuánto le disgustaba la idea de que el hijo del barbero estuviera cerca de Eleonora. Experimentó un sentimiento parecido a los celos que le era desconocido. Cuando Michele apareció en la barbería para darle un recado a su padre, apenas le devolvió el saludo.

Finalmente, don Giulio retiró la capa de los hombros de Vincenzo y giró la silla para que viera el resultado. Este mostró su complacencia con una amplia sonrisa. Lucía mejor de lo esperado. Por el rabillo del ojo, vio que Michele se reía. Tuvo la impresión de que estaba burlándose de su nuevo aspecto. Podría haber ignorado la reacción del muchacho, pero acababa de encontrar una excusa para demostrarle lo mal que le caía. Le pagó al barbero, dejando como siempre unos cuantos céntimos de propina y se aproximó al hijo. Lo miró de arriba abajo. Era mucho más bajo

que él y le provocó una gran satisfacción ver cómo comenzaba a inquietarse por su cercanía. Sabía que don Giulio estaba pendiente de ambos y solo se limitó a lanzarle una mirada amenazante.

Michele tragó saliva. Nunca le habían gustado los hermanos Gentile. Tampoco le daba miedo el poder que tenían. Aun así, el odio que se reflejaba en los ojos de Vincenzo le heló la sangre. No había hecho nada para enojarlo y presentía que acababa de ganarse el peor de los enemigos.

Cuando Vincenzo Gentile abandonó la barbería, tanto don Giulio como su hijo soltaron un suspiro de alivio.

—¿Qué le has hecho, hijo mío?

Michele se encogió de hombros.

—Nada, papá, se lo juro —mientras lo observaba cruzar la calle, el joven trataba de adivinar qué razón tendría Vincenzo Gentile para mirarlo de esa manera.

*

Nunzio arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el taco de la bota. Se había ausentado más tiempo de lo planeado y seguramente su hermano se lo reclamaría. Acababa de pasar por el burdel y Vincenzo no aprobaba que visitara a las muchachas a plena luz del día. Tenía que buscar alguna excusa para evitar un enfrentamiento.

—Lamento haberme ido sin avisarte. —No tuvo tiempo de desplegar sus dotes de actor delante de su hermano. Vincenzo agitó los brazos, dándole a entender que no le interesaba conocer la razón de su desaparición—. ¿Qué sucede?

El menor de los Gentile clavó sus ojos en la fachada de la iglesia. Eleonora continuaba allí y sentía un deseo irrefrenable de verla más de cerca.

—Nunzio, necesito que hagas algo por mí. —Le puso la mano en el hombro—. Quiero que vigiles a Michele Conte.

—¿El hijo del barbero? —Nunzio estaba sorprendido.

—Te vas a convertir en su sombra y me reportarás cada uno de sus movimientos. Si lo haces, guardaré tu sucio secreto y no le contaré a mamá que te has escapado para meterte otra vez en ese tugurio.

Nunzio no dijo nada. Sin hacer preguntas, aceptó el encargo de su hermano.

Se subieron al automóvil y mientras se alejaban rumbo a Villa Regina, Vincenzo no dejó de mirar hacia atrás. Esperaba ver a Eleonora una vez más, pero se quedó con las ganas.

UN HUESO DURO DE ROER

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, abril de 1950

Rosario Navarro Soler apretó suavemente la mano inerte de su hermano mientras trataba de retener las lágrimas. Cuando Santiago le comunicó lo sucedido, no dudó ni un instante en abandonar la estancia de la familia en Pilar para estar cerca de su amado Fran. Según las escuetas palabras del director de la penitenciaría al hablar con Santiago, Francisco había resultado herido durante una trifulca con uno de los detenidos. Estaba sedado y un horrible moretón con restos de sangre seca le cubría la mitad del rostro. Sacó un pañuelo de su bolso y comenzó a limpiarlo con cuidado para que no despertara. De reojo, miró al hombre que ocupaba la cama a su derecha. Le daba la espalda y su cuerpo no se movía. Uno de los enfermeros le comentó al pasar que acababa de ser ingresado a la cárcel y, mientras intentaba escapar, había recibido un disparo en la nalga.

Rosario retiró la sangre seca del rostro de su hermano y sonrió cuando él abrió los ojos.

—¿Qué estás haciendo acá?

La sonrisa de Rosario se borró en un santiamén.

—*¡Hola, querida hermanita! ¡Qué alegría me da verte!* —replicó ella, en tono burlón.

Francisco quiso sentarse en la cama y ella se lo impidió.

—No te muevas. No vas a ir a ningún lado. —Le dio un beso en la mejilla sana y se acomodó junto a él. Para que pudiera ver el estado en que lo habían dejado, le pasó su espejito.

Él se lo devolvió sin siquiera mirarse. No necesitaba de un espejo para comprobar que la paliza que le habían propinado era más grave de lo que pensaba.

—Por suerte no te fracturaron la nariz, aunque estuvieron cerca —comentó Rosario, con la intención de indagar más en lo que había pasado.

—Soy un hueso duro de roer —dijo Francisco oteando a su alrededor. No recordaba mucho de lo sucedido. Los calmantes lo mantenían en un estado de continua somnolencia y todavía le pesaban los párpados. La presencia inesperada de Rosario le provocaba un gran alivio; sin embargo, fingía lo contrario—. Tengo sueño.

Ella se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

—No vas a echarme, Fran —le advirtió—. Voy a quedarme con vos el tiempo que me dejen. Me da miedo que cuando me vaya el salvaje que te golpeó lo vuelva a intentar.

Rosario tenía ciertas sospechas sobre quién estaba detrás del ataque sufrido por Francisco;

solo necesitaba que él se lo confirmara.

—Santiago me aseguró que ese hombre no podría acercarse a vos. Movió varios hilos para que lo mantuvieran lejos, a pesar de que ambos se encuentran cumpliendo condena en el mismo penal. —Al temor de que Fran se involucrara en alguna pelea o fuera agredido por pertenecer a la alta sociedad porteña, ahora se le sumaba la angustia de saber que Teodoro Schneider tenía el poder suficiente para vengarse de él aun estando dentro de aquellas lúgubres paredes.

—Schneider no es más que un cobarde. Desde que estoy metido aquí me lo he cruzado en muchas ocasiones, aunque nunca se atrevió a acercarse a mí. No quiero que Santiago tenga problemas por mi culpa. Tarde o temprano iba a coincidir con ese imbécil. Pero como te dije, se mantenía a cierta distancia, siempre rodeado por un par de sujetos que lo seguían a sol y sombra. Creo que él tenía miedo de cruzarse conmigo.

—Por eso envió a uno de sus matones a golpearte —repuso Rosario, asqueada. Todavía se le revolvía el estómago al pensar en Teodoro Schneider. El exesposo de Débora les había causado mucho daño y no estaba dispuesta a permitir que continuara haciéndolo desde la cárcel.

—Si me hubiera querido muerto, no estaría acá hablando con vos —dijo Francisco, restándole importancia a lo sucedido. No ganaba nada alimentando el miedo de su hermana. Recordó la promesa de Duarte, y pensó que contárselo a Rosario sería una buena manera de aliviar su angustia.

—Juancito confía en que, si habla con las personas indicadas, podrá sacarme de este lugar antes de cumplir mi condena.

Los ojos de Rosario se iluminaron. Faltaba mucho tiempo aún para que Francisco recuperase la libertad. Incluso si acortaban su sentencia por buena conducta, debería permanecer en la Penitenciaría Nacional al menos otro año más.

—¿Duarte ha venido a verte? —Un atisbo de esperanza se asomaba en aquel oscuro horizonte.

Francisco asintió.

—Vos y yo sabemos que es un tiro al aire en ciertos aspectos de su vida, aunque su parentesco con Perón lo coloca en un sitio de privilegio —repuso, reconociendo que él también solía moverse en los mismos círculos. Las malas compañías, el dinero fácil y las mujeres bellas habían regido sus mundos durante muchos años en las recorridas por la noche porteña.

—Tal vez tengas razón y Juancito logre lo que otros no pudieron. Confiemos en él.

Francisco se permitió creerlo también. Después de la paliza que Schneider había ordenado, sabía que sus días en la cárcel estaban contados. Sus labios hinchados se curvaron en una leve sonrisa. Ahora, al menos su querida Rosario se iría un poco más calmada.

*

Las Acacias, Pilar, provincia de Buenos Aires

Débora se apresuró a salir a la galería cuando las luces de un automóvil que se acercaba al casco de la estancia iluminaron la cálida noche otoñal.

—Perdón por la tardanza —se excusó Rosario mientras cerraba la portezuela del auto. Le dio un abrazo a su pareja y dejó que ella le robara un beso de bienvenida.

La inmensidad y la soledad del campo les daba la libertad suficiente para expresar su amor sin tener que preocuparse de que alguien las viera. Los empleados de Las Acacias eran discretos y no hacían preguntas.

Abrazadas, entraron a la casa. Rosario estaba hambrienta y respiró hondo para disfrutar del delicioso aroma de la sopa de pescado que Débora había preparado para cenar.

—¡Qué rico! —Rosario arrojó su cartera sobre una mesita y tomó a la mujer de la mano para arrastrarla hasta uno de los sillones.

Ambas cayeron al unísono y de inmediato comenzaron a besarse.

—La sopa puede esperar —susurró Rosario, acariciándole el cuello.

Débora le respondió con un beso que las dejó sin aliento. Cuando se apartó y la miró a los ojos, supo que algo andaba mal.

—¿Qué ocurrió? ¿Francisco empeoró? —El hermano de Rosario nunca había sido santo de su devoción. Sobre todo, porque había jugado un papel fundamental en el macabro plan que llevó a su hija Magdalena a tomar la decisión de quitarse la vida.

Rosario negó con la cabeza.

—Fran está bien, bastante magullado, pero se va a recuperar.

—¿Entonces por qué tengo la sensación de que has vuelto más angustiada que esta tarde cuando te marchaste? ¿Has estado en otro lado?

—Pasé a ver a Santiago, por eso llegué tan tarde. —Se quitó el broche que sujetaba el peinado en lo alto de su cabeza. La oscura cabellera ondulada se deslizó por su espalda. Esbozó una sonrisa cuando Débora se puso a peinar unos mechones con los dedos—. No estaba en la mansión y me entretuve con mis sobrinos. Santiaguito y Samuel te mandan muchos besos.

Débora se emocionaba cada vez que alguien le hablaba de sus nietos. Los veía a menudo, aunque extrañaba la época en la que vivían juntos. Se preocupaba sobre todo por Santiaguito. A pesar de que era pequeño cuando su hija murió e Isabela se había convertido en una madre para él, el niño se acordaba de Magdalena y ambos visitaban con frecuencia su tumba en el cementerio de La Tablada.

—Te pone triste recordar, ¿verdad? —Rosario le rozó la mejilla.

—Es imposible no sumirme en la nostalgia cuando pienso en mi hija. Muchas veces me pregunto si podría haberlo evitado… Tal vez si hubiera sido más comprensiva con ella, ahora estaría viva.

—Es imposible saberlo, amor mío. No le sirve a nadie que te sientas culpable. Tu hija labró su

destino y terminó cayendo en su propia trampa. Nunca debió casarse con Santiago estando enamorada de otro hombre.

Débora vivía consumida por la culpa. No solo por la trágica muerte de su única hija, sino también por la agresión que había sufrido Rosario por enamorarse de ella. ¿Cómo olvidar que Teodoro Schneider vengó su traición de la peor manera? La noche en la cual Rosario fue violada por dos hombres que seguían las órdenes de su exesposo había marcado sus vidas para siempre. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar. No quería que los funestos recuerdos de lo que había sucedido en aquel mismo lugar volvieran para atormentarlas, por eso cambió de tema.

—¿Has podido indagar sobre lo que ocurrió en la cárcel? —Percibió cierta tensión en el rostro de Rosario.

—No pensaba contártelo —confesó—, pero cuando resolvimos vivir lo nuestro sin preocuparnos por lo que pudieran pensar los demás, juramos que siempre seríamos sinceras.

Débora sospechaba la razón de sus dudas.

—¿Ha sido Teodoro?

Rosario asintió.

—Le ordenó a uno de sus secuaces que le diera una paliza a Fran. Con la complicidad del guardiacárcel, se metió en su celda para golpearlo sin que nadie lo interrumpiera.

Débora maldijo el nombre de Teodoro Schneider. Ese caballero amable, que fue capaz de salvar su vida y la de su hija al casarse con ella para sacarlas de una Alemania convulsa por la guerra, se había convertido en un monstruo.

—Se lo conté a Santiago para que tomara cartas en el asunto y me dijo que no va a ser sencillo reducir la condena de Francisco. Al parecer, el alemán al que Magdalena le disparó había ingresado al país de manera legal…

—¡Eso es absurdo! —saltó Débora, indignada. —¡Los nazis que salieron de Europa llegaron a este país huyendo como ratas! ¡Ese hombre cometió los crímenes más horribles en contra de mi familia! ¡Gaseó a mi cuñada con el único fin de castigar a Isabela! ¡Solo Dios sabe lo que habría sido capaz de hacerle a mi sobrina si no la trasladaban a Theresienstadt!

Rosario compartía su indignación. Aunque había escuchado de primera mano los relatos más terribles de lo sucedido durante la guerra, no podía imaginarse el dolor con el cual convivían a diario aquellos que lograron escapar del horror. Sabía por Santiago que Isabela todavía se despertaba por las noches llamando a gritos a su familia.

—Thomas Müller tenía fuertes lazos con la embajada alemana y esa es precisamente la razón por la cual Perón se muestra reacio a otorgarle un indulto a mi hermano. No quiere provocar un conflicto diplomático por causa de un expediente criminal. ¡Menos mal que existe Juancito Duarte! Le ofreció su ayuda a Fran; sin embargo, no creo que tenga más poder que su cuñado. A veces no sirve de nada que te codees con los políticos más influyentes del país. Mi hermano

ocupó una banca en el Congreso; aun así, parece que no sirve de nada a la hora de querer sacar a Francisco de la cárcel.

Débora la abrazó y se quedaron en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos.

Esa noche la cena tuvo un sabor amargo. Rosario necesitaba desahogarse y se encerró en su estudio para pintar. Débora respetó su deseo de estar sola y se fue a dormir. No pudo conciliar el sueño hasta tarde. La angustia de Rosario por la suerte de su hermano había impedido que le hablara de sus propios temores.



UN SEGUNDO DE LIBERTAD

Sorrento, provincia de Nápoles, junio de 1950

Eleonora se sentía prisionera en su propia casa. Desde la noche en que Domenico la sorprendiera entrando de manera furtiva por la ventana de su habitación, vivía atormentada por la idea de que Michele creyera que se había olvidado de él. Intentó enviarle un mensaje con uno de los trabajadores que lo conocía; sin embargo, todos estaban advertidos y ninguno de ellos quería contradecir a su hermano. Incluso pensó en pedirle ayuda a su cuñada. Aunque Ludovica jamás se atrevería a desafiar a Domenico, sabía lo que era estar enamorada y solo por eso se le cruzó por la cabeza recurrir a ella. Fue un error que terminó pagando muy caro. Apenas le entregó la nota que había escrito para Michele, su hermano la interceptó en el camino y la destrozó en mil pedazos.

Se asomó por la ventana de la cocina. Domenico se encontraba en el campo y Ludovica acababa de salir al patio. Hacía calor y el aire olía a tormenta. La puerta principal permanecía cerrada con llave porque no se fiaban de ella. No podía escaparse por la parte trasera, dado que Ludovica andaba cerca y daría la voz de alarma si la veía alejarse de la finca. Bebió un poco de limonada para refrescarse y se dirigió al salón. Descubrió que alguien había dejado la hoja de la ventana entreabierta, debido a una imperfección que impedía que se abriera de par en par. Se encaramó encima del alféizar y con gran esfuerzo logró introducirse entre las dos hojas de la ventana. Contuvo la respiración y se deslizó despacio, contorneándose para poder traspasar el hueco sin lastimarse. Terminó cayendo sobre uno de los parterres, con el vestido rasgado y un corte a la altura de las caderas.

Antes de ponerse de pie oteó a su alrededor. No había moros en la costa. Se incorporó y se sacudió la tierra. Rodeó la casa hasta alcanzar el frente. Ludovica seguía en el patio trasero y era una ventaja que no pensaba desaprovechar. Tomó un pañuelo que colgaba del tendedero y se lo ató alrededor de la cabeza para cubrir su cabello. Segura de que Domenico aún permanecía en los sembradíos, tomó el camino principal. Si se cruzaba con alguno de los labradores, conseguiría largarse antes de que le fuera con el chisme a su hermano.

Se inquietó al divisar que un vehículo se acercaba. La inquietud se convirtió en temor al ver que se trataba de Vincenzo Gentile.

Eleonora pensó en darse media vuelta y regresar antes de ser descubierta, pero el Ford Super

Deluxe negro se apartó del sendero en su dirección y supo que era demasiado tarde para huir.

Vincenzo la contempló a sus anchas. No esperaba encontrársela en medio del camino, y a juzgar por la expresión de susto en el rostro de Eleonora, intuía que acababa de atraparla en alguna travesura. El vestido rasgado confirmaba sus sospechas.

—Buenas tardes —le dijo sin dejar de mirarla, sin importarle incomodarla.

Eleonora no respondió. Estaba demasiado preocupada por las consecuencias de aquel encuentro casual y el castigo que podría recibir de parte de Domenico al enterarse. Vincenzo abrió la puerta del auto y la invitó a subir. Ella movió la cabeza y retrocedió unos pasos.

—Es mejor que regreses a tu casa. No falta mucho para que anochezca y sería una imprudencia que anduvieras sola por ahí, a merced de cualquiera con malas intenciones.

Eleonora miró al hombre que iba detrás del volante. Era Nunzio Gentile, el hermano mayor de Vincenzo. En ese momento, mientras la observaba de reojo a través del espejo retrovisor no pudo discernir cuál de los dos le provocaba más miedo.

—No… no es necesario —balbuceó—. Puedo volver caminando.

—No me quites el placer de tu compañía —insistió Vincenzo, inclinándose hacia ella—. Apuesto a que tu hermano no está enterado de tu aventura, y si te ve llegar conmigo no se atreverá a decirte nada.

Aunque la idea de subirse al automóvil de Gentile no le agradaba, él tenía razón. Su presencia impediría que Domenico se enojara con ella. Solo por eso, finalmente aceptó su invitación.

—¿Hacia dónde ibas? —Señaló la falda de su vestido—. Si tu ropa terminó así, imagino que saliste de tu casa escabullándote por algún rincón.

Al ver que Eleonora continuaba en silencio, Vincenzo probó una estrategia diferente.

—Cuando tuve tu edad también cometí algunas travesuras que le costaron a mi madre muchos dolores de cabeza. —Soltó una carcajada, pero ella ni se inmutó—. A veces nos dejamos dominar por un impulso y un sentimiento tan volátil como el amor…

—¡Qué sabrá usted! —replicó Eleonora, lanzándole una mirada cargada de rabia.

Vincenzo, complacido por haber obtenido la atención de la muchacha siguió con su discurso.

—A pesar de mi vasta experiencia amorosa, no conozco los vericuetos del alma femenina. Aun así, te puedo asegurar que los jovencitos que te rodean jamás te darán lo que una mujer como tú necesita.

Eleonora no dejaba de sorprenderse ante el cinismo de aquel hombre que hablaba de ella con tanta confianza.

—No tiene derecho a hablarme así. —Miró a Nunzio—. ¿Podría detener el auto? ¡Quiero bajarme!

Nunzio Gentile hizo oídos sordos a su petición. Estaban a pocos metros de la finca de Ferrara.

—Ya casi llegamos, Eleonora. No tiene sentido que te vayas ahora. —Vincenzo la sujetó del brazo cuando se dio cuenta cuál era su intención.

Ella logró zafarse de su agarre. Cuando el Ford se detuvo delante de la casa y Domenico salió a recibirlos, sintió que se le venía el mundo encima.

—No te asustes. Yo me ocupo de todo —dijo Vincenzo Gentile a modo de promesa.

Descendieron del vehículo y Domenico se abalanzó encima de su hermana. Eleonora se escondió detrás de Gentile.

—Domenico, no es necesario. —Vincenzo tomó a la muchacha por los hombros en actitud protectora y la conminó a dar un paso al frente—. Eleonora entró en razón y decidió regresar a su casa. Creo que se merece un voto de confianza.

El hombre tuvo que tragarse la rabia al oír las palabras de su patrón. No podía pasar por encima de su autoridad. Pero en vez de molestarse por el hecho de que Gentile saliera en defensa de Eleonora, se sintió complacido. Incluso era capaz de olvidar el sermón que había preparado para ella.

—Mi hermana sabe que no puede salir de la finca sola. —Domenico la miró de reojo. Parapetada detrás de su salvador, Eleonora permanecía sin decir nada.

—Lo importante es que ha vuelto a ustedes y seguramente lo pensará dos veces antes de cometer la misma tontería, ¿verdad, Eleonora? —Vincenzo sonrió y, muy a su pesar, la soltó.

Ella tardó en responder. Musitó un “sí” apenas perceptible y se alejó corriendo hasta desaparecer por uno de los laterales de la vivienda.

Domenico meneó la cabeza.

—¡Ni siquiera se despidió! —farfulló, avergonzado.

—No te preocupes, Domenico. Está asustada y es normal que se haya olvidado de saludar. —Vincenzo había ido hasta allí impulsado por una razón poderosa y no se iría sin hablar con Ferrara—. ¿Sería posible que conversáramos en privado?

Domenico miró a su alrededor. Nunzio Gentile continuaba en el interior del auto, y su esposa seguramente estaría en la cocina preparando la cena.

—¿Le gustaría dar un paseo por los sembradíos? —sugirió, señalando el vasto terreno que se extendía delante de ambos.

Bajo la atenta mirada de Nunzio, que sabía exactamente cuál era el propósito de Vincenzo al visitar la finca de su administrador, los dos hombres se enfrascaron en una conversación que terminaría por labrar el futuro de Eleonora.

*

—¿Quieres un té de tila? Estás demasiado nerviosa.

Eleonora hizo caso omiso al ofrecimiento de su cuñada. Se mostraba amable con ella cuando no perdía oportunidad de apuñalarla por la espalda.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Se plantó junto a Ludovica y la miró directamente a los

ojos. Su cuñada asintió—. ¿En qué momento te has convertido en mi enemiga? Pensé que al ser mujer me comprenderías mejor que nadie. Domenico es un hombre tosco, y hasta cierto punto entiendo que en su cabeza de troglodita cree que todo lo que hace es por mi bien. Pero tú deberías solidarizarte con mi situación. ¿Qué tiene de malo que me haya enamorado de Michele Conte?

Ludovica dejó a un lado las tazas y le indicó que se sentara. Eleonora le dijo que estaba bien de pie y se sirvió un poco de agua fresca.

—Eres muy joven todavía para saber lo que es el verdadero amor —sentenció Ludovica—. Cuando tenía tu edad me fijé en un muchacho que trabajaba para mi padre. Un día se acercó para decirme que yo le gustaba y que pediría permiso para cortejarme. Mi padre me dio su consentimiento, aunque me advirtió que tuviera cuidado. Luigi, así se llamaba el joven, acababa de llegar al pueblo y nadie lo conocía realmente. Era atractivo y se había ganado la confianza de muchos, mis padres incluidos. —Respiró hondo. Hacía demasiado tiempo que no hablaba de aquello—. Un día que me encontraba sola en casa se apareció con un ramo de flores… quería que le demostrara cuánto lo amaba. Si mi padre no hubiera irrumpido en la habitación, Luigi me habría desgraciado para siempre. Cuando le exigieron que reparara lo que había hecho, se esfumó y nunca más supimos de él. Ese amor tan profundo que decía sentir por mí no era más que una treta para aprovecharse de mi inocencia. Unos meses después conocí a tu hermano y conseguí olvidarme de Luigi.

—Michele no es así —aseveró Eleonora, saliendo en defensa de su enamorado—. Él me ama de verdad y jamás me lastimaría.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —retrucó Ludovica en su afán de hacerla entrar en razón. Cuanto antes se diera cuenta de que vivía presa de una ilusión, mejor para ella y para todos.

Eleonora no respondió. Una terrible sospecha se apoderó de Ludovica. La obligó a levantar la cabeza para poder verla a los ojos.

—¿Qué has hecho, Eleonora? —Como seguía sin contestar, la sacudió un poco con el propósito de hacerla reaccionar.

En ese preciso momento, Domenico entró a la cocina. Se hizo un silencio abrumador que solo fue interrumpido por el agudo silbido de la tetera en la estufa. Ludovica, consternada por lo que acababa de descubrir en la mirada de la muchacha, le dio la espalda a su esposo para prepararse un té. Iban a necesitarlo.

—¿Qué quería el señor Gentile? —preguntó, tratando de entablar una conversación casual.

El hombre se quitó la gorra y apartó una de las sillas para sentarse. Después de ignorar a Eleonora durante un par de minutos, clavó sus ojos claros en ella.

—Don Vincenzo vino especialmente para hablarme de ti.

Ludovica miró a su cuñada por encima del hombro. La brusca reacción de Eleonora no se hizo esperar. De un golpe, dejó caer el vaso de agua encima de la mesa y atinó a marcharse. El

vozarrón de Domenico exigiéndole que no se moviera la detuvo en seco a mitad de camino.

—No sé qué ha visto un hombre hecho y derecho como Vincenzo Gentile en una jovencita como tú, pero me ha dicho que desea frecuentarte en calidad de pretendiente.

Eleonora no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Supongo que te habrás negado! —En el fondo de su corazón, conservaba la esperanza de que su hermano aceptara a Michele.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Domenico sonrió y se encogió de hombros—. Vincenzo Gentile es un excelente partido. Cualquier mujer se sentiría halagada.

—¡No hablas en serio! —le espetó la joven.

—No me gusta bromear cuando se trata del futuro de mi única hermana —replicó Domenico sin perder la compostura—. Al parecer don Vincenzo escuchó algunos rumores de tus escapadas para encontrarte con ese muchacho y, aun así, desea convertirte en tu esposa.

—¡Nunca me voy a casar con él! —gritó Eleonora al borde de las lágrimas.

—Es lo mejor, créeme. Un día me lo vas a agradecer…

—¡No, te voy a odiar toda la vida si me haces esto!

Ludovica le suplicó con un gesto que se callara la boca. Temía lo que la joven pudiera decir en un arrebato de ira.

—¡Yo estoy enamorada de Michele y él también me ama! ¡No voy a traicionarlo! —Eleonora ya no fue capaz de contener el llanto—. ¡Lo que nos une es muy fuerte… Michele y yo estamos unidos en cuerpo y alma! ¡Y eso es algo que jamás vas a destruir!

El rostro de Domenico Ferrara comenzó a transformarse. Se levantó con tanto ímpetu que la silla fue a parar al suelo. Se abalanzó sobre su hermana y la agarró de los hombros.

—¿Qué demonios significa eso? —Tenía los ojos inyectados de rabia y respiraba más rápido de lo normal.

—¡Domenico, querido, cálmate! —Ludovica trató de mediar entre los hermanos, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

—¡Contéstame, maldición!

Eleonora se puso a temblar. Nunca había visto a su hermano tan enfadado. A pesar del miedo, se armó de valor para confirmar lo que este estaba sospechando.

—¡Me entregué a Michele! ¡Soy su mujer y hagas lo que hagas eso no va a cambiar nunca! —se lo gritó sin medir las consecuencias y cuando Domenico le dio vuelta la cara de una bofetada, la recibió con estoicismo. Era su verdad y tendría que aceptarla.

—¡No eres más que una ramera! ¡Ese hijo de puta se aprovechó de ti en la primera oportunidad! ¿Acaso no te das cuenta de lo que eso significa? —El fuerte sentimiento de rabia que le carcomía las entrañas pronto fue vencido por la vergüenza de saber que su hermana había perdido su virtud en manos de aquel desgraciado.

Ludovica lo tomó del brazo para alejarlo de Eleonora.

—Querido, tienes que calmarte. —Lo ayudó a sentarse y le ofreció un poco de agua. Él exigió algo más fuerte y fue a buscar el aguardiente en la despensa.

Eleonora se enjugó las lágrimas con la manga del vestido. Tenía la mejilla irritada, pero le dolía más que su hermano la mirase como si se hubiera convertido en la peor de las mujeres.

Ludovica regresó con el aguardiente, le sirvió un vaso a su esposo y aprovechó para beber un poco ella también.

—No ganamos nada con exaltarnos —manifestó, tratando de apaciguar los ánimos. Siempre le tocaba hacerlo y en esta ocasión no sería diferente.

Los hermanos Ferrara se quedaron en silencio. Ni siquiera podían cruzar la mirada.

—La niña ha arruinado su vida… Todos estos años velando por ella y viene un malnacido a destruirlo todo. —Domenico bebió el aguardiente de un trago y contuvo la respiración mientras el alcohol se deslizaba por su garganta.

—Estoy segura de que encontremos una solución. —Ludovica le puso una mano en el hombro en señal de apoyo.

—¡Gentile ya no querrá saber nada de ella cuando se entere que se ha abierto de piernas con ese muchacho! ¿Qué hombre con dos dedos de frente aceptaría que la mujer que pretende como esposa estuviese manchada de esa manera?

Eleonora lo escuchaba atentamente. Su hermano solo se preocupaba de lo que pudiera pensar Vincenzo Gentile. El hecho de que la repudiara no le importaba en lo más mínimo. Si acostarse con Michele la salvaba de casarse con él o con cualquier otro hombre, estaba contenta de que Domenico lo supiera. Ahora ya no insistiría en esa absurda idea de querer imponerle un matrimonio que no deseaba.

—Michele no se aprovechó de mí… Lo que hicimos fue por amor —dijo con la voz firme.

—¡Eleonora, no arrojes más leña al fuego! —le suplicó Ludovica.

—Debo meditar muy bien lo que más te conviene. —Domenico se atrevió a mirarla. Más allá del disgusto y la vergüenza que le había causado, era su hermana pequeña y debía velar por ella.

—¡Michele es lo mejor para mí! ¿Por qué no lo puedes entender? —saltó Eleonora al ver el extraño brillo en los ojos de su hermano.

—¡No vas a volver a ver a ese muchacho! ¡Si se atreve a acercarse a ti de nuevo, le volaré los huevos con un escopetazo! —amenazó Domenico, golpeando la mesa con el puño—. Dentro de una semana es tu cumpleaños. Lo celebraremos como habíamos planeado y al día siguiente tomaré una decisión con respecto a tu futuro. Hablaré con don Vincenzo y seré sincero con él. Todo dependerá de lo que decida.

—No querrá saber nada de mí —repuso Eleonora, inquieta ante la posibilidad de que su vida quedara en manos de ese hombre.

—Si eso sucede, te irás de Sorrento durante una temporada. No voy a correr el riesgo de que te encuentres con ese desgraciado o de que intentes huir con él.

—¿Vas a mandarme lejos? —Eleonora ahora estaba más asustada que nunca.

—Si pasas tiempo enclaustrada en un convento, terminarás por darte cuenta de los errores que has cometido.

Ludovica le dio la razón a su esposo.

—Escucha a tu hermano, Eleonora. Lo que hace por tu bien —terció.

—¡Encerrarme en un convento no va a borrar lo que siento por Michele! —Eleonora se giró sobre sus talones y abandonó corriendo la cocina para refugiarse en su habitación.

—No te preocupes por ella, querido. Es impetuosa, pero sabrá aceptar la decisión que tomes. —Se sentó frente a él y apretó su mano callosa debido al trabajo en el campo.

Domenico asintió. Contar con el apoyo de su esposa era fundamental para él. No había sido fácil hacerse cargo de Eleonora tras la muerte de sus padres y sentía que les estaba fallando.

—¿Estás seguro de que quieres celebrar el cumpleaños de Eleonora con una fiesta?

—Lo que pasó no va a cambiar uno de los acontecimientos más importantes de esta familia. Buscaré a Gentile para hablarle con la verdad en la mano, aunque se me caiga la cara de vergüenza. Si a pesar de lo que Eleonora hizo sigue con la idea de cortejarla, creo que su fiesta de cumpleaños es una excelente ocasión para que don Vincenzo se acerque a ella.

Domenico le dio un beso en la frente y regresó al campo, no sin antes pedirle que se mantuviera alerta con Eleonora. Ludovica le aseguró que se encargaría de todo; apenas él atravesó el umbral de la casa, subió corriendo las escaleras y cerró con llave la puerta de la habitación de la joven.

TODO SE SABE

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, junio de 1950

Francisco estaba cansado de guardar reposo. Esa mañana había recibido la visita de un médico que, tras revisar sus heridas, solo se limitó a murmurar que “la había sacado barata”. Luego se marchó sin decir cuánto tiempo más tendría que permanecer en el hospital.

Intuyó que debía ser la hora de la siesta. Ya hacía un buen rato que habían almorzado. No tenía sueño y estaba aburrido. Pensó que podría levantarse y dar una vuelta por la habitación para estirar las piernas. Se deshizo de la sábana blanca que cubría su cuerpo y tras incorporarse afirmó los pies desnudos en el suelo. Luego de varios días en cama, necesitó unos cuantos segundos antes de levantarse. Al hacerlo, un fuerte mareo lo obligó a retroceder. Lo intentó de nuevo. Le temblaban los músculos de las piernas; aun así, logró dar unos pasos sin sucumbir. Llegó hasta la puerta, se dio media vuelta y regresó por el mismo pasillo hasta alcanzar el rincón en donde estaba su cama. Hizo dos veces más el mismo trayecto y tuvo que sentarse porque estaba extenuado.

Contempló sus piernas. Había perdido peso y los huesos de las rodillas parecían dos protuberancias grotescas. Cuando saliera de aquella penitenciaría, sería un despojo humano. Al levantar la vista, descubrió que su vecino de cama se había girado hacia él y lo miraba fijo a los ojos. No le decía nada, simplemente lo miraba con curiosidad.

—¿Qué querés? —preguntó Francisco sin acobardarse. El tono pendenciero de su voz dejaba en claro que no le tenía miedo.

El preso sonrió.

—He visto muchos ricachones en mi vida, pero nunca me topé con uno al que le hayan dado una paliza con tantas ganas.

—No es asunto tuyo —repuso él, ignorando su sarcasmo.

El hombre se incorporó y, aun sentado, le llevaba unos cuantos centímetros de ventaja a Francisco. No solo en altura, también en peso. Era de contextura gruesa, con músculos fuertes y manos enormes. Estiró el brazo izquierdo hacia él y no supo qué hacer.

—Es de mala educación dejar a una persona con el brazo tendido —manifestó el sujeto.

No había nada de amenazante en su gesto, pero Francisco no se animó a corresponder a su saludo.

—No me gusta hacer amistades acá adentro —respondió, justificando su rechazo.

—Después de la biaba que te dieron deberías reconsiderar tu decisión, Panchito.

El uso de aquel apelativo que muy pocos utilizaban para dirigirse a él, le causó asombro.

—¿Cómo sabés mi nombre?

—Acá adentro, tarde o temprano, todo se sabe. —Volvió a tender su brazo—. Me llamo Remigio Iglesias, pero ya que puedo llamarte Panchito, vos tenés derecho a dirigirte a mí como Lobo. Es el apodo que me pusieron en el reformatorio y se quedó conmigo… junto con otras cosas fuleras que viví en ese maldito lugar.

Francisco esta vez aceptó estrechar su mano.

—Soy Francisco Navarro Soler, aunque ya lo sabés.

—¡Vaya que lo sé, Panchito! —Iglesias Lobo soltó una carcajada—. Sos muy famoso en el ambiente donde me movía hasta que caí en la gayola.

—¿Por qué te encerraron?

Lobo sacudió la cabeza.

—Un tipo de mala entraña se atrevió a ponerle un dedo encima a mi negrita y tuve que hacérsela pagar. No es de machos andar toqueteando a una hembra que ya tiene dueño. Pregunté dónde vivía y una noche me presenté en su casa. No le dije nada, el desgraciado sabía muy bien por qué lo había ido a buscar. Me recibió con un cuchillo y en el forcejeo se lo quité… Murió desangrado con su propia arma clavada en los huevos.

Francisco apenas se inmutó. Haberse movido por los bajos fondos de la ciudad le daba cierto cuero duro para no escandalizarse por un poco de sangre y violencia.

—Yo estoy encerrado también por causa de una mujer. Me enredé con ella en un momento en el cual solía hacer todo sin pensar. Le hice un favor y me costó demasiado.

Remigio conocía su historia. Se la habían contado con lujo de detalles antes de encomendarle su próximo trabajo. Al principio, había decidido rechazar la generosa oferta que le hicieron, sin embargo terminó aceptando. Ahora que tenía frente a él al hombre al que debía seguir como si fuera su sombra, no se arrepentía de haber dicho que sí. Además, el dinero que le habían prometido era el mayor aliciente para ocuparse de Navarro Soler.

—Las mujeres son una perdición, Panchito. Hay que tener mucho cuidado con ellas. —Le mostró el tatuaje que tenía en el brazo derecho. Justo debajo de la articulación del codo se podía leer “Manuela”—. Es el nombre de mi santa madrecita. En esta vida, la que te parió es la única que vale la pena.

El rostro de Francisco se ensombreció por los recuerdos de aquella trágica tarde de noviembre de 1923 cuando tuvo la desgracia de hallar muerta a su madre.

Iglesias conocía esa parte de su historia y sintió pena por aquel muchacho nacido en cuna de oro a quien la vida le había jugado chueco desde tan pequeño.

—Lamento que hayas pasado por una experiencia tan terrible. —Era sincero. Su madre

también había muerto y era un dolor que los acercaba a pesar de sus notorias diferencias.

Francisco lo miró con recelo.

—¿Cómo sabés tanto de mí? —Solo pudo pensar en una persona y se puso a la defensiva—. Si Schneider te mandó a atacarme, tenés que saber que no voy a dejar que me mates fácilmente…

—No me mandó Schneider —lo interrumpió Lobo, haciéndole un gesto con la mano para que se tranquilizara—. Alguien que te aprecia mucho contrató mis servicios para cuidarte la espalda. De ahora en adelante, mi misión en este lugar es velar por tu seguridad.

—¿Te envió mi hermano Santiago?

—No tengo el placer de conocerlo —respondió, prolongando la intriga—. En realidad, le debía un favor a un amigo y cuando quiso cobrármelo, no pude decirle que no.

—¿Un amigo?

Iglesias asintió.

—El Mono Gatica. Fui su discípulo durante un par de años y vino a verme porque creyó que era el indicado para protegerte.

Francisco sabía muy bien de quién le estaba hablando. Gatica era un reconocido boxeador que tenía vínculos con el gobierno de Perón. Fue entonces que comprendió de dónde venía el favor.

—Fue Juancito…

—Así es. El Mono me dijo que Duarte había intentado ayudarte por los medios oficiales, pero parece que el General no quiere problemas con los alemanes. El tipo al cual mataron con el arma que vos proporcionaste tenía contactos importantes en la embajada.

—No era más que un puto nazi que consiguió esconderse en el país, seguramente comprando favores con el oro que le arrebató a esos pobres judíos.

—Un gran hijo de puta, en eso estamos de acuerdo. Pero ese hijo de puta te metió acá adentro y aún después de muerto te mantiene encerrado. Como no podía conseguir nada de su cuñado, Duarte decidió improvisar y buscó a Gatica. El Mono se acordó de que yo también estaba engayolado en este infierno y pensó que sería una buena idea cobrarme lo que debía y, de paso, quedar bien con el hermano de Evita. Gatica adora a la señora y es capaz de hacer cualquier cosa por ella o por alguien de su familia. Además, entre animales nos entendemos. —Soltó una carcajada.

Francisco tardó en entender el chiste.

—Estoy acá por una mala decisión que tomé en un momento de mi vida en el cual no me importaba nada. Si no hubiese sido el alemán, habría caído por otra cosa —reconoció, muy a su pesar.

—Es posible, Panchito, es posible. Gatica me contó que Duarte te tiene en alta estima y que uno de tus hermanos incluso anduvo metido en la política, apoyando al General. Esas son dos razones más que suficientes para aceptar el trabajito que me ofrecieron. —Torció la boca en una sonrisa socarrona—. Nos volveremos carne y uña, Navarro Soler. Fuera de estas cuatro paredes,

a solo unos pasillos de distancia, hay un desgraciado que desea tu muerte. Ya lo intentó una vez y volverá a hacerlo. Tiene plata y un perro que le lame las botas dispuesto a todo. ¡Mirá cómo te dejó! ¡La próxima no la contás, che!

Fran iba a decir algo, pero se quedó callado.

—Las influencias de Duarte me consiguieron un catre en tu celda. A partir de hoy, compartiremos el mismo espacio, lo quieras o no.

—Es evidente que no tengo opción. —Francisco le tendió la mano para sellar el trato. Cuando el Lobo se la estrechó, sintió la fuerza de su agarre.

—Hay algo más, Panchito. Podés decir que sí o que no, porque no voy a obligarte a hacer nada que no quieras.

—¿De qué se trata? —Francisco estaba a punto de arrepentirse de haber aceptado el plan de Duarte.

—No sabemos las mañas que tiene el tal Schneider y acá adentro nadie está seguro, ni siquiera un tipo de plata como vos con un ropero de casi dos metros a sus espaldas. Por eso, creo que deberías prepararte.

—¿Prepararme? —Navarro Soler no entendía la implicación de sus palabras.

—Además de subirme al cuadrilátero, estuve un tiempo enseñándole a boxear a los muchachos más humildes del barrio.

—¿Estás sugiriendo que aprenda a pelear?

—No vas a convertirte en el próximo Mono Gatica, pero lo que aprendas te servirá para que la próxima vez que te cruces con el que te marcó así tu linda cara, te puedas defender.

—¿Cuándo empezamos?

Remigio Iglesias, más conocido como Lobo, sonrió de oreja a oreja mientras apretaba la mano de su nuevo pupilo.

Al día siguiente, como si se hubiera tratado de un acuerdo tácito, ambos recibieron el alta médica. Esa misma noche, y por el precio de uno, Francisco Navarro Soler obtuvo un nuevo compañero de celda, un guardaespaldas feroz y su primera lección de boxeo.

NO TE CONFORMES CON MENOS

Sorrento, provincia de Nápoles, junio de 1950

Vincenzo sentía un nudo en la boca del estómago cada vez que tenía que hablar con su madre de un asunto importante.

Doña Concetta Malatesta viuda de Gentile era una mujer de carácter, que había sabido sobreponerse a la repentina muerte de su esposo con entereza y, según aseguraban las malas lenguas, con sangre fría. A nadie le sorprendió cuando, de la noche a la mañana, la joven viuda a cargo de dos niños pequeños tomó las riendas de su vida y de los asuntos de don Pasquale Gentile, convirtiéndose así en una de las piezas fundamentales de la organización. Participaba activamente del negocio de contrabando de bebidas y ocupaba un lugar de relevancia dentro de la Camorra. Bajo su atenta supervisión se habían abierto dos burdeles en la ciudad. Uno de lujo para la clientela más importante y otro cerca del puerto de Nápoles, para alegrar a los marineros que cada noche buscaban la compañía de una mujer por unas cuantas liras. Aunque muchos la consideraban una oportunista que aprovechó la muerte de su esposo para ocupar un puesto que le quedaba demasiado grande, lo cierto era que su opinión valía mucho para los capos más importantes de la región.

Con el paso de los años, Concetta fue delegando responsabilidades en sus hijos. A pesar de que Nunzio era el más indicado para ocuparse de todo cuando ella decidiera dar un paso al costado, su hijo menor, Vincenzo, había sido el elegido para continuar con el legado de los Gentile.

Vincenzo estaba agradecido por la confianza que su madre había depositado en él; de todos modos, siempre se ponía nervioso ante su presencia. Doña Concetta ya no estaba tan activa como antes en la organización, pero siempre tenía la última palabra. Los capos más jóvenes la visitaban para pedir sus consejos, y algún que otro señor mayor que deseaba enderezar su vida incluso se atrevía a susurrarle al oído lo hermosa que se volvía con el paso del tiempo. Halagos que la viuda de don Pasquale Gentile escuchaba con una sonrisa y luego echaba al olvido.

La criada le dijo que su madre se encontraba en el despacho. Vincenzo se plantó delante de la puerta entreabierta, contó hasta diez y con los nudillos golpeó para llamar su atención.

—Adelante.

Vincenzo entró y si bien su madre lo recibió con una sonrisa, seguía nervioso.

—Madre, ¿tiene un momento para hablar conmigo?

Doña Concetta le indicó que se sentara y él obedeció. No sabía por dónde empezar. A sus casi treinta años era la primera vez que tenía aquella conversación con su madre. Cuando se trataba de mujeres, ella le había dejado bien en claro que no le importaba lo que hiciera con ellas mientras no le trajera problemas. Tampoco había insistido en verlo comprometido, mucho menos le había manifestado el deseo de convertirse pronto en abuela.

—Se trata de Eleonora Ferrara —dijo, sin rodeos.

—¿La hermana pequeña del administrador de la finca?

Vincenzo asintió.

—Ya no es tan pequeña, madre. Se ha convertido en una hermosa mujer.

—Y por el brillo de tus ojos al hablar de ella es evidente que te gusta —manifestó la anciana.

—La conozco desde niña; volví a verla la semana pasada cuando visité la finca. Estaba huyendo y la llevé de regreso a su casa.

—¿De qué huía? —doña Concetta se mostró algo recelosa.

—Domenico no quiso decírmelo, pero creo que iba a encontrarse con un muchacho.

—Entonces la tal Eleonora tiene a otro.

Vincenzo tragó saliva.

—Corren rumores de que el hijo del barbero anda detrás de ella. Nada importante, madre. Un enamoramiento de juventud que no va a llegar a ningún lado.

—Sobre todo si tú te interpones en su camino —repuso su madre con seriedad.

—Eleonora me gusta… me gusta mucho y creo que me estoy enamorando por primera vez en mi vida —le confesó—. Sé que, si me lo propongo, conseguiré conquistarla. Cuento con el permiso de su hermano. Se lo quería decir a usted para que estuviera al tanto de mis intenciones con ella.

Doña Concetta permaneció en silencio unos cuantos segundos.

—No voy a decirte qué debes hacer; tampoco juzgaré a la muchacha porque solo la conozco de vista. Sin embargo, soy tu madre y no puedo evitar preocuparme por ti. Ve despacio, hijo. Asegúrate de que ella es la indicada antes de tirarte de cabeza en una relación incierta. Cuando conocí a tu padre, que Dios lo tenga en su santa gloria, supe de inmediato que él sería el hombre de mi vida. Si Eleonora Ferrara no siente eso al verte, entonces no vale la pena. —Estiró el brazo por encima del escritorio y rozó su mano—. Mereces ser feliz, Vincenzo. No te conformes con menos. ¿Has visto a tu hermano? —le preguntó doña Concetta dando por concluida la conversación.

—Lo vi hace un rato dirigiéndose a las caballerizas. ¿Quiere que lo mande a buscar? —Le parecía extraño que le preguntase por Nunzio justo después de enterarse cuáles eran sus intenciones con Eleonora Ferrara. El mundo en el que se desenvolvía a diario le había enseñado a desconfiar de las casualidades y hacer caso a sus instintos. Salió en silencio, sin mirar atrás.

Cinco minutos más tarde, Nunzio se presentó en el despacho. Llevaba ropa de montar y venía todo sudoroso. La anciana ignoró el aspecto desastroso de su hijo mayor y le ordenó que se sentara.

—Vincenzo vino a hablarme de Eleonora Ferrara.

Nunzio no se sorprendió. Por la dureza en el semblante, intuyó también que a su madre le disgustaba la idea de emparentarse con los Ferrara.

—Anda como loco con ella —adujo Nunzio. En ese momento le importaba más quedar bien con su madre que solapar los sentimientos de Vincenzo.

—¿Qué hay de ella? ¿Crees que podría aceptar a Vincenzo? Él mismo me contó que el hijo del barbero la rondaba.

Nunzio asintió.

—Hay fuertes rumores de que es así, madre. Parece que Michele Conte también está interesado en Eleonora, y tengo entendido que a ella no le es indiferente. —Hizo una pausa para pensar bien lo que diría a continuación—. Me temo que Vincenzo se llevará una gran decepción cuando la mujer en la cual ha puesto sus ojos lo desprecie porque está enamorada de alguien más.

Aunque a doña Concetta no le agradaba demasiado la idea de que su hijo menor se relacionara con la hermana del administrador de una de sus fincas limoneras, tampoco podía permitir que alguien le hiciera un desaire a Vincenzo, rechazándolo por alguien como Michele Conte.

—Necesito confirmar si realmente Eleonora Ferrara y ese muchacho tienen algo que ver. No puedo fiarme de los rumores.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Nunzio, más solícito que de costumbre.

—Vas a seguir a Michele Conte para ver si se encuentra con ella.

Él asintió. Prefirió no revelarle que Vincenzo ya le había pedido que hiciera lo mismo.

—De más está decir que tu hermano no debe saber nada de esto —le advirtió, curvando sus labios pintados de rouge en una sonrisa conspiradora.

—Será nuestro secreto, madre. Puede quedarse tranquila.

Nunzio no volvió a las caballerizas. El encuentro le había quitado las ganas de seguir cabalgando. Una vez más, su madre le encomendaba la misión de velar por su querido hermano. Frente al espejo, contempló la horrible cicatriz que cruzaba su vientre y le recordaba que había estado a punto de morir en el frente de batalla por salvar la vida de Vincenzo.

Aquella marca que llevaría en la piel hasta el momento de su muerte alimentaba a diario el rencor que sentía por el preferido de su madre.

Tomó la navaja que usaba para afeitarse y acarició la hoja mientras maldecía en voz baja el nombre de su hermano.

ORGULLO DE HOMBRE

Sorrento, provincia de Nápoles, junio de 1950

La lujosa mansión de la familia Gentile se encontraba enclavada en la cima de un cerro, a unos cuantos metros de altura sobre el nivel del mar. Desde allí arriba, Villa Regina, como se la conocía en toda la Campagna, parecía vigilar atentamente lo que sucedía a los pies del valle. Se decía que debajo de aquella construcción de tres plantas, rodeada de un inmenso jardín, existía una red de túneles que llegaban hasta el centro de la ciudad, y que durante la Gran Guerra había servido de refugio para los soldados italianos. También corría el rumor de que los contrabandistas aprovechaban sus oscuros recovecos para almacenar la mercancía que llegaba al puerto de Nápoles en barcos provenientes de América. Los Gentile movían toneladas de café, azúcar y sal en el mercado negro y aunque nadie sabía exactamente cómo era la logística de sus negocios, sospechaban que lo que se comentaba acerca de los túneles secretos era acertado.

A Domenico Ferrara poco le importaban los rumores sobre la familia Gentile. Él trabajaba sus tierras a cambio de un salario generoso y un techo. Soñaba con el día cuando pudiera reunir el dinero suficiente para hacerle una oferta a don Vincenzo y convertirse en dueño de ese pedazo de suelo que administraba con tanto ahínco y esfuerzo. Su gran temor era que sus sueños se desmoronasen antes de cumplirse, si el hijo predilecto de Concetta Malatesta de Gentile decidía repudiar a su hermana después de que hablara con él. Observó la imponente propiedad que se extendía a su alrededor con admiración. Lo pensó mucho, y tras llegar a la conclusión de que era mejor ir con la verdad por delante, había tomado coraje para buscar a don Vincenzo y allí estaba, en el despacho de los Gentile, aguardando la llegada de su patrón.

—Domenico, me dijeron que necesitabas verme. —El joven rodeó el escritorio y encendió un cigarro—. ¿Se trata de la finca? ¿Has tenido problemas con los trabajadores?

Domenico negó con la cabeza. Continuaba de pie. Don Vincenzo no lo había invitado a sentarse todavía y él estaba mejor así.

—He venido a hablarle de mi hermana. —Sostenía su gorra entre las manos y la estrujaba sin darse cuenta—. Usted ha sido franco conmigo sobre sus intenciones y siento que debo hacer lo mismo. El otro día le dije que cuando la encontró en el camino, estaba yendo a encontrarse con un muchacho. Yo no apruebo que se vea con él y se lo dejé bien claro. Pero Eleonora es una muchacha voluntariosa que creció sin la supervisión de sus padres. Yo traté siempre de procurar

lo mejor para ella; sin embargo, no tengo hijos y debo haber fallado en su educación.

Vincenzo arrugó el ceño.

—¿A qué te refieres exactamente?

Ferrara tragó saliva. No encontraba las palabras adecuadas.

—Es probable que ya no quiera volver a verla después de saber la verdad. —Respiró hondo y se atrevió a mirarlo a los ojos—. Mi hermana me confesó que tuvo intimidad con ese muchacho… usted ya me entiende. Jamás imaginé que traicionaría los principios que le inculqué desde niña de esa materia. Ludovica y yo no salimos de nuestro asombro. Le prohibimos que vuelva a verlo; también la mantenemos vigilada durante el día y nos aseguramos de que no intente escapar por las noches.

Vincenzo se quedó callado. No se esperaba semejante contrariedad; mucho menos después de contarle a su madre que estaba interesado en Eleonora Ferrara.

—Dentro de una semana es el cumpleaños de Eleonora y decidimos celebrarlo, como siempre, con una gran fiesta en la finca. Me gustaría que pudiera asistir; sería un honor contar con su presencia. Si no va, sabré entonces que ya no desea acercarse a ella y está en todo su derecho de arrepentirse.

—No es fácil para un hombre aceptar que la mujer que eligió como futura madre de sus hijos se ha acostado con otro —admitió, sin poder disimular lo agraviado que se sentía.

Domenico asintió.

—Le pido disculpas en su nombre, don Vincenzo. Le aseguro que si hubiera sabido lo que mi hermana estaba haciendo, se lo habría impedido como fuera. Se me fue de las manos y ahora es demasiado tarde. Mi esposa y yo ya no podemos lidiar con ella. Lo esperamos en la fiesta; si no aparece, enviaremos a Eleonora a un convento. Es arriesgado que permanezca en Sorrento mientras ese malnacido que le desgració la vida está cerca.

Vincenzo no podía concebir la idea de no volver a ver a Eleonora. Encerrarla en un convento sería como enterrarla en vida y él no estaba dispuesto a permitirlo. Sin embargo, lo que había hecho con el hijo del barbero era una bofetada a su orgullo de hombre.

—No soy capaz de darte una respuesta ahora, Domenico.

—Tampoco se la estoy pidiendo, don Vincenzo. Ya le dije que bastará con su aparición o su ausencia en la fiesta de cumpleaños de Eleonora para saber cuál ha sido su decisión.

Vincenzo Gentile asintió, tragándose la rabia como un novio traicionado. Se puso de pie y aplastó el puro en el cenicero. No quería que aquel hombre que trabajaba para él lo viera de esa manera. Con un gesto le hizo entender que ya no tenían nada de qué hablar.

Domenico se apresuró a abrir la puerta y antes de abandonar el despacho le dijo adiós sin voltearse a mirarlo.

Cuando al fin se quedó solo, Vincenzo desahogó toda su rabia, arrojando unos papeles al suelo. Deseaba gritar y tener frente a él a Michele Conte para hacerle pagar por haberse

aprovechado de Eleonora. El muchacho lo había desafiado y nadie con dos dedos de frente se atrevía a provocar a un Gentile.

Más allá de la decisión que debía tomar con respecto a Eleonora, estaba completamente seguro de una cosa: Michele Conte pagaría con sangre por haberse metido con la mujer que él había elegido.



PACTO DE SILENCIO

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, junio de 1950

Débora se quitó los guantes de lana mientras su mirada se perdía en los jardines de la mansión Navarro Soler a través del gran ventanal del salón. Había llegado sin avisar. Esa tarde estaba allí para hablar con su sobrina Isabela de algo que aún no se había animado a tratar con Rosario.

Sonrió al divisar a la joven incorporarse por encima de uno de los rosales. Decidió salir a su encuentro y respirar un poco de aire fresco.

Isabela la recibió con una sonrisa y se fundieron en un cálido abrazo.

—¡Cuánto me alegra que hayas venido, tía! —La joven artista que triunfaba en los grandes teatros de Buenos Aires con su voz angelical y su belleza extraordinaria dedicaba su tiempo libre al cuidado de las rosas que en su tiempo había cultivado doña Irene Navarro Soler, la matriarca de la familia.

Débora contempló los alrededores con asombro.

—¡Estás haciendo un excelente trabajo, querida! —la felicitó.

Isabela guardó las herramientas en la canasta y arrancó una rosa amarilla para su tía.

—Cuidar de ellas me relaja —confesó—. Después de una jornada de ensayos o de correr de una radio a otra, necesito de un momento para mí sola. Adoro cantar y estar con Santiago y los niños; sin embargo, a veces la soledad me ayuda a no caer en la nostalgia.

Débora respiró el aroma de la rosa y le acarició la mejilla. ¡Había sufrido tanto su querida sobrina Isabela! Única sobreviviente de su familia durante una guerra en la cual su origen judío se convirtió en la peor pesadilla, había logrado salir adelante gracias al amor de un hombre bueno.

—Hay que borrar los malos recuerdos, Isabela. No hacen más que alimentar nuestro dolor… Aunque el mío no se compara al tuyo, hemos perdido demasiado por culpa del odio y está en nosotras no dejar que la tristeza gobierne nuestros días. —Si bien su voz denotaba amargura, consiguió sonreír—. Tienes un sinfín de razones para ser feliz.

—Tú también, tía. —Isabela le devolvió la sonrisa a pesar de que sentía ganas de llorar—. Has encontrado el amor cuando creías que ya no volverías a enamorarte. Rosario es tu felicidad y eso es lo único que importa.

—Debemos vivir nuestro amor a medias, escondiéndonos del mundo para no escandalizar a

nadie. Pero no me arrepiento de nada. Con Rosario recuperé las ganas de vivir, y si no hubiera estado a mi lado cuando Magdalena se quitó la vida, no sé qué habría sido de mí.

Cada vez que el nombre de Magdalena surgía en alguna conversación, era inevitable dejarse embargar por los recuerdos. A casi tres años de su partida, todavía seguían sin comprender el porqué de su terrible decisión.

—Mi hija murió por amor, Isabela —sentenció Debora—. No soportó la idea de perder a Pedro. Para ella, separarse de él era peor que terminar sus días en la cárcel por lo que hizo.

Isabela suspiró. Su tía ya lo sabía, pero necesitaba decírselo de todos modos.

—No le guardo rencor por haberme inculpado por el crimen que ella cometió para deshacerse de mí cuando supo que Santiago y yo estábamos juntos. Perdoné a Magdalena hace tiempo. El cariño y los buenos momentos que compartimos en Berlín pesaron más que sus errores. Mi prima no supo cómo lidiar con la obsesión que sentía hacia Pedro y no podemos culparla por ello.

Debora asintió mientras intentaba contener las lágrimas.

—Él ha sido quien más sufrió con la muerte de mi hija. Aunque no supo cómo quererla sin ofender a Dios, Pedro la amaba de verdad.

—Mi cuñado ya no encontraba refugio en su fe y tomó la decisión correcta al abandonar los hábitos —comentó Isabela, haciéndole señas de que entraran a la casa. El sol comenzaba a bajar y estaba refrescando.

Debora pensó que si el hijo menor de los Navarro Soler hubiera renunciado al sacerdocio antes, tal vez su hija aún continuaría con vida. Apartó la idea de su mente. No tenía sentido buscar una explicación o alguien a quien culpar cuando Magdalena yacía en su tumba y Pedro había abandonado Buenos Aires para instalarse en España.

—¿Cómo está mi querida cuñada? —preguntó Isabela mientras calentaba agua para el té.

Débora la ayudó, acomodando las tazas de porcelana en la bandeja.

—Hoy tenía mucho trabajo en su atelier y salió temprano de la estancia. No ha dormido muy bien los últimos días. Está preocupada por su hermano.

—Santiago me dijo que ayer le dieron el alta. —Isabela no podía evitar sentirse incómoda al hablar del hermano mayor de su esposo; sin embargo, con su tía no necesitaba fingir. Aún le guardaba resentimiento por lo que había hecho. Logró perdonar a Magdalena, pero con él era distinto. Francisco se había enredado con su prima, aprovechándose de su fragilidad, con el único propósito de incordiar a Santiago. Cuando lo conoció, supo que su nombre era sinónimo de problemas. Nunca le había caído bien y lo que hizo fue deleznable. No solo le había proporcionado la pistola a Magdalena para cometer el crimen por el cual ella fue acusada; también se tomó el tiempo para enseñarle a disparar y secundó su plan a sabiendas de que culparían a una inocente. Luego, al momento de la verdad, al verse acorralado, confesó lo que había hecho, arrastrando a su prima a tomar la decisión de suicidarse. No, no era capaz de perdonar a Francisco Navarro Soler y nadie podía condenarla por ello.

—Rosario teme que vuelvan a atacarlo. Teodoro no se detendrá hasta cobrarse lo que le hizo.

Isabela no dijo nada. A pesar de que Francisco no era santo de su devoción, no le deseaba ningún mal. Débora bebió un poco de té y enseguida se le aguaron los ojos. Isabela se percató de su angustia. También notó que tenía un ligero temblor en las manos.

—¿Qué sucede? —Empezaba a preocuparse de verdad.

Debora respiró hondo y tragó saliva. Había ido hasta allí para hablar con su sobrina y ahora no encontraba las palabras. Sentía que no tenía derecho a compartirle su ansiedad, pero llevaba callando algunos meses y necesitaba desahogarse con alguien. No podía contárselo a Rosario.

—¿Me prometes que lo que te diga quedará entre nosotras?

—Puedes confiar en mí, tía.

—A principios de año no me sentía bien y decidí hacerle una visita al doctor…

—Tía, ¿estás enferma? —Isabela sintió un vuelco en el corazón. Ella era su único lazo con sus raíces judías y no quería perderla.

—Me realizaron algunas pruebas y descubrieron una pequeña anomalía en el corazón. —Se detuvo un instante antes de continuar—. El doctor dice que con un tratamiento adecuado puedo vivir algunos años.

Isabela no quería llorar, pero no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Débora le apretó la mano con fuerza.

—No vamos a hacer de esto una tragedia, Isabela.

—Lo siento, tía. —No sabía qué decir. La posibilidad de perderla era demasiado abrumadora —. ¿Rosario lo sabe?

—No he reunido aún el coraje suficiente para contárselo —reconoció—. Supongo que lo haré cuando los primeros síntomas comiencen a manifestarse. No es necesario angustiarla ahora, con lo de su hermano ya tiene suficiente. Por eso te pido que guardes el secreto, Isabela.

—Agradezco la confianza, tía. No diré nada hasta que tú lo consideres oportuno. Eso sí, no dudes nunca en recurrir a mí si sientes que el secreto te pesa demasiado.

—Gracias, querida. Sabía que podía contar contigo. —Apartó la taza de té que ya se había enfriado y miró hacia la puerta—. ¿Crees que los niños ya se habrán despertado de su siesta?

Su sobrina le sonrió.

—Vamos a averiguarlo.

En ese preciso instante, Anita, la muchacha que se encargaba de cuidar a los pequeños, entró a la cocina con Samuel recostado sobre su pecho.

—Señora Isabela, creo que el niño tiene un poco de fiebre. —Se acercó a ella, preocupada.

Isabela tocó la frente de su hijo y, efectivamente, estaba caliente. Tenía las mejillas coloradas y le costaba abrir los ojos. Lo tomó entre sus brazos y comenzó a besarle la cabeza.

—¿Quieres que llame al doctor Miranda? —se ofreció Débora.

Isabela asintió y fue a la habitación de los niños para cerciorarse de que Santiaguito no

corriera la misma suerte de su hermano menor. Le dio un beso en la frente a su hijo, lo acostó en la cuna y cubrió su cuerpecito con la manta de lana que había heredado del ajuar de los Navarro Soler. Corrió al lado de Santiaguito. El hijo que Santiago había tenido con su prima Magdalena y al que amaba como si fuera suyo, dormía plácidamente, aferrado a uno de sus osos de peluche. Le tocó la mejilla. Suspiró aliviada cuando descubrió que estaba tibia.

Débora ingresó a la habitación y le dijo a la niñera que saliera.

—El doctor Miranda está en camino. ¿Le avisamos a Santiago?

Isabela decidió no hacerlo. Esa tarde tenía una reunión impostergable en su bufete de abogados y no quería preocuparlo. Con suerte, solo se trataba de un malestar pasajero y Samuel estaría rozagante cuando su padre regresara a la casa esa noche.

BUSCANDO UN VOTO DE CONFIANZA

Sorrento, provincia de Nápoles, junio de 1950

Eleonora no podía quedarse de brazos cruzados mientras su hermano y su cuñada decidían su futuro. ¿Cómo era posible que un hombre como Domenico, que se había casado completamente enamorado de su esposa, no comprendiera el amor que ella sentía por Michele?

Esa mañana, mientras los tres desayunaban en la cocina, Eleonora se mostró más complaciente de lo habitual. Le ganó de mano a Ludovica y le sirvió ella misma el café a su hermano. Necesitaba ganar un voto de confianza para que aceptaran lo que estaba a punto de proponerles.

—Mañana me entregan el cordero que faenaré para la fiesta. —Domenico pellizcó un gran trozo de pan que mojó en el café antes de devorarlo con fruición.

—Yo ya tengo listas las invitaciones —comentó Ludovica, enseñándoles una pila de sobres amontonados en un rincón de la mesa.

Eleonora sintió que era el momento oportuno para echar a rodar su plan.

—Domenico, no quisiera causarte más gastos, pero creo que este año necesito un vestido nuevo. Se vería mal que usara el mismo del verano anterior y los demás me quedan demasiado cortos. —Bebió un sorbo de café y aguardó expectante la reacción de su hermano. Como él no dijo nada, siguió hablando—. Pensé en ir a ver a la tía Assunta. Falta menos de una semana para la fiesta, pero ella tiene manos de hada para la costura y en pocos días tendrá listo mi vestido. Me haría mucha ilusión estrenarlo la noche de mi cumpleaños.

Domenico no tuvo razón para negarse. Le dio permiso para que esa misma tarde visitara a la mejor amiga de su madre, aunque le advirtió que no podía ir sola. Ludovica la acompañaría.

Eleonora sabía que no sería posible librarse de su cuñada; aun así, se las apañaría para hablar con la tía Assunta a solas. Le dio las gracias a su hermano con un rápido abrazo antes de subir a ordenar su habitación.

Domenico sonrió.

—¿Estás contento? —Ludovica sentía alivio cada vez que una reunión entre ambos hermanos no terminaba en pelea.

—Parece que Eleonora empieza a portarse bien. Creo que los preparativos de la fiesta le han cambiado el humor. —Domenico se puso de pie y estiró la espalda—. Ayer me encontré con don Vincenzo y aproveché para reiterarle la invitación al cumpleaños de Eleonora. Le dejé en claro

que no pretendo disuadirlo de nada y que, si decide olvidarse de ella, lo entenderé perfectamente.

—¿Le has contado que no la dejamos salir sola y que no ha vuelto a ver a ese muchacho?

—Se lo dije, sí, y se mostró satisfecho con las novedades. No quiero precipitarme; sin embargo, tengo la certeza de que contaremos con su presencia en la fiesta de Eleonora y que esa noche, por fin, sabremos si la acepta o no.

Asomada entre los barrotes de la escalera, Eleonora había escuchado todo. Sin más tiempo que perder, fue a su habitación y cerró la puerta. Sacó su cuaderno de dibujo y, tumbada en la cama, comenzó a escribirle a Michele. Debía ser breve. Confiaba en que la tía Assunta no traicionara su confianza y le hiciera llegar la carta antes de que fuera demasiado tarde.

Querido Michele,

Espero que el tiempo que nos robaron no haya apagado tu amor. No puedo darte muchas explicaciones, pero si quieres que volvamos a estar juntos, debemos huir. Mi hermano se opone a lo nuestro y no podemos permitir que nos separe. Espérame en nuestro lugar secreto la noche de mi cumpleaños. Yo estoy dispuesta a todo con tal de ser feliz contigo.

Con amor,

Tu Leonó

Releyó todo dos veces antes de doblar el papel y esconderlo entre su ropa.

*

Assunta Barbieri contempló la espalda desnuda del hombre que yacía a su lado. No tardaría en marcharse y otra vez la envolvería esa amarga sensación de que en aquella relación clandestina le tocaba siempre ser la que más entregaba y menos recibía. Se guardaba los reproches por temor a perderlo. Paolo Manfredi, un hombre práctico y acostumbrado a hacer su santa voluntad, no vacilaría ni un segundo en dejarla si ella pedía lo que jamás le había prometido. Miró el reloj. Debía despertarlo, pero aprovechó los pocos minutos que le quedaban a la tarde para retozar un poco con él. Se acercó y deslizó su mano tibia por debajo de las sábanas hasta alcanzar su entrepierna. El miembro dormido de Paolo no tardó en reaccionar. Dijo algo entre dientes que Assunta no entendió y se dio media vuelta. Ella se montó a horcajadas encima de su cuerpo sudoroso y se dejó arrastrar nuevamente por la pasión. Satisfechos por segunda vez, permanecieron abrazados hasta que Paolo dijo que ya era tarde y debía irse.

Assunta, en silencio, lo observó mientras se vestía a toda prisa. Esa tarde había una reunión importante en el Ayuntamiento a la cual no podía faltar. Como alcalde de la ciudad, con pretensiones de convertirse en algo más, tenía una reputación que cuidar. Para los ciudadanos de Sorrento, Paolo Manfredi era un hombre honorable, fiel a su esposa y un dedicado padre de

familia. Nadie sabía que un par de tardes a la semana huía de sus obligaciones para encontrarse con su amante.

Assunta no renegaba de su condición. Había aceptado las reglas impuestas por Paolo desde el primer momento, cuando sus miradas se cruzaron en un restaurante. Él cenaba con su esposa y ella había salido con una amiga después de estar unos días en cama a causa de una gripe. Su aspecto no era el mejor; aun así, el alcalde la observaba con disimulo cuando su esposa estaba distraída. Al día siguiente, un muchacho llamó a la puerta de su casa. Le entregó un sobre y se marchó sin esperar propina. Era un mensaje de Paolo en donde le decía que deseaba encontrarse con ella lo antes posible. Emocionada y asustada, Assunta se presentó en el despacho del Ayuntamiento con una excusa. Él la recibió de inmediato y le pidió a su secretaria que no lo molestaran. Ese día se besaron por primera vez y Paolo, sin pelos en la lengua, le propuso ser su amante.

Era una mujer sin compromisos ni ataduras. Estaba a punto de cumplir cuarenta años y aunque para la mayoría era una solterona, no sentía el paso del tiempo como una condena. Su trabajo como modista le permitía llevar una vida cómoda, sin sobresaltos económicos, y si bien no faltaban candidatos que soñaban con conquistar su corazón, no estaba interesada en casarse. Por eso la propuesta de Paolo de vivir un romance a escondidas le pareció bien. Pero se había enamorado y sufría cada vez que él regresaba al lado de su esposa.

Paolo se dio media vuelta y le sonrió.

—¿Nos vemos el viernes?

Assunta asintió. Se le harían eternas las horas hasta su próximo encuentro. Saltó fuera de la cama y caminó completamente desnuda hacia él. Se puso en punta de pies para besarlo y Paolo respondió, dándole una palmadita en el trasero. Le gustaba aquella parte de su anatomía en particular y Assunta era dueña de una figura que cualquier jovencita de veinte años envidiaría. Lo acompañó a la cocina y Paolo salió por la puerta de atrás para no ser visto. Siempre estacionaba su automóvil en un lugar distinto, y en esta ocasión lo había dejado a la vuelta de la esquina. Assunta volvió a su habitación y lo espió a través de la ventana hasta que desapareció. Entonces vio que Eleonora y su cuñada se acercaban por la acera de enfrente. Se vistió con lo primero que encontró y bajó a recibirlas.

Abrió la puerta con una sonrisa y recibió con alegría el abrazo de Eleonora. Aunque no las unía un lazo de sangre, la amistad que durante años había mantenido con su madre le concedía el derecho de ser llamada “tía Assunta”. Saludó a Ludovica y las invitó a pasar al salón.

—Eleonora quiere estrenar un vestido en su fiesta de cumpleaños —explicó la esposa de Domenico Ferrara—. No sé si será un incordio para ti con tan poco tiempo de anticipación.

Assunta les sirvió un poco de naranjada fresca y se sentó al lado de la joven.

—No tengo trabajo acumulado; y si lo tuviera, lo apartaría para dedicarme de lleno al vestido de Eleonora. Puedo tenerlo listo en tres días…

—Sé que conoces mis medidas, tía, pero he engordado un poco y quiero que el vestido quede perfecto —la interrumpió Eleonora de repente.

—Está bien, subiremos al cuarto de costura y te tomaré las medidas —la tranquilizó, algo extrañada por la actitud de Eleonora. La notó inquieta, como si quisiera decirle algo.

—¿Podemos subir ahora? —Eleonora se apresuró a beber el refresco y se puso de pie—. Es que no quiero regresar muy tarde a la finca y que Domenico se enoje con nosotras.

—Mi esposo no es un ogro, Eleonora —alegó Ludovica, avergonzada por lo que acababa de decir su cuñada.

—¡Por supuesto que no lo es! —intervino Assunta con el propósito de calmar los ánimos. Se levantó y le indicó a Eleonora que la siguiera. Cuando vio que Ludovica pretendía acompañarlas, se detuvo—. Esta mañana he horneado un pastel de zanahoria. ¿Podrías apartar una porción? Sé que es el favorito de Domenico y me gustaría que lo probara.

Ludovica no pudo negarse y dejó que Eleonora subiera al cuarto de costura con la modista. No había nada de malo en dejarla a solas con ella un rato.

Apenas Assunta cerró la puerta, Eleonora se levantó la falda y extrajo un papel de su ropa interior.

—¡Tía, necesito pedirle un gran favor!

La modista estaba al tanto de los encuentros furtivos entre Eleonora y el hijo del barbero. La muchacha le había confiado su secreto apenas comenzó a verse con Michele Conte, y tras soltarle un par de consejos y advertencias, Assunta le dio su bendición. ¿Cómo juzgarla por atreverse a vivir su amor en la clandestinidad, a espaldas de su familia, cuando ella se acostaba con un hombre casado?

Eleonora puso en su mano el papel que llevaba escondido en sus prendas y la miró con un gesto suplicante.

—Domenico descubrió la verdad y me prohibió volver a ver a Michele —dijo atropelladamente. —Está dispuesto a cualquier cosa con tal de separarme de él… incluso accedió a que Vincenzo Gentile se acerque a mí con intenciones de cortejarme. ¡Ese hombre me provoca escalofríos! ¡No quiero casarme con él!

Assunta no podía creerlo. Era inaudito que en pleno siglo veinte una jovencita tuviera que casarse con alguien que eligiera su familia. Haría hasta lo imposible para ahorrarle a Eleonora una desdicha semejante. Guardó el papel en uno de los cajones de su máquina Singer y le prometió que terminaría en manos de su amado Michele. Justo en ese momento, Ludovica apareció en el cuarto de costura. Assunta cerró el cajón y con la cinta de medir en la mano se dispuso a hacer su trabajo.

Eleonora enderezó su cuerpo y le sonrió a su cuñada, que no sospechaba nada. Cruzó una mirada cómplice con Assunta y dejó escapar un suspiro de alivio.

La primera parte del plan había salido bien.



CUMPLEAÑOS POCO FELIZ

Sorrento, provincia de Nápoles, junio de 1950

La imagen del espejo no coincidía con la sensación de vértigo que Eleonora sentía en su pecho. Ludovica se había esmerado con el peinado, recogiendo su melena castaña en lo alto de la cabeza con un moño de un retazo de seda azul que había sobrado del vestido nuevo. Lucía unos aretes de plata que le había obsequiado Domenico, y en el cuello llevaba la medallita de San Genaro que le regalara luego de enterrar a su madre. Miró sus pies desnudos. Ludovica había insistido en prestarle unos zapatos de tacón; sin embargo, no pensaba usarlos. Quería llevar algo más cómodo para poder huir cuando tuviese la oportunidad. Comenzaría una nueva vida con Michele, lejos de la incomprensión de su hermano y el acecho de Vincenzo Gentile.

Unos golpes a la puerta interrumpieron sus pensamientos. Cuando vio a su tía Assunta, corrió hacia ella y la abrazó.

—¿Pudo hacer lo que le pedí?

Assunta Barbieri asintió con una sonrisa en los labios.

—Ignoro lo que decía ese papel, pero espero que no cometas una locura —le dijo, preocupada por su destino. Había visto el automóvil de Vincenzo Gentile en el camino y sabía que su presencia en la fiesta solo le causaría angustia. No mencionó nada en ese momento para evitarle un disgusto—. A Michele se le iluminó el rostro cuando lo leyó. Supongo que recibió una buena noticia.

Eleonora sintió un gran alivio. Ahora ya no le quedaban dudas de que Michele iría a su encuentro.

Era una noche calurosa y habían armado unas cuantas mesas en el patio. Domenico estaba conversando con dos de sus trabajadores cuando vio que Eleonora apareció en el patio. Salió a su encuentro y le dio un abrazo.

—Estás hermosa —le susurró al oído antes de soltarla. Solo por aquella noche tan especial para su familia, olvidaría todo lo que había pasado.

A Eleonora le sorprendió el gesto cariñoso de su hermano y estuvo a punto de soltar unas lágrimas, pero se contuvo. Pronto se vio rodeada por algunas muchachas de su edad a las que apenas veía y que elogiaron su vestido nuevo. Una de ellas le preguntó si era cierto el rumor que corría en la ciudad sobre su futuro compromiso con Vincenzo Gentile y ella no supo qué decir.

Cuando lo vio llegar a la fiesta, sintió que su hermano volvía a traicionarla. Observó indignada cómo Domenico se acercaba a él para darle la bienvenida. Trató de huir para evitarlo, cuando apareció Ludovica con una copa de sidra y se la ofreció para que brindara con él.

Vincenzo quedó deslumbrado al verla.

—Feliz cumpleaños, Eleonora. —Se aproximó a ella y le entregó una cajita envuelta en un vistoso papel de color rojo.

Eleonora se resistía a aceptar su regalo, pero le bastó ver la mirada amenazadora de su hermano para recibirlo con una sonrisa.

—Muchas gracias, señor Gentile. —Abrió el paquete porque era evidente que todos los que estaban a su alrededor esperaban que lo hiciera. En el interior de un estuche de terciopelo negro había un brazalete con eslabones en forma de corazón. Era una joya muy fina que seguramente le habría costado una buena cantidad de dinero. Cualquier mujer se habría sentido halagada; pero ella experimentó un rechazo tan grande que dejó caer el brazalete al piso.

Vincenzo se agachó para recogerlo y le pidió que le diera su mano. Eleonora se negó. Él insistió y terminó por ceder. Le colocó el brazalete alrededor de la muñeca y besó su mano.

Domenico y Ludovica se miraron mientras se regocijaban con la escena. La presencia de Vincenzo Gentile en la fiesta aseguraba el futuro de Eleonora. Propuso un brindis por el cumpleaños número veintitrés de su hermana y luego la dejó a solas con él para que conversaran tranquilos.

Vincenzo se bebió la sidra de un solo sorbo. Invitó a Eleonora a dar un paseo por la finca. Ella miró por encima del hombro a su hermano y, a regañadientes, aceptó ir con él.

—Sé que ya te lo he dicho, pero estás especialmente hermosa esta noche, Eleonora.

Ella solo podía pensar en Michele. Seguramente ya se encontraba en el refugio, esperándola.

—No sabía qué hacer. Tu hermano me contó algunas cosas sobre ti y no fue sencillo tomar la decisión de venir esta noche a tu fiesta de cumpleaños.

Eleonora no se sorprendió al escuchar aquello. Domenico corrió un gran riesgo al hablar con él; sin embargo, para su mala suerte, había salido ganando.

—Yo no deseo tener nada con usted, señor Gentile —lo interrumpió dándose media vuelta para regresar con los demás.

Vincenzo la detuvo, sujetándola del brazo.

—No te vayas, todavía no he terminado.

Eleonora permaneció inmóvil. Cuando intentó soltarse, él no se lo permitió.

—Me gustas mucho y estoy dispuesto a pasar página y cortejarte un tiempo prudencial antes de pedir tu mano en matrimonio.

—¡Eso nunca va a pasar! ¡Suélteme o empiezo a gritar! —le advirtió, enfurecida.

Vincenzo la tironeó hacia él hasta que sus caras quedaron a solo unos pocos centímetros de distancia. Tenía la boca de Eleonora tan cerca que no pudo resistir el impulso de probar esos

labios pintados de rojo que lo volvían loco. La besó a la fuerza y el hecho de que ella se resistiera lo enardeció más. Cuando la soltó, Eleonora le cruzó la cara de un sopapo. Vincenzo se pasó la mano por la mejilla y sonrió.

—El sabor de tu boca compensa cualquier agravio —le dijo, mirándola directamente a los ojos —. Vas a ser mi esposa, aunque no quieras, y lo sabes.

Eleonora retrocedió unos pasos. Solo deseaba alejarse de él. Regresó a la fiesta y buscó a Assunta.

—¿Qué te pasa, querida?

—Ese hombre… No le importa lo que pasó entre Michele y yo. Dice que va a casarse conmigo de todas formas —balbuceó Eleonora entre sollozos.

Assunta comprendió por qué Eleonora estaba tan angustiada.

—¿Qué le decías a Michele en esa nota? —preguntó de repente. Si había algo que ella pudiera hacer para ayudarla, lo haría sin ningún remordimiento.

Eleonora se enjugó las lágrimas con el pañuelo que Assunta le ofreció y le contó lo que iba a suceder esa noche.

—¿Estás segura de que quieres irte con él sin llevarte nada? Pueden pasar por mi casa antes de abandonar Sorrento y te daré algo de ropa. También dinero para que no pasen apuros los primeros días.

La generosidad de su tía del corazón le causó a Eleonora una gran alegría. ¡Qué diferente sería todo si Domenico y Ludovica la tratasen con la misma comprensión! Le dio las gracias y dijo que aceptaría su ayuda sin dudarlo.

Antes de que Vincenzo se acercase a ella de nuevo, Eleonora alcanzó a escabullirse en el interior de la casa. La cocina se encontraba vacía y bebió un poco de sidra para darse ánimos. No podía perder más tiempo. Miró a través de la ventana. Su hermano y su cuñada atendían a los invitados. Gentile estaba rodeado por algunos hombres que escuchaban atentamente lo que decía. Era el momento de desaparecer sin que nadie se diera cuenta.

Se quitó el brazalete y lo dejó encima de la mesa. Se puso una capa oscura de Ludovica para pasar desapercibida y salió de la cocina. Assunta se había acercado a su hermano, quizá con la intención de entretenerlo mientras ella huía. Rodeó la casa y tomó un sendero secundario que llevaba al campo. Era mejor evitar el camino principal, aunque tardara más en llegar al cobertizo. Se alejó de la finca con sigilo, mirando a cada rato por encima del hombro para asegurarse de que nadie la siguiera. Suspiró aliviada al divisar la precaria construcción de madera que se había convertido en un lugar tan importante para ella. Allí no solo tenía la oportunidad de encontrarse con Michele sin que nadie se lo prohibiera; también se había entregado a él, jurándole que siempre lo amaría. Se detuvo en seco cuando creyó escuchar un ruido entre el follaje. Estaba oscuro y no veía nada. Abrió la puerta del cobertizo y la cerró tras de sí. El interior estaba tenuemente iluminado por un farol que colgaba de la pared. Cuando Michele apareció, Eleonora

se arrojó a sus brazos.

—Feliz cumpleaños, mi Leonó. —La llenó de besos mientras ella lloraba de felicidad.

—¡Tenemos que irnos de Sorrento, Michele! —El miedo y la desesperación opacaron la alegría del reencuentro.

—Debemos planearlo todo con mucho cuidado, Eleonora. No podemos huir de la noche a la mañana, sin un destino determinado.

Ella negó con la cabeza.

—¡Yo no volveré a mi casa, Michele! ¡Domenico es capaz de mantenerme encerrada hasta el día en el cual me entregue a Vincenzo Gentile en el altar! ¿Es eso lo que quieres?

—¡No, claro que no! —replicó Michele—. Si nos vamos, tendremos que llegar lo más lejos posible. Tu hermano y hasta el mismo Gentile irán detrás de nosotros.

—Lo sé; por eso pensé que lo mejor es subirnos a un barco y cruzar el océano. Podríamos comenzar una vida juntos en América, donde nada se interponga entre nosotros —susurró, convencida de que no les quedaba otra salida.

—Pero si nos embarcamos para América, no es posible irnos esta noche. Los barcos no zarpan de Nápoles todos los días. Tendríamos que averiguar cuándo sale el próximo y comprar los pasajes.

Eleonora sabía que Michele tenía razón, aun así, no estaba dispuesta a regresar a su casa. Él, adivinando lo que pasaba por su cabeza, la miró a los ojos y le sonrió.

—Deberás volver y fingir que todo marcha bien. —No dejó que ella lo interrumpiera—. Mañana mismo iré al puerto y conseguiré dos pasajes para América. Te mandaré una nota con tu tía Assunta.

—Sí, ella es la única en la que podemos confiar. Incluso se ofreció a darnos algo de dinero para subsistir los primeros días. La tía cree que nos iremos hoy y nos esperaba en su casa…

—No podemos precipitarnos, Leonó —señaló Michele, tratando de aparentar calma—. Piensa en lo felices que seremos cuando estemos lejos de aquí.

Eleonora sonrió. La idea de vivir su amor sin que nadie se los impidiera era lo único que apaciguaba su inquietud. Se acomodaron sobre el heno y entre besos, hicieron planes. Ella no quería irse y Michele no deseaba soltarla; pero la prudencia indicaba que debían separarse antes de que alguien notara la ausencia de Eleonora en su fiesta de cumpleaños y saliera a buscarla. Él la acompañó hasta la vera del camino y se despidieron con un beso que los dejó extasiados.

Michele permaneció allí hasta que Eleonora se perdió entre las sombras de la noche. Se dio vuelta, alertado por un sonido que provenía del campo. Levantó el farol e iluminó a su alrededor, pero no vio a nadie. Cuando se cercioró de que no había nada de qué preocuparse, tomó el camino opuesto para volver a la ciudad.

LETRAS PERFUMADAS

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, julio de 1950

Francisco no solía recibir correspondencia, por eso se sorprendió cuando una tarde, mientras trabajaba en el taller gráfico, le entregaron un sobre blanco.

—Es de una pebeta —aseveró Remigio Iglesias aspirando con fuerza el perfume de la carta.

Fran no dijo nada. Aunque no reconocía la caligrafía, supo enseguida que Nina, por primera vez desde que estaba preso, se ponía en contacto con él.

—¿Necesitás privacidad, Panchito? —bromeó el Lobo, soltando una carcajada—. Podés acomodarte allá, al lado de la prensa, que no hay nadie.

—La abriré más tarde —contestó su compañero, guardándose el sobre en el bolsillo del pantalón.

A última hora, justo antes de que el taller de gráfica de la penitenciaría quedara vacío y el guardia viniese a buscarlos, el Lobo aprovechaba para enseñarle a su discípulo algunas técnicas de boxeo. También lo obligaba a correr cinco vueltas alrededor de las máquinas para fortalecer los músculos de las piernas. Cuando el guardiacárcel aparecía y lo veía todo sudoroso, lo miraba con curiosidad, pero sin hacer comentarios. El momento en que los presos se juntaban a comer era la prueba de fuego para Francisco. Se le revolvía el estómago cada vez que sus ojos se encontraban con los de Schneider.

—No puedo sacarme de la cabeza lo que ese maldito hijo de puta le hizo a mi hermana… —Iba a mencionar que Rosario había sido brutalmente violada después de que él le revelara a Schneider que su hermana sostenía un romance con Débora, su esposa, pero no fue capaz de decirlo en voz alta. Aunque Rosario lo había perdonado, la culpa que sentía todavía era demasiado grande.

—Lo metiste acá adentro —le recordó Iglesias—. Sé que no compensa lo que pasó, pero al menos pudiste vengar a tu hermana.

—No es suficiente, Lobo.

—Me parece que estás hablando de vos y no de él —repuso el Lobo.

Francisco lo miró.

—Schneider les dio la orden a esos tipos de atacar a Rosario; sin embargo, yo encendí la mecha cuando le pedí plata para guardar el secreto de su esposa. Tenía una gran deuda y le

habían puesto precio a mi cabeza. No pensé en las consecuencias de mi plan cuando hablé con él. Jamás debí hacerlo. Rosario no se merecía lo que le pasó.

—Ninguna mina se merece lo que le hicieron —retrucó Remigio Iglesias—. Tratá de olvidarte de todo. No le hace bien a nadie estancarse en el pasado.

—No te tenía dando consejos —dijo Francisco, en son de broma.

—¿No vas a abrir la dichosa carta? —preguntó Remigio.

—Yo sé de quién es —dijo Francisco, sin inmutarse—. La que escribió es Nina Montero.

—¿La actriz de cine? —Los ojos del Lobo se abrieron como platos.

—Tuvimos un filo cuando llegó a Buenos Aires, desde su Rosario natal. Coincidimos en El Gato Negro.

—¡El cabaret de lady Olivia!

—Exacto. Yo tenía algunos negocios con ella y Nina comenzó a trabajar como camarera. La idea era amansarla para que pronto se convirtiera en una de las gatitas del cabaret. Atraía a muchos clientes y no le costó nada ganarse la simpatía de la persona indicada para alcanzar sus sueños. Nina quería ser actriz, yo tenía algunos contactos en el mundo del cine y me aproveché de ello para seducirla. Hizo algunas publicidades para la revista *Radiolandia* y pronto obtuvo un papel secundario en su primera película. Con el tiempo se dio cuenta de que yo no le convenía y se fue alejando de mí. Conoció a un polaco que la encandiló y…

—¡Y te dio una patada en el culo! —soltó Remigio, interrumpiendo su relato.

Fran sonrió. Eso era exactamente lo que Nina había hecho con él. Por eso, ahora le resultaba extraño recibir su carta. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y la sacó. No se animaba a abrirla por temor a conocer su contenido. Miró a Remigio.

—¿Sabés leer, Lobo?

—Algo sé. Hice solo hasta cuarto de primaria —le contó, avergonzado.

Francisco le entregó la carta de Nina y le pidió que se la leyera.

Remigio Iglesias, halagado porque un Navarro Soler le otorgara semejante honor, se aclaró la garganta, irguió la espalda hasta quedar derecho y se dispuso a cumplir con su cometido.

> *Mi querido Francisco, espero que cuando estas palabras lleguen hasta vos hayas podido perdonar mi abandono. No ha sido sencillo para mí imaginar cómo debe ser tu vida encerrado en ese lugar. Pensé que, con el tiempo, sería capaz de sobreponerme a la idea de que estás preso y podría hacerte una visita, pero me cuesta mucho dar ese paso porque sospecho que cuando te vea, el mucho o el poco coraje que junte no será suficiente para mirarte a los ojos sin sentirme triste por tu destino.*
>
> *Lo que hiciste estuvo muy mal y supongo que es justo que pagues tu condena. Las mujeres han sido tu perdición, querido Fran, y nunca mejor dicho. Yo no voy a juzgarte; ya se ha encargado la justicia de poner las cosas en su lugar. Al principio te odié por lo que hiciste.*

Isabela es una buena amiga y la sucia maniobra de su prima, ejecutada con tu ayuda, casi arruina su vida cuando comenzaba a ser feliz con tu hermano Santiago.

Después, cuando pasó el tiempo y recordé esas noches en las cuales dormías a mi lado y despertabas asustado por causa de las pesadillas, comprendí que no actuabas por maldad… que algo te atormentaba. Nunca has querido contármelo y tampoco tuve el valor necesario para preguntártelo, pero no podés dejar que en tu pasado siga anclándote en el dolor.

Yo te seguiré queriendo siempre, ya no con ese amor arrebatado de la primera vez que te vi. Ese sentimiento ya no vuelve más. Ahora soy muy feliz con Jedrek y él acepta que fuiste alguien muy importante en mi vida.

Deseo de todo corazón que pronto logres liberarte, no solo de los barrotes que te rodean, sino también de los recuerdos tristes que encarcelan tu alma.

Cuando salgas, si tenés ganas de recordar viejos tiempos, me gustaría verte. Mi amistad y mi cariño son lo único que puedo ofrecerte.

Con afecto,

Nina

Se hizo un prolongado silencio después de que el Lobo terminó de leer la carta. Parecía que cualquier cosa que dijeran ensombrecería el sentido discurso que había volcado Nina Montero en aquel papel perfumado. Iglesias dejó la carta encima de una mesita hecha con cajones y miró a su compañero de celda.

—¿Qué pensás, Panchito?

Fran no respondió. Las palabras de Nina seguían retumbando en su cabeza. La había perdido para siempre y acababa de confirmarlo. El amor de una buena mujer también se le escapaba como arena entre los dedos por culpa de sus malas decisiones.

EL MÁRTIR DE SORRENTO

Sorrento, provincia de Nápoles, julio de 1950

Nadie quiso creerlo cuando por las calles de la ciudad comenzó a circular el fuerte rumor de que habían encontrado un cuerpo en un viejo cobertizo usado de aguantadero por los vagabundos. Según decían, se trataba de un hombre joven acribillado a balazos con tanta saña que su rostro apenas se podía reconocer. Cuando se supo que además le faltaba la mano izquierda, todo el mundo apuntó su dedo hacia la Camorra. Seguramente había sido un ajuste de cuentas.

Aquella muerte los envolvería a todos. El cuerpo agujereado de balas que habían encontrado en el cobertizo pertenecía a un muchacho que muchos apreciaban. El único hijo de un hombre que había sabido ganarse el respeto de sus vecinos.

El nombre de Michele Conte sería recordado casi con la misma veneración que un mártir, y pronto comenzaron las especulaciones acerca de su trágica e inesperada muerte.

Don Giulio jamás imaginó esa calurosa y tormentosa mañana de julio que vería a su muchacho por última vez. Notó que estaba más inquieto de lo normal, pero lo atribuyó a ese enamoramiento que sentía por la hermana menor de Domenico. El barbero ni siquiera imaginaba cuáles eran los planes de los jóvenes. Lo supo cuando tuvo la amarga tarea de elegir el atuendo que su hijo usaría como mortaja y encontró dos pasajes de barco en el bolsillo de su mejor traje. Las sospechas sobre quién estaba detrás de lo sucedido comenzaron a minar sus pensamientos.

El comisario a cargo de la investigación le aseguró que haría todo lo que estaba a su alcance para hallar al culpable, aunque don Giulio y todos en la ciudad intuían que eso nunca sucedería. Los dedos de la mafia tocaban a mucha gente poderosa y la policía mediría cada uno de sus pasos antes de avanzar con cualquier indicio hacia ese terreno.

Recorrió el pasillo central de la iglesia en soledad, con los hombros caídos y el paso cansino. La muerte de su hijo le había quitado las ganas de vivir… Miró el féretro cerrado y se le encogió el corazón. Apoyó las manos en donde imaginó estaría su cabeza y lloró sin consuelo mientras pronunciaba su nombre, desgarrado de dolor.

*

Eleonora ignoraba lo sucedido. Ludovica no se animaba a contárselo y Domenico pensó que lo mejor era quedarse callados hasta que el muchacho estuviera a tres metros bajo tierra. La muerte de Michele Conte no era un asunto para alegrarse; sin embargo, ambos se sentían aliviados. Ya no había peligro de que Eleonora cometiera otra locura.

El día que se celebraba el funeral del muchacho, ocurrió algo que ni Domenico ni Ludovica pudieron evitar. La tía Assunta apareció con la excusa de visitar a su querida sobrina del corazón y aunque le advirtieron que no dijera nada, apenas tuvo la oportunidad de quedarse a solas con Eleonora, le pidió a la joven que se sentara porque debía hablar con ella. Eleonora se asustó.

—Querida, hubiera deseado no ser portadora de tan malas noticias. Se trata de Michele.

La joven sintió que un hueco se abría en su pecho al escuchar el nombre de su amado y en ese preciso instante supo que algo terrible le había ocurrido.

—¿Está… herido?

El silencio de su tía le confirmó sus peores sospechas. Su cuerpo se sacudió en fuertes estertores y cayó al suelo. Assunta la sostuvo contra su pecho mientras ella no dejaba de gritar.

Domenico y Ludovica entraron en la habitación al escuchar el llanto desgarrador de Eleonora.

—No queríamos contárselo —balbuceó Ludovica, sintiéndose culpable.

Assunta Barbieri la miró por encima de la cabeza de Eleonora sin decir nada.

—Es por su bien —alegó Domenico, justificándose como siempre. —Nuestra intención era ahorrarle el sufrimiento…

No pudo terminar su frase porque Eleonora volteó la cabeza y sus ojos azules lo fulminaron de tal manera que su mente se quedó en blanco.

—Quiero ir al funeral, y si no me das permiso iré de todas maneras. Pasaré por encima de tu cadáver si es necesario —amenazó, poniéndose de pie.

—No voy a permitir que lo hagas —replicó Domenico, manteniéndose en su terquedad.

—Domenico, creo que no puedes impedírselo —terció Assunta—. Si te deja más tranquilo, yo la acompaño. Eleonora tiene derecho a despedirse de Michele.

Ferrara negó con la cabeza. Necesitaba tiempo para pensar lo que iba a hacer. Dejar que se presentara en el funeral sería como traicionar la confianza de Vincenzo Gentile. Entonces halló la solución para evitar un posible enfrentamiento con su patrón.

—Solo irás a ese funeral si lo haces acompañada de don Vincenzo.

Assunta no daba crédito. Miró a la joven y ella asintió levemente. La ayudó a cambiarse y no se movió de la finca hasta asegurarse de que Domenico cumpliera con su palabra. Él se había encargado de enviarle un recado a su patrón, quien no tardó en aparecer para cumplir con su propósito. Apenas llegó, impecablemente vestido, se acercó a Eleonora y le dijo que sentía mucho lo que había ocurrido. Ella permaneció en silencio y dejó que la escoltara hasta su automóvil, donde los aguardaba Nunzio fumando tranquilamente un cigarro. Assunta quería ir con ellos, pero Domenico la detuvo.

—Estará bien. No te necesita allí —adujo Ferrara, obstinado en su postura.

El silencio en el interior del Ford Super Deluxe era abrumador. Vincenzo no sabía cómo actuar para que Eleonora le hiciera caso y dejara de contemplar el piso. A pesar de las circunstancias, le agradaba estar a solas con ella. Intentó una jugada arriesgada y le rozó el hombro con la punta de los dedos. Eleonora se apartó, dejándolo en ridículo. Vincenzo cruzó su mirada con la de Nunzio a través del espejo retrovisor y creyó ver un atisbo de burla en los ojos del hermano.

—Lamento lo que pasó, de verdad —frustrado, se peinó el cabello con la misma mano con la que había tratado de tocarla. —No conocía mucho a Michele, aunque todos hablaban bien de él.

Eleonora alzó la cabeza y le clavó la mirada.

—No se atreva a mencionar su nombre, señor Gentile. —Pese a desconocer los detalles que rodeaban a la muerte de Michele, estaba segura de que alguien lo había asesinado. Y Vincenzo Gentile encabezaba la lista de sospechosos. Unas lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas y no hizo nada para detenerlas.

Llegaron al cementerio; Vincenzo se apresuró a bajar y extendió el brazo para ofrecerle ayuda a Eleonora, pero ella logró incorporarse por sus propios medios y lo dejó con la mano suspendida en el aire.

Casi se desmorona al ver el féretro de Michele. Se aproximó con cautela porque le temblaban las piernas. Las miradas se posaban en ella. Algunos mostraban curiosidad, otros la contemplaban con compasión. Sin embargo, cada uno de ellos se sorprendió de que don Vincenzo Gentile hubiese llegado con ella. Esa tarde gris, en medio del dolor de despedir a un muchacho querido por todos, descubrieron que lo que se decía en la ciudad era verdad: Eleonora Ferrara se había convertido en un trofeo de caza para el hijo menor de doña Concetta Malatesta viuda de Gentile. Bastaba ver de qué modo la miraba y se ponía junto a ella para confirmar los rumores que habían comenzado a circular por Sorrento.

Giulio Conte no se encontraba cómodo con la presencia de Gentile en el funeral de su hijo. Mucho menos le agradaba que hubiese llegado acompañando a Eleonora. Cuando ella se acercó para expresarle sus condolencias, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no pedirle que se fuera.

—Lamentamos su pérdida, señor Conte. Michele no debió terminar así.

Giulio Conte los miró a ambos. Había un destello de rabia en sus ojos enrojecidos por el llanto. Ver cómo Gentile posaba su mano en la cintura de Eleonora mientras le decía lo mucho que lamentaba la muerte de su hijo fue lo que terminó por hacerlo estallar. Escupió el rostro de Eleonora y la llamó puta delante de todos. Le gritó que no se merecía el inmenso amor que Michele sentía por ella y que, si él estaba muerto, era por su culpa.

Los insultos del hombre se quedaron retumbando en la cabeza de Eleonora y le pareció que todos a su alrededor la señalaban con el dedo, acusándola de haber provocado la muerte de Michele. Creyó que se desmayaría, pero consiguió sostenerse en pie el tiempo suficiente para

acariciar el féretro donde descansaban los restos de Michele antes de que Vincenzo Gentile la sacara a rastras del cementerio.



MI REINA

Barrio de Liniers, Buenos Aires, julio de 1950

El teléfono repicó durante unos cuantos segundos antes de que una mano cubierta de anillos levantara el tubo con cierta afectación.

Reina Marino se llevó la rubia cabellera hacia atrás para acomodar el auricular junto a su oreja. Con un rápido movimiento se quitó el arete de perla que había elegido llevar esa mañana y que combinaba a la perfección con su vestido de tafetán verde esmeralda.

No dijo nada. Esperó a que la persona al otro lado de la línea hablara primero. Experimentó un intenso cosquilleo en la nuca cuando escuchó la voz pastosa de Dante Romano llamándola por su nombre. No esperaba su llamada a tan temprano y se preocupó.

—¿Estás ahí? —le preguntó él, extrañado por su inexplicable silencio.

—Sí; es solo que no sabía que ibas a llamar —respondió, dejándose caer en el sillón. Al hacerlo, la falda del vestido se abrió y dejó expuestos sus muslos delgados, cubiertos por un par de medias de red color negro. Aquella prenda volvía loco a Dante y se excitó con tan solo imaginárselo allí, junto a ella, retozando entre los almohadones mientras la despojaba de las medias con sus dientes. Respiró hondo y se abanicó el rostro con la mano—. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada por lo que inquietarse —le aseguró él—. Te llamo porque mi madre asistirá a una reunión en la Fundación Eva Perón. Fue invitada especialmente por la señora porque necesitan recaudar fondos para la construcción de un centro recreativo. Están buscando colaboradoras para el proyecto y es una oportunidad única para acercarte a mi madre.

Reina guardó silencio. La posibilidad de plantarse por primera vez delante de Gertrudis Arizmendi viuda de Romano era demasiado atemorizante.

—¿No decís nada? —Dante no estaba dispuesto a desperdiciar la ocasión—. Es ahora o nunca, lo sé. Se conocerán en un ambiente en donde ambas se sentirán cómodas, sin presiones sociales. Tenés grandes dotes de actriz, nadie se dará cuenta de que estás allí por una razón distinta a la del resto.

—Dante… yo no estoy tan segura de que sea el momento indicado —manifestó Reina.

—¿Preferís que te invite a casa a tomar el té y te presente como mi amante? —le soltó él, molesto por su repentina cobardía.

—No quiero que te enojes —le pidió Reina, con un nudo en la garganta.

—Entonces no me hagas enojar —replicó Dante alzando la voz—. Hace tres años que nos vemos. Mi madre sospecha que algo le oculto y creo que lo mejor es que sepa pronto lo que existe entre nosotros. Incluso se me ocurrió que una vez que consigas congraciarte con ella y comiences a frecuentar la casa, podemos fingir que no nos conocemos. Dejemos que ella juegue de celestina y crea que encontró a la mujer que hará que su único hijo siente cabeza por fin.

A Reina la idea de Dante le pareció descabellada. ¿Cómo harían para fingir que nunca se habían visto cuando hacía tanto tiempo que se acostaban?

—Estás delirando.

—Nunca estuve tan seguro de algo en mi vida; bueno, no exactamente —reconoció entre risas —. Si de algo estoy convencido es que caí rendido a tus pies la primera vez que te vi. No voy a renunciar a vos, Reina… y tenemos la ocasión perfecta para que entres en el mundo de los Romano de la mano de mi madre. No la desperdiciemos, por favor.

Aunque le daba pánico embarcarse en aquella arriesgada aventura, Reina haría todo lo que estuviera a su alcance para que Gertrudis la viera como la nuera ideal.

—¿Cuándo es el evento en la Fundación? —preguntó.

—El viernes, a las cinco de la tarde. Mi madre suele llegar temprano a todos lados. Podrías estar en la sede un rato antes para propiciar un encuentro a solas con ella —sugirió, entusiasmado.

Reina asintió mientras estrujaba en sus dedos el cable del teléfono.

—¿Vendrás esta noche? —No habían pactado un encuentro, pero tenía muchas ganas de dormir entre sus brazos.

Dante dejó escapar un suspiro.

—Tengo una reunión impostergable con los accionistas, pero haré lo posible por salir temprano y pasar por el departamento —le prometió.

—Te voy a estar esperando. —Reina se acarició la parte interna de los muslos y entrecerró los ojos—. Pasé por Harrods y compré ropa interior nueva, de encaje negro, como te gusta a vos. —Sonrió al escuchar la respiración de Dante al otro lado del teléfono. Le gustaba provocarlo hasta que él perdía el control.

Reina finalizó la llamada con la certeza de que en apenas tres días su vida podría cambiar para siempre. Como una tromba entró a su habitación y abrió el armario. Una gran variedad de vestidos, blusas y faldas colgaban de las perchas. Se pasó el resto de la mañana buscando entre su ropa el atuendo adecuado para conocer a doña Gertrudis Arizmendi viuda de Romano.

EL TIEMPO ES MI ENEMIGO

Sorrento, provincia de Nápoles, julio de 1950

Doña Concetta no podía entender la pasión ciega de su hijo por Eleonora. A pesar de que la muchacha lo trataba con indiferencia, Vincenzo insistía en cortejarla. Le había dicho que ya era hora de que se la presentara formalmente. Pero su hijo se rehusaba.

La anciana sospechaba que Vincenzo postergaba el encuentro porque sabía que nada bueno saldría el día que se encontraran por primera vez para hablar sobre los preparativos de la boda. Gracias a Nunzio, doña Concetta estaba enterada de que Vincenzo gastaba parte de su dinero en presentes que la joven apenas miraba. Y ella no había criado a uno de sus hijos para convertirse en la marioneta de una muchacha desagradecida. Por eso resolvió que no podía perder más tiempo y le envió una nota a Eleonora, a espaldas de Vincenzo. No tenía caso seguir esperando.

No iba a mencionarle nada a sus hijos hasta no tener una respuesta de Eleonora. Prefería moverse con cautela y no arrepentirse de haber actuado empujada por un impulso. No era propio de ella dejarse llevar por las emociones; sin embargo, sentía una gran curiosidad por la joven y era menester que conversaran sobre todo lo relacionado con la boda. Se hallaba en el jardín cuando uno de los criados se acercó con un sobre en la mano.

—Señora Gentile, un jovencito ha traído un recado para usted.

Era la respuesta que tanto había estado esperando.

Le agradezco la invitación, señora. Estaré en Villa Regina a la hora acordada.

Eleonora

Una nota escueta que reflejaba el escaso interés que Eleonora tenía hacia su hijo. Abolló el papel y lo arrojó al suelo. El criado se agachó para recogerlo, pero la anciana le indicó que lo dejara allí. Se arrepintió de la orden que acababa de dar cuando vio que Vincenzo se acercaba a ella.

—Buenas tardes, madre. —La saludó con un beso en la frente y de inmediato sus ojos negros se posaron en el bollo de papel que le había visto tirar sobre la hierba.

Doña Concetta le sonrió.

—Sé que debí consultarlo antes contigo, pero no quería que sufrieras una decepción. Me tomé

la libertad de invitar a cenar a Eleonora para comenzar oficialmente con los preparativos de la boda.

—Madre, ni siquiera hemos hablado de una fecha todavía —replicó, un poco molesto.

—Creo que entonces será una excelente ocasión para elegir cuándo pasarán por el altar. No es necesario llevar adelante un noviazgo eterno, y tengo la fuerte sospecha de que no quieres esperar mucho tiempo para que Eleonora sea por fin tu mujer.

Vincenzo suspiró. Su madre le mostraba una vez más cuánto lo conocía. ¿Qué ganaban con seguir postergando lo que tanto anhelaba?

—Tiene razón, madre. —Vincenzo esbozó una sonrisa. Le tranquilizaba contar con su apoyo cuando él mismo estaba agobiado por la incertidumbre.

—Necesito descansar un rato. ¡Tengo una velada que planear! —Doña Concetta se alejó hacia la mansión sin darle a su hijo la ocasión de decir algo más.

Vincenzo recogió la nota del suelo y la desplegó. Lo primero que descubrió fue que ni siquiera había sido escrita por ella. Reconoció la caligrafía algo tosca y levemente torcida hacia la izquierda de Domenico Ferrara. Furioso por el engaño, destrozó el papel en pedazos y arrojó los restos en uno de los parterres del jardín.

*

Domenico no pudo objetar nada cuando Eleonora apareció en la sala vistiendo rigurosamente de negro. Después de lo mucho que le había costado aceptar la invitación de doña Concetta para visitar Villa Regina y hablar sobre la boda, optó por tragarse los reproches y esperar que el luto que su hermana insistía en llevar por la muerte de Michele no molestara a don Vincenzo y a su familia.

Los Ferrara llegaron a Villa Regina unos minutos antes de la hora pautada para la cena. Como era una noche calurosa, doña Concetta había dispuesto que preparasen una mesa en la galería y hacia allí fueron escoltados los invitados mientras los miembros de una de las familias más influyentes y peligrosas de Sorrento aguardaban en sus respectivas habitaciones.

El primero en aparecer fue Vincenzo. Vestía un amplio traje blanco sobre una camisa negra por donde se asomaba un crucifijo de plata que destellaba cada vez que se movía. Apretó la mano de Domenico y saludó con una sonrisa a su esposa. Cuando llegó el turno de Eleonora, se acercó a ella y la sujetó levemente por la cintura mientras la besaba en la mejilla. Le costó mantener la sonrisa al verla con aquel atuendo de luto. Era una afrenta hacia él y una falta de respeto a su familia.

La aparición de doña Concetta, prendida del brazo de su hijo mayor, provocó diversas reacciones. Domenico no pudo evitar sentirse sobrecogido por la presencia que imponía aquella mujer que manejaba el destino de tantas personas. Ludovica se quedó admirando el vestido de

seda color marfil que lucía con tanta elegancia. Eleonora, que había visto a la anciana en contadas ocasiones, siempre desde lejos, experimentó un fuerte sentimiento de rechazo que no supo cómo esconder. Doña Concetta era la versión femenina de sus hijos. Destilaba arrogancia y poder, y Eleonora tenía ganas de salir corriendo. Vincenzo, tal vez adivinando sus intenciones, la sujetó del brazo.

—Madre, ella es Eleonora. —Apoyó la mano abierta en la espalda de su futura esposa para que se aproximara a la anciana.

—Buenas noches, querida. Mi hijo me ha hablado mucho de ti. —Doña Concetta estampó dos ligeros besos en las mejillas de Eleonora y la abrazó.

Eleonora, siguiendo las instrucciones de Domenico, impostó una sonrisa.

—Encantada de conocerla, señora Concetta —musitó sin mostrar ninguna emoción. Percibió que Nunzio Gentile, parado junto a su madre, la miraba con cierta suspicacia.

—No es necesario que me trates con tanta formalidad —manifestó la matriarca de la familia Gentile escudriñándola sin ningún reparo. —Llámame Concetta a secas, por favor.

Eleonora asintió mientras trataba de sonreír.

—Es un honor que nos haya invitado a su casa, señora Concetta —intervino Ludovica, deshaciéndose en halagar la belleza de su vestido.

Domenico, quien había quedado un poco relegado, le presentó sus respetos y también agradeció por la invitación.

Los Gentile y los Ferrara se dirigieron a la mesa. Doña Concetta ocupó la cabecera y sus dos hijos se acomodaron a su alrededor. Domenico y Ludovica se sentaron del lado de Nunzio, mientras que Eleonora, obligada por Vincenzo, no tuvo más remedio que ubicarse a su derecha.

La conversación comenzó con temas de poca importancia. Estaban disfrutando del postre cuando la anfitriona mencionó la verdadera razón de aquella velada.

—Siempre he estado atenta a los deseos de mis hijos, y aunque reconozco que me tomó de sorpresa su intención de casarse pronto, me hace muy feliz saber que Vincenzo ha decidido formar su propia familia. —Miró primero a su hijo menor y luego posó sus profundos ojos negros en la mujer que pronto se transformaría en su nuera—. Eleonora, quiero que sepas que, a partir de hoy, puedes contar conmigo para lo que sea. Es más, se suponía que iba a ser una sorpresa y te lo diría en privado…

—¿De qué se trata, madre? —inquirió Vincenzo ante el incómodo silencio de Eleonora quien apenas había abierto la boca.

—Es tradición de nuestra familia que el vestido de la novia sea confeccionado en una de las mejores tiendas de París. Yo viajé especialmente allá por 1916 antes de mi boda y quiero que Eleonora goce de ese mismo privilegio. —Doña Concetta esbozó una sonrisa comprensiva.

—Le agradezco el gesto, señora Concetta —dijo Eleonora, tratándola con formalidad a pesar del pedido de la viuda—. Mi tía Assunta es una excelente modista y si voy a casarme en contra

de mi voluntad, al menos quiero hacerlo con un vestido confeccionado por alguien a quien aprecio mucho.

La osadía de aquellas palabras dejó mudos a todos. Domenico le lanzó a su hermana una mirada amenazante mientras que los Ferrara hacían un gran esfuerzo para fingir que no los había afectado. Vincenzo resolvió decir algo para evitar que Eleonora terminara por arruinar la velada.

—Creo que mi prometida está en todo su derecho de elegir qué vestido usará durante la ceremonia. —Por encima de la mesa, rozó la mano de Eleonora justo antes de que ella tuviera la oportunidad de rechazarlo—. Si desea que su tía se encargue de ello, apoyo su decisión.

Doña Concetta volvió a sonreír, aunque a todos les quedó claro que lo hacía por compromiso. No le gustaba que Eleonora la hubiese desafiado de aquella manera. Si había logrado poner a Vincenzo de su parte en un asunto tan importante para ella como lo era mantener la tradición familiar intacta, no quería imaginarse de lo que sería capaz cuando llevara en su dedo la alianza de matrimonio que su hijo le entregaría el día de la boda.

—Está bien —aceptó por fin la anciana, mirando de reojo a su futura nuera—. Si Eleonora desea que su tía confeccione el vestido, no me opondré. Ahora sí, creo que es hora de hablar de la fecha de la boda y en eso no voy a ceder. Me gustaría mucho que se celebrara en septiembre, durante las festividades de san Genaro, nuestro venerado patrono.

Domenico Ferrara y su esposa estuvieron de acuerdo. A Vincenzo no le agradaba la idea de esperar dos meses más, pero comentó que le parecía maravillosa la propuesta de su madre. Eleonora no dijo nada. Solo podía pensar que tenía un par de meses para escaparse de una boda no deseada.

Sumido en el silencio, Nunzio Gentile observaba lo que ocurría a su alrededor. Le parecía increíble que Eleonora se hubiese atrevido a contradecir a su madre. Detuvo su mirada en ella durante unos cuantos segundos mientras bebía un poco de sidra. Le gustaba su temperamento. No estaba acostumbrado a tratar con mujeres como ella. Mientras se deleitaba con su belleza sin que nadie lo notara, Nunzio descubrió esa noche que, si la hubiera visto primero, él podría ser el hombre que en septiembre desposaría a Eleonora Ferrara.

LA NOVIA MÁS TRISTE

Sorrento, provincia de Nápoles, agosto de 1950

Assunta Barbieri sentía una gran impotencia al ver que Eleonora no mostraba ninguna emoción al probarse su vestido de novia. Había llegado puntualmente a las cinco para hacer los primeros ajustes y en su rostro no solo se reflejaba la tristeza por la muerte de Michele; también se percibía la resignación de aceptar su destino sin luchar. En la sala, como ya era costumbre, Ludovica la esperaba para volver juntas a la finca.

—Serás la novia más triste que Sorrento recuerde —le dijo, mirándola a través del espejo mientras tomaba las medidas de su cintura.

—Todos en Sorrento saben mejor que nadie que me caso en contra de mis deseos… Nunca volveré a enamorarme porque mi corazón se marchitó el día que el corazón de Michele dejó de latir.

—¡Por Dios! ¡No vuelvas a decir algo así! —la increpó la modista, haciendo la señal de la cruz.

Eleonora guardó silencio. No tenía derecho a preocuparla.

—Parece que la policía no tiene ningún interés en descubrir quién mató a Michele —comentó con aire pesimista—. ¿De veras no hay ninguna sospecha sobre quién está detrás de su muerte? —insistió. Su intuición le decía que lo que ella pensaba no estaba muy lejos de la realidad.

—Muchos opinan sin saber —repuso Assunta mientras ajustaba la falda del vestido.

—Siempre hay algo de verdad detrás de los rumores, tía —sentenció Eleonora.

Assunta se incorporó, apartó a un lado la cola del vestido para no pisarla y se sujetó el alfiletero alrededor de la muñeca.

—Alguien cercano a la investigación me comentó que han interrogado a un sospechoso.

Eleonora giró con tanta brusquedad que la delicada tela que cubría la parte posterior de su atuendo nupcial se desprendió de su sitio. Assunta se apuró a solucionarlo con un par de alfileres.

—No debí mencionártelo —dijo, reprochándose a sí misma por haber abierto la boca.

—¿Tú también vas a esconderme lo que sucede? —le recriminó, poniendo los brazos en jarra.

—No, Eleonora, jamás te haría eso. —La invitó a sentarse. Debían hablar en voz baja; Ludovica aguardaba en la sala—. Lo que te voy a contar expone uno de mis secretos mejor guardados. Prométeme que seguirá así para siempre. —Eleonora juró que guardaría silencio—.

La persona que habló conmigo es Paolo Manfredi.

—¿El alcalde?

Assunta asintió.

—Para mí es mucho más que el alcalde de Sorrento. Paolo y yo somos amantes. Nos hemos estado viendo a escondidas durante los últimos diez meses… —Miró por la ventana—. Estaciona su automóvil a un par de calles de distancia para evitar que lo vean delante de mi casa. Es un hombre casado y su posición le impide abandonar a su esposa. Yo me consuelo pensando que es a mí a quien realmente ama, aunque vuelva cada noche a su casa para estar con ella.

Eleonora se quedó pasmada. Jamás se hubiera imaginado que su tía tuviera un romance oculto con el alcalde. Siempre la veía como una mujer demasiado preocupada en mantener las apariencias. Nadie nunca dijo nada acerca de su reputación. Assunta Barbieri se había ganado el respeto de todos.

—¿Te he escandalizado?

Eleonora negó enérgicamente con la cabeza.

—No voy a negar que estoy sorprendida —reconoció la joven saliendo apenas de su asombro —. Sin embargo, saber que te has atrevido a vivir tu historia de amor con un hombre prohibido hace que te vea de una manera completamente nueva.

—¿Qué quieres decir?

—Pasaste por encima de lo que puedan pensar los demás porque has seguido lo que te dictó el corazón. Yo hice lo mismo con Michele. A pesar de que mi propia familia me condenaba por haberme enamorado de él, ambos luchamos hasta el último momento para estar juntos… y Michele terminó pagando con su vida. Ahora tengo que casarme con un hombre que me provoca escalofríos, y no sé qué será de mí cuando me convierta en la esposa de Vincenzo Gentile.

—Mi niña, si estuviera en mis manos, ese día jamás llegaría.

—¿Qué fue lo que te contó el alcalde sobre la investigación policial? —Eleonora no quería hablar de su boda.

—Interrogaron a un hombre que fue visto cerca del lugar en donde apareció su cuerpo. Es un vagabundo que suele buscar refugio en la cabaña y creen que tuvo algo que ver con lo que pasó.

Eleonora sabía muy de quién le estaba hablando. Alguna que otra vez lo habían visto por los alrededores cuando acudían a sus encuentros. Era un hombre inofensivo, con un leve retraso mental.

—Él no pudo matar a Michele.

—Paolo tampoco lo cree, aunque asegura que la policía está muy interesada en culparlo.

—Ambas sabemos lo que pasó, tía.

—Eleonora, no digas nada que te pueda poner en peligro.

—¡Vincenzo Gentile estaba enterado de todo, tía! —replicó, alzando la voz. Había olvidado que su cuñada estaba a tan solo un par de puertas de distancia—. ¡Domenico le contó que me

entregué a Michele! ¡Nadie me saca de la cabeza que él y su familia están detrás de la muerte de Michele!

—¡No repitas eso nunca más! —Ludovica irrumpió en el cuarto de costura como un torbellino y zarandeó a Eleonora—. ¡No puedes lanzar una acusación tan seria y quedarte como si nada! ¡En menos de dos meses Vincenzo Gentile será tu esposo!

Eleonora se soltó y la miró, furiosa.

—¿Es que acaso no se dan cuenta de que él es el único con un motivo real para querer deshacerse de Michele? ¡La policía jamás se atreverá a llevar a un Gentile a la justicia!

—¡Cuando tu hermano se entere de esto, se pondrá furioso! —Volvió a sujetar a su cuñada del brazo para llevársela de regreso a la finca.

—¡Ludovica, no hay necesidad de tratarla así! ¡Tampoco que Domenico sepa lo que acaba de pasar! —terció Assunta. Miró a Eleonora, esperando que la joven le siguiera la corriente—. Estoy segura de que mi querida sobrina no repetirá lo que acaba de decir. ¿No es así, Eleonora?

Eleonora no podía guardarse sus sospechas, pero fingió que aceptaba quedarse callada. A la primera oportunidad, hablaría con él. Quizá entonces Domenico resolviera que casarla con un hombre como Vincenzo Gentile era peligroso.

UNA OFERTA INESPERADA

Sorrento, provincia de Nápoles, agosto de 1950

Eleonora se secó el sudor de la frente con el pañuelo que envolvía su cabello. El calor sofocante de aquel verano solo hacía que su mal humor empeorara. Gracias a las altas temperaturas de las últimas semanas, Domenico le permitía ocuparse de las labores que debían realizarse en el exterior y gozaba de un poco de libertad.

Después de quitar la mala hierba que amenazaba con invadir el plantío de tomates, Eleonora decidió refrescarse en el arroyo en vez de regresar a la casa. Miró por encima del hombro. No vio a Ludovica por ningún lado y aprovechó para irse antes de que se lo prohibiera. Se levantó un poco el vestido para introducir los pies en el arroyo. El aleteo de una bandada de pájaros elevándose por encima de los abedules le causó cierta inquietud: alguien se acercaba. O, mucho peor, había un intruso espiándola. Metió una mano en el agua y se mojó el cabello. Seguía con la sensación de que la estaban observando. Algo o alguien se movía detrás de unos arbustos. Estaba alejándose cuando oyó que gritaban su nombre. Se paró en seco al reconocer la voz de Nunzio Gentile.

—¡Espera, necesito hablar contigo! —A Nunzio le llevó unas pocas zancadas alcanzarla.

Eleonora dudó. No confiaba en él.

—¿Te envió tu hermano? —quiso saber.

—No he venido a buscarte porque Vincenzo me lo haya pedido. Sé que convertirte en la esposa de Vincenzo es lo último que deseas, y estoy más que dispuesto a brindarte mi ayuda para que te salgas con la tuya.

En un primer momento, Eleonora pensó que había malinterpretado sus palabras; sin embargo, lo que oyó a continuación, la dejó atónita.

—Cuento con los medios necesarios para conseguirte dinero y documentación falsa. Podrías marcharte muy lejos… incluso, sería capaz de comprarte un boleto de barco para que cruces el océano.

—¿Estás tratando de ponerme a prueba?

—Lo que quiero es evitarte una vida desdichada al lado de un hombre que no amas.

Eleonora, todavía incrédula, se resistía a caer en aquel juego perverso.

—¿Traicionarías a tu propia sangre por alguien como yo? —Eleonora sintió un temblor helado

bajándole por la espalda cuando los siniestros ojos de Nunzio se deslizaron por su cuerpo.

—Haría lo que fuera por ti, Eleonora… —afirmó, deteniendo su escrutinio en los labios femeninos—. Soy capaz de ir en contra de los deseos de mi familia solo para complacerte.

—No te creo…

—Yo no miento. Me juego demasiado al hacerte esta propuesta —dijo, tratando de sonar sincero. Era plenamente consciente de que no resultaría fácil que ella confiara en sus palabras.

Eleonora negó con un enfático movimiento de cabeza.

—¿Cómo podría fiarme de alguien como tú? Hasta dónde sé, eres la mano derecha de Vincenzo y haces todo lo que él te ordena. ¿Y si ambos me están tendiendo una trampa?

Nunzio abrió los brazos y se los llevó al pecho, en señal de tregua.

—Tendrás que creer en mí, Eleonora. Soy tu única oportunidad para librarte de mi hermano.

—No puedo confiar en ti… Para mí, Vincenzo y tú son lo mismo. —Se alejó de él con la intención de marcharse.

—¡Escúchame, no seas necia! —La sujetó del brazo para impedirle cualquier movimiento. Se calmó al percatarse de que con su actitud solo la estaba asustando—. No me gusta rogarle a nadie, mucho menos a una mujer, pero contigo no me importaría hacer una excepción.

—¿Qué buscas a cambio? —inquirió, bajando la mirada.

—¿No lo sabes?

Eleonora guardó silencio. Lo que imaginaba era tan desagradable y humillante que no podía ponerlo en palabras. Cuando Nunzio le rozó la parte interna del codo con la punta de su dedo, sintió náuseas. Quiso salir huyendo, pero él no se lo permitió.

—Lo que pido a cambio es más que justo, Eleonora… Para ti, no sería más que un pequeño sacrificio. Si te portas bien conmigo y me complaces en todo lo que te pido, pondré a tus pies una importante suma de dinero y un pasaje que te lleve al otro lado del océano.

—¡Estás loco! —Eleonora se retorció entre sus brazos, pero fue en vano.

—¡De nada vale que juegues a la mosquita muerta conmigo, Eleonora! ¡De inocente no tienes nada! —La atrajo hacia su cuerpo, apretándola por la cintura mientras que su mano derecha se apoyaba descaradamente sobre su trasero—. No pretendas engañarme con tu falso pudor cuando no te importó en lo absoluto revolcarte con el hijo del barbero. Él no te dio nada… si compartes mi cama tan solo por una noche, yo te ofrezco librarte de un hombre al cual detestas.

—¡Eres repulsivo! —lo acusó, mientras seguía prisionera de su agarre—. ¡No me importa pasar el resto de mi vida al lado de alguien a quien desprecio! ¡Nunca vas a ponerme un dedo encima! ¡Se lo contaré todo a Vincenzo! ¡Va a odiarte cuando sepa lo que pretendías hacer conmigo!

Nunzio soltó una carcajada y de un manotazo se abrió la camisa. Con el pecho henchido, le mostró la cicatriz que cruzaba su abdomen.

—Mi hermano nunca te creerá. Le salvé la vida durante la guerra… Recibí una bala que estaba

destinada a él y desde entonces me ve como a un héroe. —Mirándola burlonamente, por fin la soltó.

Con la respiración agitada y el miedo instalado en sus ojos, Eleonora retrocedió unos pasos para alejarse de él. Le dio la espalda y comenzó a correr. Se cubrió los oídos para no escuchar la risa malvada de Nunzio Gentile mientras escapaba de regreso a su casa.



CRUDA SINCERIDAD

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, agosto de 1950

El silencio al que lo condenaba Reina Marino no hacía más que acrecentar la ansiedad de Dante. Llevaba horas aguardando su llamada. La nueva estrategia para acercarse a su madre no podía fallar. Después del rotundo fracaso de su primer encuentro, no tendrían muchas más oportunidades.

Las crudas palabras pronunciadas por Gertrudis al llegar a su casa luego de la dichosa reunión todavía resonaban en su cabeza. Él se acercó con una avalancha de preguntas que ella respondió sin protestar. Así, Dante descubrió que Reina no había cumplido con las expectativas de su madre: aunque a simple vista le había parecido atractiva, se le notaba la falta de clase. Dante comprendió que su plan se había ido por la borda. Entonces decidió que lo mejor era dejar que la situación se enfriara. Habían transcurrido tres semanas desde la reunión y esa tarde, siguiendo sus instrucciones, Reina se cruzaría con Gertrudis, de manera aparentemente casual, durante uno de sus tradicionales tés en la Confitería del Águila. Miró su reloj. A esa hora, su madre ya debería estar de regreso.

Cuando escuchó que el automóvil de Gertrudis ingresaba por el acceso principal se acercó a la ventana. La observó desde las sombras mientras el chofer la ayudaba a bajar. Prefirió esperar unos minutos en el despacho para no mostrar que había estado ansioso por su llegada. Se sirvió una copa de brandy, la bebió despacio y hasta fumó un cigarrillo antes de ir a su encuentro.

Se cruzó con ella en el pasillo y la saludó con un beso en la frente.

—Estaba comenzando a preocuparme, madre —le dijo.

Gertrudis dejó escapar un suspiro.

—No planeaba quedarme mucho tiempo; sin embargo, me retuvieron en la confitería casi en contra de mi voluntad —respondió en un tono de fastidio.

Dante casi se ahoga con su propia saliva. Quiso sonreír, pero estaba demasiado tenso.

—¿Por qué dice eso?

—¿Te acordás de la tal Reina Marino? ¿La muchacha que te conté que no se despegaba de mi lado aquella tarde durante la reunión en la Fundación? Me la encontré en la confitería… aunque no puedo afirmar que haya sido por pura casualidad. Tengo el presentimiento de que se presentó porque sabía que yo estaría allí —manifestó, molesta.

—¿No le parece que exagera, madre? ¿Qué motivo tendría para acecharla de esa manera? —Se dio cuenta de que había utilizado la palabra incorrecta. No quería que su madre se sintiera intimidada por la insistencia de Reina—. Tal vez solo le gustaría ser su amiga…

Gertrudis se detuvo en seco.

—¿Amigas? ¿Esa pelandrusca y yo? —soltó una carcajada ante la ocurrencia de Dante—. Confieso que me causó gracia ver cómo se derretía por complacerme. No tuve más remedio que invitarla cuando prácticamente se sentó en mi mesa.

—¿Entonces compartieron el té? —Dante no deseaba hacerse ilusiones; mucho menos después de oír cómo su madre despotricaba en contra de Reina y su atrevido comportamiento.

—¿Qué otra cosa podía hacer, hijo? No quería llamar la atención y que me vieran con ella. Gracias a Dios, estábamos en un rincón apartado. —Sacudió la cabeza—. ¿Te imaginás si alguna de nuestras amistades me hubiese visto al lado de una mujer así?

—¿Tan mal le cae? —Dante le ofreció el brazo para acompañarla hasta su habitación—. No recuerdo haberla oído hablar de nadie así antes.

—No me cae ni bien ni mal —sentenció Gertrudis, dándole una palmadita en la mano mientras sonreía—. Es solo que jamás me sentiría a gusto con alguien como ella. A pesar de haber nacido en cuna de oro, la encuentro demasiado vulgar para incluirla en nuestro círculo de amistades. —Miró de reojo a Dante—. ¿Por qué de repente tanto interés en alguien que ni siquiera conocés?

—¡Simple curiosidad, madre! —respondió Dante, desviando la mirada—. ¡Me imagino la vergüenza que habrá pasado en la Confitería del Águila, oteando por encima de su hombro y rogando que ningún conocido la descubriera en semejante compañía!

—¡Gracias a Dios eso no sucedió! ¡Espero no tener la mala fortuna de encontrarme con ella de nuevo! ¡Te juro que si me la cruzo un día fingiré que nunca la he visto!

—Es lo mejor, quédese tranquila. —Dante suspiró, apesadumbrado.

Había perdido las ganas de salir, por eso se despidió de su madre hasta el día siguiente y no sintió ni un ápice de pena cuando ella le manifestó que lamentaba que no la acompañara a cenar. Dante se encerró en su habitación para rumiar su mala suerte y ahogar sus penas en un vaso de whisky. Le pesaba la cabeza y no podía dejar de escuchar las palabras de su madre como un eco macabro que le recordaba que lo que estaba en juego era su felicidad. Se durmió soñando con los labios de Reina. Cerca de la medianoche, se despertó sobresaltado. El ronroneo de un motor lo obligó a ponerse de pie. A través de la ventana vio a Saverio, el chofer de la familia, abriendo la puerta trasera del automóvil de su madre. Unos segundos más tarde, Gertrudis, enfundada en un abrigo oscuro y un sombrero que cubría parte de su rostro, abandonó la mansión a toda prisa.

Dante, intrigado, contempló boquiabierto cómo el vehículo desaparecía en medio de una espesa niebla nocturna. Le costó volver a conciliar el sueño. No podía dejar de preguntarse a dónde iba a esas horas, escabulléndose con la complicidad del chofer. Tenía la intuición de que no era la primera vez que salía de manera furtiva y que llevaba tiempo haciéndolo a sus espaldas.

La primera opción que asaltó su mente le pareció tan absurda que la descartó de inmediato: su madre era demasiado escrupulosa y jamás se escaparía a escondidas para encontrarse con un amante.

El único capaz de desentrañar aquel enigma era Saverio, el chofer. Llevaba más de treinta años trabajando para la familia y aunque le profesaba una lealtad irreprochable a su madre, lo obligaría a contarle en qué andaba metida. Intentó mantenerse despierto para ver a qué hora regresaba su madre; no obstante, el cansancio terminó por vencerlo y se durmió.

*

Al día siguiente…

La aparición de Dante en la cocina provocó revuelo en la servidumbre. El patrón no solía visitarlos, mucho menos tan temprano. Herminia, el ama de llaves, fue la primera en recuperarse de la sorpresa y le ofreció un café. En un rincón alejado de la cocina, Renata y Laurita, las muchachas que se ocupaban de mantener impoluta la mansión Romano, intercambiaban cuchicheos mientras miraban de reojo al hijo de su señora. Ambas estaban solteras y siempre comentaban cuán afortunada sería la mujer que conquistara el corazón y la billetera del joven empresario. Palmira, la vieja cocinera, dejó de amasar el pan para acercarse a Dante. Había estado presente durante el parto de la señora, apretando su mano para darle fuerzas, y recordaba ese momento con orgullo. Para ella, el joven Dante era, en parte, un poco suyo. Se sacudió la harina de las manos y le sonrió.

—¿A qué debemos el placer de tu visita, mi niño?

Dante se sonrojó. Le daba pudor que alguien se dirigiera a él con aquel apelativo cuando en apenas un par de meses cumpliría cuarenta años.

—Estoy buscando a Saverio —dijo, barriendo la cocina con la mirada.

—El Saverio no se ha levantado todavía. De nuevo se le han pegado las sábanas —respondió Herminia, en son de broma—. Ahora que le falta poco para jubilarse, se está volviendo un holgazán.

Dante asintió. Si el chofer había regresado a la madrugada, era previsible que le costara despertarse a la misma hora que a sus compañeros. Abandonó la cocina a paso firme. Saverio vivía en una pequeña construcción adosada al garaje. Aquel lugar apartado le daría privacidad para hablar con él sin que nadie los oyera. Estaba por llamar a su puerta cuando esta se abrió de repente.

—Señor Dante, buenos días, ¿qué puedo hacer por usted? —Saverio se acomodó la camisa dentro del pantalón y con los dedos peinó el poco cabello que le caía sobre la sien.

—Voy a ir directo al grano, Saverio. Anoche, muy tarde, vi que saliste con mi madre. ¿A

dónde la llevaste? Espero una respuesta sincera.

—No puedo traicionar la confianza de doña Gertrudis. Yo espero que entienda mi posición, señor. —Saverio se volteó y lo miró directamente a los ojos—. Si quiere saber qué es lo que hace, hable con ella. De mi boca no saldrá ni una sola palabra.



LA ANTESALA DEL INFIERNO

Sorrento, provincia de Nápoles, septiembre de 1950

La boda de Vincenzo y Eleonora se convirtió en la atracción principal de Sorrento durante las semanas previas a su celebración. Se hablaba de aquella inesperada unión en todos los rincones de la ciudad y nadie quería quedarse afuera. La fiesta se llevaría a cabo en Villa Regina y en un acto más de soberbia que de generosidad, los Gentile habían decidido abrir de par en par las puertas de su casa para compartir la dicha con sus vecinos. La ceremonia religiosa se realizaría en el inmenso jardín de Villa Regina, bajo la sombra de una de sus pérgolas, adornada con coloridos ramilletes de flores. Todo estaba listo para que el matrimonio de uno de los capos más poderosos del sur de Italia se convirtiera en un evento inolvidable.

El clima de fiesta que se respiraba en la ciudad asfixiaba a Eleonora. No había pegado un ojo la noche anterior. Levantó la almohada para sacar el retrato que le había hecho a Michele la noche en la que se convirtió en su mujer y lo besó con el corazón encogido de dolor. Se incorporó rápidamente y escondió el dibujo cuando oyó que Ludovica llamaba a su puerta.

—¿Estás mejor? Puedo prepararte una infusión de jengibre —Ludovica apretó sus manos. Dio un respingo al comprobar que las tenía heladas—. Es normal que te sientas así. Cuando me casé con tu hermano, estuve dos días sin comer. Casi me desmayo antes de la boda. Nadie se dio cuenta, ni siquiera Domenico. Tú eras muy pequeña para recordarlo y te pasaste toda la tarde corriendo por ahí con los demás niños.

Eleonora la miró a los ojos.

—Hay una enorme diferencia entre nosotras, Ludovica. Tú te casaste enamorada.

—Me hubiese gustado que las cosas se dieran de otra manera, sobre todo para ti. —Peinó el cabello de Eleonora con los dedos y sonrió—. Sé que nada de lo que te diga cambiará lo que sucederá esta tarde, pero te juro que tu hermano y yo solo queremos tu bienestar. Vincenzo Gentile es un hombre importante que pondrá el mundo a tus pies. El amor llegará tarde o temprano; solo debes dejar esa actitud rebelde a un lado y procurar ser feliz.

Eleonora no dudaba de las buenas intenciones de su cuñada; sin embargo, tanto ella como Domenico estaban poniendo su destino en manos de un hombre al que jamás podría amar.

—Ludo… —Esperaba que ese apelativo cariñoso que utilizaba poco la ayudase en su propósito—. Sé que voy a ponerte en un aprieto, pero eres la única a quien puedo recurrir.

Ludovica arrugó el entrecejo.

—¿Qué vas a pedirme?

—Mi vida está a punto de cambiar para siempre. Todo lo que he conocido hasta hoy quedará atrás. Necesito hacer algo antes de dar un paso tan importante. —Respiró hondo y la miró con gesto suplicante—. Tengo que despedirme de Michele… pararme frente a su tumba y decirle adiós.

—Eso no, Eleonora. Es imposible…

—¡No, no lo es! ¡Te juro que nadie se enterará que me ayudaste! ¡Domenico nunca lo sabrá! ¡Te lo prometo! —Se llevó la mano derecha al pecho y cruzó los dedos formando una cruz.

El silencio de Ludovica encrespó los nervios de Eleonora.

—Si lo que te inquieta es que trate de huir, puedes acompañarme. Te aseguro que lo único que quiero es despedirme de él.

Su cuñada asintió por fin.

—Iremos ahora mismo. Aprovechemos que Domenico está en la ciudad y todo el mundo se encuentra distraído con los preparativos de la boda.

Eleonora abrazó a su cuñada. Tomaron un sendero secundario y unos cuantos metros más adelante se desviaron hacia la izquierda para seguir rumbo al cementerio. Como la ceremonia religiosa se realizaría en Villa Regina, no había nadie en los alrededores de la iglesia. Ludovica le hizo señas a Eleonora de que se cubriera la cabeza con la mantilla para evitar que alguien pudiera reconocerla. La joven obedeció mientras avanzaba por los pasillos del cementerio en dirección al sitio donde reposaban los restos de su amado Michele.

Cuando Eleonora se detuvo frente al sepulcro, decidió darle un poco de intimidad. Se quedó a escasos metros de distancia, sin quitarle los ojos de encima. Desde su lugar escuchaba el llanto reprimido de su cuñada y no pudo evitar sentir lástima por ella.

Eleonora se arrodilló junto a la tumba y se quitó la mantilla que cubría su cabeza. En una placa de metal improvisada se podía leer:

Michele Conte
12 de enero de 1925 – 27 de junio de 1950
Tu padre jamás te olvidará

No había ninguna fotografía aún. Tan solo un ramo de margaritas blancas al pie de la cruz. Eleonora acarició el nombre de Michele y cerró los ojos.

—Perdón por haber venido con las manos vacías, amor —se disculpó, entre hipidos—. Quería verte hoy porque sé que ya no podré visitarte. No tuve el valor suficiente para huir del destino que me espera al lado de ese hombre… Aunque me convierta en su esposa, siempre serás el amor de mi vida y sé que algún día volveremos a vernos para amarnos en la eternidad.

—Querida, no te demores demasiado —le pidió Ludovica, interrumpiéndola.

Su cuñada fingió no escucharla. Despedirse de Michele no era fácil. Cuando Ludovica le tocó el hombro para llamar su atención, no le quedó más remedio que hacerle caso.

—Vamos, Eleonora. —La envolvió con la mantilla mientras la sujetaba de la cintura.

No se cruzaron con nadie al abandonar el cementerio; sin embargo, cuando Eleonora alzó la mirada por última vez, descubrió que Nunzio estaba allí, a unos metros distancia. A medida que se alejaba del cementerio, sentía los penetrantes ojos verdes de Nunzio Gentile clavados en la nuca.



MÍA, POR FIN

Sorrento, provincia de Nápoles, septiembre de 1950

Mientras avanzaba por el estrecho sendero que doña Concetta había mandado a decorar con margaritas y coloridas fresias, Eleonora sentía que una piedra pesada le oprimía el pecho. Aferrada al brazo de su hermano, caminaba temblorosa hacia el altar en donde Vincenzo la esperaba con una sonrisa en los labios. Cuando al fin Domenico la soltó para entregarla al hombre que en cuestión de minutos se convertiría en su esposo, Eleonora sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

Vincenzo Gentile rozó su mano y ella, en un gesto instintivo, la retiró. Los que estaban más cerca se percataron de su reacción y se hizo un silencio incómodo. Fue Domenico el primero en intervenir. Se inclinó hacia su hermana y le lanzó una advertencia al oído. Cuando Vincenzo volvió a intentarlo, consiguió su propósito.

Mientras todos escuchaban al sacerdote, Eleonora paseó su mirada ausente entre los invitados. Fue entonces que distinguió a lo lejos, en medio de una pequeña multitud, a un joven vestido de negro que no le quitaba los ojos de encima. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando reconoció el rostro de su amado Michele. ¿Cómo era posible? Quiso echarse a correr a sus brazos, pero no fue capaz de moverse. Parecía que tenía los pies atornillados al piso. ¡Él estaba allí y le sonreía! Miró al resto de la gente. Nadie se había percatado de aquella aparición. La voz grave del sacerdote acababa de pronunciar su nombre, pero ella no lo escuchó.

—Hija, tienes que responder. —El clérigo carraspeó nervioso al ver cómo se borraba la sonrisa en el rostro de Vincenzo Gentile.

—¡Eleonora, todos están esperando! —Domenico colocó su mano en la espalda de la muchacha, quien parecía estar presa de alguna especie de trance. Ejerció un poco más de presión para que obedeciera y cuando ella reaccionó, le asustó lo que se percibía en en sus ojos azules, como si hubiese visto un fantasma. Estaba pálida y respiraba con dificultad.

—Domenico, ha venido a buscarme —murmuró, mirando por encima de su hombro.

Él siguió la dirección de su mirada y solo vio a un grupo de invitados, impacientes por oír su respuesta.

—¿De quién hablas? —el hombre le hizo un gesto a su patrón para que no interviniera. Algo extraño le había sucedido a su hermana y le tocaba a él obligarla a cumplir con su deber.

Eleonora iba a contárselo; sin embargo, comprendió que Doménico no le creería. Ella misma ponía en duda lo que sus ojos acababan de ver.

—De nadie; fue solo una ilusión —dijo, vencida por la tristeza de saber que Michele ya nunca vendría a buscarla.

Domenico chasqueó la lengua. Cada vez entendía menos el comportamiento errático de su hermana. Incluso temía que la muerte trágica de Michele Conte le causara un daño irreparable.

Eleonora, jugando con la cordura de los Gentile, tardó unos segundos para dar su respuesta. Al hacerlo, solo asintió con un breve movimiento de cabeza que no convenció a nadie.

—Debes decirlo en voz alta, Eleonora. —El cura le sonrió, aunque por dentro solo deseaba que aquella desordenada ceremonia llegara a su fin cuanto antes.

Eleonora pronunció un "sí" tan suave que solo fue escuchado por las personas que se encontraban más cerca del altar. Cuando fue el turno de Vincenzo, en cambio, dijo a viva voz que aceptaba casarse con ella. El sacerdote soltó un suspiro y anunció, aliviado, que eran marido y mujer. Después de dar su anuencia para que sellaran su juramento con un beso, Vincenzo tomó el rostro de su flamante esposa entre ambas manos y apoyó sus labios en los de ella.

Pronto, los invitados más cercanos a la familia se fueron aproximando para felicitar a los novios. Los primeros en brindar sus buenos deseos a la pareja fueron Domenico y Ludovica. Assunta Barbieri le dio un abrazo tan tierno que Eleonora permaneció con la cabeza recostada sobre su hombro hasta que Vincenzo la reclamó para que recibiera las felicitaciones de su madre.

Doña Concetta la miró y sonrió complacida.

—Bienvenida a la familia, querida. —La atrajo hacia ella y depositó un sonoro beso en cada una de sus mejillas.

A poca distancia, Nunzio aguardaba su oportunidad. Se acercó y buscó el permiso de su hermano para abrazar a su flamante esposa. Vincenzo se lo concedió asintiendo con la cabeza. Eleonora sintió un escalofrío en la espalda cuando Nunzio la envolvió entre sus brazos y le susurró algo al oído mientras impostaba una sonrisa.

—Ese "no" te va a costar muy caro.

Cuando la soltó, el rostro de Eleonora estaba blanco como un papel. Miró a su alrededor con la absurda esperanza de volver a ver a Michele… pero él no estaba allí, cuidándola: su cuerpo corrupto yacía en una tumba fría del cementerio.

*

La tarde languidecía lentamente sobre los verdes campos de Sorrento y en Villa Regina la fiesta continuaba en su apogeo. Mientras la gran mayoría disfrutaba de la música y del banquete, Eleonora parecía ajena a todo. Sentada en la mesa principal, detrás del gran pastel de bodas, deseaba hacerse invisible para pasar desapercibida. A su lado, doña Concetta no cerraba la boca.

Llevaba un buen rato dándole indicaciones sobre los gustos y costumbres de su hijo menor. Le habló de sus pasiones y también, a modo de advertencia, le soltó un par de consejos para evitar problemas maritales.

Eleonora vio que Vincenzo se acercaba a Domenico. Intercambiaron algunas palabras durante unos pocos minutos y luego Vincenzo sacó un sobre del bolsillo interior de su saco y se lo entregó. A pesar de la distancia, vio que el rostro de su hermano se iluminaba con una sonrisa. Domenico estrechó la mano de su cuñado y guardó el sobre entre sus ropas. Cuando se separaron, su hermano buscó inmediatamente a Ludovica. Ella también se alegró. Intrigada, Eleonora se preguntó qué era lo que contenía aquel misterioso sobre como para provocar tanta felicidad.

Anochecía y la gente comenzaba a cansarse. Después de que los novios bailaron el vals, Vincenzo anunció, eufórico, que ellos se retiraban de la fiesta. Debían salir muy temprano al día siguiente hacia Roma para disfrutar de la luna de miel, y los invitados se despidieron de la pareja entre vítores y sonoros aplausos. Así, poco a poco, Villa Regina se fue quedando vacía.

Eleonora, aturdida por la vorágine a su alrededor, fue arrastrada hacia el interior de la mansión. Vincenzo sujetaba su mano con fuerza, como si temiera que ella pudiera soltarse y escapar. Atravesaron el salón y subieron de prisa las escaleras. En el pasillo de la planta alta, Eleonora impuso su voluntad y se detuvo.

—Eres mi esposa ahora. No voy a ceder a tus caprichos, Eleonora. Tuve que aceptar que no me dejaras tocarte durante nuestro noviazgo —le recordó—. Esta noche vas a ser mía por fin…

No pudo terminar la frase; Eleonora logró zafarse de su agarre y salió disparada hacia el fondo del pasillo. Vincenzo corrió tras ella. No iba a permitir que lo humillara precisamente esa noche, en la que había pensado tanto. La acorraló contra la puerta de su habitación, apoyando las palmas abiertas en la pared para evitar un nuevo intento de fuga.

—No pierdas el tiempo tratando de eludirme —le advirtió, torciendo la boca en una sonrisa triunfal—. He soñado muchas noches con este momento y no vas a arruinarlo.

La besó. Con la mano derecha abrió la puerta que estaba a sus espaldas y, sin dejar de besarla, la arrastró hacia el interior de su habitación. Vincenzo permaneció de pie en el umbral. Contempló a su joven y aterrada esposa mientras se despojaba del moño negro que aprisionaba su cuello. Lo arrojó encima de la cómoda y avanzó despacio hacia ella. Eleonora retrocedió hasta quedar parapetada contra la puerta que conducía al cuarto de baño.

A Vincenzo le molestó su reacción. Cuando estiró el brazo con la intención de tocarla y Eleonora cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza, comprendió que no ganaría nada presionándola de aquella manera. Resolvió tomarse las cosas con calma y darle tiempo para que se acostumbrara a su nueva situación. Bajar la guardia con alguien tan impredecible como ella significaba arriesgarse demasiado. Era cuestión de armarse de paciencia; al menos hasta que el deseo que sentía por Eleonora le hiciera perder por completo la cabeza.

Señaló la puerta que estaba justo detrás de ella.

—Allí dentro podrás quitarte el vestido. Mi madre envió a una de las sirvientas para que deshiciera el baúl que trajo tu hermano esta mañana y encontrarás algo más cómodo que ponerte. Yo esperaré afuera. —Se giró sobre sus talones y abrió el ventanal de la terraza de par en par. Necesitaba tomar un poco de aire antes de volver a su lado.

Eleonora no se movió hasta que Vincenzo salió al balcón. Una vez que se aseguró de que estaba lo suficientemente lejos de ella, se metió en el baño y puso llave a la puerta. Se paró delante del espejo y no le gustó nada la imagen que le devolvió. Estaba pálida y tenía los labios agrietados. El peinado en lo alto de la cabeza empezaba a desmoronarse. Respiró profundo; su corazón latía a una velocidad vertiginosa. El miedo dominaba cada rincón de su cuerpo. No se atrevía a quitarse el vestido de novia. Entonces se dio cuenta de que encima de una butaca habían dejado un camisón. Supo que era obra de doña Concetta. El tratamiento casi intimidatorio de su suegra le causaba espanto. Era insólito y hasta incómodo que ella seleccionara qué debía llevar la noche de bodas. Ya habían protagonizado algún que otro desacuerdo y no deseaba tenerla en la vereda contraria.

Como si estuviera preparándose para ir al patíbulo, comenzó a quitarse el vestido que su querida tía Assunta había cosido con tanto amor. Por más que intentara detener el tiempo, nada podía hacer para evitar lo que sucedería. Se puso el maldito camisón y le sorprendió descubrir que se amoldaba a su cuerpo con la elasticidad de un guante. La sorpresa rápidamente se convirtió en indignación. Ajustó los finos breteles para que no se deslizaran por sus hombros y se miró al espejo con una sonrisa llena de sarcasmo. La tela, de satén azulado, resaltaba la intensidad de su mirada. Aunque era largo y llegaba a cubrirle las rodillas, tenía una abertura en los laterales que dejaba al descubierto buena parte de sus muslos. Se apartó del espejo; ya no quería verse. Recogió el vestido de novia y escondió el corpiño entre los voluptuosos pliegues antes de abandonar el cuarto de baño con el corazón en un puño. La habitación estaba vacía. Una espesa nube de humo se elevaba desde un rincón de la terraza. Vincenzo seguía fumando. Eleonora llevaba el vestido pegado al cuerpo, utilizándolo como escudo. Lo dejó sobre una butaca y, dando la espalda al balcón, se sentó en la cama. El canto de los grillos se sumaba al acompasado golpeteo de las agujas del reloj de madera que señalaban que faltaba un cuarto de hora para las diez de la noche. Aquel ruido sostenido no hacía más que acrecentar la angustia de Eleonora.

De repente, la silueta de Vincenzo se reflejó en el cristal de una de las ventanas. Aunque no podía oír sus pisadas, lo vio entrar en la habitación. Se movía con tanto sigilo que se le heló la sangre.

Vincenzo se acercó a la cama y se detuvo a mitad de camino.

—Levántate, quiero verte. —En su voz ronca aquella petición sonó a exigencia. Ella no se inmutó—. Sé que me has oído, Eleonora. Eres mi esposa y me debes obediencia…

No se molestó en repetírselo. Se aproximó a su esposa, la sujetó del brazo y la obligó a ponerse de pie.

—Conmigo no tienes que fingir, Eleonora. Sé muy bien que no soy tu primer hombre.

Eleonora volteó la cara al adivinar cuál era la intención de Vincenzo al inclinarse sobre ella. Aquel rechazo solo causó que su esposo se enfadara.

—¡No voy a tolerar que te hagas la mojigata cuando te has revolcado con ese imbécil de Michele Conte!

Ella lo fulminó con la mirada. Ya no había espanto en sus ojos azules. Bastó que Vincenzo pronunciara el nombre de Michele para que destellaran de furia.

—¡No voy a permitir que ensucies la memoria de Michele! ¡Límpiate la boca antes de hablar de él! —lo increpó, apretando los dientes para no escupirle la cara.

Vincenzo profirió un par de maldiciones antes de arrojarla sobre la cama. Luego, se alejó en dirección a uno de los armarios y sacó una caja de madera del color del ébano.

—¡Ese malnacido llegó demasiado lejos! ¡Me quitó el privilegio de ser el primero y eso jamás se lo perdoné! —Colocó la caja junto a ella y la abrió. En su interior, había un paño blanco manchado de rojo impregnado en alcohol. De inmediato, un olor a podredumbre inundó la habitación—. ¡El hijo del barbero se cruzó en mi camino y terminó sufriendo las consecuencias!

Ella no quería mirar lo que yacía oculto en aquella caja, pero Vincenzo la obligó. La sujetó del mentón para que volteara la cabeza.

—¡Nunca debió ponerte un dedo encima! —Gentile levantó el paño que hedía a muerte, y reveló una mano hinchada, con la piel amarronada y las uñas negras.

A Eleonora se le revolvió el estómago. Cerró los ojos para no desfallecer de la impresión. Las lágrimas se amontonaron en su garganta al comprender que aquella mano que tantas veces la había acariciado era la de su amado Michele.

—¡Cómo has podido! —balbuceó entre hipidos mientras trataba de controlar las náuseas.

Vincenzo cerró la caja. Con repulsión, asió la mano por uno de los dedos y, alejándola lo más que pudo de él, la sacó de la habitación. Desde la terraza, con un fuerte silbido llamó a los dos mastines que custodiaban los alrededores de Villa Regina durante las noches. Les arrojó la mano y observó, fascinado, cómo los perros se enfrascaban en una pelea para quedarse con su presa.

Cuando aquel espectáculo llegó a su fin, Vincenzo entró a la habitación, cerró el ventanal tras de sí y corrió las cortinas. Avanzó hacia la cama y sin más preámbulos comenzó a quitarse la ropa. Una sonrisa siniestra se dibujaba en su rostro mientras se desnudaba. La macabra escena que acababa de presenciar le había provocado una excitación inexplicable. Como Dios lo trajo al mundo y con una erección inminente, Vincenzo se arrodilló sobre la cama y tiró de Eleonora, agarrándola con fuerza de los tobillos. Ella se retorció debajo de su cuerpo; sin embargo, terminó sometida a la voluntad masculina y no pudo escapar. Con un rápido movimiento, él le subió el camisón. Metió la otra mano debajo de la espalda de Eleonora para mantenerla a raya.

—¡Suéltame! ¡Maldito asesino!

Vincenzo le tapó la boca para que callara. Aunque los gritos de Eleonora no hacían más que enardecerlo, no podía permitir que los demás la escucharan.

—¡Deja de gritar! —le ordenó, furioso.

Ella respondió mordiéndole la mano. Vincenzo no vaciló en propinarle un golpe para que se calmara y ella perdió la conciencia mientras un delgado hilo rojo brotaba de sus labios.

La primera intención de Vincenzo fue despertarla, pero se veía tan serena con los ojos cerrados que decidió hacer todo lo contrario. Con el dedo pulgar limpió suavemente la sangre que corría por el mentón de Eleonora. Ella lo había provocado y él era un hombre impulsivo. Se tumbó a su lado y la contempló un largo rato en silencio. Sus manos, ávidas de explorar aquel cuerpo que tanto se le resistía, se deslizaron por los brazos femeninos con urgencia. Apartó el único obstáculo que le impedía disfrutar de la desnudez de su esposa y tomó posesión de sus pechos. Los acarició con las palmas abiertas. Eran suaves y turgentes, con pezones pequeños coronados por aureolas amarronadas. Los saboreó con la boca, humedeciéndolos con la punta de la lengua y fue plenamente consciente de cómo su entrepierna comenzaba a tensarse. La joven continuaba desmayada, y aunque hubiese deseado que estuviera despierta cuando la hiciera suya por primera vez, ya no podía esperar más. Se montó encima de ella, penetrándola salvajemente. Eleonora, como una muñeca sin vida, se sacudía al ritmo de sus embestidas. Los labios ardientes de Vincenzo no dejaban de besarla. Recorrió los rincones de su cuerpo mientras la sujetaba de las caderas con ambas manos, empujándola hacia él, para prolongar el momento sublime en el que por fin estallaría en su interior.

Extasiado de placer, Vincenzo no se percató de que su esposa acababa de abrir los ojos.

Eleonora clavó la mirada en un punto alejado. De inmediato las lágrimas le nublaron la visión. Cada vez que Vincenzo empujaba dentro de ella, se sentía morir. Sus manos, cerradas en un puño, se clavaron en el colchón. Paralizada, no le quedaban fuerzas para luchar. Los guturales gemidos de Vincenzo Gentile junto a la oreja, retumbaban en su cabeza, aturdiéndola. Eleonora apretó los párpados y puso su mente en blanco. Entonces el tiempo se detuvo y comenzó a escuchar una canción.

Parlami d’amore, Leonó
Tutta la mia vita sei tu.

La suave voz de su amado Michele acalló todos los sonidos a su alrededor. Lo imaginó sonriéndole, extendiendo los brazos hacia ella para invitarla a bailar.

PODEROSO CABALLERO ES DON DINERO

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, septiembre de 1950

Aquella mañana se respiraba un clima extraño en el taller de la prisión. No tenía nada que ver con la humedad del ambiente ni con las espesas nubes que cubrían el cielo, presagiando un aguacero.

El Lobo Iglesias, afanado en lijar un listón de madera, no perdía detalle de lo que pasaba a su alrededor. Silbaba bajito un tango mientras ejecutaba la tarea que le habían encomendado. Cerca suyo se encontraba Francisco, concentrado en pintar unas banquetas. Dos guardias iban y venían sin detenerse demasiado en ningún lugar. Todo parecía desarrollarse con normalidad y no había motivos para preocuparse.

Alguien había abierto la puerta y el único foco que colgaba del techo comenzó a balancearse a merced de una ráfaga de viento que se coló en el taller. De repente, algunos de los presos soltaron sus herramientas de trabajo y sin pedir permiso fueron abandonando el lugar uno a uno. Los guardias se miraron entre ellos, pero no hicieron nada para detenerlos.

Francisco y el Lobo dejaron lo que estaban haciendo cuando los guardias se dispersaron por el taller. Uno se quedó junto a la puerta de acceso; otro, mirando hacia afuera, de pie junto a la ventana. El tercero se paró detrás de ellos.

El Lobo se dio media vuelta y golpeó su mano izquierda con el puño.

—¿Qué pasa?

Francisco intuía que aquella encerrona era para él.

—Lobo, no es con vos, quedate en el molde —le dijo, dándole un empujón.

—Si se meten con vos, Panchito, ¡se meten conmigo!

El guardia sonrió.

—¡Me parece que desde que comparten la celda están muy cariñosos! —se burló. Sus dos compañeros lo secundaron, soltando una carcajada.

El Lobo podía aguantar muchos insultos. Lo había hecho en varias oportunidades para no enfrascarse en riñas inútiles; sin embargo, jamás permitía que alguien pusiera en duda su hombría.

—¡Repetí lo que dijiste, a ver si sos tan gallito! —lo incitó, acabando con el breve espacio que los separaba.

El guardia que lo había ofendido guardó silencio mientras acariciaba la cachiporra que exhibía en su cintura con gesto amenazador. El boxeador se abalanzó encima del guardia y ambos terminaron enredados en una riña. Rápidamente, los otros dos carceleros salieron en defensa de su compañero. Uno se ocupó de propinarle puños y patadas a Remigio Iglesias mientras era sometido en el suelo; el otro, previendo la intervención de Francisco, lo retuvo junto a las maquinarias del taller, apretándole el cuello con la cachiporra. A pesar de la habilidad que ambos tenían gracias a la práctica del boxeo, eran tres contra dos y ellos estaban desarmados.

A Francisco le costaba respirar. Escuchaba cómo los guardias golpeaban sin tregua a su compañero y se lamentaba de no haber reaccionado a tiempo. Lo querían a él y el Lobo iba a pagar por salir en su defensa.

—¡Déjenlo en paz! —demandó, con los ojos inyectados de furia—. ¡Sé muy bien quién los mandó y me buscan a mí!

—No te hagas el compadrito, Navarro Soler. —El guardia presionó más fuerte la cachiporra contra su garganta—. Los tipos como vos la pueden pasar muy mal acá adentro. Si seguís vivito y coleando es porque afuera hay gente poderosa que hace promesas y compra voluntades. La plata hace bailar a todos los monos…

Cuando aquella pelea en desigualdad de condiciones llegó a su fin, Francisco fue liberado. Se acercó al Lobo para ayudarlo a levantarse. Pronto se dio cuenta de que los guardias habían desparecido, dejando la puerta de acceso principal entreabierta.

Debilitado por los golpes, Remigio apenas podía sostenerse en pie. Francisco le alcanzó una silla para que se sentara.

—Iré a buscar ayuda. —Le tanteó la espalda por encima del uniforme y al ver la expresión de dolor en su rostro, intuyó que el Lobo tendría alguna costilla rota—. ¡Debe verte un médico!

El Lobo negó con la cabeza.

—Llevame a la celda. Tenemos que salir de acá —replicó, con la certeza de que el peligro no había pasado todavía.

Cuando se dirigían hacia la salida, dos hombres ingresaron al taller.

No fue una sorpresa ver a Teodoro Schneider. Iba acompañado de su perro fiel, un sujeto flaco y desgarbado que miraba siempre de costado, como si desconfiara hasta de su propia sombra.

El Lobo le hizo una seña a Francisco de que dejara todo en sus manos. Atinó a interponerse en el camino de los recién llegados, pero su cuerpo magullado no respondió como él deseaba.

Schneider sonrió mientras se acariciaba el mentón recién afeitado. Esa mañana había sobornado a tres guardias para que le dieran una paliza a Navarro Soler y a su compañero de celda. Pararse delante de Francisco para recordarle que estaba encerrado por su culpa era una deuda que debía saldar, ahora que tenía la oportunidad de hacerlo. Sus abogados aseguraban que pronto obtendría la libertad y quería regodearse en la desgracia del joven antes de regresar a la calle.

—Volvemos a encontrarnos, Navarro Soler. —Lo miró de arriba abajo con desprecio.

Francisco tragó saliva. No le tenía miedo, solo repulsión. Tarde o temprano lo buscaría, y si bien le había prometido a su hermana que no cometería ninguna locura, estaba dispuesto a lo que fuera con tal de que Schneider pagara con sangre lo que le había hecho a Rosario.

—Hijo de puta —farfulló, tensando la mandíbula.

Schneider sonrió.

—Nos debíamos una… —el exdiplomático hizo una pausa para encontrar el término más apropiado— charla. Nuestro último encuentro no fue agradable. Te valiste de la debilidad malsana de mi esposa para chantajearme. Aprovechaste el oscuro secreto de la desviada de tu hermana para llenarte los bolsillos. Eso, en mi opinión, te hace partícipe necesario de lo que ocurrió esa noche en la estancia de tu familia. Pusiste en la mesa la integridad física de Rosario con tal de llevarte unos pesos. Acepto que lo que planeé para vengarme de ella fue terrible… de todas maneras, la peor traición la recibió de su propia sangre. Decime, ¿te perdonó o todavía te guarda rencor por lo que pasó?

Un trueno estalló en el cielo e hizo retumbar las paredes del taller.

Francisco sentía el sudor frío de su frente y el latido vertiginoso del corazón mientras afuera se desataba la tormenta. La lluvia arreciaba con fuerza, golpeando contra las ventanas. Ya no escuchaba la voz burlona de Teodoro Schneider. El sonido del agua parecía brotar por todas partes, trayendo a su memoria aquella fatídica tarde lluviosa de noviembre en la que había encontrado el cuerpo de su madre desangrándose en la bañera.

Teodoro seguía insultando, sin advertir la sombra siniestra que se apoderaba de Francisco. El joven Navarro Soler estaba muy lejos de allí, en tiempo y espacio. Completamente enajenado por la terrible imagen de su madre muerta, se abalanzó sobre Teodoro Schneider y el grito desgarrador que brotó de su garganta rugió por encima de la tormenta.

Ni el perro protector de Schneider ni el Lobo Iglesias alcanzaron a reaccionar para evitar la masacre. Estaban inmóviles, observando la escena dantesca que se desarrollaba delante de sus narices.

Todo pasó demasiado rápido y Francisco solo se detuvo cuando el cuerpo que yacía debajo del suyo dejó de moverse. Se miró las manos. Tenía los puños ensangrentados. El rostro de Schneider estaba irreconocible. Sus quejidos eran apenas audibles. Le costaba respirar y comenzaba a ahogarse en su propia sangre. Alguien desde afuera activó la alarma y un grupo de guardias invadió el taller para imponer autoridad. El Lobo se inculpó para evitar que Francisco fuera castigado. Su estrategia se desmoronó de un plumazo cuando todos vieron las manos teñidas de rojo del joven.

Debido a la gravedad de los golpes, llevaron de urgencia a Teodoro Schneider al hospital más cercano. El destino de Francisco fue el de ser confinado en una celda de castigo por tiempo indeterminado.



LOS MONSTRUOS NO TIENEN PIEDAD

Sorrento, provincia de Nápoles, septiembre de 1950

Esa cálida y soleada mañana de principios de otoño, doña Concetta fue una de las primeras en levantarse. En la cocina dispuso que prepararan una vianda con los dulces favoritos de su hijo. Vincenzo partiría junto con su esposa rumbo a Roma de luna de miel y ella quería mimarlo una vez más antes del viaje. Eligió una generosa porción de *struffoli*, a sabiendas de que aquellos dulces bañados en miel con frutas confitadas eran la perdición de su consentido.

Cuando Nunzio apareció en la cocina, la anciana se percató de que había pasado una mala noche. Las profundas ojeras y la expresión de fastidio eran demasiado notorias. No deseaba indagar demasiado en la causa del mal humor de su hijo mayor. Él llevaría a Vincenzo y a Eleonora hasta la estación de trenes; esperaba que su ánimo cambiara para entonces. Cansada de las respuestas lacónicas de Nunzio, se puso a hojear el periódico mientras terminaba de desayunar. De vez en cuando, ansiosa de compartir un momento con su hijo menor, se quedaba contemplando la puerta. Los recién casados tardaban en bajar y, aunque era lo más normal del mundo, cada minuto que pasaba era una oportunidad perdida de estar a su lado. El rostro de la mujer se iluminó cuando finalmente Vincenzo apareció en el comedor, solo.

—Buenos días, madre. —Se inclinó para besarla en la mejilla. Luego saludó a Nunzio con un discreto movimiento de cabeza.

—¿Por qué tu esposa no ha bajado? Me hubiera gustado que nos acompañara a desayunar.

Vincenzo se reclinó hacia atrás en su silla para permitir que una de las criadas llenara su taza con café. Nunzio bebía el suyo sin perderse nada de lo que sucedía a su alrededor. Él también quería saber el motivo por el cual su hermano había bajado solo.

—Todavía duerme —fue la escueta respuesta y cambió de tema. Vincenzo no quería preocuparse por nada durante su estadía en la capital italiana. Le dio instrucciones a Nunzio sobre cómo llevar adelante los negocios de la familia hasta que él volviera a Sorrento. Para que se quedara tranquilo, doña Concetta le aseguró que ella misma supervisaría cada detalle en su ausencia.

—Tú dedícate a disfrutar de la luna de miel, que son pocos días y el tiempo pasa demasiado rápido —le aconsejó—. Cuando vuelvas, todo estará tal cual lo has dejado. Nunzio y yo formamos un buen equipo, ¿no es verdad, hijo?

Aunque por dentro sentía que su madre no era sincera, Nunzio asintió. Mientras Vincenzo se paseaba por las calles de Roma con su esposa, ella tomaría las riendas de todo, sin darle a él el lugar que se merecía. Se levantó de repente y miró su reloj.

—Si no te molesta, iré a buscar el equipaje para llevarlo al auto. Debemos partir rumbo a la estación en menos de una hora. —Arrojó la servilleta encima de la mesa y puso la silla en su sitio. Le costaba manejar la ansiedad que tenía de volver a ver a Eleonora, y por un instante tuvo miedo de que su hermano, o aun peor, su madre, se dieran cuenta.

—Mi esposa debe estar lista. Dile que baje a desayunar. No es bueno que se suba a ese tren con el estómago vacío.

—Se lo diré. —Nunzio se alejó hacia la salida. Podía sentir la mirada incisiva de Vincenzo siguiendo cada uno de sus pasos hasta que desapareció tras la puerta. Subió las escaleras a toda prisa. Aunque todavía era temprano, quería pasar todo el tiempo posible con Eleonora antes de verla marcharse del brazo de su hermano. La noche anterior no había podido dormir. Cada vez que cerraba los ojos, lo torturaba la imagen del cuerpo desnudo de Eleonora, entregándose a su esposo.

Se detuvo frente a su habitación y vaciló antes de llamar a la puerta. Golpeó tres veces con los nudillos y esperó. Ella no abría y empezaba a impacientarse. Empujado por el deseo incontrolable de verla, entró sin pedir permiso. La encontró sentada a un costado de la cama, con la mirada perdida y los ojos llorosos. Se acercó sin decir nada y entonces descubrió que tenía un corte en el labio.

—Eleonora, ¿qué te hizo?

Ella no le contestó. Le dedicó una fugaz mirada y luego dio vuelta la cara.

—Vete, no quiero ver a nadie —susurró con la voz quebrada.

Nunzio hizo caso omiso a sus palabras y, sujetándola por los hombros, la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Podrías haberte librado de él. Si hubieras aceptado lo que te ofrecí, mi hermano jamás te habría lastimado. —La ira en contra de Vincenzo le quemaba la sangre. No solo debía soportar que se quedara con la mujer que él deseaba; también lo obligaba a ser testigo de sus maltratos. Respiró hondo para calmarse—. Lamento mucho lo que pasó, de verdad.

Eleonora ni siquiera se dignó responderle. El odio hacia los Gentile era tan intenso que le oprimía el pecho. No iba a permanecer ni un minuto más en aquella casa de los horrores en donde ella había sido testigo y víctima de la crueldad de los Gentile. Salió corriendo de la habitación y al llegar al patio se encontró con su hermano y su cuñada, que venían a despedirse.

—¡Domenico, sácame de aquí, por favor! —le suplicó, arrojándose a sus brazos. —¡Me has dejado en manos de un asesino!

Nunzio se detuvo en seco al ver a los Ferrara. No supo cómo actuar sin ponerse en evidencia; decidió mantenerse al margen y no intervenir. Miró de reojo hacia la casa, con la esperanza de

que su hermano o su madre aparecieran para encargarse de controlar la situación.

—¡Cálmate, Eleonora! —Domenico sacudió a su hermana menor—. Todo irá bien, no hay nada de qué preocuparse.

Ella lo apartó y se quedó mirándolo, horrorizada.

—¿Has escuchado lo que dije? ¡Los Gentile han asesinado a Michele! —le gritó con la voz estrangulada por la angustia—. ¡Le han cortado una mano y anoche el hombre con el cual me obligaste a casarme me la entregó en una caja antes de hacerme suya por la fuerza!

Se hizo un silencio sepulcral en el patio. Mientras Domenico, por su bien y el de los suyos, fingía no haberla escuchado, Ludovica se cubría la boca con las manos en un gesto de espanto. Nunzio maldijo en silencio el nombre de su hermano menor. Ahora comprendía para qué había conservado la mano del muerto durante todo ese tiempo. Se le revolvió el estómago. Retrocedió unos pasos con la intención de desaparecer, pero Vincenzo, que había interrumpido su desayuno para ver de qué se trataba tal alboroto, le salió al paso y no tuvo más remedio que quedarse en el lugar. Cuando Eleonora lo vio acercarse se escondió detrás de Domenico y buscó el apoyo de Ludovica. Su cuñada, todavía impresionada, la recibió entre sus brazos. No necesitó mirar a su esposo a los ojos para saber que jamás se pondría en contra de Gentile, ni siquiera para proteger a su hermana.

—Eleonora, se hace tarde. —Vincenzo decidió ignorar las acusaciones de su esposa. Se dio cuenta de que Nunzio no llevaba el equipaje con él. Le hizo señas de que fuera a buscarlo y saludó a sus cuñados—. Lamento que se hayan encontrado con una escena tan desagradable, Domenico. —Le sonrió a Ludovica y con un movimiento de cabeza le indicó que soltara a Eleonora.

Ludovica, más por miedo que por voluntad, obedeció.

Desde una ventana del comedor, doña Concetta observaba la escena. Había optado por dejar todo en manos de su hijo, confiando en su capacidad de poner orden en medio del caos sin perder la compostura. A pesar del disgusto, sonrió complacida. Vincenzo había salido airoso después de que su propia esposa lo tratara de asesino delante de los Ferrara. Confirmaba, una vez más, que había tomado la decisión correcta al proponerlo como nuevo capo de la Camorra de Sorrento a los miembros de la organización a la que pertenecían los Gentile y los Malatesta desde tiempos inmemoriales. El *piccolo* Vincenzo era su mayor orgullo.

La calma resurgió en Villa Regina después de que los recién casados partieron de prisa hacia la estación de trenes.

*

Ludovica se miró las manos. Las tenía entrelazadas sobre su regazo y de tanto restregarlas contra la gruesa tela de su falda, habían enrojecido. La camioneta dio un salto en el camino, haciendo

que su cuerpo acompañara el movimiento con un violento respingo. Estaba demasiado nerviosa, y el inquietante silencio de Domenico amenazaba con poner en jaque su cordura. Él mascullaba algo entre dientes que no alcanzó a comprender. Volteó la cabeza en su dirección mientras aminoraba la marcha.

—No habrás creído nada de lo que dijo la inconsciente de mi hermana, ¿verdad? —En su rostro bronceado por las largas horas de trabajo bajo el sol se percibía cierta tensión.

Ludovica no supo qué contestarle.

—Eleonora estaba muy asustada —afirmó.

—Siempre ha sido una niña con una gran imaginación —explicó Domenico—. No me extrañaría que inventara cualquier cosa con tal de que la trajéramos de regreso a la finca.

—¿Es posible que lo de Michele Conte sea cierto? Eleonora mencionó algo sobre una mano… —Ludovica hizo una pausa al recordar lo que también había dicho su cuñada acerca de lo sucedido la noche anterior entre ella y su esposo—. Según lo que gritaba, Gentile abusó de ella. Si fue realmente así, es imperdonable.

Domenico viró hacia la derecha y detuvo la camioneta a un costado del camino. Sus manos apretaron el volante con fuerza. Permaneció callado, rumiando sus pensamientos sin involucrar a su esposa. Angustiada, Ludovica le rozó el hombro, instándolo a que la mirase.

—Conmigo no hace falta que mientas o que finjas, Domenico. Sé muy bien que esa lealtad que muestras hacia los Gentile no tiene nada que ver con el respeto. Es el miedo…

Domenico escupió una maldición y se repente se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Esa familia ha sembrado el terror en Sorrento durante mucho tiempo, Ludovica. El padre de Vincenzo…, e incluso su abuelo materno, han regado de sangre el suelo que pisamos. —Respiró hondo y ahogó un gemido—. Son capaces de cualquier cosa.

—¿Cómo has podido poner en riesgo la vida de tu misma hermana? —lo increpó.

—Gentile la quiere; a su modo, pero la quiere.

—¿Es por la finca? ¿Te prometió convertirte en terrateniente si le entregabas a tu hermana?

—¡No vendí a mi hermana! ¡No vuelvas a acusarme de algo tan horrendo nunca más!

Ludovica guardó silencio y dio vuelta la cara. Ya no podía mirar a su esposo a los ojos.

Domenico reanudó la marcha. No volvieron a cruzar palabra el resto del camino.

CINCO DÍAS Y CUATRO NOCHES

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, septiembre de 1950

El chirrido de la puerta al abrirse resonó en su cabeza con tanta intensidad que Francisco, aturdido, se cubrió los oídos mientras se erguía en el catre. Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba confinado en aquella celda húmeda y oscura. Le costó enfocar la mirada cuando el halo de luz que provenía del pasillo inundó el metro cuadrado hediondo donde se hallaba. No distinguió el rostro del hombre que lo miraba, solo percibió una silueta oscura que se acercaba con cautela. Lo escuchó preguntarle si podía levantarse. Él movió la cabeza, gesticulando un sí. Con dificultad, logró ponerse de pie. Apenas pisó el exterior, respiró hondo y se llenó los pulmones con el aire que llegaba del patio de la prisión. Se levantó una suave brisa que traía un penetrante olor a madera recién cortada. A pesar de los altos muros que tantas veces lo habían asfixiado, Francisco experimentó cierta ráfaga de libertad que dibujó en sus labios una sonrisa.

Era temprano y faltaban un par de horas para la cena. El guardia le indicó que lo siguiera y Francisco, temeroso de caer víctima de una nueva emboscada, se mostró receloso.

—Tranquilo, Navarro Soler. —Se acomodó un mechón de cabello que caía rígido sobre su sien—. El director ordenó desalojar el área de las duchas para que puedas darte un baño sin ser molestado. Al parecer, tener un doble apellido te da ciertas ventajas.

Francisco continuaba desconfiando. Lo siguió, manteniendo la distancia. A cada rato observaba por encima de su hombro para asegurarse de que nadie los seguía. Ya en el baño, el guardia se hizo a un lado para dejarlo pasar. Tras realizar una rápida inspección ocular, se marchó, avisándole que volvía por él en media hora.

Cuando se quedó solo, Francisco ni siquiera se movió. Desde que lo habían encarcelado, era la primera vez que le permitían bañarse en soledad. Le dolía todo el cuerpo. Despacio, se deshizo del sucio uniforme gris y lo arrojó a un costado. Cuando el agua entró en contacto con su piel, estaba fría; sin embargo, aguantó estoico hasta que comenzó a calentarse. Sentía que el olor a sudor que llevaba encima se quedaría pegado a él para siempre. Con los ojos cerrados, se enjabonó a conciencia

Debajo del agua, disfrutando de la sensación de frescura en su piel, perdió la noción del tiempo. Creyó escuchar un ruido. Cerró el grifo y tomó la primera toalla que encontró. Empezó a secarse sin dejar de mirar a su alrededor. En ese momento se dio cuenta de que no tenía qué

ponerse. Se sobresaltó cuando vio que alguien se aproximaba. Una espesa nube de vapor se interpuso entre él y la persona que acababa de entrar a las duchas. Cubrió su desnudez con la toalla húmeda y dio un paso hacia delante.

—No te asustés, Navarro Soler. Soy yo.

Reconoció la voz del guardia que lo había llevado hasta allí.

—Te he traído un uniforme limpio. —Le entregó un bulto de ropa y antes de alejarse para darle la privacidad necesaria de vestirse, lo observó de arriba abajo.

Francisco sintió incomodidad. Aunque ya había pasado por alguna que otra experiencia similar desde que estaba allí, nunca un guardia lo había mirado con tanto descaro. Estaba seguro de que, cuando se lo contara al Lobo, se reiría a carcajadas antes de advertirle sobre la clase de atención que un hombre de buen ver cómo él podía conseguir de un funcionario carcelario al que se le quebraba la mano con demasiada facilidad.

Al llegar al pasillo descubrió que el guardia lo estaba esperando. Sin decir nada, lo acompañó de regreso a su celda, en donde Remigio Iglesias lo recibió con un abrazo.

—¿Estás bien, Panchito?

El joven asintió. Decidió que el mal momento que acababa de pasar se lo guardaría para él.

—¿Cuánto tiempo estuve encerrado en esa maldita ratonera?

El Lobo abrió las manos y le mostró los dedos.

—Fueron cinco días y cuatro noches.

Francisco se dejó caer en el catre. El colchón, que siempre le había parecido demasiado duro, se amoldó a su cuerpo como si estuviera relleno con las plumas más delicadas. Se llevó las manos detrás de la cabeza y clavó la mirada en la parte inferior de la litera en donde dormía su compañero.

—Panchito, hay novedades. Y aunque sé que no te va a gustar lo que voy a decirte, no te lo puedo esconder. Antes que nada, sos mi amigo y te debo lealtad.

Francisco, intrigado, se incorporó y le indicó que soltara todo lo que sabía.

—Se trata de Schneider. —El Lobo farfulló una maldición antes de seguir hablando—. Estuvo internado, curándose de sus heridas y ayer lo soltaron. Uno de los guardias me contó que le redujeron la condena porque alguien muy importante que trabaja en la embajada de Alemania abogó en su favor.

Francisco se negaba a creer que Teodoro Schneider hubiese recuperado la libertad. Aunque había sido juzgado y encarcelado por falsificación de documentación oficial cuando ingresó al país con su familia, cargaba en sus espaldas con un delito mucho más atroz por el cual no había sido castigado.

La imagen de su hermana Rosario se metió en su mente y no le permitió pensar con claridad. Debía hablar con ella cuanto antes y advertirle que tuviera cuidado. Con Schneider suelto, Rosario y Débora estaban en peligro.

*

Estancia Las Acacias, Pilar, septiembre de 1950

La primavera se manifestaba en los campos en todo su esplendor. El frondoso jardín que rodeaba el casco de la estancia de los Navarro Soler comenzaba a teñirse de los colores más vivos y radiantes. Las margaritas, las rosas y los gladiolos volvían a florecer un nuevo año.

Rosario recortó algunas flores para embellecer el jarrón de cerámica que Débora había llevado a la galería. Se secó el sudor de la frente y acomodó unas cuantas margaritas al azar. A su alrededor, para realzar el arreglo floral, puso un par de gladiolos rojos, sus favoritos.

Respiró hondo. Por encima del armonioso ramo vio que Débora avanzaba hacia ella cargando una bandeja. La notó distraída mientras dejaba el servicio de té encima de la mesa. Lo confirmó cuando la sorprendió con una caricia en la mejilla y dio un respingo, sobresaltada.

—¡En qué andarás pensando! —exclamó Rosario, sonriendo. Aunque estaba bromeando con ella, había preocupación en sus palabras. Sintió que Débora esquivaba su mirada, como si quisiera esconderse de ella.

—Nada en particular —contestó, poniendo toda su atención en llenar las tazas con el té de manzanilla que acababa de preparar—. Has hecho un excelente trabajo con ese ramo.

Rosario no dijo nada. De pie, bebió un poco de la infusión y contempló el horizonte. La tarde languidecía y el cielo se iba tiñendo de escarlata. Le agradaba aquel momento del día en que la naturaleza se preparaba para recibir a la noche. Lo había plasmado en sus telas tantas veces que estaba pensando seriamente en preparar una exposición en donde el atardecer en el campo fuera el tema principal. Se lo mencionó a Débora y ella la alentó a llevar adelante su proyecto. Entusiasmadas con la posibilidad de exponer en una de las salas de arte más importantes de Buenos Aires, se les fue la tarde entre risas, ideas y el aroma del té de manzanilla mezclándose con el de las flores.

Débora se disponía a recoger la bandeja para volver a la cocina, pero se detuvo al escuchar el motor de un automóvil. Rosario abandonó la silla y miró hacia el sendero principal. No esperaban a nadie y el lujoso Ford Cabriolet que se acercaba a gran velocidad no pertenecía a Santiago o a alguien que conocieran. Intercambiaron miradas de desconcierto. ¿Quién vendría a visitarlas sin avisar? Salieron rumbo al patio para descubrirlo. Había dos hombres en el interior del vehículo. El desconocido que iba sentado en la parte trasera llevaba un sombrero y fumaba. Una densa nube de humo se escapaba por una de las ventanillas.

Tanto Débora como Rosario tuvieron la misma sensación de inquietud. Supieron de quién se trataba apenas el hombre del sombrero abrió la puerta y descendió del automóvil.

Era imposible, pero allí estaba, delante de ellas, con una sonrisa burlona en el rostro. Teodoro

Schneider las observaba mientras metía las manos en los bolsillos del pantalón.

Rosario dio un paso adelante, pero Débora le sujetó la mano para detenerla.

—Buenas tardes, señoras. —Teodoro le dio una última calada al puro y luego lo arrojó al suelo. La colilla encendida entró en contacto con la hierba, y antes de que se extendiera, la aplastó con el pie izquierdo.

—¿Qué hacés aquí? —Débora apenas podía creer lo que veían sus ojos. Se suponía que Teodoro estaba encerrado. ¿Por qué nadie les había avisado acerca de su libertad? Notó que tenía unos cuantos moretones amarillentos en el rostro—. ¿Cuándo saliste?

—¿Acaso importa, querida? Creo que lo que realmente debería importarte es que soy un hombre libre y he venido a buscarte.

Rosario se soltó e ignoró la mirada suplicante de Débora.

—¡No sos bienvenido, Teodoro! ¡Si no te vas ahora mismo, llamaré a la policía! —le advirtió, elevando el tono de su voz.

—No te conviene, Rosario —repuso Schneider, impasible—. Si viene la policía, me harás un favor. Te guste o no, Débora es mi esposa y si insisto en llevármela conmigo, cualquier juez me dará la razón… sobre todo si alego que mi pobre esposa ha sido víctima de una mujer sin escrúpulos que se aprovechó de su debilidad durante mi ausencia forzada.

—¡Jamás me iré contigo! —le gritó Débora, exaltada—. ¡Deberías pagar por lo que hiciste!

En ese momento, Rosario se arrepentía más que nunca de no haberlo denunciado a la policía. La jugada de Francisco al enviarlo a la cárcel por falsificación de documentos no era suficiente castigo para un hombre tan malvado. La vergüenza y la humillación a la que fue sometida había pesado más que su deseo de hacer justicia. ¿Cómo acusarlo ahora de ser el artífice de su agresión sexual cuando había transcurrido tanto tiempo? No existían pruebas ni testigos para corroborar lo sucedido en el salón de aquella estancia.

—La justicia no piensa lo mismo que vos, Débora. De lo contrario, no me hubieran liberado.

—¡Si te soltaron es porque seguramente pagaste por tu libertad! —le espetó Rosario, furiosa. Pensó en Francisco. Su familia se movía dentro de un círculo de amistades influyentes; aun así, nadie había logrado hacer nada para ayudar a su hermano. ¿Qué tenía de especial Schneider para que alguien poderoso moviera sus hilos y lo sacara de la prisión antes de lo planeado? No quería pensar demasiado en la respuesta. Un hombre con sus contactos era doblemente peligroso, y tenía miedo por Débora.

Teodoro se acercó a la que todavía era su esposa y trató de tocarla. Rosario no se lo permitió y se interpuso entre los dos.

—¡No te atrevas a ponerle un dedo encima!

—No voy a hacer nada por la fuerza, Rosario —le dijo, sin dejarse amedrentar—. Solo vine a recordarles que Débora sigue siendo mi esposa, y como tal, espero que recapacite y vuelva cuanto antes a mi lado. —Sonrió como si sus intenciones fueran las más sensatas del mundo—.

Ahora me iré porque sé que mi presencia las incomoda; sin embargo, no pienso renunciar a mis derechos. Querida, te voy a dar un tiempo para que reflexiones acerca de qué es lo mejor para vos. Volveré a buscarte, y en verdad anhelo que para entonces hayas tomado la decisión correcta.

A Débora le hubiese gustado gritarle que no quería verlo nunca más, pero permaneció en silencio, observando cómo Teodoro Schneider se alejaba de ellas, pisando con firmeza mientras se acomodaba el sombrero.

Cuando el automóvil desapareció por el sendero principal, Rosario intentó abrazarla. Débora la miró y negó con la cabeza. Tenía el rostro bañado en lágrimas. Sin decir nada, corrió hacia la casa y azotó la puerta del salón tras de sí, dejando a Rosario, sola y angustiada en medio del patio.



LUNA DE HIEL A LA ROMANA

Roma, región de Lacio, septiembre de 1950

El matrimonio de los Gentile llevaba tres días de luna de miel. Recorrían las calles de Roma, perdiéndose en sus rincones más pintorescos. Parecían una pareja feliz.

Vincenzo obligaba a Eleonora a cumplir con sus deberes maritales y luego, quizá para compensar la brutalidad con la cual la trataba, la llenaba de regalos costosos a los que ella apenas prestaba atención. Cansado de su indiferencia, disfrutaba tomándola por la fuerza.

A Eleonora solo le quedaba evadirse llenando su mente de recuerdos bonitos. Cerraba los ojos y le parecía escuchar la dulce voz de Michele que le cantaba al oído los románticos versos de "Parlami d'amore, Leonó". Aunque posiblemente el dolor la estuviera empujando al abismo de la locura, sentía que él había vuelto desde la muerte para estar a su lado. No solo lo escuchaba cantar; si abría los ojos, incluso percibía su presencia en la habitación, cuidándola como si fuera su ángel de la guarda.

Miró a su alrededor. La brisa mecía las cortinas. El bullicio de la ciudad se colaba en la habitación. Salió a la terraza. Vincenzo no estaba; de todas maneras, jamás le daría la ventaja de escapar. Había tomado medidas para impedir que lo hiciera. Seguramente algún empleado del hotel montaba guardia en un rincón del pasillo, atento a sus movimientos.

Se inclinó sobre el balcón, cerrando las manos alrededor del barandal. Por allí era imposible abandonar el hotel. Se encontraban en el noveno piso y le esperaba una muerte segura si lo intentaba. Por un segundo, pensó que quizá aquella fuera la única salida. Sus ojos azules se clavaron en el vacío. El viento ahora soplaba más fuerte, su larga cabellera flotaba en el aire. Un salto y todo terminaría. Cerró los ojos y abrió los brazos, como si quisiera volar.

—No lo hagas, Eleonora.

Ella se volteó tan rápido que casi pierde el equilibrio. Aquella voz parecía surgir de las profundidades. Enfocó la mirada. Había alguien allí. No era fruto de su imaginación.

—¿Quién eres? —Una sombra se movió a su alrededor, envolviéndola en una bruma oscura.

—Lo sabes bien.

—Michele… —Extendió las manos hacia la silueta que se iba perfilando a su alrededor—. ¡No es posible!

Michele, con su dulce y eterna sonrisa, se materializó delante de Eleonora. A ella le temblaron

las piernas y tuvo miedo de perder el conocimiento.

—Voy a estar siempre contigo, mi amada Leonó —le dijo, enjugándole el llanto que mojaba sus mejillas.

Eleonora experimentó un calor intenso donde él acababa de tocarla. No podía ser verdad, y sin embargo lo estaba viendo, hasta podía sentir su contacto. ¿Acaso era solo un sueño? Entonces no quería despertar jamás. Vaciló un momento antes de arrojarse a sus brazos. Si Michele era un fantasma, ¿cómo era posible que pudiera apoyar la cabeza sobre su pecho y escuchar los latidos de su corazón?

—Llévame contigo, por favor —le suplicó, negándose a soltarlo.

Michele le acarició el cabello. El viento seguía soplando con fuerza, pero no alcanzaba a tocarlos. Parecía que el tiempo se había detenido a su alrededor.

—Tienes que vivir, Eleonora. —La apartó y la miró a los ojos—. Cuando sientas que el mundo se derrumba, búscame porque allí estaré para sostener tu mano. Siempre podrás contar conmigo. Aunque la muerte me arrancó de tu lado, el lazo que nos une es tan fuerte que te seguiré amando durante toda la eternidad.

Eleonora sintió el suave roce de sus labios en un beso que atravesó su cuerpo desde la cabeza hasta la punta de los pies. Cuando salió de aquella especie de trance que la dejó temblando, descubrió que estaba sola. Michele se había desvanecido en el aire sin que hubiera podido decirle adiós. En su boca todavía persistía la esencia del beso que le había dado justo antes de desaparecer.

Regresó a la habitación; al contemplarse en el espejo, se vio distinta. Sus ojos azules ya no proyectaban esa sombra de tristeza que le oscurecía la mirada. Sonrió entre lágrimas. De ahora en adelante tendría la fuerza necesaria para enfrentarse al demonio. La puerta se abrió y escuchó que Vincenzo la saludaba. No le respondió. Se sentó frente el tocador y comenzó a cepillarse el cabello.

—He reservado una mesa en uno de los mejores restaurantes de la ciudad para esta noche —le informó mientras se desabrochaba los botones de la camisa—. Me daré un baño antes, necesito refrescarme. Quiero que te pongas el vestido que te compré esta mañana. ¿Vienes conmigo a la ducha?

Ella dejó el cepillo encima del tocador y abandonó la silla.

—No podemos entretenernos. Perderemos la reserva en el restaurante —alegó, rogando que su respuesta le resultara convincente. Buscó la bolsa donde estaba el vestido que él exigía que usara y se lo probó por encima de la ropa, mirándose al espejo. Vio que Vincenzo sonreía.

—Tienes razón, querida. —Se acercó y le dio un beso en el cuello—. Ya habrá tiempo esta noche para estar juntos.

Eleonora fingió una sonrisa y la mantuvo en sus labios hasta que él desapareció detrás de la puerta del cuarto de baño. Volvía a quedarse sola… Volvía a respirar con tranquilidad. Dejó caer

el vestido sobre el taburete y fue a la cama. No estaba con ánimos de salir a cenar. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Despertó unos minutos más tarde al oír la voz de Vincenzo. Estaba hablando por teléfono y parecía enojado. Se dio cuenta de que al otro lado de la línea se encontraba su hermano Nunzio. Eleonora se quedó inmóvil, simulando dormir.

—¡Te dije que había que actuar de inmediato, antes de que la situación se saliera de control! —despotricó, mesándose con rabia el mechón de cabello negro que le cubría la frente. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Eleonora no se había despertado. Lo siguiente lo dijo casi en un susurro—. Ya sabes lo que tienes que hacer, Nunzio. Quiero que cuando regrese a Sorrento, Magaldi ya no sea nuestro problema. ¿Entendido? —Sin esperar respuesta, Vincenzo cortó la llamada.

NOCHE DE ESPÍAS

Barrio de Barracas, Buenos Aires, septiembre de 1950

Reina Marino estiró el cuello para mirarse en el espejo retrovisor. Buscó el colorete en su bolso y aplicó una buena cantidad en ambas mejillas para conseguir ese efecto encendido que tanto ponderaba Dante. Llevaba uno de sus mejores vestidos, convencida de que cuando él la llamó de sorpresa para invitarla a salir, tendría la oportunidad de lucirlo en alguno de esos bares que frecuentaban en el sur de la ciudad. No había lugar para ella en los sitios donde se reunía la crema y nata de la sociedad porteña. Lo entendía y, aunque a regañadientes, también lo aceptaba.

Dante apenas hablaba. Parecía perdido en sus pensamientos mientras conducía.

—¿Vas a decirme adónde vamos o lo tengo que adivinar? —Se retocó el peinado y remojó sus labios en saliva para evitar que se le secaran.

Dante le lanzó una mirada fugaz y luego apuntó con el dedo hacia el frente.

—¿Ves ese auto?

Reina asintió. Estaba señalando un Chevrolet Belair color verde manzana.

—En su interior viaja mi madre.

Ella no se lo esperaba.

—¿Estamos siguiendo a doña Gertrudis?

—Necesito descubrir qué es lo que la lleva a salir de noche, a hurtadillas, como si estuviera haciendo algo malo —dijo él, sin perderle pisada al automóvil de su madre. Le contó lo que había visto y la renuencia del chofer cuando le exigió saber qué le escondían.

A Reina se le escapó una sonrisa.

—¿Has pensado en la posibilidad de un amante? —sonaba algo ridículo, sobre todo si se trataba de una mujer que rondaba los setenta años; sin embargo, no podían descartarlo.

—Lo dudo —respondió Dante, poco convencido con aquella idea.

El auto de Gertrudis dobló en una esquina y finalmente se detuvo. Reina dejó escapar un suspiro de alivio. Se estaba cansando de aquella improvisada persecución. Miró su elegante vestido con un gesto de fastidio. Tanto esmero en arreglarse para él y allí estaba, en su vehículo, con un peinado extravagante cuyo armado le había llevado más tiempo de lo pensado y los nuevos zapatos de tacón que acababa de estrenar.

Dante estacionó a una distancia prudencial y apagó el motor. Su madre no salió de inmediato.

Esperó unos momentos antes de bajarse, con la ayuda de Saverio. La vieron dirigirse hacia una casona rodeada de paredones blancos. Escucharon que se abría un portón de rejas y Gertrudis, tras acomodarse el casquete de terciopelo, ingresó con la altivez que la caracterizaba.

Dante se agachó cuando Saverio regresó al auto y miró en su dirección, como si se hubiera dado cuenta de que alguien lo estaba observando. Tironeó a Reina del brazo para que se ocultara también. Fue un movimiento brusco y ella se lo reprochó. Dante hizo caso omiso a su berrinche, tenía un asunto más importante por el cual preocuparse. La miró y no fue capaz de contener la risa. Estaban agazapados, en una posición incómoda mientras trataban de que sus cabezas no se asomaran por encima de la línea del volante. Reina se mordió el labio inferior. La situación era tan cómica que el enojo se le pasó enseguida. Allí abajo, con las piernas dobladas y uno de los codos de Dante clavándose en su trasero, comenzó a excitarse. Cuando se lo dijo, él soltó una carcajada. Se incorporaron lentamente, sin apartar la mirada de su objetivo. Saverio se había metido en el auto y estaba tan quieto que parecía dormitar.

—Tendremos que esperar —anunció Dante, tamborileando los dedos sobre el volante.

La mujer asintió. Los nervios siempre la hacían sudar. Hurgó en su bolso y sacó un frasco de agua de colonia que llevaba a todos lados. Ya era casi la medianoche y estaba cansada; recostó la cabeza en el hombro de Dante y se acurrucó en su pecho. Se despertó al escuchar el ruido del motor.

—Nos vamos. Mi madre acaba de salir y se ha marchado —le informó.

—¿Has visto algo interesante? —quiso saber Reina.

—No sé qué es lo que sucede en ese lugar —dijo Dante, poniéndose en marcha—. Pero desde que mi madre llegó, han entrado y salido al menos una docena de hombres.

—¿Has reconocido a alguno de ellos?

Dante negó con la cabeza.

—Fue imposible verlos bien. Se preocupaban demasiado en ocultar sus rostros. Sí te puedo decir que, por la vestimenta que llevaban, son adinerados.

Lo primero que se cruzó por la cabeza de Reina fue que detrás de aquellos muros podría funcionar una casa de juegos. Era habitual en Buenos Aires que se organizaran timbas clandestinas en donde los miembros de familias de la más alta alcurnia se dejaban sus buenos cuartos.

—¿Tu madre es aficionada al juego? —quiso saber, intrigada.

—A estas alturas, como podrás comprender, hay muchos detalles de la vida de mi madre que desconozco. —La miró de reojo—. ¿Crees que se escapa por las noches para apostar nuestro dinero?

—Solo hay una manera de averiguarlo, querido.

Dante lo sabía muy bien. Podía volver al día siguiente e indagar qué se ocultaba en aquel lugar, en cambio resolvió que lo más sensato era confrontar a su madre con la verdad.

Esa noche no regresó a su casa a dormir. Reina lo invitó a su departamento, y para compensarla por la salida que se había cancelado por su culpa, se quedó con ella hasta el amanecer.

*

Esa mañana, doña Gertrudis solo desayunó café. Lo que le había contado Saverio le provocó un nudo en la boca del estómago y no se le quitaría hasta que viera a su hijo. El ama de llaves acababa de confirmarle que Dante no se encontraba en la mansión. Había dormido afuera, y aunque ya era un adulto, no podía evitar preocuparse cada vez que se ausentaba sin avisarle. ¿Sería una manera de castigarla? No solía pedirle explicaciones sobre sus movimientos; sin embargo, cuando la involucraban a ella, se sentía con el derecho de hacerlo. Por eso estaba dispuesta a responder sus preguntas. Después de haberla seguido la noche anterior, apostaba que había muchas cosas que desearía saber. Se había preparado muy bien por si ese momento llegaba algún día.

El auto de Dante pasó por delante del comedor. Doña Gertrudis se dio media vuelta y se asustó al ver a través de las cortinas que casi se estrella contra una de las estatuas del jardín. No parecía borracho, solo un poco distraído. Pensó que entraría a la casa por la puerta del salón; por el contrario, fue directo al comedor donde ella lo esperaba.

—Buenos días, madre —la saludó con frialdad, sin un beso o un abrazo.

—Me hubiera gustado que me avisaras que ibas a dormir fuera de casa —le dijo.

—Lo siento, madre. Surgió un imprevisto y cuando decidí pasar la noche en otro lado era demasiado tarde para molestarla. —Se sentó y probó una magdalena. Estaba hambriento. El sexo con Reina siempre lo dejaba con una extraña debilidad en el cuerpo.

—Anoche me acosté a la madrugada. Tuve que salir por causa de fuerza mayor y me disgusté cuando no te encontré en casa al volver —explicó, poniendo en marcha los engranajes de su engaño.

Dante frunció el ceño.

—¿Adónde fue tan tarde? ¿Es la primera vez o ya ha salido antes a altas horas de la noche?

—No suelo trasnochar, hijo, lo sabés muy bien. Sin embargo, una vieja amiga a la que no veía hace mucho tiempo me llamó ayer por la tarde para avisarme que estaba de regreso en Buenos Aires. Enviudó hace poco y está pasando por un momento muy difícil… Necesitaba compañía y un hombro en el cual llorar. Estuvo viviendo en el exterior casi treinta años y fui la primera persona a quien llamó cuando se vio abrumada por la soledad. —Hizo una pausa y sonrió—. Hablamos tanto que se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta.

—¿Alguien a quien conozca?

Doña Gertrudis negó enfáticamente con la cabeza.

—No, hijo. Virginia se fue a vivir a Francia justo antes de que estallara la guerra en Europa. Vos eras un niño y aunque es posible que nos visitara por esa época, es imposible que te acuerdes de ella. Su esposo era un militar retirado, y al morir él se quedó sola.

—¿No tuvo hijos?

—No, querido —manifestó, pensando en su propia maternidad, la cual le había costado tanto tiempo y lágrimas alcanzar.

Dante no se iba a rendir tan fácilmente. Iba a indagar hasta donde ella se lo permitiera.

—Me gustaría conocerla… o volver a verla —rectificó, tratando de hacer memoria. Seguramente debía ser demasiado pequeño cuando la tal Virginia se fue a Francia porque no le sonaba. Ni siquiera recordaba haber oído hablar de ella en alguna conversación familiar.

—La invitaré a tomar el té una tarde de estas para que la conozcas, aunque no te prometo que acepte. Antes era encantadora; lamentablemente, los años le han agriado el carácter. Sale muy poco de su casa, por eso tuve que ir hasta allá cuando me llamó.

Él no hizo ningún comentario. Sospechaba que era otra de sus mentiras. No olvidaba que mientras había estado esperándola la noche anterior, varios hombres que escondían su rostro entraban y salían del lugar. Iba a preguntarle por ellos, pero sería ponerse en evidencia demasiado pronto. No quería que su madre supiera que la había seguido.

A pesar de la historia que acababa de contarle, Gertrudis sentía que Dante desconfiaba de ella. Había sido una noche especialmente movida, con un flujo de clientes que no era el habitual. Aunque ganaban mucho más dinero cuando el consumo era mayor, también corrían el riesgo de que alguien las descubriera.

—Y vos, ¿pasaste la noche en la suite del Colonial? —le preguntó, haciendo referencia al estandarte de su cadena de hoteles, ubicado en plena Avenida de Mayo. El lujoso edificio de veinte pisos había sido el primero de la franquicia de los Romano, y en muchas ocasiones se hospedaba allí cuando se le hacía tarde y no tenía ganas de volver a la mansión de Recoleta.

Dante terminó su café antes de responder.

—No —resolvió que él, al menos, sí sería sincero con ella—. ¿Se acuerda de Reina?

A doña Gertrudis se heló la sonrisa.

—¿Reina Marino? —Su pregunta estaba de más. ¡Claro que se trataba de ella!

Su hijo asintió.

—No sabía que la frecuentaras…

—La he estado viendo todo este tiempo; incluso cuando usted se encontró con ella en la Fundación Eva Perón ya nos conocíamos.

—Entiendo. —Gertrudis empezó a atar cabos. La insistencia de esa mujer en querer acercarse a ella ahora tenía una explicación—. ¿Vos propiciaste que coincidiéramos esa tarde?

—No lo hice con malas intenciones, madre. —Se levantó y aunque era demasiado temprano, se sirvió una copa de licor. Bebió un sorbo y se dio media vuelta para mirarla a los ojos—. Solo

quería que la mujer que conquistó mi corazón se ganase su confianza…

Gertrudis arrojó la servilleta con un movimiento brusco y resopló con fuerza.

—¡No podés estar hablando en serio, Dante! ¡Esa mujer no es para vos! ¡Me bastó verla un par de veces para darme cuenta de que no es más que una arribista que seguramente se acercó a la sombra del árbol más próspero… y el más ingenuo, si me permitís decirlo!

—Siempre he respetado sus decisiones, madre y cuando no estuve de acuerdo con usted, se lo dije. Soy un hombre hecho y derecho, que sabe lo que quiere, y aunque jamás haré oídos sordos a sus consejos, en esta ocasión seguiré lo que me dicta el corazón. Un día, espero que no esté muy lejos, Reina Marino será mi esposa y deseo que entonces usted le abra las puertas de esta casa.

Tras soltarle aquel discurso que había ensayado tantas veces en su mente, Dante salió del comedor, dejando a su madre con la palabra en la boca y la abrumadora sensación de que acababa de desatarse la tragedia sobre su familia.

VALIENTE

Sorrento, provincia de Nápoles, noviembre de 1950

El invierno comenzaba a anunciarse más temprano de lo habitual. Una ola de frío y lluvias intermitentes asolaban a buena parte de Europa. La región de la Campagna no era la excepción. En Sorrento, al menos una docena de fincas ubicadas en las tierras más bajas habían sufrido la pérdida total o parcial de sus productos. Entre las fincas perjudicadas se encontraba la de Domenico Ferrara. Aunque habían alcanzado a recuperar casi toda la cosecha de limones, los sembradíos se habían inundado. Eso los obligaba a esperar para volver a sembrar, con lo que la producción se retrasaría. Apenas Domenico habló con Vincenzo para comunicarle la situación, este invirtió suficiente dinero en el acondicionamiento del suelo para la próxima cosecha.

La abundante caída de agua había causado pequeños aludes en las afueras de la ciudad, con el consecuente daño para las viviendas de las personas con menos recursos. Eleonora no podía permanecer ajena a la tragedia de los demás y se convirtió en una de las colaboradoras más activas y presentes de la comunidad. Ser la esposa de Vincenzo Gentile tenía sus ventajas. Nadie se atrevía a cuestionarla cuando se presentaba delante de las familias más ricas de Sorrento para pedir una donación. Su simpatía iba de la mano con su tozudez. A Vincenzo no le agradaba demasiado que estuviera buena parte del día alejada de Villa Regina, pero en el fondo se sentía orgulloso de su joven esposa. Luego, en la cama, ella no tenía las fuerzas necesarias para resistirse a sus avances, mucho menos para negarse. A pesar de que Vincenzo intentaba tratarla de otra manera, Eleonora seguía rechazándolo, hasta que comprendía que de nada servía decirle que no.

Esa mañana, la joven se levantó más temprano porque había acordado encontrarse en la iglesia con un grupo de mujeres para recolectar donaciones en los pueblos vecinos. Aunque resultara paradójico, la gente que menos tenía era la que más colaboraba con ellos. Vincenzo estaba reunido en el despacho con su hermano y cuando entró al comedor no había nadie. Tomó el café y devoró una tostada de pan recién horneado a la que untó con una buena cantidad de mermelada de frutillas. Abandonó el calor de la casa y sintió en el rostro el aire frío de la mañana cuando cruzó el umbral. Se abotonó el abrigo hasta arriba y enroscó la gruesa bufanda de lana alrededor del cuello. El chofer, al verla, corrió hacia la cochera para poner en marcha el automóvil. Las bajas temperaturas obligaban a encender los motores un rato antes para que se calentaran.

Apenas volvieron de la luna de miel, y para evitar que Eleonora saliera sin supervisión, Vincenzo le había comprado un auto. Era de segunda mano, y pese a que ella le había dicho que estaba dispuesta a aprender a conducir para no depender de nadie, él se negó rotundamente y contrató a un nuevo chofer para que trabajara bajo sus órdenes. Era un hombre que rondaba los cincuenta años y le faltaba poco para retirarse. Su nombre era Patrizio y siempre se llenaba la boca hablando de sus cuatro nietos. Eleonora no tardó en encariñarse con él y cada vez que la llevaba a algún lado, escuchaba atenta las entrañables anécdotas que protagonizaban los niños.

Cuando la dejó en la iglesia, le dijo que pasara a buscarla al mediodía en casa de su tía Assunta. Las colectas y las donaciones ocupaban buena parte de su tiempo, y hacía un par de semanas que no la visitaba. Acompañada por un grupo de cuatro mujeres, tan altruistas como ella, recorrieron los pueblos aledaños a bordo de una vieja camioneta que pertenecía a la iglesia. La más joven de ellas fue la encargada de sentarse detrás del volante. Eleonora elogió su valentía y le confesó que ella deseaba aprender a conducir, pero debía acatar la voluntad de su esposo. Todas pusieron cara de circunstancia cuando mencionó a Vincenzo. Lo conocían demasiado bien.

—Lo que Vincenzo Gentile tiene de apuesto lo tiene de peligroso —sentenció una de las mujeres con expresión severa.

Eleonora tuvo que morderse la lengua para no responderle. Podría haber dicho algo para defender a su esposo, porque seguramente era lo que se esperaría de ella; sin embargo, prefirió guardar silencio y que las demás sacaran sus propias conclusiones.

Regresaron a la iglesia cerca del mediodía. Habían recaudado ropa, enseres de higiene, alimentos no perecederos y un monto de dinero apropiado para destinarlo a la compra de medicamentos.

Dejaron todo en la casa parroquial y entregaron lo recaudado al padre Simone. Como era conocido por tener una memoria demasiado endeble, Eleonora se quedó a su lado cuando guardó los billetes y las monedas en una vieja lata de bizcochos. Si el sacerdote se olvidaba dónde lo había dejado, ella se lo recordaría. Las demás mujeres regresaron a sus hogares. Eleonora no quería volver a Villa Regina. Aún debía ir a visitar a su tía Assunta y esperar allí que el chofer pasara a buscarla. No pudo negarse cuando el padre Simone, en tono de complicidad, le ofreció un poco de *limoncello*.

—Las bebidas espirituosas mojan la garganta y alegran el alma, hija —sentenció, antes de dar un hipido.

Eleonora intentó no reírse. Le dijo que tenía que marcharse porque alguien la esperaba. Apenas atravesó la puerta que daba al patio lateral de la iglesia se detuvo en seco. El padre Simone había encendido la radio y la voz grave del locutor de turno, anunciando el hallazgo de un cuerpo en avanzado estado de descomposición en una de las laderas que el agua había arrasado, hizo que se quedara para escuchar el resto de la noticia.

“Aunque la policía aún no lo ha confirmado, todo apunta a que podría tratarse del empresario Attilio Magaldi, quien desapareció hace dos meses en circunstancias misteriosas”.

No fue hasta que miró por encima de su hombro que el padre Simone se percató de la presencia de Eleonora. Se acercó y la ayudó a sentarse. Estaba blanca como un papel y le temblaban las manos.

—Hija, ¿te sientes bien?

Eleonora negó con la cabeza. Todo a su alrededor daba vueltas. Le dio las gracias al sacerdote y se marchó rumbo a la casa de su tía Assunta. No era la primera vez que escuchaba el apellido Magaldi. Desde aquella llamada telefónica entre Vincenzo y su hermano, en donde se lo mencionaba como un problema que debían quitarse de encima, Eleonora vivía con la inquietante sensación de que en algún momento el pobre hombre aparecería muerto. Y no se había equivocado.

Aminoró la marcha al ver el automóvil del alcalde estacionado a la vuelta de la casa de su tía. Decidió hacer tiempo en la plaza. Metió las manos en los bolsillos del abrigo para resguardarlas del frío. Al levantar la cabeza, se percató de que se encontraba justo enfrente de la barbería de don Giulio. Respiró hondo. No lo veía desde el funeral de Michele. Iba a cruzar la calle para evitar un mal momento, pero entonces vio que, a través de la ventana, el barbero la estaba observando. Esbozó una sonrisa y lo saludó tímidamente con la mano. Se arrepintió de inmediato cuando Giulio Conte se dio media vuelta sin devolverle la atención.

Ensimismada en sus pensamientos, perdió la noción del tiempo. Por su cabeza cruzó la posibilidad de presentarse delante del inspector a cargo del caso de Attilio Magaldi y contarle lo que sabía. Le tomó apenas unos segundos decidirse. Se puso de pie y enfiló rumbo a la comisaría. Se detuvo frente al edificio en donde funcionaba la sede policial de Sorrento y respiró hondo. Vacilante, subió los siete escalones que conducían a la entrada y empujó suavemente la puerta.

Se acercó al mostrador de madera. Un oficial calvo con un grueso bigote le dio la bienvenida y le preguntó qué podía hacer por ella. Eleonora miró hacia todos lados. No quería que nadie la oyera.

—Necesito hablar con la persona que investiga la muerte del señor Magaldi.

El agente tuvo que aproximarse más a ella para poder escucharla.

—¿Ha dicho Magaldi?

Eleonora asintió.

—Espere un momento. —Tomó el teléfono y le dio la espalda para hablar más tranquilo.

Eleonora oyó que pronunciaba su nombre y se dirigía a su interlocutor tratándolo de inspector jefe. Aunque no se había presentado formalmente, el agente sabía muy bien quién era ella.

Tras finalizar la llamada, le indicó que esperara en el pasillo. Eleonora se sentó en una banqueta larga de madera negra empotrada en la pared. La recepción de la comisaría se fue

llenando y comenzó a sentirse incómoda porque todos la miraban con curiosidad. Suspiró aliviada cuando el agente que la había atendido se acercó a ella para acompañarla al despacho de su jefe. La escoltó hasta el fondo del pasillo y llamó a una puerta en donde se podía leer “Bruno Callegaro, comisario”.

Eleonora entró con desconfianza. Un hombre de unos cuarenta años, con sombrero de ala ancha y un puro entre los labios, le hizo señas de que se sentara. La puerta tras ella se cerró con tanto ímpetu que se asustó.

—Me han dicho que tiene usted información sobre la muerte de Attilio Magaldi. —Se quitó el cigarro de la boca y lo aplastó en un cenicero—. ¿Conocía al occiso, señora Gentile?

—No lo he visto nunca en mi vida; sin embargo, hace un tiempo, escuché a dos hombres hablando de él.

Callegaro se removió en su silla. ¿Qué podría saber aquella jovencita sobre el crimen?

—La escucho —dijo—. Cualquier información que nos brinde será debidamente investigada. Si desea que su nombre permanezca en el anonimato, nos aseguraremos de que así sea. Le doy mi palabra, señora Gentile.

Eleonora tragó saliva. El comisario parecía sincero; además, estaba rodeada de policías. Le contó lo que había oído decir a Vincenzo durante la llamada telefónica y confesó sus sospechas.

—Esta mañana, por la radio anunciaron que un alud de barro dejó al descubierto el cadáver de un hombre. ¿Cuándo despareció el señor Magaldi?

Callegaro no necesitó mirar ningún informe para responder a su pregunta.

—Fue visto por última vez la noche del 21 de septiembre, después de salir de su casa. La esposa informó que iba a encontrarse con unos amigos porque uno de ellos cumplía años. Cuando despertó al día siguiente, Magaldi no había vuelto.

Eleonora sacó cuentas y no había dudas. Vincenzo había hablado con Nunzio esa misma mañana.

—Fue él… mi cuñado le hizo algo, siguiendo órdenes de Vincenzo —afirmó, horrorizada de expresar aquella terrible sospecha en voz alta.

—Señora Gentile, esa es una acusación muy grave —repuso el comisario—. ¿Está segura de no haber malinterpretado lo que escuchó?

—En lo absoluto —respondió Eleonora con total seguridad—. Vincenzo pronunció ese apellido; lo recuerdo muy bien.

—¿Usted no sabía que Attilio Magaldi estaba desaparecido?

Eleonora negó con la cabeza.

—En Villa Regina no acostumbran a encender la radio. No vi nada en el periódico…

—Es que Magaldi vivía en Nápoles y la noticia de su desaparición no llegó a toda la región. El caso lo tenemos ahora nosotros porque su cuerpo fue hallado dentro de la jurisdicción de Sorrento —le informó, evidentemente preocupado.

—¿Cómo fue asesinado? —Eleonora pensó en la muerte de Michele, que seguía impune.

—Es un dato que no puedo revelar por razones obvias; además tenga en cuenta que pasaron dos meses desde el momento de los hechos. —La única certeza con la que contaban gracias a la experticia del médico legista que habían enviado desde Nápoles era el agujero de bala que Magaldi tenía en la nuca.

—Espero que el crimen de ese pobre hombre se resuelva pronto. Es una pena que algunos casos queden olvidados.

—¿A qué se refiere, señora Gentile?

—Hablo del horrendo homicidio de Michele Conte. Han pasado cuatro meses y siguen manteniendo en la cárcel a un vagabundo que jura que no tiene nada que ver con su muerte. Ese hombre es inocente… y usted lo sabe tan bien como yo. —Se aclaró la garganta antes de continuar.

—Señora Gentile, no creo…

Eleonora no le permitió que la interrumpiera.

—Comisario, Michele Conte murió porque alguien quería quitarlo del medio… para quedarse conmigo. —Respiró hondo—. Siempre sospeché que Vincenzo estaba detrás de su muerte. Lamentablemente, lo comprobé de la peor manera posible.

—¿Tiene pruebas para apoyar su acusación? —inquirió Callegaro, molesto porque sentía que la situación comenzaba a complicarse.

—La noche de bodas, mi esposo me entregó una caja en donde había guardado la mano de Michele para demostrar lo que era capaz de hacer por mí. No puedo traérsela porque la arrojó a sus mastines, quienes seguramente se la devoraron. —Experimentó un vuelco en la boca del estómago al recordar lo vivido esa fatídica noche de septiembre.

El comisario se quedó sin palabras. Aunque era un hombre poco propenso a dejarse impresionar, sintió pena por aquella joven.

—El sospechoso que tenemos tras las rejas estuvo en la escena del crimen la noche en la que Conte fue asesinado —le explicó, tratando de justificar el accionar de la policía—. Encontramos sus huellas en la pistola que se usó para perpetrar el homicidio.

—¡Eso no es posible! ¡Estoy segura de que Nunzio Gentile apretó el gatillo esa noche! —Había levantado la voz más de la cuenta, pero no le importó.

Callegaro se puso de pie y rodeó el escritorio. Sirvió agua en un vaso y se lo ofreció.

—Beba, señora Gentile. Necesita tranquilizarse.

Eleonora tomó un poco de agua, pero tenía la garganta cerrada.

—Mi esposo es responsable por la muerte de Michele y le puedo asegurar que también está detrás de lo que le sucedió a Magaldi —afirmó, sin amilanarse—. No me cree, ¿verdad?

—No se trata de creer en su historia o no, señora Gentile. Necesitamos pruebas para acusar a alguien de un delito tan grave. ¿Lo entiende?

En ese momento, Eleonora comprendió que su denuncia jamás llegaría a ninguna parte. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a enfrentarse a una familia poderosa como los Gentile? Se levantó de la silla, aceptó su derrota y abandonó el despacho con la convicción de que aquel acto de valentía le costaría demasiado caro.

Callegaro cerró la puerta y levantó el tubo del teléfono. Desde la centralita, lo comunicaron con Villa Regina. Al otro lado de la línea, Vincenzo Gentile escuchaba atento lo que el comisario le decía.



EL HALLAZGO

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, noviembre de 1950

El pequeño Santiago Navarro Soler no acostumbraba a hacer berrinches. Por eso cuando Isabela lo escuchó lloriquear al borde de las escaleras, supo que algo serio ocurría. Se limpió la harina de las manos en el mandil y se sentó a su lado. Juanito, el gato, había desaparecido, y el niño lo buscaba con desesperación. No podía estar muy lejos…

—¿Me ayudás a buscarlo, mamá?

El corazón de Isabela se aceleró. No hacía mucho tiempo que la llamaba así, y cada vez que ocurría no podía evitar emocionarse. Santiaguito sabía muy bien que su verdadera madre estaba en el cielo; sin embargo, la costumbre de verla todos los días y recibir tantas muestras de cariño habían obrado el milagro. Una noche en la cual el niño se despertó por culpa de una pesadilla, Isabela corrió a su lado y se quedó acompañándolo. Dormitando entre sus brazos, le dijo "buenas noches, mamá", y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Por supuesto, mi amor. Vamos a buscar a ese gato vago. —Se puso de pie y le tendió la mano—. Creo que ya sé dónde está Juanito.

El rostro compungido del pequeño se iluminó con una sonrisa.

Atravesaron el salón principal casi corriendo hasta llegar a la planta alta. Al final del corredor estaba el acceso al altillo. Para evitar que los niños entraran en aquel lugar repleto de cosas que ya nadie utilizaba, permanecía cerrado a cal y canto. Isabela se estiró un poco y tanteó el borde que sobresalía por encima de la puerta. Si no recordaba mal, allí se guardaba la llave. Abrió la puerta y le indicó a Santiaguito que no se alejara de ella y que mirara bien dónde pisaba. Tironeó de una soga que colgaba del techo, y un foco que oscilaba entre algunas telas de araña alumbró todo a su alrededor.

Unas cajas de cartón cayeron al suelo y el gato, estirándose como un león, apareció en escena. Tenía los ojos achinados, señal inequívoca de que acababa de despertarse. Se sentó encima de un viejo baúl y comenzó a acicalarse el hocico mientras movía la cola, molesto por la inoportuna intromisión de los humanos que acababan de interrumpir su siesta matutina.

Santiaguito, desoyendo las advertencias de Isabela, salió corriendo a reencontrarse con su gato. En el camino, tropezó con el borde de una alfombra mal enrollada y casi se da de bruces contra el suelo. Estaba tan contento de volver a ver a Juanito que ni siquiera le importó. Llegó

hasta el gato y a pesar de que sabía muy bien que al felino no le gustaba que lo alzaran, lo levantó por debajo de la panza y se lo llevó al pecho, estrujándolo mientras le daba besos entre ambas orejas.

Isabela notó que Juanito no dejaba de mover la cola.

—Creo que está un poco enojado —comentó, apoyando la mano en el hombro del niño.

Santiaguito no quería dejarlo ir, pero cuando el gato comenzó a retorcerse entre sus brazos, se rindió a su voluntad y lo depositó delicadamente en el suelo. Juanito se restregó alrededor de sus piernas rollizas y luego saltó encima de una repisa en donde se guardaba la vajilla que ya no se utilizaba. Isabela, impulsada por la curiosidad, levantó la tapa del baúl en donde había retozado Juanito buena parte de la mañana.

Aunque lo había visto antes, nunca se preocupó en conocer su contenido. Miró por encima del hombro y comprobó que Santiaguito estaba entretenido con un tren de juguete. Hurgó en el baúl y encontró una caja de tapa amarilla envuelta cuidadosamente en un pañuelo. Alguien de caligrafía elegante había escrito la frase: “Recuerdos de juventud”.

En la parte inferior se podían leer las iniciales del nombre de la madre de Santiago. Isabela pensó que, abriendo aquella caja de cartón, sabría un poco más sobre la vida de una mujer a la que no había llegado a conocer, pero que tan profundamente marcara el destino de los hermanos Navarro Soler. Cuando descubrió que solo había una fotografía, se quedó desconcertada.

En la imagen aparecían cuatro muchachas sonrientes, tomadas del brazo. Reconoció a la que estaba en el extremo derecho. Era Irene Navarro Soler. Por la vestimenta, el peinado y la juventud de las protagonistas de la foto, intuyó que había sido tomada hacía más de cuarenta años. No tenía idea de quiénes eran las otras. Parecían encontrarse en alguna especie de jardín y detrás de ellas se asomaba la estatua de un león. Giró la fotografía para ver si había algún detalle anotado en el reverso, pero, extrañamente, no se veía ningún nombre o el lugar exacto en donde había sido tomada.

Irene Navarro Soler posaba con el brazo izquierdo apoyado en la cintura. No alcanzó a distinguir una alianza matrimonial en su dedo, por lo que dedujo que aún no estaba casada con don Álvaro, ya que habían concretado su unión durante la primavera de 1908. Las cuatro jóvenes llevaban un peinado similar, muy común en la época, y sus vestidos, entallados a la cintura y con faldas holgadas, también se parecían. Dejó escapar un suspiro de fastidio. Guardó la foto en la caja. Dejó todo como estaba y cerró la tapa del baúl con cuidado. Se sobresaltó cuando Santiaguito, tratando de llamar su atención, le tironeó la manga de su blusa.

—Tengo hambre, mamá —se quejó, rascándose la mejilla.

Isabela le dio un beso en la frente, y antes de salir del altillo arrimó la ventana por donde había entrado Juanito, para evitar que vagara por los techos de la mansión. Luego tomó al niño de la mano y bajaron a la cocina. El gato los siguió. Isabela todavía llevaba consigo la caja de cartón amarilla que había sacado del baúl. Cuando posó sus ojos en el almanaque, se dio cuenta de que

en un par de semanas se celebraba un aniversario más de la muerte de doña Irene. Pensó entonces que el hallazgo de aquella fotografía era una señal. Supo en ese momento qué hacer con ella. Le sirvió un poco de naranjada a Santiaguito. El niño sonrió, contagiándole su alegría.

No se percataron de que alguien los observaba desde la puerta entreabierta. Santiago había llegado hasta allí, atraído por las risas; sin embargo, cuando los vio juntos, compartiendo aquel momento especial de madre e hijo, decidió dar media vuelta y regresar a su despacho.



CON LA SOGA AL CUELLO

Sorrento, provincia de Nápoles, noviembre de 1950

Una llovizna molesta comenzó a caer cuando Eleonora arribó a Villa Regina. Miró el cielo. Un par de nubarrones amenazantes se cernían sobre el valle. Esperaba que no cayera mucha agua. Con el bolso apretujado contra el estómago, caminó en dirección a la casa. No pudo evitar que la lluvia le mojara el cabello. En el vestíbulo dejó el abrigo y la bufanda. Delante del espejo, se secó el rostro con la manga de su camisa. Había demasiado silencio en Villa Regina y eso la inquietó. Estaba a punto de subir las escaleras cuando alguien la sujetó del brazo, obligándola a regresar al vestíbulo.

Nunzio la empujó hasta que Eleonora quedó despatarrada en una de las butacas. Cerró la puerta y se dio media vuelta.

—¿Qué estás haciendo? —le recriminó. Se puso de pie e intentó marcharse.

Él se plantó delante de ella, interponiéndose en su camino para impedir que saliera.

—¡Eso es lo que quisiera saber yo! —replicó él, furioso—. ¿Acaso has perdido el juicio?

Eleonora comprendió en ese momento la razón de aquel atropello.

—¿Quién te lo contó? ¿Fue el propio Callegaro o tal vez alguno de sus subordinados?

—¿Qué importa eso ahora? ¡Lo que has hecho tendrá consecuencias gravísimas… y yo no voy a poder hacer nada para protegerte!

—¡No necesito tu protección! —le escupió Eleonora, dándole un golpe en el pecho.

Nunzio la sujetó de la muñeca. Durante unos cuantos segundos no dijo nada, solo la retuvo allí, a pocos centímetros de él; tan cerca la tenía que podía sentir la tibieza de su aliento.

—¡Vincenzo está muy enojado! ¡Cometiste un gran error al poner un pie en la comisaría!

—¡Tú y tu familia tienen que pagar por todos los actos sanguinarios que han cometido, empezando por la muerte de Michele!

—¿Lo has hecho por él? ¿Piensas que metiendo en la cárcel a su asesino el hijo del barbero va a resucitar? —se burló.

A ella le hubiera gustado gritarle que Michele la visitaba cuando más lo necesitaba, pero se quedó callada.

—Lo único que sé es que su crimen no puede quedar sin castigo. —Lo desafió con la mirada —. ¿Quién apretó el gatillo? ¿Fue el propio Vincenzo o te usó una vez más como su recadero?

Nunzio la soltó. Se dio media vuelta y antes de abrir la puerta, se detuvo y le dedicó una última mirada.

—Traté de cuidarte, Eleonora. Por ti me moví en las sombras y actué en contra de mi propia sangre. Espero no arrepentirme nunca de haberlo hecho.

Eleonora soltó una bocanada de aire después de que Nunzio abandonara el vestíbulo. Se quedó unos minutos a solas antes de dirigirse a su habitación. Recogió el abrigo y subió las escaleras midiendo cada uno de sus pasos. No se dio cuenta hasta que llegó a la planta alta de que los peldaños ni siquiera habían crujido debajo de sus zapatos. Se había movido con el sigilo de un gato.

Apenas entró, recorrió la habitación con ojos asustados. Al ver sobre la cama la chaqueta azul que Vincenzo llevaba puesta esa mañana, supo que él estaba cerca. El instinto la hizo girar sobre sus talones para tratar de salir de allí lo antes posible. No tuvo la menor oportunidad de conseguir su objetivo. La puerta de la terraza se abrió de repente y Vincenzo acabó con la distancia que los separaba en un santiamén. La sujetó con fuerza por el mentón y acto seguido, le cruzó la cara de un puñetazo.

Eleonora, aturdida por el golpe, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Los pendientes de plata que Vincenzo le había obsequiado durante la luna de miel en Roma, quedaron desparramados por la habitación. Desde su posición en alto, Vincenzo la miraba con los ojos inyectados de rabia. La levantó de los pelos y de un empellón la arrojó sobre la cama.

Eleonora logró estirar el brazo izquierdo y colocó una almohada contra su pecho a modo de escudo para protegerse de la ira de su esposo. Tenía sangre en la nariz y se le nublaba la visión.

—¡Por favor… no más! —le suplicó al borde de las lágrimas.

Él negó con la cabeza. Puso las manos alrededor de los tobillos femeninos y aunque ella quiso defenderse propinándole algunas patadas, Vincenzo la tironeó hacia él hasta dejarla sentada en el borde de la cama.

—¡Déjame ir! —gritó, al tiempo que lograba ponerse de pie.

Vincenzo le hizo creer por un segundo que la dejaría escapar cuando le permitió correr hacia la puerta. La alcanzó antes de que Eleonora pudiera salir de la habitación.

—La traición se paga con lágrimas, mi amor —susurró mientras la apretaba contra su cuerpo.

Le metió una mano debajo de la falda y le arrancó la ropa interior. Eleonora, demasiado débil para resistirse, no tuvo fuerzas para pelear. Vincenzo le mordió el cuello y empezó a frotarse contra su trasero. Con la otra mano, le cubrió la boca para evitar que gritara. Aunque sabía que nadie en su sano juicio se atrevería a entrometerse en lo que sucedía detrás de los muros de su habitación, a Vincenzo le excitaba escucharla gemir desesperada mientras intentaba pedir auxilio.

La acarició entre las piernas y la violó con los dedos. Eleonora lo sujetó del brazo y trató de sacárselo de encima. Le temblaban las piernas y apenas podía sostenerse. Su nariz no paraba de

sangrar y estaba empezando a marearse. Vincenzo la aplastó contra la puerta para poder desprenderse la bragueta del pantalón. Sacó su miembro erecto y la penetró por detrás, sacudiéndola con violencia en cada embestida. Su furia sin control arremetió contra el debilitado cuerpo de Eleonora hasta vaciarse en su interior. Cuando terminó, la obligó a girarse. Entonces vio que había mucha sangre en su rostro. Su propia mano, la que le cubría la boca, estaba completamente roja. Aunque tenía los ojos abiertos, Eleonora no lo estaba mirando. Vincenzo la soltó y ella ya no fue capaz de mantenerse en pie. Cayó al suelo con la gracia macabra de una marioneta a la cual acababan de cortarle los hilos.

Ya no solo había sangre chorreando por su rostro. Una enorme mancha colorada había teñido la parte delantera de su vestido, justo debajo del vientre.

Vincenzo la levantó en brazos y la llevó a la cama. Después de haberse ensañado tanto con ella, apoyó suavemente su cabeza en la almohada y con su propia camisa intentó detener la hemorragia entre sus piernas. Eleonora quería decir algo, pero no fue capaz de hilar una frase coherente. Todo a su alrededor comenzaba a desaparecer. Giró un poco la cabeza y trató de estirar el brazo hacia un punto imaginario. Lo último que percibieron sus ojos antes de perder la conciencia fue la figura de Michele, con las manos extendidas hacia ella.

Asustado por lo que acababa de ocurrir, Vincenzo salió corriendo de la habitación y buscó a su madre. Doña Concetta leía un libro en el salón y cuando vio a Vincenzo desesperado, con la mano ensangrentada, supo que había llegado demasiado lejos.

—¿Qué pasó? —dejó el libro a un lado y se acercó a su hijo.

Vincenzo estaba en medio de una crisis de nervios. Empezó a tartamudear y doña Concetta se vio obligada a darle una bofetada para calmarlo.

Él se quedó mirando a su madre en silencio, contrariado por la inesperada reacción. Nunca le había levantado la mano, ni siquiera durante su niñez. Después de unos segundos de silencio, le soltó atropelladamente lo que acababa de pasar con Eleonora.

Ninguno de los dos se percató de que Nunzio estaba escuchándolos. Cuando salió corriendo, solo doña Concetta creyó ver una sombra moviéndose junto a la puerta.

Le advirtió a Vincenzo que se calmara.

—No puedes permitir que te venza la desesperación, hijo. —Le limpió la sangre de la mano con su pañuelo—. Tienes que demostrar tu fortaleza ahora más que nunca. Eres un Gentile y nadie, ¡óyeme bien!, nadie debe verte con la guardia baja. Vamos a llamar al doctor Tardini.

—¿Deberíamos avisarle a su familia?

Doña Concetta negó con la cabeza.

—Por ahora no. Los mandaremos a buscar si su situación se complica.

CERRAR VIEJAS HERIDAS

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, noviembre de 1950

Los ojos curiosos de Isabela se posaron en el viejo edificio en donde funcionaba la Penitenciaría Nacional. Rosario acababa de estacionar su auto a pocos metros de distancia, y desde allí aquel monstruo de concreto, que albergaba tantas almas descarriadas, le provocó un profundo sentimiento de tristeza.

—¿Estás bien? —La pregunta de su cuñada interrumpió sus pensamientos—. Sigo creyendo que debiste contárselo a mi hermano —dijo mientras se miraba en el espejo retrovisor para retocarse el cabello.

—No. Santiago hubiera insistido en acompañarme y necesito estar a solas con Francisco. —Le sonrió—. Te lo conté a ti porque necesitaba compartirlo con alguien de confianza. Además, sé que si te lo pido vas a esperar afuera. Mi esposo se hubiera negado, lo conoces mejor que yo.

—Fran va a quedarse mudo cuando te vea aparecer en la sala de visitas —comentó Rosario.

Isabela suspiró.

—Creo que es hora de cerrar viejas heridas y hacer las paces con el pasado.

Entraron al edificio. Rosario ya había estado varias veces y se movía con la seguridad que a Isabela le faltaba. Cuando llegaron al sector en donde los recién llegados debían someterse a una rápida inspección antes de acceder a la sala de visitas, Isabela se quedó a mitad de camino. Las personas que venían detrás de ella tuvieron que dispersarse hacia un lado para poder pasar. Aquella imagen de dos hombres uniformados, de expresión adusta, que revisaban las pertenencias de la gente que se acercaba a ellos con cierta reticencia, la llevó de regreso al pasado. Los terribles momentos que había vivido, primero en el ghetto de Lodz, y después en Auschwitz, permanecían demasiado frescos en su memoria. Estaba paralizada de miedo. Dio un respingo cuando Rosario le tocó el brazo.

Recorrieron el trayecto hacia la sala en donde los presos recibían a las visitas en absoluto silencio. Un guardia abrió un ruidoso portón de rejas y les indicó que continuaran en línea recta.

Rosario entró primero a la sala de visitas. No se dio cuenta de que Isabela se había quedado atrás. Iba a volver sobre sus pasos para buscarla, pero Fran ya la saludaba agitando una mano por encima de la cabeza. Dudó un instante entre acercarse a él o ver qué pasaba con su cuñada. Esbozó una de sus mejores sonrisas y avanzó hacia la mesa en donde la aguardaba Francisco.

Él se levantó para recibirla con un abrazo. Aunque no se lo dijeran tan a menudo como deseaban, bastaba un gesto como aquel para mantener intacto el cariño que los unía. Después de las primeras preguntas de rigor sobre cómo estaba y si necesitaba algo en especial, Rosario le pidió que se sentara.

—Hoy estás rara —dijo Fran, tratando de adivinar qué le escondía.

Rosario no dijo nada.

—¿Has vuelto a ver a Schneider?

Ella se apresuró a sacudir la cabeza en un contundente "no". Era inútil preocuparlo.

—Entonces, ¿de qué se trata? Siempre que venís a verme tenés algo para contarme de lo que sucede en la mansión, en la estancia o en tu atelier de pintura. Hoy simplemente te quedaste sentada delante de mí en silencio…

—No he venido sola, Fran.

Francisco, curioso, miró hacia la entrada. Había gente moviéndose de un lado a otro. Algunos salían y otros entraban. No reconoció a nadie.

—¿De quién se trata?

Rosario no quería decírselo y arruinar la sorpresa.

—Esperá, ya vuelvo. —Se dirigió a paso firme hacia el pasillo donde había visto por última vez a Isabela.

—Le he dicho a Fran que he venido acompañada, aunque no mencioné tu nombre. —La instó a seguirla. No tenía caso prolongar la espera—. Puedo entrar con vos si eso te deja más tranquila.

—No hace falta, Rosario, de verdad.

Rosario le dio un abrazo y le deseó suerte. Se quedaría cerca por si ella la necesitaba.

Isabela atravesó el pasillo sin vacilar. Se detuvo un instante en la puerta de ingreso. Barrió la sala de visitas con ojos ansiosos. Un hombre corpulento, de espaldas anchas y barriga prominente, sentado a pocos metros de la mesa que ocupaba Francisco, se interponía en su campo de visión. Cuando se levantó para cederle la silla a una mujer, los ojos de Isabela y Francisco se encontraron.

Ella tragó saliva y empezó a caminar en su dirección. Se percató enseguida del efecto que causó su entrada. Francisco estaba inmóvil, con la boca ligeramente abierta en un claro gesto de sorpresa. Cuando por fin llegó hasta él, no se atrevió a decir nada. Se puso de pie y le indicó que tomara asiento. Isabela obedeció. Dejó la caja de madera sobre la mesa; como tenía miedo de que sus manos comenzaran a temblar, se cruzó de brazos.

—Mi hermano Pedro se marchó a España sin venir a verme y es una herida que permanecerá abierta hasta que volvamos a encontrarnos. Tu visita me ha dejado sin palabras. Ya me había resignado a que las personas que sufrieron por mi culpa jamás me perdonaran. Pedrito, Rosario, Santiago, Débora… y sobre todo vos, Isabela. Podrías haber terminado en un lugar tan horrible como este por mi culpa…

—Todo eso ya quedó en el olvido —lo interrumpió ella, un poco más serena—. Si los demás han podido perdonarte, ¿quién soy yo para negarte mi perdón?

Francisco sonrió. La presencia de Isabela comenzaba a cerrar el círculo más oscuro de su vida.

—Estás distinto. —En el rostro de Isabela se asomó una sonrisa.

—¿Más feo? ¿Más viejo? ¿Más flaco? —bromeó él.

—No sé… distinto.

Francisco agradeció su ambigua respuesta. Se miraba a diario en el pequeño espejo que había de su celda y era consciente del cambio en su apariencia. Tenía treinta y siete años, pero sentía que cargaba con el alma de un anciano.

—En cambio vos estás más hermosa que nunca —se atrevió a decirle. En el pasado, no le costaba nada halagar la belleza de una mujer; sin embargo, Isabela le imponía respeto—. Mi compañero de celda tiene una radio y te hemos escuchado cantar… no me creía cuando le dije que esa voz tan angelical era de la mujer de mi hermano. Su nombre es Remigio Iglesias, aunque él prefiere que lo llamen por el apodo con el que fue conocido en los cuadriláteros: el Lobo.

—¿Tu compañero de celda era boxeador?

—Según él, uno de los mejores que ha parido este país —comentó, sonriente—. Le debo mucho. Me enseñó a defenderme de un puño en pleno rostro, pero también a no dejarme acobardar por los golpes que a veces te da la vida. El Lobo es un hombre muy sabio. No tiene estudios ni cuna, pero es mejor que muchos señoritos de alcurnia con los que me he cruzado en el camino.

—Me tranquiliza saber que hay alguien en este lugar que cuida de ti…

—Dale las gracias a Duarte y a tu marido.

Isabela no hizo ningún comentario. Estaba al tanto de que Santiago se había valido de sus antiguos contactos en el mundo de la política para ayudarlo.

—Tus hermanos también han sufrido mucho con tu encierro. Santiaguito siempre se acuerda de ti, y cada vez que pregunta cuándo volverás, tenemos que mentirle.

Francisco enarcó las cejas.

—¿Volver de dónde?

Isabela tardó unos segundos en responder.

—Le hemos dicho que te has ido de viaje, al igual que Pedro. Insiste en saber los detalles y hay momentos en los que no sabemos qué decirle para que deje de preguntar. Te tiene muy presente y te extraña mucho.

A Francisco se le formó un nudo en la garganta. Él también echaba de menos a su sobrino. A pesar de que no le hizo mucho caso mientras vivían bajo el mismo techo, siempre le gustaba verlo correr por el jardín con el gato que había rescatado de la calle.

—Esta maldita cárcel me ha quitado demasiadas cosas. Tengo miedo de que al salir Santiaguito ya no me reconozca… vos misma dijiste que estoy distinto —manifestó.

—No te preocupes por eso, Francisco. Te aseguro que tus sobrinos no se van a olvidar de ti. Aunque Samuel nació mientras estabas aquí, tanto Santiago como yo le hemos hablado del tío Fran.

—El pequeño Samuel… Lo he visto solo en las fotografías que me enseñó mi hermano después de su nacimiento. Se parece mucho a ti.

Isabela recordó en ese instante la verdadera razón por la que estaba allí. Miró la caja amarilla y la colocó en el centro de la mesa.

—¿Qué has traído?

—Es para ti; la encontré en el altillo hace unos días. Tal vez te parezca extraño, pero lo tomé como una señal, sobre todo en esta época del año.

—¿Te referís al aniversario de la muerte de mi madre?

Isabela asintió.

—Ábrela, por favor.

Francisco contempló la caja de cartón pintada de amarillo. En su interior había solo una vieja fotografía. Cuatro muchachas sonreían con descaro a la cámara. Se le llenaron los ojos de lágrimas al reconocer el rostro de su madre en una de ellas.

—Mamá… —musitó, acariciando el papel con los dedos.

Isabela se conmovió profundamente con el gesto de Francisco.

—Era una mujer muy hermosa.

—Hermosa por dentro y por fuera —Francisco soltó un suspiro. Dolía comprobar una vez más que la tragedia de esa tarde de noviembre había destruido los buenos momentos.

—Le he mostrado la fotografía solo a Rosario.

—¿Santiago no la ha visto?

—Él no sabe que vine a verte. Prefiero contarle todo después.

—No querías que viniera con vos —dedujo Francisco, adivinando la razón de su silencio.

Isabela le sonrió.

—Creo que no fue algo fortuito que fuese yo quien encontrara la fotografía de tu madre —afirmó—. Tal vez necesitaba un buen pretexto para armarme de valor y sentarme finalmente frente a ti para decirte que te perdono.

—No hay nada que justifique las acciones de mi pasado; sin embargo, necesito que sepas que estaba perdido y me arrimé a la persona equivocada. No voy a hablar mal de Magdalena porque ya no está aquí para defenderse.

—Ella cometió muchos errores. —A Isabela le costaba hablar de su prima. A pesar de que también la había perdonado, no lograba olvidar el daño causado.

—Que hayas venido significa mucho para mí, Isabela. Sin dudas, el que peor lo pasaba era mi hermano Santiago. En cada una de sus visitas se despedía diciéndome que vos y los niños me enviaban saludos. Por supuesto, yo sabía que era mentira, pero nunca se lo dije para no

incomodarlo.

—A partir de ahora, Santiago ya no tendrá necesidad de mentirte. —Tímidamente, se acercó por encima de la mesa y le rozó el brazo—. Somos familia y eso es lo único que importa.

Francisco la miró un segundo y pidió su aprobación antes de apretarle suavemente la mano. Tras aquel breve pero intenso acercamiento, volvió a poner toda su atención en la fotografía de su madre.

—¿Reconoces a las demás muchachas?

—La verdad, no —respondió Francisco, tan frustrado como ella.

—Con Rosario calculamos que la foto fue tomada en algún momento durante la primera década del siglo, cuando Irene aún no estaba casada con tu padre.

Francisco coincidió con ella.

—Intuyo que tu madre llevaba una vida social activa, ¿quiénes eran sus amistades?

—Recibía a pocas personas en la mansión. Sé que mucho antes de comprometerse con mi padre vivió una temporada en Córdoba. Nosotros como familia hemos pasado algunas temporadas en las sierras. Mamá no tenía hermanos y cuando una tía lejana falleció heredó su casa. Al poco tiempo de instalarse definitivamente en Buenos Aires aceptó el compromiso con mi padre y se casaron en la primavera de 1908.

Isabela se quedó pensativa.

—Entonces la foto fue tomada antes. Ella no tiene una alianza en el dedo.

Francisco volvió a mirar a las tres muchachas que acompañaban a su madre.

—No estoy seguro, pero creo que ella se parece mucho a Teté González del Pino —comentó, apoyando el dedo índice en el rostro de la única mujer rubia en la fotografía.

Isabela la recordaba muy bien. Teté no le caía en gracia para nada, sobre todo porque antes de que Santiago y ella se conocieran, había sido su conquista de turno.

—El padre de Teté y mi padre frecuentaban el mismo grupo de amigos —alegó Francisco—. Ambos eran socios del Jockey Club y sé que coincidieron en muchas ocasiones.

—Entonces no sería raro que las respectivas madres también fueran amigas —indicó Isabela, siguiendo la lógica que acababa de exponer Francisco.

El asintió.

—Yo la habré visto un par de veces, en alguna reunión social, pero no me acuerdo de ella.

—¿Y las otras dos? ¿Te suenan de algo?

Francisco le echó otra mirada más a la fotografía, pero no servía de nada.

—No, no sé quiénes son.

Isabela quería ayudarlo a desentrañar aquel misterio del pasado. Tenía la esperanza de que Francisco y sus hermanos pudieran descubrir por qué su madre había decidido quitarse la vida.

—¿Puedo quedarme con la foto?

—Es tuya, Francisco. Eres el más indicado para tenerla —manifestó Isabela, satisfecha de

haber hecho lo correcto. Se había quitado un peso de encima—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Francisco se encogió de hombros.

—No sé cuándo saldré de aquí, pero el día que eso suceda, será el inicio de una nueva vida. Y para seguir adelante, necesito encontrar qué hay detrás del suicidio de mi madre. Si no lo hago, jamás podré ser feliz. Mi padre y mis hermanos han sufrido mucho con su muerte. Pero a mí me marcó de manera diferente, y para borrar esa terrible imagen que guardo de mi madre necesito saber qué la empujó a tomar la peor decisión de su vida.

Isabela entendía mejor que nadie lo que estaba pasando. Ella misma había visto pasar delante de sus ojos el cadáver esquelético de su madre rumbo a los hornos en el campo de concentración de Auschwitz y la sensación de espanto e impotencia aún la perseguía en sueños.

Ambos giraron la cabeza cuando oyeron que alguien comenzaba a aplaudir y a silbar. Acto seguido, un grupo familiar compuesto por dos mujeres y un adolescente que parecía bastante incómodo con la situación, comenzó a entonar el feliz cumpleaños para un hombre que llevaba preso hacía más de una década. El festejado no era otro que el perro guardián de Teodoro Schneider. Ahora que el exdiplomático se encontraba en libertad, aquel sujeto mal encarado y soberbio andaba como cachorro sin dueño. Incluso allí, sonriendo alrededor de su familia, guardaba poca semejanza con el hombre violento que se metía con cualquiera para defender al amo que le tendía su mano.

Isabela y Francisco se miraron en silencio. Fue él quien reanudó el diálogo.

—Una vez más, este 30 de noviembre estaré ausente en el aniversario de su muerte —dijo, melancólico. —¿Podrías hacerme un favor?

Isabela asintió.

—Por supuesto, lo que quieras.

—Me gustaría que ese día dejes en la tumba de mi madre un ramo de jazmines. Era su flor favorita.

—Dalo por hecho, Francisco. En mis ratos libres, me gusta trabajar en los jardines de la mansión. Esta primavera los jazmines han florecido más fuertes que nunca. Yo misma prepararé un ramo y lo dejaré por ti en la tumba de Irene.

Aquel generoso gesto de Isabela reafirmaba su voluntad de hacer las paces con él. Necesitaba que la esposa de su hermano viera lo mucho que se lo agradecía. Sin pedirle permiso, tomó sus manos y las besó.

Así, tomados de la mano, los encontró Rosario al entrar a la sala de visitas. Se había cansado de esperar y se moría de ganas de saber cómo le estaba yendo a Isabela con su hermano. Soltó algunas lágrimas mientras se acercaba a ellos, y antes de que se dieran cuenta dibujó en su rostro una sonrisa.

—No podía seguir ahí afuera, imaginándome lo que estaría pasando entre ustedes —

reconoció, sentándose al lado de Isabela.

Francisco la miró. A él no le importó que viera sus ojos aguados. ¿Cómo esconder la emoción que sentía si le inundaba el alma?

Hablaron hasta que llegó la hora de despedirse. Francisco se levantó y abrazó efusivamente a su hermana. Luego, tocó decirle adiós a Isabela. Se estrecharon en un abrazo con cierto recelo, pero ninguno de los dos se sintió incómodo.

El rostro de Isabela reflejó una sonrisa esperanzadora. Se marchó de la prisión con su fe en la humanidad completamente renovada. Ella, que había sido una víctima del odio y la discriminación, sentía que solo el perdón tenía el poder de sanar.



VOLVER DE LA MUERTE

Sorrento, provincia de Nápoles, diciembre de 1950

Michele sonreía mientras ella intentaba perpetuar la atrevida expresión de su rostro en el papel. Soplaba una brisa suave que llegaba del mar y alborotaba con una gracia majestuosa los rizos castaños de Eleonora.

—Me enamoré de tu cabello la primera vez que te vi —le confesó él, tratando de no moverse. Hacía casi una hora que estaba sentado sobre aquella roca áspera y comenzaba a cansarse.

—Mientes —lo acusó ella, acercando el grafito hacia él para trasladar al dibujo las dimensiones de su modelo lo más fielmente posible—. Me dijiste que lo primero que te enamoró de mí fueron mis ojos.

La mano de Eleonora que sostenía el grafito quedó suspendida en el aire. Dejó el cuaderno de bocetos abandonado, dobló las piernas y su vestido blanco se deslizó lentamente hasta quedar enrollado alrededor de sus caderas.

Michele permanecía en su sitio, inmóvil, fingiendo que aún modelaba para ella.

—¿No vienes? —le preguntó Eleonora, humedeciéndose los labios con la lengua.

—¿Ya has terminado tu dibujo? —retrucó él.

Eleonora extendió el brazo hacia él, incitándolo a acercarse. Pero Michele seguía sin moverse.

—Ven, por favor… te necesito —le rogó, con las manos abiertas.

Michele no escuchaba. Ni siquiera la miraba. El sonido de las olas chocando con las rocas acalló su propia voz. El viento comenzó a soplar con fuerza. Apenas podía ver lo que sucedía a su alrededor. Se puso de pie y cuando llegó a la roca en donde posaba Michele, él ya no estaba allí. Había desaparecido de repente. Eleonora gritó su nombre. No hubo respuesta. Voces extrañas susurraban en su cabeza. Quiso volver a gritar, mas cuando abrió la boca para hacerlo, ningún sonido salió de su garganta.

Sintió que le pesaban los párpados y su cuerpo se negaba a responder. Las voces seguían murmurando. Se despertó sobresaltada, con la respiración acelerada y un vacío profundo en el pecho que nunca había sentido.

—Eleonora…

Miró el rostro compungido de Vincenzo sin ninguna emoción. No podía abrir completamente los ojos y tenía la boca pastosa.

—No hables, querida. —Tomó su mano y la besó—. El doctor Tardini se vio obligado a sedarte para evitar que sufrieras algún dolor. No te asustes, has estado inconsciente tres días. Durante todo ese tiempo, mi madre y yo hemos cuidado de ti.

Eleonora alcanzó a ver una figura sentada en la butaca. Era su suegra. Tenía mucha sed.

—Agua —pidió.

Vincenzo mojó un trozo de algodón para humedecerle la boca. El doctor les había dejado instrucciones precisas para cuando ella despertara y debían seguirlas al pie de la letra.

La humedad del algodón no fue suficiente y comenzó a quejarse.

—Madre, ¿qué hago? —Vincenzo, una vez más, recurrió a doña Concetta. Le cedió su sitio en la cama y la anciana decidió desobedecer las órdenes de Tardini. Después de todo, ¿qué mal le podría causar a Eleonora un poco de líquido? Vertió agua en un vaso y lo acercó a su rostro para que lo bebiera. Ella lo hizo de a pequeños sorbos, pero cuando estuvo a punto de ahogarse por el esfuerzo, puso el vaso lejos de su alcance.

A su lado, Vincenzo observaba la escena sin reaccionar. La violencia con la cual había sometido a Eleonora lo dejaba con un gran sentimiento de culpa. No solo había lastimado su cuerpo: la consecuencia más terrible y dolorosa de su salvaje agresión había sido la pérdida del hijo que ninguno de los dos sabía que esperaban. El feto se había desprendido de las paredes del útero materno a causa de los golpes y Eleonora tuvo un aborto espontáneo. El doctor Tardini aseguraba que eran una pareja fuerte y sana, por lo tanto, nada les impediría volver a engendrar; sin embargo, Vincenzo sentía que aquel incidente no haría más que profundizar las diferencias entre Eleonora y él. Doña Concetta pensaba que era mejor no decírselo a su esposa. Vincenzo era partidario de todo lo contrario. Apenas ella comenzara a recuperarse, le contaría que estaba embarazada y que su hijo nunca nacería.

Eleonora no tenía fuerzas para levantarse todavía y no tardó en volver a quedarse dormida.

—Quédate con ella, querido. Yo iré a supervisar el almuerzo. Mandaré a buscar a Ferrara. Hace tres días que no sabe nada de su hermana y no podemos actuar como si escondiéramos algo.

Vincenzo estuvo de acuerdo con su madre.

Se dejó caer en la butaca para no molestar a Eleonora. La observó mientras dormía. Su rabia descontrolada había dejado muchas marcas visibles en su cuerpo. Las peores se evidenciaban en su rostro. Tenía un corte en la nariz y un enorme moretón al costado del ojo que le deformaba el pómulo. Los labios también habían sufrido las consecuencias de sus puños y estaban hinchados. Vincenzo apartó la mirada. A través de aquella boca que él había besado a la fuerza tantas veces, Eleonora había susurrado el nombre de Michele Conte mientras permanecía inconsciente. Incluso estando a dos metros bajo tierra, el hijo del barbero seguía jodiéndole la vida.

Absorto en sus pensamientos, no se percató de que su hermano acababa de entrar en la habitación. Lo vio acercarse a la cama, con los brazos cruzados en la espalda.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó en voz baja para no despertar a Eleonora.

Era consciente de que a Nunzio se le iluminaban los ojos cuando mencionaba el nombre de su esposa. Vincenzo sabía muy bien que su hermano la deseaba. Lo torturaba la idea de que en algún momento hubiera existido un acercamiento entre ellos. Amaba a su hermano mayor, le había salvado la vida durante la guerra. Por eso, en muchas ocasiones, miraba hacia otro lado para no ver cómo Nunzio se comía a Eleonora con los ojos. De todos modos, más allá de la atracción que pudiera sentir su hermano por la joven, lo que realmente lo inquietaba era no saber qué clase de sentimientos albergaba Nunzio hacia él. ¿Lo odiaría por lo que le había hecho a Eleonora?

Nunzio se alejó hacia la ventana que daba a la terraza. De espaldas a él, permaneció unos segundos en silencio. Sus manos estaban tensas.

—Acabo de hablar por teléfono con Callegaro.

—¿Qué te ha dicho?

—Que podemos quedarnos tranquilos. La denuncia que presentó Eleonora ya fue archivada. En realidad, él mismo se encargó de destruirla. El vagabundo que detuvieron en las inmediaciones del lugar de los hechos será acusado formalmente del crimen de Conte. El asunto de Magaldi tampoco nos tocará. Su cuerpo apareció después del alud y tras estar enterrado por más de dos meses, no hay evidencia que apunte a nadie. El comisario aseguró que cerrará el caso como muerte accidental.

Vincenzo sintió alivio por primera vez en mucho tiempo.

—Le debemos mucho a Callegaro —admitió—. Creo que merece una recompensa extra por su trabajo.

Nunzio se dio media vuelta. Todavía se notaba la tensión en su cuerpo.

—¿Qué quieres que haga?

—Llévale la suma acordada y dile que se deshaga de ese coche viejo que se cae a pedazos porque voy a regalarle uno nuevo.

—¿Estás seguro?

—¿Acaso cuestionas mi decisión?

—Jamás lo haría —respondió Nunzio arrastrando las palabras.

Vincenzo no le creyó.

Se sostuvieron la mirada durante unos cuantos segundos en absoluto silencio. Era como si el tiempo se hubiera detenido y ambos trataban de adivinar qué pasaba por la cabeza del otro antes de volver a abrir la boca y, quizá, decir algo de lo que después terminarían arrepintiéndose.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Nunzio, yendo hacia la puerta.

—Nuestra madre cree que debemos avisarle a Ferrara para que venga a ver a Eleonora.

—No sé si es lo mejor —replicó el mayor de los hermanos Gentile—. Cuando vea en qué estado la has dejado, se va a molestar mucho.

Vincenzo tuvo la sensación de que hablaba de él y no de su cuñado.

—Ferrara me debe demasiado —aseveró—. Dudo que se atreva a enfrentarme. Si fue capaz de entregarme a su propia hermana a cambio de convertirse en dueño de las tierras que labró durante tantos años, no va a hacerme ningún reproche. Además, nadie tiene derecho a entrometerse en lo que sucede entre un hombre y una mujer en la intimidad de su habitación. Nadie —enfatizó, mirándolo directamente a los ojos.

Nunzio solo se limitó a asentir. Muchas veces, la seguridad que demostraba su hermano le parecía ilógica y hasta exagerada. Aunque ser el capo de la Camorra le otorgaba poder e inmunidad, no podía creerse que era intocable. Él mismo, si hubiera tenido las agallas necesarias, le habría hecho pagar por lastimar a su esposa.

—Puedo pasar por su finca cuando vuelva de la ciudad, si te parece bien —se ofreció Nunzio. No había ninguna emoción en su voz. Volvía a ser el "muchacho de los recados".

—¿Qué le vas a decir? Tenemos que mentirle.

—¿De qué serviría? Eleonora va a contarle la verdad —repuso Nunzio, mirándola de reojo.

—No importa. Debemos contar la misma historia para que todo el mundo ahí afuera la crea. —Comenzó a dar vueltas por la habitación—. Dile que tuvo un accidente con uno de los caballos, que salió a cabalgar luego de una discusión y perdió el control del animal.

Nunzio sabía que Ferrara jamás le creería. No dijo nada, se marchó y se subió al auto. Condujo como un poseso, con la ventanilla abierta, mientras se alejaba a toda velocidad sin mirar atrás.

*

Era la primera vez que el matrimonio Ferrara visitaba a Eleonora en su habitación. Ludovica, con los ojos llenos de asombro, observaba el imponente mobiliario y los lujosos adornos que hacían de Villa Regina una de las mansiones más codiciadas de la región.

La criada que los había acompañado hasta el piso superior se dio media vuelta y señaló una puerta.

—Es aquí. —Se hizo a un lado para permitirles pasar—. Doña Concetta me ha dicho que no es prudente para la recuperación de la señora Eleonora que esté despierta mucho tiempo…

—Tranquila, muchacha. Solo queremos asegurarnos de que mi hermana se encuentra bien. —Domenico sonrió y dejó que Ludovica entrara primero. Miró a la criada un instante y cerró la puerta.

El día estaba nublado y la habitación permanecía iluminada con una luz tenue. Se aproximaron a la cama con cierta cautela. Si Eleonora dormía, ninguno de los dos deseaba despertarla. La escucharon quejarse. Ludovica abrió las cortinas para verla mejor. Cuando volvió a girarse hacia la cama, se quedó impresionada. Domenico y ella intercambiaron miradas de pavor. El aspecto de Eleonora era peor de lo que habían imaginado. Nunzio Gentile les había advertido que tenía el

rostro destrozado. Les contó que, al ser despedida por su caballo, se había golpeado la cabeza contra una piedra.

—¡Dios mío! —exclamó Ludovica al tiempo que buscaba una silla para sentarse junto a ella.

Domenico ocupó el lado opuesto de la cama y apretó suavemente la mano de Eleonora. Ella reaccionó, moviendo sus dedos.

—Eleonora, ¿puedes hablar? —Necesitaba escuchar su voz, y por su propia paz mental esperaba que les confirmara la historia contada por Nunzio Gentile.

Ludovica le acomodó la almohada al ver que ella intentaba levantar la cabeza.

—No te muevas, Eleonora. —La reclinó hacia atrás y peinó su cabello para que tuviera el rostro despejado. Le costó no soltar una lágrima. Miró a su esposo. Él asintió, apesadumbrado.

—Mi niña… ¿qué fue lo que pasó?

Eleonora no podía abrir completamente el ojo izquierdo. Sus párpados estaban llenos de moretones. Aunque reconoció sus voces, los veía borrosos, como si Domenico y Ludovica estuvieran rodeados por una espesa nube blanca. De sus labios lastimados brotó un gemido de dolor. Aun así, logró esbozar una media sonrisa. No recordaba la última vez que su hermano se había dirigido a ella con el apelativo cariñoso de “mi niña”.

—Tu cuñado nos avisó que tuviste un accidente con un caballo —alegó Ludovica, tratando todavía de entender lo que había sucedido con su cuñada—. ¿Desde cuándo montas?

—No… no —enfatizó su débil respuesta, negando con la cabeza.

—¡Lo sabía! ¡Nos han mentido! —Domenico se dio un golpe de puño en la palma de la mano. Preso de la ira, se levantó, dispuesto a todo.

Ludovica lo detuvo.

—¿Adónde vas?

—¿Tú qué crees? —Intentó que lo soltara, pero su esposa se rebeló y le impidió el paso.

—¡No voy a dejar que cometas una locura, Domenico!

—¿Has visto cómo la ha dejado? —Ya no tenía sentido esconder las lágrimas. Miró a Eleonora con los ojos vidriosos—. ¡Esto es culpa mía! ¡Nunca debí dejar que ese hombre se casara con ella!

Ludovica le apretó el brazo.

—Comprendo tu indignación, querido, porque es la misma que me atraviesa a mí el alma al ver a nuestra niña en ese estado. —Lo instó a sentarse nuevamente en la cama. Eleonora lloraba —. Enfrentar a los Gentile no es una opción y lo sabes. Vincenzo es un hombre violento. Acabamos de confirmarlo de la peor manera. No quiero que termines con una bala en la cabeza como el pobre de Michele Conte y tantos otros que tuvieron la desdicha de ponerse en el punto de mira de la Camorra.

—Pero tiene que pagar por lo que hizo. ¡Pudo haberla matado! —bramó.

—Domenico… —Eleonora lo estaba llamando.

El hombre regresó rápidamente a su lado y apretó sus frágiles manos entre las suyas. Ludovica también se acercó, sentándose muy cerca de ella. Querían escuchar lo que Eleonora tenía para decirles, sin que se esforzara demasiado.

—Si me lo pides, te saco de esta maldita casa ahora mismo —le dijo, sin pensar en las consecuencias de sus actos. Frotó sus dedos como cuando era pequeña y tenía frío.

—No, Domenico. No quiero provocar más tragedias. —Soltó la mano de su hermano y la apoyó sobre su vientre—. He perdido a mi hijo; no voy a dejar que ese hombre me quite nada más.

Domenico se puso de rodillas y agachó la cabeza.

—¡No merezco tu perdón, Eleonora! ¡Soy el peor de los hermanos! —Lloraba como una criatura—. ¡Prometí a nuestra madre que cuidaría siempre de ti y le he fallado!

Eleonora le acarició el cabello. Comenzaba a quedarse calvo y se parecía cada día más a su padre. Incluso olía igual a él, a tabaco y a limón.

—Te perdono, Domenico. Eres mi hermano y te quiero.

Él se recostó sobre las piernas de Eleonora y lloró, arrepentido de cada una de sus decisiones, hasta quedarse sin lágrimas. Nadie vino a decirles que por el bien de la joven señora era mejor que se marcharan. Domenico y Ludovica permanecieron al lado de Eleonora, cuidándola y velando su sueño. Se marcharon cerca del mediodía, con la promesa de que volverían a visitarla más tarde.

En la soledad de su habitación, mientras su cuerpo magullado se recuperaba lentamente, el alma de Eleonora se hundía cada vez más en la tristeza. Lloró por la pérdida de ese hijo que había llevado en sus entrañas sin saberlo y se juró a sí misma que Vincenzo Gentile jamás le volvería a poner una mano encima. Antes, prefería morir… o matar.

EL PRIMO ROBERTO

Barrio de Montserrat, Buenos Aires, diciembre de 1950

Como cada fin de año, los porteños celebraban tirando la casa por la ventana. Los fuegos artificiales estallaban en lo alto, iluminando el cielo y las cúpulas de los edificios. En una de las suites del Hotel El Colonial, la despedida de 1950 se vivía con la misma intensidad. En el lecho de los amantes, sus cuerpos envueltos entre sábanas de seda ardían en la llama de la pasión. Una botella de champagne y los restos de una cena a medio comer eran los únicos testigos de aquella fiesta privada en donde el amor y el sabor de lo prohibido constituían el plato fuerte de la noche.

Dante deslizó el dedo por la espalda de Reina, delineando su columna hasta llegar a los dos hoyuelos a la altura de las caderas. Se inclinó sobre ella y los lamió. Adoraba cada centímetro de su cuerpo, pero aquellas sensuales hendiduras eran su perdición.

Reina apartó su larga cabellera dorada a un lado y lo miró por encima del hombro con los ojos entornados. Él sabía exactamente dónde y cómo tocarla para brindarle placer. Cerró los ojos cuando la lengua experta de Dante continuó bajando hasta detenerse en su trasero. Le mordisqueó suavemente una nalga y tomándola del brazo, la hizo girar hacia él.

Cayeron abrazados, con sus cuerpos todavía temblando de pasión. Afuera, mientras Buenos Aires le daba la bienvenida a un nuevo año, ellos se amaban a escondidas de aquellos que no vacilarían ni un segundo en alzar su dedo acusador para condenarlos.

La sonrisa de Dante se esfumó de repente y su silencio preocupó a Reina.

—¿Qué pasa? —Reina se había tumbado sobre el pecho de Dante. Sus largas uñas, de un rojo vibrante, jugaban a enroscarse en el espeso vello masculino que se perdía debajo de las sábanas.

Dante no deseaba arruinar lo que les quedaba de aquella noche maravillosa hablándole de sus problemas, si bien lo que más lo atormentaba era la terrible idea de perder a Reina para siempre. El ultimátum que le había dado su madre pendía sobre su cabeza como una espada filosa que, ante el menor error, terminaría por matarlo. Había decidido callar para evitarle un disgusto. Ahora, a las puertas de un nuevo año, no se sentía cómodo guardando aquel secreto.

Le contó sobre la charla con su madre y ambos llegaron a la misma conclusión: doña Gertrudis no tenía ningún derecho a manejar la vida de su hijo y la única manera de impedírselo era descubrir qué se escondía detrás de sus misteriosas escapadas nocturnas. Si había un terrible secreto que ella evitaba que viera la luz, podrían usarlo para conseguir al fin verse sin

restricciones.

—Necesitamos entrar a esa casa, Dante. Tu madre jamás te dirá la verdad. Si ha preferido engañarte es porque lo que se oculta detrás de aquellas paredes es algo que le da mucha vergüenza.

Dante pensaba lo mismo.

—Yo quedo fuera de la ecuación. Cualquiera podría reconocerme; incluso es posible que termine cruzándome con mi madre.

—Hay una posibilidad —dijo ella de repente, sentándose en la cama. Su piel desnuda brillaba por efecto de la luz de la luna que se colaba por el ventanal de la terraza. —Mi primo Roberto es el indicado. Él podría mezclarse con los clientes y pasar absolutamente desapercibido.

Dante se quedó mudo. La idea que acababa de soltar Reina no era del todo descabellada.

—Solo tenés que llamarlo y vendrá. Roberto es capaz de hacer cualquier cosa por vos.

Dante conocía de sobra la devoción que sentía el primo Roberto hacia él; sin embargo, era reacio a aceptar el plan que proponía Reina. Se jugaban demasiado y no quería que nadie saliera perjudicado. ¿Qué pasaba si alguien lo descubría?

—No va a pasar nada —le aseguró ella, tratando de convencerlo—. Vos lo acompañás y lo esperás en el auto. Si algo sale mal, Roberto se marcha inmediatamente del lugar.

Cuando se proponía obtener algo, Reina podía ser muy convincente. Bastó solo una sonrisa seductora y una caricia ardiente en el sitio indicado para que Dante Romano aceptara traer de regreso al primo Roberto. Si con ello descubrían por fin qué era lo que ocultaba su madre, valía la pena correr el riesgo.

*

Barrio de Barracas, tres días después

La noche elegida para echar a rodar su plan fue la del lunes 3 de enero de 1951. A Dante le daba lo mismo que su madre estuviera presente en la casona de Barracas cuando Roberto lograra entrar. Aun así, cuando la vio abandonar la mansión, cerca de la medianoche, experimentó cierta inquietud. Pasó por el despacho para llamar a Reina, y por un segundo pensó en cancelar todo. Ella se negó rotundamente, alegando que doña Gertrudis no conocía a su primo Roberto. Además le dijo que ya estaba preparado para que lo pasara a buscar.

Roberto lo esperaba en la vereda, fumando. Dante estacionó su auto y lo vio recostado contra la pared del edificio donde Reina tenía su apartamento. Se acercó a la vereda y bajó la ventanilla del lado del pasajero.

—¿Estás listo?

Roberto arrojó la colilla del cigarro en un cantero de margaritas, se caló el sombrero y, tras

meterse en el auto, cerró la puerta con cuidado. Miró a Dante a los ojos y él le devolvió la mirada. Intercambiaron una sonrisa cómplice sin decir nada.

Ambos se encontraban demasiado nerviosos como para entablar una charla amigable. El paseo hasta Barracas se hizo en silencio. La noche era calurosa y una brisa tibia que anunciaba tormenta se colaba por las ventanillas abiertas. Cuando faltaba poco para llegar, Dante le repitió cada una de las indicaciones para que todo resultara sin sobresaltos.

Antes de que se bajara del auto, Dante lo detuvo.

—No hagas ninguna locura.

Roberto le dio un golpecito en la mano.

—Estaré bien.

Dante lo observó mientras cruzaba la calle. Había estacionado justo en la esquina; desde allí podía vigilar el acceso a la casona sin llamar demasiado la atención. Dos hombres venían caminando por la vereda. Roberto, ni lerdo ni perezoso, se acercó a ellos y logró entrar. Desaparecieron rápidamente tras el portón de rejas; a partir de ese momento, a Dante solo le restaba esperar y augurar que todo saliera acorde a sus planes. Encendió un cigarro para hacer más llevadera la vigilia y trató de no preocuparse.

Al otro lado de los altos muros que protegían a la vieja casona de miradas curiosas, Roberto se movía con soltura. Llevaba un traje gris a rayas y una corbata azul haciendo juego con su sombrero de ala ancha. Sonreía para ocultar sus nervios, mientras se tocaba el bigote. Observó el lugar con atención. Un gran jardín se extendía delante de la propiedad y dos leones de mármol custodiaban la entrada principal. Los recién llegados comenzaron a formar una fila. Roberto tanteó el bolsillo de sus pantalones para asegurarse de que llevaba la billetera encima. En un sitio como ese, nadie ingresaba gratis. Las puertas se abrieron y un caballero elegantemente vestido les dio la bienvenida.

Roberto se fue rezagando. Le preguntó a un hombre que caminaba con la ayuda de un bastón si sabía cuánto había que pagar para entrar al lugar. Cuando le explicó que era su primera vez, el viejo sonrió divertido.

—A tu edad, yo ya era cliente habitual de la casona. —Golpeó el piso con la punta del bastón para que los que estaban delante de él en la fila se dieran prisa—. El espectáculo que ofrecen vale cada centavo que gasté en cada una de las noches que he asistido.

Roberto quedó asombrado con su respuesta. Calculó que el anciano debía tener al menos sesenta años y, según le había dicho, llevaba visitando la casona desde que tenía su edad. Eso significaba que aquel lugar funcionaba aproximadamente desde los años veinte. Se negaba a creer que doña Gertrudis hubiera engañado a su hijo durante todo ese tiempo.

Cuando le tocó el turno de abonar su entrada, a un precio que le pareció exagerado, le entregaron un pequeño folletín en donde se anunciaba el estreno de una película. ¿Un cine? Si solo se trataba de proyectar películas, ¿por qué tanto hermetismo? ¿Acaso aquella vieja casona

era una especie de cine clandestino en donde un montón de viejos verdes se juntaban a ver películas prohibidas?

Los condujeron por un estrecho pasillo en penumbras que terminaba en un enorme salón. Allí todos se fueron acomodando en las butacas. Roberto se sentó en la última fila. Un paño oscuro colgaba en la pared de enfrente. Se dio media vuelta y miró de reojo hacia arriba. Había un pequeño hueco cuadrado debajo de una de las vigas que sostenía el techo y una sombra que se movía con cierta parsimonia manipulaba el proyector. Las luces se apagaron de repente y todos a su alrededor aplaudieron. La poca luz le permitía curiosear sin ponerse en evidencia.

Un silencio ensordecedor fue el preludio perfecto para que una música de notas sensuales inundase todos los rincones de la sala. El paño que tapaba la pared del fondo cayó al suelo y reveló una pantalla de las que podían encontrarse en cualquier cine del centro. El proyector comenzó a rodar y la película seleccionada para exhibir esa noche atrajo rápidamente las miradas de los presentes.

Lo primero que dedujo Roberto al ver la calidad de la filmación era que se trataba de una producción amateur. Aparecían en escena dos actrices y un actor. El diálogo entre ellos era inexistente. Una de las actrices trataba de escapar del hombre que las acechaba mientras la otra se reía, divertida. Por supuesto, para deleite de los espectadores, el sujeto de torso desnudo y sudado atrapó a la joven que trataba de escapar, y de un manotazo le quitó la blusa. No llevaba nada debajo y sus pechos, que ya se adivinaban enormes bajo de la tela, ocuparon toda la pantalla. La otra actriz reapareció en escena y se interpuso entre el forajido y su compañera. Acto seguido se despojó también de su blusa y se arrojó al suelo, abriendo descaradamente las piernas. Lo que siguió hizo que Roberto se sintiera incómodo. El hombre empezó a frotarse la bragueta mientras las dos muchachas lo miraban. La que había tratado de escapar, con ojos aterrados; la otra, se relamía mientras sonreía. La escena final dejó a todos boquiabiertos. La joven más osada cayó rendida a las exigencias de aquel desconocido que las había estado persiguiendo por el campo. Su amiga, la que no quería saber nada con él, tuvo la oportunidad de marcharse… pero no lo hizo. Se escondió detrás de un arbusto para espiar lo que hacían. Mientras el forajido montaba salvajemente a su joven amante, los gritos de placer de la muchacha atravesaban la pantalla. Cuando la cámara se alejó y los tres actores no fueron más que una mancha perdida en medio del campo, se escucharon unos tenues gemidos. Era imposible asegurarlo porque no volvió a aparecer en escena, pero al finalizar la película, todos sabían a quién pertenecían.

La pantalla se oscureció y las luces volvieron a encenderse. Muchos de los espectadores, todavía afectados por lo que acababan de ver, permanecieron un momento en sus butacas. Roberto alcanzó a divisar que algunos incluso estaban tocándose el bulto que se destacaba en sus pantalones. Tragó saliva y miró para otro lado. Nadie vino a decirles que debían abandonar la sala; seguramente era habitual que aquello sucediera después de ver aquellas imágenes tan cargadas de erotismo. La sorpresa fue mayor cuando, al salir, un joven les informó que si

deseaban conocer en persona a los actores, por un precio extra podían hacerlo antes de retirarse. Roberto decidió llegar hasta las últimas consecuencias y sacó un billete de cincuenta pesos que tenía escondido en el bolsillo interno del saco. Al igual que él, a la mayoría de los asistentes no le importó gastar un poco más de dinero con tal de tener la oportunidad de ver de cerca a quien acababa de proporcionarles un rato de placer desde la pantalla. En una habitación en donde reinaba el terciopelo rojo, se encontraron con el actor. Llevaba la misma ropa y estaba tumbado en un sofá. Tenía los ojos cerrados; sin embargo, no dormía. Su mano derecha descansaba sobre su muslo y cuando el lugar comenzó a llenarse, se puso a recrear una de las escenas de la película. La respiración de Roberto se aceleró. No podía apartar la mirada de aquel hombre inmenso que se tocaba sus partes íntimas como si no hubiera nadie a su alrededor. Sintió un tirón en su propia entrepierna y se alejó de allí antes de que alguien notara su erección. Unos metros más allá, las dos actrices que lo acompañaban se encontraban en el interior de una bañera. Estaban tan cerca que sus pechos desnudos casi se rozaban. Jugueteaban con el agua, haciendo que se deslizara por sus cuerpos mientras no dejaban de mirarse. Había un cartel apoyado en una silla que indicaba que no estaba permitido tocar, solo mirar.

Como última atracción de la noche, fueron guiados hasta el patio de la casona, hacia un pequeño quiosco en donde los visitantes podían adquirir un souvenir. Centenares de fotografías exhibían a los actores en diversas poses provocativas. Si bien no aparecían desnudos en ninguna de las imágenes, insinuaban sus encantos con prendas ajustadas al cuerpo y gestos de clara índole sexual. Roberto optó por no comprar nada. El anciano del bastón estaba parado detrás de él y le cedió su lugar. Vio, asombrado, que se llevaba varias fotografías, no solo de las actrices; también se procuró un par del actor principal. Y no era el único. Sonrió para sus adentros. Al parecer, aquel hombre de imponente presencia había subyugado a muchos de los clientes de la casona. Aprovechando las ganas que tenía el viejo de charlar con alguien mientras se dirigían a la salida, le preguntó si sabía quién estaba detrás del negocio. Lo convenció de soltar la lengua, diciéndole que había trabajado en el mundo del espectáculo y tenía una propuesta que hacerle.

—La primera vez que vine, fue allá por la década del veinte. No se proyectaban películas todavía; pero hacían funciones de teatro y era mucho mejor que ver a los actores en una pantalla —le contó, con una sonrisa pícara—. Se desnudaban por completo, y en algunas ocasiones, si el público lo solicitaba, tenían sexo en el escenario. Era una gran orgía en donde valía todo.

—Supongo que si hace tantos años que viene a la casona, conoce quién dirige todo esto.

—Aunque te parezca algo insólito, el negocio de las películas eróticas es algo habitual en estos días —admitió. Ya habían llegado a la vereda, pero Roberto no quería irse de allí sin obtener más información—. Obviamente, por razones que ya te imaginarás, se mantienen ocultas. Esta casona es una de las pioneras en el rubro del entretenimiento para adultos. Es la más visitada de Buenos Aires y se anuncia como “la casa de los juegos”.

—¿Conoce al dueño? ¿O a los dueños? —insistió Roberto.

—¡Las dueñas, muchacho! —exclamó, haciendo un aspaviento con las manos—. Así como lo ves, la casona es dirigida por dos señoras que de día juegan a ser unas damas respetables y por las noches se dedican a satisfacer las fantasías más retorcidas de hombres como yo… y como vos.

Roberto sonrió. Estaba en la dirección correcta.

—Sé que en esta clase de negocios la discreción es fundamental, pero si pudiera darme, aunque sea un nombre, se lo agradecería.

—Si es para mejorar la calidad del espectáculo, no creo que le haga mal a nadie si te cuento lo que yo sé —adujo el anciano, subiéndose a su auto. Roberto lo ayudó—. Gracias, muchacho. Son achaques típicos de la edad. Apenas puedo mover la pierna, porque me duele la rodilla, pero te aseguro que hay otras partes de este vejestorio que se levantan con la firmeza de un mástil.

El comentario atrevido del viejo le causó gracia. Soltó una carcajada para festejarlo y se quedó mirándolo, esperando que compartiera con él la información necesaria. Antes de cerrar la ventanilla, le hizo señas de que se acercara. Roberto obedeció. El nombre que le soltó en voz baja le resultaba familiar. Cuando se reencontró con Dante y se lo mencionó, recordó dónde lo había oído antes. Era la famosa amiga de doña Gertrudis que había regresado al país tras la muerte de su esposo: Virginia Aráoz.

Partieron hacia el apartamento de Reina. Al llegar se sirvieron un trago. Eran casi las dos de la mañana y ninguno tenía sueño. Sin dejar de lado los detalles más sórdidos, Roberto le relató a Dante todo lo que había presenciado en la famosa “casona de los juegos”. A pesar de que el viejo del bastón no había mencionado el nombre de doña Gertrudis, ninguno puso en duda que ella era la otra “dama respetable” que por las noches se escabullía de su mansión para dedicarse a cuidar su otro “negocio”. Dante apenas podía creerlo. Bebió hasta que el alcohol le nubló la mente. Roberto, sentado frente a él, con su traje gris a rayas y su bigote postizo, se mojó los labios con el licor y le sonrió.

—¿Estás bien? —preguntó. A Dante le había afectado enterarse de la verdad y ahora le tocaba recoger los pedazos de su alma rota.

Dante se inclinó hacia atrás y dejó caer los brazos a un lado del cuerpo. Por el rabillo del ojo vio que Roberto se ponía de pie. Hizo lo mismo y se acercó. Roberto le dio la espalda mientras se quitaba el saco.

—Hoy me di cuenta de lo mucho que extraño a tu primo Roberto —confesó, rodeando su cintura con los brazos.

—Él siempre está, querido.

Dante comenzó a besarle el cuello. Cuando introdujo su mano en la bragueta del pantalón, se encontró con una prominente erección. Lo obligó a darse vuelta y lo sujetó de la muñeca al ver que pretendía quitarse el bigote postizo.

—No… por favor. Esta noche quiero hacer el amor con Roberto. ¿Te importa?

Reina le sonrió, atrevida.

—Hoy Roberto es todo tuyo, mi amor.



UNA JAULA DE CRISTAL

Sorrento, provincia de Nápoles, marzo de 1951

Eleonora mantuvo los ojos cerrados hasta que escuchó que la puerta de la habitación se abría para luego cerrarse. Fingir que dormía era la única manera de evitar a Vincenzo por las mañanas cada vez que intentaba despedirse de ella con un beso o una caricia. El resto del día no hacía falta, ya que, atormentado por la culpa, se pasaba las horas alejado de Villa Regina. Viajaba a menudo fuera de Sorrento, y aunque la invitaba a acompañarlo, Eleonora se negaba a ir con él. Doña Concetta desaprobaba el trato distante al cual sometía a su hijo y se lo reprochaba siempre que podía. Por esa razón Eleonora permanecía buena parte de la jornada encerrada en su habitación. Eso sí, a la hora del almuerzo y la cena debía sentarse a la mesa con la familia; si se negaba, la propia doña Concetta subía a buscarla. Ya era suficiente con que se atreviera a rechazar a Vincenzo, como para encima permitir que, con sus desaires, convirtiera a los Gentile en el hazmerreír de toda la ciudad. A pesar de que los criados tenían prohibido ventilar lo que sucedía en Villa Regina, no podían asegurar que a alguno de ellos no se le soltara la lengua y los pusiera en ridículo.

Eleonora encontraba refugio en la soledad de su habitación. En sueños, seguía llamando a Michele, y cuando estaba despierta lo buscaba por los rincones, con la esperanza de que volviera a aparecer. Después de la golpiza, ya no acudía a ella. Se convenció entonces de que todo había sido fruto de su imaginación. Un intento de aferrarse al amor tan injustamente arrebatado.

Domenico y Ludovica la visitaban siempre que podían. Pasaban el rato con ella, alentándola a que volviera a dibujar, y aunque Eleonora intuía que su hermano entraba en Villa Regina solo para asegurarse de que ella no fuera víctima de otro “accidente ecuestre”, disfrutaba de tenerlo cerca. Assunta se resistía a poner un pie en esa casa en donde su querida sobrina era tan infeliz. Eleonora no quería distanciarse de ella y la visitaba al menos una vez por semana, a sabiendas de que Nunzio Gentile, obedeciendo las órdenes de su hermano menor, vigilaba cada uno de sus movimientos. Antes de regresar, le pedía al chofer que se desviara del camino y pasaba por el cementerio para llorar frente a la tumba de Michele. No le importaba la presencia intimidatoria de su cuñado. Nadie podía prohibirle que visitara a sus muertos, ni siquiera un miembro del clan de los Gentile.

Las noches eran el peor momento del día. A pesar de que Vincenzo no había vuelto a hacerla

suya por la fuerza, se acercaba a ella con la intención de tener intimidad. Cuando le decía que deseaba reparar los errores del pasado y engendrar un hijo que les ayudara a olvidar a aquel que se había malogrado por su causa, Eleonora solo sentía desprecio por él. Sus constantes rechazos no hacían más que acrecentar la culpa que carcomía a Vincenzo por haber provocado la muerte de su primogénito.

Esa tarde primaveral de fines de marzo, decidió hacerle una visita a Assunta. Necesitaba contarle a alguien la idea que comenzaba a gestarse en su cabeza. Se bajó del automóvil e indicó al chofer que fuera a dar una vuelta. Le incomodaba que aquel hombre de mirada severa estuviera al tanto de sus idas y venidas. Ya era bastante molesto soportar que Nunzio también la espiara; sin embargo, dudaba seriamente de que su cuñado lo hiciera para complacer a Vincenzo. Eleonora sospechaba que controlaba sus pasos solo para demostrarle que bastaba muy poco para que él se decidiera un día a cruzar esa línea que lo mantenía acechándola desde las sombras.

Antes de llamar a la puerta, se aseguró de que el alcalde no anduviera cerca. Fue hasta la esquina y miró en ambas direcciones. Sonrió con alivio al ver que el auto no estaba en el callejón donde solía dejarlo. Volvió sobre sus pasos e hizo sonar la campanilla dos veces para anunciarse.

Assunta se alegró mucho con la visita. Estaba con una de sus clientas, pero la hizo pasar a la cocina y le dijo que preparara café mientras ella terminaba de tomar unas medidas. Eleonora puso a calentar el agua y sacó dos tazas de la alacena. Sobre la mesa, envuelta en un paño, había una tarta de chocolate todavía tibia. Despedía un aroma embriagador. Abrió el primer cajón de la encimera y buscó un cuchillo para cortar dos porciones. Tenía un nudo en el estómago, pero no iba a perderse la famosa tarta de su tía. La tetera comenzó a silbar y la retiró del fuego. Escuchó voces en el pasillo y una puerta que se cerraba.

—Lamento haberte hecho esperar, querida —se disculpó Assunta ocupándose de servir el café ni bien entró a la cocina.

—No te preocupes. —Eleonora probó un trozo del pastel y cerró los ojos para disfrutar de su sabor—. Cada vez te sale mejor, tía.

—Esta mañana me desperté con ganas de preparar algo dulce. —Le sonrió y le pidió que se sentara a su lado—. Creo que tenía el presentimiento de que vendrías a verme. Sabes que no me gusta visitarte en Villa Regina; te pido perdón por eso.

—No tengo nada que perdonarte, tía. Si yo pudiera hacer lo mismo, tampoco pondría los pies en ese maldito lugar.

—¿Cómo has estado? Ludovica me ha dicho que tu hermano y ella te visitan a menudo.

Eleonora asintió.

—Su presencia me reconforta mucho; de todas formas, cuando se marchan me siento demasiado sola. Esa casa es una jaula de cristal y los Gentile me han cortado las alas. Me permiten salir porque siempre hay alguien vigilándome.

—Te refieres al chofer. —Miró hacia afuera a través de la ventana que daba a la calle.

—Le he dicho que vaya a dar una vuelta. No sé si me hizo caso. Es probable que esté parado delante de la casa. —Bebió un poco de café y se llevó otro pedazo de pastel a la boca antes de seguir hablando—. No es solo ese pobre hombre, que no hace más que cumplir las indicaciones de sus patrones. Lo peor es cuando me doy vuelta y veo a mi cuñado.

Assunta Barbieri percibió que ella se inquietaba.

—¿Qué es lo que no me cuentas? —preguntó, sospechando lo peor.

—No quiero hablar de Nunzio, tía —le dijo, evadiendo el tema—. Vine a verte porque necesito de tus sabios consejos. Domenico ha cambiado mucho estos últimos meses, se ha vuelto más comprensivo y está arrepentido de lo que hizo. Tendrías que haber visto cómo lloraba e imploraba mi perdón cuando supo que, por culpa de la golpiza que me dio Vincenzo, se malogró mi embarazo.

—No hablemos de eso, Eleonora. Sé lo mucho que te duele la pérdida de tu hijo. —Assunta se entristeció, no solo por la tragedia de su sobrina. Ella sabía mejor que nadie el vacío que dejaba en el vientre y en el pecho la muerte de un hijo. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera su amado Paolo conocía su secreto.

—Quizá si lo hubiera sabido, podría haber hecho algo para protegerlo —se lamentó Eleonora, al borde de las lágrimas.

—No digas eso porque no es tu culpa. El único responsable es el monstruo de tu esposo.

—No entiendes, tía. ¡Yo puse en riesgo la vida de esa criatura que crecía en mi vientre el día que decidí denunciar a los Gentile con la policía! Fui demasiado ingenua al creer que al menos uno de ellos podría terminar en la cárcel.

—Los Gentile, para desgracia de muchos, siempre han gozado de impunidad. La policía de Sorrento no puede, o no quiere, actuar en su contra. Tienen miedo. —Assunta suspiró, resignada.

—Yo quise hacer justicia por Michele y terminé pagando muy caro mi error. —Apoyó la mano en su vientre—. Ya no puedo seguir al lado de un hombre que ha hecho tanto daño.

Assunta presentía que Eleonora ya tenía un plan germinando en su cabeza.

—¿Qué quieres hacer?

—Lo único que alguien en mi situación puede hacer, tía. —Eleonora ya no tenía dudas—. Escapar; poner tierra de por medio entre la familia Gentile y yo.

La modista asintió. No podía condenar la decisión de Eleonora de abandonar a su esposo; no después de todo lo que había padecido a su lado.

—No sé bien todavía cómo lograrlo —admitió la joven—. Tal vez no es lo más sensato, pero hay alguien que me ofreció su ayuda incluso antes de casarme.

—¿A quién te refieres?

—A Nunzio Gentile. Me propuso que abandonara Italia en barco a cambio de que yo pasara una noche con él.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó su tía indignada—. Tienes que alejarte cuanto antes de ese

hombre, Eleonora.

—No te preocupes, tía. Jamás pondría mi futuro o mi vida en manos de alguien como él.

La mujer sonrió, aliviada.

—Cuenta conmigo para lo que sea, Eleonora. Lo haremos juntas; no pienso dejarte sola.

Assunta se puso de pie y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa. Eleonora la observó en silencio. Sabía que estaba pensando y era mejor no interrumpirla. De repente, la vio salir de la cocina para dirigirse a su taller de costura. Decidió seguirla. Su tía abrió el armario en donde guardaba las prendas que aún no había terminado de confeccionar y hurgó entre un montón de perchas hasta que encontró lo que estaba buscando.

—No será sencillo idear un plan que te permita huir de Italia sin que los Gentile lo sepan —reconoció, muy a su pesar. Sacó un hábito religioso y vistió al maniquí con él—. Esa familia tiene ojos y orejas en cada rincón de Sorrento. Sus tentáculos llegan hasta el puerto de Nápoles, lugar al que deberás llegar para poder subirte a un barco que te aleje de esa gente para siempre. —La miró con un gesto interrogante—. ¿Eres consciente de que una vez que dejes el país ya no podrás regresar?

Eleonora asintió. Era el precio que debía pagar para obtener su libertad y lo aceptaba.

—Me duele en el alma abandonarlos a ti, a Domenico y a Ludovica; pero no tengo otra opción.

—¡Mi niña, te han hecho tanto daño! —Assunta le abrió los brazos y cuando Eleonora corrió hacia ella, la estrechó contra su pecho—. ¡Mereces una vida nueva y te prometo que vas a ser feliz!

Eleonora lloró lágrimas de tristeza e impotencia. A pesar de que estaba segura de que nunca sería dichosa en un mundo en donde la ausencia de Michele le pesaba tanto, valoraba que su tía tratase de darle ánimos. Se separó de ella y miró el maniquí con el hábito de monja.

—Tendremos que pedirle ayuda a alguien más —mencionó Assunta, con cierto aire misterioso —. Solas no vamos a llegar muy lejos.

—¿Qué tiene que ver el hábito? —quiso saber la joven, presa de la curiosidad.

—Eleonora Ferrara no puede subirse a ese barco. Cuando los Gentile descubran que te has ido, te buscarán por cielo y tierra. Sin duda, el puerto de Nápoles será una trampa para ti. —Tomó la toca religiosa que cubría la cabeza del maniquí y se la puso a su sobrina—. Nadie le prestará atención a una monja.

La joven esbozó una sonrisa mientras se contemplaba en el espejo con el hábito pegado al cuerpo.

—Te queda un poco grande, pero eso es lo de menos. —Assunta fue midiendo a ojo para luego dedicarse al arreglo de aquella prenda que se convertiría en el caballo de Troya de Eleonora.

A Eleonora, la idea de huir de Italia vestida de monja clarisa le causaba gracia. Entonces se dio

cuenta de que no bastaba con el atuendo correcto.

—¿Qué va a pasar cuando suba al barco y me pidan mis documentos?

—Para sortear ese obstáculo contaremos con la ayuda de la persona que te mencioné. —Dejó la túnica color café sobre la mesa que usaba para sus labores de costura y tomó el cuaderno donde apuntaba las medidas de sus clientas. Lo abrió en una página en blanco y escribió "Plan de libertad".

A Eleonora le gustó aquel título; ella planeaba abandonar su tierra para liberarse del yugo de los Gentile.

—Paolo tiene un amigo que trabaja en el Registro Civil. Él puede conseguirte una identidad falsa para que viajes a América.

—América… suena tan lejano y etéreo —dijo Eleonora, soltando un suspiro. Había escuchado muchas veces hablar de ese continente que muchos italianos elegían para labrarse un futuro. Jamás imaginó que se convertiría en su nuevo hogar.

—América es muy grande, Eleonora. —Le mostró un viejo libro de geografía que había comprado para conocer más del país en el cual vivía su hermana mayor y lo dejó abierto en el mapa de Argentina—. Estoy segura de que la familia de Beata te recibirá con los brazos abiertos. Mi cuñado y ella se fueron antes de que estallara la guerra, y aunque al principio pasaron algunas penurias, han logrado establecerse en Buenos Aires. Les enviaré un telegrama para hablarles de ti.

—¡Diles que puedo trabajar y ayudar con los quehaceres de la casa! —Eleonora no quería caridad. Seguramente eran una familia humilde y su llegada significaría un incordio.

—No te preocupes, se lo diré —le prometió su tía, para dejarla más tranquila. Hizo algunas anotaciones en el cuaderno y la miró, expectante—. Tenemos que rebautizarte. ¿Has pensado qué nombre quieres usar?

Estuvieron barajando varias posibilidades, hasta que Eleonora dio con el que creyó sería su amuleto de la suerte.

—Seré la hermana María —manifestó, contenta con su elección.

—Es un nombre simple, pero contundente —repuso su tía, aplaudiendo su idea—. ¿Lo has elegido por alguna razón en especial?

Eleonora asintió, emocionada.

—Michele siempre me cantaba la misma canción, cambiándole el nombre a la protagonista. —Entonó parte del estribillo de "Parlami d'amore, Mariù" y terminó con los ojos aguados—. Lo lamento, tía… me trae muchos recuerdos.

—No tienes nada que lamentar, querida. —Le rozó la mejilla con el dorso de la mano—. Michele, desde donde esté, cuidará de ti para que llegues sana y salva a Buenos Aires.

Eleonora ahogó un suspiro. El plan de fuga conllevaba un riesgo muy grande, y si los Gentile la descubrían podía terminar muerta; sin embargo, su mayor temor era que al alejarse de Italia ya

no volviera a ver a Michele.

Se marchó de la casa de Assunta con las esperanzas renovadas.



LAS CARTAS SOBRE LA MESA

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, abril de 1951

Gertrudis se quedó estupefacta cuando vio a su hijo ingresar al salón acompañado de Reina Marino. Iban tomados de la mano, como si fuera lo más natural del mundo. Dejó el libro a un lado y se puso de pie. Un tenso silencio los envolvió mientras intercambiaban miradas cargadas de recelo.

—Buenas tardes, madre, lamento…

—¿Qué significa esto? —Los ojos de Gertrudis echaban chispas.

Dante sintió que Reina le daba un tirón en el brazo, pero él no la soltó. Habían llegado hasta allí con un propósito y no dejarían que la intransigencia de su madre los acobardara. Doña Gertrudis tenía tanto que perder como ellos.

—Hemos venido a hablar con usted porque no queremos seguir escondiéndonos —manifestó Dante, indicándole a su madre que volviera a sentarse.

La anciana hizo caso omiso a su petición y se dirigió a la otra punta del salón para guardar el libro en uno de los estantes de la biblioteca. Se tomó más tiempo del necesario con el único propósito de darles la espalda y ahorrarse la patética escena de ver a su hijo sosteniendo la mano de su amante.

—Tendrá que escucharnos, madre.

—Nadie puede obligarme a oír algo que no quiero. —Se quitó los anteojos y caminó hacia la ventana. El cortinado permanecía cerrado. Lo deslizó despacio para contemplar el jardín en donde las camelias que había plantado en primavera comenzaban a florecer.

Dante y Reina se miraron. Ella hizo un gesto para darle a entender que no deseaba quedarse allí ni un segundo más. La verdad era que no tendría que haber aceptado acompañarlo. Aquella conversación era entre madre e hijo. Ella estaba de más.

—Necesitamos llegar a un acuerdo —expuso Dante con firmeza. Enfrentarse a su madre con la verdad era más sencillo si Reina estaba a su lado. Aunque ella no pensara lo mismo, tenerla allí significaba mucho para él—. Usted me exigió hace un tiempo que me alejara de la mujer que amo. Hubo una etapa en mi vida en la que nunca hubiera cuestionado su voluntad, madre. Sin embargo, esta vez es mi felicidad la que entra en juego y no voy a perder a Reina solo porque cree que no es la mujer indicada para mí.

Doña Gertrudis se giró de repente y lo fulminó con la mirada. Iba a decir algo, pero Dante hizo un ademán, impidiéndole que lo interrumpiera.

—Sé que me ha estado engañando sobre sus salidas nocturnas. —Percibió que el rostro de su madre se tornaba pálido—. No soy el más idóneo para juzgar lo que hace o deja de hacer fuera de las paredes de esta casa en la que crecí y convivimos a diario. Aun así, creo que merezco una explicación.

Acorralada por sus propias mentiras, Gertrudis no supo qué responder. Decidió que contraatacar era su mejor defensa.

—Tenés razón, hijo. No sos el más indicado para criticarme… vos también has estado mintiéndome durante mucho tiempo. —Se acercó a ambos y fijó su atención en Reina. La escudriñó con sus inquisidores ojos celestes, haciéndola sentir sumamente incómoda—. ¿Cómo te has atrevido a aparecer en nuestra casa con este engendro de la naturaleza?

—¡Madre, no le voy a permitir que maltrate a Reina! —le exigió Dante, apuntando el dedo hacia ella en un gesto amenazante.

—¿Reina? ¡Si ese ni siquiera es su nombre! —espetó, en tono burlón—. Ignoro su verdadera identidad, pero siempre supe que no era una mujer. Me bastaron unos pocos minutos a su lado para darme cuenta de que no es más que un pervertido que esconde lo que le cuelga entre las piernas debajo de una falda. ¿Cómo has podido caer tan bajo, hijo mío?

Reina logró que Dante la soltara y retrocedió unos pasos. No tenía por qué escuchar los insultos de aquella mujer. Atinó a darse media vuelta e irse, pero Gertrudis se lo impidió.

—¡Ahora que estás acá, vas a escuchar lo que tengo para decirte! —La sujetó del brazo con tanta fuerza, que Reina trastabilló con sus propios zapatos de tacón.

Doña Gertrudis soltó una carcajada.

—¡Tus pies son demasiado torpes para usar tacones!

—¡Basta, madre! —Ofuscado, Dante estuvo a punto de golpearla.

—¡Dante, no lo hagas! —le suplicó Reina al adivinar su intención.

—¡Es lo único que te falta! ¡Golpear a tu propia madre para salir en defensa de tu amante! —Gertrudis estaba temblando y tuvo que sentarse porque comenzaba a sentirse mal.

—¡No quiero pelear, madre! —Dante necesitaba tranquilizarse. Contó mentalmente hasta diez y luego se dejó caer en el sofá. Reina hizo lo mismo. Se cruzó de piernas e ignoró la mirada suspicaz que le dedicó doña Gertrudis—. Necesito que me cuente por qué está metida en el negocio del espectáculo para adultos. ¿Acaso se involucró en algo tan turbio porque le hacía falta el dinero?

—No todo en esta vida gira alrededor del dinero —dijo Gertrudis, después de una pausa interminable—. Cuando Virginia Aráoz me contó lo que hacía su esposo, me pareció algo indignante. El hombre fue uno de los pioneros dentro de la industria del cine en nuestro país. Venía de Europa y trajo muchas ideas que, al principio, resultaron demasiado extravagantes.

Pero, poco a poco fue haciéndose de un nombre dentro del mundillo del espectáculo y se ganó el apoyo de algunos hombres influyentes que aportaron dinero para que su propuesta prosperara. Empezó con las fotografías. —Miró de reojo a Reina—. Supongo que te resulta familiar, ¿verdad?

Reina se quedó callada. Dante tampoco dijo nada.

—Sé que se conocieron en el apartamento de Ballvé Piñero y entonces asumí que eras uno de los tantos modelos que fotografió desnudo, ¿me equivoco?

—No, señora, no se equivoca —admitió Reina—. Necesitaba el dinero para independizarme de mi familia y no estaba haciendo nada malo.

—¿Te parece que dejarte fotografiar en paños menores para que otros hombres te miren y se desvíen de su condición normal está bien?

—Lo que sucede en la casona de Barracas no es muy diferente —se defendió.

Doña Gertrudis negó con la cabeza.

—En nuestro negocio no hay lugar para los invertidos —recalcó—. Un cuerpo desnudo o una pareja haciendo el amor son una expresión artística destinada al placer visual y sensorial del espectador. No obligamos a nadie a trabajar con nosotros. Los actores y las actrices que aparecen en las películas saben muy bien a lo que se enfrentan cuando firman su contrato.

Dante no podía creer que estuviera escuchando aquello de boca de su madre.

—Si no es por dinero, entonces… —Necesitaba entender para llegar a un acuerdo con ella.

—No voy a entrar en detalles con vos, hijo. Soy una mujer grande y me da pudor hablar de ciertos asuntos. —Su explicación ambigua no hizo más que confundir a Dante y a Reina—. Lo que debe importarte es que Virginia y yo somos muy discretas. Si comencé a frecuentar la mansión por las noches es porque ella no se ha sentido bien últimamente y alguien tiene que supervisar el negocio.

—Eso no lo puede asegurar, madre —repuso Dante, con recelo—. Reina logró infiltrarse en ese lugar, y gracias a un anciano parlanchín descubrió que su amiga era una de las encargadas del negocio. Si lo que usted y esa mujer hacen sale a la luz pública, el escándalo será trágico. No solo para nuestros hoteles; la sociedad entera se volverá en nuestra contra. Lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé, por eso nunca quise contártelo.

—Debemos llegar a un acuerdo —propuso él, chasqueando la lengua.

—¿Un acuerdo? ¿Qué clase de acuerdo? Te conté la verdad y yo descubrí la tuya.

—Algún provecho tengo que sacar de todo esto, madre —la interrumpió Dante—. Su secreto está a salvo con nosotros. Si me quedo callado, no es para proteger su reputación o la mía; es simplemente la manera que encontré para que ya no pueda obligarme a nada.

—¿Vas a chantajearme?

—Puede ponerle el nombre que quiera. —Dante tomó la mano de Reina y la besó delante de su madre—. Mi único propósito es ser feliz con la mujer que amo. Usted deja de oponerse a

nuestra relación y yo me olvido de lo que Reina vio en ese lugar.

Gertrudis abandonó el sillón y se acercó al mueble de las bebidas. Se sirvió un poco de whisky y se lo tomó de un solo sorbo.

—No hay mucho que pensar, madre. —Dante sintió la euforia correr por sus venas. Estaba a punto de salirse con la suya.

—Me tenés en tus manos, hijo —reconoció ella, mientras volvía a verter otra medida de whisky en el vaso—. Sin embargo, voy a hacerte una propuesta que nos conviene a los dos.

—A los tres, madre —la corrigió Dante—. No se olvide de Reina.

Gertrudis terminó el whisky y se volteó. Su hijo seguía sosteniendo la mano de aquella criatura del infierno y experimentó un nudo en la boca del estómago.

—Jamás voy a aceptar lo que hay entre ustedes —aseveró, sin que le temblara la voz—. Es imposible para una madre convivir con la idea de que su único hijo deshonre el apellido y el prestigio de su familia por culpa de una enfermedad tan corrosiva.

—¡No estoy enfermo, madre! —despotricó Dante, perdiendo los estribos—. ¡Deje de menospreciar lo que Reina y yo sentimos el uno por el otro!

Reina no podía hablar. La mirada cargada de odio que recibió de Gertrudis fue lapidaria. A pesar de que estaban a punto de salir victoriosos, solo deseaba desaparecer.

—En las sombras pueden hacer lo que les plazca. Yo no voy a meterme en la intimidad de una relación que tarde o temprano terminará quebrándose… por su propio peso o por la condena de los demás. —Hizo una pausa para sopesar lo que estaba a punto de decir. Su mente de estratega ya había diseñado el plan perfecto—. Frente a esa sociedad que jamás perdonaría tu inmoralidad, serás un hombre cabal y acallarás cualquier rumor sobre tu vida privada, dándole lo que esperan de vos.

Dante intuía cuál era su idea y no estaba dispuesto a capitular. La dejó que continuara.

—Vas a buscar una mujer que esté a la altura de los Romano y te casarás con ella. —Antes de que Dante la interrumpiera, siguió exponiendo su plan—. Tendrá que ser alguien a quien puedas manipular fácilmente y que acepte convertirse en tu esposa para mantener las apariencias de un matrimonio formal y decente. Si querés acostarte con ella, es asunto tuyo…

—¡Madre!

Doña Gertrudis se encogió de hombros.

—¡Quién sabe! ¡Tal vez la convivencia con una mujer de verdad te resulte excitante!

Reina murmuró unas cuantas palabrotas. Para su buena suerte, ninguno de los dos le estaba prestando atención y su exabrupto pasó desapercibido.

—¡Ninguna mujer con dos dedos de frente se va a prestar a semejante pantomima! —A Dante, la propuesta de su madre le parecía descabellada. Por eso, se quedó pasmado cuando Reina habló.

—Dante, creo que doña Gertrudis tiene razón. —Lo miró durante unos segundos y esbozó una

sonrisa—. Démosle a la sociedad lo que espera de un hombre como vos. ¿Qué importa que todos crean que has sentado cabeza si, a la hora de la verdad, es a mis brazos a los que vas a llegar?

—No podés estar hablando en serio.

—Deberías escuchar a tu… a tu *amigo* —Una sonrisa sarcástica curvó los labios perfectamente pintados de doña Gertrudis.

—Lo importante es que sigamos juntos —terció Reina. Si se negaban, Gertrudis les haría la vida imposible—. El matrimonio de mentira con otra mujer no va a cambiar tus sentimientos, tampoco los míos. —Le dio un ligero beso en la mejilla y le susurró que lo amaba.

Doña Gertrudis apartó la mirada. Aquellas muestras de cariño entre su hijo y el muchacho que lo había embaucado con su ridícula femineidad no hacían más que arrastrar el apellido de su familia por el lodo. Esperaba que, en algún momento, la tal Reina Marino desapareciera para siempre de la vida de ambos. Casarlo con una mujer apropiada era el primer paso para lograr su objetivo.

Cuando Dante finalmente aceptó las condiciones impuestas por ella para no renunciar a su amor prohibido, sonrió complacida.

DECIR ADIÓS EN SILENCIO

Sorrento, provincia de Nápoles, abril de 1951

Eleonora cerró la puerta de la habitación con llave y sacó una pequeña maleta del armario. Acababa de llegar de la casa de su tía Assunta y el corazón retumbaba en su pecho con la fuerza de un tambor. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y acarició el sobre que contenía lo necesario para empezar una nueva vida al otro lado del océano: un pasaporte falso que la identificaba como la madre María de la congregación de las monjas clarisas; un pasaje de barco con destino al puerto de Buenos Aires y unas cuantas liras que podían serle de utilidad durante la travesía. Leyó el pasaje una vez más para convencerse de que estaba cerca de obtener su libertad. El barco que la alejaría para siempre de Italia se llamaba *Victorino* y partía de Nápoles al día siguiente, a las ocho de la mañana. Su tía ya lo había organizado todo. Irían hasta el puerto en el auto del alcalde. Él había insistido en llevarlas.

Metió todo en el interior del sobre y lo puso en el fondo de la maleta. No podía viajar con demasiado peso; por lo tanto, solo decidió llevarse lo imprescindible. Tiró un par de vestidos sobre la cama, también una blusa de mangas cortas y otra un poco más abrigada. Del cajón de la cómoda sacó tres mudas de ropa interior y cuando vio la cajita de música que le había regalado su padre, no fue capaz de dejarla. Agregó algunos pañuelos y sus sandalias favoritas. Para escapar se pondría sus zapatos más cómodos y un saco de paño negro que la ayudaría a pasar desapercibida en la oscuridad. Cerró la maleta y la ocultó debajo de la cama. Ese día iba a ser el más largo de su vida.

Miró la hora. Las tres en punto de la tarde. Habían pactado con su tía que ella abandonaría Villa Regina a las cinco de la madrugada. Paolo la estaría esperando al final del camino viejo para llevarla a la ciudad. Una vez en casa de su tía, se pondría el hábito y desde allí partirían rumbo al puerto de Nápoles. Si no surgía ningún contratiempo, al día siguiente, a esa misma hora, ya se encontraría a bordo del *Victorino* rumbo a Buenos Aires.

Sonrió con una mezcla de emoción y tristeza. Lo más duro estaba por venir. Debía despedirse de sus seres amados sin que ellos se dieran cuenta que ya no volverían a verla.

Bajó corriendo las escaleras con la esperanza de no cruzarse con su suegra. Vincenzo y Nunzio habían salido de la ciudad y no regresaban hasta el atardecer. Ante su pregunta acerca de dónde estaba doña Concetta, una de las criadas le informó que se encontraba en el jardín,

cuidando de sus flores. Eleonora abandonó Villa Regina por el sendero principal para no encontrarse con ella. Llevaba un sombrero de paja para protegerse del sol. Le esperaba una larga caminata hasta la finca de su hermano.

Recorrió el trayecto, que le era tan familiar, con un nudo en la garganta. Saber que ya no volvería a ver a Domenico ni a Ludovica le causaba una gran angustia. Se detuvo a mitad del camino y contempló el paisaje que se extendía a su alrededor con ojos llenos de lágrimas. Extrañaría aquellos prados verdes que en el verano se cubrían de margaritas. Le llegó el suave arrullo del mar en donde tantas veces se había mojado los pies. Un sentimiento de profunda tristeza la sobrecogió al divisar, a lo lejos, el cobertizo en el que ella y Michele se habían amado por primera vez. No podía regresar allí… ese lugar estaba signado por la tragedia.

Mientras se acercaba a la finca en la cual había nacido, se dijo que estaba haciendo lo correcto. Uno de los perros que cuidaba los alrededores comenzó a ladrar. Eleonora lo calmó, acariciándole la cabeza. Sonrió al ver que Ludovica salía a recibirla. El corazón le dio un vuelco cuando Domenico apareció detrás de su esposa, con los brazos extendidos. A esa hora solía trabajar en el campo. Eleonora interpretó aquella extraña coincidencia como una señal de que la suerte estaba de su lado. Corrió hacia él y se arrojó a sus brazos.

—¡Yo también me alegro de verte, mi niña! —Domenico se apartó un poco para mirarla con sumo cuidado. Tras la golpiza que le había dado Vincenzo, buscaba la más mínima señal de que le hubiera puesto la mano encima para tener una excusa de ir a buscarlo.

—No ha vuelto a hacerlo —aseguró Eleonora.

—Pero no podemos fiarnos —terció Ludovica, mientras le peinaba el cabello que se le había alborotado debajo del sombrero de paja—. Ese hombre es impredecible.

Entraron a la casa para beber limonada fresca y, evitando hablar de asuntos desagradables, se enfrascaron en una charla sobre cosas triviales. Antes de marcharse Eleonora subió a su antigua habitación. Allí, debajo de la almohada, estaba el retrato de Michele que Domenico había roto.

—Lo encontró y decidió pegar los pedazos para dártelo algún día.

Eleonora se secó las lágrimas y miró a su cuñada.

—No tenía idea…

—Creo que se le olvidó que lo había dejado allí.

—Significa mucho para mí, Ludovica… sobre todo un día como hoy. —Se había jurado que no lloraría, pero aquel gesto tan tierno de su hermano la conmovió—. Lo llevaré siempre conmigo. —Tras guardarlo en uno de los bolsillos laterales del vestido, le dio un abrazo a su cuñada—. Gracias de corazón por todo lo que has hecho por nosotros. No sé qué habría sido de Domenico si no te hubiera conocido. Eres la hermana que nunca tuve.

—Te quiero mucho, Eleonora.

—Yo también te quiero, Ludovica.

Permanecieron un rato largo abrazadas hasta que escucharon que Domenico las llamaba desde

la cocina. Bajaron con la emoción a flor de piel y cuando Eleonora le mostró el retrato de Michele, Domenico agachó la cabeza.

—Hice mal en destruirlo —admitió, apesadumbrado—. Cuando ese muchacho murió, me sentí culpable. Por eso traté de restaurar tu dibujo. Me alegra que lo tengas, nunca debí quitártelo.

Eleonora no dijo nada. Dejó que él la abrazara y Ludovica se sumó al abrazo. Ellos no lo percibieron, pero justo antes de separarse, Eleonora susurró un adiós que le salió del alma. Trató de sonreír al despedirse de ellos. Los saludó, agitando la mano con entusiasmo mientras por dentro se desmoronaba.

Se alejó de la finca con el paso cansino y los ojos llenos de lágrimas. Unos cuantos metros más adelante, se desvió del camino para ir al cementerio. Todavía le faltaba decirle adiós al amor de su vida.

El cementerio le pareció más solitario que nunca. En la melancolía de aquella tarde tan triste para ella, se sintió acompañada por el canto de los pájaros. Las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas. No tenía sentido evitarlas; necesitaba exorcizar de alguna manera el inmenso dolor que ahogaba su corazón. Dejaba todo aquello que amaba para ponerse a salvo; sin embargo, el costo era demasiado alto. Se arrodilló junto a la sepultura. Jamás podría resignarse a su muerte. No cuando sabía que Michele había sido asesinado por su causa.

—Perdóname, mi amor —susurró, acariciando la foto de Michele. Le temblaba la mano mientras deslizaba el dedo índice por sus labios curvados en una sonrisa. —Aunque esté lejos y nunca vuelva a Sorrento, jamás me olvidaré de ti. Te llevaré en mi corazón por el resto de mis días.

Una brisa leve agitó sus cabellos. Miró por encima del hombro, pero no había nadie allí.

—Michele… ¿estás ahí? —Primero fue apenas un murmullo. Aunque se encontraba sola, si alguien la escuchaba, pensaría que se había vuelto loca—. ¡Michele, quiero verte por última vez!

Los pájaros dejaron de cantar de repente y el silencio se volvió ensordecedor. Eleonora se alejó de la tumba para buscarlo. Intuía que estaba cerca. Podía sentirlo. No supo cuánto tiempo pasó recorriendo los pasillos del cementerio. La desesperación y el intenso deseo de reencontrarse con Michele impulsaban sus pasos. Agobiada, con los ojos llenos de tristeza, regresó junto a la tumba. Se dejó caer sobre la hierba y se cubrió el rostro con las manos para llorar.

De repente, sintió un calor intenso que recorrió su cuerpo de pies a cabeza. Alzó la vista y entonces lo vio. Estaba tan contenta de que hubiera escuchado su llamado que corrió hacia él para abrazarlo. Cuando llegó a su lado y trató de tocarlo, él desapareció.

—¡No, vuelve, por favor! —le suplicó, desesperada.

Él volvió a emerger de entre las tumbas y le sonrió. Eleonora permaneció quieta en su lugar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el deseo de acercarse. El miedo de que Michele volviera a dejarla sola era más grande que cualquier otro sentimiento.

—He venido a decirte adiós.

—Lo sé —respondió Michele sin dejar de sonreír.

—No quiero alejarme de ti, pero necesito abandonar Italia para poner a salvo mi vida.

—No tienes que darme explicaciones, mi amada Leonó. —Michele acortó la distancia que había entre ambos y tendió el brazo hacia ella.

Eleonora cerró los ojos cuando le acarició el rostro. Su tacto se sentía diferente. Era etéreo y tibio. Quería fundirse en él y que se la llevara a su lado… aunque eso significara que debía morir.

—No, amor mío. Tú tienes que vivir.

—¡No quiero seguir viva si ya no puedo estar contigo! —clamó ella.

Michele puso su mano en los hombros de Eleonora.

—Encontrarás un motivo para que tu corazón continúe latiendo…

—¡Sin ti, ya nada tiene sentido! ¡Yo soy la única culpable de que hayas terminado en ese sepulcro frío y oscuro!

—No, mi amada Leonó, no cargues con una culpa que no te corresponde. Estás a punto de recuperar tu libertad. No empieces una nueva vida con tu corazón anclado en el pasado. Te prometo que te espera un futuro feliz, al lado de un hombre que te amará tanto como te he amado yo.

—¡No, nunca podré volver a enamorarme! ¡Mi corazón murió contigo! ¡Está seco y vacío… nadie ocupará jamás el lugar que solo a ti te pertenece!

—En este momento de incertidumbre, es el dolor el que habla a través de ti —le dijo, mientras acompañaba sus palabras con una sonrisa.

—¿Vendrás conmigo? —Eleonora sabía que no; sin embargo, esa tarde le bastaba con escuchar de sus labios una mentira para no sucumbir a la agonía de perderlo para siempre. Porque a pesar de que sabía muy bien que el cuerpo de Michele se pudría bajo tierra, su espíritu seguía viviendo en ella. Tenerlo allí, a solo un paso de poder tocarlo, era la mayor prueba de que el amor, si era verdadero, vencía las leyes del tiempo y del espacio.

—Conoces la respuesta, amor mío. —Michele deslizó su mano hacia abajo y la dejó apoyada en el seno izquierdo de Eleonora—. Aunque ya no me encuentres cuando me busques, siempre estaré en tu corazón. Si me necesitas, solo tienes que decir mi nombre, y al cerrar los ojos me verás.

—Te amo, Michele. —Sonrió entre lágrimas y se dejó envolver por los cálidos brazos de su amado.

—Mi amor por ti es eterno, Leonó. Nunca voy a olvidarte.

Aquella promesa que pronunció Michele en voz tenue se quedó grabada a fuego en el alma de Eleonora. Él había burlado a la misma muerte y estaba allí, dándole, en un abrazo, el coraje que necesitaba para vencer el miedo a un futuro lejos de su terruño y de sus seres queridos.

Cuando abrió los ojos, Michele había desaparecido. Sintió una suave brisa soplando en su nuca. Se volteó rápidamente, con la esperanza de que siguiera a su lado…, pero él se había ido. Y lo más triste era que esta vez ya no volvería.

Eleonora suspiró profundamente y se enjugó las lágrimas. Clavó su mirada en la fotografía de Michele y luego sacó del bolsillo de su vestido el retrato que Domenico había remendado para ella. Se inclinó hacia delante y tras darle un beso, lo dejó sobre la tumba.

—Esto es tuyo, Michele. Tu sonrisa me la llevo guardada en el corazón, amor mío.

Tardó más de lo habitual en regresar a Villa Regina. Intuía que a esa hora tanto Vincenzo como Nunzio ya estarían de regreso en Sorrento. Esta vez no consiguió evitar a su suegra. Se la encontró al pie de las escaleras y al verla algo desmejorada, le preguntó qué le sucedía.

—Me duele un poco la cabeza, nada más —respondió Eleonora, pasando rápidamente junto a ella para encerrarse en su habitación hasta la hora de la cena.

—Tu esposo ya se encuentra en casa —le anunció—. Está en el despacho con Nunzio.

Eleonora se limitó a asentir. Le importaban muy poco los movimientos de Vincenzo.

—Me pidió que no te lo dijera, pero lo vi muy entusiasmado y me contó que tiene una sorpresa para ti. —Señaló hacia la planta alta con una sonrisa de satisfacción—. Lo encontrarás encima de la cama. Espero que el gesto de mi hijo sea suficiente para que entiendas lo mucho que te ama.

Ella no dijo nada. Subió de prisa las escaleras, y al entrar en la habitación descubrió que había una caja envuelta en papel brillante sobre su almohada, acompañada por una nota doblada en dos.

¿Aceptas cenar conmigo?
Esta noche quiero presumir de mi bella esposa en el mejor restaurante de la ciudad.
A las ocho en punto llamaré a la puerta de nuestra habitación… espero que lleves puesto el vestido que compré para ti. Me harías el hombre más feliz de todo el mundo.
Con amor,

Vincenzo

En cualquier otra circunstancia, en un matrimonio normal, aquella nota le hubiera parecido muy romántica. Por el contrario, lo que ella vivía al lado de Vincenzo era digno de un cuento de terror. Un cuento que esa noche, de un modo u otro, llegaría a su final.

Arrojó la nota sobre la cama y abrió la caja. Encontró un vestido de satén azul Francia, con una sola manga y la espalda al descubierto. Era bastante atrevido. Lo dobló y miró lo que había en el interior de un estuche de terciopelo negro. El collar tenía dos vueltas de pétalos de rosas blancas tallados en marfil. Miró la hora. Todavía había tiempo para decidir qué hacer. Aquella noche no era una noche más. Al día siguiente, si todo salía bien, estaría arriba de un barco,

rumbo a la Argentina.

Resolvió que lo más acertado era no contradecir a Vincenzo. Jugaría a ser esa esposa que él necesitaba mostrar a los demás. Solo debía recordar que aquel último sacrificio la llevaría a obtener la mayor de las recompensas.

EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS

Estancia Las Acacias, Pilar, provincia de Buenos Aires, abril de 1951

Rosario despertó en medio de la noche con una sensación de agobio en el pecho. Encendió la lámpara y descubrió que Débora se había levantado. Miró la hora. Eran las dos de la mañana. No tenía nada de extraño ver su lado de la cama vacía. Cuando Débora padecía de insomnio, solía vagar por la casa. Dejó la lámpara encendida y la esperó. No pudo volver a dormirse.

Saltó fuera de la cama, se puso el deshabillé y salió de la habitación. Fue a la cocina con la seguridad de que la encontraría bebiendo un vaso de leche tibia con miel y canela. Pero no estaba allí. Recorrió todas las dependencias de la casa, llamándola. Débora no respondía. Entonces recordó la visita de Teodoro Schneider y la inquietud se transformó en pánico.

Fue corriendo a la galería. La noche estaba estrellada y el silencio del campo solo era perturbado por el canto de los grillos. ¿Dónde se había metido Débora? Se apretó el lazo del deshabillé y la buscó en los alrededores. Seguramente estaba dando un paseo por el jardín. Rodeó la casa y gritó su nombre con la esperanza de que ella le contestara. Rosario se quedó petrificada cuando distinguió una figura que se movía junto a los rosales. El corazón casi se le salió del pecho al descubrir que se trataba de Débora. Estaba en el suelo y trataba de incorporarse. Corrió a su lado y cayó junto a ella.

—¡Débora! ¿Qué pasó? ¿Te has lastimado? —De uno de los parterres sobresalía un ladrillo mal colocado y pensó que se habría caído al tropezarse con él.

Débora no le respondió. Apenas era capaz de moverse. Cuando se llevó una mano al pecho y emitió un quejido de dolor, Rosario supo que no se trataba de una simple caída. La ayudó a incorporarse, pero tenía miedo de que cualquier movimiento imprudente empeorase la situación.

—¿Podés caminar?

Débora negó con la cabeza.

—Me siento mal, Rosario. Llama al doctor Miranda, por favor.

Eso fue lo último que dijo Débora antes de desmayarse en sus brazos. Media hora más tarde, la trasladaban en ambulancia a una clínica cercana.

Rosario estaba tan angustiada cuando llamó por teléfono a su hermano para avisarle lo sucedido, que Santiago tardó en comprender lo que intentaba decirle. En medio de sollozos, le contó que Débora se había desmayado y que ahora estaba en una sala de terapia intensiva,

luchando por su vida. A Santiago le tocó la ingrata tarea de darle a Isabela la terrible noticia. Dejaron a sus hijos a cargo de la niñera y partieron raudamente rumbo a Pilar para acompañar a Rosario. El pronóstico del doctor Miranda no era el mejor. La insuficiencia cardíaca atravesaba su etapa más delicada y si bien la atendían manos idóneas, nadie podía asegurar que lograría recuperarse.

En uno de los pasillos de la clínica, Isabela y Rosario compartían la misma incertidumbre. Santiago había ido a buscar café al comedor y allí estaban ambas, con la abrumadora sensación de que, de un momento a otro, Débora podía morir. Isabela llamó la atención de su cuñada con un roce de manos.

—Lamento no habértelo contado. —Ahora que la vida de su tía estaba en riesgo, aquel secreto que había guardado durante todos esos meses pesaba en su conciencia.

—Ya no importa, Isabela. No podías ir en contra de la voluntad de tu tía. Ella prefirió decírtelo a vos, seguramente porque no quería que yo me angustiara. —Rosario ahogó un suspiro—. Te confieso que cuando el doctor Miranda me habló de su enfermedad como si yo estuviera al tanto de todo, me enojé mucho. Débora no tenía derecho a esconderme algo tan grave. ¡Si lo hubiera sabido!

—Mi tía pensó primero en ti —manifestó Isabela, tratando de encontrar las palabras indicadas —. Eres la persona a la que más ama en este mundo y sé que lo último que quería era que vivieras preocupada por ella.

—Aun así, debió decírmelo. Estamos juntas, en las buenas y en las malas. —Sacó un pañuelo del bolso para enjugarse las lágrimas—. Si llega a morir…

—¡Ni siquiera lo menciones! ¡Mi tía es una mujer fuerte! —La abrazó—. Ha vivido experiencias terribles y supo seguir adelante. ¡Saldrá de este mal trance, te lo prometo!

Rosario hubiera querido ser tan optimista como ella; sin embargo, temía que todas las vicisitudes que había atravesado Débora fuesen la causa directa de que su corazón hubiera enfermado.

Santiago regresó con el café.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó él, acariciando el hombro de Isabela.

Ella negó con la cabeza.

—No hemos vuelto a ver al doctor Miranda y nadie nos dice nada —terció Rosario, poniéndose de pie.

Esa mañana, como si se tratara de una broma de mal gusto, el cielo amaneció nublado y ventoso: tan pesimista como el ánimo de los Navarro Soler. Santiago, muy a su pesar, se había marchado temprano porque tenía una reunión impostergable. Ni Rosario ni Isabela habían conseguido dormir. Las sillas de la sala de espera eran demasiado incómodas. Tomaron un café en el comedor y regresaron al área de terapia intensiva a la espera de que alguien se apiadara de ellas y les diera noticias. Al mediodía, el doctor Miranda les informó que la paciente había

sufrido un infarto, y si bien el pronóstico no era muy favorable, reaccionaba bien al tratamiento. Al final del día les permitiría estar unos instantes con ella.

Esa noche, Rosario fue la primera en entrar a verla. Tan solo un par de minutos, en donde apretó su mano y, aunque Débora estaba sedada, le susurró al oído lo mucho que la quería. Al salir se cruzó en el pasillo con Isabela y se abrazaron.

—Duerme, pero yo sé que me escucha —le dijo Rosario a su cuñada.

Cuando Isabela vio a su tía en aquella cama, sintió que el mundo se le venía encima. Con los ojos llenos de lágrimas, le dio un beso en la frente y le suplicó que no la abandonara, que necesitaba tenerla a su lado muchos años más.

*

Algunos días después…

Débora llevaba una semana ingresada y el pronóstico continuaba siendo poco alentador. La habían trasladado a una habitación común, aunque con las visitas restringidas. Gracias a la amistad de años que lo ligaba a la familia Navarro Soler, el doctor Miranda había accedido a la petición de Santiago cuando mencionó que su hermana era demasiado terca como para ceñirse a las directivas de la clínica. Rosario, incapaz de quedarse en la estancia mientras Débora permanecía en la clínica, no se separaba de su lado. Solo la insistencia de Isabela, que la obligaba a irse un rato por las tardes a la mansión para darse un baño, descansar un poco y alimentarse como era debido, había conseguido persuadirla de que ella también terminaría enfermándose si permanecía encerrada en aquella habitación.

El corazón de Débora, debilitado por una lesión que no había sido tratada a tiempo, se recuperaba muy despacio. Para evitar esfuerzos innecesarios, la sedaban por las noches. De todas formas, durante el resto del tiempo estaba tan cansada que se la pasaba dormitando. Cuando abría los ojos y se encontraba con Rosario, le sonreía y volvía a quedarse dormida. Rosario se dedicaba a dibujar. Acababan de convocarla para una exposición de arte en la ciudad de Córdoba y como tenía libertad para elegir el tema de sus cuadros, había decidido presentar una colección de retratos femeninos. Por supuesto, Débora se convertiría en su mayor inspiración. Cada día, al llegar a la clínica, se sentaba junto a la ventana por donde se colaba la luz cálida del atardecer y comenzaba a bocetar con el carboncillo.

Una tarde en la cual se había retrasado por culpa de un desperfecto en el auto, se llevó un gran susto al descubrir que la cama de Débora estaba vacía. Salió a buscar a una enfermera para indagar por su paradero, pero la mujer solo se encogió de hombros sin saber qué responderle. En el pasillo encontró al doctor Miranda. Apenas lo vio, se dio cuenta que trataba de esquivarla. Lo interceptó antes de que entrara en el ascensor y exigió saber dónde se habían llevado a Débora.

Miranda le indicó que lo acompañara. Rosario lo siguió hasta un despacho y él cerró la puerta.

—Señorita Navarro Soler, entiendo que esté nerviosa, pero no hay nada de qué preocuparse —le dijo, sonriendo con cierto nerviosismo.

—¿Dónde está Débora?

—La señora Schneider…

—¡Eiserman! —lo corrigió Rosario, furibunda.

—La señora Eiserman mostró signos de una leve mejoría durante las últimas horas.

—¡Usted mismo dijo que era muy pronto para dejarla ir a casa!

—Rosario, por favor, cálmese.

—¡Dígame dónde está! —exigió Rosario, perdiendo los estribos. Sus gritos llegaban al pasillo y una enfermera se asomó para ver si podía ayudar en algo. Ella le lanzó una mirada fulminante y la mujer se retiró, tras recibir una indicación de su jefe, dejando la puerta entreabierta.

—Donde tiene que estar, junto a su marido.

A pesar de que lo intuía, Rosario no lo podía creer.

—¿Dejó que ese hombre se la llevara? —lo increpó, furiosa.

—Le recuerdo que ese hombre es el esposo de Débora.

—¿Usted le avisó que estaba aquí?

Miranda asintió. No ganaba nada con negarlo. Conocía a Teodoro Schneider porque durante un tiempo habían coincidido en el mismo club de golf.

—¡No debió hacerlo! ¡Ese hijo de puta solo quiere lastimarla! —Rosario sintió que le temblaban las rodillas.

—Quédese tranquila, Rosario. Yo mismo he firmado el alta de su amiga. Teodoro me juró que pondría a disposición de su esposa la mejor atención y contrató a una de mis enfermeras para que la cuide día y noche. Débora todavía requiere de algunos cuidados; sin embargo, creo que el ambiente hogareño contribuirá a su recuperación.

—¿Ambiente hogareño? ¡Usted no tiene idea de lo que dice! ¡Schneider es un manipulador! ¡Si hubiera podido decidir por sí misma, ella jamás habría aceptado regresar a su casa!

—Su amiga está en las mejores manos.

—¡Débora no es simplemente mi amiga! —Rosario estaba harta de fingir—. ¡Esa mujer a la que usted dejó a merced de un criminal es el amor de mi vida! ¡Débora Eiserman es mi amante y no me importa que todo el mundo lo sepa!

Tras el exabrupto de Rosario se hizo un silencio sepulcral en el despacho. El doctor Miranda se puso pálido de repente y ella se echó a reír, nerviosa.

—No se lo imaginaba, ¿verdad? ¿O tal vez sí, pero no quería creerlo?

—No suelo entrometerme en la vida privada de mis pacientes. Yo solo cumplí con mi deber —dijo a modo de disculpa, mientras trataba de asimilar lo que acababa de escuchar—. Teodoro Schneider es el esposo de Débora y estaba en todo su derecho de llevársela.

—Usted ha sido cómplice de ese hombre y será tan culpable como él si algo malo le sucede a Débora. —Rosario se dirigió hacia la salida y antes de dejar el despacho, le lanzó una mirada helada.

Azotó la puerta y se marchó. Los que habían escuchado el altercado con el doctor Miranda la miraron con curiosidad. Algunos incluso lo hicieron con desprecio. Ella los ignoró. Se acomodó el cabello en un gesto desafiante y cruzó el pasillo con la cabeza en alto hasta desaparecer por la entrada principal.

No podía volver a la estancia sin tener noticias de Débora. Condujo hasta el Barrio Norte y se presentó en la casa de Teodoro. Estaba metiéndose en la boca del lobo y lo sabía. El exdiplomático se rehusó a recibirla y cuando la criada estaba a punto de cerrarle la puerta en la cara, Rosario logró colarse en el vestíbulo y llegó hasta el salón.

—¡Lo lamento, señor! ¡No pude detenerla!

—¡Quiero ver a Débora! —demandó Rosario, plantándose delante de él con los brazos en jarra.

Schneider le hizo señas a la criada de que los dejara solos y encendió un puro. Sopló el humo por encima de su cabeza y la miró con aire displicente.

—Estaba seguro de que vendrías. Te conozco mejor de lo que pensás, Rosario.

—¡Vos no sabés nada de mí! —retrucó ella, acusándolo con el dedo—. ¡Débora ya no es tu esposa! ¡No tiene por qué estar aquí!

—La ley me ampara, y si te ponés a pelear vas a salir perdiendo —le advirtió.

Rosario se tragó los insultos. Lamentablemente, el maldito tenía razón. Débora seguía siendo su esposa.

—Yo voy a cuidar muy bien de ella, como lo he hecho en el pasado y como debió ser siempre.

—Ella me necesita.

Schneider sonrió con ironía.

—En este momento tan delicado, Débora solo necesita dos cosas: la mejor atención médica y un lugar en donde se sienta segura.

—¿Segura? ¿A tu lado? —Rosario no podía creer la arrogancia de aquel hombre.

—No me importa lo que digas, Rosario. Es mi esposa y yo decido qué es lo que le conviene —afirmó, poniendo énfasis en el lazo que aún lo vinculaba con Débora.

Rosario se vio invadida por un intenso sentimiento de impotencia. Teodoro Schneider estaba ganando la partida y ella no quería ser la perdedora. Perder significaba, seguramente, no volver a estar cerca de la mujer que amaba. Tenía que llegar a un acuerdo con él.

—Está bien, dejaré que se quede en tu casa, pero no podés prohibirme que la vea —dijo, en un tono un poco más conciliador.

—Como comprenderás, no es algo que esté en discusión. —Teodoro aplastó el puro en el cenicero y la miró de arriba abajo con desprecio—. No soy capaz de olvidar lo que le has hecho a

mi matrimonio. Si no te hubieras cruzado en nuestros caminos, Débora jamás me habría abandonado.

—¡Yo no soy la culpable de que ella te dejara! —lo increpó, olvidándose de ser amable—. ¡Débora nunca te amó y lo sabés! ¡Si se casó con vos fue solo para poder escapar de la guerra! ¡Conmigo recuperó las ganas de amar!

Él ni siquiera le respondió. La sujetó de un brazo y la sacó a empellones del salón.

—¡Débora, mi amor, voy a venir a buscarte! —gritó, mirando las escaleras—. ¡Nada ni nadie nos va a separar! ¡Te amo!

Teodoro la arrastró hasta el porche y la soltó.

—¡No te atrevas a volver! ¡No sos bienvenida en esta casa! —Se abrió la chaqueta y rozó con el dedo índice la culata de la pistola que escondía entre sus ropas—. La próxima vez no saldrás viva.

Rosario sabía muy bien de lo que era capaz un sujeto cobarde como Teodoro Schneider; lo había comprobado en carne propia cuando contrató a dos exconvictos para que la violaran. Ahora, sin matones de por medio, se atrevía a amenazarla con un arma.

Tuvo que marcharse; sin embargo, iba a volver para recuperar lo que era suyo… aun a costa de su propia vida.

PUESTA EN ESCENA

Sorrento, provincia de Nápoles, abril de 1951

Vincenzo la miraba de una manera tan intimidante que Eleonora no podía pensar con claridad. Cuando apretó su mano y la deslizó hasta su entrepierna con disimulo, se resistió. Estaban en el asiento trasero de su automóvil, y de vez en cuando el chofer los observaba a través del espejo retrovisor.

—Vincenzo, por favor… —Aunque fuese un ruego, la seriedad que le imprimió a su voz hizo que sonara como una orden.

Él se rio y finalmente la soltó.

—Me has hecho muy feliz, Eleonora. —Recorrió con sus achispados ojos negros el hombro desnudo de su esposa y clavó su mirada en el escote del vestido.

—Estás ebrio —repuso ella, sin perder la compostura. Cada vez que Vincenzo abría la boca, su aliento a vino le provocaba un mareo. Habían brindado con el cabernet más caro que ofrecía el restaurante en su selecto menú. Eleonora necesitaba estar lúcida esa noche y apenas se había mojado los labios con el vino. Él, en cambio, había bebido más de media botella y tenía la mente embotada.

Su marido le pasó el brazo por encima del hombro y sus largos dedos le rozaron el pecho, delineando con el índice la protuberancia que se insinuaba a través de la tela del vestido. Eleonora acomodó el broche que le sujetaba el cabello en lo alto de la cabeza. Por un segundo, pensó en clavárselo en la mano para que dejara de humillarla de aquella manera. El chofer los estaba viendo y aquella exhibición obscena parecía causarle diversión.

Cuando divisó la fachada de Villa Regina, dejó escapar un suspiro de alivio. Apenas el auto se detuvo, logró abrir la puerta y salir. La brisa fresca de la noche le devolvió el alma al cuerpo. Escuchó que Vincenzo bajaba y cerraba la puerta con violencia. No lo esperó, se alejó hacia la casa a toda prisa, consciente de que él venía tras ella.

El silencio reinaba en la casona. Eran casi las once de la noche y todos dormían. Eleonora subió las escaleras y al llegar a su habitación se detuvo. Al darse media vuelta vio a Vincenzo parado en medio del pasillo. Se había quitado la corbata y llevaba los primeros botones de la camisa desprendidos. Su chaqueta había quedado en algún sitio. Sonreía y Eleonora creyó percibir un dejo de malicia en su mirada.

Antes de que tuviera la oportunidad de acercarse a ella, entró a la habitación. Estaba a punto de cerrar, pero Vincenzo le dio un empujón a la puerta y se lo impidió. Eleonora se alejó de él, buscando refugio en la terraza. Después de lo ocurrido en aquella misma habitación, tenía una única certeza: se iba a defender con uñas y dientes. Sintió su aliento a vino en el cuello y dio un respingo cuando él puso las manos en su cintura.

—¿Me has perdonado, Eleonora? —Le acarició la espalda desnuda mientras se inclinaba ligeramente sobre ella para aspirar el perfume de su cabello—. En el fondo de tu corazón, me has perdonado —murmuró quitándole el broche de la cabeza.

Los bucles de Eleonora cayeron en cascada, cubriendo sus hombros. Él los apartó hacia un lado para poder besarle la nuca. Cuando separó los labios y lamió su piel, percibió que el cuerpo de su mujer se tensaba. Sus manos se abrieron paso por el escote del vestido hasta alcanzar sus pechos. Eleonora no llevaba sujetador y los dedos de Vincenzo se cerraron alrededor de los pezones femeninos.

—¿Te gusta? —le preguntó al tiempo que apoyaba la abultada entrepierna en la parte baja de su espalda—. ¿Te das cuenta de lo que provocas en mi cuerpo? Me enciendes con un roce, Eleonora.

Ella apretó los dientes para no gritar. Hizo de tripas corazón e inclinó la cabeza hacia atrás en señal de rendición. Sujetó las manos de Vincenzo, intensificando sus caricias, y de su garganta brotó un gemido que él creyó era de placer. Entonces la obligó a darse media vuelta para apoderarse de su boca. Mientras la besaba, la fue arrastrando hacia la habitación. La soltó y se sentó en la cama. Eleonora se quedó parada frente a él, con el cuerpo temblando de miedo.

Vincenzo terminó de desabrocharse la camisa y, tras quitársela, la arrojó al suelo. Luego se deshizo de los zapatos, quedándose solo con los pantalones. La miró directamente a los ojos y volvió a esbozar la misma sonrisa perversa de antes. Ella adivinó de inmediato lo que pretendía y retrocedió unos pasos. Entonces Vincenzo se incorporó y la sujetó por las muñecas.

—Esta noche tiene que ser especial, Eleonora. —La obligó a arrodillarse sobre la alfombra y a poner sus manos en la bragueta.

Eleonora tardó en reaccionar. Como pudo, porque apenas lograba coordinar los movimientos de sus dedos, lo despojó del cinturón. Sentir su erección a través de la tela del pantalón le recordaba que estaba a un paso de convertirse de nuevo en su víctima. Trató de actuar natural, pero comenzaba a ver borroso. Por su cabeza se sucedían uno tras otro los maltratos y los golpes. Vincenzo levantó las caderas para que a ella le resultara más sencillo terminar de desnudarlo. Mientras deslizaba el pantalón muy despacio, lo miró. Percibió el brillo del deseo en sus ojos negros. Cuando cumplió con su objetivo, se puso de pie. No quería seguir; sin embargo, su integridad física estaba en juego. El reloj de péndulo del pasillo anunció con una sonora campanada que ya era medianoche. Cinco horas la separaban de la libertad. Tenía que ganar tiempo para engañar a Vincenzo.

—Ven aquí —la llamó, tendiendo el brazo hacia ella.

Eleonora se mojó los labios con la lengua y sonrió.

—Ahora me toca a mí —dijo, bajándose el vestido. La delicada tela cayó al suelo, dejándola solamente con las bragas y los zapatos de tacón. Se odiaba a sí misma por lo que estaba haciendo. Esa noche él la había tratado como a una puta, y ahora se comportaba como una.

Sintió asco cuando Vincenzo recorrió su cuerpo con mirada lasciva. ¿Qué esperaba de ella ahora que se encontraba casi desnuda frente a él? No tardó en averiguarlo.

Vincenzo se levantó de la cama y de un solo tirón le arrancó la ropa interior. Aunque solo se trataba de una prenda de vestir, Eleonora se sintió más vulnerable que nunca. Apartó la vista cuando él se bajó los calzoncillos. Entonces la tomó por sorpresa y la arrojó sobre la cama.

Se quedó quieta mientras Vincenzo recorría su cuerpo con la boca y las manos. Volteó el rostro y se encontró con su imagen en el espejo. ¿Llegaría hasta las últimas consecuencias con tal de allanar el camino para huir de Villa Regina? Ignoraba la respuesta. Comprendió dolorosamente que el sacrificio para obtener su libertad era demasiado grande. Cerró los ojos porque no sabía hasta dónde sería capaz de soportar. Los intensos jadeos de Vincenzo la aturdían. Probó llenar su mente de recuerdos bonitos, pero simplemente no lo logró. Esta vez sentía que estaba ensuciando la memoria de Michele. El tiempo parecía más lento. Entonces, de repente, la habitación se sumió en un extraño silencio y el cuerpo de Vincenzo cayó pesadamente sobre ella.

Eleonora abrió los ojos. A través del espejo, vio que él se había quedado dormido. Cuando empezó a roncar, contuvo el aliento hasta que el aire dejó de entrar en sus pulmones. Luego, exhaló profundo. La botella de cabernet había sido su aliada. No supo precisar cuánto tiempo pasó hasta que decidió que debía salir de aquella cama antes de que Vincenzo despertara. Lo hizo con movimientos lentos y pausados. Tenía medio cuerpo aprisionado debajo del torso de su esposo. Inerte, él pesaba mucho más y le costó quitárselo de encima. El cuerpo de Eleonora se paralizó cuando Vincenzo murmuró su nombre. Esperó hasta que volvió a escuchar sus ronquidos. Se armó de valor y, sujetándolo del hombro, lo empujó hacia un lado. Retrocedió hasta alcanzar el borde de la cama. Mientras bajaba las piernas, no apartó la vista de él ni un instante. Se incorporó y lo cubrió con las sábanas. Luego, se vistió de prisa con la falda y la blusa de algodón que había dejado preparadas más temprano. Se calzó unas sandalias de tacones bajos y se alejó de la cama para echarse en el sofá. Faltaba mucho todavía para irse y su prioridad era evitar que Vincenzo abriera los ojos. Apagó la luz de la lámpara y se acurrucó debajo de una manta, con la cabeza apoyada en un cojín. Necesitaba descansar. Al día siguiente le aguardaba la travesía más importante de su vida.

*

Unas horas más tarde…

Un relámpago estalló en el cielo, iluminando la noche en Villa Regina. Eleonora se despertó sobresaltada. A través de la ventana entreabierta escuchó la lluvia. Encendió la lámpara. Con la mente algo confusa todavía entre sueño y realidad, tardó en enfocar su atención. Un bulto se movía en la cama. Vincenzo dormía, pero podía despertarse de un momento a otro. Ya no se encontraba en el mismo sitio que ella lo había dejado. Se había destapado y yacía de costado, con la cabeza descansando sobre una de las almohadas. Así, desnudo y dormido, era el hombre más vulnerable del mundo, pero no dejaba de ser un monstruo.

Afuera, la tormenta seguía arreciando. La espesa cortina de agua impedía distinguir más allá de los límites de Villa Regina. Eleonora abandonó la seguridad del sillón y se acercó a la cama. Las agujas doradas del reloj antiguo que doña Concetta había dejado en la mesita de noche de su hijo señalaban que habían transcurrido veinte minutos desde las cuatro de la mañana. Miró a Vincenzo. Unos mechones de cabello negro ensortijado le caían sobre la frente. Tenía los labios separados y sus párpados se movían. Era un hombre sumamente atractivo, capaz de encandilar a cualquier mujer, si bien a ella le había reservado su lado más cruel y lo único que le inspiraba era terror.

Se arrodilló sobre la alfombra para buscar la maleta que había escondido el día anterior. La dejó junto a la puerta, y al levantar la cabeza descubrió que la imagen de Vincenzo no se reflejaba en el espejo. Cuando se dio media vuelta, él estaba de pie junto a la cama. La miró a los ojos y a Eleonora se le heló la sangre. Trató de evitar que viera la maleta, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, mientras se ponía los pantalones a toda prisa.

Ella no le respondió. En su mente repasó por enésima vez los movimientos: tomar la maleta, abrir la puerta y salir corriendo. No podía pensar en nada más. Con Vincenzo borracho y dormido, aquel plan de fuga era pan comido… Ahora, él estaba despierto y era peligroso.

—¡No vas a huir de mí, Eleonora! —la amenazó. En tan solo un par de zancadas acabó con la distancia que los separaba y la agarró del brazo.

Eleonora pidió auxilio, pero su grito fue sofocado por los truenos. A pesar de que intentó defenderse, Vincenzo logró dominarla fácilmente. Lo pateó y aprovechó el filo de sus uñas para arañarle el pecho. No fue suficiente: Vincenzo la sujetaba del cuello y a Eleonora le costaba respirar. El aire se le escapaba por la boca. Iba a morir. Lo vio en el brillo siniestro de sus ojos.

—¿Qué voy a hacer contigo, maldición? —bramó mientras seguía apretando su garganta.

De repente, él la levantó unos cuantos centímetros al ras del suelo y la arrojó por encima de la cama con tanta fuerza que el cuerpo de Eleonora voló hasta el otro extremo de la habitación. Su cuerpo aterrizó junto a la cómoda. Tomó una gran bocanada de aire y trató de levantarse. Le dolía tanto la espalda que creyó que le había roto una costilla.

Vincenzo, dominado por la furia y el alcohol, se abalanzó de nuevo sobre ella, y allí mismo, en aquel rincón, volvió a posar sus manos en el cuello de Eleonora. Apretó su garganta ejerciendo cada vez más presión mientras ella intentaba apartarlo, clavándole las uñas rotas en los brazos.

Los ojos de Eleonora se abrieron, desesperados. Incapaz de gritar, suplicó en silencio por su vida.

—¡Eres mía, Eleonora! ¡Mía! —le gritó.

Eleonora se resbalaba con la alfombra y en algún momento, mientras sus piernas se movían por causa de los espasmos, perdió los zapatos. Los brazos fueron los primeros en caer laxos a un costado de su cuerpo. Se rendía frente a la muerte.

Esa noche, de una manera u otra, sería libre por fin.

El llanto que inundaba sus ojos le impedía distinguir los objetos a su alrededor, pero cuando pudo alzar un poco la cabeza, vio sobre el tocador la estatua de Vesta, la diosa romana del hogar. Era una pieza de mármol que habían recibido como regalo de bodas. Con las pocas fuerzas que le restaban, levantó el brazo izquierdo y alcanzó a tomarla por la parte de abajo.

El primer golpe no lo detuvo. Con el segundo, Eleonora consiguió que las manos de Vincenzo dejaran de apretar su garganta. El siguiente provocó un ruido seco al chocar con su cabeza. Él la miró, desconcertado, y ella continuó golpeándolo. Una vez, y otra… y otra más, hasta que Vincenzo se desplomó hacia atrás.

La sangre estaba por todas partes. En sus manos, en la ropa y en el pelo. Eleonora dejó caer la estatua de Vesta cuando comprendió lo que acababa de hacer. Trató de incorporarse, pero sus pies desnudos se resbalaban en aquel charco rojo que iba cubriéndolo todo a su alrededor. Apartó la mirada del hombre que yacía a su lado, con un agujero en la cabeza. Se quitó un mechón de cabello del rostro y pudo sentir cómo la sangre tibia de él se deslizaba por una de sus mejillas y se depositaba en su boca. El sabor metalizado le provocó náuseas y se retorció hacia un costado hasta que su estómago quedó vacío. Llovía con intensidad. El ventanal que daba a la terraza estaba abierto y las cortinas cedían a la fuerza del viento que las arrastraba hacia adentro sin piedad.

Un aire helado inundó la habitación; sin embargo, ella no tenía frío. Se sujetó del borde del tocador y consiguió levantarse. Vincenzo no se movía. Cerró los ojos, pero sabía que cuando los volviera a abrir, él seguiría allí. En su mente, aquella escena dantesca no iba a desaparecer nunca.

No quería matarlo… tampoco morir en sus manos.

Se quitó la alianza de matrimonio de un tirón y la arrojó al suelo. El anillo rodó hasta caer debajo de la cama.

Eleonora buscó los zapatos y se los puso. No se dio cuenta de que la sangre de Vincenzo los había salpicado. La maleta estaba en su sitio. Le temblaban tanto las manos que se le cayó dos veces. Salió de la habitación sin mirar atrás y cerró la puerta. El ruido de la lluvia amortiguaba

sus pasos y pudo bajar las escaleras a toda prisa. Al pasar por el vestíbulo descubrió que ya eran casi las cinco de la mañana. Su tía la estaría esperando junto al puente. Tenía un largo trecho hasta el punto de encuentro y el clima le jugaba en contra. Aun así, nada la detendría, ni siquiera la rabia de un hombre que había estado a punto de estrangularla. Atravesó el patio raudamente, cubriéndose la cabeza con la maleta para protegerse de la lluvia. Llegó hasta la entrada principal de Villa Regina y algo la obligó a darse media vuelta.

Una silueta se recortaba contra una de las ventanas de la planta alta. Era la habitación de su cuñado. Lo vio apartar la cortina y deslizar la mano por el cristal mojado.

¿La estaba saludando? Eleonora tragó saliva. Si Nunzio Gentile salía tras ella, todo estaba perdido. Él no se movía, solo permanecía detrás de la ventana, observándola a la distancia.

Con el alma pendiendo de un hilo y el miedo atenazándole las entrañas, Eleonora huyó de Villa Regina bajo una lluvia torrencial. Ya no era solo una mujer que acababa de dejar a un esposo violento. Esa desapacible madrugada de primavera, Eleonora Ferrara abandonaba definitivamente su amada Italia como una asesina.

NOCHE DE PESADILLA

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, abril de 1951

Era de noche; una tormenta feroz caía sobre Buenos Aires. Francisco estaba inquieto; se removía en su litera, tratando de encontrar la mejor posición para conciliar el sueño. Era imposible. El sonido de la lluvia contra el techo retumbaba en cada rincón de su celda y se metía en su cabeza, azotando su mente de recuerdos turbios y dolorosos. Debajo de la almohada guardaba la fotografía que había encontrado Isabela en el altillo de la mansión. La sacó y la apoyó contra el corazón, que latía a un ritmo vertiginoso. Cerró los ojos y se aferró a aquel pedazo de cartón como si fuera su única salvación. No podía desahogarse con el Lobo; jamás lo entendería. Mientras él abrazaba la fotografía de su madre, su compañero de celda, que se jactaba de haber tenido amantes desde que había empezado a llevar pantalones largos, poseía una colección de fotografías y recortes de revistas en los que aparecían mujeres hermosas, con ropa sugestiva y miradas que invitaban a la lujuria. El Lobo decía que adoraba a sus “chicas de papel”, y aunque algunas de ellas eran actrices reconocidas de la escena nacional, les cambiaba los nombres y eso, según él, las hacía exclusivamente suyas.

Francisco cerró los ojos cuando un trueno bramó a lo lejos. Le temblaba todo el cuerpo. Ese temor irracional que invadía su ser ante cada tormenta lo dejaba indefenso. Revivía, una y otra vez, a ese niño que una tarde lluviosa de noviembre había encontrado a su madre desangrándose en la bañera. Se dio media vuelta y clavó la mirada en el ventanuco abierto. Un relámpago iluminó la celda. Creyó ver una sombra que se movía por las paredes. Cuando la oscuridad lo engulló con su manto negro, volvió a cerrar los ojos. No quería descubrir si realmente había algo siniestro en su celda, o solo se trataba de su mente jugándole una broma macabra. Mientras afuera la lluvia continuaba, cayó en un sueño profundo.

Hacía calor y el libro de cuentos que estaba leyendo era aburrido. Lo abandonó sobre la alfombra para ir en busca de sus hermanos. Santiago planeaba estudiar para un examen de matemáticas y Rosario se encontraba en la casa de una de sus amigas. Solo quedaba Pedrito. Lo buscó en su habitación y la niñera le hizo un gesto con el dedo, indicándole que guardara silencio.

—Pedrito acaba de dormirse. Vas a tener que volver más tarde —le dijo.

Molesto y aburrido, Francisco salió al patio y jugó un rato a la pelota. Se cansó enseguida. No tenía ninguna gracia patear el balón sin un oponente que intentar quitárselo. Frustrado, le dio un puntapié tan fuerte a la pelota que terminó derribando uno de los rosales favoritos de su madre. Si se enteraba de aquella travesura lo regañaría, y con razón. Se acercó para tratar de enmendar el desastre antes de que alguien lo viera. Acomodó el tallo roto y lo cubrió con los demás, así quedaba oculto. La maniobra era inútil. Bastaba que doña Irene se pusiera a trabajar en el jardín una tarde para descubrir lo sucedido. Miró hacia la casa. Todo estaba tranquilo. Con suerte, nadie lo había visto. Abandonó la pelota debajo de uno de los bancos cerca de la pérgola y corrió a la cocina. El ama de llaves, que sentía cierta predilección por él, lo mandó a lavarse las manos y lo consintió con una taza de chocolate caliente y dos rosquillas de anís que la cocinera acababa de sacar del fuego. Le preguntó qué estaba haciendo y Francisco mintió. Si no lo había visto cometer el pecado, él no iba a ponerse en evidencia. Con el estómago lleno y las mejillas sonrojadas, salió de la cocina en busca de una nueva aventura. Le dieron ganas de seguir leyendo, pero decidió empezar un libro nuevo. Buscó el que había abandonado para regresarlo a su sitio y se dirigió al despacho de su padre. Allí guardaba una gran colección de historias de aventuras.

Se detuvo frente a la puerta entreabierta cuando escuchó la voz de su madre. Estaba hablando por teléfono. Se giró sobre los talones para volver más tarde; pero lo que dijo su madre justo en ese momento lo dejó petrificado en medio del pasillo.

—¡Él está muerto! ¡No hice nada para evitarlo y eso me va a perseguir el resto de mi vida!

Francisco comenzó a alejarse y la voz angustiada de su madre se fue apagando de a poco. Bajó las escaleras corriendo. El corazón le saltaba dentro del pecho y un zumbido intenso le aguijoneaba los oídos. Dos manos fuertes lo sujetaron por los hombros y lo obligaron a detenerse.

—Fran, ¿qué pasa? ¿Por qué estás tan asustado?

Él no respondió. No le salían las palabras.

Francisco abrió los ojos y se topó con el rostro desencajado de su compañero de celda. Miró a su alrededor. Ya no llovía, pero soplaba el viento.

—¿Estás bien, Panchito? —El Lobo hizo que se sentara en el catre. Al hacerlo, la fotografía de su madre voló hasta el suelo. Se agachó para tomarla y se la devolvió—. Debió ser una pesadilla bastante fulera…

—No me acuerdo de nada.

—¿Conocés a una mujer llamada Gertrudis?

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Por qué lo preguntás?

—Porque justo antes de que despertaras, gritaste su nombre.

*

Sorrento, provincia de Nápoles, abril de 1951

Cuando Eleonora y Assunta llegaron a la casa de la modista, milagrosamente paró de llover. Entraron a toda prisa para evitar que algún vecino madrugador pudiera verlas y se encerraron en el cuarto de costura. La dueña de casa encendió la luz y arrimó las cortinas.

—Nadie nos siguió, puedes quedarte tranquila. —Assunta la ayudó a desvestirse y le alcanzó una toalla para que se secara el cabello. Cuando se agachó para levantar la ropa mojada, vio que tenía los zapatos sucios. Se dio cuenta de que no era solo barro. Una sustancia pegajosa cubría la parte del empeine—. ¿Qué es eso?

Eleonora no pudo responderle. Inclinó la cabeza hacia abajo y comenzó a balancearla hacia ambos lados mientras sus manos se cerraban en un puño.

—¡No quise hacerlo, tía! ¡Se lo juro! —Los sollozos fueron acompañados por unos violentos estertores que la dejaron al borde del colapso. Le contó lo que había pasado con Vincenzo, y al revivir todo aquello se sintió desfallecer.

Assunta Barbieri siempre había temido que algo así sucediera; sin embargo, no podía permitir que su querida sobrina se derrumbara. La necesitaba más fuerte que nunca para subirse a ese barco que la sacaría definitivamente de Italia. La sujetó de la barbilla, obligándola a levantar la cabeza.

—Lo que pasó esta noche en Villa Regina debe quedar enterrado para siempre en el pasado, Eleonora. ¿Me has entendido?

La joven asintió. Assunta le sacó las sandalias y las arrojó al interior de la estufa para que se quemaran. Abrió la maleta y hurgó entre las pertenencias de su sobrina.

—Te voy a prestar unos zapatos viejos. Los que llevas no concuerdan con la imagen de una religiosa. —La dejó sola y volvió unos segundos después con lo prometido—. Mis pies son un poco más grandes que los tuyos, pero vamos a rellenar los zapatos con unos trapos viejos.

Eleonora trató de olvidar lo que había hecho, pero le costó sobreponerse. Mientras permaneciera en suelo italiano, corría el riesgo de ser detenida. Nunzio la había visto escapar. Cuando encontrara el cuerpo de su hermano, todo el mundo sabría que ella lo había asesinado.

—Escúchame bien, querida. Paolo no puede saber nada de lo que pasó. Dejaremos que se entere cuando volvamos de Nápoles y tú ya estés segura, arriba de ese barco que te llevará rumbo a Buenos Aires. —Le acomodó la toca religiosa y al hacerla girar para que se mirara en el espejo, le sonrió—. Empieza una nueva vida para ti, Eleonora… perdón, quise decir, hermana María.

Eleonora contempló su imagen en silencio. No fue capaz de esbozar una sonrisa.

—¿Estás lista? —La mujer miró a la calle a través de la cortina. Dentro de nada, el día

empezaría a clarear. Bajaron al salón y le dijo a su sobrina que esperara. Abrió el cajón de un armario y puso en la mano de Eleonora una estampita religiosa—. Para que te proteja, ahora y siempre. Está bendecida por el padre Simone y sé lo devota que era tu madre de San Genaro.

La joven dejó la maleta en el suelo y se arrojó a sus brazos.

—¡Gracias, tía querida! ¡No sé qué habría hecho sin usted!

Assunta, emocionada, guardó la estampita en el bolsillo del hábito y se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Debemos irnos —anunció, soltando un suspiro.

Salieron y cruzaron la calle a toda prisa. La ciudad todavía no había despertado y el viento que bajaba de las montañas ya ahuyentaba la tormenta. Se subieron al auto y sin perder más tiempo partieron rumbo al puerto de Nápoles.

Eleonora le decía adiós para siempre a lo único que conocía. Le aguardaba una vida nueva, al otro lado del mundo, lejos de su familia. En su interior se conjugaban la esperanza y el miedo; la necesidad de escapar del infierno y el deseo intenso de alcanzar la felicidad.

Estaría sola, en una ciudad de la que no sabía absolutamente nada.

Buenos Aires… Se permitió esbozar una tímida sonrisa.

Buoni arie.

Lo repitió muchas veces en su cabeza. Al menos el nombre auguraba cosas benévolas.

EL HIJO OBEDIENTE

Sorrento, provincia de Nápoles, abril de 1951

Nunzio no se dejaba arrastrar por las emociones; sin embargo, esa madrugada estaba casi al borde del colapso. Todavía escuchaba los gritos de su madre cuando encontró a Vincenzo en su habitación, en medio de un baño de sangre. Le había costado separarla de su lado. Concetta se aferraba al cuerpo inerte de su hijo, como una loba que no quería soltar a su cachorro. El dolor de madre fue transformándose en odio y solo había lugar para la venganza. Y para cumplir sus órdenes, una vez más, estaba su hijo mayor.

No sentía pena por Vincenzo; él se lo había buscado. Lo que había sucedido después era lo que le corroía las entrañas. Le angustiaba no conocer el paradero de su cuñada. No concebía la idea de no volver a ver a Eleonora. Quizá por esa razón iba hacia la finca de los Ferrara para cumplir con la misión que le había encomendado su madre. Condujo con la certeza de que terminaría encontrando a Eleonora. Y cuando ese momento por fin llegara, le tocaría tomar una decisión: seguir las órdenes de doña Concetta o los deseos de su corazón.

Era temprano, incluso para un hombre como Domenico Ferrara. Seguramente lo encontraría todavía en la cama. Mejor así. Detuvo el auto lejos de la casa para evitar que advirtieran su llegada. Cerciorándose una vez más de que la pistola estuviera lista para disparar, la enfundó en su cintura.

Bajó del auto y oteó los alrededores. Fue acercándose por la parte de atrás y vio que la ventana de la habitación de Eleonora ya no estaba tapiada. Se le aceleró el pulso mientras sorteaba la distancia que lo separaba de la casa. Espió a través del cristal. La cama se encontraba perfectamente ordenada. Rodeó la propiedad y se plantó frente a la entrada. Sacudió el picaporte con violencia hasta que terminó por romperlo. Ingresó a la casa y cerró la puerta tras de sí. El único ruido era el repiqueteo acompasado de las agujas de un reloj de madera que señalaba las seis y cuarenta minutos. Como había imaginado, los Ferrara no se habían levantado aún. Desenfundó la pistola y avanzó en dirección hacia una puerta que permanecía cerrada. Estaba seguro de que era la habitación matrimonial. De una patada abrió la puerta y empuñó la pistola a la altura de sus hombros.

Domenico Ferrara se incorporó de inmediato al ver que Nunzio Gentile le apuntaba con un arma. Cualquier intento de ponerse a salvo fue inútil. Disparó dos veces. Dos tiros certeros que

dieron de lleno en el pecho del agricultor. Su cuerpo cayó hacia atrás mientras su esposa gritaba de espanto.

—¡No, por favor, no lo haga! —Ludovica se levantó y corrió hacia la ventana. La bala la detuvo en seco cuando le perforó la espalda. Quedó tendida en el suelo, con los brazos en cruz.

El verdugo se acercó a la cama. Domenico Ferrara aún respiraba. Tal vez podía obtener de él algo de información que le indicara dónde se encontraba Eleonora. Lo sujetó de la nuca y levantó su cabeza. Tenía los ojos abiertos, pero ya no veían. Un profuso hilo de sangre brotaba de su nariz.

—¡Dónde está tu hermana! —Le dio una bofetada para hacerlo reaccionar.

Domenico no podía contestarle. Se debatía entre la vida y la muerte.

—¡Necesito encontrarla! ¡Mi madre quiere que pague por haber asesinado a Vincenzo! —Vio que Ferrara trataba de decir algo. Se agachó sobre él para tratar de escucharlo.

—Me… muero contento. —Domenico sonrió—. Finalmente… mi pequeña… logró destruir al monstruo.

Nunzio se quedó mirándolo mientras los estertores de la muerte sacudían el cuerpo de Domenico. Cuando dejó de respirar, le cerró los ojos. Fue hasta donde yacía Ludovica para asegurarse de que estuviera muerta. Salió de la habitación y cerró la puerta. Luego se dirigió al establo para buscar una lata de gasolina. Regresó y roció las paredes de la casa. Tenía que eliminar cualquier rastro de su presencia. Arrojó la lata vacía y amontonó un poco de paja seca junto a la puerta. Sacó un cerillo y lo encendió. En cuestión de minutos, la finca de los Ferrara se convirtió en un infierno. Tras alejarse a toda prisa, subió al auto. No se marchó de inmediato; permaneció contemplando su obra.

No le llevaría a su madre la cabeza de su nuera, pero al menos le habían arrancado de cuajo a su única familia. Esperaba que eso fuera suficiente para que Concetta dejara de buscar venganza.

Él jamás podría lastimar a Eleonora. Y si alguien lo obligaba a quitarla del medio, prefería pegarse un tiro antes que acabar con su vida. ¿Acaso eso era amor?

*

Assunta se dio cuenta de que había ocurrido algo serio cuando vio dos autos de la policía estacionados al borde del camino que llevaba a la finca de los Ferrara. Aceleró el paso. Al ver la carroza de los bomberos, sus temores más profundos se hicieron realidad. Corrió entre la muchedumbre agolpada y se encontró con una escena terrible: la casa de los Ferrara estaba reducida a cenizas. Quiso acercarse más para saber qué había pasado y un oficial la detuvo.

—¡Por favor, soy amiga de la familia! ¿Dónde están Domenico y Ludovica?

Un sargento de sonrisa afable y voz queda la sujetó de los hombros.

—¿Cómo se llama?

—Soy… soy Assunta Barbieri. Trabajo como modista. Los Ferrara son como mi familia. —Estaba llorando—. ¿Qué ocurrió?

—Señora Barbieri, lamento informarle que hemos hallado dos cadáveres en una habitación. Uno de los trabajadores de la finca lindera identificó los cuerpos…

—¡No, no! ¡No puede ser!

El sargento tuvo que sostener a Assunta para que no se cayera al suelo.

—Lo lamento mucho, de verdad.

Assunta sentía que la cabeza le daba vueltas. El fuerte olor a humo se metía en sus pulmones. Apoyó una mano en su pecho. Después de que Eleonora le confesara lo que había tenido que hacer para escapar de Vincenzo Gentile, sabía que su familia buscaría venganza. Habían asesinado a Domenico y a su esposa… Estaba segura de que ella sería la próxima víctima.

*

Al día siguiente…

La conmoción estalló en Sorrento. Vincenzo Gentile estaba muerto. La versión oficial divulgada por la policía aseguraba que el capo de la Camorra en Sorrento había recibido un tiro fatal cuando salía del casino junto a su esposa, a medianoche. Según las fuentes consultadas, les habían tendido una emboscada. Se hablaba de un capo rival que pretendía quedarse con algunos de sus negocios, e incluso se rumoreaba que su muerte estaba relacionada con un asunto de faldas. Sin embargo, los que conocían a la joven esposa de Vincenzo se rehusaban a creer esa versión. Además, Gentile llevaba solo un par de meses de casado y la belleza de Eleonora Ferrara hacía dudar que pudiera haber puesto los ojos en alguien más. Ahora él estaba muerto, y ella desaparecida.

El poder de los Gentile aceleró los trámites judiciales. Atendiendo al pedido desesperado de doña Concetta, al cuerpo de Vincenzo no se le practicó un examen *post mortem*. El juez, viejo amigo del padre del difunto, permitió que se celebrase el funeral dos días después de los hechos.

El féretro permaneció sellado en todo momento. Todos entendían que era demasiado doloroso para una madre ver el rostro de su hijo destrozado de aquella manera. También se decía que tenía marcada una cruz en los labios, firma inconfundible de aquellos que castigaban a los que, con una palabra de más, habían deshonrado a la Camorra. Fue enterrado en el panteón familiar, junto a su padre, en una mañana gris y lluviosa. Como era de esperarse, el cementerio se vio colmado de dolientes y curiosos que se acercaron para darle el último adiós a un hombre temido por muchos y respetado por pocos.

Esa misma noche, Nunzio se encontraba encerrado en el despacho con un vaso de whisky en la mano y la ropa desordenada. No sentía pena por lo ocurrido con Vincenzo y eso era como una

espina que se enterraba en su corazón. ¿De qué estaba hecho? Era su hermano, sangre de su sangre. Lo había salvado de morir en la guerra y ahora ni siquiera podía echarlo de menos.

Doña Concetta entró al despacho sin llamar y ocupó la butaca frente a él.

—La muerte de los Ferrara no es suficiente para vengar a mi hijo —sentenció—. Necesito que encuentres a Eleonora y la traigas ante mí. ¡No quiero que pague en la justicia, Eleonora tiene que pasar por mis manos… o las tuyas, pero terminará pagando por lo que hizo!

El hombre guardó silencio. No tenía caso discutir con ella.

—Ve a ver a la modista que le confeccionó el vestido de bodas. Eran muy unidas; es probable que sepa dónde se ha escondido esa rata.

Nunzio ya había pensado en esa posibilidad, pero no se decidía a ir hasta su casa por temor a encontrar allí a Eleonora y no poder defenderla del odio de su madre.

Se marchó al anochecer. Assunta Barbieri vivía sola desde hacía mucho tiempo, si bien corrían algunos rumores de que un hombre la visitaba de vez en cuando. Esperaba que no decidiera aparecerse precisamente esa noche. Optó por llevarse el auto de Vincenzo y le costó disimular el placer que le provocaba pavonearse por la ciudad como si siempre le hubiera pertenecido. Ahora que Vincenzo no estaba, su puesto dentro de la Camorra le correspondía a él.

Al llegar a la plaza central se desvió hacia una de las calles laterales. La casa de la modista se encontraba a la vuelta de la esquina y prefería estacionar unos metros más adelante por si alguien se percataba de su presencia. Llevaba una pistola cargada, aunque esperaba no tener que usarla. Se caló el sombrero, bajando el ala para cubrirse el rostro, y avanzó con las manos en los bolsillos del pantalón. El frío reinante hacía que hubiera poca gente en los alrededores. No vio ningún automóvil frente a la casa de Assunta Barbieri. O era mentira que había un amante secreto o esa noche no le tocaba visitarla.

Subió los escalones y llamó a su puerta. Una luz en la ventana indicaba que aún no se había acostado. Como no recibió respuesta, volvió a tocar, esta vez con un poco más de insistencia.

Escuchó pasos al otro de la puerta y vio que habían movido la mirilla.

—Señora Barbieri, necesito hablar con usted. —Apoyó la mano en la pared y esperó.

—Es muy tarde, señor Gentile. ¿Por qué no vuelve mañana? —sugirió la modista.

Nunzio le sonrió y bajó la mano para mostrarle la culata de su pistola.

—Abra, Assunta. No hagamos esto más difícil.

Aunque no había un tono amenazador en sus palabras, su sola presencia imponía temor.

La mujer se persignó antes de abrir la puerta.

—¿Qué busca? —Trató de sonar serena, pese a que Nunzio sostenía la pistola en la mano.

—Lo sabe muy bien —replicó él. Acariciando el cañón del arma con los dedos.

—Si vino hasta aquí para preguntar por mi sobrina, pierde su tiempo. No sé dónde está; y si lo supiera, tampoco se lo diría —afirmó, dispuesta a mantener el paradero de Eleonora en secreto.

—Usted es la única persona que pudo ayudarla a escapar. Su familia no sabía nada de lo

ocurrido cuando fui a buscarla en la finca. Domenico estaba realmente sorprendido de que Eleonora hubiera tenido el valor de abandonar a mi hermano.

Assunta lo miró indignada. Hablaba de los Ferrara con tanta frialdad que daba pánico solo pensar en sus últimos momentos en manos de aquel asesino despiadado.

—¡Es usted un asesino! ¡Eleonora siempre lo supo y su propia familia no le creyó!

Nunzio se sentó junto a ella y le apuntó con la pistola en la garganta.

—Dígame dónde está y tal vez lo piense antes de resolver si la mato o la dejo con vida.

Cuando Assunta trató de levantarse del sofá, Nunzio se lo impidió. La empujó hacia atrás y ahora el cañón del arma estaba a la altura de su sien izquierda.

—¡Hable o tendré que tomar medidas extremas! —la amedrentó.

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—¡Va a matarme de todos modos! ¡Antes que decirle dónde está mi sobrina, prefiero irme con el secreto a la tumba! —Se mostró temeraria, pero por dentro estaba aterrada.

Nunzio sonrió. No sabía si aquella mujer era tonta o estaba tratando de engañarlo. Bajó la pistola hasta apoyarla en su nuca.

—Última oportunidad, Assunta. ¿Dónde se esconde Eleonora?

Assunta Barbieri se mordió los labios. Iba a morir. Lo había intuido desde el mismo momento que vio la casa de los Ferrara derrumbarse en el incendio. Aun así, jamás pondría en riesgo la vida de su querida sobrina. Volteó la cara y rezó en silencio.

Nunzio retiró el arma. La había llevado consigo para amenazarla. Obviamente, no podía acabar con ella de un disparo. Sería demasiado ruidoso y sucio. Por eso la guardó otra vez en el bolsillo del pantalón.

Assunta no lo podía creer. ¿Acaso iba a perdonarle la vida? ¡Cuán equivocada estaba!

Nunzio se arrojó encima de ella y le apretó el cuello hasta que el aire dejó de entrar a sus pulmones. La miró a los ojos mientras la estrangulaba. Justo antes de que la pobre mujer exhalara su último suspiro, él le regaló una sonrisa macabra.

El cuerpo laxo de la modista quedó tendido sobre el sofá. Nunzio buscó una manta y la cubrió para no mirar su rostro azulado. Comenzó a esculcar en cada mueble, en cada cajón. En algún lugar de aquella maldita casa debía haber un dato que lo llevara hasta Eleonora. Revolvió todo, desparramando papeles y telas por el suelo. No encontró nada. Decidió subir a su habitación. Allí fue directamente al armario. Sacó la ropa y revisó cada una de las cajas que halló en un compartimento en la parte superior. Estaba a punto de desistir cuando se topó con un manojo de cartas atadas con un lazo amarillo.

La destinataria era la modista. Al leer el remitente, descubrió que las misivas provenían de Argentina, de un lugar llamado La Boca. Quitó el lazo y las leyó. La que escribía, contándole de su nueva vida al otro lado del océano, era su hermana Beata. La última carta estaba fechada en noviembre de 1950 y no se mencionaba el nombre de Eleonora; sin embargo, su intuición le

decía que aquel país podía ser el lugar elegido por ella para empezar una nueva vida. Se llevó las cartas para mostrárselas a su madre. Seguramente se le ocurriría algo para averiguar si en verdad Eleonora había huido de Italia hacia la Argentina.

Si Eleonora se escondía en aquel país lejano, iría a buscarla. Aunque le fuera la vida en ello, Nunzio Gentile juró que no se detendría hasta encontrarla y llevarla de regreso a Sorrento.



UNA ITALIANA EN LA BOCA

Barrio de La Boca, Buenos Aires, mayo de 1951

A Eleonora casi le da un síncope cuando al abrir los ojos se encontró con tres niños arrodillados junto a su cama. La larga y tediosa travesía la había dejado exhausta. Tras ser recibida en el puerto por Armando Parodi, el cuñado de su tía Assunta, había llegado a aquella vivienda humilde en un barrio de casas de chapa adosadas, conocido como La Boca. Estaba cerca del puerto y, de alguna manera, le trajo reminiscencias de Nápoles.

La instalaron en una habitación destinada a guardar los cachivaches que estorbaban en la casa. Con tres niños, ni el espacio ni el dinero sobraban. Armando Parodi trabajaba como estibador en el puerto, mientras que Beata, además de dedicarse al cuidado de sus tres criaturas de cuatro, seis y nueve años, hacía trabajos de lavado y planchado de manteles para algunos restaurantes de la zona.

Nadie se atrevió a preguntarle a Eleonora por qué llevaba hábito al bajar del barco y tampoco por qué se lo había quitado apenas tuvo la ocasión de hacerlo. Beata sabía muy poco de ella, su hermana solo le había contado que necesitaba salir de Italia con urgencia y era su deber ayudarla.

Eleonora se incorporó en el camastro y los pequeños se pusieron de pie. Eran tres varones de cabello rizado color azabache. Se llamaban Luigi, Davide y Giorgio. Cuando abrió la boca para darles los buenos días, los tres salieron corriendo como alma que lleva el diablo. Soltó una carcajada. Estaban asustados. Seguramente les parecía extraño que la monja que había llegado desde Italia la tarde anterior ya no llevara encima el gastado y pesado hábito religioso.

Durante el viaje en barco, para no tener que aparentar lo que no era, solía quedarse buena parte del día encerrada en su camarote. Si alguien le preguntaba algo, decía que era una monja temerosa de las grandes profundidades marinas y prefería pasar el tiempo orando antes que vivir mareada en cubierta. Así consiguió pasar desapercibida con más facilidad. Sabía que en el *Victorino* viajaba un sacerdote español y como era imperioso que nada la delatara, trataba de no cruzarse en su camino.

Se mojó el rostro con agua fría para terminar de espabilarse y recogió su cabello en una cola de caballo. Se vistió de prisa y antes de salir arregló la cama. Volvió sobre sus pasos y sacó el dinero que le había dado su tía Assunta. Quería entregárselo a Beata para agradecerle su hospitalidad. La encontró en la cocina, sirviéndole el café a su esposo.

—Buenos días —los saludó, quedándose bajo el quicio de la puerta.

Armando respondió a su saludo con un cabeceo. Beata apartó una silla para ella y le sonrió.

—Buenos días, Eleonora. Siéntate y toma un poco de café. —Llenó una taza y le acercó una bandeja de mimbre con una hogaza de pan.

El intenso aroma del café recién hecho le hizo reparar a Eleonora en que llevaba demasiadas horas sin probar bocado.

—Gracias, Beata. —Se acordó del dinero de su tía y lo puso encima de la mesa—. No es mucho, pero espero que sirva para cubrir parte de mis gastos hasta que encuentre un trabajo.

—¿Qué sabes hacer? —Armando tomó el dinero, lo contó y lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

Eleonora no supo qué responder. Su repentina llegada había generado cierta tensión entre ellos. Aunque trataban de mostrarse amables, intuía que su presencia era una molestia.

—En Sorrento ayudaba a mi cuñada con las tareas del hogar. Le dije a mi tía Assunta que podría hacerme cargo de cuidar a los niños.

La oferta complació a Beata. Un par de manos femeninas extras le vendrían más que bien; sin embargo, su esposo no estaba conforme. Eleonora era una boca más que alimentar y solo había una manera de ponerle fin a aquella contrariedad: que consiguiera un trabajo para aportar dinero a la casa. El único obstáculo era que no hablaba español. Armando discutió con Beata la posibilidad de que Eleonora se empleara como camarera en el restaurante italiano donde ella se ocupaba de la mantelería. Como Eleonora deseaba dejar de ser una carga para los Parodi, aceptó enseguida. Lamentablemente, no consiguió un puesto de camarera, pero el dueño del restaurante, apiadándose de ella por ser una compatriota lejos de su tierra, le ofreció trabajo como ayudante de cocina.

El restaurante distaba pocas cuadras de la casa de los Parodi. Eleonora entraba puntualmente a las siete de la tarde, pero nunca tenía certeza del horario de salida. Al ser apenas una auxiliar de cocina que recién comenzaba, no ganaba lo suficiente. Aunque todo lo que cobraba se lo daba a Beata, seguía sintiéndose en desventaja por cuanto hacían por ella.

Quien peor llevaba la presencia de Eleonora en casa era Armando. Si bien la joven hacía todo lo posible para no ser una carga, aportaba tan poco a la economía familiar que el estibador quería buscarle un empleo mejor pago. Decidió correr la voz en el puerto de que una sobrina de su esposa, recién llegada de Europa, buscaba un puesto de criada en alguna casona de la ciudad. Uno de sus compañeros, estibador como él, se acercó para sacarle información.

—¿Cuántos años tiene la muchacha? —indagó, visiblemente interesado.

—No lo sé, pero es bastante joven. Se lo puedo preguntar cuando la vea.

Toño Fontana se sacó la gorra para secarse el sudor con la manga de su camisa.

—Che, y decime… ¿es bonita la gurisa?

—Es muy linda, sí. —Armando no se sentía cómodo hablando de la belleza de Eleonora.

Después de todo, vivía en su casa y cualquiera podía pensar mal de él si la halagaba de más.

Fontana sonrió. Por el brillo en los ojos de Armando, debía ser una hembra digna de mirar.

—Eso sí, hay que aclarar a sus posibles patrones que hace apenas un par de semanas que llegó de Italia y sabe muy pocas palabras en español.

Toño Fontana guardó silencio. El idioma era irrelevante. En la línea de trabajo que planeaba para ella, no importaba lo que pudiera decir, sino lo que tenía para mostrar.

Llegaron a un acuerdo que dejó a los dos estibadores satisfechos. Una vez que Toño viera a la tal Eleonora en persona, le daría una respuesta.

A la mañana siguiente, Eleonora preparaba el desayuno para la familia como siempre cuando alguien llamó a la puerta. Armando acababa de levantarse y se dirigió de prisa a recibir al visitante. Él ya sabía muy bien de quién se trataba. Toño Fontana entró a la cocina y se quedó mudo cuando Eleonora le sonrió.

—Buenos días.

—Eleonora, te presento a Toño Fontana. Es estibador como yo. Le comenté que no te sentías conforme con tu trabajo en la *trattoria* y quiso venir a conocerte.

Fontana se acercó para verla mejor. Era una preciosura. Un par de enormes ojos azules destacaban en su rostro cubierto de pecas. Quizá le faltaba un poco de carne, pero en el rubro que él se movía cuando no estaba en el puerto, la delgadez no era un problema.

—Conozco a una señora muy importante que anda buscando criada. No me importaría hacerle un favor a mi amigo y recomendarte con ella.

Armando Parodi aguardó la respuesta de Eleonora.

—¿De criada? ¿Esa señora sabe que hablo muy poco español?

—Eso no importa —aseguró Toño Fontana, tratando de ganarse su confianza—. La familia es de Italia y estoy seguro de que estarán muy contentos si aceptas trabajar para ellos.

Más allá de su actitud intimidante, Eleonora no podía creer su buena suerte.

—Si estás dispuesta, mañana mismo puedo hablar con la señora para que te presentes cuanto antes en su casa.

—¿Tan pronto? —preguntó Eleonora sorprendida.

Toño Fontana y Armando Parodi asintieron al unísono.

—Si se habla con la persona indicada, las cosas se hacen enseguida.

Ella dijo que sí. Ser la criada de una familia italiana era una oferta imposible de rechazar.

Fontana bebió el café que le sirvió Eleonora y antes de marcharse rumbo al puerto con Armando Parodi le prometió que tendría noticias suyas lo antes posible.

Convencida de que su vida estaba a punto de dar un giro importante, Eleonora encaró el día con una sonrisa.

*

Al día siguiente…

Eleonora tuvo sentimientos encontrados cuando Armando Parodi le anunció que debía mudarse, ya que le ofrecían un empleo al que llamaban “cama adentro”. Beata le explicó que era común que las criadas vivieran bajo el mismo techo que sus patrones. Eleonora fingió no saberlo; después de todo, los Parodi ignoraban que ella había sido señora en Villa Regina y allí también la servidumbre tenía sus aposentos en un sector apartado de la casa. Aunque lamentaba dejar a Beata y a su familia, le aliviaba el hecho de que ya no sería una carga para ellos, y pensaba ahorrar buena parte de su salario para devolverles el dinero que habían gastado en su manutención durante las semanas pasadas en su casa.

Contempló la maleta vacía encima de la cama y su mente se llenó de recuerdos terribles. Desde que había partido de Italia, no supo nada más de los suyos. Su tía Assunta le había indicado que era más seguro esperar un tiempo antes de ponerse en contacto, y esa falta de noticias la tenía muy preocupada. Beata le prometió que le escribiría a su hermana para contarle que ya no vivía con ellos porque había encontrado un buen empleo en una casa de familia.

Volteó la cabeza al escuchar pasos que se acercaban. Luigi, Davide y Giorgio entraron a su cuarto en fila india. Los tres niños corrieron hacia ella para abrazarla. Eleonora los apretó contra su pecho y la blusa terminó empapada con el llanto de los pequeños.

—No es una despedida, niños —les dijo, mientras los apartaba un poco para mirarlos a los ojos—. Vendré de visita todas las veces que pueda.

—Luigi dice que te olvidarás de nosotros —afirmó Giorgio, señalando a su hermano mayor.

—Eso no es verdad. —Eleonora miró a Luigi. Era el más introvertido de los tres, aun así estaba tan triste como sus hermanos por su partida.

—Jamás podría olvidarme de ustedes.

Una tímida sonrisa se asomó en sus rostros. Volvieron a abrazarla y a Eleonora le costó que la soltaran. No querían separarse de ella, entonces les pidió que la ayudaran a armar el equipaje. Giorgio salió corriendo de repente y regresó con un caballito de madera en sus manos.

—Es para ti… —Lo metió en la maleta, envolviéndolo con una bufanda que Beata había tejido para ella.

El gesto del pequeño conmovió a Eleonora. Sabía del cariño que Giorgio tenía por aquel juguete y pensó en no aceptarlo. Pero había tanta ilusión en sus ojos negros que fue incapaz de negarse. Le dio las gracias con un abrazo extra, asegurándole que lo pondría en su mesita de noche porque deseaba que fuera una de las primeras cosas para ver al despertar. Cuando tuvo todo listo, fue el turno de despedirse de Beata. La encontraron en la cocina, cortando unas cebollas para la cena. Unos gruesos lagrimones se deslizaban por sus mejillas y Davide, siempre el más apegado a su madre, rodeó la mesa y la abrazó por la espalda. Beata sonrió.

—En tan poco tiempo te has sabido ganar el corazón de mi familia, *ragazza* —le confesó mientras revolvía la cabellera de su hijo para luego volver a peinarlo.

—Estoy muy agradecida por todo lo que han hecho por mí, Beata. —Eleonora dejó la maleta en el suelo y se acercó a ella para sujetar su mano.

La mujer se enjugó las lágrimas y sacudió la cabeza.

—Mi hermana Assunta me pidió un favor y no podía decirle que no. ¡La echo tanto de menos!

—¿Va a escribirle?

Beata asintió.

Eleonora no sabía cómo decirle que tenía miedo que esa carta cayera en las manos equivocadas. No había transcurrido mucho tiempo desde su huida y cualquier descuido la pondría en la mira de los Gentile.

—¿Quieres que le mande un mensaje a Assunta de tu parte? Tal vez podrías escribirle unas líneas. —Beata se dio cuenta enseguida de que ella se debatía entre contarle algo o quedarse callada. Si Eleonora se había marchado de Italia escondiendo su verdadera identidad debajo del hábito religioso, seguramente era porque alguien quería hacerle daño.

—Mejor no; al menos no por ahora —respondió, dejando escapar un suspiro de resignación. Miró el reloj con ansiedad. El amigo de don Armando no tardaría en pasar a buscarla.

Beata no dijo nada. No era su intención someterla a un interrogatorio incómodo. El cambio de vida que le aguardaba ya la había puesto demasiado nerviosa.

Cuando llegó Toño Fontana, salieron a despedirla a la calle. Armando no había podido acompañarlo porque esa tarde trabajaba en el puerto. Hubo más abrazos llenos de emoción y lágrimas de tristeza. Los niños se peleaban por cargar su maleta y Beata tuvo que levantarles la voz para que se quedaran quietos. Eleonora se alejó despacio, mirando de vez en cuando por encima del hombro. Luigi, Davide y Giorgio, prendidos a las faldas de su madre, le decían adiós con los brazos en alto. Respiró hondo para no llorar y apuró el paso cuando Toño Fontana le dijo que se diera prisa porque se les hacía tarde para tomar el tranvía. Eleonora se sujetó el sombrero. La maleta pesaba más que cuando había llegado de Italia, pero la ilusión de volver a empezar le aligeraba el cuerpo y el alma.

Llegaron a la parada del tranvía justo a tiempo. Ella encontró un asiento vacío mientras que Fontana se quedó parado a su derecha. Se aprovechó de aquella privilegiada posición para espiarla sin que Eleonora se diera cuenta. El escote de la blusa dejaba ver el nacimiento de sus senos y si estiraba un poco el cuello, tenía el placer de contemplar sus rodillas bien torneadas que asomaban por debajo de la falda. Debería haberse ofrecido a cargar la maleta, pero sospechaba que le habría dicho que no necesitaba ayuda. A leguas se veía que aquella italiana de mirada felina e inocente prefería arreglárselas sola. Esperaba que ese carácter que intuía impetuoso, y hasta algo soberbio, no le trajera inconvenientes con su patrona. Recibiría una buena paga por haberla encontrado.

Le dio un toquecito en el hombro para avisarle que debían bajarse en la siguiente parada. Toño avanzó por el pasillo seguido por Eleonora. A ella le costó hacerse espacio entre la gente por causa de la maleta, y se tropezó en dos ocasiones. Llamaban bastante la atención de los demás pasajeros del tranvía; no solo por el contraste físico entre ellos, sino porque, a pesar de que iban juntos, el hombre no movía un dedo para ayudar a la jovencita.

Se bajaron del tranvía en una esquina donde había una plaza. Eleonora observó los alrededores. Era un barrio de casonas antiguas y jardines frondosos. Le gustó lo que vio.

—¿Dónde estamos? —preguntó, curiosa.

—En Barracas, uno de los barrios más antiguos de Buenos Aires —le respondió Toño cruzando la calle.

Eleonora apuró el paso para alcanzarlo. Caminaba tan absorta mirando el paisaje, que al sentir el bocinazo de un auto que casi la atropella, se quedó completamente petrificada en medio de la calle. Estaba blanca como un papel; al bajar la mirada, descubrió que la maleta se había abierto y todas sus pertenencias acababan de desparramarse sobre el asfalto. El caballito que le había regalado Giorgio terminó aplastado por las ruedas de otro auto que venía detrás y no tuvo la oportunidad de detenerse. El conductor le pidió disculpas por la pieza de madera que quedó literalmente partida a la mitad. Eleonora recogió los pedazos y los guardó junto al resto de sus cosas. Esperaba que, con un poco de pegamento, pudiera recomponerlo.

Toño Fontana observaba la escena desde la vereda de enfrente. Se estaba haciendo tarde y la patrona era devota de la puntualidad.

—¿Falta mucho? —preguntó Eleonora, respirando agitada.

Fontana alzó el brazo y apuntó con el dedo hacia la izquierda.

—Ya casi llegamos. ¿Ves el caserón justo en la esquina? Ese será a partir de ahora tu nuevo hogar. —Apuró el paso, obligando a Eleonora a que le siguiera el ritmo—. Le hablé muy bien de vos a la señora Virginia y quiere que empieces a trabajar esta misma noche.

Aunque tenía muchas preguntas, no dijo nada. Confiaba en aquel hombre tosco que había abogado por ella sin conocerla. Era amigo del señor Armando y eso le bastaba para haber aceptado ir con él.

Un hombre vestido con traje oscuro los recibió en la entrada principal. Eleonora vio que Toño Fontana le entregaba un papel, el anfitrión lo leyó y luego se lo guardó en un bolsillo.

—Pueden pasar, la señora Aráoz se encuentra en su despacho.

Eleonora siguió a Fontana por un sendero cubierto de grava que llevaba a la parte posterior de la casa. Cruzaron una galería y se detuvieron al fondo, frente a una puerta de madera en donde colgaba un visillo blanco. Toño Fontana llamó dos veces y esperó.

—Dejá el equipaje acá fuera —le dijo—. Algún empleado lo llevará a tu habitación.

Eleonora vaciló, pero no había nada de qué preocuparse. Dejó la maleta a un lado, donde no estorbara y entrelazó las manos porque los nervios le estaban jugando una mala pasada.

Una voz de mujer los autorizó a entrar. Toño abrió la puerta y le cedió el lugar a Eleonora. Ingresó tras ella y se quedó de pie en un rincón. Su trabajo terminaba allí, solo que todavía no había recibido su recompensa.

Virginia Aráoz estaba apoyada ligeramente en uno de los extremos del escritorio. La falda que llevaba se abría en un tajo indiscreto, revelando un muslo todavía firme a pesar de que ya rondaba los sesenta años. A Toño Fontana no le hizo ni caso, toda su atención estaba puesta en la joven que lo acompañaba.

—Vos debés ser Eleonora. —Le sonrió para ganarse su confianza.

—*Buona sera, signora. Sono Eleonora Ferrara, piacere di conoscerla*. —Eleonora le tendió la mano y se sintió ridícula cuando la mujer se acercó a ella para saludarla con un abrazo.

Fontana decidió intervenir.

—La muchacha no habla casi nada de español —le recordó.

Virginia Aráoz negó con la cabeza, restándole importancia a aquel contratiempo que en su negocio no hacía ninguna diferencia.

—Eso es lo de menos. Las chicas podrán enseñarle lo básico y pronto su español será mejor que el nuestro. —Vio que Eleonora sonreía. Tenía unos dientes blanquísimos que hacían resaltar el bronceado de su piel, seguramente fruto del aire del Mediterráneo. No era la primera chica europea con la que trabajaban, pero sin dudas se convertiría en su adquisición más deseada. Se le hacía agua la boca al imaginarse la cantidad de billetes que soltarían los clientes solo para verla en una fotografía o a través de la pantalla. Miró con fastidio a Fontana y se volteó para sacar un sobre que tenía guardado para él—. Es lo que acordamos, más una suma extra por la calidad de la mercancía.

Eleonora no alcanzó a comprender todo, pero le pareció raro que el señor Fontana recibiera dinero por haberle conseguido un empleo de criada.

Toño Fontana se acercó a Eleonora y le puso una mano en el hombro.

—Yo me voy, muchacha. ¿Querés que le diga algo a los Parodi de tu parte?

—Dígale a Beata que no se olvide de lo que hablamos. —Y antes de que el estibador abandonara el despacho, le pidió que no le contara a Giorgio que el caballito de madera se había roto.

Fontana le echó una última mirada y se marchó con la conciencia un poco más sucia y el bolsillo de los pantalones lleno de plata.

Virginia Aráoz le pidió que la acompañara. Tuvo que hacerlo con señas para que ella entendiera. La sacó por otra puerta y la llevó a una habitación al final del pasillo. Había una muchacha de largo cabello negro sentada en una cama. Su cuerpo exuberante estaba apenas cubierto por un camisón de seda.

—Carmela, te presento a Eleonora, tu nueva compañera de habitación.

La mujer se puso de pie y saludó a Eleonora con dos besos en las mejillas. Era catalana,

aunque llevaba viviendo en Buenos Aires desde que tenía doce años.

—Vas a tener que enseñarle muchas cosas, entre ellas, a hablar correctamente el español.

Carmela sonrió irónica.

—¿Y desde cuándo en este negocio es importante lo que decimos? —se mofó.

Virginia Aráoz ignoró su comentario y le dedicó otra sonrisa a Eleonora.

—Ella te ayudara en todo lo que necesites. —Le hablaba despacio para que pudiera entenderla —. Carmela, andá a buscar la valija de Eleonora que quedó afuera del despacho.

Carmela obedeció de mala gana.

—Bueno, Eleonora. Yo ahora tengo que ocuparme de otros asuntos. —Le acomodó un mechón de pelo que se asomaba por debajo del gorro—. Carmela se ocupará de vos. Te quedás en las mejores manos. Ella te explicará lo que tenés que hacer. Tal vez es demasiado pronto, pero no tiene caso esperar… quiero que empieces a trabajar esta misma noche. ¿Me entendiste? ¿*Hai capito*?

Eleonora se mostraba confundida. Aunque había podido captar algunas palabras, seguía sin comprender la magnitud lo que sucedía a su alrededor. Aquel lugar le provocaba cierta desconfianza. No parecía una casa de familia, y por supuesto la señora Virginia no era italiana.

Cuando se quedó sola, recorrió la habitación. Además de las dos camas, había un gran espejo y un armario de tres puertas. No tenía ventana, apenas una claraboya por donde se filtraba un poco de viento. Abrió el armario. Estaba repleto de ropa tan atrevida como el camisón que llevaba puesto Carmela. Tuvo el impulso de salir corriendo. Tal vez Toño Fontana todavía continuaba allí y podría ayudarla a regresar a La Boca con la familia Parodi. Rápidamente descartó pedir su ayuda… se dio cuenta de que si había llegado hasta allí era porque él la había llevado. Se asustó cuando Carmela regresó a la habitación. Traía su valija. La tomó y se alejó hacia la puerta.

—¿Dónde vas, italiana? No vas a llegar lejos. Hay guardias por todas partes. Yo traté de irme la primera noche y no pude. Ya hace cinco años que vivo en esta casa. —Se acercó a ella, le quitó la maleta y la sujetó por los brazos—. No sirve que te resistas, Eleonora. Dentro de todo, nos tratan bien. Peor hubiera sido que cayeras en una casa de putas.

—¿Qué? ¿Esto es un burdel?

—¿Burdel? No, nosotras no nos dedicamos a eso.

—¿Nosotras?

Carmela hizo una cuenta rápida con los dedos.

—Somos diez chicas y cuatro caballeros. Los hombres tienen más suerte. Ellos viven en otro lado y pueden salir, a nosotras solo se nos permite dejar la casa si vamos acompañadas por alguno de los guardias.

Eleonora se agarró la cabeza en un gesto de desesperación. ¿Adónde la habían llevado? ¿Acaso la trampa había empezado con los Parodi? Se negaba a creer que Beata hubiera formado

parte de aquello. Seguramente a ella también la habían engañado.

—¿Aceptarías un consejo de alguien a quien apenas conoces pero que lleva demasiado tiempo en este mundo como para saber qué es lo que te conviene?

Entre los nervios y su escasa comprensión del idioma, Eleonora apenas pudo captar un par de palabras. Asintió solo porque aquella mujer parecía amable.

—Si haces todo lo que te dicen, te irá bien. La señora no tolera la rebeldía y la desobediencia. Se gana lo suficiente como para darte algún capricho a fin de mes; además, tenemos buena ropa y los perfumes más caros.

Eleonora miró la puerta con la intención de irse. Cuando se agachó para tomar la maleta, Carmela se interpuso rápidamente en su camino.

—La señora Virginia te puso a mi cargo y no puedo fallarle. Si te dejo escapar, sería mi ruina… No quieres eso, ¿verdad? —Le acarició la mejilla. Su piel era de porcelana. Calculó que tendría poco más de veinte años: la edad cuando ella había caído en la red de "la casona de los juegos"—. Hoy, por ser tu primera noche, solo te tomarán algunas fotografías…

—¿Fotografías? —preguntó Eleonora, titubeando.

Carmela asintió.

—Sí, ven que te voy a enseñar algo.

Eleonora la siguió fuera de la habitación y entraron en una especie de salón en penumbras de cuyas paredes colgaban cientos de imágenes. Carmelita encendió una luz tenue de color rojo que apenas iluminó el lugar.

—Es la galería de la fama —bromeó la catalana.

Eleonora no se rio. Aunque las mujeres que aparecían en aquellas fotografías no estaban del todo desnudas, la ropa que llevaban mostraba más de lo que cubría. Reconoció a Carmelita en una de ellas. Estaba sentada en un sofá, con las piernas abiertas y el cuerpo inclinado hacia adelante, para que sus pechos turgentes se mostrasen a través de su blusa desabotonada. El dedo índice entre los labios era un gesto por demás provocativo.

—Eres tú —señaló Eleonora.

—Sí, esa foto me la tomaron la primera noche. Estaba asustada; sin embargo, el fotógrafo me hizo sentir tan cómoda que terminé disfrutándolo ¡y creo que eso se nota en mi rostro!

Eleonora la miró con el ceño fruncido.

—¿Solo se trata de fotografías? —preguntó mezclando el italiano con el español.

Carmela decidió ser sincera con ella.

—Las chicas con más suerte consiguen un papel en alguna de las películas que produce la señora Virginia y su socia…

—¿Socia?

—Sí, no sabemos el nombre. Solo que es otra señora rica como ella que, al parecer, se aburre en su mansión y se metió en este negocio para ganar dinero, y supongo que también para

divertirse un poco. No viene casi nunca. Aparece solo cuando la señora Virginia no está disponible.

Eleonora se dejó caer en una silla y de su garganta brotó un suspiro lastimero. Carmela se sentó frente a ella, en la cama sin tender, y le sonrió.

—Hay trabajos peores, créeme —le aseguró para levantarle el ánimo—. Aquí nadie nos pone un dedo encima, solo está permitido mirar. En cuanto a las películas, es todo fingido, aunque parezca verdad. —Vio que Eleonora arrugaba el entrecejo—. Los actores y las actrices les hacen creer a los espectadores que lo que hacen es real; sin embargo, nadie hace nada que no quiere. Es todo mentira.

Eleonora solo pudo asentir. Estaba atrapada en aquella casona y seguir sus reglas era su única oportunidad de poder escapar algún día.

—Te llamas Carmela, ¿no? —Se había olvidado de su nombre.

—En realidad, todos aquí me dicen Carmelita, no precisamente por las Descalzas —respondió en broma, pero Eleonora no la entendió.

—¿Carmelita?

La catalana asintió.

—Y tú eres Eleonora.

Carmela se dispuso a organizarlo todo para la primera noche de Eleonora. La señora Virginia le había pedido esa mañana que le enseñara los trucos y los secretos de una buena modelo fotográfica. Incluso le había indicado el vestuario con el cual quería que la joven italiana hiciera su debut. Fue hasta al armario y sacó una camisa de seda color rojo con botones forrados en filigrana de oro.

—¿Te *piace*?

La catalana le pidió que se parara frente al espejo y le puso la camisa por encima de su ropa. La tonalidad carmesí de la prenda resaltaba el brillo de su piel tostada.

—Eres muy fotogénica —la elogió Carmela, sonriéndole desde el espejo—. Será mejor que empecemos a prepararte.

LA ABUELA DÉBORA

Barrio Norte, Buenos Aires, agosto de 1951

Isabela apretó la mano de Santiaguito y llamó a la puerta. El niño estaba inquieto y no dejaba de mover los pies. No era la primera vez que visitaba a su abuela; sin embargo, hasta el pequeño parecía darse cuenta de que el hombre que habitaba en aquella casa, y que durante un tiempo había sido como un abuelo para él, no era de fiar. Isabela era la única de la familia de los Navarro Soler que tenía permitido ver a Débora. Aquel privilegio le posibilitaba ser la intermediaria entre su tía y su cuñada. En el interior del bolso llevaba una carta que le había entregado Rosario justo antes de dejar la mansión. A pesar de que Débora no respondía a sus intentos de acercamiento, ella continuaba escribiéndole para recordarle que estaba presente en sus pensamientos.

La criada que les abrió era la misma que siempre la miraba con desconfianza. Isabela sospechaba que después corría a contarle a su patrón lo que había escuchado detrás de la puerta.

—La señora Débora ha bajado al salón —le informó, impasible.

Isabela conocía el camino. Apretó la mano del niño y se dirigió al encuentro con su tía.

Débora estaba hundida en un sillón con un libro en las manos. No leía, simplemente tenía su ejemplar de *Adán Buenosayres* abierto de par en par sobre su regazo. Santiaguito se soltó para correr a los brazos de su abuela.

—¡Bobe! —exclamó el niño. Continuaba llamándola así porque sabía que a ella le gustaba.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —Débora lo acaparó contra su pecho y el libro que fingía leer terminó en el suelo.

Isabela lo levantó y cuando quiso devolvérselo, su tía le hizo señas de que lo regresara a la biblioteca.

—Santiaguito, no agobies a la bobe —le pidió, a sabiendas de que sería inútil. Su tía disfrutaba mucho de aquellos pequeños momentos con su nieto, como si fueran los últimos.

—Me hubiera gustado que trajeras a Samuel.

Isabela percibió cierto reproche en sus palabras.

—No quería interrumpir su siesta. Hoy estuvo jugando en el jardín toda la mañana. ¡Terminó exhausto el pobrecito! Si quieres, puedo venir mañana otra vez para que lo veas.

Débora sonrió.

—No es necesario, Isabela, sé que los ensayos de tu nueva obra de teatro te dejan poco tiempo libre, pero la próxima vez que me visites, ven con los dos niños, por favor. —No hacía falta decir que, en su mente, desde el infarto, sobrevolaba el miedo a morir antes de volver a verlos.

—Quédese tranquila, tía. Así será. —Isabela le dijo a Santiaguito que saliera a jugar al jardín y se sentó junto a ella para hablarle de Rosario. Había cerrado la puerta del salón; aun así, no podía fiarse de nadie en aquella casa. Esperó antes de abrir su bolso—. Rosario ha vuelto a escribirle.

Débora contempló el sobre en silencio. Cuando su sobrina lo puso en sus manos, suspiró.

—Rosario debería resignarse —alegó, dejando la carta a un lado. Nunca las leía apenas Isabela se las entregaba. Lo hacía en la soledad de su habitación, para llorar a escondidas.

—¿Va a responder esta vez? —inquirió la joven, preocupada por la estabilidad emocional de su cuñada—. Rosario se ha convertido en la sombra de lo que solía ser, tía. Esas palabras que le escribe son la manera que encontró de no romper el lazo que las une. Sabe que no puede venir a verla, y cada vez que intenta hablar por teléfono con usted, Teodoro o sus criados se lo impiden.

—Es mejor así —zanjó Débora, endureciendo la expresión de su rostro macilento.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Rosario se merece una vida plena y dichosa. A mi lado solo encontrará amargura. No quiero ser una carga para ella. —Le dio una suave palmada en la mano antes de continuar—. Tú y yo sabemos que, de un momento a otro, mi corazón dirá basta…

—¡Tía, por favor, no repita eso! —Enojada, Isabela retiró la mano y se cruzó de brazos.

—Es la verdad, querida. A pesar de todos los tratamientos que he seguido desde que abandoné la clínica, mi salud se deteriora cada día. ¿Cómo voy a ser tan egoísta de permitir que Rosario pase por toda esa agonía?

—¿Qué hay del amor que sientes por ella?

—Es precisamente por amor que la aparté de mi lado, Isabela. Rosario es un espíritu libre al que no puedes encadenar a un cuerpo que se va marchitando…

Isabela sacudió la cabeza.

—¡No me gusta que hable así! ¿Dónde quedó esa mujer valiente que se atrevió a dejarlo todo para vivir un amor diferente? —Quería hacerla reaccionar—. He sido testigo de lo feliz que la hace Rosario: incluso me atrevo a decir que nunca vi ese brillo en sus ojos como cada vez que habla de ella.

Débora tragó saliva. Se había jurado que no lloraría, pero su sobrina estaba metiendo el dedo en la llaga.

—Quise mucho a tu tío Otto y sentí un dolor inmenso cuando murió en los brazos de mi hija, la noche en la que Berlín comenzó a vivir una pesadilla; pero Rosario me enseñó a amar más allá de cualquier obstáculo. Fue mi amiga, mi amante, mi hermana. Y aunque ya no estemos juntas, siempre será el amor de mi vida.

—Ella debería escuchar de sus labios las razones por las cuales no le permite volver a su vida.

Rosario está esperando una señal; algo que le indique que lo que compartieron todo ese tiempo fue real. ¿Sabía que abandonó Las Acacias? —Débora respondió que no—. Dice que no puede quedarse en la estancia porque usted ya no está allí, con ella.

—¿Dónde vive ahora?

—¿Acaso le importa? —replicó, molesta.

—Isabela…

La joven soltó un bufido.

—Ha vuelto a la mansión, aunque pasa mucho tiempo en su atelier. Duerme ahí la mayoría de las veces.

—Su refugio. El arte es como un bálsamo para ella, la ayudó en sus momentos más difíciles. —Recordó que tras el ataque sufrido en la estancia por los hombres que había enviado Teodoro, Rosario se encerraba en su atelier para pintar. Sus cuadros entonces eran oscuros y siniestros. Todo cambió cuando viajaron a París. A su regreso, solo plasmaba en el lienzo obras en donde se destacaban la luz y los colores brillantes.

—Creo que la pintura ya no la llena como antes. Sé que iba a presentar unos cuadros en una exposición en Córdoba, pero no volvió a hablar de ello.

—¿No va a participar? —Débora no podía permitir que el talento de Rosario se perdiera por su culpa.

—Supongo que no —respondió Isabela, encogiéndose de hombros. Percibió que la actitud de su tía había cambiado—. Tal vez si usted le insiste…

Débora se quedó pensativa.

—¿Tienes prisa en marcharte?

—No, tía. Si Samuel se despierta antes de la siesta, la nana le preparará la merienda. Santiago llegaba tarde hoy a casa porque tenía que ir hasta el centro para encontrarse con un cliente, y el ensayo de la obra se pospuso hasta mañana. ¿Por qué lo pregunta?

—Voy a escribirle una carta a Rosario. Necesito decirle que debe seguir su camino sin mí.

—¿Quiere leer primero su carta?

Débora clavó la mirada en el sobre que se había negado a abrir.

—No, no quiero que influya en lo que voy a escribir. Mi decisión es irrevocable, Isabela. Si acepto ponerme en contacto con ella es solo para evitar que cometa una tontería.

Isabela supo de inmediato lo mucho que le había costado tomar aquella decisión. La acompañó hasta su habitación y bajó para estar con Santiaguito. Salieron al jardín porque el pequeño insistió en mostrarle el nido de pájaros que acababa de encontrar en el hueco de un árbol.

Mientras tanto, en su habitación, Débora intentaba encontrar las palabras adecuadas para empezar a escribir la carta más difícil de su vida.

Mi querida Rosario,

No ha sido sencillo para mí escribir estas líneas después del tiempo que llevamos distanciadas. Isabela ha tratado de convencerme de que vuelva contigo, pero ella es joven y no comprende que tengo una razón muy poderosa para mantenerte alejada de mí.

Soy una mujer enferma a la que le queda poco tiempo en este mundo, y lo último que quiero es condenarte a pasar los próximos años al lado de alguien que se va apagando. Estás en la plenitud de tu vida y no es justo que cargues conmigo. Tienes que salir adelante, por ti y por tu familia.

Sé lo mucho que has estado trabajando para que el mundo te reconozca como lo que eres: una gran artista, dotada de un talento maravilloso y un alma sensible. No dejes que el dolor opaque esa luz que transmiten tus cuadros. Te costó salir del pozo después de lo que pasó… y fue el arte lo que te salvó. Siempre me has adjudicado ese milagro a mí, pero créeme, la pasión por lo que haces es lo que te permitió seguir en pie.

Tienes que participar en la exposición a la que fuiste invitada No lo hagas por ti ni por mí, hazlo por toda esa gente que aún no te conoce. Ellos se merecen disfrutar de tu sensibilidad artística.

Cuando yo ya no esté, recuérdame con una sonrisa. Yo me llevaré en el corazón los bellos momentos que compartimos. Sé feliz, querida mía, porque tu felicidad aquí en la tierra será la mía en la eternidad.

Te amaré siempre,

Débora

Una lágrima cayó sobre el papel y dejó una mancha negra encima de su nombre. Interpretó aquel pequeño desastre como el último adiós. Ya no volverían a verse. Aunque el doctor Miranda trataba de darle ánimos asegurando que su salud mejoraba lentamente, ella sabía que no era verdad. Teodoro la tenía allí, atrapada en un matrimonio que se había roto hacía mucho tiempo, y sin el amor de Rosario su corazón ya no tenía un motivo para seguir latiendo. Antes de guardar la carta, se la llevó al pecho, consciente de que pronto estaría en manos de Rosario.

No tenía ánimos de volver a bajar al salón. Hizo sonar la campanita y cuando una de las criadas entró en su habitación para preguntarle qué se le ofrecía, mandó a llamar a su sobrina.

Isabela subió con Santiaguito prendido de la mano para que se despidiera de su abuela.

Le dio un abrazo y le cedió su lugar a Santiaguito. El niño se prendió al regazo de Débora, mientras le repetía una y otra vez lo mucho que la quería.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, esa misma tarde

Isabela sintió un aroma extraño apenas puso un pie en la habitación de Rosario. Todo estaba a oscuras y tuvo que avanzar con cuidado hasta el ventanal que daba al patio trasero para descorrer las cortinas. Al darse vuelta, descubrió a su cuñada tendida sobre la cama, vistiendo la misma ropa del día anterior. Llevaba el cabello desordenado y protestó cuando la luz del sol le dio de lleno en el rostro.

En el suelo, sobre la alfombra, había una especie de pipa alargada. Isabela la recogió y al olerla percibió el olor penetrante que inundaba la habitación.

—¿Qué es esto? —Era una pregunta retórica. Sabía muy bien que lo que contenía aquel particular objeto era algún tipo de opiáceo que dejaba a Rosario en un estado deplorable.

—Prefiero no decírtelo —respondió la artista plástica, sonriendo con astucia. Estiró su cuerpo para desperezarse y logró sentarse en la cama—. Si te molesta, puedo irme al atelier.

A Isabela le costaba respirar y abrió la ventana para que circulara el aire.

—Esta es tu casa, Rosario, jamás te diría que te fueras…

—¿Pero? —La miró de reojo, lista para recibir uno de sus sermones.

—Me preocupa que vuelvas a caer en una depresión y esas porquerías que fumas no te ayudan en nada.

—Me aíslan del mundo… de pensar en lo triste y vacía que está mi vida desde que Débora me abandonó para regresar al lado de ese monstruo —replicó, sarcástica.

—No tenía otra opción y lo sabes. Ante la ley sigue siendo la esposa de Teodoro Schneider.

Rosario se encogió de hombros.

—Aun así, no quiso saber más de mí. Es probable que, a estas alturas, ya me haya olvidado.

Isabela sacó un sobre que llevaba en un bolsillo de su chaqueta.

—Me la ha dado mi tía para ti. —Vio cómo los ojos de Rosario brillaban—. Dijo que quería despedirse; sin embargo, yo creo que no está dicha todavía la última palabra.

Rosario le quitó la carta de las manos y se apoyó en el respaldo de la cama, con las rodillas levantadas, para leerla. Isabela se alejó hacia la ventana para darle privacidad. En el patio, Santiaguito se había olvidado uno de sus carros de madera. Tendría que ir ella misma a recogerlo por si se largaba a llover. Oteó por encima del hombro y vio que Rosario ya había terminado de leer la carta. Regresó rápidamente junto a ella al darse cuenta de que estaba llorando.

—¡Débora se muere y no me deja estar a su lado, Isabela! ¡Yo soy la que tiene que cuidarla, no ese hijo de puta de Schneider! —se quejó.

Isabela la abrazó y dejó que se desahogara.

—Me lo ha dicho muy claro. —Estrujó el papel entre sus manos, como buscando que desapareciera—. Ha decidido qué es lo mejor para mí sin siquiera preguntarme qué es lo que yo quiero de verdad.

—¿Y qué es lo que quieres?

Rosario la miró. Tragó saliva para contener las lágrimas.

—Estar con ella y cuidarla hasta el último día de su vida. ¿Acaso no hacen eso las parejas que se aman?

Isabela asintió.

—Mi tía no va a dar su brazo a torcer. La conoces tan bien como yo; por otro lado, no puedo quedarme sin hacer nada mientras las dos sufren, cada una en su rincón.

—¿Qué significa eso?

—Que voy a encontrar una manera de que puedan estar juntas, aunque sea solo una última vez.

Rosario se incorporó con la velocidad de un resorte. En su rostro se asomaba la esperanza.

—¿Harías eso por nosotras, Isabela?

—¿Es necesario que te dé una respuesta? —replicó la joven, regalándole una sonrisa cómplice.

Rosario e Isabela sellaron aquel pacto con un abrazo. Eran familia y estaban para apoyarse la una a la otra.

EN LA BOCA DEL LOBO

Barrio de Barracas, Buenos Aires, septiembre de 1951

Eleonora, pensativa, contemplaba el calendario que colgaba en uno de los pasillos de aquella vieja casona que se había convertido en su nueva prisión. Exactamente un año atrás, se unía en matrimonio al hombre que le había quitado lo que más amaba en la vida. Agachó la cabeza y se miró las manos: las mismas que se habían manchado con la sangre de un esposo déspota y desalmado. Era una asesina y, tarde o temprano, tendría que pagar por su crimen.

¡Había intentado escapar tantas veces! Y tras cada nuevo intento, su situación empeoraba. La señora Virginia, como castigo a sus constantes desafíos, la obligaba a hacerse fotos cada vez más osadas. Le daba vergüenza, sentía asco de sí misma al verse en sugerentes poses, insinuando sus partes más privadas para el goce de los clientes que pagaban un dineral por llevarse consigo aquellas fotografías denigrantes. Algunos de los hombres que frecuentaban la casona, obsesionados con ella, aportaban un dinero extra para poder estar a solas con "la italianita", como la llamaban, en una habitación en penumbras. Aunque estaba prohibido tocarla, se frotaban la entrepierna mientras la miraban. Para Eleonora aquellos momentos eran los peores. Los escuchaba gemir y susurrarle palabras obscenas. Se sentía ultrajada y sucia. Nadie le reprochaba nada cuando, luego de aquellas sesiones, se encerraba en el baño y no salía hasta que el agua caliente hubiera borrado de su piel las miradas lascivas de aquellos hombres que parecían no saciarse nunca de ella.

El bullicio de algunas de las chicas interrumpió sus pensamientos. Una de ellas comentaba que la socia de la señora se había puesto enferma, y durante su convalecencia sería el hijo quien ocuparía su lugar al lado de Virginia Aráoz.

Aunque había oído hablar de él antes, Eleonora no lo conocía. Seguramente su presencia en la casona era para proteger los intereses económicos de la madre. Fue hasta la habitación que compartía con la catalana y cerró la puerta.

Carmelita ingresó en la habitación haciendo aspavientos con un camisón de raso rojo que formaba parte de su vestuario para la actuación de esa noche. Era su debut como actriz y estaba muy ilusionada. Se paró frente al espejo y se probó la sugerente prenda por encima de su ropa.

—¿Qué te parece, italianita?

A Eleonora no le agradaba que la llamaran de ese modo; sin embargo, como sabía que

Carmelita lo hacía desde el afecto, jamás le dijo nada.

—Eres bella, *ragazza*. —Le recogió la melena color azabache en lo alto de la cabeza y sugirió que llevara un peinado que resaltara sus facciones.

—¡Estoy tan nerviosa! No es lo mismo posar para una fotografía que actuar delante de una cámara. Sé que todo lo que pasa allí es de mentira, pero… no sé —dijo Carmela—. ¿Y si el actor que me acompaña se pasa de la raya? Tú tendrías mucho éxito si aparecieras en pantalla —comentó, con aire de intriga. La señora Virginia le había pedido que hablara con ella sobre el tema para ver cuál era su reacción. Por la cara de espanto que puso Eleonora, la idea le parecía muy desagradable.

—No me interesa. Carmela —aclaró.

—La verdad es que la señora Virginia quiere probarte en la próxima película —le confesó, a sabiendas de que estaba cometiendo una infidencia.

—¡No, ni hablar! —despotricó.

—No vas a poder negarte, y lo sabes. —Tenía que hacerla entrar en razón. Ponerse en contra de la señora Virginia solo te causaría problemas.

—Me voy a escapar, Carmelita. No soporto más esto. —La miró, expectante—. ¿Cuento con vos?

—Siempre, italianita. Somos amigas, ¿no?

Eleonora le dio un abrazo y le arrugó el camisón de raso.

—Hay que estar atentas. Sé que mañana a la noche la señora Virginia no vendrá. Es su cumpleaños y suele celebrarlo en un restaurante de lujo con sus amistades más cercanas.

—¡Y la otra señora tampoco vendrá mañana! —manifestó Eleonora, entusiasmada con la posibilidad de irse de aquel lugar tan pronto.

Carmelita asintió. Era una buena ocasión para intentar escapar.

—Lo haremos mañana entonces. —Dejó el camisón sobre la cama y tomó sus manos para apretarlas con fuerza—. Esta noche será la última que pasas aquí. No voy a ir contigo. Llevo muchos años aquí y hoy, por fin, voy a debutar como actriz.

Eleonora no pudo evitar que una sombra de amargura apagara su sonrisa. Le tenía un gran cariño a la catalana y la echaría mucho de menos.

Esa noche, cuando terminó con una sesión de fotos, la señora Virginia le comunicó que en un par de días se iniciaría como actriz. Eleonora respondió con un sí apagado mientras por dentro se reía de ella. Cuando ese momento llegara, estaría lejos de su alcance. Esta vez no tenía un destino certero, solamente la convicción de que estaba atrapada en un nuevo infierno y necesitaba escapar.

*

Al día siguiente…

Aprovechando que tenía la tarde libre, Eleonora preparó la maleta y la escondió en el patio, entre unos matorrales. Ya en la habitación, miró los dibujos que colgaban de la pared, detrás de su cama. Casi sin proponérselo, había vuelto a incursionar en la disciplina artística que tanto disfrutó en el pasado. La nostalgia por su tierra y sus seres amados la habían llevado a trazar, sobre el papel de estraza que le conseguía la catalana, sus rincones favoritos de Sorrento y la gente que tanto extrañaba. Su hermano Domenico trabajando en el campo, Ludovica preparando algún manjar en la cocina y la tía Assunta sentada frente a su máquina de coser. También volvió a retratar a Michele. Desde que abandonara Italia no se le apareció nunca más, ni siquiera en sueños… y su ausencia se hacía más insoportable cada día. No podía dejarlos atrás, como había hecho con todo lo que amaba. Arrancó esas estampas con cuidado de la pared, las envolvió en uno de los pañuelos de Carmela y las ocultó debajo del colchón. Decidió que retratar a su compañera de cuarto sería una buena manera de agradecerle todo lo que había hecho por ella. Sacó un lápiz y comenzó a bocetar los rasgos más característicos del rostro de Carmelita sin preocuparse por los detalles en aquellos primeros trazos.

Estuvo un largo rato dibujando mientras la tarde se desvanecía. Dio vuelta el papel de un manotazo cuando su amiga irrumpió en la habitación como una tromba y se sentó a su lado.

—¡Ya sé cómo podrás salir de la casona sin que nadie se dé cuenta! —exclamó.

Eleonora apartó el dibujo. No quería que lo viera hasta que estuviera terminado.

—Como te dije, esta noche vendrá el hijo de la socia de la señora Virginia. No suele aparecer mucho por la casona, pero siempre que lo hace deja su automóvil estacionado en la parte de atrás. —La catalana respiró hondo antes de relatarle los detalles del plan que acababa de trazar —. He encontrado la manera de que puedas esconderte en su coche, así cuando se marche te llevará lejos de aquí. Eso sí, no me preguntes cómo te bajarás sin que te vea… una vez que dejes la casona, ya no me será posible ayudarte.

Ella trató de asimilarlo todo y se dio cuenta de que faltaba que le indicara cómo podía meterse en el automóvil de aquel hombre sin ser vista.

Carmelita sonrió.

—Uno de los guardias nos allanará el camino —respondió, confiada—. Será a las once de la noche, cuando no haya clientes afuera. A esa hora estarán todos demasiados entretenidos en la sala de proyecciones, y aprovecharemos para salir. Cosme, el guardia, nos esperará en el patio, junto al coche. ¿Te parece bien?

Eleonora asintió. Aunque le inquietaba no saber qué ocurriría una vez que el hombre llegara a su destino, al menos, se encontraría lejos de allí.

*

Unas horas más tarde…

Dante Romano conducía atento al camino. El poco tránsito a esas horas de la madrugada era una bendición. Aunque prefería mantenerse apartado de los negocios de Gertrudis, no podía obviar el hecho de que en aquella casona se amasaba una gran suma de dinero. Cada vez que su madre le recordaba que algunas de sus grandes inversiones provenían de las ganancias que le dejaba el cine para adultos y la comercialización de material fotográfico de contenido erótico, debía agachar la cabeza y reconocer que ella tenía razón. Ahora le tocaba a él "cuidar" el negocio. Dante giró en la esquina de Piedras y tuvo que frenar en seco cuando otro vehículo trató de adelantarlo. Profirió una maldición y al quedarse callado, creyó escuchar algo. Miró por el espejo retrovisor. Estaba seguro de que había oído una voz de mujer. No vio nada; sin embargo, le hizo caso a su intuición. Faltaban algunas cuadras para llegar a su casa, pero se estacionó frente a una plaza y se volteó para revisar el asiento trasero.

La sorpresa fue mayúscula al descubrir a una muchacha acurrucada justo detrás de su asiento, apretando una maleta contra su pecho.

—¿Quién sos? ¿Qué estás haciendo en mi auto? —La intrusa no se movió—. Ya no tiene caso que te escondas —le indicó en un tono un poco menos severo. Era evidente que estaba muy asustada y no ganaba nada mostrándose enojado—. ¿Sos una de las chicas de la casona?

Aquella pregunta surtió efecto. La joven movió la cabeza y lo miró. Las luces de una farola le dieron de lleno en el rostro. Dante la reconoció. Había visto varias imágenes de ella en las paredes del salón de las fotografías.

—Te dicen "la italianita", ¿verdad?

Eleonora asintió con timidez.

Dante se mesó el cabello. Aquel imprevisto lo había puesto nervioso y tenía ganas de fumar. Hurgó en la guantera sin éxito. Había olvidado el paquete de cigarrillos en el departamento de Reina.

—¿Cómo has llegado hasta mi auto? —Le hizo señas de que saliera de su escondite.

Eleonora se incorporó lentamente. Le dolían las piernas después de tenerlas flexionadas durante casi dos horas. Tras sentarse pegando el cuerpo contra la ventanilla, observó el paisaje que Buenos Aires le presentaba esa cálida noche de primavera.

—¿Hablás español? —Quizá su poco manejo del idioma era la razón por la cual aún no había mencionado ni una sola palabra. Decidió hablarle en italiano—. ¿Cuál es tu nombre?

Ella respiró hondo. No sabía si podía confiar en él.

—Yo me llamo Dante. —Esbozó una sonrisa—. No quise asustarte, pero la verdad es que quien terminó asustado soy yo.

—Lo lamento… solo quería salir de ese lugar. —Miró al costado, luego puso su atención en la

maleta. Se había atascado entre los asientos. Si trataba de sacarla, perdería tiempo. Lo importante era bajarse de aquel auto antes de que aquel hombre decidiera llevarla de regreso a la casona.

Dante adivinó de inmediato lo que pretendía hacer y le puso la mano en el hombro.

—No tengas miedo, si no querés volver a la casona, no lo harás —la tranquilizó. Retiró la mano cuando el miedo en la mirada de la joven se hizo más intenso—. ¿Me podrías revelar cuál es tu nombre?

—Eleonora… me llamo Eleonora Ferrara.

—Muy bien, Eleonora Ferrara. Antes que nada, dejame decirte que yo no tengo nada que ver con lo que sucede en ese lugar. Mi madre y su amiga, la señora Aráoz, son las que se ocupan del negocio. Si vine hoy es porque ella no puede levantarse de la cama.

—¿Va a avisarle a su madre que he escapado? —preguntó en cambio.

Dante chasqueó la lengua.

—Sé que sos una de las muchachas que más dividendos deja cada noche en la casona. Imagino que ni mi madre ni la señora Virginia estarán contentas de perder a la gallina de los huevos de oro.

—¡No voy a regresar, señor! —gritó Eleonora, mirando hacia afuera con ansiedad. El paisaje que los rodeaba era desconocido para ella; aun así, sabía muy bien lo que no quería—. ¡Déjeme aquí, yo me las arreglaré para llegar a La Boca!

—¿A La Boca? ¿A quién vas a ver?

—Es la familia que me recibió cuando llegué a Italia.

—¿Estás segura de que querés buscarlos? ¿Cómo terminaste en la casona?

Eleonora no le respondió. Si le decía que el amigo del señor Parodi la había engañado con la promesa de un trabajo que no existía, se burlaría de su ingenuidad.

Dante no necesitó una respuesta. Evidentemente, su llegada a la casona había sido fruto de una treta. ¿Qué podía hacer? Si su madre o su socia se enteraban de que había colaborado con la fuga de una de sus mejores chicas, se lo reprocharían el resto de su vida. Tampoco tenía valor para devolverla a un mundo en el cual era evidente que se sentía atrapada en contra de su voluntad.

—¿Cuántos años tenés?

—Cumplí veinticuatro años en junio.

Dante estaba en lo cierto. Seguramente había llegado a Buenos Aires desde algún rincón de Italia con anhelos de un futuro prometedor y había acabado en aquel lugar.

—¿Viniste sola?

Eleonora asintió, desconfiada. Vio que él se quedaba pensativo. No quería dar más explicaciones sobre la razón de su viaje. Dante encendió el motor.

—¿Adónde vamos? —quiso saber ella. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de no volver al hueco del cual acababa de escapar.

—Confiá en mí. Voy a llevarte con una amiga muy querida; ella sabrá qué hacer.

Eleonora seguía recelosa. Después de todo, ese hombre era el hijo de la señora Gertrudis. ¿Qué garantías tenía ella de que no terminaría traicionándola?

Dante la miró por encima del hombro.

—Si querés, podés irte, pero no te lo aconsejo. Buenos Aires de noche es muy peligrosa. —Hizo una pausa y le sonrió para ganarse su confianza—. Es muy probable que caigas de nuevo en manos inescrupulosas. Sos una mujer bonita y vulnerable… se aprovecharían de vos sin dudarlo. Yo te ofrezco mi ayuda, y aunque es razonable que no creas en mí porque soy hijo de quien soy, te prometo que solo quiero ayudarte.

Eleonora asintió, al tiempo que esbozaba una sonrisa de alivio. Esa fue la señal que le indicó a Dante Romano que la joven italiana aceptaba irse con él.

EL PARAÍSO TIENE OJOS AZULES

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, septiembre de 1951

Cuando Francisco entró en la celda, encontró a su compañero tirado en el catre, con un sobre en la mano y sus anchos labios curvados en una sonrisa de embeleso. Supuso que alguno de sus antiguos camaradas del boxeo le habían enviado más fotos de chicas para agrandar su colección. Decidió no interrumpirlo. Sabía que le gustaba admirar la belleza de aquellas mujeres en silencio.

Francisco estaba preocupado por Rosario. Hacía dos semanas que no iba a visitarlo y, según lo que le había contado Santiago, desde que Débora vivía con Schneider pasaba todo el día en su atelier y apenas la veían cuando llegaba a la mansión por las noches. Le pidió a su hermano que hablara con ella, que no la dejara hundirse en la tristeza. Encerrado entre aquellas cuatro paredes, la impotencia de no poder estar a su lado para brindarle apoyo lo hacía sentir un completo inútil.

Todavía le quedaban al menos cuatro años de condena. Hizo la cuenta en su mente: cuarenta y ocho meses… más de doscientas semanas. En la prisión se aprendía a contar de manera distinta el paso del tiempo. Y cuando caía la noche y el día llegaba a su fin, sentía que su alma moría una y otra vez, como si estuviera eternamente atrapada en un laberinto. Sin embargo, algo había cambiado. Las pesadillas que antes lo sumían en una oscuridad sofocante se habían convertido en sus mejores aliadas. Retazos de aquella niñez volvían a él a través de sus sueños. Se presentaban de manera imprecisa, con imágenes y sonidos distorsionados que le costaba interpretar. A pesar de que su mente no lograba retener todos los detalles, se despertaba cada mañana con una única certeza: tenía que salir vivo de allí. La búsqueda de la verdad era el motor que lo impulsaba a seguir respirando.

Tenía un nombre: Gertrudis.

Se lo había mencionado a Santiago en una de sus visitas, pero él también ignoraba quién podía ser. Le pidió que le preguntara a Rosario. Otro callejón sin salida: al parecer, nadie tenía la respuesta. Miró la fotografía de su madre. Sospechaba que era una de las mujeres que la acompañaba. Tenía que hablar con Teté González del Pino, aunque dudaba de que alguien como ella, que siempre procuraba guardar las apariencias, quisiera visitarlo en la cárcel. Y debido a su historia del pasado con Santiago, no se animaba a pedirle a su hermano menor que hablara con ella en su lugar.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el fuerte carraspeo que Remigio Iglesias soltó desde el catre de arriba.

—¿Estás bien, Lobito? —le preguntó, en son de broma. Conocía de sobra su respuesta. Para el exboxeador, la contemplación de "sus chicas" era algo sagrado.

El Lobo se tomó unos cuantos segundos para responder. Le costaba apartar sus ojos de aquellas imágenes tan tentadoras. Él no recibía cartas de su familia ni de alguna antigua novia que se sentía en falta por no presentarse los días de visita. Por esa razón, se dejaba llevar por la belleza casi perfecta de esas mujercitas que posaban delante de la cámara para que sujetos como él se olvidaran de la inmundicia que lo rodeaba. Soltó un suspiro y se sentó en el catre, con las piernas colgando.

—¿Te puedo decir una cosa, Panchito?

Fran acomodó la almohada y cruzó los brazos detrás de la cabeza. El Lobo le saldría con alguna frase filosófica. Murmuró un "sí" a medias.

—Esas niñas ni siquiera se imaginan el bien que le hacen a tipos como yo, que no tienen a nadie esperándolo afuera. ¡Ni siquiera un perro que me ladre!

Francisco sonrió. Llevaba cuatro años encerrado y muchas veces, cuando pensaba en sus días de juerga, la abstinencia se volvía insoportable. Él también extrañaba el roce de una piel suave y perfumada. En aquel instante, no supo si por necesidad o pura curiosidad, saltó del catre y le dijo a Remigio que quería ver algunas de las fotos que le acababan de enviar.

El Lobo se lo quedó mirando mientras se rascaba el mentón.

—¿En qué tanto estás pensando? —preguntó Fran, con impaciencia—. No voy a robártelas, solo quiero deleitarme la vista un rato —dijo por último, tratando de convencerlo.

Remigio puso las fotografías en fila encima del catre de Francisco. Eran doce mujeres diferentes. Morenas, rubias y hasta un par de pelirrojas.

Francisco era consciente de que el Lobo le estaba ofreciendo gran parte de su preciado tesoro y debía elegir bien. Paseó sus ojos oscuros por cada una de las fotografías sin decidirse. Eran mujeres muy bellas, todas sonreían de manera tan seductora que parecía que podían traspasar el papel. Entonces, el Lobo, como si se tratara de un juego de azar, sacó una fotografía de debajo de la manga del uniforme.

—La estaba reservando para vos. —Se la mostró, pero Fran no le hizo caso. Toda su atención se fijó en una foto que había quedado escondida entre otras dos y ahora se asomaba frente a sus narices.

El Lobo se encogió de hombros. Era evidente que Panchito ya había tomado una decisión. Recogió el resto de las fotografías y se las llevó de regreso a su catre.

Francisco no era capaz de apartar los ojos de aquella fotografía. La muchacha retratada no miraba a la cámara. Sus ojos azulados apuntaban ligeramente hacia arriba. A pesar de que sonreía, había un dejo de nostalgia en su mirada. Unas pestañas largas y espesas le daban un

toque de distinción. Llevaba el cabello suelto. Gruesos mechones castaños caían sobre sus hombros desnudos. Estaba arrodillada en una butaca y vestía solo una camisa roja que había sido mojada a propósito para revelar la redondez de los pechos y la dureza de sus pezones. Las manos, de dedos largos y delgados, se apoyaban sutilmente en sus muslos. Las pecas, la nariz respingada y su frágil estructura ósea le daban un aspecto aniñado que contrastaba con la sensualidad de su mirada y las formas femeninas de su cuerpo. Francisco estaba hipnotizado por aquella criatura hermosa que le devolvía una sonrisa triste.

El Lobo se dio cuenta de su reacción.

—Parece que la pebeta te pegó fuerte, Panchito.

Fran hizo caso omiso a su comentario. De repente, quería saberlo todo de ella.

—¿De dónde saca tu amigo las fotografías? —le preguntó mientras observaba cada centímetro de la imagen para tratar de descubrir algo más.

—No tengo idea, Panchito. —El Lobo jamás se había preocupado por el origen de aquellas fotos. Él solo las coleccionaba—. Supongo que las consigue en algún burdel.

Francisco se negaba a creer que aquella muchacha fuera una puta. La foto había sido tomada en una habitación de paredes grises. Detrás de la butaca donde estaba arrodillada la joven, se veía el jardín a través de una ventana abierta. Encendió la luz y acercó la imagen para ver mejor. Entonces distinguió la silueta de un animal. Le hizo señas a Remigio para que mirara él también.

—¿Qué ves, Lobo?

El Lobo tuvo que aproximarse más para poder descubrir qué era esa cosa amorfa que se asomaba en el fondo del jardín. Estaba tan concentrado, que se asustó cuando Fran de repente corrió hasta su catre para buscar la fotografía de su madre. Colocó ambas imágenes, una al lado de la otra y señaló con el dedo la estatua del león que aparecía detrás de Irene Navarro Soler y sus tres amigas.

—¡Es el mismo león! —exclamó Francisco asombrado ante semejante coincidencia.

—¿Estás seguro? —El Lobo veía cierta similitud entre las estatuas; sin embargo, no podía aventurarse a asegurar que se tratara de la misma.

Aunque era bastante frecuente ver ese tipo de esculturas en los jardines de algunas de las mansiones de Buenos Aires, había un rasgo en aquel león que lo hacía peculiar: tenía las fauces abiertas. Ese detalle estaba presente en las dos fotografías. ¿Casualidad? Francisco no creía en las casualidades. Cuanto más observaba la estatua, más se convencía de que tenía razón.

Mientras un mar de preguntas sin respuestas invadía su mente, una única certeza se instaló en el corazón de Francisco: su madre y aquella muchacha de ojos tristes habían estado, en algún momento de sus vidas, en el mismo lugar.

*

Barrio de Liniers, Buenos Aires, septiembre de 1951

El olor a café recién hecho provocó que Dante decidiera abandonar la tibieza de la cama. Cubrió su cuerpo desnudo con una bata y salió de la habitación. Pasó por la sala con sigilo para no despertar a Eleonora. Habían llegado de madrugada, mientras Reina dormía. Le dijo que podía pasar la noche en el sofá, que hablarían sobre su situación al día siguiente. Miró a su joven huésped un momento antes de continuar hacia la cocina. Había cierta paz en su rostro adormecido. Se volteó al escuchar que Reina se acercaba.

—Debiste contármelo —le reprochó en voz baja. Le dio un beso en la boca—. ¿Quién es?

Dante le puso una mano en la cintura y la arrastró de regreso a la cocina.

—La encontré escondida en mi auto. Se escapó de la casona y me suplicó que no la llevara de vuelta. —Recibió con una sonrisa la taza de café que Reina acababa de servirle—. No supe qué hacer.

Reina suspiró. Se asomó por la puerta entreabierta para asegurarse de que su inesperada visitante no se hubiera despertado. Miró a Dante con los brazos en jarra.

—Menos mal que sé lo mucho que te gusta lo que tengo entre las piernas, si no, me habría puesto muy celosa —protestó, mientras se acomodaba el escote del camisón al pasar junto a él —. ¡Es una belleza! ¡Aunque demasiado joven para un zorro viejo como vos!

Dante contuvo la risa. Los celos de Reina le causaban gracia. La siguió hasta acorralarla junto a la mesa.

—Un zorro viejo que te vuelve loca —le susurró al oído al mismo tiempo que sus manos le subían el camisón por las piernas.

Reina fingió estar ofendida, pero le costaba no reaccionar a sus caricias. Entrecerró los ojos cuando Dante comenzó a besarle el cuello.

Estaban tan entregados al placer que ninguno de los dos se percató de que Eleonora se encontraba parada junto a la puerta de la cocina, mirándolos, boquiabierta. Reina la vio por el rabillo del ojo justo cuando pretendía dar media vuelta e irse. Empujó a Dante a un lado y se acomodó la ropa con nerviosismo.

—Buenos días… vos debés ser la famosa Eleonora. —Reina se aproximó a ella con una sonrisa de oreja a oreja mientras Dante, excitado y aturdido, trataba de recuperar la compostura en un rincón de la cocina—. ¡Bienvenida a mi humilde morada! Mi nombre es Reina, ¿querés café?

Eleonora llevaba unas cuantas horas sin comer y el delicioso aroma del café era demasiado tentador como para rechazar su oferta.

—Vení. —La agarró del brazo e hizo que se sentara—. ¡Vas a probar la jalea de ciruelas más rica de tu vida!

Eleonora untó una tostada con la dichosa jalea y terminó chupándose los dedos. El café

caliente le devolvió el alma al cuerpo. Satisfecha, se limpió los labios con una servilleta.

—*Grazie*, Reina.

—*Prego*, Eleonora.

—*¿Sai parlare italiano?*

Reina meneó la cabeza.

—No tanto como me gustaría. Mi abuela lo hablaba cuando yo era niña. —Sonrió con nostalgia—. Luego de su muerte se fue perdiendo el interés por su lengua natal y ya nadie se preocupó por hablar en italiano.

Eleonora asintió.

—Entiendo. A mí me gustaría mejorar mi español, pero me resulta difícil.

—Si querés, yo puedo enseñarte español y vos me ayudás a reforzar mis conocimientos de italiano —propuso Reina.

A Eleonora le pareció una idea maravillosa. A Dante en cambio, la propuesta de Reina lo inquietaba. La chica había escapado de la casona y si la mantenían cerca de ellos, tarde o temprano su madre se enteraría de que la habían ayudado.

Pero Reina tenía otros planes y Dante lo comprobó cuando escuchó que invitaba a Eleonora a quedarse en su departamento hasta que encontrara un sitio mejor dónde vivir. Entonces decidió intervenir. Aprovechó que la joven italiana se fue a dar un baño para hablar con ella.

—¡No puede quedarse con vos! —le advirtió, molesto.

—¿Y qué haremos con ella? Es evidente que no tiene a nadie en Buenos Aires, y mucho menos un lugar donde quedarse. —Reina se puso a ordenar la vajilla para no mirarlo a los ojos —. Vos la ayudaste a escapar. Ahora no podemos abandonarla a su suerte. Es nuestra responsabilidad…

—¡Por Dios, hace apenas unas horas que la conocemos! ¡Además, Eleonora es una de las muchachas que más dinero genera en la casona! Lo sé porque mi propia madre me lo ha dicho. La llaman “la italianita” y es la preferida de los clientes… ¡No la van a soltar tan fácilmente!

Reina no le respondió. Necesitaba ganar tiempo para que Dante se hiciera a la idea de que estaba en el camino correcto. En su cabeza comenzaba a gestarse un plan; si salía bien, él terminaría dándole las gracias por insistir tanto en que Eleonora se quedara cerca.

Le rozó el brazo y sonrió.

—¿Confiás en mí?

Dante era incapaz de descifrar lo qué Reina estaba tramando. No le gustaba para nada lidiar con la incertidumbre; a ella en cambio, le fascinaba tener el control de la situación.

—Con los ojos cerrados —contestó por fin.

Reina le dio un ligero beso en la punta de la nariz y le indicó que se sentara. Ella se acomodó encima de su regazo y puso ambos brazos alrededor del cuello masculino. Ya no podía esperar más para contarle lo que tenía planeado.

Se lo soltó de sopetón y cuando Dante intentó interrumpirla para decirle que era una locura, le cubrió la boca con la mano.

—No digas nada todavía. Quiero que escuches hasta el final.

—Nosotros podemos cambiar el destino de esa muchacha y ella puede cambiar el nuestro. —Como vio que Dante estaba dispuesto a seguir escuchándola, apartó la mano de su boca—. Ella estuvo de acuerdo en que le enseñe a hablar español. No me costaría nada tratar de pulirla. Si me empeño, soy capaz de obrar con ella un milagro. Es bonita y tiene cierta elegancia que solo necesita ser esculpida. Con el tiempo y mi oportuna intervención, se transformará en la candidata perfecta para desposar al solterísimo empresario hotelero Dante Romano.

Él permaneció en silencio. No era fácil asimilar lo que acababa de decir Reina.

—Es imposible llevar adelante tu plan. —Se la sacó de encima y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa. Necesitaba ordenar sus pensamientos—. Mi madre conoce a Eleonora y jamás va a permitir que esa muchacha sea la esposa que todo el mundo, especialmente ella, desea ver a mi lado.

Reina se cruzó de brazos.

—Cuando vuelva a ver a Eleonora, te juro que apenas la reconocerá —le aseguró—. Si se da cuenta de que es la misma joven que tuvo trabajando en la casona, encontraremos una manera de convencerla de que nuestro plan va a funcionar. Comprenderá que solo una mujer como Eleonora, tan necesitada de ayuda, aceptará la propuesta que le haremos. Será como planteó doña Gertrudis: un matrimonio de apariencias en donde los sentimientos quedarán fuera de juego.

—¡No creo que Eleonora acepte semejante desatino! —repuso Dante, desconfiado.

—¿Por qué no? No tiene nada que perder y mucho para ganar. Incluso podrías ofrecerle dinero. ¡No va a ser de verdad tu esposa, solamente fingirá serlo! —Se acercó a él y le impidió que siguiera dando vueltas por la cocina como una fiera enjaulada—. La muchacha me cae bien y es evidente que te está muy agradecida por haberla sacado de ese lugar. Formar parte de nuestro plan puede ser su mejor manera de devolverte el favor. Hay que hablar con ella y ver qué dice.

Dante meneó la cabeza.

—Quizá mi madre, en un arranque de insensatez, acepte tu plan. Sin embargo, no creo que su socia esté de acuerdo.

Reina ya había pensado en una solución.

—Si el problema para esa mujer es que va a perder mucho dinero sin Eleonora, seguramente bastará con ofrecerle una cifra generosa para que no vuelva a molestar.

Dante no dejaba de asombrarse ante la determinación de Reina. Parecía tener respuesta para todos sus planteos.

—Querida, sé que justo ahora estás convencida de que es la mejor opción… Pero no conocemos a Eleonora realmente. No sabemos qué hay detrás de su llegada al país, ni cómo terminó trabajando para mi madre y su socia en la casona —le recordó.

—Si es eso lo que te preocupa, se lo preguntamos y salimos de dudas. —Reina abrió la puerta de la cocina y se dirigió rauda al cuarto de baño. Dante la siguió. Encontraron a Eleonora a medio vestir, luego de refrescarse en la tina. Alcanzó a cubrirse la parte superior del cuerpo con la blusa que le había prestado Reina antes de que ellos entraran.

—Perdón por la intromisión, Eleonora, pero queremos hablar con vos de algo muy importante. —Reina miró de reojo a Dante y comprobó que no estaba de acuerdo con lo que iba a hacer. No le importó. Terminaría cediendo.

Eleonora arrugó el ceño. Por un instante tuvo miedo de que la obligaran a volver a la casona.

—No hay nada de qué preocuparse —alegó Reina al ver cómo había cambiado la expresión de su rostro—. Queríamos conocerte un poco más antes de hacerte una propuesta que cambiará nuestras vidas para siempre.

—Reina… —Dante trató de intervenir, pero ella le indicó que guardara silencio.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó algo nerviosa.

—¿Qué estás dispuesta a hacer con tal de no regresar a ese lugar?

El miedo de Eleonora se acrecentó. Reina se acercó a Dante y tomó su mano.

—Nosotros nos amamos y no se nos permite vivir nuestro amor libremente. Tenemos que escondernos para estar juntos. —Hizo una breve pausa cuando Dante apretó sus dedos—. Gertrudis quiere ver a su hijo casado, y podremos seguir juntos, siempre y cuando él se muestre en sociedad como un hombre respetable; para ello debe ser también un buen esposo.

—No entiendo. ¿Por qué no se casan, si se aman tanto?

—Porque no soy la mujer apropiada para él —respondió—. La verdad es que Gertrudis no me soporta.

Eleonora comenzaba a sospechar qué era lo que pretendían de ella.

En pocas palabras, Reina le explicó el plan. La joven estaba consternada. Dijo que no quería volver a casarse por nada del mundo, y entonces Dante decidió participar.

—No sé qué es lo que ha ocurrido en tu pasado; aun así, creo que te he demostrado con creces que solamente quiero ayudarte. —Acompañó sus palabras con una sonrisa afable—. Te confieso que al principio no estuve de acuerdo con el plan de Reina; le dije que era una locura convencerte de que aceptaras casarte conmigo. Por lo que acabas de revelar, intuyo que has tenido una experiencia poco grata con un matrimonio no deseado.

Eleonora permaneció en silencio; su cabeza se iba poblando de recuerdos dolorosos. El asesinato de Michele, la boda con Vincenzo, la golpiza que provocó la muerte de su hijo y la madrugada en la cual escapó de Villa Regina con las manos manchadas de sangre. Empezó a temblar y todo a su alrededor se volvió confuso. Sintió que alguien decía su nombre.

—¡Eleonora! ¿Estás bien? —Dante se arrodilló frente a ella y la tomó de los hombros. Tenía la mirada perdida y parecía que iba a colapsar de un momento a otro.

Ella entonces lo miró.

—Me obligaron a casarme con alguien que no amaba —relató, al borde de las lágrimas—. El hombre de quien sí estaba enamorada terminó muerto por mi culpa. En uno de sus tantos arranques de ira, mi esposo asesinó al hijo que llevaba en mi vientre. Yo tuve que abandonar Italia para poner a salvo mi vida. ¡No puedo regresar! ¡No puedo!

Dante y Reina no supieron qué decir. La tragedia había golpeado a Eleonora de manera atroz.

—¿Cómo terminaste en la casona? —preguntó Reina.

Eleonora les contó sobre los Parodi y el hombre que la había engañado, haciéndole creer que iba a trabajar como criada en la casa de una familia italiana.

—¿Hay algo más que debamos saber? —Dante necesitaba todos los detalles para construir una historia sólida a la hora de convencer a su madre de que dejara a "la italianita" en paz.

Eleonora tragó saliva. No iba a confesarles lo que había sucedido con Vincenzo la noche de su huida. Aunque confiara en ellos, debía esconder esa verdad por su propio bien. Tenía que mentir.

—Mi esposo pertenecía a una de las familias más poderosas de la región de Campaña. Un día, se adentró con su barca en el mar y ya no regresó. Su familia me culpó de su desgracia; entonces decidí escapar de Italia.

—¿Está muerto? —Reina se paró junto a ella y le acarició el cabello.

Eleonora asintió.

—No es necesario que sepamos más. —Reina miró de reojo a Dante—. Después de escuchar tu historia, comprendemos tus razones para no querer involucrarte en nuestro plan.

Dante pensó que se iba a sentir aliviado; sin embargo, no estaba contento. El tiempo pasaba y su historia de amor con Reina pendía de un hilo demasiado delgado. Quizá ella estaba en lo cierto y tenían frente a sus narices la solución a todos sus problemas.

—Eleonora, si aceptás nuestra propuesta, te prometo que siempre vamos a cuidarte.

—Y yo me ocuparé personalmente de que a nadie le queden dudas de que sos la mujer idónea para llevar el apellido Romano por todo lo alto. Te convertiré en una dama digna de ser admirada por la frívola sociedad porteña —agregó Reina.

—Si tu esposo murió en altamar, no hay nada que te impida volver a casarte. Será un matrimonio solo en los papeles, Eleonora —le explicó Dante—. Nunca voy a exigirte nada.

Ella mostró recelo. Después de la terrible experiencia con Vincenzo, no era fácil confiar en un hombre que quería hacerla su esposa.

—¿Eso es verdad?

Él asintió.

—Dante jamás te pondrá un dedo encima —aseveró Reina, retomando la palabra. Estuvo a punto de decirle que podía quedarse tranquila, porque a él no le gustaban las mujeres, pero no tuvo el valor de contárselo. Temía que aquella infidencia terminara perjudicándolos de alguna manera.

—No tenés que contestar ahora —dijo Dante—. Hagamos lo siguiente: voy a llevarte a vivir a

uno de mis hoteles. Te vas a instalar en la suite principal que suelo ocupar yo cuando no tengo deseos de conducir hasta casa. Allí nadie te molestará y Reina podrá visitarte cuando quiera.

A Eleonora la propuesta no le pareció mal y aceptó.

—¿Puedo pasar por un lugar antes de ir al hotel?

—Sí, por supuesto. ¿Dónde querés ir?

—Al barrio de La Boca; a casa de los Parodi. Quiero preguntarle a la señora Beata si recibió carta desde Italia. Necesito noticias de mi familia; no sé nada de ellos desde hace varios meses.

Por supuesto, Dante y Reina no pudieron negarse a cumplir su deseo.



CUESTIÓN DE PACIENCIA

Sorrento, provincia de Nápoles, septiembre de 1951

Poco a poco, la mansión de los Gentile iba perdiendo esa majestuosidad que la había llevado a convertirse en una de las propiedades más codiciadas de la región. Doña Concetta había despedido a casi todos los criados. Solamente permanecían a su servicio la cocinera y el ama de llaves, que trataban de lidiar con la casa y hacían lo que podían.

Ante la apatía de su madre, Nunzio se hacía cargo de los negocios. Por fin ocupaba el lugar que le correspondía. Se marchaba temprano por la mañana y regresaba a Villa Regina entrada la noche. Cada día le hacía la misma pregunta: "¿Hay noticias de esa zorra?". Y él contestaba que no.

La anciana sentía que el tiempo se le acababa, y antes de morir quería cumplir con su venganza. Eleonora Ferrara debía pagar por su crimen. Ya tenía todo arreglado para cuando la tuviera frente a frente.

Descubrir los detalles de la fuga de Eleonora resultó sencillo. Bastó con mantener bajo vigilancia la tumba de Assunta. Si los rumores sobre un supuesto amante eran ciertos, él debía estar al tanto de todo. Así, una tarde Nunzio se encontró al alcalde, visiblemente afectado, delante del sepulcro. Cuando se acercó, Paolo Manfredi intentó marcharse, pero le mostró la culata del revólver y se quedó petrificado. Lo amenazó con pegarle un tiro allí mismo si no le contaba lo que sabía.

El alcalde, devastado por la muerte de Assunta, y con la tranquilidad de que Eleonora ya no corría ningún peligro, terminó confesándole que la esposa de su hermano había subido al barco, llevando un hábito de monja y documentación falsa a nombre de la hermana María. Cuando le dijo que desconocía el destino de la muchacha al otro lado del océano, Nunzio Gentile le creyó. Él ya tenía claro hacia dónde se dirigiría Eleonora una vez que pisara suelo argentino, y era precisamente esa certeza la que alimentaba día a día el deseo de volver a verla.

La idea de la carta había sido de su madre, y aunque su intención era encontrar a Eleonora para destruirla, él le seguiría el juego hasta descubrir su paradero.

Nunzio acababa de llegar de Nápoles. Golpeó la puerta y aguardó el permiso de doña Concetta para entrar.

—Adelante.

La voz débil le recordó cuánto dependía de él su madre.

—¿Cómo se ha sentido, madre?

La anciana movió imperceptiblemente la cabeza mientras entornaba los ojos.

—¿Cómo te ha ido en Nápoles? —A pesar de que ya no participaba como antes en la toma de decisiones, le gustaba saber todo lo que ocurría dentro de la organización.

Nunzio le contó todo con lujo de detalles porque sabía de su interés en mantenerse informada. Estaba a punto de retirarse para dejarla descansar cuando su madre lo detuvo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Nunzio suspiró. Él ya no quería llevar la cuenta; sin embargo, siempre contestaba a su pregunta sin chistar.

—Cinco meses, madre.

—¿Y cuánto hace que enviamos la carta a Buenos Aires? —insistió en saber, aunque conocía de sobra la respuesta.

—La enviamos en junio. ¿No lo recuerda?

—¿Has ido hoy a la oficina postal?

—Sabe que sí, madre. —Le mintió. De nada servía decirle que el cartero pasaba tres veces por semana por allí. Ella necesitaba que él le confirmara que iba todos los días.

—¿Por qué no escribe?

—Debemos tener paciencia. Argentina no está a la vuelta de la esquina y supongo que es normal que su respuesta tarde tanto en llegar.

Doña Concetta se quedó en silencio. Miró a Nunzio directamente a los ojos. No era la primera vez que creía percibir en su mirada un brillo extraño cuando hablaban de Eleonora. Lo que en el pasado era solo una sospecha, ahora se revelaba ante ella como una verdad dolorosamente absoluta.

—¿Crees que se dará cuenta del engaño?

Nunzio se encogió de hombros mientras pensaba una respuesta que la dejara satisfecha.

—Eleonora está lejos de su familia, y supongo que lo único que quiere es tener noticias de ellos. No se fijará en nada más, quédese tranquila. —Sonrió condescendiente.

—¡Dios te oiga, hijo! —Volteó la cabeza y cerró los ojos—. Estoy cansada, necesito dormir.

—Buenas noches, madre. —Nunzio apagó la luz y abandonó la habitación en silencio.

Al otro lado de la puerta, doña Concetta esperó a que su hijo se alejara del pasillo y se levantó de la cama. Se puso una gruesa bata encima del camisón y buscó un farol que tenía oculto en el fondo del armario. Se acercó a la ventana, que, al igual que todas las de la mansión, estaba tapiada con las cortinas. Espió el patio. La luna llena brillaba en el cielo y no soplaba una sola gota de viento.

Nunzio ya debía estar al otro lado del pasillo, encerrado en su habitación. Para evitar cualquier contratiempo, le echó llave a la puerta. Se giró sobre sus talones y caminó en línea recta hasta

uno de los dos paneles de madera que rodeaban la cama.

Tan solo unos segundos después, doña Concetta desapareció.

*

La Boca, Buenos Aires, septiembre de 1951

El lujoso automóvil atrajo todas las miradas a medida que avanzaba lentamente por las calles empedradas del barrio de La Boca. Varios vecinos se asomaban desde las ventanas de sus casas con paredes de madera y techos de chapa para verlo pasar.

La cupé Mercury Club giró en la calle Garibaldi y se detuvo frente a una construcción de dos pisos flanqueada por una cerca de tablas, que daban la impresión de que terminarían cediendo por su propio peso en cualquier momento. Un niño se asomó por el balcón para curiosear.

Eleonora sacó la cabeza por la ventanilla del automóvil y lo saludó con la mano.

—¡Giorgio!

El hijo menor de los Parodi se quedó con los ojos muy abiertos al verla. Apenas unos segundos después, salió corriendo de su casa, con los pies descalzos y la cara sucia. Llevaba una vieja pelota de fútbol apretada contra el pecho. Cuando Eleonora bajó del auto para darle un abrazo, se vio rodeada por sus otros hermanos. Los tres niños lloraban de alegría.

—¡Eleonora, pensamos que nunca más volveríamos a verte! —reclamó Luigi, mientras se secaba los mocos con la manga larga de su camiseta del club Boca Juniors.

Ella le revolvió el flequillo y luego le dio un sonoro beso en la mejilla. Cuando posó sus ojos azules en el rostro sucio y lloroso de Giorgio recordó el caballito de madera. ¿Qué diría si supiera que lo había dejado caer y ahora estaba roto, guardado en el fondo de su valija?

—¿Se acordaban de mí? —les preguntó, mirándolos a la cara, uno por uno.

—¡No hay un solo día que no pregunten por ti! —Beata salió de la casa, acomodándose el cabello debajo del pañuelo que le cubría la cabeza. Miró de reojo al hombre y a la mujer que acompañaban a Eleonora en aquel automóvil de lujo. Se aproximó a sus hijos y saludó a la joven con un caluroso abrazo.

Eleonora intuyó que, a esa hora de la mañana, Armando Parodi se encontraba en su trabajo. No quería preguntar por él, pero debía hacerlo.

—¿Su esposo está en el puerto? —Miró con insistencia hacia la casa, abrumada por el temor de haberse equivocado. Suspiró de alivio cuando Beata le dijo que Armando no volvía hasta la tarde. Se dio cuenta de que se había puesto nerviosa con la presencia de Dante y Reina. Les hizo señas para que bajaran del auto y poder hacer las presentaciones.

—Beata, ellos son Dante Romano y Reina Marino. Ella es la señora Beata Barbieri, hermana de Assunta, mi querida tía del corazón que quedó allá en Italia. —Eleonora no fue capaz de decir

nada más. Entre la emoción del reencuentro y el recuerdo de su familia, estaba a punto de llorar.

Aunque Beata tenía vergüenza de que aquella gente elegante viera las condiciones humildes en las que vivía su familia, los invitó a pasar a su casa. Eleonora y Reina aceptaron su ofrecimiento; Dante, en cambio, prefirió quedarse con los niños, que saltaron de alegría cuando les preguntó si querían subirse a su coche para dar una vuelta por el barrio.

Mientras les abría la puerta para que los tres se acomodaran en el asiento trasero, Reina lo espió sin que él se diera cuenta. Notó la sonrisa en sus labios mientras interactuaba con aquellos niños que acababa de conocer. Sintió un pinchazo en el corazón al comprender que, aunque se amaran con toda el alma, eso era algo que jamás le podría dar. Dolorosamente, enamorarse de ella significaba para Dante Romano renunciar a sus ganas de ser padre algún día.

Beata les ofreció una naranjada y las tres se sentaron alrededor de la mesa.

—El señor Fontana no volvió por el barrio después de llevarte a trabajar con esa familia italiana —comentó, contrariada.

Eleonora y Reina se miraron.

—Beata, ese hombre me engañó. No existía ninguna familia italiana interesada en emplearme como criada —dijo Eleonora, aliviada de comprobar que a ella también le habían mentido—. Terminé en una casona en el barrio de Barracas, trabajando en algo muy distinto…

Beata Barbieri se llevó la mano a la boca. El espanto se instaló en sus ojos claros.

—¡Oh, por Dios! ¡Dime que no te llevó a un burdel! —Miró a su alrededor cuando se dio cuenta que acababa de levantar demasiado la voz. Esperaba que los vecinos no la hubieran escuchado.

—No, no era un burdel…

—¡Pero la obligaron a hacerse fotos y a posar casi desnuda delante de un montón de hombres! —saltó Reina indignada.

Se hizo un silencio incómodo en la cocina de los Parodi, que se quebró cuando Beata se echó a llorar mientras le pedía perdón a Eleonora por lo que había pasado.

—¡Beata, no fue su culpa, ni la de su esposo! —la tranquilizó Eleonora—. ¡Ninguno de los dos podía sospechar lo que tramaba ese hombre!

—¡Teníamos que cuidarte y te dejamos en manos de la persona equivocada! —Beata se agarraba la cabeza—. ¡Le prometí a mi hermana que estarías a salvo conmigo y mira lo que ha pasado!

—Me ofrecieron un techo cuando llegué de Italia y me hicieron sentir como en casa. Estoy muy agradecida. —Eleonora sonrió para que no le quedaran dudas de que no la culpaba a ella por lo que había hecho Toño Fontana—. Lo peor ya pasó y encontré gente buena, dispuesta a ayudarme.

Reina le rozó el brazo en señal de apoyo.

—Dante y yo nos vamos a ocupar de que Eleonora no pase más penurias —aseveró—. No

tiene que preocuparse por ella ni por haber incumplido la promesa que le hizo a su hermana, Beata.

La mujer ya no lloraba. Un atisbo de paz se asomaba en su mirada. Se secó las lágrimas y se levantó de repente para ir a buscar algo a su habitación. Regresó con un sobre en la mano.

—¡Casi me olvidaba de dártela! —Puso la carta sobre la mesa—. Llegó hace poco más de un mes. Aunque viene a mi nombre, Assunta solo se dirige a ti. Te pido disculpas por haberla leído, pero pensé que a mí también me había escrito unas líneas.

Eleonora le dijo que eso no importaba y se abalanzó sobre la carta con el corazón en la garganta. Estaba fechada en el mes de junio, dos meses después de que ella huyera de Italia. Era más breve de lo que hubiera imaginado; el texto de color negro apenas cubría una carilla del papel. Salió al patio. Beata la siguió y Reina fue al encuentro de Dante. Eleonora contempló aquel papel algo amarillento durante unos cuantos segundos antes de comenzar a leer.

Mi querida Eleonora,

Espero que cuando recibas mi carta te encuentres bien. Tuve muchos reparos a la hora de enviarte estas líneas; ambas sabemos por qué, pero como imaginé que estarías preocupada, decidí escribirte de todos modos.

Domenico y Ludovica se preocuparon cuando supieron que te habías ido de Sorrento; sobre todo, después de lo que pasó. Hablé con ellos para explicarles que ibas a estar bien. Tu hermano se enojó, ya lo conoces; sin embargo, entendió que era lo mejor. Se quedaron tranquilos, aunque tanto ellos como yo te extrañamos demasiado.

Nunzio Gentile vino a verme. Te estaba buscando. Le dije que no sabía dónde te habías metido. No sé si me creyó; al menos no ha vuelto a molestarme. Hay cosas que no puedo mencionar en esta carta, por razones obvias, pero todo está bien por aquí.

Por favor, querida Eleonora, escribe apenas recibas esta carta para saber que Argentina te ha recibido con los brazos abiertos. ¿Estás viviendo con mi hermana y su familia? ¿Cómo se portan los chiquillos? ¡Espero que no te hagan renegar demasiado!

Cuídate y envíame noticias pronto, que queremos saber de ti.

Tu tía que te quiere,

Assunta

Eleonora volvió a recorrer el texto con la vista nublada por las lágrimas mientras intentaba descifrar qué se escondía detrás de las palabras cariñosas de su tía. Aunque le daba cierta tranquilidad saber que su familia se encontraba bien, un sentimiento de gran inquietud se apoderó de todo su ser. Nunzio estaba buscándola. Guardó la carta en el sobre cuando Beata regresó a la cocina.

—Mi hermana menciona a un tal Nunzio Gentile —comentó al pasar mientras sacaba una

cacerola del aparador para preparar el almuerzo.

Eleonora guardó silencio. No sabía qué responder. Se encontraba a miles de kilómetros de Sorrento; aun así, no se sentía a salvo.

—Sí. Los Gentile son los patrones de mi hermano.

Beata dejó la cacerola encima de la estufa y la miró con el ceño fruncido.

—¿Algo que ver con don Pasquale, el capo de la Camorra? Cuando Armando y yo nos marchamos de Italia, su viuda se había hecho cargo de todo. Tenían dos niños pequeños…

—¡No, esos eran otros Gentile! —mintió Eleonora para no tener que dar más explicaciones. Se puso de pie con la intención de irse. Los niños irrumpieron en la cocina, convirtiéndose, sin saberlo, en su vía de escape—. Creo que es mejor que me vaya. El señor Romano ha sido muy bueno al traerme hasta aquí, pero no puedo abusar más de su amabilidad.

—¿Confías en él y en la mujer que lo acompaña?

Eleonora asintió sin vacilar. Se despidió de los Parodi con la promesa de que pronto volvería a visitarlos.

Cuando salió a la calle, Dante y Reina la esperaban en el coche. Subió al asiento de atrás a toda prisa. Todavía llevaba la carta de su tía Assunta en la mano. Antes de que la cupé Mercury Club se pusiera en marcha. Eleonora les comunicó a ambos su decisión.

El miedo a que los Gentile pudieran seguir su rastro hasta Buenos Aires la impulsó a aceptar la propuesta de un matrimonio de apariencias con Dante Romano.

ARRIESGARSE POR AMOR

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, enero de 1952

Santiaguito Navarro Soler cumplía ocho años; su familia, como ya era costumbre, comenzaba a organizar la fiesta. Isabela quería que todo saliera según lo había imaginado. No se trataba solamente de agasajar al pequeño Santiago; todavía tenía la intención de juntar a Rosario y a su tía Débora, y el cumpleaños era la ocasión perfecta para echar a rodar su plan. Por supuesto no podía hacerlo sola, y contaba con la complicidad de su esposo.

El primer paso ya lo habían dado al enviarle la invitación a Teodoro Schneider con la petición expresa de que confirmara su asistencia y la de su esposa a la fiesta. La respuesta llegó el mismo día a través de un mensaje escueto, pero que sembraba de ilusión el corazón de Isabela. Schneider había decidido estar presente en el cumpleaños de quien consideraba un nieto, a pesar de no llevar la misma sangre. En la nota también aclaraba que Débora lo acompañaría.

Santiago y ella habían resuelto no decirle nada a Rosario por temor a que sufriera una decepción si Débora no aparecía en la reunión. Con un hombre tan impredecible como Teodoro Schneider, no podían fiarse.

La fiesta iba a hacerse en el jardín y los preparativos empezaron desde muy temprano. Aparte de la torta de cumpleaños y una gran variedad de dulces para los invitados más pequeños, había una mesa repleta de canapés y bebidas refrescantes para los adultos. Para amenizar la celebración habían contratado a un par de payasos acompañados por una orquesta de tres músicos.

Cuando Santiago entró en la habitación, Isabela se encontraba parada junto a la ventana, supervisando todo. Se acercó con sigilo y la abrazó por detrás. Depositó un beso en su cuello y deslizó las manos por las caderas femeninas, arrastrando, a su paso, la falda del vestido.

Isabela cerró los ojos. Los últimos días había estado tan atareada que hasta su matrimonio había padecido las consecuencias de su escaso tiempo y una mente llena de preocupaciones. Acarició las manos de Santiago y luego hizo que las apoyara sobre sus pechos. Él las acomodó justo como a ella le gustaba. Sus dedos no permanecieron quietos. Cuando tomaron por asalto los duros botones que se marcaban en la tela de la blusa, Isabela ahogó un gemido de placer.

—Te deseo, mi amor. —La íntima declaración de Santiago, susurrada al oído con tanta pasión, y la intensa respuesta de Isabela a sus caricias bastaron para que esa chispa que había estado apagada ardiera con la fuerza de un volcán.

Santiago la sujetó de la cintura para poder sentarla encima del alféizar de la ventana. Hicieron el amor a plena luz del día, con las cortinas abiertas.

Cuando se dieron cuenta de lo que acababa de pasar, no pudieron contener la risa. Isabela encontró su ropa interior detrás de un sillón. Se vistió de prisa mientras Santiago se acomodaba los pantalones. Se miraron un instante sin decir nada.

—¡No me importaría que esto se repitiera! —manifestó él, guiñándole el ojo.

—¡A mí tampoco! —le confesó Isabela—. ¡Pero ahora no solo le debemos a nuestro hijo una fiesta de cumpleaños inolvidable; la felicidad de Rosario y Débora depende de nuestro plan! ¡Tiene que salir todo bien!

Santiago estaba casi tan ansioso como ella. Necesitaba repasar los detalles una vez más para no dejar nada librado al azar. A él le tocaba la parte más difícil: lidiar con Teodoro.

—¿Tienes la llave del sótano? —le preguntó Isabela, mirándolo a través del espejo.

Él asintió y la sacó del bolsillo del pantalón.

—La llevo encima desde que sé lo que tengo que hacer.

—¡Perfecto! Espero que Teodoro no sospeche nada.

Santiago se aproximó a Isabela y apoyó las manos en sus hombros.

—No te preocupes por Schneider.

El ama de llaves llamó a la puerta. La necesitaban a Isabela en el jardín.

Santiago se aproximó a la ventana y observó cómo su esposa daba indicaciones a diestra y siniestra para que su hijo tuviera una fiesta de cumpleaños memorable. Ella misma se puso a colgar unos globos de colores en el escenario. Luego la vio conversando con el payaso que habían contratado, gracias a la recomendación de su amiga Nina Montero.

No podía saber si era joven o viejo porque llevaba la cara pintada de blanco y una peluca azul. Vestía un pantalón a cuadros con tirantes de cuero, una camisa adornada con una flor, un moño de lunares rojos en el cuello y un par de zapatones negros en los pies. De repente, se llevó una mano al bolsillo del pantalón y la abrió ante Isabela. No alcanzo a distinguir qué le estaba mostrando, pero por la expresión de sorpresa en el rostro de su esposa, debía ser algo excepcional.

No supo exactamente por qué, pero se sintió inquieto. La repentina aparición de aquel payaso y su acercamiento a Isabela lo dejó con una agitación extraña en el pecho.

*

Más tarde, ese día…

Rosario no estaba de humor para fiestas; sin embargo, era una tía consentidora y jamás faltaría al cumpleaños de su adorado Santiaguito. Se dejó arrastrar por el entusiasmo de Isabela y decidió

llevar un vestido nuevo.

No estaba segura de quedarse hasta al final, pero al menos estaría presente para cantarle el feliz cumpleaños a su sobrino. Se sobresaltó cuando Isabela entró de repente en su habitación.

—¡Deja todo lo que estás haciendo y ven conmigo a la cocina! —le ordenó.

—Todavía no me he peinado —respondió Rosario, confusa.

Isabela le quitó el cepillo y la tironeó del brazo.

—¡A la cocina! ¡Ahora! —No le dio tiempo a reaccionar. La arrastró hacia el pasillo y la fue empujando por las escaleras mientras Rosario preguntaba qué estaba ocurriendo.

La fiesta acababa de comenzar y había algunos niños correteando por el jardín. Aunque era un cumpleaños infantil, Santiago e Isabela invitaban a varios amigos. Gente del mundo del espectáculo que había compartido escenario con Isabela y compañeros del bufete de abogados donde se desempeñaba Santiago desde que había abandonado la carrera política.

Entre los invitados se encontraban Teodoro Schneider y su esposa Débora. Apenas los vio atravesar el portón de entrada, Santiago, siguiendo el plan al pie de la letra, se acercó a ellos para darles la bienvenida. Intuyó que Isabela ya se había encargado de sacar a Rosario de su habitación. Lo confirmó cuando la vio atravesar el jardín con una sonrisa en los labios.

—¡Tía, Teodoro, qué alegría que hayan podido venir! —le dio un abrazo a Débora y saludó a su esposo con un breve apretón de manos.

—No nos habríamos perdido el cumpleaños de Santiaguito por nada del mundo, ¿verdad, querida?

Débora asintió para sostener la farsa que llevaba adelante su marido. Estaba bastante pálida y el rojo de sus labios destacaba su tenue sonrisa. Schneider tenía un brazo alrededor de su cintura. Claramente intentaba que todos los vieran exactamente como lo que no eran: un matrimonio feliz.

—¡Los niños estarán tan contentos de verte! —exclamó Isabela, mirando de reojo a Santiago. —¡Samuel no ha dejado de preguntar si la bobe iba a venir a la fiesta! ¿Te gustaría entrar a la casa para verlos antes de que salgan al patio? Están terminando de vestirse. —Aquella última frase era la señal para poner en marcha la segunda parte del plan.

Santiago palmeó la espalda de Teodoro Schneider en un gesto amistoso. La cordial relación que habían tenido en el pasado le daba la ventaja de dirigirse a él con más confianza.

—Teodoro, ¿le gustaría acompañarme al sótano para elegir una botella de champán? —percibió un gesto de vacilación en el rostro del exdiplomático—. Recuerdo que usted siempre sugería lo mejor. Yo no soy experto en bebidas y no quiero avergonzar a mi familia.

—Ve, querido —lo animó Débora, ansiosa de sacárselo de encima, aunque fuera solo por un rato—. Yo aprovecharé para saludar a los niños.

Isabela y Débora se alejaron hacia la casa para entrar por la cocina, Santiago y Teodoro enfilaron rumbo al patio trasero. Allí, en el fondo de la propiedad, tapiada por una frondosa

enredadera, se encontraba la puerta del sótano en donde don Álvaro Navarro Soler había instalado una pequeña bodega. Santiago ingresó primero. Encendió una lámpara y le advirtió que tuviera cuidado al bajar porque uno de los escalones de madera estaba flojo.

El lugar olía a encierro y unas cuantas telas de araña colgaban del techo. Santiago no recordaba la última vez que había bajado allí. Cuando vio que Teodoro llegaba al final de las escaleras, colgó la lámpara en un clavo que sobresalía de la pared y retrocedió muy despacio, sin darle la espalda en ningún momento.

—¡Si tu padre viera en qué condiciones se encuentra este lugar, se levantaría de su tumba para venir a limpiarlo él mismo! —bromeó Teodoro, sacudiéndose el polvo que le había caído sobre los hombros.

Al ver que no le respondía, se volteó. Justo en ese preciso instante, Santiago cerraba la puerta del sótano. Teodoro subió raudo las escaleras y se detuvo a mitad de camino al recordar el peldaño flojo del cual le había advertido Santiago al entrar. Pensó que tal vez se trataba una treta para engañarlo; igual decidió avanzar con precaución. Al alcanzar la salida, comprobó desesperado que la puerta no se abría. La aporreó hasta quedarse sin aire. Se desgañitó pidiendo ayuda, pero la fiesta ya había comenzado y la música acallaba sus gritos. No era un hombre fuerte y los espacios cerrados le provocaban ansiedad. Se sentó en uno de los escalones y tuvo que aflojarse el nudo de la corbata para respirar.

No hacía falta pensar demasiado para descubrir por qué le habían tendido aquella trampa. Y él acababa de caer. Maldijo a Santiago Navarro Soler y a toda su estirpe.

*

Barrio de Almagro, Buenos Aires, unas horas después

Débora experimentó un cúmulo de sensaciones cuando entró al atelier. Bastó que el fuerte olor a aguarrás mezclado con el intenso perfume de Rosario invadiera el aire a su alrededor para darse cuenta de lo mucho que había extrañado cada rincón de aquellos muros cubiertos de telas, cuadros y adornos tribales. Habían hecho el amor en el diván que estaba bajo la ventana y sobre la mesa en donde Rosario guardaba sus enseres de pintura. Sonrió al recordar cómo su cabello había terminado enredándose con unos pinceles. Les había llevado un buen rato deshacer el desastre. Deslizó los dedos por el caballete de madera que sostenía un lienzo en blanco.

—No consigo decidir qué pintar —manifestó Rosario, avanzando hacia ella entre un tendal de cuadros que esperaban ser embalados para una exposición en una galería que acababa de inaugurarse en el barrio de Recoleta—. Invitaron a varios artistas a presentar una obra que resumiera en tres colores el momento más importante de su vida.

Débora se quedó contemplando el lienzo vacío en silencio. No había dicho ni una sola palabra

desde que abandonaran la mansión Navarro Soler, solapadas por su sobrina Isabela. Ver a Rosario después de tanto tiempo le había nublado la razón. Más allá de un dejo de tristeza en sus ojos, la encontró más hermosa que nunca. Y descubrió también que la amaba con tanta intensidad que se permitió pensar, por un instante, que su corazón enfermo volvía a latir con la fuerza de antes.

—Recuerdo exactamente cuál fue el momento más importante de mi vida. —Rosario se paró justo detrás de Débora y le acarició la espalda por encima de la camisa de seda color damasco.

Débora se estremeció por el roce de su mano y por recrear en su mente la tarde en que se vieron por primera vez.

—Ese día ni siquiera lo sospechaba; sin embargo, cuando te conocí comprendí que el amor y el deseo no entienden de normas ni de imposiciones; simplemente florecen, estallan y viven… o mueren, si se los deja. —Rosario hizo que Débora se volteara—. Por favor, amor mío, no condenes a morir todo lo bello que sentimos. No importa el tiempo que nos quede, quiero pasar cada segundo a tu lado, amándote, sintiéndote y cuidándote.

Los ojos de Débora se llenaron de lágrimas.

—Te amo, Rosario. Nada destruirá jamás lo que siento por ti. Ni siquiera este corazón achacoso que hoy saltó de alegría cuando te tuvo tan cerca. —Besó sus dedos con absoluta devoción mientras le pedía perdón por los silencios y la distancia.

A Rosario le temblaban las piernas. Había esperado tanto ese momento y ahora que lo vivía y ya no era un sueño, su alma desbordaba de felicidad. Estrechó a Débora entre sus brazos y la fragilidad extrema de su cuerpo le mostró la cruda realidad. Estaba tan delgada que se le notaban los huesos. Le acarició la nuca y tardó apenas unos segundos en soltarle el cabello. La apartó para mirarla.

—Siempre me gustó tu melena dorada. —Se la peinó con los dedos mientras intentaba sonreír para que ella no descubriera cuán afectada estaba por su delicada condición física.

—Y a mí me enloquece el olor de su piel.

—Quiero hacerte el amor en el diván… y sobre la mesa de los pinceles —declaró Rosario.

Débora comenzó a desabotonarse la camisa. Se desvistieron al unísono, sin dejar de mirarse. Desnudas, temblorosas y ardientes de deseo, se recostaron en el diván, bajo la ventana. Débora se tumbó sobre los almohadones, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Cuando Rosario hundió el rostro entre sus muslos, cerró los ojos y se mordió los labios.

La llevó a la cima del placer, llenándola de besos y caricias. Débora arqueó la espalda mientras sus manos estrujaban el almohadón en donde descansaba la parte superior de su cuerpo. Sintió que todo su ser se elevaba y quedaba suspendido en el aire. Su corazón bombeaba con fuerza y pensó que no le importaría morirse entre los brazos de la mujer que amaba.

Le costó recuperar el aliento y se arrepintió de lo que acababa de pensar cuando vio miedo en los ojos de Rosario.

—¿Estás bien? —le preguntó, con la voz entrecortada.

Débora asintió.

—No hay nada de qué preocuparse, amor mío. —Le acarició las mejillas y se incorporó para robarle un beso. Sintió un leve pinchazo en el pecho, pero prefirió ignorarlo y callar. No quería arruinar aquel glorioso momento con uno de sus achaques—. Es solo un poco de cansancio. Hace tiempo que no estoy acostumbrada a vivir emociones tan intensas.

Rosario tomó la mano de Débora y percibió un ligero temblor en sus brazos. Supo entonces que le estaba mintiendo; aun así, ella también decidió disfrutar del momento y espantó cualquier temor con una sonrisa.

—Sos hermosa cuando te reís —musitó Débora, acariciando suavemente sus dedos—. Lamento haber sido la culpable de perdernos tantos instantes maravillosos.

—No fue culpa tuya, mi amor. —Aunque no lo mencionaron, ambas estaban pensando en la misma persona. Rosario iba a decir algo, pero Débora la interrumpió.

—No hablemos de él, por favor —le suplicó.

—Tenés razón. No se merece siquiera que digamos su nombre en voz alta para maldecirlo. —Rosario se recostó sobre su pecho y cerró los ojos. Escuchando la respiración pausada de Débora, se quedó dormida.

Se despertaron un par de horas más tarde, cuando el teléfono comenzó a timbrar. Aturdida, Rosario se levantó y caminó desnuda hasta el extremo opuesto del estudio. Lo adivinó incluso antes de descolgar el auricular. Al otro lado de la línea, se encontraba Isabela.

—¡Rosario, Teodoro va para allá! ¡No pudimos retenerlo más tiempo en el sótano!¡Tengan cuidado, está furioso!

—¿Qué pasa? —Débora estaba sentada en el diván, abotonándose la camisa.

—Era Isabela. Llamó para decirme que Schneider viene a buscarte.

Un velo de tristeza cubrió el rostro de Débora.

—Sabíamos que esto iba a pasar, querida. —Se levantó y avanzó hacia ella con cuidado. Todavía le temblaban las piernas. Abrazó el cuerpo desnudo de Rosario y besó su cuello mientras la mecía suavemente—. No me arrepiento de nada. Lo volvería a hacer una y mil veces más.

Unos cuantos golpes a la puerta anunciaron la llegada de Schneider.

Rosario quiso abrirle, pero Débora prefirió ahorrarle un momento desagradable. Se despidieron con un beso que duró menos de lo que hubieran deseado. Solo Dios sabía cuándo volverían a tener la dicha de reencontrarse.

Débora le impidió a su esposo ingresar al atelier. Teodoro desistió de su propósito cuando ella le prometió que regresaría a su lado.

Rosario se acercó al ventanal para ver la partida de Débora. Sus miradas se cruzaron apenas un segundo, antes de que Teodoro Schneider obligara a su esposa a meterse en el automóvil.

Una angustiante sensación de vacío se instaló en el pecho de Rosario. Mientras el vehículo que llevaba a Débora se alejaba por la calle Tucumán, supo que ya no volvería a verla. Con lágrimas en los ojos, comprendió que el abrazo que se habían dado al separarse había sido una despedida.

Tan solo una semana después de aquel encuentro, Débora Eiserman murió en su cama, mientras dormía plácidamente.



PRUEBA DE FUEGO

Barrio de Montserrat, Buenos Aires, enero de 1952

Dante Romano se quedó boquiabierto cuando Eleonora apareció en el hall del hotel. La joven llevaba cerca de cuatro meses entrenándose con Reina, quien se había empeñado en transformarla por completo. Cuando se plantara delante de su madre, ella apenas la reconocería.

—¡Estás preciosa! —Dante hizo que se girara para admirar el elegante vestido que había elegido para la ocasión.

Eleonora sonrió mientras se retocaba el peinado. Uno de los cambios más radicales de su apariencia lo había sufrido su cabello. Ella misma decidió cortárselo estilo *garçon*, y aunque ahora apenas le cubría la nuca, mantenía sus rizos naturales.

—Gracias, Dante. ¿Reina no va a acompañarnos?

Él le puso una mano en la cintura y la escoltó hacia la salida.

—Creo que es mejor que no provoquemos a mi madre —repuso, a sabiendas de que les aguardaba un momento bastante complicado. Esa mañana le había anunciado a doña Gertrudis que conocería por fin a la mujer que oficialmente le haría sentar cabeza.

Durante el trayecto conversaron sobre temas de poca relevancia. Dante estaba tranquilo. Eleonora, en cambio, no dejaba de estrujar el lazo de su vestido.

—Todo irá bien.

—Admiro tu seguridad, Dante. Yo solo puedo pensar en cuál será la reacción de tu madre cuando me vea.

Dante sonrió, aunque por dentro sentía la misma inquietud.

Cuando detuvo el auto a pocos metros de la casa, Eleonora vaciló unos segundos antes de bajarse. Aceptó la mano que él le ofreció y avanzó con la cabeza en alto. Reina le había dicho que, aunque por dentro se estuviera muriendo de miedo, debía aparentar todo lo contrario.

Gertrudis los observaba desde una de las ventanas. Los recibió en el salón, ataviada con un sobrio vestido blanco de mangas largas y cuello con volados de gasa en color gris marengo.

—Buenas noches, madre. —Dante soltó a Eleonora y saludó a la anciana con un beso en ambas mejillas—. Está muy elegante.

Gertrudis le sonrió, pero de inmediato puso toda su atención en la joven que lo acompañaba. Experimentó una rara sensación al verla.

—Es un placer conocerla, doña Gertrudis —dijo Eleonora, rompiendo el incómodo silencio que se instaló en el salón.

—Madre, ella es Eleonora Ferrara, mi futura esposa. —A Dante no le gustó nada el semblante de su madre.

Dona Gertrudis no podía apartar los ojos de Eleonora.

—¡Dios mío! ¡No puedo creerlo! Sos vos, ¿verdad?

La joven miró a Dante, buscando su ayuda.

—No sé a quién se refiere, madre.

—¡Vamos, hijo! ¡No insultes mi inteligencia! —le recriminó—. ¡Es ella! ¡La maldita italianita que escapó hace unos meses de la casona! ¿Acaso pensaban que podían engañarme?

—Madre, usted fue la que propuso la farsa del matrimonio —le recordó, ignorando su sarcasmo.

—¿Cómo aceptó casarse con vos?

—Fue Reina quien la convenció. Ella también obró el milagro de que Eleonora sea digna de llevar el apellido Romano. —Dante sabía qué tecla tocar para amansar a la fiera—. No podrá negar que se ha convertido en una mujer completamente diferente. No queda nada de esa muchacha asustadiza que usted conoció hace unos meses. Hoy, Eleonora es toda una dama.

Doña Gertrudis no estaba ciega y el cambio era evidente. Si hasta le había costado trabajo reconocerla a primera vista.

—Es una locura pensar en ella para que ocupe el lugar de tu esposa —repuso, haciendo un ademán de negación con ambas manos—. En el mejor de los casos, yo podría hacer la vista gorda y olvidarme de dónde salió, pero ¿qué hay de Virginia? Aunque el negocio ha prosperado mucho en los últimos tiempos, no hay un solo día que no se lamente por haber perdido a “la italianita”.

—¡Yo no voy a regresar nunca a ese maldito lugar! —reaccionó Eleonora, exaltada.

—¡Vaya, parece que la italianita ya sabe hablar en español con propiedad! —exclamó Gertrudis, asombrada por su manera de expresarse. A pesar de que no estaba de acuerdo con los planes de su hijo, le gustaba lo que veía.

Dante, adivinando sus pensamientos, le habló con la verdad en la mano.

—Aunque nuestro plan se quede a mitad de camino y no se convierta en mi esposa, no voy a permitir que Eleonora vuelva a ese mundo al que nunca debió pertenecer. Si ella decide irse del país, yo mismo pondré en sus manos un pasaje para que regrese a Italia junto a su familia.

Eleonora lo miró. Jamás habían discutido esa posibilidad. Ella no podía volver a su tierra: había escapado con el letrero de “asesina” pegado en la frente.

—Hay algo que me preocupa más que la reacción de mi socia y amiga. Existe el riesgo de que alguien identifique a Eleonora como a la famosa italianita de la casona. Somos una familia demasiado conocida, salimos en las páginas de sociales y cuando llegue el momento de la boda,

será inevitable que la foto de los novios aparezca en todos lados. No podremos hacer nada en contra de eso —puntualizó Gertrudis preocupada.

—Tiene razón, madre. Será imposible controlar lo que suceda una vez que anunciemos la boda. Sin embargo, el verdadero escollo a sortear es Virginia. —Vio que doña Gertrudis asentía —. Solo hay una solución: ofrecerle una importante suma de dinero que compense lo que ha perdido durante los meses en los que Eleonora no trabajó en su negocio. Incluso estoy dispuesto a cederle acciones de nuestra cadena de hoteles si el monto que pongo a su disposición no le parece suficiente.

—¡Eso no! —replicó la anciana, perdiendo la compostura—. ¡No voy a regalar lo que tanto esfuerzo nos ha costado a tu padre y a mí! ¡Que se conforme con el dinero!

—Estoy de acuerdo. —A Dante ya no le preocupaba lo que su madre pensara acerca de la boda con Eleonora. Todo estaba saliendo mejor de lo que habían previsto, y aunque no aceptara del todo a la mujer que eligió por esposa, acabaría cediendo con tal de que dejaran de poner en tela de juicio la hombría de su hijo—. ¿Cree que será posible persuadirla de que se olvide de la italianita?

—Virginia está acostumbrada a hacer su voluntad. Aprendió a valerse por sí misma tras la muerte de su esposo y no tolera que traten de manipularla —argumentó Gertrudis, echando por tierra cualquier esperanza que Dante y Eleonora pudieran albergar de salirse con la suya—. Aun así, si hay una persona en este mundo a la que mi amiga escucharía, esa soy yo.

—¿Usted hablaría con ella en nuestro nombre? —preguntó Dante.

Resignada a perder ante la férrea terquedad de su hijo, Gertrudis no tenía más opción que intervenir para que nada ni nadie impidiera su matrimonio con Eleonora. Se dirigió a ella y se permitió una sonrisa.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, muchacha?

—En realidad, no —le confesó Eleonora, mirando a Dante de reojo—. Tuve muchas dudas cuando me propusieron ser la esposa de su hijo.

—¿Qué te llevó a aceptar? —A la anciana le interesaba saber por qué alguien como ella se involucraría en un plan donde tendría que fingir delante de todos que era feliz en su matrimonio.

Eleonora podría haber mentido para saciar su curiosidad; pero no lo hizo.

—Abandoné a un mal hombre en Italia… me escapé porque su familia no me perdonó que haya perecido en el mar. Ellos creen que se dejó morir porque no soportaba la vida sin mí y quieren que pague por ello. —Percibió una mezcla de sorpresa y espanto en los ojos de la anciana—. Como comprenderá, no puedo volver a mi país. Yo sé que Dante va a protegerme. Decidí ser su esposa porque él me necesita y yo lo necesito a él.

A doña Gertrudis no le parecía sensato que su hijo se casara con una mujer que lo pondría en la mira de una familia peligrosa.

—Dante, por favor. —Se acercó a él y tomó su mano—. Te pido que lo pienses mejor.

—No hay nada que pensar, madre. Eleonora es la indicada.

Gertrudis se volvió hacia ella.

—¿Te han contado la razón que los lleva a concretar un matrimonio de apariencias?

Dante se soltó con brusquedad. No podía creer que su propia madre se valiera de un truco tan sucio para persuadir a Eleonora de rechazar su propuesta.

—¡Eleonora sabe todo lo que tiene que saber, madre! —le lanzó una mirada intimidante—. ¡Ni siquiera lo intente!

Eleonora se dio cuenta entonces que había algo más en toda aquella historia que tanto Dante como Reina callaban. Un secreto que doña Gertrudis sí conocía. No hizo ningún comentario; después de todo, ella tampoco les había contado toda la verdad sobre su pasado.

Gertrudis los sorprendió a ambos al proponer un brindis.

—¡Por un matrimonio sólido que acalle todos los rumores que por años han ensuciado nuestro apellido! —Alzó su copa y se bebió el champán de un solo sorbo—. ¿Para cuándo es la boda?

Dante y Eleonora intercambiaron miradas. Ya habían fijado una fecha.

—Queremos casarnos en marzo.

—¡Eso es dentro de dos meses! —exclamó doña Gertrudis mientras hacía cuentas—. Hay que organizar la pedida de mano, mandar a confeccionar el vestido de novia con la mejor modista de Buenos Aires y, por supuesto, buscar el lugar para la recepción…

Dante la interrumpió para que no continuara haciendo planes.

—Madre, nosotros preferimos algo discreto. Recuerde que no nos conviene exponer innecesariamente a Eleonora para que nadie pueda reconocerla.

—¡Cierto, hijo! ¡Podés quedarte tranquilo, voy a aceptar todo lo que decidan! —concedió. Estaba entusiasmada y no se preocupó en ocultarlo. Su hijo por fin iba a casarse. Observó a Eleonora mientras terminaba de beberse el champán. Su cambio de apariencia la había convertido en una mujer más que interesante. Sonrió para sus adentros. Si de ella dependía, Dante terminaría olvidándose de esa pasión malsana que sentía por la tal Reina y se enamoraría de su joven y bella esposa.

*

Cementerio de La Tablada, provincia de Buenos Aires, enero de 1952

Los restos de Débora Eiserman descansarían eternamente junto a los de su hija Magdalena. Esa había sido su última voluntad e Isabela se ocupó de cumplirla.

Su querida tía fue despedida en una ceremonia íntima con el rabino que la había acompañado espiritualmente desde que le fue permitido revelar su condición religiosa, después de ocultar que era judía durante sus primeros años en el país.

Además de los Navarro Soler y el viudo, que lucía demasiado compungido para resultar creíble, también estaban Nina Montero y Jedrek Goldmann.

Aunque llevaba unos enormes anteojos oscuros que le cubrían casi la mitad de la cara, todos vieron las lágrimas de Rosario. Santiago se acercó a ella y la abrazó. Rosario apoyó la cabeza sobre el pecho de su hermano, escondiendo el rostro para llorar por la muerte de su amada Débora. Hasta para darle su último adiós debía ocultar lo que sentía y fingir que estaba allí para despedir a una amiga muy querida, y no a la mujer de la cual se había enamorado. Depositó sobre el féretro la rosa blanca que llevaba en la mano y luego, siguiendo el ritual judío, dejó unas piedras al costado de su tumba. Cuando su hermano se acercó de nuevo a ella, le indicó que deseaba estar sola. Santiago le dio un beso en la frente y le dijo que no dudara en llamarlo si se sentía a la deriva. Preocupado, la observó mientras se alejaba. Giró sobre sus talones, buscando a Isabela. Ella también estaba destrozada por la muerte de Débora y necesitaba su apoyo.

No estaba preparado para lo que vio. Su esposa lloraba desconsolada entre los brazos de Jedrek Goldmann. Santiago creía que ya había superado esos celos irracionales que lo corroían por dentro cada vez que el joven polaco se encontraba cerca de Isabela. El horror que ambos habían vivido en los campos de concentración los mantenía unidos de un modo tan íntimo y especial que, en muchas ocasiones, él se sentía completamente excluido.

Jedrek sostenía a Isabela contra su pecho mientras le acariciaba el cabello. Nina, su novia, estaba parada a su lado. No parecía molesta o incómoda con la situación. Santiago envidiaba su capacidad de comprensión. Él no dudaba del amor de su esposa, mucho menos de su lealtad; sin embargo, sabía de sobra que Jedrek había estado enamorado de Isabela en el pasado y cualquier gesto de cariño hacia ella le provocaba inquietud.

Isabela se apartó del joven y él enjugó sus lágrimas con un pañuelo que sacó del bolsillo del pantalón. Santiago experimentó una especie de *déjà vu*. En su mente recreó la escena en la cual Isabela y el payaso que había sido contratado para animar la fiesta de su hijo comenzaron a conversar. Recordó que él le había entregado un objeto que Isabela envolvió con su mano. En aquel momento, le pareció extraña la complicidad entre ambos. Ahora lo entendía todo. El payaso no era otro que Jedrek Goldmann. ¿Por qué su esposa se lo había ocultado? Se aproximó a Isabela para imponer al polaco su presencia.

—Querida, ¿nos vamos? —Le puso la mano en la cintura y la separó de su amigo.

Se generó una gran tensión entre ambos hombres. Isabela, afligida como se encontraba, no se percató de nada. Nina Montero intervino para evitar un posible conflicto, que nadie necesitaba. Tironeó del brazo a su novio y le dijo que no se sentía bien. Jedrek captó el mensaje. Justo antes de atravesar la entrada del cementerio, se detuvo y miró hacia atrás. Santiago lo estaba observando. Llevaba viviendo seis años en aquel bendito país y tras una vida desdichada en donde había perdido tanto solo por sus creencias religiosas, podía decir que finalmente era feliz: la relación con Nina estaba en su mejor momento y trabajaba en lo que le gustaba.

Nina atrajo su atención, acomodándole el nudo de la corbata.

—Lo importante es que pudiste acompañar a Isabela en un día tan triste para ella —dijo, restándole importancia a los celos de Santiago. Sabía que eran infundados. Ella no desconfiaba de Jedrek y no iba a empezar justo ahora.

Él asintió. No quería decir nada que dejara en evidencia el inmenso cariño que sentía por Isabela. Nina podía malinterpretarlo. Ni ella, ni Santiago, ni nadie que no hubiera vivido lo que ellos habían vivido entenderían el vínculo sagrado que compartían. Abrazó a Nina para que no le quedaran dudas de quién era la dueña de su corazón y se alejaron del cementerio tomados de la mano.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, esa misma noche…

Isabela no tenía ánimo para abandonar la habitación y cenar. Estaba metida en la cama desde que habían regresado del funeral y solo deseaba dormir. Rosario no se encontraba en la mansión; había decidido lamer sus heridas en la soledad de su atelier, el último sitio en el cual Débora y ella estuvieron juntas. Los niños estaban tan tristes por la muerte de su querida bobe que se habían acostado juntos en la cama del pequeño Samuel, abrazando uno de sus retratos.

Las cortinas permanecían entornadas, y cuando Santiago abrió la puerta, Isabela se cubrió la cabeza con un almohadón para esquivar el halo de luz que se coló en la habitación. Rodeó la cama y se acostó detrás de ella para abrazarla. Isabela se acurrucó contra su pecho y rompió a llorar.

—Llorá todo lo que quieras, mi amor —le susurró al oído mientras la mecía suavemente.

Ella asintió. Dejó que la acunara entre sus brazos hasta quedarse dormida. Cuando despertó, ya comenzaba a clarear. Santiago estaba a su lado. Dormía profundamente. Se levantó con cuidado para no despertarlo y fue a darse un baño. Al regresar a la habitación, unos minutos más tarde, él estaba sentado a los pies de la cama. Sostenía un objeto en la mano. Descubrió enseguida de qué se trataba. Alzó la cabeza y la miró.

—¿Por qué no me dijiste que Jedrek sería el payaso en la fiesta de cumpleaños de Santiaguito? —Le mostró la medallita que acababa de encontrar en uno de los cajones de la mesita de noche —. ¿Qué es esto? Te lo dio ese día, ¿verdad? Yo los vi juntos.

Isabela se acercó a él y se sentó a su lado.

—Te pido disculpas por no habértelo dicho. Jedrek me propuso ser el payaso de la fiesta y no pude decirle que no. Él insistió en que no te lo dijera. ¡No fue por nada en particular! —se apresuró a aclararle—. Jedrek sabe que te molesta verlo junto a mí y no quería perderse el cumpleaños de Santiaguito. Esa medalla es para él. Le pertenecía a uno de sus hermanos

pequeños y quería que nuestro hijo la tuviera.

Santiago tragó saliva. Se sentía un completo imbécil.

—¿Su hermano murió en la guerra?

Isabela asintió.

—En un campo de concentración. No le entregué la medalla a Santiaguito aún porque me gustaría que fueras tú quien la cuelgue en su cuello. Estaba esperando el momento oportuno para contártelo… pero te adelantaste y, como me temía, pensaste lo peor.

Santiago, muerto de la vergüenza, no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Una vez más, me dejé llevar por mis estúpidos celos. Necesito que me perdones, Isabela. —Estaba visiblemente arrepentido—. Jamás puse en duda tu lealtad. Sé que tu amor es incondicional y no hay un solo día que no me lo demuestres, a mí y a nuestros hijos. —Tomó coraje para mirarla a los ojos—. Ocurre que tu conexión con Jedrek es tan especial que cada vez que los veo juntos siento que estoy de más. Hay una especie de halo que los envuelve y los mantiene apartados del resto del mundo… un mundo en el cual todos los que estamos alrededor no podemos entrar.

Ahora le tocaba el turno a Isabela de sentirse en falta. Sin quererlo, en su afán de conservar la amistad con Jedrek, había alimentado los celos infundados de su esposo.

—A Jedrek y a mí nos une la tragedia y el dolor de la pérdida. No ha sido sencillo olvidar lo que nos hicieron. Es verdad que cuando estamos juntos nos dejamos llevar por la historia que vivimos y eso excluye a los demás, pero no lo hacemos adrede.

—Lo sé, mi amor. Es que me gustaría ser parte de ese vínculo a pesar de que no atravesé la misma tragedia. Probablemente a él no le interese ser amigo de alguien como yo, y no lo culpo.

—No digas eso, Santiago. Jedrek te estima mucho y te admira.

Santiago la miró, incrédulo.

—¿Eso es verdad o me estás tomando el pelo?

Isabela esbozó una sonrisa.

—Si te hubieras sentado alguna vez a conversar con él, descubrirías que es un joven muy amigable, con una gran sensibilidad artística. Y lo que es más importante… ¡está perdidamente enamorado de Nina! —Le acarició la mandíbula con la punta de los dedos—. El afecto que Jedrek siente por mí es el de un hermano mayor.

—Pero en el pasado sentía otra cosa —acotó Santiago, arrepintiéndose de inmediato de sus palabras—. ¡Perdón, no debí mencionarlo!

—Es la verdad —reconoció Isabela—. Cuando nos conocimos se acercó a mí con un interés amoroso; pero jamás intentó nada, ni siquiera durante el tiempo que compartimos en Londres. Luego decidió venir a buscarme, y en el camino se cruzó con Nina. ¡Y hoy es muy feliz con ella!

—¿Y vos, Isabela… sos feliz conmigo o las tonterías que cometo me convierten en un hombre poco confiable?

Ella meneó la cabeza.

—Eres un padre amoroso, un hermano leal y un marido apasionado. ¡A pesar de nuestras circunstancias en ese momento, bendigo la noche en que te conocí!

Santiago se miró la mano. Aunque habían transcurrido cinco años, aún se podía distinguir la cicatriz que le habían dejado los dientes de Isabela después de que ella lo mordiera al despertarse de una de sus pesadillas.

—Jamás voy a olvidar esa noche, mi amor. Parecías un cervatillo asustado y lo único que quería era abrazarte muy fuerte para que ya no sufrieras…

—¿Me abrazarías ahora?

—Ahora y siempre, querida mía.



LIBRE

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, agosto de 1953

La voz profunda del tenor italiano Beniamino Gigli retumbaba por toda la casa. Su versión del "Nessun dorma", de Puccini, era una de las favoritas de Eleonora. Se había vuelto una gran aficionada a la ópera y asistía a muchas veladas en el Teatro Colón. Dante, tratando siempre de complacerla, alentaba su pasión por la música.

Eleonora no era feliz, pero al menos llevaba una vida tranquila como la esposa de un respetado hombre de negocios. Más allá de la tensa relación con Gertrudis, sus días transcurrían sin ningún sobresalto. Disfrutaba de la ópera, había vuelto a dibujar y de vez en cuando salía a pasear con Reina por las calles de Buenos Aires.

Esa tarde Dante había llamado para avisar que no lo esperaran para la cena. La excusa era la visita de un importante político norteamericano que iba a hospedarse en su hotel; la verdad era que deseaba pasar la noche con Reina. Aprovecharía su ausencia para hacer algo que venía postergando desde hacía meses. Era hora de escribir a Italia. Por cautela, había dejado pasar cierto tiempo para no poner en riesgo a sus seres queridos. La tía Assunta había mencionado a Nunzio Gentile en su carta, y era precisamente esa visita para preguntar por ella lo que impidió que le respondiera antes.

Tarareó el "Nessun dorma" mientras buscaba papel y pluma. Luego se sentó frente al secreter sin saber cómo empezar. Le habían pasado tantas cosas desde su llegada a Buenos Aires que sentía que una sola carta no sería suficiente. Contempló el papel en blanco y dejó salir todas esas palabras que tenía encerradas en el pecho.

Querida tía Assunta, espero que cuando esta carta llegue a sus manos se encuentre muy bien. He decidido esperar un tiempo para ponerme en contacto con usted, pero los meses pasan y la angustia de no tener noticias se vuelve insoportable.

Por aquí, mi vida ha sufrido varios cambios desde que bajé del barco que me alejó de Italia. La familia de su hermana me abrió las puertas de su humilde hogar y viví con ellos durante un tiempo. ¡Sus tres sobrinos son adorables! ¡Ojalá pueda conocerlos usted algún día! Cuando me fui de allí caí en la trampa de un mal hombre, que me hizo creer que trabajaría como criada en la casa de una familia italiana. Todo era mentira. Me llevó a un

lugar en donde me tomaban fotografías de contenido erótico para caballeros. Nunca me obligaron a desnudarme y nunca nadie me puso una mano encima; aun así, la mirada de esos hombres me hacía sentir muy sucia. Lo único que rescato de esa época aciaga es haber conocido a Carmelita, una simpática catalana que se ganó mi amistad a fuerza de chistes malos y palabras de ánimo. En ese terrible lugar también recuperé mi afición al dibujo. Mi compañera no dudó en ayudarme cuando le dije que quería escapar. Lo hice escondiéndome en el automóvil del hombre que hoy es mi marido. Sí, tía… Me casé hace cinco meses. Él se llama Dante Romano y nuestro matrimonio es una farsa. Dante buscaba una esposa y supongo que yo necesitaba un buen lugar en donde esconderme. Todavía me acosa el miedo de que los Gentile me encuentren y me lleven de regreso a Italia. Si eso sucede, me temo que antes de ir a parar a la cárcel por haber asesinado a Vincenzo, pasaré por las manos de la Camorra.

Dante prometió cuidar de mí, y aunque está enamorado de otra mujer, nunca me engañó. Se casó conmigo para poder verse con ella en secreto y pasearse de mi brazo delante de la gente. No soy feliz, pero acepté ser parte de esta mentira y tengo que lidiar con ello. Reina, la mujer de la cual está enamorado mi esposo es hoy mi única amiga en Buenos Aires. Ella me enseñó a hablar español y todo lo que hacía falta para estar a la altura de los Romano. Si usted me viera, no me reconocería. Me han transformado en una dama elegante y sofisticada. ¡Incluso me he cortado el cabello!

Mis días se parecen demasiado unos a otros. Supongo que llevo la vida de cualquier mujer en la misma situación que yo. Me aficioné a la ópera y puedo sentirme cerca de mi añorada Italia escuchando su música en la voz de los mejores tenores. Gigli es uno de mis favoritos.

Mi suegra no estuvo de acuerdo con la boda, porque siempre supo de dónde había salido. Doña Gertrudis es una de las mujeres que dirige la casona en la cual me llevaron a trabajar en contra de mi voluntad.

Esta carta se está haciendo demasiado extensa. Mañana mismo me acercaré a la oficina postal para enviársela, bajo el nombre de su hermana Beata. Quedaré a la espera de su respuesta para que me dé noticias de Domenico y Ludovica. ¡Los echo tanto de menos! Quisiera escribirles, pero el miedo me lo impide. Por favor, tía, hable con ellos, dígales que yo estoy bien y que algún día no muy lejano volveremos a vernos. No sé si en Italia. Quizá ellos puedan viajar a Buenos Aires. Aquí los voy a estar esperando con los brazos abiertos. ¡Por favor, no se olvide de decírselo!

¿Puedo pedirle algo antes de despedirme? Deje una flor en la tumba de Michele en mi nombre y dígale que, aunque ya no lo vea, sé que continúa junto a mí. Él lo entenderá.

Le mando un abrazo muy fuerte. Su sobrina del corazón que nunca la olvida,

Eleonora

Dobló el papel en dos y lo metió dentro del sobre. En la parte posterior, escribió el nombre de Beata Barbieri y la dirección del departamento donde vivía Reina en el barrio de Liniers. Era la única manera de que su carta llegara a destino sin poner en peligro a nadie.

Guardó la carta en el cajón del secreter y puso otro disco en la vitrola. El elegido fue el gran Enrico Caruso, interpretando *Il Trovatore*, de Verdi. Eleonora se acostó en la cama, cerró los ojos y dejó que la música la llevara a su amada Italia.

*

Barrio de Palermo, Buenos Aires, octubre de 1953

La pesada puerta se cerró a sus espaldas y el estruendo lo dejó paralizado. Era un día soleado. Esa cálida mañana de primavera, la ausencia de nubes les regalaba a los porteños un cielo limpio, teñido de azul. Francisco tuvo que calarse la gorra para cubrirse el rostro. No estaba acostumbrado a recibir tanta luz solar y le picaban los ojos. El guardia que custodiaba la salida lo saludó con la mano. Aturdido, no fue capaz de devolverle la atención.

Santiago había conseguido que le redujeran la condena debido a su buena conducta. Aunque la liberación estaba pautada para treinta y seis meses más tarde, después de cumplir la pena de ocho años por cómplice en un homicidio, el juez que llevaba su causa, tras estudiar su expediente, resolvió concederle la libertad antes del cumplimiento total de la condena. Todo había sido tan rápido que le costaba hacerse a la idea de que era un hombre libre. Su hermano se lo comunicó en persona, aunque no sabía exactamente el día que lo soltarían. Francisco entonces le hizo una petición que Santiago, al principio, se negó a cumplir. No quería que la familia conociera la fecha de su liberación. Prefería mantenerla en secreto. Por esa razón nadie estaba esperándolo.

Lo más difícil había sido despedirse del Lobo. Él había sido trasladado a su pabellón para cuidarle las espaldas y ahora que ya no lo necesitaba, lo enviarían de regreso al suyo.

Deambuló por las calles mientras se llenaba los pulmones de aire y el paisaje de una Buenos Aires que no paraba de crecer quedaba atrapado en sus pupilas. Cuando comenzaron a dolerle los pies de tanto caminar, detuvo a un taxi.

—¿Adónde lo llevo? —le preguntó el conductor, mirándolo fijamente por el espejo retrovisor.

Francisco estaba tan ensimismado en sus pensamientos que tardó en responder.

—Al cementerio de la Recoleta, por favor.

Cuando llegaron se quedó parado en la vereda, contemplando la fachada del cementerio. Vio un puesto de flores junto a las columnas de acceso y se dirigió hacia allí para comprar un ramo de jazmines. Hacía años que no pisaba aquel lugar. Dobló a la izquierda y siguió derecho hasta el final del sendero. Sus padres yacían en tumbas contiguas. Don Álvaro había pedido ser enterrado al lado de su esposa y ahora estaban juntos. Al divisar el punto exacto donde descansaban los

restos de su madre, aminoró el paso. Había pasado el tiempo y él ya no era el mismo. Sin embargo, delante de aquella tumba de mármol negro, con dos parterres rebosando de flores frescas, volvía a sentirse tan triste y frágil como ese niño de diez años que había atravesado la peor de las tragedias… Una tragedia que continuaba sin respuestas.

La terrible decisión que tomó doña Irene Sandoval al cortarse las venas había arrastrado a su familia a una espiral de dudas y cuestionamientos. Francisco se puso en cuclillas y acarició el portarretratos. Sus dedos barrieron el polvo acumulado, dejando una huella sobre el cristal que protegía la foto de su madre. Recordaba exactamente el momento en el cual se la tomaron. Fue durante una fiesta de Navidad, en Las Acacias, un año antes de su muerte. Rosario acababa de recibir una cámara de regalo y capturaba con su lente todo lo que encontraba a su paso. Depositó sobre el mármol los jazmines que había comprado. Su intensa blancura resaltaba entre los crisantemos amarillos y los claveles rojos. Decidió hablarle en sus propios términos porque hacía tiempo que había perdido la costumbre de rezar.

—Mamá, soy yo, Fran… el mayor de tus hijos varones, el más travieso, pero también el que más te amó y el que más sufrió con tu muerte. —Se tomó un respiro antes de seguir. No era fácil hablar con una lápida fría—. Hubiese querido venir a verte antes. Estuve encerrado durante una larga temporada, pero he vuelto. Y no voy a descansar hasta descubrir por qué lo hiciste, mamá. —Tuvo que parpadear porque se le habían llenado los ojos de lágrimas—. Cuando decidiste acabar con tu vida comenzó nuestra pesadilla. Seguramente no hubieras querido que yo te encontrara de esa manera; pero el destino, la mala suerte o lo que sea que rige nuestras existencias, me abrió esa tarde la puerta de tu habitación y entré, sin imaginar la terrible realidad que me aguardaba.

Respiró profundo y el perfume de las flores que cubrían la tumba de su madre lo embriagó. Sintió unas fuertes náuseas y tuvo que ponerse de pie. Cerró los ojos hasta que la repentina molestia pasó. Cuando volvió a abrirlos, ya no veía jazmines blancos… Una enorme mancha de sangre cubría el portarretratos con la imagen de su madre. Le costaba respirar. Sacudió la cabeza porque aquello no podía estar sucediendo. Apretó los párpados con fuerza para que desapareciera. Fue abriendo los ojos muy despacio y comprobó que no había nada allí. Poco a poco comenzó a recobrar el aliento.

Necesitaba salir del cementerio. Aturdido, se alejó casi corriendo en busca de la salida. y caminó hasta la avenida más cercana para conseguir un taxi. Tendría que pagarle cuando lo dejara en su casa.

SILENCIO CULPOSO

Sorrento, provincia de Nápoles, octubre de 1953

A Doña Concetta no le gustaba discutir con su hijo. Revolvió el té con parsimonia. Se dio cuenta de que necesitaba algo más fuerte y dejó la taza en su sitio para servirse un poco de *limoncello*. El salón estaba envuelto en la penumbra, pero ella había aprendido a moverse en espacios con poca luz. Se acomodó en su sillón favorito con el vaso de licor en la mano para esperar a su hijo. Lo oyó entrar y cerrar la puerta. Sus pasos firmes se fueron apagando a medida que se acercaba a las escaleras. Antes de que pusiera un pie en el primer escalón, lo llamó por su nombre.

Nunzio se asomó al salón y vio la silueta de su madre en el sillón.

—¿Qué desea? Si no es urgente, primero subiré a mi habitación a darme un baño. —Se sacudió los rizos húmedos mientras comenzaba a desabrocharse la camisa.

—¿No tienes nada que decirme? —lo interpeló doña Concetta.

Nunzio se paralizó. Pensó inmediatamente en la carta de Eleonora, pero era imposible que lo supiera… ¿o no?

—Nada importante —respondió, tratando de no sonar nervioso.

—Es inútil que mientas, Nunzio. Sé muy bien que hoy llegó carta de esa zorra y que el empleado de la oficina postal, siempre tan solícito cuando hablo por teléfono con él, te la entregó hace unas horas. —Terminó de beber el *limoncello* y se puso de pie—. ¿Pensabas ocultármelo?

Ante el silencio culposo de su hijo, doña Concetta decidió que ella sí hablaría. Nunzio iba a escuchar todo lo que tenía para decirle.

—Ignoro cuáles son tus intenciones; sin embargo, como madre sospecho que has puesto tus ojos en la mujer equivocada. —Hizo un ademán al ver que él pretendía abrir la boca—. Esa mujerzuela ha traído la desgracia a nuestra familia. Vincenzo y tú han caído presos de un maleficio que sigue azotándonos hasta hoy. No importa que la zorra se encuentre a miles de kilómetros, ella siempre será como un fantasma, acechando en todos los rincones de Villa Regina.

—Madre…

—¡Si vas a mentirme, prefiero que no digas nada! —La mirada de doña Concetta selló los labios de su hijo—. Siempre he pensado que eras más fuerte que tu hermano menor. Salvaste su

vida en la guerra y has sido el mejor perro guardián que Vincenzo pudiera tener; pero hasta el perro más fiel se vuelve traicionero y muerde la mano de su amo.

—¡No tiene derecho a acusarme de nada, madre! —replicó Nunzio, beligerante—. ¡Jamás he traicionado a mi hermano! ¡Incluso cuando veía cómo maltrataba a Eleonora supe mantenerme al margen! Lo odié por lo que le hizo… pero es mi sangre y contra eso no se puede luchar.

Doña Concetta alzó un dedo acusador hacia él.

—¡No voy a permitir que antepongas la pasión malsana que sientes por esa perra al cariño y a la lealtad que le debes a tu hermano! ¡Enséñame esa carta ahora mismo! —exigió, gritándole.

—No puedo, madre —respondió Nunzio mientras contaba hasta diez para no estallar.

—¿Te estás burlando de mí?

Nunzio negó con la cabeza.

—La destruí y la arrojé bajo la lluvia.

Doña Concetta se abalanzó sobre él y le cruzó la cara de una bofetada.

—¿Por qué lo has hecho? —Le temblaba la voz y también la mano con la cual lo había golpeado—. ¿Qué te hizo esa mujer, hijo? ¡Te desconozco!

—Eleonora no tiene la culpa de nada —dijo, un poco más calmado—. Nunca debió casarse con Vincenzo. Yo no soy como mi hermano. A las mujeres no se las agrede. Lamentablemente, ella no lo supo ver a tiempo y pagó muy caro el decirme que no.

—¿Cómo has podido pensar en meterte con Eleonora sabiendo que tu hermano estaba loco por ella?

—Porque yo también enloquecí, madre —le confesó—. Puede quedarse tranquila. Le juro por la memoria de mi padre que nunca hubo nada entre Eleonora y yo.

—Aunque no hayas traicionado a tu hermano, es cuestión de tiempo para que corras al lado de ella y te olvides de tu sentido de la lealtad. ¿Ha dicho algo en su carta que delate su paradero? —indagó, sospechando que él no iba a contarle toda la verdad.

Nunzio, para congraciarse con ella o quizá para evitar que se negara a secundar el plan que tenía en mente, le contó que solo había conservado el sobre en donde figuraba su dirección.

—¿Puso su nombre en el remitente?

—No, utilizó el de la hermana de la modista.

—Entonces, ¿cómo podemos estar seguros de que la dirección es la indicada?

Nunzio se encogió de hombros.

—No es la misma de la otra vez, en el barrio de La Boca.

Doña Concetta asintió. Sabía que él no le diría nada más. Necesitaba encontrar otra manera de averiguar lo que decía aquella maldita carta.

—¿Volveremos a escribirle? —preguntó Nunzio, interesado en conocer los pasos a seguir.

—No, esta vez pasaremos a la acción. Ya tenemos el posible paradero de esa zorra. —Se quedó pensativa unos segundos.

—Sé que no confía en mí, madre. —Debía pensar muy bien lo que iba a decirle—. Yo puedo viajar a Buenos Aires y tratar de dar con ella.

—¡Por supuesto que no! ¡No voy a correr el riesgo de que esa mujer vuelva a salirse con la suya!

—¿Qué planea hacer entonces?

—Esperar el momento oportuno para actuar. Aunque mi deseo de venganza es grande, debemos dejar que el tiempo lo decida. Tú no eres el indicado y lo sabes, Nunzio. Eleonora Ferrara saldará su deuda con sangre… Y solo hay una persona en este mundo capaz de hacerla pagar.

Nunzio guardó silencio. Todavía no estaba dicha la última palabra. No importaban las consecuencias, él volvería a encontrarse con Eleonora muy pronto.

LA ÚLTIMA NOCHE

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, octubre de 1953

La emoción del reencuentro todavía flotaba en el aire. La llegada sorpresiva de Francisco a la mansión familiar se vivía con alegría festiva. Santiago había guardado celosamente el secreto a pesar de que muchas veces estuvo a punto de soltar la lengua; sobre todo, sabiendo lo contenta que se pondría su hermana Rosario.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte a vivir con nosotros? —Isabela le sonrió. Era una de las más felices con su regreso.

Fran la miró. Tenía una decisión en mente y nadie le haría cambiar de opinión.

—Si no es molestia, me gustaría mudarme al departamento de soltero de Santiago. Son mi familia y quiero pasar tiempo con ustedes para compensar estos años en los que estuvimos alejados, pero necesito mi propio espacio. Espero que lo entiendan.

Santiago, Isabela y Rosario asintieron casi al unísono. El departamento de Balvanera llevaba vacío desde hacía varios años y que Fran se instalara allí era una buena opción. Santiago lo había intuido y tenía algo preparado para él. Fue a su despacho y regresó unos minutos después con un manojo de llaves y un sobre cerrado.

—Son las llaves del departamento y una suma de dinero para que no te falte nada las primeras semanas. Sé que no lo hemos hablado de manera formal, pero si te interesa, hay un puesto en la empresa para vos. Puedo hablar hoy mismo con Mario Sanabria para redactar un contrato de empleo.

—Te agradezco la intención, hermanito. Con esto y lo que pude ahorrar en la cárcel gracias a mi trabajo en el taller, podré sobrevivir un tiempo sin trabajar. Se acabaron para mí las noches de juerga y despilfarro. —Desvió la mirada hacia el portarretrato con la foto de sus padres—. Si el viejo me oyera, se quedaría de una pieza. Siempre me lo reprochaba y yo no supe ver que me lo decía por mi bien. Lo descubrí demasiado tarde…

—Nunca es tarde para cambiar, Fran —repuso Isabela.

Disfrutaron de una cena en familia y Francisco pasó un rato con los niños. Santiaguito se acordaba de él y lo hizo sentir incómodo, acribillándolo a preguntas. Samuel, en cambio, se mostraba tímido porque no lo conocía, pero pronto entró en confianza. Isabela tuvo que interrumpirlos porque era la hora de irse a dormir. Los pequeños protestaron y cuando Fran les

dijo que obedecieran a su madre, lo hicieron sin chistar.

—Tienes buena mano con los niños —comentó Isabela, levantando a Samuel para llevarlo en andas hasta su habitación—. Vas a ser un gran padre algún día.

Francisco se quedó pensando en lo que acababa de decir su cuñada mientras recogía algunos juguetes del suelo. Rosario se acercó y lo ayudó a ordenar. Durante un largo rato, él respetó su silencio. Al terminar, la miró a los ojos y vio que estaba a punto de llorar.

—Vení, hermanita. —Fran abrió los brazos y Rosario se corrió hacia él—. ¡Lamento tanto que hayas perdido a Débora! Sé lo mucho que la querías.

—La perdí mucho antes de que ella muriera, Fran. Teodoro logró apartarla de mi lado y solo tuvimos una ocasión para vernos. —Le contó sobre el plan que habían urdido Isabela y Santiago en el cumpleaños de su hijo—. Unos días después de nuestro encuentro secreto, Débora murió… y yo no estuve con ella.

Fran la apartó y sujetó su rostro con ambas manos.

—Lo que importa es que pudieron pasar un tiempo juntas. Nadie podrá quitarte eso, Rosario. No puedo imaginar el dolor que estarás atravesando porque nunca amé a nadie de una manera tan intensa. —Ladeó la boca en una sonrisa de resignación—. Mi vida sentimental ha sido un completo desastre, lo sabés mejor que yo.

Ella consiguió sonreír. Le acarició el mentón cubierto de una incipiente barba.

—Es momento de que dejes el pasado atrás, Fran. Sos un buen hombre, aunque te cueste asumirlo. Cometiste muchos errores, es verdad. Sin embargo, tenés toda una vida por delante, solo es cuestión de que te arriesgues a vivirla. Vas a encontrar a alguien que te ame tanto que nunca te va a soltar. Te lo prometo.

—¿Y qué hay de vos? —Quería creerle, pero no era fácil borrar el pasado.

Rosario suspiró.

—No sé si algún día podré superar lo de Débora. Trataré de mantenerme ocupada para no pensar en lo que no pudo ser. Ella me pidió que no abandonara mi pasión por el arte y eso es lo que haré. —Le habló sobre la próxima exposición y lo invitó a pasar por su atelier para ver la obra en la cual estaba trabajando.

La mansión estaba en silencio. Todos se habían ido a dormir. Rosario le pidió que esa noche la pasara con ellos. Fran aceptó su propuesta. Se despidió de Rosario con otro abrazo y apenas puso un pie en la habitación de huéspedes, tuvo que volver a salir. Se aseguró de que su hermana no lo viera y bajó corriendo las escaleras. Tenía insomnio y tratar de conciliar el sueño sería casi imposible. Abandonó la casa por la puerta de la cocina y descubrió que su automóvil seguía allí. Estaba cubierto con una lona blanca. Lo envolvió la emoción al sentarse frente al volante. No sabía si iba a arrancar. Supuso que, en todo ese tiempo, el chofer o el mismo Santiago lo habían sacado para que no se oxidara. Sonrió cuando el motor ronroneó con suavidad. A través del espejo retrovisor vio que el portón de rejas estaba cerrado. Se bajó para abrir. Miró de reojo la

casa. Nadie se había percatado aún de su inminente escapada. Si alguno lo veía, seguro pensaría que había vuelto a las andadas.

Condujo hasta el centro. No fue hasta que se mezcló con el tránsito nocturno y los bocinazos comenzaron a retumbar en su cabeza que se dio cuenta de lo mucho que añoraba sentirse un porteño más. Pensó en pasar por El Gato Calavera y darle una sorpresa a lady Olivia; sin embargo, detuvo su automóvil en la avenida Corrientes, frente al Tabarís. El cabaret, frecuentado por la clase alta, había recibido en sus lujosas instalaciones figuras de la talla de Carlos Gardel, Federico García Lorca y hasta el príncipe de Gales, Eduardo de Windsor, lo visitó. Fran hurgó en los bolsillos del pantalón antes de bajar del vehículo. No podía entrar al cabaret con las manos vacías y hacer el ridículo. En el pasado había sido uno de sus clientes habituales, y algunas de las chicas que trabajaban allí seguramente se acordaban de él. Las marquesinas parecían estar llamándolo. No le hacía daño a nadie buscando un poco de diversión.

Lo recibieron como si no hubiera pasado el tiempo. El encargado, celebrando su regreso, le mandó una botella de su mejor champán a la mesa. Una pelirroja de curvas prominentes se sentó a su lado para acompañarlo. Fran apenas le prestó atención. Era bella y estaba más que dispuesta a complacerlo, pero él buscaba algo diferente.

Llevaba tres copas de champán encima cuando detuvo su mirada en una de las chicas del cabaret. Era de estatura pequeña y tenía el cabello oscuro. Levantó la mano para captar su atención y al verla más de cerca, comprobó que sus ojos eran grandes y azules. La invitó a sentarse con él en el área de los reservados. Para la chica, era otra noche de trabajo; para él, un ritual de despedida.

Después de un encuentro sexual no del todo satisfactorio, Fran se marchó del Tabarís por la parte de atrás. No quería cruzarse con algún conocido. Si su familia se enteraba, no entendería que lo había hecho como una especie de despedida a su antiguo estilo de vida. Necesitaba cerrar ese capítulo de su pasado para sentirse libre antes de ir en busca de la verdad.

Cuando llegó a la mansión familiar, creyó que nadie se había percatado de su ausencia. Entró por la puerta de la cocina y subió con sumo sigilo las escaleras. Apenas puso un pie en su habitación, la luz se encendió y Fran se llevó un susto de muerte. Al darse media vuelta, descubrió a Rosario, cómodamente sentada en la butaca que estaba junto a la ventana. Supo entonces que como castigo a su escapada nocturna recibiría, por lo menos, un duro sermón de parte de su hermana mayor.

—¿Qué estás haciendo despierta a estas horas? —Cruzó la habitación y fue a saludarla. Cuando atinó a darle un beso, ella alzó el brazo para detenerlo.

—No vas a comprarme con tus zalamerías, Fran —le dijo con voz cortante.

Él se arrodilló a su lado. Todavía se encontraba un poco mareado.

—Hermanita, si tengo que pedirte perdón por algo, lo voy a hacer. —Sujetó las manos de Rosario a pesar de que ella, al principio, trató de rechazarlo—. No me arrepiento de haber salido

a escondidas… quizá no debí aceptar el champán que abrieron en mi honor para darme la bienvenida.

—¿Dónde estuviste?

—No querrás saberlo —respondió Fran, arrastrando las palabras.

—Tenés razón. A veces es mejor ignorar ciertas cosas —admitió, pensativa.

—Si te lo hubiera contado, me habrías convencido de no salir —repuso él, conocedor de los efectivos métodos de su hermana a la hora de imponer su voluntad—. ¿Sabés qué fue lo primero que hice cuando salí de la penitenciaría?

Rosario negó con la cabeza. Ya no lo miraba con enojo. Su discurso la había conmovido.

—Fui al cementerio a ver a mamá, y frente a su tumba volví a verme como ese niño que pasó por la experiencia más trágica de su vida. —Guardó silencio un instante. No supo si era culpa del champán o si seguía afectado por la visita al panteón, pero sentía un nudo en la garganta—. Necesito entender por qué lo hizo para sanar mi alma. ¿Acaso vos y mis hermanos no quieren lo mismo?

Rosario asintió. ¿Quién era ella para impedirle que buscara esa verdad que tanto los atormentaba?

—La muerte de mamá nos quebró como familia, pero logramos salir adelante. —Le acarició la mejilla—. Contá conmigo para lo que necesites, Fran. Solo te pido que no vuelvas a las andadas.

Francisco apretó su mano y le sonrió.

—El Fran alocado e irresponsable que vivía de la noche, el alcohol y las mujeres quedó encerrado para siempre en esa penitenciaría —le aseguró—. La escapada de hoy fue una especie de adiós. Necesitaba despedirme del viejo Francisco para empezar de nuevo. Prometo que pondré todo de mi parte para que te sientas orgulloso de mí, hermanita.

A ella le bastaba con eso. Se levantó del sillón y antes de dejar la habitación, se dio media vuelta para desearle buenas noches. Entonces vio que Francisco abría el cajón de la mesita de noche y sacaba un sobre.

—Quiero mostrarte algo.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó Rosario antes de emitir un bostezo sonoro.

Francisco se acercó y puso en sus manos la foto de la muchacha de los ojos tristes y azules.

Su hermana experimentó cierta incomodidad ante aquella imagen tan provocativa.

—No quiero saber qué utilidad le dan a esta clase de imágenes en un lugar como ese.

—La soledad puede ser muy dura en la cárcel, Rosario —replicó Fran, sin entrar en detalles.

—¿Por qué me la mostrás?

Francisco sacó la fotografía de juventud de su madre y le indicó que observara con atención todos los detalles. Rosario escudriñó ambas imágenes con sumo interés.

—¿No lo ves?

—¡La estatua!

—¡Exacto, hermanita! —Le señaló las fauces abiertas del león y a ella tampoco le quedaron dudas de era el mismo lugar.

—Ella tiene que ser la madre de Teté, se le parece mucho —puntualizó Francisco, señalando a la única muchacha de cabello rubio en la foto—. Las otras dos siguen siendo un misterio; sin embargo, estoy seguro que una de ellas se llama Gertrudis.

—¿Gertrudis? No me suena.

—A mí tampoco. El Lobo, mi compañero de celda, me dijo que, durante una de mis tantas pesadillas, gritaba ese nombre. No recuerdo mucho del sueño, solo que era la voz de mi madre la que lo decía una y otra vez.

—Creo que la única que puede ayudarnos a dilucidar parte del misterio es Teté —dijo Rosario —. No es santo de mi devoción, pero debemos hablar con ella.

—Planeo ir mañana mismo a verla.

—Iremos juntos —anunció Rosario, guardando las fotografías en el sobre—. Quiero involucrarme en tu investigación, Fran. Necesito mantener mi cabeza ocupada en algo más que lienzos y pinceladas.

—Me parece una muy buena idea, hermanita. ¿Salimos mañana después del desayuno? —sugirió Francisco entusiasmado.

Rosario abrió la puerta y asintió, devolviéndole la sonrisa.

—Tenemos un plan, hermanito. Buenas noches, que duermas bien.

*

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, al día siguiente

Teté González del Pino tuvo que pedirle a su criada que repitiera los nombres que acababa de anunciar. Hacía tiempo que ambas familias no se frecuentaban. Después de que Santiago la abandonara para casarse con su primera esposa, se había acercado a ella, fingiendo ser su amiga, solo para seguir viendo a su amante. Pero su falsa amistad con Magdalena no perduró y cuando apareció su prima Isabela, sus planes de recuperar lo que alguna vez había tenido con Santiago quedaron en el olvido. Le indicó a la criada que hiciera pasar a los Navarro Soler al jardín de invierno. Necesitaba unos minutos para prepararse antes de descubrir qué hacían en su casa.

La sorpresa más grande fue la presencia de Francisco. Ni siquiera estaba al tanto de que había salido de la cárcel. Lo vio bastante cambiado y notó que el aspecto de Rosario era peor que el suyo. De los tres, ella presentaba la mejor imagen. Sonrió complacida.

—Buenos días. —Se sentó y los invitó a hacer lo mismo—. Cuando mi criada los anunció, pensé que había oído mal.

Rosario fue la primera en hablar.

—Imagino que es una sorpresa nuestra visita. —Miró a su hermano. Francisco permanecía inmutable a su lado—. Hemos venido porque necesitamos hacerte una pregunta.

—¿De qué se trata?

—Vinimos a preguntarte por tu madre —intervino Francisco, impaciente por obtener algo de información—. Me acuerdo de haberla conocido de niño, cuando nos visitaba en casa.

—Claro, ella y su madre eran amigas. También lo eran nuestros padres. —Teté se sentía incómoda. La situación actual de su madre no era algo grato de lo cual quisiera hablar.

—¿Está ella en casa? —Por la reacción que mostró Teté al escuchar su pregunta, Rosario supo de inmediato que había removido algo en su interior.

—Lamentablemente, mi madre hace tiempo que ya no vive con nosotros; está en una residencia para personas mayores. Pensé que estaban al tanto. —Había cierto reproche en su voz.

—¿Qué le pasó? —Rosario intentó sonar compasiva.

—Su cabeza comenzó a fallar. Demencia senil, dijeron los médicos. —Teté miró a través de la ventana mientras parpadeaba para no llorar—. La visito una vez a la semana y la mayoría de las veces me trata como si fuera una extraña o me confunde con alguna amiga de su juventud.

Rosario le dio un leve codazo a su hermano. Era el puntapié que habían estado esperando para revelarle a Teté el motivo de su visita. Francisco se aclaró la garganta.

—No queremos importunarte, Teté —comenzó a decir Fran—. Comprendemos que están atravesando una época aciaga, y de eso los Navarro Soler sabemos demasiado. Hubiéramos preferido hablar con tu madre, aunque es posible que vos puedas ayudarnos.

Mientras Fran buscaba el sobre en su bolsillo, Rosario tomó la palabra.

—Tenemos una fotografía en donde aparece nuestra madre en su juventud. Está acompañada por tres muchachas. Creemos que una de ellas puede ser tu madre.

Fran abrió el sobre. Cuando sacó la fotografía de su madre, la de la joven de los ojos azules se deslizó sin querer hasta el suelo y terminó junto al pie de Teté. Ella se inclinó para levantarla. No pudo evitar echarle un vistazo. Se quedó observándola en silencio. Fran no se atrevió a pedir que se la devolviera y Rosario no sabía dónde meterse de la vergüenza. Le lanzó a su hermano una mirada acusadora. ¿Cómo se le había ocurrido llevar aquella fotografía?

—Qué extraño. Si tuviera el cabello corto y llevara más ropa encima, juraría que la conozco.

Aquel comentario los dejó atónitos. El más interesado era, sin dudas, Francisco.

—¿La conocés?

Teté apartó un segundo la vista de la foto y lo miró.

—Se parece mucho a Eleonora, la esposa de Dante Romano…

—¿El empresario hotelero? —preguntó Rosario, sin salir de su asombro.

Teté asintió.

—¿Estás segura? —Fran estaba realmente ansioso de saber más.

—Mientras más la miro, más me convenzo de que es ella. Nunca la he visto personalmente. Su

boda con Dante Romano fue demasiado discreta.

—¿Qué querés decir? —Rosario no podía creer el rumbo que estaba tomando aquella conversación.

—Los Romano son una de las familias más importantes de Buenos Aires. La reseña de su matrimonio con Eleonora, que por cierto nadie sabe de dónde salió, apareció en las páginas sociales una sola vez. No se publicaron fotos de la ceremonia ni de la fiesta.

—¿Entonces cómo la reconociste?

—Estuve en la boda.

—¿Cuándo se celebró? —indagó Francisco. Estaba desconcertado al saber que la joven de la fotografía era una mujer casada.

—En marzo de este año. —Le devolvió la fotografía a Francisco—. Como dije, un halo de misterio rodea a ese matrimonio. Las prisas nunca son buenas, sobre todo cuando se trata de una boda en la alta sociedad. Yo tengo dos teorías: la novia se casó encinta o hay algo turbio en su origen. Si en verdad la esposa de Dante Romano es la misma que aparece en la fotografía, me inclino a pensar en la segunda opción.

Rosario no dijo nada; sin embargo, coincidía con Teté. Si algo caracterizaba a los enlaces matrimoniales de los miembros de la crema y nata de Buenos Aires, era el deseo de convertirse en el centro de la atención. Si una novia tenía una procedencia dudosa o un pasado del cual avergonzarse, era normal tanto hermetismo. Miró de reojo a su hermano. Parecía haberse olvidado por completo del motivo por el cual estaban allí. Le arrebató la fotografía de su madre y se la pasó a Teté.

—¡Cielo santo! ¡Cuánto nos parecemos! —Teté se emocionó y no se preocupó en ocultar las lágrimas que rodaron por su mejilla. Buscó algún detalle en el dorso de la imagen, pero no había nada—. Es mi madre… ¡Luce tan joven! ¿Dónde fue tomada?

—Lo ignoramos —contestó Rosario. La madre de Teté ya estaba identificada. Solo faltaba ponerles nombre a las otras dos—. ¿Conocés a las demás?

Teté hizo un esfuerzo en tratar de descubrir quiénes eran las demás, aunque esta vez no fue de ayuda.

—Lo siento, no las conozco.

Fran conservaba un as en la manga.

—¿Te dice algo el nombre de Gertrudis?

Teté arrugó el ceño.

—¿Gertrudis? Así se llama la madre de Dante Romano.

Rosario y Francisco intercambiaron miradas. Sin dudas, el empresario hotelero era la punta del ovillo que debían tirar para desenredar la madeja.

—¿Puede que sea una de las muchachas de la foto? —Fran se la mostró de nuevo.

—Es imposible asegurarlo. Nunca la traté en persona; solo he visto su rostro de cerca en las

páginas de sociales y esa fotografía tiene muchos años. —De repente, se le ocurrió una idea—. Hay alguien que sí la conoce. Si me dejan la foto, esta misma noche se la puedo enseñar. —Francisco aceptó su propuesta—. Te la devolveré mañana —le aseguró Teté.

—¿Querés que venga a buscarla?

—Mejor te la mando con un mensajero.

—No la envíes a la mansión. Fran va a estar viviendo en el departamento de Balvanera —le explicó Rosario. —¿Sabés dónde queda?

Teté suspiró. El departamento de soltero de Santiago. ¡Vaya si lo sabía!

—Sí, lo recuerdo —respondió ella, sin ningún atisbo de vergüenza. Ambos sabían qué clase de relación había sostenido con su hermano y no tenía caso disimular.

Francisco carraspeó para acabar con el silencio incómodo que se instaló entre los tres.

—Te agradecemos que nos hayas recibido, Teté. —Rosario enfiló hacia la salida. Por el rabillo del ojo vio que su hermano no se había movido de su sitio. Lo que también percibió fue el gesto de coquetería que hizo Teté al acomodarse con disimulo el escote de su blusa mientras le sonreía. ¡Estaba tratando de seducirlo!—. Fran, ¿vamos?

La voz de Rosario se escuchó clara y fuerte en el jardín de invierno. Francisco miró a Teté una última vez antes de darle la espalda para juntarse con su hermana.

—¡Ni se te ocurra meterte con ella! —le dijo Rosario al salir.

—Jamás le haría caso —respondió él, abriéndole la puerta del auto.

—¡Eso espero! —refunfuñó Rosario acomodándose en el asiento del pasajero.

Cuando ella no lo miraba, Francisco sonreía, divertido. En sus épocas de escapadas nocturnas y fiestas alocadas, renegaba cada vez que regresaba a la mansión y Rosario lo estaba esperando, preparada para soltarle un buen sermón. Ahora, en cambio, sus arranques de “hermana protectora” le causaban ternura. Se preguntó cuándo dejaría de tratarlo como si fuera un niño. En su fuero más íntimo esperaba que nunca dejara de hacerlo.

Mientras conducía de regreso al barrio de Belgrano, la muchacha de la fotografía se había adueñado nuevamente de sus pensamientos. Ya no era solo un rostro bello de ojos melancólicos. Ahora era posible que tuviera un nombre: Eleonora. Lo repitió una y otra vez en su mente. Cuando Rosario lo miró, intrigada, se dio cuenta que lo había dejado escapar en un susurro.

—¿Qué has dicho?

—Nada, solo pensaba en voz alta —respondió Fran, nervioso.

Ella lo miró fijo durante unos segundos.

—El departamento estará listo al mediodía —le informó—. Nos gustaría que almorzaras con nosotros antes de mudarte.

Francisco asintió. No tenía mucho apetito, pero no le haría ese desaire a su familia.

—Santiago se tomará una pausa en el trabajo para acompañarnos… solo faltaría Pedrito —manifestó Rosario, dejándose vencer por la nostalgia.

—¿Has hablado con él?

—Sí. Aunque soy yo la que tiene que levantar el auricular y llamar a España. Hablamos con frecuencia, pero no es lo mismo. Cada vez que escucho su voz, me tiemblan las piernas. —Vio que Francisco ponía cara de circunstancias—. ¡Es nuestro hermano pequeño y está a miles de kilómetros de distancia, sufriendo por haberse enamorado de una mujer que lo alejó de la fe!

—Rosario, Pedro ya es grande y tomó una decisión. Solo el tiempo le dirá si ha sido la correcta. —Le puso la mano en el hombro—. Mientras tanto, dejalo que busque su destino. La próxima vez que lo llames, quiero estar a tu lado —dijo de repente Francisco.

—¿Vas a hablar con él?

—Creo que ya es tiempo de que Pedrito y yo cerremos viejas heridas.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. La ansiedad de la espera era demasiado abrumadora. Dejó la cama y se despatarró en el sofá junto a la ventana. Las cortinas permanecían corridas y la luna llena iluminaba la habitación. Tenía sed. Se sirvió un poco de agua y la bebió de un sorbo. Miró el reloj. Ya era casi medianoche. Antes de volver a tirarse sobre el sofá, buscó la fotografía de Eleonora. La acarició con los dedos y se detuvo un momento en sus labios entreabiertos. Se veían húmedos y se imaginó que sabían dulces como una fruta madura. Volteó la imagen y clavó la mirada en el cielo salpicado de estrellas. Finalmente se quedó dormido.

Al día siguiente, después de almorzar con su familia, armó una valija con todo lo necesario para instalarse en el departamento de Balvanera. Estaba a punto de marcharse cuando oyó que sonaba el teléfono. No supo exactamente por qué, pero decidió esperar un momento antes de abandonar la mansión. Vio a su hermana dirigirse a toda prisa al despacho y dejó caer el equipaje cuando Rosario mencionó a viva voz el nombre de su hermano menor.

—¡Pedro, qué sorpresa! Casi nunca me llamás antes de que yo lo haga. ¿Qué ha pasado ahora? —preguntó asustada. Al ver a Fran en el umbral de la puerta le hizo señas de que se acercara. Luego apartó un poco el auricular de la oreja para que él también pudiera escuchar lo que Pedro decía al otro lado de la línea—. No te habrás metido en más líos de política, ¿verdad?

—A mí también me da gusto escucharte, hermanita —bromeó el benjamín de la familia—. No te he llamado para darte malas noticias, tampoco para que me sueltes uno de tus sermones…

—¡Está bien, tenés razón! —reconoció Rosario—. Es que me gustaría mucho que volvieras a Buenos Aires, aunque solo fuera de visita. Te extrañamos mucho, Pedrito.

—Y yo a ustedes, de verdad, pero por ahora no puedo irme de España. Hay una razón de peso que me obliga a quedarme. —Hizo una pausa solo para acrecentar el misterio—. ¡Me caso en dos semanas, Rosario!

Ella pegó un grito de alegría que casi dejó sordos a ambos hermanos.

—¿Cómo que te casás? ¿Quién es la afortunada?

Rosario y Fran escucharon con cuánto entusiasmo Pedro hablaba de una muchacha llamada Amelia y del cambio que se había producido en su vida al conocerla.

—Pedrito… yo también tengo buenas noticias para vos y ha sido una maravillosa coincidencia que llamaras justo hoy.

—¡Decime qué pasa, no me tengas en ascuas! —le insistió Pedro, intrigado.

—Creo que es mejor que alguien más te lo cuente. Esperá un momento. —Le pasó el teléfono a Francisco y lo alentó a hablar.

—Hola, hermanito.

El silencio de Pedro indicaba su gran sorpresa al oír la voz de su hermano mayor.

—Fran, ¿sos vos?

—¡El mismo necio que viste y calza!

—¿Cuándo saliste de la cárcel? ¿Por qué nadie me dijo nada?

—No te enojes con nuestra hermana; ella planeaba contártelo. Le pedí que esperara, quería juntar coraje y ser yo mismo el que te diera la noticia. —Guardó silencio un instante para respirar hondo—. Salí hace un par de días. La vida que conocía antes de entrar en prisión ya no existe para mí. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para cambiar, hermanito. Y para que ese cambio realmente valga la pena, debo empezar por lo más difícil: pedir perdón a todos los que lastimé por mi falta de conciencia y escrúpulos. Entre ellas estás vos, Pedro.

—Fran… no es necesario.

—Sí, Pedro. ¡Tengo que pedirte perdón por tantas cosas! —En su voz se notaba una gran angustia.

—Todo el mundo comete errores, Fran.

—Perdón por lo de Magdalena, Pedro —le dijo de repente—. Si no me hubiese convertido en su cómplice, tal vez las cosas no habrían terminado así. Sé que mi declaración a la policía tuvo consecuencias trágicas; aun así, no me arrepiento de haber dicho la verdad. No podía permitir que Isabela pagara por un crimen que no había cometido. Lo sentí más por vos que por Magdalena. No supe cuánto la querías hasta que Rosario me lo contó.

—Yo me culpé durante muchos años por su muerte. Me costó asumirlo, pero pude perdonarme a mí mismo por no haber hecho más por ella, y ahora soy un hombre muy feliz.

—¿Es verdad que vas a casarte?

—¡Sí! ¡Me gustaría tanto que pudieran asistir a la boda!

—Te felicito, Pedro. Nadie más que vos merece ser feliz. —Francisco no era de lágrima fácil, pero estaba a punto de llorar—. No creo que sea posible viajar por ahora. Quizá más adelante te haga una visita. ¡Me muero de ganas de conocer a mi cuñada!

—Amelia te va a encantar —aseguró Pedro.

—Me alegra haber hablado con vos, Fran. ¡Llamaba a Rosario para darle una sorpresa y la sorpresa me la he llevado yo! —El repentino silencio de sus hermanos lo preocupó—. ¿Ocurre algo?

—Nada, Pedrito. Es solo que al hablar de tu felicidad me hizo pensar que yo no podré ser

completamente feliz hasta no saber la verdad.

—Creo que ninguno de nosotros podrá quitarse ese peso del alma…

—Una de las razones que me mantuvo vivo todo este tiempo es descubrir qué ocurrió con ella, Pedro. Voy a averiguar por qué nuestra madre se mató. Me lo debo a mí y se lo debo a ustedes. Papá ya no está para aclarar nuestras dudas y en algún lugar hay alguien que conoce los motivos que tanto atormentaban a mamá como para tomar una decisión tan drástica, y yo lo voy a encontrar.

Se despidieron con un nudo en la garganta y la promesa de volver a hablar pronto. Rosario miró a su hermano.

—¿Estás bien?

Fran respondió que sí con la cabeza. La conversación con Pedro no había sido tan dura como imaginaba. Le pidió a Rosario que lo abrazara y apoyándose sobre su hombro, derramó lágrimas de emoción. Se marchó de la mansión más liviano. Incluso sintió una agradable ligereza en su cuerpo.

Cuando llegó al departamento de Balvanera descubrió que habían tirado un sobre por debajo de la puerta. Su pulso se aceleró. Era de Teté González del Pino. En su interior estaba la fotografía de juventud de su madre y una nota doblada en dos.

Querido Fran,

Tengo buenas noticias. La mujer que aparece entre tu madre y la mía es, efectivamente, Gertrudis Arizmendi, la viuda de Romano. Falta descubrir la identidad de una de ellas; pero estoy segura de que pronto dejará de ser un misterio. Quedo a tu disposición para cualquier cosa que necesites.

Espero verte pronto.

Un beso,

Teté

UN GOLPE DE SUERTE

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, noviembre de 1953

Eleonora caminaba con cuidado, mirando hacia abajo para esquivar los bordes irregulares de las baldosas. Se arrepentía de haber salido sin paraguas. Ya no tenían chofer. Dante estaba fuera de la ciudad por trabajo y regresaba a Buenos Aires recién el fin de semana. Eso significaba que Gertrudis estaba presa en la mansión y ella tenía que moverse en taxi o tranvía cada vez que necesitaba salir.

Cuando llegó a la esquina de Rodríguez Peña apuró el paso. La lluvia era más intensa. Un viento molesto le azotaba el rostro. El clima de Buenos Aires, demasiado húmedo para su gusto. ¡Echaba tanto de menos el sol de Sorrento!

De pronto, se detuvo en seco. Un automóvil estacionado frente a la mansión de los Romano llamó su atención. A través de la cortina de agua distinguió la silueta de un hombre detrás del volante. Tuvo la sensación de que la observaba. Reanudó la marcha. Algo en aquel extraño le resultaba familiar. No alcanzaba a ver su rostro; sin embargo, la inquietud que la invadía por dentro era tan intensa que tuvo miedo. Se pegó a la pared para cubrir la distancia que le faltaba para llegar a su casa. Aligeró su andar. Unos pocos metros más y estaría a salvo. Desvió la vista hacia la izquierda. El automóvil seguía allí. La figura en su interior se volvió borrosa. Entonces, cuando volvió a levantar la cabeza y miró al frente para ingresar a la mansión, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Había un hombre parado junto al fresno dorado del jardín. El bolso que llevaba en la mano se le cayó al piso. No fue capaz de moverse. Todo su cuerpo se quedó paralizado. Lo reconoció de inmediato. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Él no había desaparecido… no era una visión. ¿O acaso sí? ¡No podía estar allí! ¡Ella lo había asesinado! Podía sentir cómo su sangre bombeaba con fuerza y los oídos se llenaban de un zumbido molesto. ¡Él estaba muerto! ¡Muerto! Su respiración se aceleró tanto que le costaba retener el aire. Les ordenó a sus pies que se movieran; pero parecían clavados al concreto. Él sí se movió y comenzó a acercarse. Eleonora logró retroceder; aun así, la distancia que los separaba era cada vez menor. Como pudo, salió corriendo y se alejó bajo la lluvia. No se atrevió a mirar hacia atrás; sin embargo, sabía que él la perseguía. Cuando llegó a la esquina, estaba completamente desorientada. La lluvia y el viento no daban tregua. Un automóvil dobló a su derecha, obligándola a detenerse. El corazón de Eleonora también se detuvo durante un instante. Huyendo

de los fantasmas del pasado, cruzó la calle a ciegas. Escuchó una bocina y luego el chirrido de una frenada. Eleonora perdió el conocimiento y cayó en medio del asfalto.

*

Francisco aminoró la marcha. Desde que Rosario le había dicho en qué calle vivía la familia Romano, pasaba buena parte del día estudiando los alrededores.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no vio lo que sucedía a unos cuantos metros delante de sus ojos. Apretó el freno y el Lincoln Zephyr quedó varado en medio de la calle. Había una mujer tirada en el asfalto. Sin siquiera dudarlo, se bajó, dejando la puerta abierta. Corrió bajo la lluvia y se arrodilló junto a ella. Estaba de costado y no se movía. Cuando tomó su rostro para ver si reaccionaba, su corazón se aceleró. Era la muchacha de la fotografía… Si Teté no se había equivocado, también era Eleonora, la esposa de Dante Romano. Sin pensar en las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer, la levantó en brazos para llevársela con él. Un Frazer Manhattan color verde seco pasó muy despacio, pero no se detuvo. Francisco alcanzó a ver a dos hombres en su interior. No había nadie más por los alrededores. La mansión de los Romano estaba a la vuelta de la esquina; no obstante, él tenía otros planes. Que la muchacha hubiese terminado en la calle, desmayada, era razón suficiente para sacarla de allí.

La metió en el auto por el lado del conductor. Tenía la ropa y el cabello mojados. Recordó que llevaba una manta en el baúl. La buscó y cubrió a la joven hasta el cuello. Cerró la puerta y se estacionó junto a la vereda para despejar la calle. Apagó el motor. Necesitaba un momento antes de retomar la marcha. Miró a su acompañante. Tenía un mechón de cabello húmedo pegado al rostro. Lo apartó muy despacio. Espero a ver si reaccionaba, pero seguía con los ojos cerrados. No se atrevía a despertarla por temor a que se asustara y huyera de su lado. ¿Adónde irían? No quería llevarla de regreso a su casa. Su departamento no era la alternativa más apropiada. El único sitio que le vino a la mente fue el atelier de Rosario. Su hermana sabría qué hacer.

Pasó despacio frente al atelier. Había luz en una de las ventanas. Suspiró aliviado. Antes de bajarse del auto, miró a la joven. Sus párpados se movían con rapidez, como si estuviera atrapada en medio de una pesadilla y otro débil quejido escapó de su garganta. Le sabía mal dejarla sola, pero primero necesitaba explicarle a Rosario por qué estaba allí con una mujer inconsciente en su coche.

Se alejó del Lincoln Zephyr oteando por encima de su hombro. La calle a esa hora, después de la lluvia, se encontraba vacía. Había estacionado detrás de una vieja camioneta Ford que le servía de escudo para impedir que alguien desde la avenida pudiera verlos.

No tuvo oportunidad de llamar a la puerta porque Rosario se le adelantó. Lo había visto llegar.

—¿Qué pasa? —preguntó, intuyendo que algo andaba mal.

Francisco se hizo a un lado para que su hermana viera que no venía solo.

—¿Quién es? —Rosario se anudó el nudo de la bata. Acababa de levantarse de una larga siesta y su humor no era el mejor.

Francisco no le respondió. Prefirió que ella lo descubriera por su cuenta. Se dirigió al automóvil, abrió la puerta del lado del pasajero y con sumo cuidado, levantó el ligero cuerpo de la muchacha en sus brazos. Rosario salió disparada y lo empujó hacia el interior del atelier antes de que algún vecino curioso se le ocurriera acercarse para averiguar qué estaba pasando. Cerró la puerta de un golpe y lo interceptó en medio del pasillo.

—¿Qué hiciste, Fran?

—¡Nada! —se defendió él mientras se alejaba en dirección al salón principal.

Cuando él depositó el cuerpo de la joven sobre el sofá, Rosario vio su rostro con claridad.

—¡No puede ser! —exclamó Rosario—. ¡Es la mujer de la foto, la supuesta esposa de Dante Romano! ¿Por qué no reacciona? ¡Por Dios, Fran, jurame que no has cometido una locura!

Francisco la miró indignado.

—Lo único que hice fue ayudarla. La encontré tirada en la calle, y no supe qué hacer…

—¿Dónde la encontraste?

—A la vuelta de su casa. —Adivinó de inmediato lo que iba a decirle.

—¿Y no se te ocurrió llevarla con su familia? —Rosario lo obligó a apartarse y se sentó junto a ella. Le tocó la frente. Estaba un poco fría. Respiraba con normalidad—. Vuelvo enseguida. Voy a llamar al doctor Miranda.

A él le pareció bien.

—Pasará dentro de un rato, cuando acabe su consulta —dijo Rosario después de hablar con el médico. Buscó un almohadón y lo colocó debajo de la cabeza de la joven—. ¿Qué hacías en ese lugar? Habíamos acordado que esperaríamos…

—¡Ya no puedo esperar, Rosario! —la increpó él, alzando la voz—. No he querido decírtelo, pero llevo algunos días dando vueltas por el barrio, tratando de encontrar la manera de llegar a esa familia. Lo de hoy no fue premeditado. No sé qué pasó. De repente me topé con una mujer en medio de la calle y cuando me acerqué para ver si podía prestarle mi ayuda, descubrí que se trataba de la misma muchacha que aparecía en la fotografía. Si comprobamos que efectivamente es la esposa de Dante Romano, no podemos dejar pasar la oportunidad de hablar con ella.

Rosario era una mujer práctica, aunque a veces también se dejaba arrastrar por los sentimientos. En ese aspecto, su hermano y ella se parecían demasiado. Sospechaba que la intención de Fran al llevarse a la supuesta esposa de Dante Romano poco tenía que ver con su interés de conocer de cerca al empresario hotelero. Aquella joven lo tenía hechizado.

Cuando el doctor Miranda llegó, Eleonora seguía sin recuperar el conocimiento. Hizo un par de preguntas de rigor y tuvieron que mentirle. Rosario le contó que era amiga suya y que había sufrido un colapso mientras daban un paseo. Tras una minuciosa revisación, el médico aseguró que se trataba de una leve conmoción cerebral, seguramente causada por un golpe en la cabeza al

momento de la caída. Los signos vitales eran normales y sus reflejos respondían bien a los estímulos. Aunque era cuestión de tiempo para que despertara, no era prudente esperar. El doctor acercó unas sales a la nariz de Eleonora. El fuerte olor del amoníaco hizo lo suyo. Ella abrió los ojos y comenzó a toser.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —Miranda midió su pulso y escuchó los latidos. El miedo que había en los ojos de aquella joven evidenciaba que el origen de su malestar no era solo físico.

Eleonora no entendía nada. Los observó a los tres, sin pronunciar palabra. Tenía la garganta seca. Cuando su mirada se cruzó con la del hombre más joven, bajó la vista. En ese momento se dio cuenta de que su ropa estaba mojada y comenzó a temblar.

—Una bebida caliente ayudaría —comentó el médico, guardando el estetoscopio en su maletín —. También hay que quitarle esas prendas mojadas para que no pesque una pulmonía.

—Sí, doctor. —Rosario, entre el apuro y los nervios, ni siquiera se percató de que todavía llevaba puesta su bata. Sonrió, avergonzada—. ¿Algo más?

—Que guarde reposo, al menos hasta mañana. Si le duele la cabeza, bastará con una aspirina. Ante cualquier cambio anormal en su estado me avisan y vendré a verla de inmediato.

Rosario lo acompañó a la salida. Francisco aprovechó que se habían quedado solos para acercarse a ella.

—Lamento que te hayas asustado.

Ella lo miró con desconfianza. Cuando echó un vistazo a su alrededor, descubrió que el lugar se encontraba atiborrado de cuadros, bastidores en blanco y, en un rincón, un caballete de madera cubierto con un lienzo oscuro que llegaba hasta el suelo. Frente al único ventanal de la habitación, sobre una enorme mesa de color rojo, se veía una gran cantidad de materiales de pintura.

—¿Dónde estoy? —preguntó Eleonora, incorporándose despacio en el sillón. Se sentía incómoda con la ropa mojada.

—En el atelier de mi hermana Rosario. —Francisco hizo un gesto con los brazos abiertos, abarcando el espacio a su alrededor—. Como verás, es la artista de la familia. No vive aquí, aunque pasa mucho tiempo entre estas cuatro paredes, creando sus obras.

Eleonora contempló todo, una vez más, para tratar de entender cómo había llegado hasta ese lugar. Miró a su interlocutor.

—Me llamo Eleonora… Eleonora Ferrara —dijo, dejando de lado su apellido de casada. Escondió la mano izquierda debajo de la manta. Seguramente ya habrían visto que llevaba una alianza de matrimonio en su dedo anular; de todas formas, la ocultó.

—Yo soy Francisco Navarro Soler. —Le sonrió. La intriga sobre su identidad acababa de ser despejada—. Es un placer conocerte, Eleonora.

Ella tragó saliva. Apenas retuvo su nombre. El embotamiento y la confusión no le permitían pensar con claridad. Recordaba que llovía y estaba volviendo a su casa. ¿Qué había ocurrido

después para terminar en ese atelier, con aquellas personas que no conocía?

Rosario reapareció en ese momento en escena y se presentó formalmente.

—Mi nombre es Rosario y soy la hermana mayor de este hombre tan apuesto. —Le guiñó un ojo a Francisco y descubrió que él se había puesto incómodo con su comentario—. Vos sos Eleonora, ¿verdad? —Al ver que ella fruncía el ceño se apuró a darle una explicación—. Te escuché recién cuando se lo mencionaste a Fran.

Eleonora asintió. Aunque la tal Rosario derrochaba amabilidad y le causaba simpatía saber que se dedicaba al arte, no podía confiar en nadie.

—Tendrás muchas preguntas, Eleonora, pero deberíamos seguir las indicaciones del doctor Miranda. —Miró a su hermano—. Fran, por favor, ¿podrías ir a la cocina y prepararnos una taza de chocolate bien caliente? Hay escones en la lata de los bizcochos.

A pesar de que la había oído muy bien, no se movió ni un centímetro de su sitio.

—Eleonora necesita cambiarse de ropa —insistió Rosario, levantando el tono de su voz.

Francisco obedeció. Mientras cerraba la puerta, no dejó de mirar a Eleonora ni un segundo.

—¡Hombres! —se quejó Rosario mientras sacaba una muda de ropa limpia de un armario empotrado en la pared. Eligió una falda con moño en la cintura que a ella le quedaba pequeña y pensó que combinaría muy bien con una de sus blusas de lunares azules.

—¿Hace mucho que pintas? —Una vez que se aseguró de que Francisco hubiera cerrado la puerta de la cocina, Eleonora se despojó de la manta para poder cambiarse de ropa.

—Desde que tengo uso de razón. Aquí me siento libre para expresarme sin que nadie me censure. Doy talleres y a veces participo en alguna que otra exposición —respondió Rosario—. Siempre me gustó pintar, y cuando crecí mi padre decidió cumplir mis caprichos y me compró este atelier, ¡creo que lo hizo para que ya no llenara las paredes de nuestra casa con mis cuadros!

Sus palabras lograron que Eleonora sonriera.

—A mí también me apasiona el mundo del arte. Nunca me dediqué profesionalmente como tú; solo soy una artista aficionada que un día, de pequeña, descubrió un cuaderno y una caja de crayones en el desván de su casa.

—Percibo cierto acento cuando hablás. ¿Italiana?

—Soy del sur de Italia. Una ciudad costera llamada Sorrento.

—Viajé a París hace algunos años y mi hermano Pedro vive en España. ¡No conozco Italia y es un pecado! —se lamentó.

—Se respira arte en cada rincón —dijo Eleonora nostálgica—. Si tienes la oportunidad, deberías ir. Terminarás enamorada de sus paisajes. Yo la añoro cada día desde que me fui.

—¿Hace mucho de eso? —Le pidió el vestido que acababa de quitarse para ponerlo a secar.

—Llevo dos años viviendo en Argentina.

Rosario a medias decidió seguir indagando en su vida antes de que su hermano las interrumpiera.

—¿Tu esposo también es italiano? —le preguntó, señalando su mano izquierda.

—No, a él lo conocí aquí.

—Debe estar muy preocupado por vos.

Eleonora terminó de acomodarse la blusa y luego se puso de pie para ponerse la falda.

—¿Qué fue lo que sucedió conmigo? —No quería hablar de Dante.

—¿No te acordás de nada?

—Solo que llovía y que estaba regresando a casa.

—Mi hermano te encontró. Te vio tirada en medio de la calle y se detuvo para socorrerte. No sabía bien qué hacer. Habías perdido el conocimiento y decidió traerte hasta aquí.

Eleonora trataba de ordenar sus pensamientos para ver si afloraban los recuerdos. Se tocó la parte de atrás de la cabeza. Tenía una leve hinchazón y le dolía.

—Te golpeaste al caer. Supongo que te acordarás de todo cuando la inflamación desparezca.

En ese momento la puerta de la cocina se abrió y Francisco se asomó cargando una bandeja con tres tazas de chocolate caliente.

—No encuentro los escones —le avisó a su hermana, mientras dejaba todo sobre la mesa. Se había quitado el saco y llevaba la camisa remangada hasta los codos.

Rosario se guardó sus comentarios. Él sabía perfectamente dónde los guardaba. Era solo una estratagema para a quedarse a solas con Eleonora, aunque solamente fuera por unos pocos segundos.

Apenas su hermana desapareció, Francisco se sentó junto a Eleonora. Le alcanzó la taza de chocolate y cuando ella la recibió, sus dedos se rozaron. Francisco sintió cómo ese breve contacto enviaba miles de señales al resto de su cuerpo. Contuvo el aliento y la miró. A ella no le resultó indiferente. Percibió el ligero temblor de sus manos.

—Gracias —susurró Eleonora después de beber un poco del chocolate caliente.

—No es nada de otro mundo —respondió él, creyendo que hablaba de la infusión.

—Me refería a lo que has hecho por mí cuando me recogiste de la calle.

Fran dejó su taza a un lado. Estaba inquieto y se le había cerrado el estómago.

—¿Cómo iba a dejarte tirada en medio de la calle? —Clavó sus ojos oscuros en la boca femenina. El chocolate le había mojado los labios—. Cualquiera en mi lugar habría actuado de la misma manera, Eleonora. —“Mentira, Panchito. Otro en tu lugar hubiera salido corriendo a un hospital”. Eso era exactamente lo que su excompañero de celda le hubiera dicho.

Ella esbozó una tenue sonrisa a modo de agradecimiento y Fran se quedó sin palabras. Ahora que la tenía allí frente a él, a solo unos pocos centímetros de poder tocarla, estaba absolutamente convencido de que Eleonora era el sueño hecho realidad de cualquier hombre.

Rosario acabó de un plumazo con la magia de aquel momento al volver de la cocina.

—Unos deliciosos escones para acompañar el chocolate. —Le ofreció uno a Eleonora y ella aceptó encantada.

—Tu familia debe estar preocupada por vos —comentó Rosario, tratando de encaminar la conversación hacia el punto que a ellos les interesaba.

—Mi esposo no se encuentra en Buenos Aires. Vuelve el fin de semana —contestó ella mientras terminaba de beber el chocolate.

—¿No hay nadie más esperándote? —volvió a preguntar Rosario.

—Vivimos con mi suegra; aunque dudo que me eche de menos —ironizó Eleonora.

—¿Te llevas mal con ella?

—Nunca estuvo de acuerdo en que me casara con su hijo. Aceptó nuestro matrimonio a regañadientes y no pierde ocasión de recordármelo. —Eleonora se quedó callada de repente al darse cuenta de que había hablado demasiado.

—Dicen que es normal que las suegras no quieran a las mujeres de sus hijos —comentó Fran interviniendo por primera vez en la conversación.

Unos minutos después, Rosario recogió la bandeja con las tazas vacías y le lanzó una mirada de advertencia a su hermano, indicándole que la siguiera a la cocina. Después de dejar todo sobre la mesa, cerró la puerta para que Eleonora no oyera nada.

—Tenemos una oportunidad de oro de acercarnos a los Romano —afirmó Francisco—. No creo en las casualidades y sé que Eleonora es la llave para entrar a esa casa sin levantar sospechas.

Rosario concordaba con él.

—No debemos precipitarnos. Hay que actuar con cautela. —Se puso a lavar las tazas. Las tareas del hogar siempre le ayudaban a aclarar las ideas.

—Eleonora dijo que no se lleva muy bien con su suegra —acotó Fran ofreciéndose a secar la vajilla—. Y es a ella a la que tenemos que llegar para ver qué vínculo mantenía con nuestra madre.

Rosario iba a pasarle una de las tazas a su hermano, pero la pieza de porcelana quedó suspendida en el aire durante unos cuantos segundos. Fran sabía que Rosario estaba planeando algo. Se colgó el paño de cocina en el hombro y la miró, expectante.

—Eleonora no puede pasar la noche en el atelier. —Rosario interrumpió sus labores domésticas y abrió un cajón de la alacena para sacar un paquete de cigarrillos.

—¿Desde cuándo fumás? —Cuando vio que no se trataba de tabaco, guardó silencio.

—Me ayuda a pensar —respondió ella, justificando lo que estaba a punto de hacer. Encendió el pitillo y con la primera calada la cocina se inundó de un olor extraño.

Francisco era el menos indicado para condenarla. Al cabo de unos minutos, Rosario arrojó el cigarrillo a la basura, espantó el humo con las manos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—La voy a llevar a su casa y contar parte de la verdad. Si el esposo de Eleonora no está en Buenos Aires, a lo mejor conozco a Gertrudis.

—Voy con vos…

—¡No, vamos a ir solas! —lo cortó, tajante. No pensaba ceder—. Una vez allí, buscaré la manera de ganarme la confianza de esa mujer. Dejame ir a mí primero para allanar el camino. Encontraré el modo de que entres en el juego —le aseguró—. Ahora deberías irte al departamento. Yo esperaré que Eleonora descanse un rato, y antes de que anochezca estará de vuelta con su familia. Sin importar lo que ella haya dicho, deben preguntarse dónde se ha metido.

Francisco asintió. Aunque no deseaba marcharse, no encontró una buena excusa para quedarse. Se despidió de Rosario con un beso y antes de abandonar el atelier, se detuvo un instante frente a Eleonora. Ella estaba adormecida y susurró un nombre: Michele.

REVUELO EN LA COCINA

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, noviembre de 1953

Rosario se detuvo un instante en mitad del sendero para admirar la fachada de la mansión de los Romano. Eleonora caminaba delante de ella con cierta reticencia. La alcanzó justo en la escalinata del porche. Habían acordado contar una historia en la cual no tuvieran que dar muchas explicaciones. Ingresaron a la mansión y Eleonora le indicó que la siguiera. La puerta del salón principal estaba abierta. Sentada en un sofá de un solo cuerpo, con una pierna cruzada encima de la otra y un libro sobre el regazo, había una anciana dormitando.

Eleonora carraspeó mientras Rosario observaba con atención a la mujer que había formado parte del pasado de su madre. Acurrucada en aquel sillón, con los anteojos caídos y las manos entrelazadas, tenía el aspecto de una dulce abuelita. Cuando de repente abrió los ojos, se incorporó y las miró, Rosario cambió de opinión. Había algo en la mirada que le provocó un escalofrío.

—Lamento interrumpir su descanso, señora Romano. Su nuera me invitó a pasar y no pude negarme. Tenía muchas ganas de conocerla.

La anciana lanzó una fugaz mirada a Eleonora para luego volver a poner toda su atención en aquella desconocida que se deshacía por mostrarse demasiado amable con ella.

—No son horas apropiadas para hacer visitas —comentó, cortante.

—Gertrudis, Rosario me hizo un gran favor al traerme en su coche. La reunión se prolongó más de la cuenta y llovía a cántaros cuando salí de la Fundación —explicó Eleonora, y le contó la historia que habían preparado para justificar su tardanza.

—Te dije que no era prudente salir con este tiempo; sobre todo cuando estamos sin chofer —le recordó la anciana—. Echamos mucho en falta al servicial Saverio…

—¿Se han quedado sin chofer? —la interrumpió Rosario. En su mente ya comenzaba a gestarse un nuevo plan.

—Así es… ¿señora?

—¡Señorita! ¡Todavía pertenezco al bando de las solteras! —bromeó Rosario. Tendió su brazo y se presentó—. Soy Rosario Navarro Soler y como ya le mencioné, es un placer conocerla.

—¿Navarro Soler?

Rosario asintió. Había notado cierta incomodidad al oír su apellido.

—Sí, mi familia se dedica a la industria de la carne, para exportación y consumo interno. Somos dueños de los frigoríficos NavaSol. ¿Ha oído hablar de ellos?

La anciana sonrió levemente.

—Si no me equivoco, han sido proveedores de nuestra cadena de hoteles desde hace varios años. Por eso me resulta tan familiar su apellido.

Podía ser cierto lo que acababa de decirle; sin embargo, Rosario sabía que le ocultaba parte de la verdad. Si había sido amiga de la juventud de su madre, ¿cómo era posible que no estuviera al tanto de que Irene Sandoval se había casado con Álvaro Navarro Soler?

—¡Cierto! La cadena de hoteles El Colonial es una de las más selectas del país —comentó, con el único propósito de ganarse su simpatía—. El año pasado, un par de amigos franceses que vinieron de visita a Buenos Aires se hospedaron en El Colonial del centro y quedaron encantados.

Gertrudis no hizo ningún comentario; tampoco agradeció sus palabras de elogio. Eleonora se percató de la extraña tensión que se había suscitado de repente entre ambas y les dio a entender que deseaba irse a descansar. Rosario no podía marcharse aún.

—¡No te entretengo más, Eleonora! —La saludó con un beso en la mejilla y antes de separarse, escuchó que la joven le susurraba un gracias al oído. Esperó hasta que Eleonora salió del salón y retomó la conversación con la dueña de casa—. Gertrudis, disculpe mi atrevimiento, pero acaba de mencionar que ya no cuentan con el servicio de un chofer y creo que tengo la solución.

La anciana frunció el ceño.

—La escucho.

—Puedo recomendarle al hijo de nuestra cocinera. Hace una semana que regresó a Buenos Aires después de estar trabajando en Córdoba. Era empleado en uno de los frigoríficos, pero sufrió un accidente laboral y no puede continuar con tareas pesadas. Creo que convertirse en chofer sería una buena opción para él. ¡Lo conozco desde que era un chico y le puedo asegurar que es honrado y responsable! ¡Pongo las manos en el fuego por él y por su madre!

—No lo sé, Rosario. Saverio ha estado con nosotros durante casi tres décadas y no será sencillo encontrar un buen reemplazo. Aunque es verdad que no podemos estar más tiempo sin chofer —reconoció. Le hizo señas de que la acompañara al vestíbulo. Era tarde y ella también deseaba retirarse a descansar—. Yo me siento presa en mi propia casa, sobre todo cuando mi hijo viaja. Eleonora sale igual, pero ya ve lo que pasó hoy.

—Fran… Franco es de mi absoluta confianza. Ya cumplió cuarenta años y es un conductor excelente. Quizá podría contratarlo a prueba durante un tiempo para ver cómo se desempeña. Es discreto y muy respetuoso.

—Habla usted muy bien de ese muchacho —manifestó la anciana, indecisa.

—Prácticamente nos criamos juntos —respondió Rosario, asombrada de lo fácil que le

resultaba mentir—. Si lo desea, le puedo decir que venga mañana.

—Está bien. Usted gana, Rosario —dijo por fin doña Gertrudis, cayendo en su engaño—. Que venga mañana a las nueve. Tengo que ir de compras y lo pondré a prueba enseguida. Si me gusta cómo conduce y su manera de comportarse, el puesto de chofer es suyo.

Rosario casi aplaude de la emoción. Se marchó y justo antes de atravesar el portón de la entrada se dio media vuelta. Gertrudis la observaba desde una de las ventanas y otra vez sintió un frío helado en la espalda.

*

Al día siguiente…

Esa mañana, Eleonora se despertó más tarde que de costumbre. Cuando se tocó la parte de atrás de la cabeza, notó que la hinchazón había desaparecido. Se incorporó despacio por temor a un posible mareo; sin embargo, pudo pararse y caminar por la habitación sin sentir ningún malestar. Se dio un baño, se vistió con esmero, se maquilló y bajó a desayunar.

Cuando entró al comedor, su suegra la miró.

—Buenos días, Gertrudis. —Apartó la silla que solía ocupar cuando Dante no estaba y se hizo a un lado para que Laurita, la criada, le sirviera el café.

—¿Has dormido bien? —comentó la anciana, con cierta suspicacia.

—Creo que la mojadura de ayer me dejó un malestar en el cuerpo. —Se puso la servilleta sobre el regazo y sonrió—. He tomado una aspirina antes de bajar.

Gertrudis le indicó a la criada que ya podía retirarse.

—¿Hace mucho que conocés a Rosario Navarro Soler?

Eleonora se llevó la taza de café a los labios y sopló un poco porque estaba demasiado caliente. Ese ritual le concedió unos segundos para pensar bien su respuesta.

—Hemos coincidido algunas veces en la Fundación, pero no somos cercanas —le aclaró—. Ayer salimos juntas y como estaba lloviendo, se ofreció a traerme.

Doña Gertrudis no dijo nada, solo se limitó a asentir.

—¿De qué hablaron anoche cuando me retiré a descansar? —Eleonora sentía curiosidad.

—De nada en particular. —La anciana deslizó los anteojos por el puente de su nariz y echó un vistazo al ejemplar de *La Nación* que Laurita le había dejado más temprano—. Me habló maravillas del hijo de su cocinera y prácticamente me obligó a que lo entrevistara por el puesto que dejó vacante Saverio. Vendrá a verme hoy. No podemos pasar más tiempo sin chofer.

A Eleonora le daba lo mismo. Ella no tenía remilgos en moverse en tranvía o en taxi por la ciudad. Sospechaba que lo que realmente le inquietaba a su suegra era no contar con alguien de confianza para sus salidas nocturnas a la casona de Barracas. La jubilación de Saverio había

trastocado sus planes y alejaba a Gertrudis de sus negocios secretos. Cuando terminó de desayunar, pidió permiso para retirarse. Al pasar por el vestíbulo, revisó la correspondencia. Aunque jamás le había dado a su tía la dirección de aquella casa, se ilusionaba con la idea de encontrarse con una carta suya. Se rio de sí misma. Si algún día llegaba algo para ella desde Italia, tendría que preguntarle a Reina Marino. De pronto se topó con un paquete envuelto en papel celofán con su nombre escrito en letras grandes. No había dirección ni remitente, solo un rectángulo de papel amarillo en donde se podía leer "Eleonora Ferrara".

Era extraño que hubieran puesto su apellido de soltera, sobre todo porque no había sellos internacionales en el paquete y muy pocas personas en Buenos Aires sabían que ella se apellidaba así. Podía contarlos con los dedos de la mano. La familia Parodi, su amiga Carmelita, la catalana; Reina Marino y los Romano, por supuesto. Cuando lo abrió, se encontró con una grata sorpresa. Era un disco de su admirado Beniamino Gigli, interpretando *Rigoletto*, la ópera de Giuseppe Verdi. Comprobó, asombrada, que el texto del vinilo estaba en italiano. Al mirar en el reverso, descubrió que provenía de una tienda de música de Roma. Si se lo enviaba su tía después de que ella le contara en su carta que Gigli era su tenor favorito, ¿por qué no había incluido una nota? La única que podía darle una respuesta era Reina. Decidió que le haría una visita. Subió a su habitación y guardó el disco en el estante donde estaba su colección de música clásica. Se retocó el peinado y tomó un bolso. Eran casi las nueve de la mañana. Estaba a punto de salir cuando se cruzó con Laurita. Le avisó que iba al centro y volvería antes del mediodía para almorzar con su suegra.

Eleonora avanzó por el jardín. Cuando llegó al portón de la entrada se detuvo al ver que un automóvil aminoraba la marcha al pasar frente a ella. Un carrusel de imágenes comenzó a dar vueltas en su cabeza. Eran retazos de lo que había ocurrido la tarde anterior. El mismo coche… la misma sensación de pánico en la boca del estómago. El hombre que conducía llevaba un sombrero de ala ancha que le tapaba casi todo el rostro. Tomó coraje y se atrevió a mirarlo. En ese preciso momento, el automóvil aceleró y se alejó a toda prisa. Fue entonces que recordó que había visto a alguien más bajo la lluvia. Un fantasma que creía haber enterrado en el pasado. Y aunque era imposible que él pudiera estar allí, Eleonora lo sintió en cada uno de sus huesos. Estuvo a punto de darse media vuelta y regresar, pero necesitaba hablar con Reina. Cuando se aseguró de que no había nadie cerca, se dirigió hacia la esquina para tomar el tranvía. Estaba tan atribulada que no se percató de que alguien la observaba desde el otro lado de la calle.

*

Francisco no se movió de su sitio hasta que perdió de vista a Eleonora. Le hubiera gustado encontrarse con ella en la mansión, pero su deseo no iba a cumplirse. Se acomodó la chaqueta. Le quedaba demasiado justa. Rosario había elegido su vestuario esa mañana para que nada en su

aspecto delatara la verdad sobre su origen. Delante de los Romano, él dejaba de ser Francisco Navarro Soler, y pasaba a convertirse en Franco Vidal, el hijo de una humilde cocinera.

No tenía vena de actor, pero estaba más que dispuesto a interpretar su papel. El tiempo que había pasado con su compañero de celda sería su mejor aliado. Planeaba adoptar las manías y los dichos del Lobo. Aligeró el paso. Cuanto antes se enfrentase a esa mujer, mejor. Eleonora había dejado el portón entreabierto y aprovechó para colarse en la propiedad. Había un hombre trabajando en el jardín. Lo saludó con un leve movimiento de cabeza y siguió su camino. Rodeó la casa por el lateral izquierdo. Una extensa galería se prolongaba por la fachada posterior. Solo había una puerta abierta. Oyó voces femeninas y se aproximó con cautela. Justo cuando iba a entrar, una muchacha le salió al paso y se llevó un gran susto al verlo.

—¡Perdón, purreta, no quise espantarte! —Fran sonrió de oreja a oreja ante el silencio de la criada que lo miraba con cierta desconfianza. Se quitó el sombrero y le tendió la mano—. Me llamo Franco Vidal y vine a ver a la señora Romano por un trabajo.

Laurita se mantuvo en silencio durante unos segundos mientras lo observaba. El miedo inicial se había evaporado al ver aquella sonrisa seductora. No todos los días se tenía la fortuna de cruzarse con un hombre tan atractivo. Ella también le sonrió.

—Soy Laura, aunque todos por aquí me llaman Laurita.

—Hola, Laurita. Un placer. —Fran apretó suavemente su mano y notó que ella se ponía nerviosa.

Una mujer entrada en años y en kilos los interrumpió. Llevaba un palo de amasar en la mano y tenía algunas motas de harina en su delantal.

—Laurita, ¿para cuándo las naranjas que te pedí? —le recriminó la mujer, mirando de arriba abajo al recién llegado.

—¡Perdone, doña Palmira! ¡Ya mismo se las busco! —salió disparada hacia el fondo del patio en donde se encontraban los árboles frutales.

—Y al caballero, ¿qué se le perdió por estos lares?

—Vine por una entrevista de trabajo. —Fran esbozó otra sonrisa seductora y causó el efecto deseado. La severa expresión en el rostro de la mujer se suavizó.

Palmira comprendió que aquel hombre buen mozo podía convertirse en el sustituto del viejo Saverio. Lo invitó a entrar a la cocina y se presentó como Palmira Quiroga, la cocinera de los Romano.

—Franco Vidal. —Le costaba acostumbrarse a ese nombre. Tenía que pensarlo dos veces antes de decirlo en voz alta.

En la cocina también se encontraban Renata, la otra criada y Herminia, el ama de llaves, quien fue la encargada de anunciarle a la señora sobre su llegada.

Laurita volvió con unas cuantas naranjas envueltas en su delantal y alcanzó a verlo justo antes de que Fran cerrara la puerta que daba al comedor.

Renata se le acercó y con disimulo le dijo algo al oído. Ambas rieron. Palmira carraspeó con fuerza y bastó que les lanzara una mirada furibunda para que cada una volviera a sus tareas.

*

Fran se plantó delante del despacho y esperó a que el ama de llaves le indicara que podía pasar. Gertrudis se encontraba parada junto a la ventana.

—Buenos días, señora Romano.

La anciana se dio media vuelta y le clavó la mirada. Lo observó en silencio durante unos cuantos segundos que no hicieron más que acrecentar los nervios de Francisco.

—Franco Vidal, ¿verdad? —Fran asintió—. Me hablaron maravillas de usted y decidí darle una oportunidad. Saverio, el chofer anterior, trabajó para nosotros por más de tres décadas. No ha sido sencillo prescindir de sus servicios después de tantos años de lealtad y buena disposición. Sin embargo; tampoco podemos continuar sin chofer. Mi hijo Dante es el único que conduce, y tanto mi nuera como yo no podemos depender de él para movernos por la ciudad.

Fran posó sus ojos en una de las fotografías del escritorio. Había sido tomada el día de la boda de Eleonora y Dante Romano. Si bien ambos sonreían para la cámara, parecía que solo estaban interpretando un papel. Había tristeza en los ojos de Eleonora y algo muy similar a la resignación en el semblante de su esposo.

—¿Tiene experiencia como chofer? —La pregunta de doña Gertrudis impidió que siguiera indagando en aquella fotografía.

—Soy un conductor responsable, señora Romano.

—Está bien. La única manera de comprobarlo es verlo en acción. Si le parece, empezará ahora mismo. Necesito ir de compras. Mientras me arreglo, puede familiarizarse con el vehículo. Es de uso exclusivo para mí y para mi nuera, ya que Dante tiene su propio automóvil. —Antes de abandonar el despacho, giró sobre sus talones y lo miró—. Su trabajo no tiene horarios; por esa razón, el chofer ocupa la casita que está en el fondo del patio. Los demás criados tienen una habitación en el área de servicio, pero usted contará con cierta independencia. Espero que eso no sea un problema.

Fran no podía creer su buena suerte. Ni Rosario ni él habían previsto que tendría que vivir en la mansión de los Romano. Era otra ventaja que no pensaba desaprovechar.

—Vaya a la cocina y pídale a Herminia que le entregue las llaves del auto y de su nueva vivienda. Nos vemos delante de la casa en media hora. —Salió al pasillo y se detuvo frente a la escalera—. Bienvenido, señor Vidal. Espero que se sienta a gusto entre nosotros.

—¡Muchas gracias por esta oportunidad, señora Romano! ¡No se va a arrepentir! —Tal vez había sonado demasiado entusiasta, pero no le importó.

Gertrudis parecía una mujer dura e impenetrable; no le iba resultar fácil ganarse su confianza.

Suspiró mientras apretujaba el sombrero entre los dedos. No podía permitir que los nervios lo traicionaran. Tenía por delante la misión más importante de su vida: descubrir la verdad sobre el suicidio de su madre.



AL DESCUBIERTO

Barrio de Liniers, Buenos Aires, noviembre de 1953

Eleonora resopló con fastidio. Hacía un buen rato que estaba llamando a la puerta del departamento de Reina y nadie respondía. Frustrada, enfiló hacia el ascensor. Se detuvo cuando escuchó que una puerta se abría a sus espaldas.

—¡Eleonora, esperá, no te vayas! —Reina le hizo señas de que se acercara. Estaba aún en camisón—. ¡Perdón, recién me levanto!

Eleonora entró y dejó su cartera en el apoyabrazos del sofá. Reina corrió el cortinado y el sol de la mañana iluminó el salón.

—¿Querés tomar algo? ¿Un café, un té? —Reina no dejaba de dar vueltas por el lugar.

—No, gracias. Vine a verte porque quiero hacerte una pregunta. —Eleonora decidió ir directo al grano—. He recibido un paquete de Italia con un disco de mi tenor favorito. El sobre no tiene remitente, solo lleva mi nombre escrito en la parte de adelante. ¿Lo recibiste tú y me lo reenviaste?

—No, Eleonora. No llegó nada de Italia para vos. De ser así, yo misma te lo habría llevado hasta la mansión… o se lo hubiera dado a Dante.

Eleonora se dejó caer en el sillón. Estaba blanca como un papel. Reina se alarmó.

—¿Qué pasa?

—¡No puede ser! —Se cubrió la cara con las manos, mientras sacudía la cabeza, negándose a escuchar los terribles pensamientos que comenzaban a invadir su mente.

—Eleonora, me estás asustando. —Reina le ofreció un vaso con agua—. Podés confiar en mí. Lo sabés, ¿verdad?

La italiana asintió. Bebió un gran sorbo, respiró hondo y le contó sobre el hombre que había visto en el jardín.

—¿Quién era? ¿Lo reconociste?

Eleonora, con manos temblorosas, le devolvió el vaso de agua.

—Sí. Era Vincenzo, mi esposo.

—¿Estás segura? —Reina jamás la había visto tan afectada.

—No lo sé —respondió Eleonora, perdida en un mar de dudas y sospechas.

Le contó todo el episodio de la caída y la conversación con los hermanos Navarro Soler.

—Esta mañana, al salir, vi otra vez un auto sospechoso.

Reina estaba tan desconcertada como ella.

—¿Es posible que ese hombre haya venido a buscarte? —le preguntó—. ¿Se habrá salvado cuando su barco se hundió en el mar?

Eleonora se mordió el labio. La mentira se desmoronaba a pedazos. Si Vincenzo estaba vivo y había cruzado todo un océano para ir a buscarla, era mejor revelar la verdad. Pero antes de sincerarse con su amiga, necesitaba hablar con su tía para preguntarle si Vincenzo Gentile, continuaba con vida.

Reina le dijo que hablara tranquila mientras ella se iba a cambiar.

Eleonora levantó el tubo. Mientras aguardaba que la comunicaran con Italia, se distrajo con la decoración del departamento. Sobre la mesita de arrime vio los gemelos que Dante llevaba el día que supuestamente había salido de viaje de negocios. Saber que la había engañado para pasar tiempo con su amante no provocó en ella ningún sentimiento de celos. Sin embargo, le dolía que no se lo hubiera dicho. Escuchó un ruido al otro lado de la línea y una voz femenina la saludó en italiano.

Eleonora no reconoció esa voz. La mujer le dijo que su tía no estaba en la ciudad. Ella era una vieja amiga y estaba instalada allí hasta el regreso de Assunta.

Eleonora no entendía nada. ¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué estaba quedándose en su casa? De repente, la llamada se cortó. Trató de recuperarla, pero fue imposible.

—¿Has hablado con tu tía? —Reina entró al salón y el ambiente se impregnó con su perfume. Era apenas media mañana y parecía que estaba lista para una fiesta.

—No está en Sorrento, al menos es lo que me informa la mujer rara que atendió. No sé si la llamada se cortó o ella colgó —dijo Eleonora, más angustiada que antes.

—¿Entonces sospechás que el paquete que llegó a tu casa tiene relación con lo que viste ayer?

Eleonora ya no sabía qué pensar. Por lo pronto, decir la verdad sobre lo que realmente había sucedido en Italia le quitaría un gran peso de encima. Miró a Reina a los ojos.

—Dile a Dante que ya no se esconda. Voy a contarles algo y quiero que él esté presente.

—Eleonora, yo…

Dante, al sentirse descubierto, no tuvo más remedio que dejar la habitación de Reina. Iba bastante desprolijo, con la camisa por fuera del pantalón y el cabello revuelto.

—No voy a recriminarles nada porque no tengo derecho —dijo Eleonora. Comenzó a balancear el pie derecho, señal inequívoca de que estaba nerviosa—. Necesito que me escuchen sin interrupciones porque lo que voy a decir no es fácil para mí.

Dante y Reina asintieron.

—Cuando les hablé de mi vida en Italia, no fui del todo sincera. Es cierto que mi hermano mayor me obligó a casarme con un hombre al que no amaba y terminé convirtiéndome en la esposa de un asesino. Vincenzo Gentile mandó a matar a Michele, el amor de mi vida, por el solo

hecho de haber puesto los ojos en mí.

Les relató los abusos sufridos a manos de su esposo, la pérdida del hijo, el plan de fuga y el desenlace fatal de Vicenzo, cuando lo golpeó con la estatua.

—¡No quise matarlo, se los juro! ¡Lo único que quería era escapar! —confesó entre lágrimas.

Se produjo un silencio abrumador. Reina la abrazó y miró a Dante para que dijera algo.

—Eleonora, somos los menos indicados para juzgarte. Ese hombre te hizo mucho daño y estoy seguro de que, si no lo hubieras golpeado, te habría vuelto a lastimar… quizá ahora la muerta serías vos. —Se acercó a ella y le apretó suavemente la mano—. Tu secreto está a salvo con nosotros. Lo que pasó no cambia en nada lo que sentimos por vos.

Eleonora se desarmó en un llanto desconsolado. El dolor de los recuerdos y el alivio del desahogo le atravesaron el alma. Dejó que Dante la acurrucara en su pecho mientras Reina le acariciaba la espalda. Hacía tanto tiempo que nadie la trataba así. Extrañaba a su familia con cada fibra de su ser. El mal carácter de Domenico, la sonrisa complaciente de Ludovica y la mirada dulce de su tía. Algo andaba mal; podía sentirlo en el cuerpo. El disco de Gigli y la extraña mujer que había contestado a su llamada eran señales inequívocas de que el peligro volvía a cernirse sobre ella.

—No estoy segura de lo que vi —musitó, un poco más calmada—. Después de su muerte, Michele se me apareció en varias oportunidades. Pueden pensar que estoy loca y que solo era fruto de mi imaginación; sin embargo, él venía a verme. Tal vez ahora me persigue el fantasma de Vincenzo porque siento culpa. ¡O quizá simplemente estoy perdiendo la cabeza!

Reina negó con la cabeza.

—Si ese hombre murió, es imposible que lo hayas visto, Eleonora. No es que no te crea cuando decís que tu novio muerto venía a verte. La pérdida de un ser amado puede afectar nuestro sentido de la realidad. Es muy probable que desearas tanto volver a verlo que eso es lo que pasó… Michele no estaba de verdad allí, pero vos sí lo veías.

Eleonora suspiró. No iba a discutir con ella sobre algo que ya no había vuelto a suceder.

—Te preocupa lo del paquete que recibiste, ¿verdad? —Dante la había escuchado al llegar.

—Sí. Cuando Reina me confirmó que ella no lo envió, me asusté. Luego llamé a Italia y no pude encontrar a mi tía. Quizá Beata tenga noticias. Hace tiempo que no hablo con ella.

Dante se acomodó la camisa y peinó su cabello con los dedos.

—Creo que es hora de regresar a la vida cotidiana. —Le dio un beso a Reina en la mejilla y se puso a buscar algo con impaciencia.

—Allí —manifestó Eleonora señalando la mesita que estaba junto a la puerta—. Cuando vi los gemelos, supe que no te habías ido de viaje.

Dante se sonrojó, sintiéndose otra vez en falta por haberle mentido.

—¿Qué le diremos a tu madre cuando nos vea llegar juntos? —Eleonora no quería que tuviera un enfrentamiento con doña Gertrudis.

—De mi madre me ocupo yo. ¿Nos vamos?

*

Esa tarde…

Cuando Eleonora despertó de su siesta, vio una nota de Dante sobre la almohada.

> *Eleonora, surgió un imprevisto en el hotel. Es imposible acompañarte hoy a La Boca. ¿Te parece que vayamos mañana?*
> *Perdón otra vez.*
>
> *Dante*

Arrojó el papel al suelo. Si bien aún le dolía un poco la cabeza, el descanso había sido providencial. Fue al baño para refrescarse la cara y al regresar a la habitación se vistió con lo primero que encontró. No tenía sentido aguardar hasta el día siguiente. Había escuchado sin querer una conversación entre las criadas, y al parecer su suegra ya había contratado a un nuevo chofer. Bajó para que se lo confirmara. Se cruzó con ella en el pasillo.

—¿Te sentís mejor? —le preguntó con sarcasmo—. Dante trató de engañarme, inventando una historia sobre su viaje y que se encontró con vos de casualidad a pocas calles de aquí. No me gusta que me mientan, pero cuando la verdad es demasiado desagradable, prefiero no decir nada. No hubo ningún viaje, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Yo tampoco lo sabía —le dijo, para que no sintiera que era la única a la que le habían mentido—. Me molestó cuando lo descubrí, pero enseguida entendí que ellos se aman y es normal que busquen cualquier excusa para estar juntos.

La respuesta sincera de Eleonora no hizo más que encender la ira de doña Gertrudis.

—Me preocupa tu falta de amor propio, Eleonora. Cualquier mujer en tu lugar reaccionaría mal al descubrir que su esposo se acuesta con… otra —había estado a punto de soltarle el gran secreto de su hijo, pero se mordió la lengua antes de hablar.

—No voy a discutir eso con usted, *querida suegra* —respondió ella con ironía—. Quería saber si era cierto que tenemos nuevo chofer. Necesito salir y no tengo ganas de tomar el tranvía.

—Tu amiga Rosario me recomendó a alguien. Insistió tanto que acepté contratarlo a prueba para ver si cumple con mis expectativas. —Le dio la espalda para bajar las escaleras—. Si no lo encontrás en la cocina, decile a una de las criadas que lo busque en la casa asignada al chofer.

—Gracias. —Pasó junto a ella sin siquiera mirarla y fue derecho a la cocina. El chofer no estaba, pero aprovechó la presencia de Laurita para hacerle una pregunta.

—Usted dirá, señora Eleonora. —La joven criada se secó las manos y luego las metió en los

bolsillos de su delantal.

—¿Quién recogió la correspondencia esta mañana?

—Fui yo, señora.

A Eleonora le incomodaba que la tratase de señora. Había perdido la cuenta de las veces que le pidió a Laurita que la llamara por su nombre. Dejó de insistir cuando Gertrudis la escuchó y le recordó el lugar que ocupaba en la familia.

—¿No notaste nada extraño?

Laurita frunció el ceño.

—Ahora que lo dice, el cartero me avisó que había un paquete en el buzón cuando él lo abrió. Yo lo puse con el resto de la correspondencia porque venía a su nombre…

—Sí, pero no tenía remitente. —Eleonora acababa de confirmar que la persona que le había hecho aquel regalo estaba más cerca de lo que pensaba. Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Sería posible que Vincenzo hubiera sobrevivido? Solo su tía era capaz de despejar sus peores dudas. Miró a la criada—. Laurita, ¿podrías avisarle al chofer que prepare el coche? Necesito salir ahora mismo.

La joven se puso colorada.

—¡Enseguida, señora! —Salió por la puerta que daba al patio con tanto entusiasmo que al cerrarla tras de sí, el golpe hizo temblar las ventanas.

Eleonora decidió espiarla. Laurita se detuvo a mitad de camino para arreglarse el cabello y acomodarse el uniforme. Cuando por fin la criada se decidió a llamar a su puerta y lo vio, Eleonora se quedó petrificada. Era Francisco Navarro Soler, el hombre que el día anterior la había encontrado tirada en la calle. ¿Qué estaba haciendo allí? Fue testigo de cómo intercambiaba algunas palabras con Laurita al tiempo que se hacía el nudo de la corbata. Se alejó de la ventana antes de que la descubrieran. Unos segundos más tarde, ambos entraron en la cocina. Se dio media vuelta y sus ojos se cruzaron con los de Francisco.

—Señora Eleonora, él es Franco Vidal, el nuevo chofer. —Laurita tenía las mejillas encendidas y sonreía mientras sus manos se movían inquietas en los bolsillos de su delantal.

¿Franco Vidal? Se había presentado allí con otro nombre. Aquello cada vez le gustaba menos.

—Bienvenido, señor *Vidal* —dijo, haciendo énfasis en su falso apellido.

—Gracias, señora. —Francisco movió ligeramente la cabeza en señal de saludo. Pudo percibir la confusión en su mirada. Por un instante, tuvo miedo de que ella lo pusiera en evidencia; sin embargo, se quedó callada—. Si ya está lista para salir, la espero afuera.

Eleonora salió de la mansión por la entrada principal. Bajó las escalinatas con una parsimonia que no era frecuente en ella. Cuando vio que el coche se acercaba, pensó en cancelar la visita a los Parodi. Respiró hondo y se dijo que no había nada de lo que preocuparse. Ignoraba qué estaba sucediendo, pero Francisco Navarro Soler no quería hacerle daño; algo en su interior le decía que podía confiar en él. Lo observó con disimulo mientras se apuraba en rodear el vehículo

para abrirle la puerta. Llevaba un traje oscuro que le quedaba un poco estrecho en la espalda. Seguramente era herencia de Saverio. Avanzó con paso firme y antes de que el hombre le ofreciera su mano para ayudarla a subir, Eleonora se metió en el coche.

Cuando Fran subió por el lado del conductor, se aflojó la corbata y se calzó la gorra. Puso en marcha el auto, y mientras acomodaba el espejo retrovisor la miró disimuladamente. Pudo ver solo su perfil derecho porque Eleonora parecía estar concentrada en lo que había más allá del cristal de la ventanilla. Aún no le había dicho hacia dónde se dirigían. Iba a preguntárselo pero ella se le adelantó.

—Lléveme al barrio de La Boca. La familia a la que voy a visitar vive en la calle Garibaldi.

Francisco no dijo nada, solo asintió con la cabeza. Sospechaba que tenía muchas preguntas que hacerle, aunque por alguna misteriosa razón prefería quedarse callada. Era mejor así.

Eleonora tenía los nervios a flor de piel. Fingía estar distraída con el paisaje que le ofrecía la ciudad de Buenos Aires a medida que se alejaban hacia el barrio de La Boca, pero era imposible no sentir la intensidad de aquellas miradas furtivas que Francisco le dirigía mientras manejaba. Le habló solo para darle indicaciones de cómo llegar a la casa de los Parodi. Cuando el automóvil se detuvo, Eleonora soltó un suspiro de alivio. Ya no era capaz de soportar la tensión que se había generado en aquel espacio cerrado. No quería analizar lo que aquello significaba; simplemente, necesitaba que él ya no le provocara ese extraño cosquilleo en la sangre.

Beata los había visto llegar desde una de las ventanas y salió a su encuentro. El tiempo transcurrido desde su última visita generó que se fundieran en un largo abrazo.

—He venido para saber si ha tenido noticias de su hermana. —Eleonora no quería andarse con rodeos—. Llamé a Italia esta mañana y no pude hablar con ella. Una mujer me dijo que había salido de viaje… Me pareció extraño. Cuando le pregunté quién era, simplemente me colgó.

Después de oírla, Beata estaba tan preocupada como ella.

—Yo volví a escribirle hace un par de semanas porque nunca respondió a la carta que le envié contándole las buenas nuevas. —Se acarició la panza en un gesto maternal.

Eleonora se emocionó.

—¿Está embarazada?

Beata asintió. Tenía una enorme sonrisa en los labios y le brillaban los ojos.

—Mi Armando quiere que sea mujercita y los niños andan todos alborotados desde que se enteraron. ¡Con decirte que se pelean para ver cuál de ellos la va a cuidar!

La dicha de aquella maravillosa noticia fue rápidamente opacada por la incertidumbre de no saber nada de sus seres queridos al otro lado del mar.

—Assunta no acostumbra a pasar tanto tiempo sin escribir —manifestó Beata, invitándola a pasar a la casa. Mientras ponía a calentar el agua para el té, fue compartiendo con Eleonora sus inquietudes—. Yo no he intentado llamarla por teléfono porque Armando dice que sale muy caro. Entonces pensé en contarle lo del embarazo con un telegrama. No es lo más usual, pero si

mi hermana lo recibe, va a entender que necesitamos tener noticias suyas con urgencia.

A Eleonora no le parecía tan mala idea; sin embargo, mandárselo directamente a su tía implicaba un riesgo que no estaba dispuesta a correr. Había otra alternativa: el telegrama debía recibirlo alguien más. El primer nombre que se le vino a la cabeza fue el de Paolo Manfredi, el alcalde de Sorrento y amante secreto de Assunta. Se ofreció a ocuparse del telegrama y Beata aceptó.

La tetera comenzó a silbar y cuando la dueña de casa se acercó a la estufa para sacarla del fuego, se distrajo mirando por la ventana.

—Los niños ya han vuelto de la plaza y parece que convencieron a tu chofer de jugar con ellos. —Le hizo señas de que fuera a ver.

Eleonora, curiosa, se paró al lado de Beata y ambas se quedaron observando lo que sucedía a pocos metros de allí, en la calle. Francisco se había quitado el saco, la gorra y llevaba la camisa con las mangas enrolladas en los codos. Los niños corrían a su alrededor con una vieja pelota de trapo. Trataban de amagar sus embestidas para llegar al arco y anotar. Cuando Giorgio le robó la pelota a Luigi y la pateó por entre las piernas abiertas de Francisco, los tres hermanos se abrazaron festejando el gol. “¡Gol de Boca!”, gritaron. Francisco entonces le arrebató la pelota a Giorgio y con un rápido movimiento que lo tomó por sorpresa, logró anotar el empate. “¡Gol de River!”, vociferó, dando vueltas alrededor de los niños.

Eleonora se contagió de su alegría y cuando él miró hacia la casa, le dio un vuelco en el pecho. Sonreía con ganas y se le formaban hoyuelos en las mejillas… le recordó la sonrisa de Michele, y ese inesperado parecido la dejó devastada. Se alejó de la ventana antes de que él la viera.

—¿Estás bien, Eleonora? —preguntó Beata.

—Debería irme —dijo de repente—. Antes voy a saludar a los niños.

—¡Aunque les haya empatado el partido, parecen encantados con tu chofer! ¿De dónde salió?

—Lo contrató mi suegra esta mañana. Llegó recomendado por una amiga.

—¡Es un hombre más que interesante! —comentó Beata, guiñándole el ojo.

Eleonora trató de ignorar su comentario y solo consiguió apabullarse. Le ardían las mejillas. Necesitaba tomar aire. Cuando salió al patio, los chicos se arremolinaron a su alrededor para abrazarla. Los pequeños la acompañaron hasta el coche. Su único propósito era que Eleonora volviera a despedirse de ellos con un beso y querían saludar a Franco. Él apretó con firmeza sus manos sucias con tierra y les prometió que cuando volviera a visitarlos les traería una pelota nueva.

Eleonora se subió al auto y cerró la puerta. Se asomó por la ventanilla y mientras se alejaban por la calle Garibaldi, no dejó de agitar su mano hasta que los niños desaparecieron en el horizonte.

—Son adorables —comentó Fran cuando el silencio en el interior del vehículo se hizo demasiado abrumador.

—Sí, lo son —respondió ella, esbozando una sonrisa.

—No hacían más que hablar de vos… perdón, de usted. —Le costaba dirigirse a ella con tanta formalidad.

Eleonora no dijo nada. Poco le importaba cómo elegía hablarle. Lo que realmente la tenía tan inquieta era que, por un instante, al verlo sonreír junto a los niños, pensó en Michele. Y era la primera vez que le ocurría. Lo miró de reojo. El espejo retrovisor le devolvía solo la parte superior de su rostro. Tenía la frente ancha y unos gruesos mechones de cabello castaño oscuro le caían desordenados, cubriéndole las cejas. Él la descubrió espiándolo y durante unos pocos segundos, antes de que Eleonora apartase la vista, sus ojos se encontraron.

Fran aprovechó esa conexión que acababan de compartir para hablarle.

—Seguramente tendrá muchas preguntas. —Decidió ceñirse a su rol de chofer y tratarla de usted—. Un día me presento como Francisco Navarro Soler y al día siguiente, me encuentra en su casa con otro nombre.

—¿Qué es lo que se traen entre manos usted y su hermana Rosario?

—Ella consiguió que su suegra me contratara durante un período de prueba —contestó Fran después de pensar muy bien su respuesta. Había cosas que no podía contarle, no todavía—. Necesitaba acercarme a los Romano y no era seguro usar mi nombre verdadero.

—¿Qué busca con ellos?

Fran suspiró.

—Gertrudis fue amiga de mi madre, o al menos la conocía. Encontré una fotografía de cuando ambas eran jóvenes y tengo la certeza de que ella es la única que puede hablarme sobre su pasado.

—¿Y para ello es necesario hacerse pasar por otra persona? —inquirió Eleonora, desconcertada—. ¿Por qué simplemente no le pregunta lo que quiere saber?

Él guardó silencio. Le hubiera gustado contarle toda la verdad; sin embargo, ignoraba qué se escondía detrás de la amistad de Gertrudis y su madre.

—Si no va a confiar en mí…

Francisco entonces dio un brusco giro con el volante y detuvo el auto frente a un descampado. Se volteó hacia ella y la miró a los ojos.

—No se trata de confianza, Eleonora. Necesito tiempo para saber realmente en qué me estoy metiendo. Llevo tan solo unas pocas horas al servicio de los Romano. ¡Ni siquiera he tenido el placer de conocer a su marido! —Se maldijo por sonar tan sarcástico, pero sentía celos de aquel hombre.

Eleonora tragó saliva. De repente, el espacio que los separaba parecía haber desaparecido. Él tenía un brazo apoyado en el respaldo del asiento y estaba un poco reclinado hacia adelante. Cuando aspiraba hondo, incluso podía percibir el olor de su sudor mezclado con un sutil aroma a menta.

Eleonora estuvo a punto de decir algo, pero apretó los labios y se quedó callada.

No volvieron a hablar durante el resto del trayecto hasta el barrio de Recoleta. De vez en cuando, sus ojos se encontraban a través del espejo retrovisor. Justo antes de llegar a la mansión, Francisco aminoró la marcha.

—¿Va a delatarme con su suegra? —Sus dedos se aferraron al volante con fuerza. El éxito de su plan para descubrir la verdad dependía de ella.

—¿Me está pidiendo discreción o que me convierta en su cómplice?

Fran se quedó sin palabras. No quería involucrar a Eleonora en sus asuntos, pero por más que la mantuviera al margen, ella formaba parte de aquella familia.

—Puede quedarse tranquilo, no diré nada… al menos por ahora —respondió Eleonora por fin.

Él le sonrió a modo de agradecimiento y ella, una vez más, vio en su sonrisa de hoyuelos profundos a su amado Michele.

SECRETOS BAJO LA MANGA

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, noviembre de 1953

El segundo día como chofer de los Romano comenzó para Francisco de modo inesperado. Desayunó en la cocina junto al resto de los empleados e hizo buenas migas con el jardinero. Esa mañana Laurita llevaba un peinado diferente. Estaba orgullosa de su melena y quería lucirla. Renata se burló de ella, diciéndole que por más que cambiara su apariencia, el nuevo chofer no le haría caso. Entonces hicieron una apuesta: si Laurita lograba que Franco Vidal la invitara a salir, Renata tendría que regalarle ese par de zapatos rojos que tanto le gustaban. Si no la invitaba, Laurita se ocuparía del planchado durante una semana.

Estaban terminando de desayunar cuando Herminia, el ama de llaves, le comunicó a Francisco que el señor Dante lo aguardaba en su despacho. Fran casi se atraganta con el café. ¿Acaso Eleonora había hablado con él? Llamó a la puerta y esperó.

—Adelante.

Francisco había visto a Dante Romano solo en la fotografía de su boda con Eleonora. En persona, descubrió que era un hombre de altura imponente y mirada penetrante. Unas tupidas cejas le conferían un aspecto algo siniestro. Se parecía mucho a su madre.

—Así que usted es Franco Vidal. —Le indicó que se sentara y encendió un cigarrillo—. Le tocó reemplazar a alguien que durante más de treinta años sirvió a nuestra familia.

—Es una gran responsabilidad ocupar el puesto de Saverio. Me hubiera gustado conocerlo.

Dante asintió y se llevó el cigarrillo a la boca. Mientras expelía el humo, lo miró atentamente. Calculó que tendría más o menos su edad, aunque parecía más joven.

—Sé que mi madre lo ha contratado a prueba y no suelo meterme en sus decisiones. Tampoco me ocupo de los asuntos relacionados con la servidumbre. —Aplastó la colilla del cigarro en un cenicero y luego se reclinó hacia atrás en la butaca—. Quiero hacerle una propuesta, señor Vidal, pero tiene que quedar entre usted y yo. Mi madre no puede enterarse.

—¿De qué se trata, señor Romano? —Fran estaba realmente intrigado.

—De Eleonora, mi esposa.

Fran no tuvo que fingir sorpresa. No se esperaba que quisiera hablarle precisamente de ella.

—Lo escucho.

—Había pensado en pedirle que me presentara a alguien capaz de convertirse en la sombra de

Eleonora; sin embargo, creo que usted es el indicado para cumplir la misión que deseo encomendarle. —Hizo una pausa para captar su interés—. Necesito un hombre de confianza que cuide de ella cuando yo no estoy.

Fran percibió la preocupación en su voz.

—¿Por qué su esposa necesitaría de alguien que la proteja?

—No puedo revelarle los detalles, señor Vidal. ¿Puedo llamarlo Franco?

Él asintió.

—Muy bien, Franco. Lo único que voy a decirle es que Eleonora corre peligro. Mi esposa está convencida de que alguien de su pasado la está acechando. Lamentablemente yo paso muchas horas del día fuera de casa y ella no quiere quedarse encerrada; desea continuar con su vida como siempre. Durante un tiempo se movió por Buenos Aires en tranvía o taxi, pero ahora es un gran alivio contar con chofer nuevamente… salvo que usted no solo será eso. Si acepta mi propuesta, ganará el doble de lo que gana ahora como chofer. Creo que es un trato más que conveniente, ¿no le parece?

No fue sencillo para Fran asimilar que alguien pretendía hacerle daño a Eleonora. ¿De quién hablaba Dante Romano?

—Parece que lo he dejado sin palabras —manifestó Dante, estudiando su reacción.

—Antes de darle una respuesta, me gustaría hacerle una pregunta. Eleonora… perdón, ¿la señora Eleonora está de acuerdo con todo esto?

Dante suspiró.

—La verdad es que aún no se lo he dicho. Temo que, si lo hago, se niegue rotundamente. No me malinterprete, Franco. Ella no tiene nada en su contra; es solo que no le gusta sentirse vigilada.

—Si no habla con su esposa, será complicado cumplir con mi trabajo —repuso Fran.

—Quizá tenga razón. Subiré a la habitación y se lo contaré ahora mismo. —Dante se levantó y rodeó el escritorio. Fran también se puso de pie—. Saverio solía tener su día libre los sábados. ¿Le parece bien seguir con esa tradición? Yo trabajo solo hasta el mediodía y el resto de la jornada puedo cuidar de mi esposa sin problemas.

Francisco asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

*

—¿Es realmente necesario, Dante?

—¿Preferís quedarte en la mansión, soportando la compañía de mi madre?

Eleonora dejó escapar un suspiro. Dante siempre sabía qué decir para salirse con la suya. Habría deseado que tuviera la misma habilidad para ocultar su romance con Reina. Aunque ambos trataban de ser discretos, Eleonora había oído los rumores que circulaban acerca de la

infidelidad de su esposo. Nadie se lo había dicho a la cara, pero las miradas de compasión eran lo peor.

—Supongo que no tengo opción —manifestó, resignada a acatar su voluntad—. ¿Qué has arreglado con Fran… con Franco, el chofer?

—Cada vez que necesites ir a algún lado, Vidal te llevará y se mantendrá atento.

—Pensaba salir dentro de un rato…

—¿A dónde? —preguntó Dante, interrumpiéndola.

—Quiero enviar un telegrama a Italia. No solo por mí sino también por Beata.

—¿Vas a enviárselo directamente a ella?

Eleonora negó con la cabeza.

—La mujer con la que hablé asegura que mi tía no está en Sorrento. No puedo contactar a mi hermano porque, aunque ahora es el dueño de las tierras en las que hemos vivido toda nuestra vida, los Gentile continúan siendo sus patrones.

—¿Tu hermano es terrateniente?

Eleonora sonrió con amargura.

—Vincenzo puso la finca a su nombre cuando se casó conmigo. Domenico me vendió por un puñado de tierra… pero luego se arrepintió y me pidió perdón.

—¿Vos lo perdonaste? —Dante no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Es mi hermano y lo quiero, a pesar de todo —fue la respuesta sincera de Eleonora.

—Soy hijo único; imagino que debe ser un vínculo muy fuerte el que te une a él. Yo no creo que hubiese perdonado a un hermano mío si me hace lo mismo que Domenico te hizo a ti.

Eleonora no iba a discutirlo con él. No tenía hermanos y jamás lo entendería.

—Escribí lo que querés poner en el telegrama. Yo pasaré por la oficina postal de camino al hotel. No hace falta que salgas. Prefiero que te quedes en casa.

Ella no replicó. Si Dante se ofrecía a ir en su lugar, no tenía una excusa para negarse. Mientras redactaba el texto del telegrama, pensó que estaba perdiendo una buena oportunidad de pasar un rato a solas con Francisco. Y eso, muy a su pesar, le provocó cierta ansiedad. Lo apartó rápidamente de sus pensamientos y se concentró en lo que escribía.

Señor Manfredi, necesito tener noticias de Assunta. Hace tiempo que su hermana y yo no sabemos nada de ella. Escriba pronto.
Saludos cordiales

Eleonora

Dobló el papel y giró sobre sus talones con tanta rapidez que terminó chocándose con Dante. Eleonora aún llevaba puesto el camisón y cuando él la tomó de los hombros para evitar un traspié, los finos breteles de seda se deslizaron hacia abajo, dejando al descubierto la parte

superior de sus pechos. Eleonora contuvo el aliento. Dante había cumplido su promesa y jamás la había buscado en la intimidad desde que estaban casados. Él la miró a los ojos y sonrió mientras regresaba los breteles del camisón a su sitio.

No era la primera vez que se enfrentaba al rechazo de su esposo. En algunas ocasiones, ella había jugado a seducirlo. No pretendía cambiar las reglas, simplemente era joven y tenía la sangre caliente. Estaba a punto de darle el papel con el texto del telegrama, pero cuando Dante lo quiso agarrar, ella lo escondió dentro de su mano cerrada en un puño.

—Envidio la suerte de Reina. El hombre que ama está casado con otra; aun así, ella es dueña de su alma y su cuerpo. Llevamos casi dos años de matrimonio y nunca me has tocado.

Dante hubiera querido contarle por qué no respondía a sus insinuaciones; sin embargo, el temor de que lo mirara con rechazo era más fuerte. Sentía un gran cariño por ella y lo último que deseaba era ponerla en una situación tan difícil.

Eleonora se apartó de inmediato.

—No volverá a ocurrir, te lo prometo —dijo ella. Le puso la nota en el bolsillo del saco y se dio media vuelta. Estaba avergonzada por lo que había hecho y necesitaba quedarse sola.

Unos minutos más tarde, resolvió que no ganaba nada quedándose encerrada en su habitación. La conversación con Rosario, en su atelier, había reavivado en ella la pasión por el dibujo. Buscó el cuaderno de bocetos, los lápices que le había regalado Reina y salió de la casa. Se acomodó en uno de los sillones de mimbre. Le gustaba ese rincón desde donde podía contemplar el jardín en todo su esplendor.

Se puso unas gafas oscuras para protegerse los ojos y comenzó a dibujar. Estaba concentrada en el dibujo hasta que el ronroneo de un motor la distrajo. Cuando alzó la cabeza vio que Francisco estacionaba el coche justo delante del roble que ella intentaba bocetar. Molesta, estuvo a punto de gritarle que se apartara, pero él desapareció detrás del cobertizo de las herramientas. Regresó unos minutos más tarde. Llevaba un balde en una mano y un paño rayado colgaba en su hombro. También vestía menos ropa de la habitual. La camiseta le quedaba ceñida al torso y estaba un poco oscurecida en las axilas y en el pecho con manchas de sudor. Se había mojado el pelo e iba descalzo.

Eleonora no le quitaba los ojos de encima. Los lentes de sol le daban la ventaja de poder observarlo sin que nadie se diera cuenta. Volteó la página del cuaderno para comenzar un nuevo boceto.

Mientras Fran se afanaba en lavar el coche, Eleonora trataba de captar sus movimientos. Unas cuantas líneas rápidas fueron perfilando la escena que se desarrollaba a pocos metros de allí. De repente, la inoportuna aparición de Laurita echó a perder la magia. La criada se había acercado a Francisco con un mate en la mano. Vio cómo se lo ofrecía con una sonrisa mientras jugueteaba con un mechón de cabello. Eleonora se dio cuenta de que el uniforme de Laurita estaba más corto. Francisco le devolvió el mate, pero Laurita no se marchó. Seguían conversando e

intercambiando sonrisas. Y ella no conseguía concentrarse en su boceto.

—Sos muy buena.

A Eleonora casi le da un síncope. Alzó la cabeza y vio a Rosario parada justo detrás de ella.

—¡Perdón, no quise asustarte! —dijo Rosario y se sentó en el sillón de mimbre vacío.

Eleonora cerró el cuaderno de un manotazo. Rosario no dijo nada. Respondió al saludo de Fran con un discreto movimiento de mano y se quitó el sombrero.

—El ama de llaves me dejó pasar. —Miró de reojo a su hermano tonteando con una de las criadas y soltó un suspiro—. Espero que Fran esté haciendo un buen trabajo…

—¿Cuál es realmente el trabajo de tu hermano? —preguntó Eleonora—. Cuando le pregunté por qué había mentido sobre su identidad, no pudo o no quiso decirme la verdad. Fui atando cabos y es evidente que esa tarde él me ayudó porque estaba cerca. ¿Acaso vigilaba la mansión?

Rosario había ido preparada.

—Es cierto —reconoció—. Cuando tu suegra mencionó que el chofer anterior se había jubilado, entonces se me ocurrió que mi hermano podía ocupar su lugar. Por supuesto, tuvimos que inventarle una nueva identidad. Los Navarro Soler somos bastante conocidos y era imposible presentarse con su apellido verdadero.

—Esa parte del plan me quedó clara —replicó Eleonora—, pero no sé qué busca realmente con Dante o con su madre.

—Eleonora, no hay nada de qué preocuparse. Fran no tiene ningún oscuro propósito; solo quiere descubrir una verdad que lo atormenta desde pequeño. A él y a nuestra familia… —Estuvo a punto de contarle sobre la trágica muerte de su madre; sin embargo, no se sentía con el derecho de hacerlo. Le correspondía a Fran hablar con ella—. Confiá en él. En el pasado cometió demasiados errores, algunos los pagó muy caro, pero ahora es un hombre nuevo y solo busca sanar viejas heridas.

Eleonora tragó saliva. Un hombre con secretos y un pasado misterioso. ¿Sería posible que se parecieran tanto? Ella también cargaba con profundas cicatrices.

—Deberías tomar clases de pintura —dijo Rosario de repente, cambiando de tema—. Tenés mucho talento y sería una pena desperdiciarlo en simples bocetos al lápiz.

—No sé; la verdad es que no lo había pensado —respondió ella, mirando de reojo lo que sucedía a pocos metros de allí.

Laurita había vuelto con otro mate y mientras esperaba que Fran se lo tomara secaba el parabrisas del coche. Tenía que estirarse para llegar a la parte del medio y la falda del uniforme, corta por demás, terminaba exhibiendo con atrevimiento sus muslos. Rosario maldijo en silencio a su hermano. Estaba disfrutando el momento, y de paso, provocaba los celos de Eleonora.

—Yo podría darte algunas clases. Me encantaría pulir tu talento. —Sonrió divertida—. No es por jactarme, pero soy una excelente profesora. ¿Te gustaría?

—*¡Ma certo!* —Eleonora respondió con tanto entusiasmo que habló en italiano.

Rosario aplaudió, contenta.

—¡Perfecto! ¿Te parece que empecemos con un par de tardes a la semana?

A Eleonora todo le pareció perfecto. Acordaron verse al día siguiente y antes de marcharse, Rosario se acercó para hablar con su hermano.

*

La actitud que desplegaba Rosario mientras cruzaba el jardín le indicó a Fran que estaba molesta. Arrojó el paño en el interior del balde con el agua enjabonada y se secó las manos con su propia camiseta. Curvó los labios en una sonrisa conciliadora y se acercó a ella. Laurita no pudo ocultar su frustración al verla llegar. La llegada de esa mujer echaba a perder lo poco que había logrado hasta el momento. Suspiró resignada. Regresó a la cocina; ya no tenía caso quedarse allí.

—Buen día, Franco —le dijo Rosario.

—Buen día, señorita —contestó él. Y cuando estuvo seguro de que nadie los oía, preguntó—: ¿Te parece prudente acercarte a hablar conmigo?

—Sos el hijo de nuestra cocinera y es normal que pase a saludarte antes de irme. No podía quedarme en la mansión, sabiendo que corrías el riesgo de que Eleonora revelara tu identidad.

—No te preocupes. Aunque no fui capaz de contarle toda la verdad, no nos traicionará.

Rosario la observó por encima de su hombro. Eleonora continuaba en el sillón de mimbre.

—Yo tengo mis dudas, Fran. Cuando llegué, la descubrí dibujándote y creo que se molestó porque no quería que nadie la viera.

—¿Y eso qué significa? —Fran alzó una ceja en señal de asombro.

—¿Acaso no es obvio? —replicó Rosario—. Por alguna razón prefiere ocultar que te has convertido en su modelo favorito.

Fran sonrió complacido. Por supuesto que notó que Eleonora lo observaba mientras lavaba el coche. Solamente por eso había dejado que Laurita coqueteara con él. Lo que no sabía era que ella lo estuviera dibujando.

—Le propuse que tomara clases de pintura conmigo dos veces por semana y aceptó encantada. Mañana a la tarde nos veremos en el atelier…

—Iré con ella —la interrumpió Fran, gratamente sorprendido.

—Sos su chofer, supongo que es lo habitual —adujo Rosario, comprobando una vez más el entusiasmo que sentía su hermano por aquella mujer.

—No es solo por eso. Dante Romano habló conmigo.

—¿Ya lo conociste? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Iba a contártelo ahora mismo —respondió.

—¿Qué te pareció?

Fran se encogió de hombros.

—Un hombre bastante peculiar —comentó—. Me ofreció un salario extra a cambio de cuidar a Eleonora. Al parecer, alguien que dejó en Italia ha venido para atormentarla.

Rosario se quedó boquiabierta. ¡Dante Romano estaba entregando a su esposa en bandeja de plata! ¿Acaso no se daba cuenta de la atracción que existía entre ella y su nuevo chofer?

—Y supongo que aceptaste. —Rosario conocía de sobra la respuesta.

—¿Qué iba a hacer? No podía negarme. Es un paso más para ganarme la confianza no solo de Eleonora, sino también de su familia —argumentó.

—Creo que deberías mostrarle la foto de nuestra madre a Eleonora —dijo Rosario, convencida de que la italiana podría ponerle un nombre a la cuarta mujer, que aún seguía siendo un gran misterio.

—Quizá aproveche mañana cuando tenga que llevarla al atelier. Es arriesgado hablar con ella de ciertos asuntos en la casa…

—¡Sobre todo si te anda rondando una de las criadas! —replicó Rosario en un tono burlón—. ¡No cometas una torpeza, Fran! Mantené las manos lejos de la muchacha, porque puede convertirse en un dolor de cabeza. Si querías usarla para darle celos a Eleonora, ¡felicitaciones! ¡Lo has logrado con creces!

Aunque estaba emocionado, Fran no dijo nada. Su hermana acababa de darle la mejor de las noticias. Reprimió las ganas de darle un abrazo por temor a que su gesto se malinterpretara. Pero finalmente, fue ella la más atrevida y se despidió de él hasta el día siguiente con un beso en la mejilla.

—¿Qué pasa? ¡Nos criamos prácticamente juntos, *Franco!* —Le guiñó el ojo, se acomodó el casquete en la cabeza y se marchó con una sonrisa en los labios.

CALORES NOCTURNOS

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, noviembre de 1953

Fran, inquieto, daba vueltas en la cama. Había abierto una ventana con la intención de refrescarse, pero el aire era tibio y asfixiante. Se acercaba una tormenta, podía sentirla en los huesos. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. La bebió de un solo sorbo y se secó la boca con el dorso de la mano. Abrió el refrigerador y pellizcó un poco del budín de pan que la cocinera había preparado esa noche para la cena. No tenía hambre; tampoco sueño. Miró la hora. Ya era casi medianoche. Lo mejor era volver a la cama y tratar de dormir, si el bochorno lo dejaba.

Se detuvo a mitad de camino cuando creyó escuchar un ruido al otro lado de la puerta. Se acercó y vio una sombra por la rendija inferior. El corazón le saltó en el pecho al imaginarse que era Eleonora. Esperó un momento antes de abrir. Se llevó un chasco cuando descubrió que se trataba de Laurita.

—Hola, Franco. ¿Puedo pasar?

Fran sostuvo la puerta. Dejarla entrar era un error que no planeaba cometer.

—Laurita, no creo que sea lo más sensato.

Ella iba vestida con un camisón de seda y encima llevaba una bata del mismo material. Se había soltado el cabello y tenía los labios pintados de rojo.

—¡Por favor, me costó mucho tomar coraje para venir a verte! —dijo—. Esta tarde pasamos un buen rato. Pensé que podríamos profundizar un poco nuestra… amistad.

Los ojos de Fran se mantenían siempre a la altura de su rostro. No quería mirar más abajo de su cuello y terminar cayendo en su trampa. Laurita era una muchacha atractiva y él, un hombre con la carne débil. La tomó de los hombros para empujarla con suavidad hacia afuera, pero no le salió cómo esperaba. Ella aprovechó el hueco que dejó Fran en la entrada y logró meterse en su casa por la puerta entreabierta. Se volvió bruscamente con el propósito de sacarla. Laurita fue más rápida que él y llegó hasta el sofá. Se dejó caer de espaldas, sin dejar de sonreír.

—Nadie tiene por qué enterarse, Franco. —Deseaba que su atrevida jugada le sirviera al menos para ganarle la apuesta a Renata. Aunque buscaba mucho más, esa noche se conformaba con un beso.

—Laurita, no va a pasar nada entre nosotros —respondió Fran con seriedad.

—¿No te gusto? —Ella se humedeció los labios con la lengua mientras lo miraba fijamente.

—Sos una mujer interesante, pero no puedo enredarme con vos. Tengo novia, está en Córdoba y planeo casarme con ella pronto. —Fue lo primero que se le ocurrió. Interpretaría el rol de novio fiel si hacía falta—. No voy a traicionar a la mujer que será mi esposa. Espero que me entiendas.

Laurita resopló con fastidio. Si lo del noviazgo era verdad, le costaría mucho más seducirlo. Si en cambio se trataba de una excusa para sacársela de encima, terminaría por hacérselo pagar. Franco Vidal le gustaba mucho y no era agradable sentirse así de humillada. Se acomodó el camisón y se levantó del sofá. Cuando pasó a su lado, volteó la cabeza para mirarlo.

—No existen los hombres fieles, Franco Vidal. Basta que una mujer que te caliente la sangre se pare adelante tuyo para que te pongas a comer de su mano como un corderito.

Fran no supo discernir si lo que le dijo era una sentencia o una amenaza. Decidió ignorarla y apenas ella traspasó el umbral de la casa, cerró la puerta con llave.

Solo había una mujer que le alteraba la sangre, y dormía a pocos metros de allí. Con Eleonora en su pensamiento, logró conciliar el sueño.

*

Eleonora envidiaba la capacidad de Dante de quedarse dormido apenas apoyaba la cabeza en la almohada. Hacía calor y tenía demasiados pensamientos dando vueltas en la cabeza. Su primera clase de pintura con Rosario al día siguiente, la falta de noticias de su familia, la macabra sensación de que el fantasma de Vincenzo la acechaba… todo aquello le quitaba el sueño. Cerró los ojos y lo primero que le vino a la mente fue la sonrisa de Francisco. Esos hoyuelos tan parecidos a los de Michele… Que otro hombre le provocara un cosquilleo tan intenso le quitaba por completo el sosiego.

Se levantó sin hacer ruido para no despertar a su esposo. La ventana que daba al patio trasero estaba entreabierta. Se acercó para tomar aire. Corrió la cortina, pero tuvo que cerrarla de inmediato cuando descubrió a Laurita saliendo de la casa del chofer. Se escondió para espiarla. Iba en camisón y se movía entre las sombras a paso firme. Eleonora no alcanzó a ver la expresión de su rostro. Maldijo en silencio. No se lo esperaba. Una cosa era ser testigo de los ingenuos coqueteos de Laurita mientras le cebaba un mate a Francisco y otra muy distinta que lo visitara durante la noche. ¡Él hacía apenas dos días que estaba allí! Se alejó de la ventana antes de que alguien la viera y la acusara de ser una fisgona. Si Francisco Navarro Soler decidía meter en su cama a una de las criadas, ella no iba a impedírselo. ¡Podía acostarse con todas si quisiera, porque no le importaba en lo más mínimo! Cuando pasó por delante de la cómoda y se contempló en el espejo, se sorprendió con lo que vio. Tenía las mejillas encendidas y un brillo diferente en la mirada. Su pecho se movía al ritmo de su respiración agitada. ¿Qué le sucedía? Le

tomó apenas unos segundos descubrir que ese fuego que la quemaba por dentro era pura rabia… la rabia que solo se siente cuando alguien te gusta tanto que podrías enceguecerte de celos. Abrumada por esa inesperada verdad que acababa de abofetearla en pleno rostro, regresó a la cama y se acostó al lado de su esposo.

Eleonora no pudo dormir. Al día siguiente, antes de las siete, cuando Dante despertó, la encontró arrinconada en la butaca, con las piernas apretadas contra el pecho y los ojos fijos en un punto imaginario. Abandonó la cama y se aproximó a ella.

—Buen día, Eleonora. ¿Dormiste en el sillón? —La había escuchado junto a él en la cama. La joven lo miró como si aún estuviera inmersa en sus pensamientos—. ¿Qué es lo que te preocupa? —Dante sentía culpa por no estar más pendiente de ella.

—Tenía insomnio y no quería molestarte.

—Seguís dándole vueltas al asunto del paquete, ¿verdad? —Él también estaba intrigado.

Ella asintió.

—La única persona en Italia que conoce mi admiración por ese tenor es Assunta. Pero es imposible que ella me haya enviado el disco. Laurita me aseguró que el paquete estaba afuera del buzón cuando llegó el cartero. No tiene dirección ni remitente, solo mi nombre.

—La persona que lo dejó se ha acercado demasiado a vos —aseveró Dante, tratando de entender aquel rompecabezas.

—Y no me cabe la menor duda de que el disco fue comprado en Roma. Lleva la etiqueta de un local de música en la via di Ripetta.

Esa era la peor de las posibilidades. Significaba que los Gentile la habían encontrado.

—He hecho lo correcto entonces al contratar a Franco para que te cuide las espaldas. Si tu tía no está detrás del dichoso paquete, la única opción es que esa familia haya dado con tu paradero. Saldremos de duda cuando el tal Manfredi responda al telegrama.

Eleonora pensó en Nunzio. ¿Sería él a quien había visto bajo la lluvia? Guardaba cierto parecido con su hermano y quizá por eso creyó que su fantasma la rondaba. Le aterraba la idea de que hubiese abandonado Italia para ir a buscarla. ¿Quería vengar la muerte de Vincenzo o llevarla de regreso para que pagara por su crimen? Aunque sería una verdadera tortura tenerlo tan cerca, debía aceptar que necesitaba la protección de un hombre como Francisco Navarro Soler.

—No voy a encerrarme en la mansión a esperar que los Gentile vengan por mí —replicó, decidida—. Si has dispuesto que el chofer se encargue de mi seguridad, tendré que acatar tu decisión.

Dante sonrió y le apretó suavemente el muslo.

—Todos estaremos más tranquilos, Eleonora. Yo tampoco quiero que vivas recluida entre estas cuatro paredes. ¡Mi madre terminaría por volverte loca si tuvieras que pasar todo el día con ella!

El comentario bromista los hizo reír y hasta olvidarse de que quizá ahí afuera, más cerca de lo

que creían, alguien esperaba el momento para hacerle pagar a Eleonora sus errores del pasado.

*

Mientras conducía por las calles del barrio de Almagro, Francisco no dejaba de preguntarse qué había detrás de la actitud distante de Eleonora. Apenas lo había saludado con un seco “Buenas tardes”, sin mirarlo a los ojos. Después de ese brevísimo intercambio de palabras, ella ya no volvió a hablarle. Recordó lo que le había dicho su hermana acerca de los posibles celos de Eleonora después de verlo pasar el rato con Laurita. Se obligó a poner toda su atención en el camino.

Cuando por fin el coche se detuvo frente al atelier de Rosario, ambos compartieron la misma sensación de alivio. Fue él quien tocó timbre del atelier. Escucharon los pasos de Rosario bajando las escaleras. Se miraron un instante. Eleonora fue la primera en apartar la vista.

Rosario los invitó a pasar y cuando la joven entró, le hizo señas a su hermano, dibujando en el aire un cuadrado. Fran descifró que estaba preguntándole si le había mostrado la foto a Eleonora y negó con la cabeza.

Él, a sabiendas de que su presencia solo la incomodaría, se quedó en la cocina. Dejó la puerta un poco abierta solo para enterarse de lo que ocurría durante la clase de pintura. Se preparó un café. Las escuchaba hablar sobre colores y formas y pudo percibir pasión en la voz de Eleonora. Se asomó por la puerta entreabierta. Decidió arriesgarse y salió de la cocina. Esperaba que Eleonora no lo descubriera espiándolas. Se aproximó con sigilo y se ocultó detrás de la estatua de una mujer desnuda apoyada sobre un pedestal. A través del hueco del brazo de la figura de yeso, Fran tenía una visión privilegiada de Eleonora. Estaba parada frente a un caballete y la luz que entraba por el ventanal la iluminaba de manera casi etérea. Inclinaba ligeramente la cabeza hacia adelante mientras deslizaba el pincel por el lienzo. Fran no podía apartar sus ojos de ella. Estaba tan ensimismado que ni siquiera se dio cuenta de que Rosario acababa de descubrirlo. Ya era tarde para retroceder. La vio caminar hacia él, y para evitar que Eleonora lo descubriera se alejó hacia la cocina. Rosario lo siguió y cerró la puerta; sacó un frasco de la alacena y lo llenó de agua. Miró a su hermano con el ceño arrugado.

—Mientras mantengas tu admiración en secreto, no habrá problemas. Sé que es imposible ignorar o esconder lo que sentimos —concedió. Lo había vivido en carne propia al enamorarse de Débora—. Pero ¿sos consciente de que, si te enamorás de ella, nuestro plan puede irse al carajo? Si te echan, será muy difícil que sepamos alguna vez qué fue lo que pasó con mamá.

Fran se quedó callado. Las palabras de Rosario calaron hondo en su corazón. Anhelaba vivir un gran amor que le estremeciera las entrañas y sacudiera todos sus miedos. Y esa mujer… ese amor tan intenso tenía nombre y apellido: Eleonora Ferrara. Sintió que su pecho estaba a punto de explotar de felicidad. Acababa de darse cuenta de que podía enamorarse de verdad.

—Si en serio la amás, luchá por ella. Solo te pido que vayas con cuidado. Quién sabe, tal vez la trágica muerte de nuestra madre te compense por tanto dolor con el amor de Eleonora —dijo Rosario, conmovida por la emoción que se reflejaba en el rostro de su hermano.

Él sonrió.

—Tengo miedo —se atrevió a confesarle. Le temblaba la voz.

—Es lo más normal del mundo, Fran. Estar enamorado nos asusta mucho, pero también cura nuestras heridas. Conozco muy poco a Eleonora; aun así, creo que no es feliz. Tal vez el destino hizo que cruzaran sus caminos para que puedan buscar juntos la felicidad.

Fran también quería creer que había un futuro dichoso para Eleonora y para él; sin embargo, para alcanzarlo primero debían enterrar el pasado y despojarse de sus secretos.

—¿Me harías un favor, hermanita?

—El que quieras, Fran. —Rosario intuía lo que estaba a punto de pedirle y ya había pensado en la excusa perfecta para ausentarse del atelier el tiempo suficiente para que él y Eleonora pudieran hablar a solas—. ¡Me había olvidado de que tenía turno en la peluquería! ¡Pero qué cabeza la mía! —exclamó en voz alta para asegurarse de que Eleonora pudiera escucharla desde el estudio. Le guiñó un ojo a su hermano en complicidad—. Espero no arrepentirme de dejarla a solas con vos.

—Tranquila, Rosario. Solo voy a mostrarle la foto de nuestra madre. —También planeaba preguntarle el motivo de su enojo.

Salieron juntos de la cocina y vieron que Eleonora estaba alistándose para marcharse.

—¿Ya te vas? —Rosario no necesitó mirar a su hermano para saber que debía impedírselo.

—No quiero que canceles tu cita en la peluquería por mi culpa —contestó Eleonora, guardando su material de dibujo en un bolso.

—Me da mucha pena que la primera clase no se complete. ¿Y si te quedás un rato para practicar lo que has aprendido hoy? —Puso una mano en el hombro de Fran—. Es más, mi hermano podría ser tu modelo y así profundizaremos un poco en la construcción de la figura humana.

El silencio de Eleonora fue bastante elocuente. No deseaba quedarse a solas con él.

—No tardaré mucho —manifestó Rosario—. En menos de una hora estaré de vuelta. —Hizo que Fran se sentara en un taburete. Le indicó que flexionara las piernas, apoyando los pies en la barra de madera delantera y le dio un golpecito en los hombros para que se sentara erguido.

Ante toda aquella preparación, Eleonora no se animó a rechazar la propuesta. ¿Qué excusa daría para justificar su deseo de marcharse? Ella también podía inventarse un compromiso imprevisto, pero estaba tan nerviosa que no le creerían.

Apenas Rosario abandonó el atelier, un silencio incómodo volvió a instalarse entre ellos. Eleonora evitó hacer contacto visual con Francisco mientras sacaba su cuaderno de bocetos.

—¿Estoy bien así o querés una posición en particular? —preguntó Fran para romper el hielo.

Eleonora no tuvo más remedio que posar sus ojos en él, y al hacerlo descubrió que estaba sonriéndole. Sintió un vuelco en el estómago y no fue capaz de sostenerle la mirada. Tampoco le dio una respuesta. Le temblaban las manos cuando intentó sostener el carboncillo entre los dedos.

—No quiero que te pongas nerviosa por mi causa, Eleonora —dijo él de pronto—. Si no tenés ganas de dibujar, podemos charlar… hay algo que quiero mostrarte.

Su tono misterioso atrajo el interés de Eleonora. Entonces se atrevió a mirarlo. Lo vio meter la mano en el bolsillo izquierdo de su camisa y sacar una fotografía. Cuando Fran se levantó de la banqueta, Eleonora no se movió de su sitio. Dejó el cuaderno con el carboncillo encima de la mesa y trató de que él no notara cómo se le aceleraba el corazón.

Francisco le entregó la fotografía; al mirarla, ella fue perdiendo el color de sus mejillas. Por esa reacción él intuyó que aquella imagen no le traía gratos recuerdos.

—¿Reconocés a alguna de estas mujeres?

Eleonora no le respondió. Sus ojos azules apenas pestañeaban. Identificó el lugar: era el patio trasero de la casona de Barracas. En cuanto a las cuatro muchachas que aparecían delante de la estatua del león con las fauces abiertas, estaba casi segura de que una era su suegra y la que estaba de pie junto a ella, su amiga y socia, Virginia. Las otras dos no le resultaban conocidas.

—¿Cómo es que tienes esta foto? —quiso saber.

Fran se la quitó. Sus dedos entonces se tocaron. Aunque el contacto no duró más que un par de segundos, el efecto de aquel roce impactó en sus cuerpos con la fuerza de un rayo. Ninguno dijo nada. Eleonora apoyó las manos en su regazo y él trató de concentrarse en la fotografía.

—Estaba en un viejo baúl, en el altillo de casa. Mi cuñada la encontró y… —se detuvo justo antes de que se le escapara que la había recibido durante la visita de Isabela a la penitenciaría—. Ella creyó que me gustaría tenerla porque mi madre es una de las retratadas.

—¿Tu madre?

Fran asintió y la señaló en la foto.

—La rubia que posa a su lado es una conocida de la familia. Sé que la de cabello negro es Gertrudis. —Eleonora no ratificó ni negó su afirmación—. ¿Sabés quién es la mujer de la derecha?

—¿Por qué tendría qué saber quién es? —retrucó ella, poniéndose nerviosa.

—¿Acaso es amiga o conocida de tu suegra? —Hizo una pausa para darle tiempo a que respondiera. Lo que menos deseaba era que encontrara un nuevo motivo para distanciarse de él —. Es muy importante para mi familia y para mí descubrir la identidad de esta mujer. Podría preguntárselo directamente a Gertrudis, pero no puedo correr el riesgo de perder mi trabajo.

—¿Por qué? —insistió Eleonora. No iba a decirle lo que sabía si él no le contaba la razón por la cual se había infiltrado en la mansión de su suegra.

Fran no estaba preparado todavía para revelarle toda la verdad. No cuando ignoraba qué papel

había jugado Gertrudis en la vida de su madre. Dejó escapar un suspiro.

—Esta foto demuestra que Gertrudis y mi madre se conocieron durante su juventud. La rubia está en una residencia porque tiene demencia senil; por lo tanto, no puedo preguntarle nada.

Eleonora tenía miedo de que al revelar el nombre de doña Virginia, su pasado en la casona de Barracas saliera a la luz. Tenía que encontrar la manera de satisfacer su curiosidad sin ponerse en evidencia. Vaciló un momento antes de darle una respuesta.

—¿Puedo ver la fotografía de nuevo?

Eleonora fingió estar concentrada en el rostro de la mujer que Francisco necesitaba identificar. Debía proporcionarle una respuesta convincente.

—No conozco a todas las amistades de mi suegra.

—¿Estás segura? —Fran no quería desconfiar de ella, aunque sospechaba que le mentía—. ¿Y qué hay del sitio dónde fue tomada la fotografía? ¿Has estado allí alguna vez?

—¡No sé nada más, déjame en paz! —Eleonora se puso de pie con el propósito de irse y la fotografía cayó al suelo. Se sentía acorralada. Podía escuchar cómo su corazón bombeaba con fuerza. Ya no quería estar allí, pero Francisco la tomó del brazo y la retuvo en contra de su voluntad. Ese gesto le trajo los peores recuerdos—. ¡Suéltame o te juro que empiezo a gritar!

Fran la miró a los ojos. La sujetaba con fuerza de la muñeca, aunque sin presionar demasiado para no lastimarla. Sabía que no cumpliría sus amenazas. Cuando ella trató de zafarse, la atrajo hacia su cuerpo con el propósito de que dejara de moverse. Estaban tan cerca que los senos de Eleonora, agitados por la respiración, subían y bajaban contra su torso.

—No quiero escuchar mentiras. —Apoyó su mano izquierda en la espalda de Eleonora, justo por encima de sus caderas. Notó que ella temblaba—. Tengo pruebas de que conocés ese lugar. Comprendo tus motivos para no querer contármelo; sin embargo, a mí no me importa lo que hiciste en tu pasado… lo único que quiero es encontrar a esa mujer.

Eleonora se quedó petrificada. ¿Cómo que tenía pruebas? Hizo otro intento inútil de soltarse y él respondió rodeándola con sus brazos por la cintura. No tenía escapatoria. Podía sentir el aroma a menta de su aliento tibio acariciándole el rostro. Eleonora clavó sus ojos azules en la boca de Fran. Sus labios se movían mientras le hablaba; ella se dio cuenta de que ya no escuchaba lo que decía, solo lo miraba. Tenía la garganta seca y la piel caliente. Le costaba respirar.

—Eleonora, ¿qué te pasa? —Fran se alarmó. La ayudó a sentarse y le echó un poco de aire con su cuaderno de bocetos—. Perdoname, por favor, no quería agobiarte.

Ella cerró los ojos y exhaló con fuerza hasta que el aire volvió a entrar en sus pulmones. Había estado a punto del colapso. De pronto, el rostro de Francisco desapareció y en su lugar, se encontró con la mirada furibunda de Vincenzo. Su mente se llenó de los instantes más terribles vividos a su lado. Su cuerpo no le respondía. La voz profunda y suave de Francisco la rescató del infierno, atrayéndola otra vez al presente. Cuando él intentó alejarse para buscar un vaso con agua, Eleonora le agarró la mano.

—No me dejes sola, por favor —susurró, atravesada por la angustia.

El ruego de Eleonora lo desarmó. Apretó suavemente los dedos femeninos para que ella sintiera su calor y le sonrió.

—Me quedaré con vos todo el tiempo que quieras —le prometió. Ella asintió y, sin soltar su mano, se reclinó en el sofá. Fran, conmovido por su fragilidad, supo entonces que algo en su interior se había roto y que, al igual que él, Eleonora tenía muchas heridas que sanar.

Cuando Rosario regresó al atelier y los encontró así, no se atrevió a molestarlos. Cruzó sigilosamente el estudio y se encerró en la cocina. Tras cerciorarse de que Eleonora no despertaría, Fran le soltó la mano y se reunió con su hermana para ponerla al tanto de las novedades. Ambos concluyeron que la joven italiana sabía más de lo que decía.

*

El viaje de retorno se hizo también en silencio; de todos modos, Eleonora y Fran ya no eran los mismos después de lo sucedido. Habían estado más cerca que nunca. Aquel momento de intimidad, de roces inocentes y miradas cargadas de súplicas habían creado un vínculo indestructible.

Cuando llegaron a la mansión de los Romano permanecieron un momento en el interior del automóvil, envueltos en un silencio cómplice; no necesitaban hablar para entender y aceptar lo que les pasaba. Antes de que Fran intentara detenerla, Eleonora, temerosa de sus propios sentimientos, se bajó del coche. Olvidó el bolso con sus materiales de dibujo en el asiento del acompañante y dejó la puerta abierta. Cruzó el patio corriendo, sin mirar atrás y entró raudamente a la casa. Solo deseaba encerrarse en la habitación y dormir hasta el día siguiente; sin embargo, sus planes se vieron frustrados cuando Dante se atravesó en su camino y le pidió que lo siguiera al salón. Eleonora se sorprendió al ver a Reina. Pocas veces pisaba la mansión para evitar enfrentamientos con doña Gertrudis. El hecho de que estuviera allí encendió las alarmas.

—¿Qué ocurre?

Dante la tomó del brazo y prácticamente la obligó a sentarse. Tenía un sobre en la mano y Eleonora supo que se trataba de malas noticias.

—Eleonora, este telegrama llegó hoy a la tarde. Es la respuesta del que enviaste hace unos días al alcalde de Sorrento. —Dante buscó el apoyo de Reina. No se animaba a contarle lo que estaba escrito en aquel papel—. Me tomé el atrevimiento de leerlo… espero que no te moleste.

Reina se sentó junto a ella, y como ya había hecho en otras ocasiones, sujetó sus manos con fuerza para darle valor. Lo iba a necesitar.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Eleonora, empezando a temblar.

Dante dejó el telegrama sobre el regazo de Eleonora y ella lo miró con un gesto de desesperación. Después de conocer la terrible verdad que sacudiría su vida para siempre, él

estaría a su lado para brindarle su cariño y su consuelo. Eleonora leyó aquellas líneas con un nudo en el pecho.

Estimada Eleonora, lamento ser el portador de tan terribles noticias. Assunta, Domenico y Ludovica han fallecido pocos días después de tu partida. Tu tía fue estrangulada en su casa. Tu hermano y su esposa perecieron en un incendio. Yo me ocupé de los entierros. Quedo a tu entera disposición y si alguna vez vuelves a Italia, cuenta conmigo para lo que quieras.
Un saludo afectuoso,

Paolo Manfredi

El telegrama voló por los aires cuando Eleonora se levantó del sofá y salió corriendo del salón. Sus gritos de dolor resonaron por todas partes. Reina y Dante fueron tras ella. No pudieron impedir que abandonara la casa. Eleonora, trastabillando, logró llegar hasta el patio y cayó de rodillas. Gritaba y profería maldiciones en italiano mientras su cuerpo se sacudía en violentos estertores y sus puños golpeaban una y otra vez el suelo. Escarbó la tierra húmeda hasta que sus uñas comenzaron a sangrar.

—*¡Maledetti assassini!* —bramó, alzando su cabeza al cielo—. *¡Bastardi figli di puttana!*

Gertrudis lo vio todo desde la ventana de su habitación y no sintió siquiera un poco de lástima por el dolor de su nuera. Los criados, curiosos y asustados, se asomaron por la puerta de la cocina para ver qué ocurría. Fran corrió hacia ella apenas escuchó su llanto desgarrador, pero la escena con la que se encontró lo frenó en seco. Dante Romano sostenía a Eleonora entre los brazos y la estrechaba contra su pecho. Francisco se quedó escondido detrás de un árbol, con el corazón hecho trizas, mientras a pocos metros de allí, la mujer que tanto lo necesitaba recibía el consuelo de otro hombre.

DÍAS NEGROS

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, diciembre de 1953

Gertrudis sospechaba que Dante no le había contado toda la verdad sobre el pasado de su inquietante esposa. ¿Se trataba de una joven que había abandonado a su marido cuando este supuestamente acababa de perderse en el mar o existía una razón más siniestra para que alguien castigara el comportamiento de Eleonora, eliminando a sus seres queridos?

La joven llevaba cinco días encerrada en su habitación. Apenas probaba alimento y no paraba de llorar. Tirada en la cama, siempre con el mismo camisón negro en señal de duelo, se sentía culpable de la desgracia de su familia. Dante, preocupado por su estado, pasaba las noches con ella.

El día después de haber recibido el telegrama con tan nefastas novedades, Dante movió cielo y tierra hasta que consiguió averiguar el número telefónico de la alcaldía de Sorrento. Cuando por fin se comunicó con Paolo Manfredi, conoció los terribles detalles que habían llevado a la muerte a los familiares de Eleonora. Lo peor era que los crímenes continuaban impunes. El caso lo llevaba un tal comisario Callegaro y, según las palabras del alcalde, la identidad del o los asesinos jamás saldría a la luz porque eran cómplices de la Camorra. Dante le contó a Eleonora lo conversado con Manfredi y ella supo entonces que otra vez los Gentile se saldrían con la suya. Él le prometió comunicarse con la embajada argentina en Italia para enviar una corona de flores en su nombre. No era mucho lo que podía hacer. Debían darle la noticia de la muerte de su hermana a Beata Barbieri. Dante se ofreció a ir hasta La Boca para hablar con ella.

Ahora se había quedado completamente sola. Los Gentile ya no podían quitarle nada más… excepto el deseo de seguir viviendo. Cuando cerraba los ojos y se imaginaba los últimos momentos de sus seres amados en manos de sus asesinos, Eleonora quería morir para reunirse con ellos. Como si lo intuyeran, Dante velaba su sueño por las noches y Reina le hacía compañía durante el día.

Se acercaba el cumpleaños de Gertrudis y nadie tenía ánimos para fiestas…; nadie, excepto la propia Gertrudis, quien no estaba dispuesta a dejar de celebrar un año más de vida por causa de unos difuntos que llevaban tanto tiempo bajo tierra y a los que ni siquiera conocía. Se lo dijo a Dante y aunque él intentó convencerla de cancelar los festejos, ella alegó que era su aniversario número setenta y quería celebrarlo a lo grande. Planeaba organizar un baile de disfraces. Dante

sabía que era en vano insistir, por eso decidió contárselo cuanto antes a Eleonora. Ese día llegó más temprano, y apenas abrió la puerta de la habitación, Reina le hizo señas de que tuviera cuidado.

—Se durmió después de llorar toda la tarde —le susurró.

Dante suspiró. Tenían que sacar a Eleonora del pozo en el cual había caído.

—El cumpleaños de mi madre es en una semana y no he podido persuadirla de que cancele el dichoso baile de disfraces. Me siento culpable porque sé que es una ofensa para el dolor de Eleonora… Creo que lo hace a propósito.

Reina pensaba lo mismo.

—¿Vas a decírselo ahora?

Dante contempló a Eleonora. Estaba ojerosa y había perdido peso. Él la obligaba a bañarse por las mañanas antes de irse al hotel y desayunaban juntos para asegurarse de que al menos comenzara la jornada con algo de comida en el estómago.

—Cuando despierte —respondió al fin.

Reina tomó su mano y lo arrastró al cuarto de baño. Tras cerrar la puerta se abalanzó sobre él para besarlo. Lo extrañaba por las noches, y si bien no quería echarle en cara que la dejara sola para cuidar a su esposa, sentía que Eleonora, seguramente sin pretenderlo, se lo estaba arrebatando. Lo acarició por encima de la ropa con auténtica urgencia. Cuando metió la mano en los pantalones de Dante y descubrió su erección, su propia entrepierna reaccionó de inmediato. El deseo postergado les ganó a las prisas y terminaron haciendo el amor, apoyados contra el lavabo del baño mientras al otro lado de la puerta, Eleonora se removía inquieta en la cama por culpa de una pesadilla.

*

El alarido que brotó de la garganta de Eleonora retumbó en la cabeza de Fran como un eco macabro. Dejó lo que estaba haciendo y sacó de uno de los estantes el cuaderno de bocetos que ella había olvidado el día de su primera clase con Rosario. Llevaba cinco días sin verla. En la cocina comentaban que la señora Eleonora había recibido terribles noticias de su tierra. Fran recordó que Eleonora llamaba a un hombre en sueños. ¿Sería el tal Michele el causante de tanta angustia? Hojeó el cuaderno hasta dar con la página en donde Eleonora había representado la tarde en la cual decidió provocar sus celos, aceptando los coqueteos de Laurita. Con uno de los carboncillos escribió un mensaje. Era un riesgo que no le importaba correr si con ello le demostraba a Eleonora que, a pesar de no estar juntos, contaba con todo su apoyo. Cerró el cuaderno y salió rumbo a la mansión. Le pediría el favor a Laurita.

En la cocina no había rastros de ella y Renata le dijo que estaba en el cuarto de planchado. Sin perder tiempo se dirigió hacia allí. Ni bien apareció, a Laurita se le iluminó el rostro. Fran cerró

la puerta y se acercó a ella. La joven apoyó la plancha en la tabla y lo miró embelesada.

—Laurita, necesito que hagas algo por mí. El otro día, la señora Eleonora se olvidó su cuaderno en el coche. Pensé que se pondría contenta de recuperarlo. Solo tenés que subir a su habitación y dárselo. —No quería parecer desesperado, así que sonrió.

—¿Le digo que se lo mandás vos?

—Si te pregunta, sí. Seguro no se acuerda dónde lo dejó.

Laurita le dijo que apenas terminara con el planchado cumpliría con su encargo. Fran le dio las gracias y le guiñó ojo. Un gesto inocente que dejó a la joven flotando en una nube.

*

Perdida en la bruma de los recuerdos y atormentada por las pesadillas, Eleonora tenía miedo de dormirse. Estaba sola en la habitación. Se asomó a la ventana y respiró hondo. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y se oía el cantar de los grillos. La casa donde vivía Francisco estaba demasiado silenciosa y las cortinas permanecían cerradas. Por un segundo, se enfrentó a la posibilidad de que alguien hubiera descubierto su engaño y ya no trabajara como chofer de los Romano. Sintió una opresión intensa en el pecho. No estaba preparada para perder a nadie más. Francisco había aparecido en sus sueños mientras lloraba por sus muertos. Su sonrisa, su mirada cautivante y su mano fuerte sosteniendo la suya con ternura. Momentos que habían compartido y comenzaban a enraizarse en su corazón. De pronto, vio luz en una de las ventanas de la casa del chofer. A pesar de la tristeza que la había acompañado durante los últimos días, un sentimiento parecido a la esperanza puso en sus labios una sonrisa. Y el causante de aquel pequeño milagro era Francisco Navarro Soler.

Dante entró en la habitación y se alegró al verla levantada. Eleonora se alejó de la ventana para sentarse frente al tocador. Se horrorizó al ver su propio rostro reflejado en el espejo.

—¿Te gustaría cenar en el comedor esta noche? —preguntó su esposo.

No se sentía con ánimos de compartir la mesa con su suegra. Bastó su silencio para que Dante conociera la respuesta.

—Está bien, le diré a Herminia que vuelva a preparar el servicio para dos y cenaremos aquí.

—Dante, no es necesario…

Él se llevó el dedo índice a los labios y sonrió.

—No voy a dejarte sola —repuso de buen humor.

Eleonora no pudo negarse. No cuando seguramente prefería pasar la velada acompañado de la mujer que amaba y terminaba metido dentro de aquellas cuatro paredes solo para que ella se sintiera mejor. Vio que Dante se acercaba a la cómoda y abría uno de los cajones.

—Laurita vino a traértelo más temprano. Reina me dijo que dormías y lo guardó para dártelo después. Creo que no deberías abandonar algo que te apasiona tanto.

Cuando le mostró su cuaderno de bocetos, los ojos de Eleonora brillaron.

—Vidal lo encontró y le pidió a la criada que te lo hiciera llegar. —Lo dejó sobre el tocador con la esperanza de que, al tenerlo tan cerca, Eleonora retomara su afición al dibujo.

Ella comenzó a hojearlo y se topó con algo inesperado. Lo cerró de inmediato y regresó a la cama. Como si le quemara las manos, dejó el cuaderno encima de la mesita de noche. Dante observó su reacción y no supo qué pensar.

—¿Estás bien?

—Solo es un poco de cansancio —respondió ella, metiéndose de nuevo bajo las sábanas—. Si no te importa, voy a tratar de dormir un rato antes de que nos suban la cena.

—Por supuesto, querida.

Apenas Dante dejó la habitación, Eleonora abrió el cuaderno y buscó el mensaje de Francisco.

Te quiero abrazar.

Había encerrado aquellas tres palabras dentro de un corazón. Estaba torcido y con líneas desiguales, pero a ella le pareció el dibujo más hermoso del mundo. Arrancó la hoja, la dobló en dos y la escondió en el cajón de la mesita de noche. Cuando apoyó la cabeza en la almohada, no pensó en la muerte de sus seres queridos ni en el peligro que la acechaba. Solo había espacio para imaginarse en los brazos de Francisco.

*

La cena con Dante se le hizo eterna. Tenía el estómago cerrado por causa de los nervios y él insistía en que probara los *tortellini* a la crema que le había preparado Palmira. Para darle el gusto, pellizcó un poco de acá y de allá mientras lo escuchaba hablar sobre la fiesta de Gertrudis.

—Le dije que no era el mejor momento, pero ya sabés cómo es.

—No quiero que luego me eche en cara que por mi culpa se quedó sin festejo —replicó Eleonora—. Que haga lo que quiera. No todos los días se cumplen setenta años.

Dante se sorprendió con sus palabras.

—Yo no puedo faltar, aunque la verdad es que no tengo ánimos para fiestas.

—Si no la acompañas esa noche, tu madre jamás te lo perdonará.

Dante asintió, resignado. Había hecho un trato con ella y no pensaba renunciar a él: Reina sería una de las invitadas. Miró a Eleonora, expectante.

—¿Te gustaría asistir? Sé que es demasiado pronto, pero creo que te haría bien distraerte un poco, rodearte de gente y elegir un disfraz para esa noche, ¿qué decís? Reina estará encantada de asesorarte.

—¿Tu madre la ha invitado a su cumpleaños? —preguntó Eleonora, asombrada.

—Se vio obligada a hacerlo. Le dije que si el nombre de Reina no aparecía en la lista de invitados, podía tachar también el mío.

—Quiero estar en la fiesta sin desplazar a Reina —dijo Eleonora decidida.

—Perfecto —replicó Dante—. Saludaremos a los invitados y luego, entre la música y el baile de disfraces, nadie se dará cuenta de que ya no estamos juntos. Yo tendré libertad para tontear con Reina y vos, si no te sentís a gusto entre la gente, podés retirarte a descansar.

Eleonora se mostró conforme, y cuando Dante le pidió que no le quitara a Reina la ilusión de buscar el disfraz perfecto para ella, no tuvo más remedio que decir que sí.

Dante sonrió complacido. Parecía que la conversación y el buen vino habían provocado un cambio notable en el humor de Eleonora. Él ni siquiera sospechaba que la verdadera razón que se escondía detrás del brillo en su mirada y el rubor en sus mejillas era el mensaje que el hombre que conocía como Franco Vidal le había dejado en su cuaderno de bocetos.

Eleonora lo miró. En su mano, sostenía una copa vacía.

—No hace falta que te quedes a mi lado esta noche, Dante. —Una sonrisa cómplice se dibujó en sus labios—. Te agradezco que hayas estado conmigo, cuidándome, pero ambos sabemos que hay alguien que te espera. Reina es mi amiga y no quiero que termine odiándome…

—Ella nunca podría odiarte, Eleonora.

—Lo sé. Reina ha sabido adaptarse a esta situación mucho mejor que yo. —Él iba a decir algo y Eleonora le hizo señas de que no la interrumpiera—. Es muy difícil fingir delante de los demás cuando amas a otra persona… lo he padecido en carne propia y no se lo deseo a nadie.

Dante, emocionado, se levantó de la silla y la sorprendió con un abrazo.

—¿Estás segura de que no querés que duerma con vos esta noche?

—Estoy segura, Dante. No te preocupes por mí —le dijo para tranquilizarlo.

Él no quería mostrarse demasiado contento; sin embargo, le costó borrar la sonrisa mientras se alistaba para salir. Reina se llevaría una sorpresa cuando lo viera llegar a su departamento.

Ni bien se quedó sola, Eleonora corrió al armario. Tras una inspección minuciosa, eligió un vestido acampanado de color verde musgo. Era un tono discreto que le permitiría camuflarse entre las sombras sin llamar la atención. Llevaba toda la tarde dándole vueltas a lo que estaba a punto de hacer. Buscar a Francisco para recibir ese abrazo que él quería darle parecía una decisión precipitada que habría tomado la Eleonora del pasado; de todas formas, no existía ninguna duda en su mente, tampoco en su corazón.

Antes de apagar las luces, colocó dos almohadas a lo largo de la cama y las cubrió con sábanas. Si alguien se asomaba para preguntarle si necesitaba algo, pensaría que ya se había dormido. Cruzó el pasillo de puntillas y al llegar al rellano de las escaleras, se detuvo al oír la voz de Gertrudis. Bajó muy despacio para no hacer ruido. Su suegra estaba en el despacho, hablando por teléfono.

Aguardó un momento. Oculta detrás del perchero, vio a la anciana dirigirse al salón y luego

subir las escaleras con un libro en la mano. Era su momento. Eleonora abrió la puerta con sigilo y la cerró del mismo modo.

Observó a su alrededor. No había nadie en el jardín. Rodeó la mansión moviéndose en la oscuridad con cautela. A medida que se acercaba a la casa donde habitaba Francisco, empezó a tener dudas. Justo antes de llegar a su puerta, se detuvo. ¿Y si lo sorprendía con Laurita? Su cerebro la instigaba a marcharse, pero su corazón, su cuerpo entero, la alentaban a seguir adelante. Colocó las manos en el marco de la puerta y apoyó la cabeza para tratar de escuchar lo que sucedía del otro lado. Nada de voces femeninas ni susurros. Agudizó el oído y pudo percibir el sonido de un golpe sordo que se repetía con cierta cadencia. Cuando sus dedos tocaron el picaporte, descubrió que la puerta estaba sin llave. La empujó despacio y entró. El salón era pequeño pero acogedor. A la derecha se encontraba la cocina y en el lado opuesto había un pasillo que, intuyó, llevaba a la habitación. De allí provenían los golpes y decidió descubrir por sí misma de qué se trataba. Avanzó con suma precaución. Era evidente que Francisco no se había percatado de su presencia. La tenue luz de una lamparita iluminaba a medias el pasillo. Mientras se movía por el lugar, siguiendo el origen de aquellos ruidos extraños, Eleonora podía sentir cómo se aceleraban los latidos de su corazón. Unos fuertes jadeos le impidieron continuar. La puerta de la habitación estaba abierta y una silueta alargada se recortaba contra las cortinas. Era Francisco. Tenía los brazos flexionados y pegados al pecho. Entonces su cuerpo comenzó a balancearse frente a una especie de saco que colgaba del techo. Sus manos cerradas se estrellaban una y otra vez contra aquella figura en forma de cilindro que rebotaba en el aire por el impacto de sus puños.

Eleonora estaba como hipnotizada. Aprovechando que Francisco aún no la había descubierto, lo observó en silencio. Sus ojos se posaron en la línea de sudor que bajaba por su cuello y se perdía debajo de la camiseta. Deslizó una mirada curiosa por sus brazos desnudos y una mirada más atrevida se deleitó con su pecho musculoso cubierto ligeramente de vello oscuro. Cuando retrocedió para evitar que él la atrapara espiándolo, se chocó con la lámpara. El reflejo de la luz en la pared atrajo la atención de Fran. Se quedó de una pieza al verla en medio del pasillo. Parecía que al igual que su saco de boxeo, él también se encontraba suspendido en el aire.

—Eleonora… —susurró su nombre como si tuviera miedo de que si lo pronunciaba en voz alta, la joven pudiera salir corriendo.

Ella perdió la capacidad de reaccionar. Su cuerpo parecía haberse clavado al piso. Quería decir algo y las palabras se le estrangulaban en la garganta. ¿Qué demonios le pasaba? Francisco se acercó demasiado y Eleonora solo fue consciente del brillo intenso que iluminaba su mirada. Él era la combinación perfecta entre el peligro y el deseo. Un hombre como Francisco Navarro Soler podía arrastrarla al abismo de la pasión con solo una caricia…

Fran tomó la mano de Eleonora y la condujo hasta su habitación. La cama estaba tendida. Él hizo que se sentara y luego se dejó caer muy despacio a su lado.

—¿Recibiste mi mensaje?

Ella asintió. Estaba temblando.

—Estos días sin verte han sido una tortura —le confesó Fran, rozándole la mejilla con la punta de los dedos. Sintió que ella se estremecía. La deseaba con locura; sin embargo, no quería arruinar aquel momento haciendo algo precipitado—. Luego recordé que tenía tu cuaderno y se me ocurrió que podía enviarte una nota.

—Por eso me atreví a venir —dijo ella por fin, venciendo el último vestigio de pudor. Sus delgados y pálidos dedos se entrelazaron a los de Fran. El roce de su piel le erizó el vello de la nuca.

—¿Viniste a buscar un abrazo? —Él contuvo el aliento cuando Eleonora respondió que sí.

—No ha sido fácil para mí llegar hasta aquí, Francisco…

Él esbozó una sonrisa. Le gustaba cómo sonaba su nombre en los labios de Eleonora.

—Si necesitás que te abrace, voy a apretarte fuerte contra mi pecho. Si querés desahogarte, puedo escuchar todas tus penas y aliviar tus tristezas. —Besó sus nudillos con suavidad mientras la miraba a los ojos—. Esta noche soy tu esclavo, Eleonora.

La joven se conmovió. Había en sus palabras una velada intención erótica que no la dejó indiferente. Pero Francisco la soltó para ponerse de pie y ella experimentó una sensación de vértigo en la boca del estómago. Él se alejó, rodeando la cama, y se acostó. Eleonora, expectante, lo contempló por encima de su hombro. Cuando Fran extendió el brazo hacia ella, invitándola a recostarse a su lado, Eleonora no lo dudó. Aferrada a su mano, se dejó caer hacia atrás. Él apoyó el codo sobre la almohada solo para deleitarse con su belleza. Eleonora le acarició el pecho por encima de la camiseta. Sin decir nada, se volteó hacia él para quedar enfrentados.

—No me canso de mirarte —manifestó Francisco recorriendo su geografía con embeleso. Le fascinaba el hueco que se formaba en sus hombros y los dos lunares que tenía en el cuello.

Francisco la desnudaba con la mirada. Ella, nerviosa y excitada, solo sonrió.

—Hace tiempo que nadie me miraba así —confesó Eleonora. Había deseo en sus ojos, pero también mucha ternura. ¡Michele también solía mirarla así! Trató de no pensar en él.

Fran percibió un dejo de tristeza en su voz. A pesar de que no planeaba hacerle preguntas, decidió indagar en su pasado. Quizá, entonces, podría animarse y hablarle del suyo.

—¿Qué fue lo que te causó tanto dolor, Eleonora? Los criados murmuraban en la cocina, aunque nadie supo realmente explicar por qué ya no salías de tu habitación.

Ella suspiró. Si se había atrevido a escapar de la mansión y escabullirse en los aposentos del chofer de la familia, bien podía derribar ese muro de secretos que había levantado a su alrededor.

—Perdí a todos los que amaba, Francisco. Mi familia y el amor de mi vida… todos murieron por mi culpa.

—¿Era Michele el amor de tu vida?

La pregunta de Francisco la impactó.

—¿Cómo sabes de él?

—El día que te encontré inconsciente en la calle, mientras dormías en el atelier de Rosario y velaba tu sueño, dijiste su nombre.

Ella asintió. Seguramente estaba soñando con Michele y por eso lo llamaba. Le contó la trágica historia del amor de su vida. Fran no podía creer que alguien hubiera tratado a Eleonora con tanta crueldad. ¿Qué clase de demonio era Vincenzo Gentile? Le acarició la espalda.

—Si te hace mal recordar, no sigas —le dijo. Él estaba allí para contenerla.

—Quiero contártelo todo… solo tenme paciencia porque es difícil revivir una historia que marcó mi destino para siempre. —Alzó la cabeza y lo miró—. Te estoy abriendo mi corazón, Francisco. No me sueltes la mano, por favor.

Él estaba profundamente conmovido. Eleonora había atravesado un infierno e intuía que aún faltaba mucho más. La sorprendió con un beso en la mejilla. Un hondo suspiro se escapó a través de los labios entreabiertos de Eleonora. Ansiaba más y Francisco se rindió a sus deseos. Primero la besó con la urgencia de un amante excitado, deslizándose con la lengua en la cavidad húmeda de su boca. Luego lo hizo con la delicadeza de un tímido enamorado, mordisqueando y tironeando suavemente sus labios. La sintió vibrar entre sus brazos y supo que debía detenerse antes de llegar demasiado lejos. Eleonora había ido a buscar un abrazo y él no iba a sacar ventaja de su vulnerabilidad. Ya no era esa clase de hombre. Quería que la primera vez que hicieran el amor fuera especial y no la consecuencia de una noche de desahogos y revelaciones. De mala gana, abandonó su boca.

—Me muero por hacerte mía, Eleonora. —Ella parecía dispuesta a todo. Tenía los ojos nublados de pasión y respiraba agitada—. Esta noche te ofrezco todos los abrazos que quieras, ya habrá tiempo para todo lo demás.

Eleonora le sonrió.

—Eres un hombre increíble, Francisco Navarro Soler. —Buscó nuevamente el calor de su pecho. Se conformaría con lo que él le había ofrecido. Aunque quería contarle el resto de su historia sentía curiosidad por conocer más de su vida—. ¿Hace mucho que boxeas?

—Un amigo me enseñó a usar los puños. —Sonrió melancólico al recordar a Remigio—. Pasé una larga temporada en la cárcel. Gracias al boxeo y a la amistad de un buen hombre, el infierno dentro de aquellos muros fue un poco más tolerable.

—¿Has estado en la cárcel? —Jamás se lo hubiera imaginado.

—Me hablaste de tu pasado. Es justo que conozcas el mío. —Quería ser sincero con ella y no ocultarle nada—. Fui condenado por haber participado en un homicidio.

Ella no dijo nada, aunque por su reacción supo que estaba asustada. Fran decidió que era mejor si no la miraba a los ojos mientras le contaba el resto.

—No maté a nadie —se apresuró a aclarar—. Una mujer me manipuló para que le facilitara la pistola con la que asesinó a un alemán que había huido tras acabar la guerra. No trato de

justificarme ni de endilgarle toda la culpa a ella. Yo era un hombre complicado. Me gustaba la juerga, gastar el dinero de mi padre a manos llenas y revolotear de cama en cama sin comprometerme con nadie. Lo que se dice un verdadero hijo de puta —reconoció.

Eleonora era la menos indicada para juzgarlo. Ella cargaba con un asesinato en su conciencia y Fran aún no lo sabía.

—Mi falta de escrúpulos causó un daño terrible. Rosario fue una de mis víctimas. Ella pagó con sangre el precio de mi ambición. Mi hermana tenía un romance con una mujer casada. Yo lo descubrí y extorsioné al esposo de su amante con hacerlo público porque necesitaba dinero para cubrir una deuda. Ese hombre no pudo soportar el engaño de su mujer y se vengó, enviando a dos malvivientes para que violaran a Rosario… ¡Creo que el calificativo de hijo de puta me queda corto! —Tuvo que valerse del sarcasmo para poder seguir con sus miserias. Se imaginó los hermosos ojos azules de Eleonora teñidos por el espanto mientras lo escuchaba—. Magdalena, que en ese momento era la esposa de mi hermano Santiago, comenzó a coquetear conmigo y me dejé seducir. Un poco porque era una mujer muy bella y otro poco para fastidiar al exitoso Santiago Navarro Soler. Ella me fue envolviendo en su juego. Se había volcado al alcohol porque sufría por amar a un hombre de Dios, mi hermano Pedro, que en ese momento era todavía cura. Un día me pidió que le consiguiera un arma y que le enseñara a usarla. Cuando me enteré de que pretendía acabar con la vida de ese nazi para inculpar a su prima Isabela por meterse con mi hermano, traté de disuadirla, pero fue en vano. Magdalena asesinó a ese hombre y luego escondió la pistola en el departamento de su prima para después llamar anónimamente a la policía y denunciarla. Yo no podía permitir que una mujer inocente como Isabela, que había padecido los horrores de la guerra, terminara pagando por un crimen que no cometió, y le conté todo a la policía. Magdalena, atormentada por un amor prohibido y sabiendo lo que le esperaba, tomó la decisión de quitarse la vida. Supongo que eso también fue por culpa mía… Me condenaron a ocho años de prisión y recuperé mi libertad hace dos meses, por buena conducta.

El silencio de Eleonora le resultó aplastante. Ella había ido hasta allí para desahogar sus penas y terminaba escuchando una historia de terror.

—¿Algo de lo que me contaste tiene que ver con tu presencia en esta casa?

La pregunta de Eleonora lo desconcertó. Cualquiera otra mujer en su lugar habría salido corriendo después de conocer su terrible pasado, ya sea por miedo o por repudio.

—Mi vida entera está marcada por un trágico suceso de mi infancia… Te hablaré de ello algún día, lo prometo. Ahora necesito que me digas qué pasa por tu mente en este momento. —Había un atisbo de súplica en su mirada—. ¿Acaso no te parezco el peor ser humano del mundo?

Ella depositó un beso en su mano y la apretó con firmeza.

—Has cometido muchos errores. La mayoría, seguramente por culpa de tu mala cabeza; aun así, muy pocos tienen la valentía de reconocerlos y de querer cambiar. Yo viví en el infierno y para poder escapar tuve que vender mi alma al diablo.

—¿Qué querés decir?

Eleonora dejó escapar un suspiro. Era hora de revelarle a Francisco el resto de la verdad. Entre lágrimas, le contó a Francisco el episodio que terminó con la vida de Vincenzo y la venganza homicida de los Gentile, que se cobró la vida de sus seres queridos. También le habló las visiones que había tenido y del disco de ópera que recibió en la mansión.

—Nunzio Gentile está cerca y viene por mí.

—Ese hombre jamás se acercará a vos; antes lo mato —afirmó Francisco, sin titubeos. No le importaba volver a la cárcel si salvaba la vida de Eleonora.

Dejó que Francisco le secara las lágrimas con suaves besos y en sus brazos consiguió serenarse. Aunque había quedado una pregunta pendiente sobre la fotografía en donde aparecía su madre, permanecieron en silencio el resto de la noche. Al amanecer, Francisco despertó primero.

—¿Qué hora es? —preguntó Eleonora al despertar.

Fran miró su reloj.

—Faltan diez minutos para las siete.

Ella se levantó de prisa y se acomodó el vestido.

—¡Tengo que irme antes de que alguien se dé cuenta de que no dormí en mi habitación!

Francisco la observó con suspicacia.

—Romano ya debe saber que no dormiste a su lado.

Eleonora sonrió.

—No te preocupes por él. Dante tampoco durmió en nuestra cama. ¡Yo misma lo convencí de que pasara la noche con su amante!

Francisco se quedó con la boca abierta ante la impactante respuesta de Eleonora. Picado por la curiosidad, quiso saber más, pero ella no le dio tiempo. Se marchó a las corridas, dejándolo con la duda.

INCORDIO ITALIANO

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, diciembre de 1953

Cuando Eleonora abrió la puerta de su habitación y vio las sábanas revueltas, supuso que Dante, tras regresar temprano del departamento de Reina, había descubierto que ella tampoco había dormido en su cama. Lo buscó en el baño para darle una explicación, pero no estaba allí. Seguramente lo encontraría desayunando con su madre.

Mientras bajaba las escaleras, se cruzó con Laurita. La criada apenas la miró y no respondió a su saludo. Tuvo un mal presentimiento. Cuando entró al comedor y vio que Gertrudis estaba sola, supo que Dante todavía estaba ausente. La expresión severa de su suegra confirmó lo que tanto temía. No había sido su esposo quien descubriera su trampa con las almohadas.

—No voy a fingir que todo está bien porque no tiene sentido —manifestó la anciana, taladrándola con la mirada—. Una de las criadas te vio anoche entrando en la casa del nuevo chofer. Me lo contó esta mañana y yo misma pude comprobar que no has dormido en tu cama.

Eleonora no planeaba usar a Dante de chivo expiatorio, pero en ese momento, valerse de la escapada nocturna de su esposo era su única salida. Se tomó unos segundos antes de responder mientras ocupaba su silla. Laurita apareció en el comedor y le sirvió una taza de café.

—No tiene derecho a recriminarme nada, doña Gertrudis. —La presencia de la criada no iba a impedir que le dijera lo que a ella no le gustaba oír—. Cuando entró en la habitación seguramente habrá advertido que el lado de la cama en donde duerme su hijo estaba vacío, ¿me equivoco?

Lo primero que hizo su suegra fue ordenarle a Laurita que regresara a la cocina.

—Cuando te casaste con mi hijo sabías exactamente lo que te esperaba. Confieso que guardaba la esperanza de que terminara enamorándose de vos. ¡Pensé que al tener una mujer joven y hermosa a su lado, Dante se olvidaría de ese engendro y viviría un matrimonio normal!

—Eso no sucedió —repuso Eleonora con la calma que a su suegra le faltaba—. Yo jamás le exigí fidelidad a mi esposo.

—¿Por eso te fuiste a revolcar con el chofer? —retrucó doña Gertrudis, alterada.

—Yo no me revolqué con nadie, señora —se defendió.

—¿Y qué estuviste haciendo con él toda la noche?

—Eso no le incumbe.

La anciana no podía creer la insolencia de la italiana. Se estaba convirtiendo en un verdadero incordio. Lo peor era que su hijo siempre salía en su defensa y ella tenía que tragarse la rabia. Pero enredarse con el chofer, exponiendo a su familia a la vergüenza, sobrepasaba todos los límites.

—No voy a tolerar que te comportes como una puta en mi propia casa. Dante no dejará que tome medidas en tu contra; sin embargo, ni él ni nadie me impedirá que eche a ese hombre a la calle. Hoy mismo lo despediré.

—¡No lo haga, por favor! —Eleonora odiaba suplicarle, pero sabía lo mucho que significaba para Francisco conservar ese trabajo—. ¡Le prometo que no volveré a acercarme a él!

Su suegra sonrió con ironía.

—Es tu chofer, y según tengo entendido, también cumple el rol de protegerte. ¿Cómo vas a hacer para mantenerte alejada de él?

Eleonora no supo qué decir. Ella estaba en lo cierto. Además, después de la noche que habían compartido, ya no concebía la vida sin él. Solo le quedaba una cosa por hacer.

—Me gustaría ser yo quien le diga a Franco que ya no vamos a necesitar de sus servicios…

—¡Eso está fuera de discusión, Eleonora! —saltó doña Gertrudis, indignada—. Yo misma hablaré con él; vos no volverás a verlo.

Ella quiso salir a buscarlo y su suegra la retuvo.

—Dejá de humillar a esta familia —Ejerció más presión alrededor de su brazo, haciéndola retorcerse de dolor—. ¿Querés que Dante se entere de dónde pasaste la noche? Él podrá irse con su amante todas las veces que quiera, pero mi hijo es un hombre orgulloso y jamás aceptará que su esposa le sea infiel delante de las narices.

Eleonora, con un forcejeo, consiguió soltarse. Al levantarse, la silla cayó al suelo.

—Dentro de dos días es mi cumpleaños y no me gustaría que un escándalo arruine la celebración —le advirtió mientras se acomodaba el cuello de su blusa con elegancia—. Si no vas a desayunar, es mejor que regreses a tu habitación. No quiero verte dando vueltas por la casa. Vidal se marchará antes del mediodía. Si Dante pregunta, le diremos que fue sorprendido en una actitud deshonesta con la criada. Laurita no tendrá problemas en confirmarlo.

Eleonora se dio media vuelta y dejó el comedor, azotando la puerta con furia. Se detuvo al pie de las escaleras. No quería darle el gusto a su suegra y encerrarse en su habitación. Tenía que buscar a Francisco y contarle lo que había pasado. Pensó en enviarle una nota. Se desvió hacia el despacho y en un trozo de papel que encontró sobre el escritorio, garabateó un breve mensaje para él. Lo dobló en dos y lo escondió en el interior de su corpiño. ¿Cómo haría para hacérselo llegar? Con la excusa de pedirle un té a Palmira, fue a la cocina. Los criados estaban terminando su desayuno. También Francisco. Intercambiaron miradas con disimulo. El ama de llaves tuvo que irse porque doña Gertrudis la llamaba y el jardinero acompañó a Renata al huerto para recolectar verduras para el almuerzo. Laurita y la cocinera parecían ser las únicas que no

planeaban salir, al menos, por el momento. Palmira le pidió a Laurita que cortara un poco más de pan para cuando llegara el señor Dante y entonces Eleonora aprovechó para entregarle la nota a Francisco. La dejó encima de la banca donde estaba sentado. Fran, intrigado, agachó la cabeza y vio el papel doblado. Lo tomó y antes de que alguien se diera cuenta, lo introdujo en el bolsillo de su camisa. Eleonora terminó de beberse el té y tras darle las gracias a Palmira, abandonó la cocina bajo la atenta mirada de Francisco.

Él, ansioso por conocer el contenido de aquel mensaje, salió al patio a fumar un cigarrillo. Se reclinó sobre una de las columnas de la galería y sacó la nota de Eleonora.

> *Francisco, mi suegra se enteró de lo de anoche y va a despedirte. Lo siento mucho. ¿Podemos vernos esta tarde en el atelier de Rosario? Voy a decirte todo lo que sé sobre la fotografía.*
>
> *Eleonora*

Antes de que el papel cayera en manos equivocadas, Fran lo hizo un bollo y lo arrojó en el desagüe. Cuando el ama de llaves se le acercó para comunicarle que la señora necesitaba hablar con él, no se sorprendió. Lo recibió en el despacho y le entregó un sobre.

—Es el pago por su trabajo, señor Vidal. Lamentablemente me veo en la obligación de prescindir de sus servicios.

—¿Puedo saber por qué, señora? —preguntó Francisco. Quería ver si era capaz de decirle la verdad.

—Nadie en esta casa cuestiona mis decisiones, señor Vidal. Usted sabía muy bien que se encontraba a prueba. He visto algunas actitudes extrañas y no me gusta rodearme de gente que no me inspira confianza —explicó, tajante.

Fran comprendió entonces que no iba a mencionar a Eleonora y le pareció lo más prudente.

—Comprendo, señora, no se preocupe. ¿Desea que abandone hoy mismo mi puesto?

Gertrudis asintió.

—Así es. Si mi hijo le debe dinero por alguna cuestión ajena a sus labores como chofer, hablaré con él. Déjeme una dirección en caso de que tenga que enviarle lo adeudado.

—No hace falta, señora Romano —replicó Fran.

—Como guste. Ahora, si no le importa… —Gertrudis le señaló la puerta con un gesto adusto y volvió a concentrarse en los documentos que había estado leyendo antes de su llegada.

Francisco ni siquiera le dijo adiós. Muy pronto se verían otra vez. Salió del despacho y cerró la puerta. Antes de recoger sus pertenencias, pasó por la cocina para despedirse de los criados. Laurita, desconsolada por su partida, lo siguió a través del patio.

—Te echaron por culpa de ella, ¿verdad?

Él la ignoró. Armó un bolso con lo poco que tenía y se dio cuenta de que no sería sencillo

llevarse el saco de boxeo. Estaba clavado en el techo y no quería perder tiempo buscando un martillo en el cobertizo de las herramientas.

—Puedo pedirle al jardinero que lo baje —le ofreció Laurita.

Fran la miró. La muchacha actuaba de buena fe, pero no confiaba en ella.

—Gracias, pero volveré a buscarlo otro día —respondió, cortante.

Laurita se interpuso en su camino y prácticamente, se le tiró encima.

—Apuntaste demasiado alto, Franco. —Le acarició el brazo—. Si querías a alguien que te calentara la cama, yo estaba más que dispuesta a hacerlo.

Francisco respiró hondo para no decir en voz alta la sarta de groserías que tenía atascada en la garganta. Había sido ella la que le fue con el chisme a doña Gertrudis; ahora lo sabía. La hizo a un lado y salió. Ella, herida en su orgullo, se quedó mirándolo mientras cruzaba el patio para no volver.

*

Barrio de Almagro, Buenos Aires, esa misma tarde…

—¡Te advertí lo que podía pasar, Fran! —Rosario no dejaba de acribillarlo con reproches.

—¡No hicimos nada malo, Rosario! ¡Fue Laurita! ¡Encontró la ocasión perfecta para vengarse de mí después de que rechacé sus insinuaciones! Eleonora vino a buscar un abrazo. Pasó por una experiencia demasiado dolorosa y yo simplemente quería brindarle mi apoyo. Nos besamos y nada más. Te juro que fue solo un beso.

Rosario le creyó. En las palabras de Fran descubrió cuán enamorado estaba de Eleonora. Sospechaba que él ni siquiera se daba cuenta todavía de la intensidad de sus sentimientos. El timbre sonó y ya no pudieron continuar con la charla.

—¿Debería encerrarme en la cocina y dejarlos solos? —Rosario adivinó de inmediato su respuesta. Antes de que Eleonora entrara al atelier, cruzó el pasillo y desapareció.

Cuando Francisco abrió la puerta, los dos se quedaron mirándose un momento antes de decirse algo. Eleonora, nerviosa y emocionada, estrujaba la correa de su bolso en su afán de combatir la ansiedad. Él le sonrió, tomó su mano y la invitó a pasar.

—¿Estás solo?

Fran vaciló al contestar. No veía la necesidad de mentirle.

—No, mi hermana está al otro lado de la puerta. Quiso que tuviéramos privacidad para hablar con calma; aunque no me animé a pedirle que se fuera. ¿Con quién viniste?

—Le dije a Dante que quería retomar las clases de dibujo y él mismo me trajo. —Abrió el bolso y le mostró su material de arte—. Pasará a buscarme dentro de una hora.

—¿Qué excusa dio Gertrudis?

—Eso ya no importa. El nuevo chofer se incorpora mañana a su trabajo. Supongo que Dante también le encomendará la misión de protegerme.

Fran percibió la desazón en sus palabras.

—¿Te disgusta la idea de que alguien más vele por tu seguridad?

Eleonora se acomodó uno de los aretes y suspiró.

—Me había acostumbrado a tu presencia, Fran.

—Es la primera vez que me llamás por mi sobrenombre. —Le rozó la mejilla con el dorso de la mano—. Me gusta mucho como suena en tu boca.

Ella lo dijo otra vez mientras sonreía.

—Podría llamarte *Francesco*… eso me daría cierta exclusividad sobre ti.

—Entonces solo para vos, a partir de hoy, seré *Francesco*. —Le acarició el cuello con movimientos circulares. Notó que ella contenía el aliento. Luego enredó los dedos en la mata suave de sus rizos castaños y, sin previo aviso, se inclinó sobre Eleonora para concretar ese beso que ambos deseaban repetir.

Las manos de Eleonora comenzaron a explorar el pecho de Francisco. Él apoyó las suyas en las caderas femeninas para apretarla contra su cuerpo. Estaban jugando con fuego. Con la piel encendida y la sangre alborotada, se miraron a los ojos. Entonces un estruendo de cacerolas acabó con la magia del momento. Juntaron sus cabezas y dejaron escapar un suspiro profundo.

—Tu hermana.

—Mi hermana.

La risa se apoderó de ambos al pensar en Rosario, tratando de llamar deliberadamente su atención para recordarles que ella estaba a tan solo unos metros de distancia.

—Mejor hablemos de esa fotografía —dijo Eleonora después de recuperar el aliento—. ¿Por qué aseguraste tener pruebas de que yo conocía el lugar donde fue tomada?

Fran decidió ser sincero con ella. Se volteó hacia la mesita que estaba pegada al sofá y sacó un sobre del cajón. Luego, lo dejó en el regazo de Eleonora y le pidió que lo abriera. Ella titubeó unos segundos. Cuando descubrió lo que había en el interior de aquel sobre arrugado, se quedó helada.

—¿Cómo…? —Lo miró desconcertada. Al posar nuevamente los ojos en su propia imagen, Eleonora dio vuelta la foto de un manotazo. Estaba profundamente avergonzada—. ¿De dónde la has sacado? ¿La tuviste contigo todo este tiempo, incluso antes de conocerme?

Fran asintió. Lo que menos deseaba era que ella se sintiera mal. Se arrepintió de haberle mostrado la foto. La arrojó al cajón de donde la había sacado y lo cerró con furia.

—Lo siento, Eleonora. No tenía intención de incomodarte.

—¡Por favor, no me pidas perdón! —Se tocó las mejillas. Estaban ardiendo—. Dime mejor cómo esa foto ha llegado a tus manos.

—El Lobo, mi compañero de celda, tenía un amigo que todos los meses le enviaba fotos de

actrices y chicas con poca ropa para su colección personal.

La explicación de Francisco la dejó más asqueada. A Eleonora se le revolvió el estómago de solo pensar lo que un hombre privado de su libertad podía hacer al ver aquellas imágenes.

—Me la tomaron durante mi primera noche en la casona de Barracas —comenzó a decir Eleonora mientras agachaba la cabeza—. Llegué allí víctima de un engaño. Pensé que iba a trabajar como criada con una familia italiana; sin embargo, eso no fue lo que me aguardaba. Además de las fotografías, me obligaban a posar delante de los clientes. ¡Era muy humillante ver cómo esos hombres me miraban como si yo solo fuera un trozo de carne! Cuando supe que lo próximo era participar en sus películas eróticas, decidí que tenía que escapar de ese infierno. Una noche me escondí en el automóvil del hijo de una de las dueñas del negocio. Ese hombre era Dante. Él me sacó de allí a costa de su propia madre.

—¿Gertrudis maneja ese lugar? —preguntó Francisco impresionado.

Eleonora asintió.

—Junto a su socia, la mujer a la cual no has podido identificar en la fotografía de tu madre. —La sacó del sobre y se la marcó con la punta del dedo—. Ella es Virginia. No sé su apellido, pero no será difícil averiguarlo. Dante o Reina podrán decírtelo.

Él la miró, confundido.

—Reina es la amante de mi esposo… y también mi amiga. La noche que escapé de la casona de Barracas, Dante me llevó a su departamento. Ella me cuidó.

—¿Cómo terminaste casada con el hijo de la mujer que te tenía trabajando en ese lugar?

Eleonora se encogió de hombros y dejó escapar un suspiro.

—Gertrudis no aprueba la relación entre Dante y Reina. Siempre ha presionado a su hijo para que se busque a una mujer que cumpliera sus expectativas y acallara de una vez por todas los rumores que circulaban sobre él y su eterna soltería.

—¿Entonces qué pasó?

—Me prometieron que el matrimonio sería una farsa, que Dante nunca me exigiría nada. Reina aseguró que podía transformarme en la esposa ideal que Gertrudis deseaba para su único hijo. Terminé aceptando su propuesta. No tenía alternativa y confiaba en ellos. Dante me había rescatado de ese lugar y Reina es la mujer más amorosa que jamás conocí.

—¿Y Gertrudis te aceptó? —A Fran le costaba creerlo.

—Al principio no quiso saber nada, pero Dante fue implacable y tuvo que ceder. Cuando me presentó con ella como su futura esposa, yo ya no era esa jovencita asustadiza que bajó de un barco y cayó en las manos equivocadas. Reina me moldeó a su antojo. Aprendí a hablar correctamente español y a comportarme como una verdadera dama. Dante obtuvo una esposa para exhibir delante de los demás, y yo un lugar seguro donde esconderme de mi pasado.

Francisco ahora entendía muchas cosas.

—Esta mañana dijiste que tu esposo había pasado la noche con su amante porque vos misma

le pediste que lo hiciera. ¿Todo este tiempo supiste que Dante y esa mujer tienen una aventura?

—Reina no es una aventura para Dante —repuso Eleonora—. Yo siempre supe lo que sentían el uno por el otro y, de alguna manera, ese amor fue la garantía de que él jamás me pediría que cumpliera con mis deberes maritales…

—¿Nunca te ha tocado?

—Compartimos la cama, pero nunca hemos consumado nuestro matrimonio.

A Fran le resultaba inconcebible. ¿Era posible que Dante estuviera tan enamorado de la tal Reina hasta el punto de rechazar a su propia esposa? ¿Acaso no tenía sangre en las venas?

—Yo en su lugar me habría vuelto loco sin tocarte —confesó con la voz ronca mientras deslizaba el dedo índice por la parte interna de su brazo.

La electricidad que le causó ese roce tan íntimo recorrió todos los rincones de su cuerpo. Eleonora miró hacia la cocina.

—Tu hermana —le recordó ella, susurrando en su oreja.

—Cierto. —Francisco sonrió, divertido.

Como si la hubieran invocado, Rosario reapareció en el estudio. Sonreía de oreja a oreja y cargaba en sus manos una bandeja con dos vasos de limonada.

—Me parece que necesitan beber algo fresco.

—Hola, Rosario. ¿Cómo estás? —La saludó Eleonora mientras se retocaba el cabello. Tenía demasiado calor y prácticamente se abalanzó sobre el vaso de limonada

Rosario vio en un rincón del sofá, la fotografía en donde salía su madre.

—Fran, ¿qué harás ahora que conocemos la identidad de esa mujer? —preguntó, curiosa.

—Buscarla y hablar con ella. Debe saber muchas cosas de la vida de Gertrudis Romano —aseveró Francisco sin apartar los ojos de Eleonora—. La dichosa casona de Barracas, ¿sabés cómo llegar hasta ese lugar?

—La verdad es que no —contestó Eleonora, encogiéndose de hombros—. Cuando me llevaron viajé en tranvía, y estaba tan nerviosa que no presté demasiada atención hacia dónde íbamos. La noche que me fui lo hice escondida en el asiento trasero del auto de Dante y no vi nada.

—¿Cómo encontraremos esa casona entonces? No podemos preguntárselo a Gertrudis —retrucó Rosario, frustrada.

Eleonora tenía la solución.

—¡Reina debe saber en dónde está ubicada! Me contó que, en una ocasión, ella y Dante siguieron a su madre hasta la casona.

—¿Y te lo dirá así sin más? —Francisco no estaba seguro de que la amante de Romano quisiera ayudarlos.

—Podría intentar hablar con ella…

—¿Qué argumento vas a usar para que te revele dónde queda ese lugar? —Rosario tenía las mismas dudas que Francisco.

—Ella sabe muy bien que volver a la casona de Barracas es lo último que desearía. Creo que Francisco es quien debe convencer a Reina de que nos entregue esa información —dijo Eleonora. Le molestaba que no quisieran contarle qué era eso que buscaban descubrir en el pasado de su suegra.

La sugerencia de Eleonora les pareció acertada. Cuando llegó la hora de finalizar la supuesta clase de pintura, acordaron verse al día siguiente para visitar a Reina en su departamento.

Se dijeron adiós con un beso y a Fran no le quedó más remedio que ocultarse detrás de un biombo para que Romano no lo descubriera cuando ella salió del atelier. Corrió hasta el ventanal solo para verla mientras se subía al automóvil. No se percató de que Rosario lo estaba mirando y sonreía, complacida de saber que su hermano se había enamorado de verdad por primera vez en su vida.

*

Al día siguiente…

Eleonora se quedó petrificada cuando salió del cuarto de baño y vio a Dante sentado en la cama, todavía en pijama, con una pistola en las manos.

—¿Qué estás haciendo con eso? —le preguntó mientras avanzaba hacia él con recelo.

—Contaba con Vidal para protegerte, pero mi madre lo ha despedido. El nuevo chofer que se incorpora hoy es un hombre de más de cincuenta años, pasado de kilos y con una ligera renguera que hace que se mueva con demasiada lentitud. No puedo confiarle a un tipo así la seguridad de mi esposa.

—¿Por eso has conseguido un arma? —Eleonora se sentó a su lado y sintió alivio cuando Dante se desprendió de la pistola, dejándola en el cajón de la mesita de noche.

—Necesito cuidarte, Eleonora. —La miró a los ojos y suspiró—. Jamás me perdonaría si esa gente te hace algo.

Ella se aferró a su brazo y descansó la cabeza sobre su pecho.

—No me gustan las armas, Dante.

Él abrió el cajón donde acababa de meter la pistola.

—La voy a dejar siempre aquí. También hay una caja de balas, aunque ya está cargada. ¿Sabés cómo usarla?

—¡No!

—Entonces tendré que enseñarte a disparar…

—¡No, no quiero hacerlo! —replicó ella, negándose rotundamente.

—¡Eleonora, yo no voy a poder estar todo el tiempo con vos y me quedaría más tranquilo si sé que, llegado el momento, tendrás la posibilidad de defenderte! —La sujetó por los brazos y la

sacudió con fuerza para hacerla entrar en razón.

Aturdida y espantada, Eleonora comprendió que Dante solo quería velar por su bienestar. De mala gana, aceptó que le enseñara a usar la pistola. Él le dijo que esa misma tarde saldría antes del trabajo para ir juntos al campo de un amigo.

—¿Irás al hotel por la mañana? —le preguntó de repente.

Dante miró su reloj.

—Después del desayuno. ¿Por qué?

—¿Me alcanzarías hasta el departamento de Reina? Todavía no he visto el disfraz que llevaré en la fiesta de cumpleaños de tu madre y estoy intrigada.

Él sonrió. Reina se lo había mostrado la noche anterior y sabía que le iba a encantar.

—¿Cómo regresarás a casa? —le preguntó.

—Escuché a tu madre decir que el nuevo chofer comienza a trabajar después del mediodía. Puedo quedarme a almorzar con Reina y llamar más tarde para que vaya a buscarme. ¿Te parece bien? —Estaba improvisando y esperaba que su plan no tuviera fallos. Había quedado de encontrarse con Francisco frente al edificio donde vivía Reina y no quería retrasarse.

Cerca de las nueve, abandonaron la mansión rumbo al barrio de Liniers. Eleonora tenía los nervios a flor de piel. Le preocupaba que Francisco ya hubiese llegado y Dante descubriera que la estaba esperando.

—Me gustaría subir y saludar a Reina, pero llego tarde a una reunión. —Dante le abrió la puerta del auto y la ayudó a bajarse—. Por favor, decile que después la llamo.

—No te preocupes, se lo diré. —Eleonora miró a su alrededor. No había señales de Francisco por ninguna parte. Apenas el auto de Dante desapareció, entró al edificio. Quizá había llegado temprano. Tardó en llamar al ascensor con la esperanza de que Francisco la alcanzara antes de subir al departamento de Reina. No había nadie en el hall y el silencio que la rodeaba le generó inquietud. El edificio tenía enormes ventanales de vidrio que permitían ver todo lo que sucedía afuera. Un automóvil pasó despacio. No era Francisco. Cuando volvió a pasar, Eleonora entró corriendo al ascensor y cerró las puertas de prisa. Llegó al departamento de Reina con la respiración entrecortada. Entró y le pidió que le pusiera llave a la puerta.

—¿Qué pasa, Eleonora? —A Reina le sorprendió verla en ese estado.

Eleonora se acercó a la ventana y espió hacia el exterior. La calle se encontraba vacía.

—Había un auto… estoy segura que estaba siguiéndonos.

—¿Viste al conductor?

—Pensé que podía ser Francisco, pero me equivoqué.

—¿Francisco? —Reina la miró, intrigada.

—Quedé en verme con él aquí —le explicó, quitándose el sombrero.

—¿Quién es? ¿Lo conozco? —Reina la invitó a sentarse.

—Lo conoces solo de nombre. Es Franco Vidal, el chofer que hasta ayer trabajó en la

mansión.

Reina arrugó el ceño ante la confusión de nombres.

—¿Pero se llama Franco o Francisco?

—Su nombre verdadero es Francisco Navarro Soler, pero entró a trabajar con nosotros bajo otra identidad.

—¿Navarro Soler, los empresarios de la carne? ¿Y qué hacía un Navarro Soler empleándose como chofer si su familia es una de las más pudientes de Buenos Aires?

—Tampoco lo sé—reconoció Eleonora—. Es algo que tiene que ver con el pasado de la madre de Francisco. Hay una foto que fue tomada en su juventud y en donde aparece acompañada de tres mujeres. Una de ellas es una conocida de su círculo de amistades; la otra es doña Gertrudis y la que no había logrado identificar es Virginia, la socia de mi suegra.

Al principio, a Reina le costó hilar la información que acababa de darle Eleonora.

—Francisco me confesó hace poco que estuvo preso y salió hace dos meses en libertad. Tal vez esa fue la razón principal para cambiarse el nombre.

Reina asintió. Algo recordaba de aquella historia. Durante un tiempo, se hablaba de que uno de los Navarro Soler andaba en malos pasos y había terminado en la cárcel.

—La oveja negra de la familia —comentó, interesada en conocer más de aquel misterioso hombre—. ¿Por qué lo has citado precisamente aquí?

—Porque Francisco quiere hablar con Virginia y yo no soy capaz de explicarle cómo llegar a la casona de Barracas. Él cree que esa mujer sabe algún secreto de mi suegra.

—Dudo que le cuente algo. Esas arpías se cubren las espaldas.

—Sí, lo sé; por eso decidí acompañarlo cuando vaya a verla. Me da escalofríos regresar a ese lugar, pero sé que si lo hago con Francisco nada malo me pasará.

Reina percibió el cambio de tono en su voz.

—¡Vaya, parece que el tal Francisco es todo un héroe!

Eleonora no pudo evitar sonrojarse.

—*¡Oh, My God!* —Reina agitó los brazos—. ¿Te has enamorado, *ragazza*? ¡No digas nada! ¡La expresión de tu rostro habla por sí sola! —La abrazó y propuso un brindis—. No suelo beber por las mañanas; pero en este caso, Francisco Navarro Soler amerita que hagamos una excepción.

Reina llenó dos copitas con licor de anís y la bebieron de un solo sorbo después de brindar por el amor: el que perdura en el tiempo, como el que ella tenía con Dante y el que llega de sorpresa, como el que Eleonora acababa de encontrar.

Cuando sonó el timbre, Reina lamentó que ya no pudieran seguir hablando de hombres. Sin embargo, al abrir la puerta y conocer por fin a Francisco, se quedó muda. ¡Con razón la italiana estaba enloquecida con él! Eleonora tosió detrás suyo y Reina se dio cuenta que estaba haciendo el ridículo.

—¡Perdón, soy una despistada! —Le indicó a Francisco que pasara y él se acercó a Eleonora. Le provocó ternura y un poco de envidia ver cómo se rozaban los dedos a modo de saludo.

—Reina, te presento a Francisco.

—Encantada de conocerte. Mi nombre es Reina Marino y es un placer recibirte en mi guarida —le guiñó el ojo y los tres se dirigieron al salón—. ¿Te gustaría beber algo?

—No, así estoy bien, gracias. —Fran se sentó junto a Eleonora. Se moría de ganas de besarla. Reina no dejaba de mirarlo y comenzaba a sentirse incómodo. Había algo en su manera de actuar que le resultaba perturbador.

—Me estaba contando Eleonora que planean ir a buscar a esa mujer.

Francisco, algo confuso, miró a Eleonora.

—Sí, tengo que hablar con ella, aunque creo que lo mejor es que vaya solo.

—Voy a ir contigo —replicó la joven con firmeza.

De repente, se generó un silencio incómodo. Reina, con su habitual desparpajo, se puso de pie, y con la excusa de ir a buscar el disfraz que Eleonora usaría en el cumpleaños, los dejó a solas.

Francisco le agradeció el gesto. Mientras la observaba alejarse, descubrió el motivo por el que se había inquietado al conocerla. Su manera de acomodarse el vestido al caminar fue la señal que necesitó para darse cuenta de quién era Reina Marino en realidad. Su cuerpo de curvas femeninas y su voz impostada no eran suficiente tapadera para engañar a alguien como él, que conocía de sobra a todas las criaturas que desfilaban por la noche porteña. Ahora sí entendía por qué Dante no tocaba a su bella esposa… Posó sus ojos en Eleonora. Tenía la certeza de que ella ni siquiera sospechaba que su amiga era un hombre que andaba por la vida vestido de mujer.

—¿No notaste nada extraño cuando llegaste? —le preguntó Eleonora de repente, angustiada.

—No, ¿acaso vos sí?

Ella decidió omitir referirse al automóvil que la vigilaba.

—Es que tenía miedo de que te hubieras cruzado con Dante.

Fran no se quedó conforme con su respuesta.

—¿Te importa mucho Romano?

Eleonora interpretó mal sus palabras.

—¿Estás celoso de Dante? Te dije que nuestro matrimonio es solo una mentira…

Francisco se acercó más a ella. Todavía se moría de ganas de besarla.

—No soporto que vivas con otro hombre, y aunque sé que no pasa nada entre ustedes, los celos me carcomen. —Contempló su boca entreabierta antes de atraparla en un beso apasionado.

Ella se olvidó de donde estaban y de que Reina podía aparecer de un momento a otro. Se entregó a los brazos de Francisco porque era lo que deseaba con cada fibra de su ser. Cuando se separaron, más hambrientos el uno del otro que antes de aquel beso que les encendió la piel, Eleonora tomó el rostro de Francisco entre sus manos y le sonrió.

—Dante y yo solo dormimos en esa cama, *Francesco*. Hace una eternidad que no siento el

calor de un hombre a mi lado y hoy sé que solamente quiero volver a sentirlo contigo.

Si hubiese sido posible, Francisco le habría hecho el amor allí mismo, sobre aquel sofá de color naranja chillón y en el departamento de la amante de su esposo, un hombre que fingía ser mujer.

—Estás pidiendo amor a gritos, Eleonora, y yo quiero amarte sin condiciones, de la única manera que alguien como yo es capaz de amar. —Se conmovió con el brillo intenso de sus ojos azules—. Cuando por fin seas mía y yo sea tuyo, no habrá nada ni nadie en el mundo que se interponga entre nosotros. El futuro nos depara muchas cosas buenas y las vamos a vivir juntos.

El rostro de Eleonora se iluminó de felicidad.



BETTY BOOP Y JESSE JAMES

Barrio de Barracas, Buenos Aires, diciembre de 1953

A esa hora de la mañana, la casona de Barracas parecía desierta. Francisco detuvo el auto al otro lado de la calle para no llamar la atención.

—No hace falta que te bajes. —Era el último intento de Fran para que Eleonora lo esperara en el auto.

—Voy contigo.

Antes de cruzar la calle, le pidió a Eleonora que no se apartara de su lado por ningún motivo. Francisco golpeó el portón hasta que sus manos se enrojecieron. Nadie salió a recibirlos. De pronto, escucharon pasos de alguien acercándose. Un hombre fornido, vestido de negro, abrió el portón y les preguntó qué buscaban. Reconoció de inmediato a Eleonora y Francisco tuvo la certeza de que cuando le dijo que quería hablar con Virginia, los dejó pasar solo porque ella lo acompañaba.

—La señora necesita conocer la razón de su visita.

Eleonora se interpuso entre ambos para responderle.

—Dígale que “la italianita” quiere hablar con ella y que no se va a marchar hasta que la reciba.

El sujeto se dio media vuelta y desapareció detrás de un paredón. Enseguida volvió y les comunicó que la señora los esperaba en su despacho.

Virginia Aráoz se encontraba sentada detrás de su escritorio. El intenso olor a tabaco indicaba que había estado fumando.

—Italianita, jamás pensé que volverías. —Fue lo primero que dijo al verla. Gracias a Gertrudis estaba al tanto de su vida y no se sorprendió en absoluto por su nueva apariencia—. Nunca me conformé con tu partida. —Miró a Francisco con curiosidad—. ¿Necesitabas venir acompañada? ¿Quién es el afortunado caballero?

Francisco se aproximó al escritorio y le tendió la mano.

—Me llamo Francisco Navarro Soler y sé que usted conoció a mi madre.

—¿Su madre? —Virginia Aráoz se hizo la desentendida.

Él le mostró la fotografía.

—¿Qué es lo que pretende de mí exactamente, señor Navarro Soler?

—Quiero que me hable de su relación con mi madre, cómo se conocieron y por qué ya no se

veían después de que ella se casó con mi padre. Nunca las vi juntas en la mansión, sin embargo mi madre seguía en contacto con Gertrudis Romano. Aunque la escuché hablando por teléfono con ella en un sueño, estoy convencido de que era un recuerdo que estaba enterrado en mi memoria.

Virginia Aráoz sonrió escéptica.

—Los sueños son solo eso, muchacho. No debería aferrarse a ellos para tratar de comprender por qué su madre tomó la trágica decisión de quitarse la vida.

Eleonora ahogó un gemido. Miró a Francisco, descompuesta.

—*Francesco*… —Quería que le hablara, pero él estaba demasiado afectado. Podía ver cómo le temblaban los labios mientras apretaba los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Olvídese del pasado. Irene era una mujer débil…

—¡No se atreva a hablar mal de mi madre! —bramó Francisco—. ¡Le prohíbo que ensucie su memoria, *señora!*

Aunque Eleonora estaba conmocionada después de conocer la terrible verdad que cargaba Francisco en su alma desde la infancia, resolvió intervenir en la conversación.

—Señora Virginia, si sabe algo que pueda ayudarnos, le pido que hable. —El tono de su voz era conciliador, pero si hacía falta valerse de una amenaza para conseguir información, estaba dispuesta a todo.

La mujer soltó un bufido. Comenzaba a perder la paciencia.

—Dejé de ver a Irene hace demasiado tiempo. Cuando se casó con Navarro Soler prácticamente nos hizo a un lado. Solo Gertrudis seguía en contacto con ella. ¿Por qué vienen a buscarme a mí? —Miró a Eleonora—. Tu suegra es la persona indicada si quieren saber qué pasó.

—Usted tiene mucho que perder con un negocio como este, señora Virginia —le advirtió Eleonora sin amilanarse—. Hay niñas menores de edad trabajando en este lugar. No conozco de leyes, si bien intuyo que, de salir a la luz que ofrece a esas jovencitas en su catálogo de inmundicias, la policía tomará cartas en el asunto.

—Mi hermano es abogado —terció Francisco, recobrando la calma—. Bastaría un par de llamadas a las personas indicadas para que cierren este lugar y la envíen a prisión.

En los ojos de Virginia Aráoz se reflejaba el miedo. No tenía alternativa y no pensaba renunciar a un negocio tan redituable por errores ajenos. Lamentaba faltar al juramento que le había hecho a Gertrudis, pero a la hora de salvar su pellejo, la amistad valía bien poco.

—Lo que yo puedo contarles no son más que meras sospechas —aclaró para que no esperasen demasiado de ella—. Se trata de la muerte de Ulises Romano, el esposo de Gertrudis. Era un hombre fuerte y saludable; sin embargo, de repente comenzó a sentirse muy mal y estuvo en cama durante varias semanas hasta que murió. Según el médico que firmó el certificado de defunción, Ulises falleció de un ataque al corazón. La verdad es que su repentina enfermedad fue

extraña… sobre todo, teniendo en cuenta que Gertrudis heredó su fortuna. Cuando vivía su esposo, ella apenas recibía lo necesario para cubrir los gastos diarios de la casa y satisfacer algún capricho.

—¿Está diciendo que mi suegra tuvo algo que ver con la muerte de su esposo?

Virginia miró a Eleonora con sorna y se encogió de hombros.

—Yo no vi nada y ella jamás volvió a hablar de Ulises. Tal vez Irene sí descubrió algo siniestro sobre su muerte y eso la llevó al suicidio. —Hizo una pausa, como si estuviera evaluando lo que iba a decir a continuación—. Hay algo que sí sé con seguridad… el médico que firmó el acta de defunción de Ulises Romano era el amante de turno de Gertrudis.

—¿Sabe su nombre? —preguntó Francisco, convencido de que aquel hombre era la punta del ovillo.

—No, nunca lo conocí. Ella se refería a él como “doctor Zhivago”, porque estaba enamorada del personaje de Boris Pasternak. Ignoro quién era en realidad. —Encendió otro cigarrillo—. Si Ulises fue asesinado, tendrán que averiguarlo ustedes. Yo no tengo nada más para decirles.

Francisco supo que ya no obtendrían información de Virginia Aráoz. La clave siempre había sido Gertrudis. Se dispuso a marcharse, pero entonces Eleonora le dijo que esperara.

—Quiero ver a Carmelita para convencerla de que se venga conmigo.

Virginia soltó una carcajada.

—¡Perdés el tiempo con ella! La catalana está encantada con su trabajo. Desde que te fuiste, ha protagonizado tres de nuestras películas. Se ha convertido en una de las favoritas de los clientes.

Eleonora miró a Francisco.

—Ya que he venido hasta aquí, al menos voy a intentar persuadirla de que afuera hay un mundo mejor para ella.

Fran no iba a impedírselo. Salieron del despacho y él siguió a Eleonora hasta el área donde estaban las habitaciones. Llamó a una de las puertas y cuando una mujer morena le abrió, se abrazaron dando saltos de alegría.

—¡Italianita de mi vida!

—¡Hola, catalana testadura!

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Juraste que jamás volverías! —En ese momento Carmelita se percató de que Eleonora no venía sola.

—Carmelita, él es Francisco… el mejor hombre que conozco —dijo, ruborizándose de sus propias palabras.

—¡Tú sí que sabes lo que es bueno, italianita!

—Vine a buscarte, Carmelita —anunció Eleonora—. Conozco a una amiga que puede recibirte en su departamento…

—¡Espera, espera, italianita atolondrada! ¿Qué dices? Eleonora, aprecio que te preocupes por

mí, de verdad, pero ahora soy una estrella de la pantalla. El dinero que gano sigue siendo una mierda, pero nadie me quita la gloria de que cada vez que la luz de la cámara se enciende, soy la reina de este lugar… Cumplí mi sueño y por nada del mundo lo voy a dejar.

Eleonora apretó sus manos.

—¿Estás segura?

Carmelita asintió. Posó nuevamente sus ojos en Francisco y volvió a mirarla.

—Me alegra saber que has encontrado a tu príncipe azul, italianita. No lo sueltes porque es evidente que lo tienes enloquecido de amor.

Ella le pellizcó el brazo para que se callara. Estaba poniéndola en evidencia.

Francisco tenía un as en la manga para ayudar a Eleonora.

—Conozco a mucha gente del espectáculo. Es más, una amiga mía, que también soñaba con ser actriz, ya ha participado en varias películas, un par de ellas muy importantes. —Le mencionó algunos títulos con la esperanza de que se decidiera a aceptar la propuesta de Eleonora—. Se llama Nina Montero y estoy seguro de que podrá darte una mano.

Era una oferta tentadora; sin embargo, Carmelita prefería conservar lo que ya tenía. Si se iba y fracasaba, Virginia no volvería a abrirle las puertas de la casona.

Eleonora se marchó de allí con amargura. Ya en el interior del automóvil, Francisco le dijo que no se sintiera mal. Había hecho todo lo posible para tratar de convencerla.

—¿Quién es Nina Montero? —preguntó Eleonora. No le sonaba de nada y sentía curiosidad.

—Una amiga muy querida que llegó a Buenos Aires con la inocencia y la ilusión de transformarse en estrella. Yo le presenté a las personas indicadas y logró cumplir su sueño.

Eleonora sospechaba que no solo había sido una amiga querida. Antes de que él encendiera el motor, le rozó el brazo para atraer su atención.

—Lamento mucho lo de tu madre… y lamento haberme enterado de esa manera.

—Te lo tendría que haber contado, lo sé. La tragedia marcó nuestros destinos, Eleonora. Quizá por eso nos hemos encontrado, para sanar nuestras heridas. —Le besó los dedos con ternura—. Carmelita tiene razón, estoy loco por vos.

Eleonora respiró hondo. Ya no tenía dudas sobre sus sentimientos. Amaba a Francisco y eso le colmaba el alma de felicidad; aun así, el miedo de no ser merecedora de un amor tan grande le provocaba ciertas dudas.

—¿Tenés que regresar ya a la mansión? —le preguntó Fran, reacio a dejarla.

—Debo volver al departamento de Reina. Le dije a Dante que almorzaría con ella. Hoy se incorpora a su puesto el nuevo chofer y pasará a buscarme después del mediodía.

Fran consultó su reloj. Se le estaba haciendo tarde. Puso en marcha el auto para llevarla hasta Liniers. Cuando llegaron, se estacionó en la esquina. El silencio de Francisco inquietó a Eleonora.

—¿En qué piensas?

Él la miró.

—En lo que nos contó Virginia Aráoz. ¿Es posible que tu suegra haya planeado la muerte de Romano para quedarse con su fortuna? Vos la conocés mejor que yo. ¿La creés capaz de algo así?

—Te puedo asegurar que es una mujer de armas tomar; eso sí te lo puedo garantizar. Nunca nos hemos llevado bien y tiene un carácter imposible… pero de ahí a asesinar al padre de su hijo. No lo sé, *Francesco*. ¿Qué vas a hacer ahora con la información que te reveló la señora Virginia?

—Descubrir la identidad de ese médico.

—Yo podría buscar entre los papeles de doña Gertrudis…

—¡No! ¡Ni hablar, Eleonora! —la interrumpió Francisco, alzando la voz—. Si esa mujer en verdad está detrás de la muerte de su esposo, es más peligrosa de lo que pensábamos.

—¿Cómo harás entonces para encontrarlo? —retrucó ella, desafiante.

—Si aún trabajara para los Romano, sería más sencillo colarme en la mansión y hurgar entre sus cosas…

Eleonora tenía una solución.

—Mañana en la noche es la fiesta de cumpleaños de mi suegra. Organizó un baile de disfraces. Podrías mezclarte con los invitados, detrás de una máscara. Nadie se dará cuenta. Rosario debería acompañarte. ¿Crees que ella acepte?

Francisco no tenía dudas de que su hermana iría con él hasta el fin del mundo si se lo pedía.

—Entraríamos juntos al despacho para evitar cualquier contratiempo —continuó ella—. Si alguien nos ve, no se sorprenderá de verme allí. Gertrudis guarda sus documentos importantes en uno de los cajones del escritorio. Lo tiene bajo llave, pero supongo que eso no será un obstáculo para vos.

—No, por supuesto que no —respondió Fran. El plan era arriesgado, pero también era una buena idea.

—¿Tendrán tiempo de conseguir los disfraces para mañana?

Francisco asintió. Si alguien podía echarle una mano con ello era Nina Montero. Acordaron verse al día siguiente, en la fiesta. Eleonora le dijo que ella iría disfrazada de Betty Boop. Francisco le prometió que, apenas supiera cuál sería su disfraz y el de Rosario, llamaría por teléfono a la mansión para contárselo.

Se dieron un beso breve y apasionado. Francisco reanudó la marcha y condujo hacia la avenida. En ningún momento se percató de que un hombre en un Frazer Manhattan color verde seco había estado espiándolos.

*

Barrio de Caballito, Buenos Aires, diciembre de 1953

Francisco llevaba un rato dando vueltas por el pasillo. De vez en cuando se detenía frente al departamento en donde Nina convivía con Jedrek Goldmann, y alzaba el brazo con la intención de llamar a la puerta. Enseguida se arrepentía y volvía a empezar. Estaba nervioso. Giró sobre los talones cuando escuchó el tintineo de unas llaves al otro lado de la puerta.

Jedrek se sorprendió al verlo.

—Francisco, ¿hace mucho que llegaste?

—Hola, Jedrek. ¿Cómo estás?

—Bien, asombrado de verte. —Apretó firmemente su mano—. Nos enteramos de que habías salido en libertad. Nina se preguntaba cuándo vendrías a verla. Siempre se sintió culpable por no visitarte en la cárcel. Te escribió esa carta con la esperanza de que la buscaras al salir. Has tardado en venir y, la verdad, pensamos que ya no lo harías.

—Nada de eso, Jedrek. Guardo gratos recuerdos de Nina. Estuve ocupado y me fue imposible aparecer antes —le explicó, sin entrar en detalles.

—¿Quieres pasar? Yo no puedo quedarme porque me esperan en los estudios para armar el decorado de la nueva película de Amadori. Nina está en la cocina. Ya conoces el lugar, ¿verdad?

Fran asintió. Se saludaron y entró al departamento sin anunciarse. Cruzó el salón hacia la cocina. Nina estaba de espaldas, guardando unas tazas en la alacena. Carraspeó para llamar su atención. La tacita de porcelana que Nina sujetaba se estrelló en el piso al ver a Francisco.

—¡No puede ser! —Se cubrió la boca con la mano para no gritar de la emoción.

Fran se aproximó a ella y juntó los trozos de porcelana antes de que se hiciera daño. Llevaba una bata enorme; sin embargo, lo primero que notó fue la redondez de su vientre.

—¿Estás embarazada? —Se sintió ridículo al preguntárselo.

Nina se acarició la panza y sonrió.

—Si Dios quiere nacerá en marzo.

Se hizo un silencio incómodo hasta que Nina se arrojó a sus brazos.

—¡Me alegra tanto que hayas venido, Francisco! —Se apartó y lo miró—. Perdón por desaparecer así de tu vida, no fui a visitarte porque no iba a soportar verte en ese lugar.

—Eso ya no importa, Nina. Cuando recibí tu carta, de algún modo me sentí acompañado. —Le sonrió—. Es otra pregunta estúpida, lo sé, pero… ¿sos feliz?

—Mucho. Tengo el trabajo que siempre soñé, un hombre maravilloso del cual vuelvo a enamorarme cada día y ahora estoy a punto de convertirme en madre. A propósito del nacimiento de mi niño —respiró hondo y tomó sus manos entre las suyas—, no lo consulté con Jedrek todavía, aunque no me cabe ninguna duda de que estará de acuerdo conmigo. Me gustaría que fueras el padrino. Isabela ya aceptó ser la madrina.

Fran se emocionó.

—¿Estás segura de que soy la mejor opción? —No se sentía digno de semejante compromiso.

—Fuiste muy importante en mi vida, Francisco. Más allá de que lo nuestro no terminó bien, te quise mucho y sé que vos también, a tu manera, me quisiste.

Él la abrazó y a pesar de todas sus inseguridades, aceptó con alegría apadrinar a la criatura que crecía en su vientre.

Nina insistió en invitarlo a almorzar. Fran le habló de lo que sentía por Eleonora y de lo cerca que estaba de descubrir los motivos que habían empujado a su madre al suicidio. Nina celebró la llegada de una mujer a su vida y le dijo que se moría de ganas de conocerla. Mientras disfrutaban de la sobremesa, él le habló del verdadero motivo por el que estaba allí. Tras un par de llamadas a una amiga vestuarista, la actriz cumplió con la demanda de Fran. Nina le indicó dónde pasar a buscar los disfraces y Francisco se marchó con la promesa de que la próxima vez iría con Eleonora.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, diciembre de 1953

A Eleonora todavía le temblaba el cuerpo. La tarde anterior había ido con Dante al campo de su amigo, en la localidad de Lobos, para que le enseñara a disparar. Incluso continuaba sintiendo el olor de la pólvora y el peso de la pistola entre sus manos. Sorprendió a Dante mirándola a través del espejo. Había un matiz de nostalgia en sus ojos claros. Eleonora estaba arreglándose el cabello para que le quedara igual al de Betty Boop. Reina le había dado una revista en donde aparecía su icónica imagen a doble página y la tenía justo frente a ella, encima del tocador. Se dio media vuelta, con el cepillo en la mano y un gesto de interrogación en su semblante.

—¿Ocurre algo?

Dante interrumpió la tarea de abotonarse la sotana del disfraz y se sentó en los pies de la cama.

—Hablé por teléfono con Reina. —Hizo a propósito una pausa para ver su reacción—. Me dijo que ayer, cuando la fuiste a visitar… ibas acompañada.

Eleonora se alarmó. ¿Qué más le habría contado?

—Tu silencio es elocuente.

—Reina no tenía derecho a contarte nada —fue la firme respuesta de Eleonora.

—Hizo bien en decírmelo. —Esbozó una sonrisa para demostrarle que no estaba molesto con ella—. No sabía que tuvieras una relación tan cercana con Franco Vidal.

La mención de aquel nombre falso tranquilizó a Eleonora.

—¿Qué quieres que te diga, Dante?

—Para empezar, la verdad. ¿Hay algo entre ese hombre y vos?

Eleonora suspiró.

—Estoy enamorada de él —le confesó.

—¿Y Vidal siente lo mismo?

—Creo que sí.

—No me gustaría que se aprovechara de vos, Eleonora.

—Él nunca me lastimaría, Dante. Ha estado conmigo cuando más sola me sentía.

Dante, avergonzado, no le pudo sostener la mirada.

—No me va a alcanzar la vida para compensarte por tantas penurias, Eleonora. Debí estar más pendiente de vos… pero imagino que eso hubiese sido contraproducente. Al menos me siento orgulloso de haber propiciado su acercamiento.

—¿Te disgusta?

—Solo me molesta que no me lo hayas contado.

—Eres mi esposo, Dante. Aunque nuestro matrimonio no existe, te debo respeto.

—No podría exigirte fidelidad cuando yo me escapo para ir a ver a Reina.

—Es seguro que a tu madre no le parecería apropiado que yo hiciera lo mismo.

—Lo que ella piense es irrelevante. Si deseás verte con Vidal, tenés mi consentimiento. —Le dio un beso en la mejilla—. Solo te pido que seas discreta. No queremos que mi madre se entere. Ya hablaré con ella y le explicaré la situación. ¡Y si no le gusta, que se vaya al carajo!

El exabrupto de Dante le arrancó una carcajada. Le ayudó a terminar de abotonarse la sotana y volvió a reírse cuando él le contó que había elegido el disfraz de sacerdote porque sabía de buena fuente que su madre iría disfrazada de monja.

—Te quiero mucho, Eleonora.

—Yo también te quiero.

Se fundieron en un abrazo cálido y sincero. Dante, en un arrebato, la apartó y se dijo a sí mismo que esa noche, cuando la fiesta llegara a su fin, se armaría de coraje y le confesaría a su mujer su secreto más íntimo. Salió disparado de la habitación para reunirse con su madre, dejando a Eleonora con la palabra en la boca.

De nuevo frente al espejo, se acomodó el vestido negro, con breteles muy finos y tan ajustado que marcaba cada una de sus curvas. Llevaba zapatos oscuros de tacón y una liga adornada con un pequeño corazón alrededor del muslo izquierdo. Había conseguido imitar el maquillaje que caracterizaba a la diva de los años treinta con un labial rojo intenso en la boca, una buena cantidad de máscara de pestañas y abundante polvo de arroz en el rostro para darle una tonalidad blanquecina. Con un poco de gomina, fue sencillo peinarse como ella. El resultado la sorprendió. Decidió prescindir de la máscara. No necesitaba ocultarse de nadie.

Las luces del jardín estaban encendidas. Habían armado la pista de baile en una tarima de madera y la orquesta ya ejecutaba la primera pieza. Cuando Eleonora salió de la mansión, había pocos invitados. Le causó gracia ver a Gertrudis ataviada con un hábito de monja mientras saludaba a los que iban llegando. A su lado, Dante, en su disfraz de cura, era el anfitrión

perfecto. Vaciló en acercarse. Esa noche no quería hipocresías. Miró a su alrededor. Alguien la estaba saludando desde un rincón. Era Reina. Iba disfrazada de hombre. No pudo contener la risa al verla con aquel ridículo bigote. Llevaba un traje gris que reconoció de inmediato como uno de los favoritos de su esposo. Ella sí tenía la máscara puesta, seguramente para pasar desapercibida.

—¡Estás radiante! —Reina la hizo girar—. ¡Sabía que era el disfraz indicado para vos!

Eleonora hizo una reverencia juntando las manos y mirando hacia el cielo.

—¡Betty Boop en carne y hueso! ¡Más carne que hueso! —aclaró en tono de broma.

—Tú estás muy *guapo* —la piropeó ella, devolviéndole el favor.

Reina apenas sonrió. Eleonora ni siquiera imaginaba cuánto de real había en aquel disfraz.

—¿Francisco ya ha llegado? ¿De qué iba a disfrazarse?

—No lo he visto a él ni a Rosario. —Sus ojos azules recorrieron el jardín con ansiedad—. Francesco venía de cowboy y Rosario de geisha.

Reina, discretamente, le hizo señas de que se diera media vuelta. Una pareja acababa de llegar. Sin duda, se trataba de los hermanos Navarro Soler. Aprovecharon que Gertrudis conversaba con otros invitados y lograron desviarse del sendero principal sin ser vistos. Ellos también llevaban máscaras. Reina vio que Dante había conseguido alejarse de su madre y fue a reunirse con él.

—Nos vemos en un rato.

Un camarero le ofreció una copa de champán a Eleonora. El jardín se llenaba de gente. No conocía a la mayoría de los invitados y se sentía desprotegida. Justo antes de que Francisco y Rosario llegaran hasta ella, un hombre vestido de arlequín pasó muy cerca. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se bebió el champán de un sorbo.

—Eleonora…

La voz de Francisco la calmó.

—Sos una pinturita, Eleonora. Mirame a mí… estoy ridícula, ¿verdad? ¡No doy un paso sin pisarme el kimono! —se quejó Rosario.

—¡Eres la geisha más elegante de todo Buenos Aires!

Rosario le agradeció el elogio, pero Eleonora apenas le hizo caso. Estaba admirando el atuendo de Francisco. Era un verdadero hombre del oeste americano, con su sombrero de fieltro de ala ancha y un pañuelo rojo atado al cuello con el cual se cubría la parte baja del rostro.

—Soy una réplica porteña del temible Jesse James —bromeó él, sintiéndose bastante ridículo. En la cartuchera llevaba una pistola de juguete que le había prestado su sobrino Santiaguito.

Eleonora se rio. Con disimulo, se inclinó hacia él y le dijo al oído que era el vaquero más buen mozo del Río de la Plata. Fran sintió el aroma de su perfume y le costó mantenerse a raya. Rosario percibió aquella tensión sexual entre ellos y buscó la manera de que estuvieran a solas.

—No sé cuándo piensan poner en marcha el plan de esta noche —les dijo, lanzándoles una mirada de advertencia—, pero sugiero que no tarden mucho. Yo voy a distraer a Gertrudis.

—¿Ahora qué? —preguntó Francisco, después de que Rosario se alejara.

Ella se estremeció. Dio media vuelta y miró hacia la casa.

—Voy a entrar por el salón. Espera cinco minutos y luego me sigues. El despacho está al final del pasillo, junto a la escalera.

Eleonora miró a su alrededor. Gertrudis y Dante conversaban con algunos invitados. Reina bebía champán a pocos metros de distancia. Enfiló hacia la casa con cautela. Al mirar por encima de su hombro, volvió a ver al arlequín. Cuando se percató de que ella lo observaba, se perdió por el jardín. Eleonora siguió su camino y encontró el salón vacío. Atravesó el pasillo de prisa y entró al despacho, cerrando la puerta tras de sí. Antes de encender la lámpara, corrió el cortinado para evitar que la luz se viera desde el exterior. Intentó abrir el cajón donde su suegra guardaba la documentación importante; desistió enseguida al ver que estaba con llave. Se quedó quieta al oír que alguien se acercaba. Fue hasta la puerta y apoyó la mano en el picaporte.

—Eleonora, soy yo —dijo Francisco en un susurro.

Ella le abrió de inmediato.

—Tendrás que forzar la cerradura del cajón porque no pude hallar la llave —le dijo, frustrada.

Francisco metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un alfiler de gancho que introdujo en el hueco del cerrojo. Empezó a hurgar con movimientos circulares. Se oyó un clic y el cajón se deslizó hacia afuera.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—No querrás saberlo —respondió él en un tono enigmático.

Se repartieron la tarea de revisar los papeles. Eleonora encontró el certificado de defunción, se lo entregó a Francisco y este leyó: muerte natural, por causa de un ataque cardíaco. El doctor que lo firmaba era un tal Esteban Canale. No le sonaba. A Eleonora tampoco. Hubo algo que desconcertó a Francisco: Ulises Romano había fallecido el 8 de octubre de 1923, apenas un mes antes del suicidio de su madre. Aquel macabro detalle no hacía más que sumar sospechas. Francisco entonces decidió llevarse el certificado. Volvieron a acomodar todo como estaba y en ese momento, escucharon pasos al otro lado de la puerta. Francisco tomó a Eleonora de la mano y se escondieron detrás de la biblioteca. Cuando Eleonora vio la sotana, supo que se trataba de Dante. No estaba solo. Reina, con su disfraz de hombre, entró detrás de él al despacho. Se reían y era evidente que habían bebido más de la cuenta.

Fran percibió la incomodidad de Eleonora. Estaban tan juntos que podía sentir el trasero femenino apoyado contra su entrepierna. No sabía dónde meter las manos y no tuvo más remedio que ponerlas alrededor de su cintura. Eleonora giró la cabeza y lo miró. Había turbación en sus ojos azules. Dante tenía a Reina arrinconada contra la pared. Se besaban con ardor. Eleonora se puso colorada. Cuando Dante empujó a Reina hacia el escritorio y se arrodilló delante de ella, Eleonora cerró los ojos. Francisco sabía lo que iba a suceder y anticipaba el impacto que tendría en ella descubrir la verdad sobre la amante de su esposo.

Los gemidos ahogados de Reina al sentir la boca de Dante alrededor de su miembro se

hicieron cada vez más intensos. Eleonora continuaba con los ojos cerrados mientras trataba de no pensar en lo que sucedía. Francisco se mordió el labio. Estaba excitado. No tanto por la escena erótica que protagonizaban Romano y su amante, sino porque Eleonora, quizá inconscientemente, se apretaba contra él. Respiró hondo para controlarse. Entonces vio que Eleonora se cubría la boca con las manos. Acababa de abrir los ojos, literalmente.

Eleonora apenas podía creer lo que estaba viendo; sin embargo, la protuberancia erecta que se asomaba entre las piernas de Reina no dejaba lugar a dudas. ¡Era un hombre! ¿Cómo no se había dado cuenta? Miró a Francisco con un gesto interrogativo. Él asintió, dándole a entender en silencio que ya lo sabía. Ella sacudió la cabeza, indignada. ¿Quién más estaría al tanto de semejante verdad? Sospechaba que esa era la razón por la cual doña Gertrudis se negaba a que hubiera algo entre Reina y su hijo. Se sintió muy avergonzada de formar parte de aquella situación tan bizarra. No fue capaz de sostenerle la mirada a Francisco. Él también la había engañado al quedarse callado. Los jadeos de Reina parecían retumbar en sus oídos y competían en intensidad con los latidos de su propio corazón. Eleonora cerró nuevamente los ojos. Su cuerpo comenzaba a traicionarla. ¡Dios, se estaba excitando y tenía a Francisco pegado a ella! Notó algo rígido rebotando contra su trasero. Prefirió pensar que se trataba de la pistola de juguete que venía con el disfraz y no de otra cosa. El gruñido de Dante al alcanzar el clímax provocó que Eleonora se retorciera entre los brazos de Francisco. Quería salir de allí, aunque eso significara ponerse al descubierto. Fran la retuvo y al empujarla más contra su cuerpo, ella percibió que también estaba excitado. Acababa de confirmar que lo que tocaba su trasero no era la pistola de juguete. Su mente la instigaba a salir corriendo, mientras que la sangre caliente que bullía en sus venas y la humedad de su entrepierna le pedían a gritos que se dejara llevar. La voz trémula de Reina, diciéndole palabras cariñosas a Dante, le ahorró la embarazosa tarea de decidir a cuál obedecer.

—No me quejo, pero… ¿hasta cuándo tendremos que ocultarnos para poder estar juntos?

Dante se acomodó la sotana y la miró.

—Esta noche se lo voy a contar a Eleonora.

—¿Estás seguro? —Reina se atusó el falso bigote mientras también se arreglaba el disfraz—. Me aterra la idea de que Eleonora me odie.

—Eso no va a pasar, Reina.

—No sé. ¿Qué cambia para nosotros si ella lo sabe? Tendremos que seguir escondiéndonos.

Dante la sujetó del mentón.

—Al menos, nos sentiremos un poco menos culpables si Eleonora conoce nuestro secreto.

Reina respondió que sí con la cabeza.

—¿Nos vamos? Me pone nerviosa este lugar. Lo único que falta es que tu madre descubra que me he atrevido a venir a su fiesta.

Dante sonrió, condescendiente. La besó una vez más y se alejó hacia la puerta.

—Salgo yo primero para reunirme con ella. Cuando te sientas segura, andá al jardín. No te olvides de ponerte la máscara. ¿Te irás al departamento?

—Ya no tengo nada más que hacer por acá. Me voy muy satisfecha. —Le guiñó el ojo mientras se cubría el rostro con la máscara.

Apenas el lugar quedó despejado, Eleonora se apartó de Francisco.

—Eleonora…

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—No estaba seguro —se defendió Fran—. Cuando nos encontramos en su departamento, noté algo extraño en ella, bueno, en él. He rodado por muchos antros durante mis tiempos de tarambana y me crucé con hombres que encontraron en el travestismo una manera de vida.

—¡Debiste decírmelo, *Francesco!* —le espetó Eleonora dejándose caer en la butaca—. ¡No tenía que enterarme así!

Fran se arrodilló frente a ella y apoyó las manos sobre su regazo.

—No me tocaba a mí hablar de un asunto tan íntimo. Vos misma escuchaste a Romano. Parecía muy dispuesto a contártelo todo…

—¡Eso ya no importa para nada! —Lo interrumpió Eleonora, poniéndose de pie de repente.

—¿Qué querés hacer?

—Si pudiera, me gustaría desaparecer —musitó, atribulada.

Fran entonces se paró junto a la puerta y la miró.

—Vení conmigo.

Atravesaron el jardín confundiéndose entre las sombras nocturnas. Fran buscó a su hermana. No podía irse sin ella. La divisó junto al rosedal, escuchando a la orquesta. Soltó a Eleonora y le dijo que lo esperara un momento.

Al quedarse allí, sola, volvió a sentir un escalofrío. El arlequín estaba parado detrás de uno de los fresnos dorados. La observaba con insistencia. De pronto, puso su mano a la altura del cuello e hizo el gesto de cortarse la garganta. Y Eleonora supo que debajo de aquel disfraz siniestro se ocultaba uno de los monstruos de su pasado.

Cuando Francisco regresó con Rosario, estaba petrificada de miedo.

—Eleonora, ¿qué te pasa?

Ella no respondió. Se había quedado muda de la impresión. Se aferró al brazo de Francisco y junto a Rosario abandonaron la fiesta.

Eleonora se detuvo apenas un momento para mirar hacia atrás… pero el arlequín había vuelto a desaparecer.

EL ANILLO DE BODAS

Balvanera, Buenos Aires, diciembre de 1953

El Lincoln Zephyr que conducía Francisco avanzaba despacio por la avenida Córdoba. No le había dicho aún a Eleonora que estaban yendo a su departamento. A su lado, pensativa, ella no paraba de suspirar. Entre lo que acababa de descubrir sobre Reina y la certeza de que los Gentile estaban cercándola, ni siquiera se percató de que el automóvil se había detenido. Rosario ya no iba con ellos; Francisco la había dejado en su atelier del barrio de Almagro.

Fran apagó el motor y enfrentó a Eleonora. Sabía que le estaba ocultando algo grave.

—¿Vas a decirme qué te pasa realmente o tendré que adivinarlo?

Ella guardó silencio; luego se arrojó a sus brazos y comenzó a llorar.

—No me preguntes nada, por favor. Esta noche no quiero pensar ni recordar… solo quiero sentir. —Alzó la cabeza hacia él y lo besó.

Fran la rodeó con los brazos. Percibió cuánto temblaba. La apartó unos centímetros para mirarla a la cara. Ella ya no lloraba; el deseo que percibió en sus ojos azules le aceleró la respiración.

—Estamos frente al edificio donde vivo. Me pediste que te sacara de la mansión y es el primer sitio al que se me ocurrió traerte. Tal vez debería haberle pedido a Rosario que te dejara pasar la noche en el atelier, pero la verdad es que no quiero separarme de vos. ¿Hice bien?

—Sí. Me gustaría mucho conocer tu departamento —le confesó, plenamente consciente del significado de sus palabras.

Fran bajó primero para poder abrir la puerta del lado del acompañante. Estaba comenzando a llover. Eleonora se prendió de su mano y cruzaron la vereda uno muy cerca del otro, refugiándose bajo los aleros para evitar mojarse. Cuando ingresaron al hall del edificio, el portero se quedó atónito.

—Buenas noches, Miguel —lo saludó Fran, aguantándose la risa. Al pasar por el gran espejo que adornaba una de las paredes, comprendió el gesto de asombro de aquel pobre hombre que, de la impresión, se olvidó de devolverle el saludo.

Eleonora, con pudor, trató de acomodarse la falda del vestido. Era tan estrecha que por más que la deslizara hacia abajo, volvía a enrollarse por efecto de la humedad. Maldijo en silencio a Reina por la ocurrencia de que llevara aquel disfraz tan revelador. Siguieron hacia los

ascensores, bajo la curiosa mirada del portero. Ni bien Francisco cerró la puerta, se echaron a reír.

Los ojos de Fran se posaron en los muslos de Eleonora. La liga que llevaba en la pierna izquierda era por demás tentadora. Se imaginó arrancándosela con los dientes antes de desnudarla y la imagen en su cabeza le provocó un pinchazo en la ingle. ¿Cuánto faltaba para llegar? Vivía en el octavo piso y parecía que el tiempo pasaba con demasiada lentitud. El ascensor por fin se detuvo y lo abandonaron de prisa. Eleonora siguió a Francisco de cerca. Su departamento se encontraba al otro lado del pasillo. Él introdujo una llave en la cerradura, pero no era la indicada. Ese simple percance generó más ansiedad. Probó dos más hasta que finalmente la puerta cedió.

—El departamento es de mi hermano Santiago. —Aunque él había tratado de decorarlo a su estilo, lucía bastante sobrio y elegante.

—Es muy acogedor —comentó Eleonora recorriendo el salón con la mirada.

Fueron al dormitorio. El color azul predominaba. El cortinado, los almohadones amontonados encima de la cama y las dos butacas que estaban frente al ventanal, todo era azulado. Dos pinturas rectangulares con mapas antiguos de Europa decoraban la pared detrás de la cama. Eleonora se sentó y lo primero que hizo fue despojarse de los zapatos de tacón. Francisco se acercó a ella y después de arrodillarse a su lado, comenzó a masajearle los pies. Ella contuvo el aliento al sentir las manos de Fran que bajaban y subían suavemente desde la punta de los dedos hasta los tobillos. No era un simple masaje… aquella deliciosa fricción poco a poco se fue convirtiendo en una caricia intensa que encendió todos los rincones de su cuerpo.

Los ojos de Fran, más oscuros que nunca, eran dos llamaradas de deseo. La estaba desnudando con la mirada. Cuando Eleonora sonrió, él respondió con un hondo suspiro.

—Quiero verte desnuda y que te dejes solo la liga que adorna tu muslo —musitó Francisco, sin dejar de acariciarle los pies.

Eleonora no tardó en satisfacer sus requerimientos. Se paró junto a la cama mientras él la contemplaba desde abajo. El vestido aún estaba húmedo y no fue sencillo deslizarlo por su cuerpo. Esa demora alimentó la acuciante pasión que los devoraba por dentro. Ella se quedó en ropa interior cuando el vestido llegó al suelo. Fran lo recogió, hundió la nariz entre sus pliegues para aspirar su olor y luego lo dejó sobre la butaca más cercana. Se volteó hacia ella para contemplarla con embeleso. El seductor encaje de sus prendas íntimas era una invitación al placer. Rozó la suave tela sin tocar la piel de Eleonora, prolongando el ansiado momento de saborear y conquistar todos los rincones de su cuerpo. Ella le acarició la cabeza, enredando los dedos en su cabello. Francisco puso ambas manos en la cintura de Eleonora y, bajando con los pulgares, fue despojándola de sus bragas. La atrajo hacia él y hundió el rostro entre sus piernas. La experta lengua de Francisco moviéndose en su interior provocó en Eleonora un torbellino de sensaciones que nunca había experimentado.

No era avezada en las artes del sexo. Había hecho el amor solamente una vez en su vida, y Michele, casi tan inexperto como ella, la trató con demasiada ternura. Luego había sufrido los violentos abusos de Vincenzo Gentile y la intimidad con un hombre se había vuelto desagradable. Pero lo que estaba sintiendo a merced de las suaves embestidas de la lengua de Francisco, abriéndose paso a través de los pliegues de su humedad, era pura magia. Se sorprendió al oír la intensidad de sus propios gemidos. Quiso protestar cuando él se apartó para ponerse de pie. Francisco buscó su boca y la devoró en un beso febril. Ella entonces probó de sus labios el sabor de su propia esencia y le resultó estimulante. Sus manos ansiosas comenzaron a desabrochar la camisa de Francisco. Él la secundó, quitándose el chaleco de cuero. Ambas prendas fueron a parar al suelo. Eleonora acarició el pecho masculino; sin embargo, no era suficiente explorarlo con los dedos: deseaba sentir la sal de su piel en los labios. Se inclinó hacia adelante y el primer contacto fue tímido, incluso un poco torpe. Luego, cuando perdió el pudor, su lengua comenzó a moverse con audacia, arrancando fuertes gemidos de la garganta de Francisco. Cuando alzó la cabeza, se comieron con la mirada. Él entonces la despojó del corpiño y los pechos de Eleonora, pequeños y turgentes, ganaron toda su atención. Fran apretó los endurecidos pezones hasta que ella se retorció de placer, pidiéndole más. Sin esperar, él arrojó la cartuchera con el resto del disfraz y se deshizo de los pantalones mientras ella no dejaba de tocarlo. Complaciendo el pedido de Francisco, ella aún conservaba la liga adornada con un corazón alrededor del muslo izquierdo.

Llovía con más intensidad y el vidrio del ventanal se había empañado, borrando momentáneamente el paisaje nocturno de Buenos Aires. La humedad condensada en diminutas gotas de agua los había aislado del mundo exterior. Eleonora se tumbó sobre la cama con las piernas ligeramente separadas. Le sonrió. Francisco y su erección ya no podían esperar. Se acomodó encima de ella y la miró en silencio. Hubiese querido decirle tantas cosas, hacerle tantas preguntas, pero el deseo urgente de poseerla no se lo permitió.

—Hazme el amor, *Francesco* —susurró ella—. Borra de mi corazón todo el miedo y el dolor que arrastro del pasado.

Francisco besó sus dedos. Deseaba devolverle la felicidad a su alma herida y convertir su cuerpo en un altar donde rendirle tributo por el resto de su vida. Así de grande e intenso era el amor que sentía por ella y esa noche se lo demostraría con creces.

—Te amo tanto, Eleonora.

—Yo también te amo, *Francesco*… —respondió ella. Las lágrimas de emoción se habían acumulado en su garganta.

Francisco sembró su cuerpo de besos y caricias húmedas. Eleonora cerró los ojos y soltó un profundo gemido cuando él devoró su boca con desesperación. La enloquecía sin tregua, llevándola a la cima del placer, dejándola exhausta y feliz.

Ella comenzó a frotarse contra la dura erección de Francisco, una y otra vez, buscando aliviar

el húmedo ardor que brotaba de su interior. Él se colocó entre sus piernas y Eleonora lo envolvió en sus brazos. La penetró despacio, con movimientos ondulantes mientras iba acoplándose a su cuerpo. Hombre y mujer. Unidos de forma tan íntima y perfecta que, en esa noche lluviosa, nada más importaba. El frenético ritmo de las embestidas de Fran elevaba a Eleonora a la cima del éxtasis y la arrastraba, una y otra vez, al profundo abismo del deseo.

De repente, un relámpago iluminó el cielo y la fuerza del trueno que lo siguió hizo temblar los cristales del ventanal. Francisco cerró los ojos. Se quedó paralizado, con el estruendo resonando en su cabeza. Eleonora no entendía qué pasaba.

—*Francesco*… ¿te encuentras bien? —apoyó las manos en su pecho y pudo sentir lo rápido que latía su corazón.

Él, por fin, pudo hablar del momento más doloroso de su vida.

—La tarde que encontré muerta a mi madre llovía a cántaros. Todo cambió para mí ese día de noviembre y desde entonces, cada vez que estalla una tormenta, algo oscuro se apodera de mí. Tengo miedo, Eleonora.

Entonces ella comenzó a entonar una vieja melodía napolitana que le cantaba Domenico cuando era niña. La letra era incomprensible para Francisco; sin embargo, la dulce voz de Eleonora le arrancó una lágrima. Ella se incorporó hasta quedar sentada frente a él y enjugó su llanto con la tibieza de su boca, besando la geografía de aquel rostro que adoraba. Fran la atrapó entre sus brazos mientras ella lo envolvía con las piernas. Poco a poco, ese temor visceral a las tormentas fue perdiendo fuerza. La sonrisa luminosa de Eleonora lo rescató de la oscuridad más profunda. Su voz había logrado acallar el rugido de los truenos. Ya no lo asustaban las tormentas si Eleonora estaba a su lado. Cuando entró nuevamente en ella, el único sonido que reinaba en la habitación era el de sus gemidos. Con sus cuerpos entrelazados, ondulantes y tan perfectamente ensamblados que no existía ni un resquicio entre ellos, alcanzaron juntos el clímax. La garganta de Francisco se desgarró en un gruñido de absoluto placer y Eleonora, completamente extasiada, se quebró en un llanto liberador.

—Te amo, mi Betty Boop italiana —le susurró al oído.

—Yo también te amo, mi Jesse James argentino.

Saciados y felices, se durmieron arrullados por el sonido de la lluvia.

*

Al día siguiente…

Eleonora despertó cuando el sol que entraba por el ventanal alcanzó su rostro. Se alarmó al verse sola en la cama. ¿Dónde se había metido Francisco? Como si lo hubiese invocado con el pensamiento, él se asomó por la puerta, que supuso, llevaba al cuarto de baño.

—*Buongiorno*, Eleonora. —Estaba completamente desnudo. Se acercó y extendió el brazo hacia ella—. ¿Te gustaría acompañarme?

Eleonora fingió que no lo había escuchado y saltó de la cama. En algún momento de la noche, había perdido la liga que acompañaba su disfraz. Francisco tomó su mano y la arrastró hacia el cuarto de baño. Se moría de ganas de ducharse con ella. Eleonora no opuso resistencia alguna y bajo el agua tibia, volvieron a hacer el amor.

Ella no tuvo más remedio que ponerse nuevamente el vestido de Betty Boop. Francisco guardó el disfraz de cowboy y echó mano a lo primero que encontró: un pantalón ancho de doble pinza con tirantes y la única camisa planchada. Hambrientos, disfrutaron de un desayuno opíparo en la cocina.

—Necesito ir a la mansión para cambiarme de ropa —anunció Eleonora antes de servirse la última torrija—. Luego le haré una visita a Reina. Creo que me debe una explicación.

—¿Y si te encontrás a Romano en su departamento?

—Si me cruzo con él, mejor —respondió, resuelta—. Mataré dos pájaros de un tiro.

Él no podía dejarla marchar sin una respuesta.

—¿Vas a seguir viviendo a su lado después de lo que pasó entre nosotros?

Eleonora sonrió.

—Dante sabe que estoy enamorada de ti y me dio su bendición.

—¿Cuándo pasó eso? —Francisco se quedó perplejo.

—Ayer por la tarde me llevó al campo de un amigo para enseñarme a disparar. Compró un arma para protegerme y quiere que sepa cómo usarla en caso de necesitarla.

A Fran, aquellas palabras le recordaron la nefasta experiencia que lo había llevado a la cárcel. Él había hecho lo mismo con Magdalena y ese error había destruido sus vidas.

—No me gusta imaginarte con un arma en la mano —le dijo de repente.

Eleonora guardó silencio. Al principio, a ella tampoco le agradaba la idea de utilizar la pistola; sin embargo, después de la fiesta de su suegra, ya no le parecía tan mal. Estaba segura de que el arlequín que había visto en los jardines no vacilaría en hacerle daño. Miró a Francisco con la intención de contárselo, pero él sacó el certificado de defunción de Ulises Romano y se quedó callada. No era momento para endosarle más problemas.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó.

—Después de dejarte en casa de los Romano, iré a visitar a mi familia. Rosario debe estar ansiosa por saber cómo nos fue anoche. Creo que no será difícil dar con el paradero del doctor Canale. Además, tengo que devolverle la pistola de juguete a Santiaguito. Me hizo jurarle que no mataría a nadie con ella —bromeó.

Eleonora sonrió.

—Háblame de tu familia. ¿Santiaguito es tu único sobrino?

—No, tiene un hermano pequeño, Samuel.

—¿Y tu otro hermano, el que era cura?

—Pedrito sigue en España. Hablamos por teléfono unos días después de mi puesta en libertad y cerramos viejas heridas. Él sufrió mucho con todo el asunto de Magdalena. Afortunadamente, encontró el amor. Conoció a una joven y está muy enamorado.

A Eleonora le dieron ganas de conocer al resto de los Navarro Soler.

—Cuando te lleve a la mansión de mi familia, quiero presentarte como mi mujer —manifestó Fran, adivinando lo que ella estaba pensando. Clavó los ojos en su alianza—. Aunque tu matrimonio con Romano no sea verdadero, ante la sociedad todavía sos su esposa.

Sonó el timbre del teléfono, dándole a Eleonora la oportunidad de no tener que decir algo que los hiciera sentir incómodos. Fran atendió a Rosario. Le informó sobre el hallazgo del certificado de defunción y que Ulises Romano había muerto poco antes que su madre. Ella sugirió preguntarle al doctor Miranda, el médico de la familia, si conocía a su colega y se ofreció a hablar con él esa misma mañana. Fran se despidió hasta el mediodía, no sin antes mandarle saludos de parte de Eleonora.

—¿Nos vamos?

Eleonora bebió el último sorbo de café y corrió a la habitación para mirarse una vez más en el espejo. Él la siguió, solo para volver a tenerla entre sus brazos.

—Deberías conservar el vestido —comentó, devorando su reflejo con la mirada.

—¡Ni hablar! —replicó ella, soltándose. Se puso a hurgar entre las sábanas revueltas.

Fran sabía qué buscaba. Abrió el cajón de la mesita de noche de su lado de la cama y sacó la liga. Se la mostró, poniendo cara de inocente.

—¿La tenías tú? —Ella intentó arrebatársela, pero Francisco no la dejó.

—Quiero quedármela, Eleonora. Era lo único que llevabas mientras hacíamos el amor.

Eleonora se sonrojó. La noche apasionada que habían compartido quedaría para siempre grabada en cada palmo de su piel. Se acercó lentamente. Con un movimiento que lo tomó por sorpresa, logró apoderarse de la liga, pero no se la quitó. La besó, la dobló en dos y la guardó en el bolsillo de la camisa de Fran.

—*Per te, caro Francesco.* —Eleonora salió de la habitación y desde el pasillo, gritó—: ¡El vestido no pienso volver a ponérmelo ni por todo el oro del mundo!

Francisco soltó una carcajada y la alcanzó justo antes de que ella abandonara el departamento.

Aunque el día había amanecido nublado, la tormenta ya no era una amenaza. Para evitar que alguien la viera bajarse del auto de Francisco, Eleonora le pidió que la dejara en la esquina.

Gertrudis, atacada por una intensa jaqueca tras su fiesta de cumpleaños, se encontraba descansando en el jardín. Eleonora trató de ignorarla, pero fue en vano.

—Te aparecés como si nada, llevando la misma ropa de anoche… ese disfraz ridículo que te hace ver como una puta barata —le escupió, sin medir sus palabras—. ¿De quién fue la idea de que te vistieras así? ¡No me lo digas! ¡La ordinaria de tu amiga!

Eleonora contó mentalmente hasta diez antes de devolverle el golpe.

—Usted lo sabía, ¿verdad?

Gertrudis hizo silencio. Apartó la mirada y farfulló una maldición. En la mano derecha sostenía un vaso con un líquido amarillento.

—¿Cómo te has enterado?

—De la peor manera, señora. Anoche, Dante y Reina se escondieron en el despacho para tener intimidad. Yo también estaba allí y los vi.

—¿También te escondías? —replicó sarcástica.

—No, solo buscaba un poco de tranquilidad.

—Y terminaste descubriendo que tu amiga no es más que un maricón vestido de mujer.

—Podrían habérmelo dicho.

—¿Lo hubieras aceptado?

—La mentira siempre es lo peor. No me importa si Reina es hombre o mujer. El afecto que siento por ella… ¡por él! —ya ni sabía cómo referirse a su amiga—, es más importante que su condición sexual.

Gertrudis la aplaudió mientras sonreía, burlona.

—¡Magnífico, entonces seguiremos adelante con la farsa del matrimonio! —Bebió un poco del menjunje que le habían preparado para la resaca—. Supongo que eso a vos ni te va ni te viene. Ya encontraste un macho con todas las letras con el cual revolcarte. Podés hacer lo que quieras: eso sí, con discreción, por favor. Somos una familia respetable.

Eleonora se mordió la lengua antes de decirle todo lo que pensaba de ella y su “familia respetable”. Se dio media vuelta y entró en la mansión. Al llegar a la habitación, se quitó el vestido. Estaba furiosa. Sacó del armario una falda cómoda y una blusa de mangas cortas. Mientras se cepillaba el cabello, descubrió que encima de una de las mesitas de noche, había un sobre negro. Alarmada, se aproximó con cautela. Estaba del lado derecho de la cama: el suyo. Miró el sobre durante unos segundos antes de atreverse a conocer su contenido. Cuando lo abrió, un anillo cayó al suelo. Se agachó para recogerlo y lo reconoció de inmediato. Era la alianza de matrimonio que había dejado junto al cuerpo de Vincenzo la noche que huyó de Villa Regina. Buscó el texto grabado solo para confirmarlo. Allí estaban: su nombre y la fecha de la boda. Aterrada, lo arrojó lo más lejos posible. Volvió la mirada al sobre, había una nota en su interior.

—Hasta que la muerte vuelva a encontrarnos —leyó Eleonora en voz alta. No rompió el papel. Era una prueba de que los Gentile estaban tan cerca que habían llegado hasta su habitación. El arlequín lo había dejado allí. Estaba segura. Solo tenía una duda: ¿se trataba de Nunzio o Vincenzo?

Guardó la nota en su bolso. Hizo lo mismo con la pistola que había comprado Dante. Recogió el vestido del suelo y lo metió en una caja. Fue a la cocina, desconfiando de todo y de todos. Le pidió al nuevo chofer que preparara el auto porque necesitaba ir hasta Liniers. Hablaría con

Reina para que le diera una explicación acerca de su mentira; ¿y después? Estaba tan asustada que ni siquiera sabía lo que haría después.

*

Barrio de Liniers, Buenos Aires, esa misma mañana

Reina corrió hacia la puerta cuando alguien se puso a tocar el timbre con insistencia. Al ver que se trataba de Eleonora, los latidos de su corazón, suspendidos durante esos segundos previos, recuperaron su ritmo normal. Pensaba que era Dante y la decepción la dejó desolada.

—Parece que esperabas a otra persona —comentó Eleonora entrando al departamento. Le entregó la caja con el vestido de Betty Boop y Reina la dejó en una mesita de arrime.

—Perdón, cariño, es que Dante quedó en venir a verme después de la fiesta y no he tenido noticias suyas. —Miró a Eleonora con cautela. ¿Ya estaría al tanto de su condición? Dante iba a contárselo la noche anterior—. Al menos debió avisarme que iba a quedarse contigo en la mansión.

Eleonora se rehusó a entregarle el bolso y lo apretó contra su estómago.

—Es que yo no pasé la noche en la mansión —anunció, dejando a Reina con la boca abierta.

—¡Ah!, ¿no?

Eleonora negó con un movimiento de cabeza.

—Y sé que Dante tampoco durmió allí anoche. Gertrudis me lo ha dicho esta mañana… Ella seguramente pensó que estaba contigo; yo también.

—¡Esto no me gusta nada, Eleonora! —Fue hasta el mueble donde estaba el teléfono y con manos temblorosas, se llevó el auricular a la oreja—. Voy a llamar a su oficina para ver si saben algo.

Eleonora se sentó en el sofá, cruzándose de piernas. Dejó el bolso a un costado, cerciorándose de que la silueta de la pistola no se notara demasiado.

La llamada duró apenas unos segundos en los cuales Reina confirmó que Dante no se había presentado a trabajar esa mañana. Tenía una reunión y todavía lo estaban esperando.

—¡Le pasó algo, lo sé! —gritó Reina, histérica.

La cabeza de Eleonora se llenaba de terribles imágenes.

—No saques conclusiones precipitadas, Reina. Dante puede estar en cualquier lado…

Reina la soltó y comenzó a caminar por la sala con la desesperación de una fiera enjaulada. Eleonora la observó. Ahora que ya conocía su secreto, percibió cierta afectación en sus movimientos.

—¿Podemos conversar un momento?

Reina la miró. Se sentó a su lado y se dispuso a escucharla.

—¿Vas a decirme dónde pasaste la noche? O mejor dicho, con quién…

—No vine a hablarte de mí, Reina. En nombre de nuestra amistad, quiero darte la oportunidad de ser sincera. —Hizo una pausa con la esperanza de que ella adivinara lo que trataba de decirle.

Reina se puso más nerviosa todavía. ¿Acaso Dante sí se lo había contado?

—No sé a qué te referís —respondió por fin, en un intento inútil de ganar tiempo.

Eleonora resopló y se removió en el sofá, molesta por su actitud evasiva.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con la farsa? —La pregunta incisiva de Eleonora quedó sin respuesta—. *¡Porca miseria,* Reina! ¡Te estoy hablando del secreto que tú y Dante me han ocultado todo este tiempo! —la interpeló, perdiendo los estribos.

—¿Te lo contó Dante?

—No, pero sé que planeaba hacerlo anoche.

—¿Cómo es posible? —Reina se cubrió la boca con el rostro—. ¡Dios Santo, lo escuchaste cuando estábamos en el despacho! ¡Nos viste, por eso ya lo sabés!

Eleonora no tuvo más que asentir.

—¡Me llevé una gran sorpresa, Reina! —Hizo una pausa para tomar aire—. No me gustan los secretos; mucho menos las mentiras. Yo he tenido que convivir con ambos para mantenerme a salvo y, tarde o temprano, el tiempo te demuestra que la verdad siempre sale a la luz.

—Estaba asustada, Eleonora. Cuando Dante me dijo que quería contártelo, mi temor más grande era el de perder tu amistad.

—Eso no va a pasar —la tranquilizó—. A mí no me importa que seas hombre o mujer. —La atrajo hacia ella y la abrazó—. ¡Para mí, tu buen corazón vale más que lo que tienes entre las piernas!

—Soy una cobarde —reconoció Reina—. Debí contártelo hace mucho tiempo. Mi vida no ha sido fácil y cada día, cuando me levanto y me miro al espejo, aunque me devuelva la imagen de una mujer, basta que baje un poco la mirada para encontrarme con lo que escondo del mundo.

—¿Ha sido así desde siempre? —Eleonora no era capaz de ponerse en sus zapatos. Ella solo había fingido ser otra persona cuando huyó y recordó el miedo de que alguien descubriera el fraude.

Reina se acomodó un mechón de cabello y suspiró.

—No. Nací en una familia con fuertes valores morales. Mi madre era profesora de piano en un colegio católico y mi padre formaba parte de la Armada. Cuando era adolescente, me encerraba en el sótano y me probaba los vestidos de mi hermana mayor.

—¿Cuál es tu nombre real? —quiso saber Eleonora.

—Roberto; Robertito para la familia y los allegados —respondió Reina con ironía—. Una tarde, cuando tenía quince años, mi madre llegó más temprano de una de sus clases de piano y me encontró en el sótano, desfilando con una falda de mi hermana y los labios pintados. Me dio una cachetada y me arrancó la ropa a jirones. Me gritó que era la vergüenza de la familia. Se lo

contó a mi padre y él decretó que una buena disciplina me quitaría lo maricón. Terminé en el Colegio Militar. Fui un cadete ejemplar. Creo que, de alguna manera, al "portarme bien" les devolvía la tranquilidad. En la primavera de 1942, un compañero que también se encontraba allí expiando sus "debilidades" me invitó a una fiesta. Me llevó a un departamento en la Recoleta. —Eleonora reaccionó ante la mención del barrio donde vivía con los Romano—. El que organizaba la fiesta se llamaba Jorge Ballvé Piñero. Pertenecía a una familia adinerada y era un fotógrafo amateur. Yo tenía diecinueve años y a pesar del ambiente estricto en el cual me habían recluido, cuando llegué y descubrí que se trataba de una fiesta solo para hombres, sentí que estaba en el sitio correcto. Había gente importante entre los invitados… Allí conocí a Dante. También era su primera experiencia en ese tipo de fiestas y simpatizamos de inmediato. Él me dijo que Jorge estaba buscando modelos masculinos. Me lo presentó y Ballvé Piñero me ofreció plata para posar. Acepté para quedar bien con Dante, terminé posando completamente desnudo, con el uniforme colgado de un perchero justo detrás de mí. Fue una burla al Colegio Militar y a mi propio padre… A pesar de lo que sucedió después, nunca me arrepentí.

Eleonora comprendía su postura y aunque habían sido circunstancias diferentes, se vio reflejada en su historia.

—¿Qué fue lo que pasó? —le preguntó, instándole a continuar con su relato.

—Ballvé Piñero fue denunciado y terminó imputado por corrupción de menores. Fue un escándalo que involucró a personas del ámbito político, artístico y hasta deportivo. Pero se dijeron muchas cosas que no eran verdad. Se habló de abusos y de orgías…, pese a que nunca fui testigo de algo semejante. Gracias a los contactos de mi padre, mis fotos desaparecieron. Cuando todo estalló, volví a la casa familiar hasta que las aguas se calmaran. Lo que más me molestaba era no saber qué había ocurrido con Dante. Su nombre tampoco aparecía en los periódicos; supongo que eso fue obra de Gertrudis.

—¿Cuándo volvieron a verse?

—Tres meses después, yo ya estaba de regreso en el Colegio Militar. Una tarde recibí una llamada… Era Dante. Acababa de regresar al país después de un exilio organizado por su madre para evitar que lo relacionaran con lo del escándalo de los cadetes. Dante se acordaba de mi nombre y dio el primer paso para continuar lo que habíamos empezado. Una semana más tarde, me escapé para encontrarme con él. No volví al colegio y abandoné para siempre a mi familia. Así se fue gestando mi transformación. Dante estuvo a mi lado desde el comienzo y eligió mi nuevo nombre. Por él soy Reina, Eleonora. —Estaba emocionada. No hizo nada para contener las lágrimas.

Eleonora se contagió rápidamente de su emoción y volvieron a fundirse en un abrazo.

—¡Estoy tan preocupada por él! ¡No es normal que nadie sepa dónde está! —se lamentó Reina, abrumada por la zozobra.

—Yo también estoy inquieta —admitió Eleonora.

Eleonora no quería preocupar más a Reina; sin embargo, creyó conveniente contarle lo que había encontrado en su habitación. Sacó la nota del bolso y se la mostró.

—Venía acompañada por una alianza de bodas… la que Vincenzo Gentile puso en mi dedo el día que nos casamos. La misma que yo dejé caer junto a su cuerpo inerte, la noche en la que hui.

—¡Eso significa que los Gentile te han encontrado! —exclamó Reina con la voz temblorosa.

Eleonora le habló del hombre disfrazado de arlequín y su sospecha de que debajo de la máscara se encontraba uno de los hermanos Gentile.

—Pero Vincenzo está muerto, ¿no?

—Ya no sé qué creer.

Reina se espantó al pensar en la posibilidad de que Dante hubiera sido víctima de una *vendetta*.

—¡Tenemos que denunciar su desaparición! —dijo desesperada.

Reina marcó el número de la policía y cuando le preguntaron qué relación la unía a la persona supuestamente desaparecida, cortó porque no se atrevió a decir que era su amante. Miró a Eleonora.

—Vas a tener que ir vos que sos la esposa, o pedírselo a su madre ¡Ni siquiera en un momento así puedo ocupar el lugar que me corresponde!

—Tranquila, Reina. Voy a regresar a la mansión y hablaré con Gertrudis. Ella sabrá qué hacer, no te preocupes. Quedate pendiente del teléfono. Si hay alguna novedad, te aviso de inmediato.

Cuando guardó la nota en el bolso, Eleonora rozó con la punta de los dedos la culata de la pistola. Se alejó hacia la puerta y, aunque le daba pena dejarla sola, miró a Reina una última vez antes de abandonar el departamento.

VENDETTA

Barrio Norte, Buenos Aires, diciembre de 1953

—¡Otro callejón sin salida! —despotricó Francisco.

—No ganás nada con hacerte mala sangre, Fran. —Rosario acababa de hablar con el doctor Miranda y las noticias eran las peores. Esteban Canale llevaba muerto cuatro años. Solo había una persona capaz de despejar todas las dudas: Gertrudis Arizmendi viuda de Romano.

—Vas a tener que hablar con ella, Fran.

—A estas alturas no me sorprendería que Gertrudis lo haya eliminado para mantener a salvo su secreto. ¿Me harías un favor, hermanita? Quiero que llames a la mansión de los Romano y preguntes por Eleonora. Cuando te comuniquen con ella, me la pasás a mí.

Sin perder tiempo, Rosario levantó el auricular y esperó. Al otro lado de la línea, una mujer, demasiado nerviosa, preguntó con quién deseaba hablar.

—Laurita, ¿sos vos? —Rosario creyó reconocer su voz—. Soy Rosario Navarro Soler. ¿Podría hablar con Eleonora?

La respiración de la criada se aceleró.

—Laurita, ¿estás bien? —preguntó Rosario, preocupada.

El gesto de desconcierto en el rostro de su hermana hizo que Fran le arrebatara el teléfono.

—¡Laurita, soy yo, Fran… Franco! ¡Necesito hablar con Eleonora!

—¡Ay, Franco! ¡La señora no puede hablar con nadie en este momento! —replicó la joven entre hipidos—. ¡La casa está llena de policías!

Francisco sintió que el suelo se abría a sus pies.

—¿La policía? ¿Le ha pasado algo malo a Eleonora? —Un sinfín de pensamientos, todos ellos terribles, se apoderaron de su mente.

—No, ella está bien. ¡Es el señor Dante! —Laurita hizo una pausa para recobrar el aliento—. ¡Lo han matado! ¡El señor ha sido asesinado!

El impacto de aquella noticia fue devastador. Fran quiso regresar el teléfono a su sitio, pero le temblaba tanto la mano que no fue capaz. Rosario le quitó el auricular y lo obligó a mirarla.

—¡Fran! ¿Qué ocurrió? —Tuvo que sacudirlo un poco para que reaccionara.

—Es Romano… está muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—No lo sé… Laurita dijo que la policía ya se encuentra en la mansión. —Hablaba con una serenidad perturbadora. De repente, se dio media vuelta y enfiló hacia la salida.

—¿Adónde vas? —Rosario alcanzó a detenerlo antes de que abandonara el salón.

—¡Eleonora corre peligro! ¡Si han llegado hasta su esposo, no tardarán en ir por ella!

—¡No sabemos si los italianos están detrás del crimen! —repuso Rosario, sin soltarlo—. La policía cuidará de ella, Fran. Ahora mismo están en la mansión y nadie podrá hacerle daño. —Logró que se sentara—. No es prudente que aparezcas justo ahora. Entraste a trabajar en esa casa bajo una identidad falsa y estás involucrado con la esposa del muerto. ¡Como si fuera poco, tenés antecedentes penales! Esperemos a ver qué pasa. Si no recibimos noticias, te prometo que yo misma me acercaré a la mansión para asegurarme de que ella se encuentra bien. ¿Te parece razonable?

Fran habría deseado gritarle que no, que lo más razonable sería correr al lado de Eleonora para sacarla de la mansión de los Romano. Se dejó abrazar por su hermana mientras cerraba los ojos. Y entonces, Francisco Navarro Soler, un hombre que no creía en Dios, se puso a rezar.

*

Barrio de la Recoleta, Buenos Aires, unas horas más tarde.

Eleonora, buscando un poco de soledad, se había encerrado en el despacho. Gertrudis, tras sufrir un colapso nervioso, se encontraba en su habitación, acompañada por el ama de llaves. El llanto desgarrador de su suegra traspasaba las gruesas paredes de la mansión y la ponía más nerviosa. El bolso con la pistola estaba encima del escritorio. Supo que algo terrible había pasado cuando al llegar vio un auto con el escudo de la policía estacionado en la entrada principal. Un agente la recibió en el vestíbulo y asumiendo que ella era la esposa de Dante, le pidió que lo acompañara al salón. Allí la aguardaba un hombre vestido con un traje azul. Sintió un escalofrío en el cuerpo al recordar lo vivido hacía apenas unas pocas horas.

—Soy el comisario Peralta. —El policía dejó el sombrero encima del sofá y extendió el brazo hacia ella—. ¿Usted es la esposa de Dante Romano?

Ella, asustada, respondió que sí con un movimiento de cabeza.

—Me llamo Eleonora Ferrara. —Reaccionó a su saludo con un breve apretón de manos y le indicó que se sentara.

—Lamento ser el portador de malas noticias, señora Romano.

—Se trata de Dante, ¿verdad? —El estómago le dio un vuelco al ver que el comisario asentía. Se dejó caer en una de las butacas—. ¿Qué le pasó?

Martín Peralta no se sorprendió de que ella hubiese pensado de inmediato en su esposo.

Cuando habló con doña Gertrudis, la anciana le había dicho que no veía a su hijo desde la noche anterior.

—Hemos encontrado el cuerpo de un hombre en un callejón de La Boca. Llevaba encima sus documentos y pudimos constatar que se trataba del señor Dante Romano. Un familiar debe presentarse en la morgue para una identificación oficial.

Eleonora se quedó sin aire. Estaba blanca como un papel. El comisario comenzó a abanicarla con su sombrero hasta que logró recomponerse. Una de las criadas entró al salón y le ofreció un vaso con agua. Vio que era Laurita. Tenía los ojos llorosos y movía las manos con nerviosismo.

El comisario sacó una libreta negra del bolsillo del saco y se preparó para tomar nota.

—Sé que no es el mejor momento, señora Romano, pero necesitaría hacerle algunas preguntas. ¿Se siente bien para responderlas o prefiere que hablemos más tarde?

Eleonora bebió un sorbo de agua y respiró hondo. No se percató de que estaba llorando hasta que el comisario Peralta le ofreció su pañuelo.

—¿Puedo saber cómo… cómo lo mataron?

Peralta la contempló en silencio. A pesar de su evidente fragilidad, percibió en su profunda mirada de ojos azules una fortaleza inusual.

—Le dispararon —contestó, sin entrar en detalles.

Las manos de Eleonora se crisparon sobre su regazo. Quería indagar a fondo para confirmar sus terribles sospechas; sin embargo, tenía miedo de hacerlo. Si Dante se había convertido en una víctima más de una venganza que la tenía a ella como destinataria, las personas importantes de su vida correrían con la misma suerte.

—¿Cuándo vio o habló con su esposo por última vez?

—Ayer estuvimos juntos en la fiesta de cumpleaños de mi suegra.

—La señora Gertrudis afirma que su hijo lleva desaparecido desde anoche y que no durmió en la mansión. ¿Usted lo ratifica?

Ella titubeó al responder.

—No podría asegurarlo, comisario. Yo… yo pasé la noche en otro lado.

Peralta alzó la ceja izquierda en un gesto de asombro.

—¿Hasta qué hora estuvo con su esposo entonces?

—Lo vi por última vez poco antes de las diez.

El comisario escribió algo en su libreta y decidió ser un poco más incisivo.

—¿Dónde durmió anoche, señora? Sea sincera conmigo. No me interesa escarbar en la vida privada de nadie; si lo que me dice no interfiere en la investigación, quedará entre nosotros.

Eleonora tragó saliva. Cualquier cosa que dijera sobre todo lo que había pasado la noche podía ser malinterpretada. Peralta dio vuelta la página de su libreta y le mostró lo que estaba escrito.

—Franco Vidal. —Hizo una pausa para estudiar su reacción. Cuando Eleonora palideció,

supo que acababa de dar en el clavo—. ¿Estuvo con él anoche?

Eleonora pensó con cuidado antes de responder. Si el comisario tenía registrado aquel nombre era porque Gertrudis le había hablado de su relación con el exchofer de la familia. No quería involucrar a Francisco y convertirlo en sospechoso del asesinato de Dante; no obstante, consideró que era mejor decir la verdad.

—Ignoro qué le dijo doña Gertrudis sobre dónde y con quién pasé la noche, pero el hombre al que ella conoce como Franco Vidal no tiene nada que ver con la muerte de mi esposo.

—¿Quién es entonces Franco Vidal? —indagó Peralta más que dispuesto a escucharla.

—Franco Vidal no existe. Anoche estuve con mi amante… Francisco Navarro Soler.

—¿Navarro Soler?

—¿Lo conoce?

Peralta asintió.

—Llevé el caso del asesinato de un ciudadano alemán hace seis años y el señor Navarro Soler estuvo involucrado. Fue condenado por partícipe necesario en un homicidio. No sabía que ya había salido de prisión. —Escribió su nombre en la libreta y lo encerró en un círculo.

—Conozco la historia de Francisco; él mismo me la contó. No quiero que piense que, por haber estado preso, tuvo algo que ver con la muerte de Dante.

—Yo no pienso nada, señora Eleonora, pero dadas las circunstancias, voy a tener que interrogarlo.

—¡Francisco es inocente, comisario! —replicó Eleonora, perdiendo los estribos—. Yo sé quién mató a mi esposo.

El teléfono sonó y su corazón se detuvo. Ignoraba cuánto tiempo llevaba encerrada en el despacho, perdida en sus pensamientos. A pesar de sentirse invadida por una gran tristeza, el alivio de haber hablado con el comisario Peralta le brindaba algo de sosiego. El policía le recomendó que no saliera de la mansión. Eleonora le entregó el disco de vinilo, la alianza matrimonial y la nota que había recibido la noche anterior. Estaba segura de que el mensaje era la amenaza previa a la venganza. Levantó el auricular y oyó una voz masculina al otro lado de la línea.

—¿Podría hablar con Eleonora Romano?

—Ella habla.

—Soy el comisario Peralta.

Eleonora no dijo nada.

—La llamo porque esta tarde logré comunicarme con la policía de Sorrento con relación a lo que me contó. —Hizo una pausa para ver si ella hablaba; su silencio lo alentó a continuar—. Antes que nada, quiero que sepa que no hay ninguna denuncia en su contra; tampoco una orden de captura a su nombre. El comisario con el cual conversé me confirmó que el caso se cerró hace

unos meses. Según consta en el expediente policial, se trató de un ajuste de cuentas entre miembros de la Camorra. Arrestaron a dos hombres que confesaron no solo el asesinato de Vincenzo Gentile, sino también el secuestro de su esposa, o sea, usted. Dijeron que acabaron con su vida y arrojaron su cuerpo al mar. Para la ley italiana, Eleonora Ferrara murió hace tres años.

—¡Eso es imposible! ¡Yo me defendí de Vincenzo cuando escapé de Villa Regina! ¡Él murió esa noche!

—Cálmese, Eleonora. Lo importante es que nunca se la acusó de nada; es más, en Sorrento se la trató siempre como víctima de una *vendetta*. Hay algo más, hemos mirado en los registros de Inmigración y descubrimos que Nunzio Gentile entró al país hace dos meses.

—¿Hay alguna posibilidad de que Vincenzo viniera con él?

—¿Cree que puede seguir vivo? —preguntó Peralta, poco convencido—. Su nombre no aparece en ningún documento; aunque si realmente ingresó junto a su hermano, debió hacerlo con un nombre falso. Y en ese caso, es muy difícil averiguarlo.

Eleonora ya no sabía qué pensar.

—Esta mañana cuando hablamos, creí oportuno no revelarle un detalle sobre el homicidio de su esposo para ahorrarle un mal momento. Sin embargo, usted mencionó que una de las víctimas de los Gentile sufrió la amputación de una mano tras ser acribillado a balazos.

—Michele… —Eleonora lo supo incluso antes de que Peralta se lo dijera—. A Dante también le faltaba la mano, ¿verdad?

—Así es, señora Romano. No se encontró en la escena del crimen y aunque estemos a miles de kilómetros de distancia, conocemos los métodos de tortura que maneja la mafia italiana, por eso me temo lo peor. Hay una patrulla vigilando la mansión, pero voy a mandar a un agente de paisano para que permanezca dentro de la casa y esté atento ante la llegada de cualquier objeto extraño.

Eleonora no quería siquiera imaginarse lo que sentiría Gertrudis si recibía en un paquete la mano de su hijo muerto.

—Comisario, ¿ya lo ha contactado a Francisco?

—Todavía no. Planeo hacerlo mañana. Me acaban de avisar de la morgue que en un par de horas van a empezar con la autopsia. No sé si ya habló con su suegra, pero sería conveniente que alguien de la familia vaya a reconocer el cuerpo antes de que intervenga el forense.

Eleonora suspiró. Sería un trago demasiado amargo para Gertrudis y resolvió ir en su lugar. Le comunicó su decisión a Peralta y antes de colgar le preguntó si podía ir acompañada. Entre la conmoción por la tragedia y la presencia de la policía en la mansión, Eleonora aún no había llamado a Reina. Pasaría a verla de camino a la morgue y, si se animaba, le pediría que fuera con ella.

*

Reina y Eleonora abandonaron la morgue con el estómago revuelto y el corazón hecho trizas. Habían atravesado juntas el duro trance de identificar el cuerpo de Dante y jamás olvidarían la terrible experiencia. A pesar de que el empleado solo levantó la sábana lo suficiente como para descubrir la cabeza, el daño causado por las balas le había dejado el rostro bastante hinchado y la imagen era desgarradora. Aunque Eleonora se mostraba más entera, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desmayarse. Reina debió ser trasladada a otra habitación hasta que consiguió calmarse. No dejaba de repetir lo mucho que lo amaba y lo vacía que sería su vida sin él. Los empleados de la morgue fueron testigos de cómo aquellas dos mujeres compartían el duelo por el mismo hombre.

Eleonora le indicó al chofer que las llevara de regreso a la mansión. Reina no podía quedarse sola y ella vivía en una constante vigilia, esperando el momento de encontrarse cara a cara con su pasado. Sin consultárselo, resolvió pasar unos días en su departamento. Prefería lidiar con su tristeza y no con el desprecio de Gertrudis.

—Espérame aquí —le dijo cuando el auto ingresó a la mansión.

Reina la sujetó del brazo.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Ya no tengo ninguna razón para seguir viviendo aquí. —Le dio unos suaves golpecitos en la mano—. Vuelvo enseguida.

Laurita le salió al paso en el vestíbulo y le contó sobre la llamada telefónica de Franco Vidal.

—Quería hablar con usted, señora Romano, pero cuando le dije que no podía atenderlo porque estaba con la policía, simplemente cortó.

Eleonora no tenía ánimo para escuchar las intrigas de la criada. Se dio media vuelta y apenas puso un pie en las escaleras, escuchó que Gertrudis gritaba su nombre.

—¡Eleonora!

Regresó sobre sus pasos y enfiló rumbo al salón.

—Doña Gertrudis, voy a quedarme unos días con Reina. Creo que es lo mejor. Acabamos de volver de la morgue…

—¡No tenías ningún derecho a dañar la reputación de mi hijo de esa manera! ¿Cómo se te ocurre presentarte en la morgue con esa… con ese engendro del demonio! —la increpó.

—Hoy no quiero discutir con usted. —Se alejó en dirección a la puerta porque sabía de sobra que su presencia no le era grata.

—Mi Dante murió por tu culpa…

La voz de la anciana retumbó en el salón y explotó en la cabeza de Eleonora.

—El comisario Peralta me dijo que a mi hijo le habían cortado la mano. Cuando insistí en saber más, me habló de un mensaje mafioso… Un mensaje con una única destinataria. —Hizo una pausa para ponerse de pie. Tuvo que movilizarse con la ayuda de un bastón. Parecía que

hubiera envejecido de golpe—. ¿Cuántas personas más tienen que morir por tus errores, italiana de mierda?

Ella se volteó y se asustó de tenerla tan cerca.

—Lo siento mucho, de verdad… —No pudo decir nada más porque la mano derecha de Gertrudis se estampó contra su mejilla.

—¡Tus disculpas no me sirven de nada, ramera! ¡Mi hijo está muerto! ¡Muerto! —le gritó, levantando el bastón con el propósito de golpearla.

Eleonora se desplomó en el piso y se quedó quieta mientras la anciana blandía aquella vara de madera con un gesto amenazante. No hizo nada para evitarlo, ni siquiera se cubrió la cabeza para defenderse de un inminente ataque. El tiempo se detuvo y ellas seguían sin moverse. Eleonora lloraba suplicando perdón. Los ojos de Gertrudis lucían vacíos, como si el alma se hubiera desprendido de su cuerpo. Apretó el mango del bastón con tanta rabia que perdió el equilibrio. Cuando Eleonora intentó ayudarla, la anciana no dejó que le pusiera la mano encima.

—Todos los que alguna vez te quisieron perdieron la vida. No quiero volver a verte, Eleonora. Ya nada te une a esta familia… ahora sos libre para revolcarte con Vidal. —Curvó sus labios en una sonrisa irónica—. Aunque, si yo fuera él, me alejaría de vos. No sea cosa que termine sus días en un callejón, manco y acribillado a balazos.

Eleonora apenas tuvo la fuerza suficiente para incorporarse. Con dificultad, logró ponerse de pie. Se secó las lágrimas de un manotazo y abandonó el salón en silencio, llevándose con ella las terribles palabras que acababa de pronunciar Gertrudis con el peso de una sentencia de muerte.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, al día siguiente…

Francisco no sabía cómo manejar la inquietud que sentía en los huesos. El comisario Peralta, el mismo que lo había detenido en el pasado, acababa de marcharse. Al menos, pudo demostrar que no tenía nada que ver con el homicidio de Dante. Eleonora ya le había contado que pasaron la noche juntos y solo tuvo que confirmar sus dichos. También se vio obligado a explicarle a Peralta por qué había usado una identidad falsa. Cuando le informó que necesitaba un empleo para ganarse la vida honestamente y que hacerlo con su nombre verdadero sería un obstáculo, el comisario se mostró reticente a creerle. Sin embargo, no insistió con más preguntas.

Rosario le alcanzó una taza de té de manzanilla para que se tranquilizara. Fran dejó la taza llena encima del escritorio. Contempló el teléfono. Había perdido la cuenta de las veces que trató de hablar con Eleonora. El último intento había sido justo antes de la llegada de Peralta. Laurita lo atendió. Al comunicarle que la señora había salido con una valija en la mano, sin despedirse de nadie, estuvo a punto de ir a buscarla.

—¿Dónde pensás que puede estar? —Rosario trató de mantenerse serena.

—Seguramente se ha ido con Reina, la amante de Romano.

Rosario ya estaba al tanto de aquella peculiar historia y no hizo preguntas.

—Peralta dijo que le recomendó quedarse en la mansión…

Fran, preocupado, asintió.

—Si no siguió las instrucciones de la policía es porque debe ser difícil la convivencia con su suegra. Se siente más segura en compañía de su… amiga.

—Te molesta que no haya recurrido a vos, ¿verdad?

—Pensé que vendría a buscarme, ¡o que al menos me llamaría por teléfono! —Se mesó con rabia el cabello—. ¡No he podido verla y sé lo mucho que estimaba a Romano! ¡Cuando se enteró de la muerte de su familia, debí mantenerme al margen porque en ese momento no era más que el chofer! ¡Hay alguien que quiere hacerle daño y necesito estar a su lado para cuidarla!

Rosario sospechaba que Eleonora se había alejado de su hermano con el único propósito de mantenerlo a salvo. Se le heló la sangre al imaginarse que Francisco podía sufrir el mismo destino que Dante. Le agradaba Eleonora y quería que su hermano fuera feliz, pero no a costa de su propia vida. Se sobresaltó cuando Fran dejó la silla y se puso el saco.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir al departamento de Reina para hablar con Eleonora.

Rosario trató de detenerlo; sin embargo, vio, frustrada, cómo su hermano se subía al Lincoln Zephyr y se marchaba, desoyendo sus consejos.

*

Barrio de Liniers, Buenos Aires, esa misma mañana

El departamento de Reina parecía un mausoleo. Encima de cada mueble había una fotografía de Dante, rodeada de flores y velas encendidas. Un fuerte olor a incienso flotaba en el aire. Aunque ambas querían a Dante de manera distinta, estaban hermanadas por el mismo dolor. Habían llorado juntas casi toda la mañana y también sonrieron con nostalgia al evocar sus anécdotas más graciosas. Bebieron media botella de su licor favorito y fumaron un puro cubano en su memoria.

—No me importa lo que diga su madre, yo voy a ir al entierro —manifestó Reina soltando una bocanada de humo.

—Tienes todo el derecho del mundo de ir a despedir a Dante —concedió Eleonora, restregándose los ojos—. Iremos juntas; y si alguien se ofende con nuestra presencia, ¡allá ellos!

Chocaron las copas y brindaron por haberse cruzado en la vida de un hombre como Dante Romano.

—Gertrudis piensa que es mi culpa —musitó Eleonora, dejando la copa vacía encima de la

mesita. Se quitó los zapatos y levantó las piernas—. Y yo sé que tiene razón…

—¡No es verdad, cariño! Los Gentile son los únicos culpables de todo. Ahora ya sabemos que Nunzio se encuentra en Buenos Aires, y cuando la policía dé con él pagará por todo lo que hizo.

Reina le propuso terminar la botella y, pese a sentrse bastante aturdida, Eleonora aceptó sin remilgos. Alguien llamó a la puerta y al principio trataron de ignorarlo. No querían ver a nadie.

—¡Eleonora, abrime, soy yo!

El vozarrón de Francisco retumbó en sus oídos como un eco distante. Cuando Reina miró a su amiga para consultarle qué debía hacer, no hubo necesidad de que ella le dijera nada. Eleonora se levantó y, tambaleándose, se dirigió hacia la habitación. Cerró la puerta tras de sí y esperó.

A pocos metros de allí, Reina se afanaba en acomodarse el vestido antes de recibir a Francisco. Tenía el maquillaje corrido y el pelo hecho un desastre, pero era la consecuencia natural de estar borracha y triste. Se apresuró a abrirle antes de que tirara la puerta abajo.

—¿Dónde está Eleonora? —Él irrumpió en el departamento sin siquiera saludar.

—Bajá la voz, por favor —le pidió Reina, llevándose el dedo índice a los labios—. Eleonora acaba de quedarse dormida. Estuvimos bebiendo y dudo que se despierte pronto. Necesita descansar.

Francisco sentía que Eleonora estaba evitándolo. Miró la puerta cerrada de la habitación.

—¿Podría al menos verla un momento antes de irme?

Reina le dedicó una sonrisa amable.

—La verdad, preferiría que te fueras, Francisco —respondió, cortante. Comenzaba a sentir pena por él—. Cuando se despierte, le diré que viniste a buscarla.

Reina lo acompañó hasta la puerta y, sin que Francisco se diera cuenta, le pidió perdón en silencio por lo que acababa de hacer. Al darse vuelta, se topó con Eleonora.

—¿Por qué no quisiste verlo?

—Porque no quiero que le pase nada. —Se dejó caer en el sillón. Respiró hondo y se cubrió el rostro con ambas manos—. Los Gentile me han quitado todo lo que amaba… no podría soportar perder también a Francisco. Lejos de mí, él estará a salvo.

Reina asintió. Sabía lo mucho que le había costado tomar aquella decisión.

—Espero que tu sacrificio valga la pena, cariño —le dijo, reconfortándola con un abrazo—. ¡Y que esos hijos de puta se pudran en el infierno!

Eleonora apoyó la cabeza en el hombro de Reina y clavó la mirada en el bolso donde escondía la pistola. Antes de que Nunzio le hiciera daño a Francisco, ella acabaría con él para siempre.

SEDIENTO DE LA VERDAD

Cementerio de la Recoleta, Buenos Aires, diciembre de 1953

Una gran multitud se dio cita frente al mausoleo familiar para despedir los restos de Dante Romano. Gertrudis, visiblemente acongojada, se encontraba inclinada sobre el féretro de caoba donde descansaban los restos de su hijo. Sus dedos, huesudos y temblorosos, acariciaban un Cristo crucificado mientras el sacerdote, junto a ella, leía en voz alta y clara el responso.

Mezcladas entre la gente, a pocos metros de distancia, se encontraban Eleonora y Reina. Hubo murmullos y miradas suspicaces. Ambas iban vestidas de negro. Eleonora llevaba un rosario enredado en las manos y Reina, quizá para pasar inadvertida, se había puesto una capelina con un tupido tul que le cubría todo el rostro. A pesar de participar de la ceremonia, sentían que el odio de Gertrudis las marginaba injustamente. Las dos tenían derecho de estar allí: Eleonora, en su rol de esposa doliente; Reina, en el de la única mujer que Dante había amado.

Se aproximaron a la entrada del mausoleo para la despedida final. Eleonora le cedió su lugar a Reina. Cuando Gertrudis se dio cuenta de lo que pretendía hacer, le impidió el paso. La gente que se encontraba más cerca se percató de la situación y los murmullos se intensificaron.

Reina no se dejó amedrentar. Besó el féretro y dejó una flor a modo de ofrenda. Gertrudis la arrojó al suelo y la pisoteó. Un silencio inquietante ahogó los cuchicheos. El sacerdote se vio obligado a intervenir para evitar un escándalo. Le habló a la angustiada madre en tono indulgente, asegurándole que su hijo ya se encontraba descansando entre los brazos del Señor.

Una mujer alta y delgada, enfundada en un ajustado vestido negro, interrumpió las palabras del clérigo para hacerse cargo de Gertrudis. A pesar de que solo podía verla de espaldas, Eleonora reconoció a Virginia Aráoz. Con el aplomo que la caracterizaba, logró controlar la situación. Lentamente, la multitud comenzó a dispersarse por los estrechos pasillos del cementerio.

Eleonora no se movió de su sitio. Recibió el pésame de aquellos que la habían conocido, y al quedarse sola buscó a Reina. La encontró detrás del mausoleo de los Romano-Arizmendi, apoyada contra la pared, llorando. Fue hacia ella, pero de repente alguien la detuvo, poniéndole la mano en el hombro. Recobró la calma cuando escuchó la voz de Francisco.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él tardó en reaccionar debido a la frialdad de sus palabras.

—Quería verte.

—No es el momento ni el lugar —le recriminó ella, recorriendo el cementerio con la mirada. Todavía había mucha gente en los alrededores y era probable que Nunzio estuviera oculto no muy lejos de allí. Se preguntó si Peralta, que parecía ser un policía eficiente, había infiltrado algún agente previendo esa inquietante posibilidad. Eleonora, fiel a su decisión, puso distancia entre ellos y regresó al lado de su amiga sin dedicarle siquiera una palabra de despedida. Avanzó con cierta vacilación, consciente de que Francisco la seguía con la mirada. La calma se instaló en su cuerpo al ver que el comisario Peralta estaba en el cementerio. Lo vio acercarse a Reina y mostrarle su identificación. Supuso que se había presentado allí para hacerle algunas preguntas y no quiso interrumpirlos.

Francisco no intentó detener a Eleonora. Lo desconcertaba su actitud esquiva. El comisario estaba cerca y eso le daba algo de tranquilidad. Por el rabillo del ojo percibió las siluetas de dos mujeres saliendo del mausoleo. Gertrudis caminaba encorvada, aferrada al brazo de su socia, Virginia Aráoz. Decidió ir tras ellas. Aceleró el paso y las alcanzó justo antes de que se subieran a un auto.

—Señora Romano, ¿se acuerda de mí?

Virginia Aráoz se sorprendió al verlo. Gertrudis lo miró por encima del hombro.

—Sí, por supuesto que lo recuerdo, señor Vidal.

—Lamento su pérdida.

Ella arrugó el ceño. Llevaba unas gafas oscuras que ocultaban sus ojos.

—Dudo que sea sincero, joven.

—No me importa si me cree, doña Gertrudis. Necesito hablar con usted. —Cuando Virginia Aráoz atinó a intervenir en la conversación, él la interrumpió. Sacó la fotografía en donde ambas mujeres aparecían junto a su madre y se la mostró, acercándola a su cara—. Quiero hacerle algunas preguntas sobre su amistad con Irene Sandoval… yo soy su hijo.

Gertrudis fingió no entender. Apretó la mano de su socia, buscando un punto de apoyo.

—Señor Navarro Soler, por favor, respete el dolor de una madre que acaba de perder a su hijo. —Virginia se apresuró a abrir la puerta del automóvil. Se arrepintió en ese momento de no haberle contado a Gertrudis sobre la visita de Francisco a la casona de Barracas.

Antes de que pudieran deshacerse de él, Fran se subió a la cupé Mercury Club que solía conducir Dante y se ubicó junto al chofer. Lo saludó brevemente y esperó a que Gertrudis entrara al vehículo. La anciana dudó; sin embargo, terminó ocupando el asiento trasero. Virginia Aráoz no iba a dejarla sola y se sentó a su lado.

—Entonces usted no se llama Franco Vidal —manifestó Gertrudis.

—No. Soy Francisco, el mayor de los varones de su amiga Irene Sandoval y Álvaro Navarro Soler.

—El mismo que fue condenado por cómplice de asesinato —repuso indignada.

—Y el mismo que con tan solo diez años encontró a su madre muerta en la bañera después de que se cortara las venas.

La revelación de Francisco causó una gran impresión. Gertrudis se removió, inquieta. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a las decisiones que había tomado en el pasado. Miró a su socia. Era evidente que Virginia ya estaba al tanto de las intenciones del joven Navarro Soler; aun así, no pensaba ventilar sus secretos delante de ella, mucho menos de uno de sus criados.

—Detenga el auto, por favor.

El chofer aminoró la marcha y la observó por el espejo retrovisor para cerciorarse de que había oído bien. Como la anciana no reiteró la orden, buscó un sitio donde estacionarse y abandonó el vehículo.

—Virginia, perdoná la molestia, pero quiero quedarme a solas con el señor Navarro Soler.

—¿Estás segura?

—En la esquina hay una confitería —le indicó, desoyendo su advertencia. Señaló hacia el frente con el dedo índice levantado—. Podés esperarme ahí mientras hablo con él.

Gertrudis se quitó las gafas y se enjugó las lágrimas con un pañuelo de seda blanco.

—¿Qué desea de mí, señor Navarro Soler?

—La verdad.

—¿Sobre el suicidio de Irene?

—¿Cuándo dejó de frecuentar a mi madre? Yo no la recuerdo, si bien en en alguna de mis tantas pesadillas la escucho mencionar su nombre mientras habla por teléfono.

Gertrudis suspiró hondo antes de darle una respuesta.

—Fuimos buenas amigas en nuestra juventud. Éramos cuatro: Irene Sandoval, Corina Torres, Virginia Aráoz y yo. La fotografía que me mostró nos la sacaron en la casa paterna de Virginia, durante el verano de 1908. Esa fue la última vez que estuvimos las cuatro juntas. Cada una de nosotras guardó una copia de recuerdo. La mía debe estar en algún lugar…

—¿Por qué dejaron de verse?

—Tomamos caminos diferentes. Virginia es la única que no tuvo hijos y se dedicó a los negocios. Siempre ha sido una mujer adelantada a su tiempo. Cuando se quedó viuda y sola en París, decidió volver. Ella trajo el mundo del entretenimiento para adultos a Buenos Aires. Ha amasado una gran fortuna desde que inauguró la casona de Barracas.

—¿Cómo llegó usted a involucrarse en el negocio?

—Siempre fui una mujer ambiciosa y mi esposo, lamentablemente, un hombre demasiado precavido. Él no quería saber nada. Decía que era un riesgo innecesario…

—¿Por eso aceleró su muerte? ¿Para invertir parte de su dinero en ese lugar?

En vez de alarmarse ante semejante acusación, Gertrudis guardó silencio.

—Tengo en mi poder el certificado de defunción de Ulises Romano, el que avaló su amante de turno asegurando que había muerto de un ataque al corazón.

—¿Cómo lo ha conseguido? —No tardó en atar cabos—. ¡Claro, para eso se metió en mi casa haciéndose pasar por otra persona!

—Solo buscaba respuestas.

—¿Quién habló con usted sobre la muerte de mi esposo? —El único que podía delatarla estaba muerto.

Francisco no le debía lealtad a Virginia Aráoz y sin remordimiento alguno, le soltó su nombre.

—Maldita traidora —susurró doña Gertrudis, tensando la mandíbula.

—Ella me dijo que su esposo enfermó de repente y que, tras su muerte, usted se convirtió en su socia. He visto la fecha en la cual murió Romano… fue un mes antes del suicidio de mi madre.

A Gertrudis ya no le importaban las consecuencias de los actos cometidos en el pasado. Acababa de perder a su único hijo y no tenía ganas de seguir viviendo. Había algo en los ojos de Francisco Navarro Soler que le inspiró una gran compasión. A pesar de que se había acercado a ella con engaños, entendió que no era más que un hombre sediento de verdad… un niño que había tenido que lidiar con la trágica muerte de su madre y solo buscaba respuestas.

—Mi amistad con Irene sufrió un quiebre antes de que ella se casara con su padre. El mismo día de la boda con Álvaro Navarro Soler, me confesó que había tenido un desliz con otro hombre.

Francisco la miró con recelo. ¿Acaso pretendía aliviar su conciencia manchando la memoria de su madre?

—Eso no puede ser cierto —balbuceó él, negándose a la idea de que Irene Sandoval, esa esposa amorosa y madre abnegada hubiera sido capaz de cometer una infidelidad.

—¿Qué gano yo con mentirle después de tantos años? —retrucó Gertrudis—. El hombre con el cual se involucró Irene era mi esposo. Cuando él me confirmó que se habían estado encontrando desde hacía algunos meses, decidí romper la amistad con su madre. A mi esposo, con el tiempo, terminé perdonándolo… aunque nunca olvidé lo que me hizo. Lo de ella fue distinto. Irene era mi amiga y no le importó acostarse con Ulises. Me dijo que lo amaba y que solo se casaba con Álvaro para no contradecir a su familia.

Francisco la escuchaba en silencio.

—Estuvimos sin hablarnos durante casi diez años —recordó Gertrudis—. Cuando Ulises murió, Irene me llamó para saber qué había pasado. Le dije que fue un infarto, pero ella empezó a lanzar una serie de acusaciones sin sentido. Aseguraba que alguien le había contado en confidencia que yo estaba envenenando a mi esposo. Supongo que, en aquella ocasión, Virginia tampoco pudo mantener la boca cerrada. Ella me vio un día echando un polvo blanco al té de Ulises. Le dije que solo eran vitaminas, pero es evidente que no me creyó.

—¿Mi madre la amenazó con denunciarla a la policía?

—Me dijo que ella misma se encargaría de hacerme pagar ante la justicia. Renunció a sus

planes apenas le recordé que había algo más que me había contado cuando me confesó su *affaire* con mi esposo. Algo tan grave que la llevó a tomar la decisión de quitarse la vida.

—¿De qué carajo habla? —replicó Francisco perdiendo los estribos.

—Cuando Irene se casó con Álvaro, estaba embarazada de mi esposo.

Francisco se quedó de piedra. ¿Un hijo? Solo podía tratarse de…

—Es justo lo que está pensando, Francisco. —Le dio unos segundos para que lo asimilase—. Su hermana mayor, Rosario, no lleva la sangre de los Navarro Soler. Ella es una Romano.

Demudado, Francisco no era capaz de reaccionar.

—Yo tenía que proteger mi secreto; no podía permitir que se supiera la verdadera causa de la muerte de Ulises, y para ello, amenacé a Irene con contarle a su esposo que Rosario no era suya. Apenas unas semanas después, me enteré de que su madre se había suicidado. Es difícil comprender la razón que lleva a alguien a tomar una decisión tan drástica. Presumo que lo hizo porque se sentía culpable. Al obligarla a callar, de algún modo, la convertí en cómplice involuntaria del asesinato de Ulises. Me atrevo a decir que todavía lo amaba…

Francisco, consternado, se quedó mirándola. Gertrudis, esa perversa mujer, había empujado a su madre al suicidio. Quizá se cortó las venas por un sentimiento de culpa o porque le aterraba que su familia descubriera su secreto. Nunca lo sabrían realmente; pero después de tantos años, él y sus hermanos al menos podrían tratar de entender por qué había decidido quitarse la vida. Aquella revelación traía consigo una nueva e inquietante realidad: Rosario era hija de Ulises Romano y tenía derecho a saber la verdad. Se dispuso a bajarse cuando doña Gertrudis lo sujetó del brazo.

—¿Qué piensa hacer ahora? ¿Va a denunciarme por la muerte de mi esposo?

Por más que lo hubiera intentado, era un caso perdido. No existía evidencia de un crimen y la única persona que podía testificar en contra de ella ya había muerto. También estaba Virginia Aráoz; sin embargo, dudaba de que quisiera prestarse a dar testimonio de lo que había visto. Gertrudis ya tenía suficiente con haber enterrado a su hijo.

—Creo que la muerte de Dante es el castigo que se merece por lo que hizo. —La miró con una mezcla de desprecio y lástima—. Aunque usted no le cortó las venas a mi madre, estuvo allí con ella esa tarde, metida en su cabeza. Espero que pueda vivir con eso, *señora*.

Gertrudis lo soltó. Quería pedirle perdón antes de que se fuera, pero le ganó el orgullo. Lo observó detenidamente mientras cruzaba la calle. Cuando el chofer se dio cuenta, se apresuró a regresar para ocupar su lugar. Se acomodó la gorra y miró a su patrona con un gesto interrogante.

—¿La llevo a la mansión, señora Gertrudis?

La anciana asintió en silencio. Cuando el auto reanudó la marcha, se cubrió los ojos enrojecidos por el llanto con las gafas oscuras. Sus dedos huesudos y delgados estrujaron el pañuelo de seda contra su pecho. Sentía un vacío tan grande en el corazón que solo deseaba morir.

*

Barrio de Balvanera, Buenos Aires, diciembre de 1953

Nunzio Gentile soltó una última bocanada de humo y arrojó el cigarrillo a la vereda. Una brisa caliente se colaba por la ventanilla abierta del Frazer Manhattan. La humedad era insoportable. Se arremangó la camisa y aflojó el cinturón donde guardaba la pistola. Por enésima vez, miró el reloj. Llevaba casi una hora esperando. Tarde o temprano, la presa asomaría la nariz. No estaba solo. Había alguien más en el asiento de atrás, tan impaciente como él, una silueta oscura que tamborileaba los dedos contra el vidrio para calmar la ansiedad. Sus miradas se encontraron en el espejo retrovisor. No se dijeron nada. Aquella noche acabarían con todo.

*

Francisco permaneció un momento en el interior del automóvil para tratar de ordenar sus pensamientos. Respiró hondo y se aflojó el nudo de la corbata. Eleonora volvió a colarse en sus pensamientos. Quería estar con ella y quitarse de encima esa oscura sensación que se instaló en su alma cuando lo trató con tanta frialdad. Pero ahora su prioridad era Rosario, y esa noche ella se enteraría no solo de que Ulises Romano la había engendrado, sino también que acababa de perder a un hermano que nunca llegó a conocer. Se bajó del Lincoln Zephyr y cerró la puerta con tanta vehemencia que el golpe asustó a una joven pareja que conversaba entre las sombras. Se disculpó por su exabrupto con una inclinación de cabeza, pero ni siquiera le prestaron atención.

Fran los miró de reojo mientras se alejaba hacia el edificio. Sintió envidia. Hacía tiempo que ya no echaba de menos las juergas ni las noches interminables abrazado a una botella y a una mujer complaciente. Todos esos excesos formaban parte de su pasado, y ahora tenía una razón muy poderosa para pensar en el futuro. Su rostro se iluminó con una sonrisa al recordar la noche de pasión con Eleonora. Era la primera de muchas, y eso le bastaba para atreverse a soñar con un poco de felicidad.

*

Eleonora, absorta en sus pensamientos, se sobresaltó cuando Reina le rozó el brazo para indicarle que estaban llegando. Iban en la parte trasera de un Ford Cologne gris que usaba la policía exclusivamente para labores de vigilancia. Tras el improvisado interrogatorio del comisario Peralta a Reina en el cementerio de la Recoleta, las había enviado de regreso a Liniers con custodia. El agente que manejaba iba vestido de paisano y tenía órdenes de parapetarse frente al

departamento de Reina y no moverse de allí hasta recibir nuevas instrucciones. Estacionó a pocos metros del edificio para no llamar la atención, y antes de que ellas bajaran les advirtió que era mejor que permanecieran en el departamento hasta que dieran con el paradero de Nunzio Gentile.

Lo primero que hizo Reina después de entrar al departamento fue cerrar la puerta con llave. Luego corrió el cortinado y revisó que la ventana de la cocina estuviera clausurada.

—Vives en un cuarto piso —se burló Eleonora, tratando de aliviar un poco la tensión.

—Esa gente no bromea, Eleonora —le recordó Reina, cruzando los brazos sobre su pecho.

Eleonora dejó escapar un suspiro lastimero. Le preocupaba Francisco. Sentía que no alcanzaba con estar alejada de él para mantenerlo a salvo.

—Estás pensando en Francisco, ¿verdad? Debiste irte con él cuando te buscó en el cementerio —comentó Reina, mientras se servía un trago. Le ofreció uno, pero Eleonora lo rechazó—. Nadie va a juzgarte por lo que hiciste, cariño. Sé que tu intención fue buena, que ahuyentaste a Francisco para cuidarlo, y eso, a mi entender, es tener las pelotas bien puestas.

En medio de toda aquella incertidumbre, Eleonora consiguió esbozar una sonrisa. Fue hasta la ventana y se asomó. Era una noche cerrada. El Ford Cologne continuaba en el mismo sitio. El teléfono sonó y al darse media vuelta, vio que Reina ya no estaba en el salón.

—¿Podés contestar, por favor? —le preguntó a los gritos, desde su habitación.

Eleonora se acercó al teléfono y atendió.

—Diga.

Nadie le respondió.

—¿Hola? ¿Me oye?

Alguien respiraba con fuerza al otro lado de la línea.

—*Ciao*, Eleonora.

EL INFIERNO TAN TEMIDO

Barrio de Balvanera, Buenos Aires, diciembre de 1953

Cuando Francisco abrió los ojos, descubrió que se encontraba amarrado de pies y manos, tumbado en la butaca de su habitación. Una mordaza le cubría la boca. Estaba aturdido y le zumbaban los oídos. Intentó moverse, pero sintió un dolor insoportable en la espalda

Fragmentos de lo sucedido comenzaban a llenar los huecos de su memoria. Había llegado al edificio con el propósito de cambiarse de ropa antes de ir a ver a su hermana. Un hombre lo alcanzó en el ascensor y detuvo la puerta antes de que él la pudiera cerrar. Bajó en el mismo piso que él. Luego, mientras avanzaba por el pasillo, se dio cuenta de que lo seguía. No alcanzó siquiera a darse media vuelta porque sintió una fuerte estocada a la altura de las costillas. Después de eso, ya no supo más.

Tenía la camisa manchada con sangre. La habitación permanecía cerrada; sin embargo, percibió movimientos al otro lado de la puerta. Cerró los ojos y fingió que aún no había despertado. Oyó que alguien entraba, se aproximaba a él y luego volvía a alejarse. Entonces una voz masculina, hablando en italiano, mencionó el nombre de Eleonora. Sintió vértigo: los Gentile habían ido por él para llegar a ella. Trató de levantarse, pero apenas consiguió enderezarse; parecía que ya no le quedaba nada de fuerza en el cuerpo. El hombre del ascensor entró nuevamente en la habitación y sonrió al percatarse de que Francisco tenía los ojos abiertos. Durante unos cuantos segundos, no dijo nada, solo se quedó ahí parado, observándolo en silencio.

Francisco, sosteniéndole la mirada, comenzó a retorcerse. Con cada movimiento, las punzadas de dolor se volvían más insoportables. El penetrante olor de la tela que tenía en la boca le provocó arcadas. De un fuerte tirón, su captor le arrancó la mordaza y la arrojó al suelo.

—Si gritas, te mato —le advirtió mientras manipulaba la pistola que se asomaba por debajo de su chaqueta.

Francisco escupió un poco de saliva y se pasó la lengua por los labios agrietados.

—Agua… —pidió entre balbuceos. En el estado de confusión en el cual se encontraba, no recordaba su nombre, tan solo su apellido—. Gentile, ¿verdad?

El hombre vaciló un momento antes de responder.

—Veo que Eleonora te habló de mí. Nunzio Gentile, un placer —dijo socarrón, amagando con

un apretón de manos—. Navarro Soler. ¿*Francesco*?

—Agua —insistió. Aunque tenía la garganta reseca, su propósito era provocar una distracción y tratar de arrebatarle la pistola. Sin embargo, distinguió una sombra que se movía junto a la puerta y comprendió que sería imposible. Había alguien más allí.

Nunzio dejó la habitación y Francisco observó todo a su alrededor. No había nada cerca que pudiera usar para liberarse de las ataduras. La que tenía alrededor de los tobillos estaba tan ajustada que sentía un hormigueo en la punta de los dedos. Se concentró en las ligaduras que le apretaban las muñecas. Lo intentó, pero solo consiguió que se formara un nudo. Permaneció sin moverse al ver que Gentile regresaba con un vaso de agua. Lo puso en el suelo, a pocos centímetros de la butaca. Fran lo miró, expectante.

—¿Cómo se supone que voy a llegar hasta ahí abajo?

Nunzio entonces le dio una patada al vaso y el agua se derramó por todo el piso.

—Los muertos no necesitan nada, *Francesco*. —Soltó una carcajada siniestra y clavó sus ojos verdes en él.

Ya no tenía dudas de que le esperaba el mismo final que a Dante Romano. Pensar que ya no volvería a ver a Eleonora le quemaba el pecho; de todas formas, la posibilidad de que aquel hombre pudiera lastimarla era el más grande de todos sus miedos.

Cuando Nunzio volvió a salir de la habitación, escuchó que hablaba con alguien. El otro hombre alzó la voz, enfadado. Aprovechó para patear el vaso y ocultarlo debajo de la butaca. Si lograba hacerlo añicos, podría cortar las ataduras con un trozo de vidrio. Tan solo tenía que esperar el momento oportuno. De repente, las voces se acallaron y el departamento se sumió en un silencio abrumador. Entonces, el hombre al cual todavía no había visto mencionó el nombre de Eleonora y de nuevo comenzaron a discutir. Lo último que oyó Francisco fue la voz de Nuncio Gentile al teléfono: "*Ciao*, Eleonora".

*

La inquietante voz de Nunzio Gentile parecía provenir del mismísimo infierno; pero en verdad, estaba al otro lado de la línea, tan lejos y tan cerca que Eleonora incluso creyó sentir su aliento en el cuello.

—Eleonora… ¿sigues ahí? No debería sorprenderte mi llamada. Sé que la estabas esperando.

—¿Dónde… dónde te encuentras? —El sentimiento de indefensión que le atenazaba las entrañas era tan espeluznante que le costó reconocer su propia voz al hablar.

—Pregunta equivocada, *cara mia* —respondió, irónico.

A Eleonora se le secó la garganta. Tragó saliva e intentó recuperar el aliento.

—¿Con quién estás, Nunzio? ¿Qué has hecho?

—Estoy con alguien a quien conoces demasiado bien… Es más, desde aquí puedo ver la cama

en donde te revolcaste con él. —Hizo una pausa para respirar con fuerza—. Sigues siendo la misma puta de siempre, Eleonora. Me deshice de tu esposo para que ya no volviera a ponerte un dedo encima… y descubro que te estás acostando con otro. ¿No te das cuenta del daño que provocas? Primero, el pobre imbécil de Michele Conte; después, el ingenuo de Dante Romano, y ahora… Ahora es el turno de tu amante.

—¡Eleonora, no lo escuches!

El grito desesperado de Francisco le atravesó el corazón. Su mano temblorosa no fue capaz de sostener el auricular, que se deslizó hasta caer en el sillón. Lo miró consternada. Tenía miedo de lo que Nunzio pudiera decirle. Pero saber que la vida de Francisco estaba en peligro le dio el coraje que necesitaba para enfrentarse a sus demonios. Recogió el auricular y lo apoyó en su oreja.

—¡Nunzio… por favor, no le hagas daño! —suplicó, presa de la angustia. Estaba dispuesta a todo con tal de salvar al hombre que amaba—. ¡No es a él a quien quieres! ¡Te lo ruego, déjalo ir! —La falta de respuesta de Nunzio solo empeoró la situación—. ¡Háblame, sé que sigues ahí!

—No puedo prometerte nada, Eleonora. ¡El maldito se metió contigo y tiene que recibir su merecido! —bramó Nunzio.

Eleonora entonces decidió aprovecharse de la obsesión malsana de Nunzio para tratar de manipularlo a su antojo. Era su mejor carta y jugaría con él hasta el final.

—Soy yo la que debe pagar, Nunzio, no *Francesco*. Dime qué quieres que haga y lo haré. Puedo ir hasta donde estés ahora mismo.

—¿Lo harías?

Eleonora percibió un temblor en su voz.

—Sí, Nunzio… si es lo que deseas, me iré contigo. Lo único que pido a cambio es que no lastimes a nadie más.

—Sé que tienes custodia —repuso Nunzio. —¿Cómo harás para burlar a la policía?

Debía pensar una respuesta rápida. Solo se le vino a la cabeza el disfraz que había usado Reina en el cumpleaños de doña Gertrudis. Si abandonaba el edificio con ropa masculina, podría escabullirse sin que el agente que la vigilaba se diera cuenta.

—Eso no es problema —le aseguró—. Mi mayor obstáculo no es la custodia policial, Nunzio. Ya no tengo chofer y es arriesgado llegar en taxi. Tendrás que venir a buscarme.

Nunzio permaneció en silencio. Tardó unos cuantos segundos en darle una respuesta.

—De acuerdo. Pasaré por ti dentro de una hora. Nos vemos en la plaza que se encuentra a la vuelta del edificio donde vive tu amiga.

Eleonora asintió. Era escalofriante comprobar lo bien que conocía Nunzio los lugares que ella frecuentaba.

—Allí estaré. Voy a ir vestida de hombre —le aclaró.

—No te preocupes, te reconocería de todos modos —le confesó.

Ella miró el reloj. Tenía una hora para planear sus próximos pasos. Corrió a la habitación de Reina y la encontró tumbada en la cama, con un antifaz cubriéndole los ojos.

—¡Reina, despierta, necesito tu ayuda! —Como no se movió, se abalanzó sobre ella y comenzó a sacudirla—. ¡Vamos, despierta!

Reina farfulló algo entre dientes. Había un frasco abierto de somníferos en la mesita de noche.

—¡Reina, por favor, no me hagas esto ahora! —Continuó sacudiéndola, pero era inútil. No podía perder más tiempo.

Soltó un suspiro de alivio cuando lo encontró colgado en una de las perchas del armario. Se lo puso a toda velocidad. Se calzó un sombrero de fieltro, se pintó un bigote con máscara de pestañas y practicó cómo moverse para lucir masculina. Buscó la pistola y la guardó en un bolsillo interno del saco. Estaba cargada. Antes de dejar el departamento, le escribió una nota a su amiga. Esperaba que cuando Reina por fin reaccionara, tuviera la lucidez suficiente para conseguir ayuda.

Leyó el mensaje dos veces antes de irse.

Reina, no te asustes, Nunzio me llamó. Tiene a Francisco y no puedo permitir que muera alguien más por mi culpa. Me llevo la pistola. Si no regreso, habla con Peralta y dile que fui a buscar a Francisco a su departamento. Voy a acabar con esta pesadilla de una vez por todas.

Tu amiga incondicional,

Eleonora

Debía abandonar el edificio sin llamar la atención del agente que Peralta había designado para la vigilancia. Se calzó mejor el sombrero en la parte delantera para esconder su rostro y salió con las manos en los bolsillos, dando zancadas amplias. Sentía las gotitas de sudor bajando por su cuello mientras pasaba delante del Ford Cologne de la policía. En un acto temerario, se animó a voltear la cabeza en su dirección. Aliviada, descubrió que el agente dormía plácidamente, con el rostro pegado a la ventana. Siguió caminando; unos cuantos metros la separaban de la plaza en donde debía encontrarse con Nunzio.

Había poca gente en los alrededores. Ignoraba qué hora era, aunque sospechaba que Nunzio no tardaría en aparecer. Se sentó en el primer banco que vio, uno que quedaba en un rincón despejado para que Nunzio la encontrara apenas llegara al lugar. La espera se volvió angustiante. El fuerte bocinazo de un automóvil que casi choca con otro en la esquina la hizo saltar del asiento. Estaba demasiado alterada y cualquier ruido le crispaba los nervios. De repente, vio que alguien se aproximaba hacia ella, caminando a toda prisa. Supo de inmediato que era Nunzio. Se puso de pie y antes de que se acercara demasiado, constató que el arma no se notara debajo del saco.

Él sonrió al verla. Había soñado tanto tiempo con ese momento, que le parecía imposible tener a Eleonora al alcance de su mano. Cuando intentó tomarla del brazo para indicarle hacia dónde ir, ella se rehusó a que la tocara.

—¿Vas a andar con remilgos precisamente ahora? —la increpó, molesto.

Eleonora no quería que, en un descuido, descubriera que iba armada.

—Llévame con *Francesco* y terminemos con esto de una buena vez —replicó, cortante.

Nunzio se echó a andar y ella lo siguió. Su auto estaba al otro lado de la calle. Cruzaron juntos, uno al lado del otro. Eleonora trataba de no mirarlo, pero su sola presencia le provocaba escalofríos. No quería morir en manos de un Gentile. Si aquella noche lograba salvar a Francisco, iría hasta las últimas consecuencias. Nunzio le abrió la puerta del lado del pasajero y ella se subió con la agilidad que le permitía el ancho pantalón que llevaba puesto. Cuando él entró al auto, en un gesto instintivo Eleonora se apartó hasta quedar arrinconada contra el asiento.

—No has cambiado nada —dijo Nunzio, molesto porque ella se mostraba arisca.

Durante el resto del trayecto hasta el barrio de Balvanera no dijeron nada. Eleonora se alarmó cuando Nunzio giró el volante con un movimiento brusco y detuvo el auto de repente.

—No sé qué pretendes exactamente, Eleonora, pero no puedo dejar que Navarro Soler se vaya sin pagar por lo que hizo.

Ella experimentó un vuelco en el pecho. Tenía que hacer hasta lo imposible para convencerlo de que lo liberara de su venganza.

—He aceptado venir contigo, Nunzio. —Quería sonar calmada, pero estaba muy asustada—. Él no tiene que pagar por mis errores…

—¡Te equivocas! —la interrumpió Nunzio, exaltado—. ¡Ese hombre ha cometido una gran equivocación al meterse con quien no debía! ¡Conte y Romano pagaron con sus vidas; él tendrá el mismo final!

Eleonora salió de su rincón y con cierto recelo, le rozó el brazo.

—Nunzio, por favor. Regresaremos juntos a Italia y ya nunca más volveré a verlo. Solo te pido que permitas que *Francesco* viva.

—¿Tanto te importa ese desgraciado? —quiso saber, conociendo de antemano su respuesta.

Eleonora lo pensó muy bien antes de abrir la boca.

—No quiero que nadie más muera por mi culpa.

Él no le creyó, pero en el fondo agradeció que Eleonora no hubiera dicho en voz alta que se había vuelto a enamorar. Porque si bien esa verdad flotaba en el aire como una maldición, era imposible de asimilar. Reprimió el impulso salvaje de besarla y bajó del automóvil mordiéndose los labios.

Eleonora abrió rápidamente la puerta y salió antes de que Nunzio se acercara. Quería evitar cualquier contacto físico con él mientras fuera posible. Cuando la tuviera a su merced, cualquier

cosa podía sucederle.

No había nadie en el hall del edificio y Eleonora se sintió más indefensa todavía. Parecía que todo el mundo se había complotado para dejarla a solas con su verdugo. Subir hasta el piso donde se encontraba el departamento de Francisco fue como transitar el tortuoso camino hacia el cadalso.

Nunzio se le adelantó y, al abrir la puerta, giró la cabeza y le sonrió.

—Es imposible huir del pasado, Eleonora. Tarde o temprano, lo que hiciste o dejaste de hacer termina por encontrarte. —Le indicó que pasara con un ademán de manos algo exagerado—. ¡Bienvenida a tu propio infierno!

El interior del departamento estaba en penumbras. Antes de entrar, Eleonora rozó la culata de la pistola para darse ánimos. Ya no era aquella muchacha sometida por la violencia de un esposo resentido; las heridas que surcaban su alma la habían despojado de cualquier sentimiento de prudencia. Avanzó despacio y dio un brinco cuando la puerta se cerró de golpe. A pesar de la poca luz que había en el ambiente, recordaba bastante bien la disposición de los muebles y se movió en línea recta, seguida muy de cerca por Nunzio. De pronto, una sombra se extendió hacia ella y supo que allí había alguien más.

—Buenas noches, Eleonora.

La ronca voz de Vincenzo Gentile la llenó de recuerdos dolorosos. Todos los maltratos y los abusos despertaron algo desconocido en su interior. No era miedo, sino algo más siniestro que se abría paso en sus entrañas. El monstruo no estaba muerto, la miraba entre las sombras, preparado para clavar las garras afiladas en su carne trémula. Todo se volvió difuso a su alrededor.

—No… no puede ser —el débil murmullo brotó de sus labios mientras trataba de respirar con normalidad.

—Soy yo, Eleonora. No estás delante de un fantasma. —Vincenzo avanzó hacia ella para verla más de cerca. La despojó del sombrero y tras mojarse la punta del dedo con su saliva, le borró el bigote que llevaba pintado encima de la boca.

Ella, inmovilizada por los brazos de Nunzio, que la había sujetado, no pudo hacer nada para evitar que la tocara.

—A pesar de tu ridícula apariencia, tu belleza se mantiene intacta. —Miró a su hermano, arqueando una ceja hacia arriba—. Yo diría incluso que estás más hermosa que nunca. ¿Qué opinas, Nunzio?

Él se limitó a asentir, moviendo la cabeza.

—¡Tú estabas muerto! —gritó Eleonora, mientras trataba de liberarse de los fuertes brazos que la oprimían. Su mayor preocupación era que Nunzio descubriera que llevaba una pistola encima.

Vincenzo esbozó una sonrisa.

—De algún modo lo estuve, querida. Lo que me hiciste la noche en la que escapaste de Villa Regina me condenó a pasar varios meses tirado en una cama, sin poder despertarme. Los

cuidados de mi madre y el conocimiento de un neurólogo obraron el milagro y un día, por fin, abrí los ojos.

—¿Por qué en Sorrento todos creen que tú y yo estamos muertos? —Eleonora comprendió que obligarlo a responder sus preguntas era la mejor manera que tenía de ganar tiempo. No había visto a Francisco todavía y le inquietaba no saber dónde estaba o qué habían hecho con él.

—Yo no tuve nada que ver con eso. —Vincenzo le indicó a su hermano que tomara la palabra.

—Nuestra madre se obsesionó con la venganza, Eleonora. Quería que pagaras por lo que hiciste, y lo primero que ordenó apenas supimos que te habías escapado del país fue eliminar a todos los miembros de tu estirpe. Yo mismo acabé con la vida de tu hermano y tu cuñada. El incendio que destruyó la finca fue solo para ocultar que habían muerto acribillados. Luego fue el turno de la modista. A ella la maté poniendo mis manos alrededor de su cuello. Murió mirándome a los ojos…

Eleonora no podía creer que relatara aquellos terribles sucesos con tanto cinismo. Parecía regodearse en su propia maldad.

—Pero tus muertos no bastaron para saciar la sed de venganza de nuestra madre. Ella no descansaría en paz hasta dar con tus huesos, Eleonora. Si se sabía la verdad sobre lo sucedido esa noche, corría el riesgo de que terminaras presa, y esa no era una opción para ella. Fue entonces que resolvió fingir la muerte de Vincenzo mientras lo manteníamos oculto en los túneles de Villa Regina. Le hicimos creer a todo el mundo que tú también habías muerto. Su mayor anhelo es que te llevemos de regreso a Italia para cobrarse el mal que le has causado a nuestra familia.

—Si yo soy la destinataria de su venganza, ¿por qué se han ensañado con tanta gente inocente? ¡Acabaron con la vida de mis seres queridos en Italia, y no conformes con eso han asesinado a Dante y pretenden hacer lo mismo con *Francesco!* ¡Ellos no tienen nada que ver en todo esto! —La rabia la envalentonó y no midió las consecuencias de sus palabras hasta que fue demasiado tarde.

Vincenzo, dispuesto a todo, la sujetó del brazo para apartarla de su hermano. Pegó el cuerpo delgado de Eleonora contra el suyo y aspiró con fuerza, como un lobo oliendo a un conejo antes de devorarlo. Guardaba en la memoria su olor y el suave tacto de su piel. Su deseo era tan intenso como su odio.

Ella se retorció para zafarse de su agarre y en el forcejeo, Vincenzo descubrió lo que ocultaba entre sus amplias ropas masculinas. Con un rápido movimiento, le quitó la pistola y se la pasó a su hermano.

—¿Venías preparada para matarme? —preguntó, sarcástico.

—¡Tú ya estabas muerto, maldito desgraciado! —le gritó, soltándose por fin de sus brazos. No llegó muy lejos, Vincenzo la alcanzó antes de entrar en la habitación de Francisco y de un fuerte empujón, la arrojó sobre la cama.

—¡Justo donde te quería! —exclamó, soltando una carcajada.

Eleonora distinguió un bulto en la butaca. Se le heló la sangre al darse cuenta que era Francisco. Estaba maniatado y la miraba con los ojos inyectados de terror.

Nunzio entró detrás de su hermano y al ver a Eleonora en aquella situación, comprendió que no podía dejar que Vincenzo cometiera una locura. El desprecio que había acumulado en su contra lo estaba devorando por dentro. En su mano derecha, sujetaba la pistola que Vincenzo le había arrebatado a Eleonora. Lo tenía frente a él, de espaldas. Solo bastaba con apretar el gatillo para acabar para siempre con su sed de venganza. Pero no pudo hacerlo. Vincenzo era sangre de su sangre.

—Quítate la ropa —exigió Vincenzo con una calma escalofriante.

Eleonora negó con la cabeza mientras se arrastraba por la cama para alejarse de él.

—¡Vincenzo, esto no entraba en nuestros planes! —replicó Nunzio, parándose a su lado—. Vinimos a buscar a Eleonora. Matemos a Navarro Soler y vámonos ya. Llevamos mucho tiempo aquí.

Vincenzo lo miró, molesto.

—¡No vas a decirme qué hacer, Nunzio! —Apuntó el dedo hacia Eleonora—. ¡Sigue siendo mi esposa! ¡Aunque se haya acostado con otros, siempre será mía!

Nunzio tensó la mandíbula mientras su puño apretaba con fuerza la pistola. No iba a participar en aquella locura.

—Es eso lo que te carcome por dentro, ¿verdad? —Vincenzo sonrió con ironía—. ¡No puedes soportar que Eleonora nunca haya querido acostarse contigo! ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de cómo la miras?

El silencio de Nunzio confirmaba lo que siempre había sospechado y terminó por desatar su ira. Clavó sus ojos oscuros en la única culpable de todas sus miserias. Entonces giró la cabeza y miró a Francisco, con una sonrisa socarrona en los labios.

—A ti también te volvió loco, ¿verdad? —Se quitó la chaqueta y comenzó a desabrocharse los botones de la camisa.

Detrás de él, su hermano permanecía impasible, empuñando la pistola en su mano derecha.

Los gritos ahogados de Francisco al ver lo que estaba a punto de suceder, no impidieron que Vincenzo Gentile se arrojara encima del cuerpo inmóvil de Eleonora. A pesar de tener los pies atados, Francisco consiguió levantarse. Entonces el brazo de Nunzio se alzó en un gesto amenazador y apretó el gatillo antes de que él se abalanzara sobre su hermano. Mientras el cuerpo de Francisco caía al suelo, el disparo causó aturdimiento y confusión. Vincenzo miró a Nunzio por encima del hombro. Con un leve movimiento de cabeza, agradeció su oportuna intervención. Eleonora estaba atrapada debajo de Vincenzo, pero alcanzó a ver la sangre en el cuello de Francisco.

—¡Maldito! ¡Maldito! —le gritó entre sollozos, golpeándolo con los puños.

Vincenzo la miró, le sujetó el mentón con fuerza y con aire burlón manifestó:

—¡No me da pena que esté muerto, lo que realmente lamento es que ahora se va a perder la oportunidad de ver cómo te haré chillar de placer cuando vuelva a hacerte mía!

Eleonora se revolvió, dando patadas y manotazos para tratar de quitárselo de encima. Vincenzo le arrancó la camisa y de un solo tirón, le rompió la cremallera del pantalón. Por más que luchara con todas sus fuerzas, perdía la batalla. Buscó a Nunzio con la mirada y le imploró que interviniera.

—¡Por favor! ¡Haz que pare, por favor!

Vincenzo desoyó los ruegos de Eleonora y hundió el rostro en su cuello para comenzar a besarla. Mientras su boca recorría hambrienta esa suave piel femenina que no había hallado en ninguna otra mujer, los ojos llorosos de Eleonora pedían ayuda a gritos.

Las súplicas desgarradoras de Eleonora calaron en lo más profundo del alma de Nunzio. En el pasado no había podido salvarla. Ahora tenía la oportunidad de remediar sus errores. Dejó la pistola a un lado. Se enfrentaría a su hermano en una pelea cuerpo a cuerpo. Lo inmovilizó, pasándole el brazo alrededor del cuello. Al empujarlo hacia atrás, ambos terminaron cayendo al suelo. Se enlazaron en una refriega en donde el deseo de revancha prevaleció por encima del poder de la sangre. Vincenzo no estaba en buenas condiciones físicas después de pasar tantos meses en la cama. Ambos rodaron sobre la alfombra. Nunzio fue el primero en incorporarse. Le puso un pie en el pecho a Vincenzo mientras trataba de recobrar el aliento. La pelea no había terminado. El menor de los Gentile sujetó la pierna de Nunzio por el tobillo y tras darle un fuerte empellón para quitárselo de encima, consiguió ponerse de pie. Exhaustos, con los rostros cubiertos de magulladuras, se midieron con la mirada. Detrás de Vincenzo, el ventanal que daba a la calle estaba abierto de par en par. Nunzio volvió a abalanzarse sobre su hermano con tanto ímpetu que el cuerpo castigado de Vincenzo no resistió la embestida. Trastabilló y quedó recostado contra el barandal. Nunzio no lo pensó dos veces. *Es él o yo*, repitió en su cabeza, hasta que sus manos sujetaron a Vincenzo por los hombros. Antes de empujarlo, lo miró. Solo vio odio y maldad en sus ojos. Vincenzo cayó al vacío. El sonido sordo de su cuerpo al estrellarse contra el cemento quebró el silencio de la serena noche de verano.

Nunzio se quedó allí, con las manos aferradas al barandal, viendo cómo el charco de sangre alrededor de su hermano se hacía cada vez más grande. Hubo gritos y frenadas en la calle.

Eleonora saltó de la cama y corrió al lado de Francisco. Con los jirones de su camisa le tapó la herida del cuello para detener la hemorragia. Apenas respiraba, pero estaba vivo.

—¡Resiste, *Francesco*, por favor! —le pidió, acomodando la cabeza ensangrentada de Fran sobre su regazo.

Él emitió un intenso quejido a modo de respuesta y a Eleonora le sirvió para creer que Francisco saldría adelante. Al levantar la vista, se topó con Nunzio. Sus ojos parecían vacíos.

—Está muerto… Maté a mi propio hermano —murmuró, sacudiendo la cabeza.

Eleonora no dijo nada. Abrazó a Francisco y se puso a rezar para que pronto llegara la ayuda.

Entonces se percató de que Nunzio se dirigía de regreso hacia el balcón.

—¿Qué haces? —le preguntó, a sabiendas de que él no la escuchaba.

Cuando lo vio treparse sobre el barandal, comprendió lo que estaba a punto de pasar.

—¡Nunzio, no lo hagas! —le gritó suplicante, sin soltar a Francisco.

Él la miró y le sonrió.

—Perdóname. —Le dio la espalda y saltó.

Eleonora cerró los ojos. Al volver a abrirlos, una ráfaga comenzó a balancear las cortinas. Tenía la visión algo borrosa por el llanto, pero creyó vislumbrar una silueta moviéndose por el balcón.

—Michele…

Apenas pronunció su nombre, la sombra desapareció. Acarició el rostro de Francisco y lo besó. Necesitaba borrar con aquel beso el horror que acababa de vivir.

—No me dejes, *mio caro Francesco* —le susurró al oído antes de acurrucarlo contra su pecho.

Eleonora comenzó a gritar por ayuda y varios vecinos acudieron a su llamado. Alguien le dijo que una ambulancia estaba en camino y cuando el fuerte aullido de las sirenas irrumpió en la noche porteña, brotó de su garganta un grito desgarrador.

EL FIN DE LA PESADILLA

Hospital Español, barrio de Balvanera, Buenos Aires, diciembre de 1953

Francisco se despertó aturdido. Todo parecía moverse a su alrededor. Sus ojos entreabiertos recorrieron la habitación con recelo. Las impolutas sábanas blancas de su cama y el intenso olor a desinfectante le hicieron pensar de inmediato en la enfermería de la Penitenciaría Nacional. A su derecha había una silla vacía y sobre la mesa del lado izquierdo, en un florerito de porcelana, alguien había dejado un fragante ramo de claveles rojos. Supuso que aquel detalle era obra de Rosario. Se tocó el cuello y sintió un dolor punzante en la herida. No pudo retener en su memoria el momento exacto en el cual había recibido el disparo; solo recordaba el estruendo antes del fogonazo y un fuerte ardor. Después, solo confusión y oscuridad. En cambio, sí tenía demasiado presente en su cabeza todo lo sucedido antes de caer al suelo con un agujero en el cuerpo. ¿Dónde estaba Eleonora? Tenía que salir de aquel lugar y asegurarse de que se encontraba bien. Estaba a punto de abandonar la cama cuando la puerta de la habitación se abrió de repente.

—¡*Francesco*, ni se te ocurra!

La dura advertencia de Eleonora sonó en sus oídos como la más dulce de las melodías. Se le aguaron los ojos al verla. Ella se acercó y sujetándolo del brazo, lo empujó suavemente hacia atrás para que volviera a acostarse.

—Tenía miedo de perderte… —susurró Fran, rozando su mejilla.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio.

—La pesadilla acabó, *Francesco*. —Se sentó a su lado y le acomodó el cabello para despejar su rostro. Estaba pálido y ojeroso, pero le pareció más atractivo que nunca.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital Español. Llegaste hace cuatro días con muy mal pronóstico porque habías perdido mucha sangre. La bala te rozó la arteria… unos milímetros más y no hubieras sobrevivido.

—¿Llevo cuatro días internado? —preguntó.

Eleonora respondió que sí con la cabeza.

—Yo he cuidado de ti durante todo este tiempo. Rosario y tu cuñada se ofrecieron a quedarse en mi lugar, pero no quería separarme de ti. El doctor dice que, si no se presenta ninguna complicación, te dará el alta mañana mismo.

Francisco apretó las cálidas manos de Eleonora entre las suyas.

—Sé que es duro recordar lo que vivimos, pero quiero que me lo cuentes todo —le pidió.

Eleonora tragó saliva.

—Los Gentile están muertos.

Pasmado por aquella verdad, Francisco se quedó mudo.

—Nunzio quiso impedir que su hermano abusara de mí y se involucraron en una pelea. Llegaron al balcón y entonces… —Eleonora respiró hondo antes de continuar—. Vincenzo estaba de espaldas al vacío cuando Nunzio lo empujó. Apenas unos segundos después, desesperado por lo que acababa de hacer, Nunzio se arrojó sobre el cuerpo de su hermano.

—¿Te duele que hayan terminado así? —preguntó Fran, al verla tan afectada.

Eleonora se encogió de hombros.

—Creo que ellos mismos se labraron su destino. Estaban ciegos de odio y de venganza… al menos, ahora sabemos que no podrán lastimar a nadie más.

—¿Y qué hay de su madre? Es tan peligrosa como ellos.

—La pérdida de sus dos hijos es demasiado dolorosa; dudo que le queden fuerzas para planear una venganza. La policía expatriará los restos de Vincenzo y Nunzio a Italia apenas el juez de la causa lo autorice. Supongo que doña Concetta tendrá que dar muchas explicaciones sobre por qué fingió la muerte de su hijo menor. —Le sonrió—. No quiero pensar nunca más en esa mujer. ¡Le hizo creer al todo el mundo que yo también estaba muerta!

—Tenés razón, Eleonora. Hay que olvidarse de todo lo que nos hace daño y nos mantiene atados al pasado. —Al decir eso, recordó lo que había descubierto sobre el origen de Rosario.

—¿Qué ocurre? —Eleonora notó el drástico cambio en su semblante.

—¿Has visto a mi hermana?

—Vino temprano a verte y se fue porque tenía una reunión con un representante de la galería de arte donde va a exponer sus obras el año que viene. —Se mordió el labio en un gesto casi infantil. Un halo de misterio se instaló en su semblante—. ¡Quería que fuera una sorpresa, pero estoy tan contenta que me muero de ganas de decírtelo!

—¿De qué se trata? —Fran estaba realmente intrigado.

—Rosario me invitó a participar en su exposición con una de mis pinturas. Al principio me negué porque sentía que era un espacio que le correspondía ocupar a ella… pero ya la conoces, insistió tanto que al final acepté.

Fran le besó las manos. Era la mejor noticia que recibía en mucho tiempo.

—¡Ni siquiera tengo un cuadro terminado y se supone que el comité de preselección comienza a evaluar las propuestas dentro de dos semanas! —manifestó Eleonora, entre el entusiasmo y la preocupación.

—Es tiempo suficiente para que te dediques a pintar —repuso Fran, feliz de que estuviera a punto de cumplir su sueño.

—Hay algo que no te conté, *Francesco*.

Él la miró con interés y picardía.

—No pienso moverme de esta cama, y aunque acá acostado se me ocurren cosas mejores que hacer con vos, tengo todo el tiempo del mundo para escucharte.

Eleonora se sonrojó.

—Ayer, Reina y yo estuvimos en la mansión de los Romano. El abogado nos convocó para la lectura del testamento de Dante. Jamás pensé que volvería a ver a Gertrudis… la pobre está muy desmejorada. Cuando supo que Dante había pensado en nosotras al redactar su última voluntad, ni siquiera se molestó.

—¿Romano las incluyó a ambas en la herencia?

—Sí. A Reina le dejó el departamento de Liniers y una cantidad mensual de dinero que recibirá hasta el día de su muerte. A mí me cedió el título de propiedad de su casa de Mar del Plata y un paquete de acciones de la cadena de hoteles El Colonial. La verdad es que no me lo esperaba…

—Era un hombre muy generoso. —Lamentaba que Rosario no hubiese llegado a conocerlo.

Eleonora arrugó el ceño.

—Me estás ocultando algo, lo sé —le reprochó, fingiendo enojo.

—El día de su entierro, después de que te alejaste de mí con tanta indolencia, busqué a Gertrudis…

—¡No quise tratarte así, *Francesco*, creía que solo estando separada de ti podría mantenerte a salvo! —repuso Eleonora, sintiéndose todavía mal por lo sucedido aquella tarde—. ¿Podrás perdonarme?

—Me dolió tu indiferencia; sin embargo, sospeché desde el principio que lo hiciste para protegerme y eso me demuestra lo mucho que te importo.

Eleonora sonrió.

—¡Cuéntame qué hablaste con Gertrudis!

Mientras le relataba con lujo de detalles la conversación que había sostenido con la mujer, Francisco se deleitaba con los cambios de expresión en el rostro de Eleonora a medida que iba enterándose de la siniestra verdad que había enlazado los destinos de los Romano y los Navarro Soler. Los secretos que habían permanecido enterrados durante tantos años por fin salían a la luz.

—La misma noche en que Nunzio me secuestró, planeaba hablar con Rosario para contarle que es hija de Ulises Romano… Ahora temo ese momento—se atrevió a confesar.

Eleonora sonrió, comprensiva.

—Tarde o temprano tendrás que enfrentar a Rosario con la verdad. Mejor que se entere por ti, que tanto la quieres, antes de que alguien más se lo diga.

Francisco suspiró hondo. Eleonora tenía razón.

—¿Dónde estás viviendo? —le preguntó de repente, preocupado por su situación.

—Sigo en el departamento de Reina. Tu hermana me ofreció instalarme en la mansión familiar, pero creo que es demasiado pronto…

—¿Acaso planeas deshacerte de mí? —la interrumpió él.

Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada.

—¡Si me dejas, me quedaré contigo en esta habitación de hospital hasta que te den el alta!

—¿Y después? —replicó él, deslizando su dedo por el brazo desnudo de Eleonora.

Ella, jugando con su paciencia, tardó en darle una respuesta.

—Y después… si te parece bien, me quedaré a tu lado todo el tiempo que quieras.

—¿Para siempre? —indagó Fran, todo meloso.

—¡Para siempre! —prometió Eleonora, callándolo con un apasionado beso en la boca.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, una semana después…

Era imposible descifrar quién estaba más nervioso esa noche. Si Francisco, por tener que contarle a Rosario sobre su verdadero padre, o Eleonora, que iba a ser presentada a los Navarro Soler para anunciar su compromiso con Fran. La ocasión ameritaba una gran cena y la mesa que habían instalado en el jardín rebosaba de platos apetitosos y bebidas refrescantes. El buen tiempo acompañaba la velada y ese año celebrarían una Navidad diferente. Solo faltaba Pedro, que no había podido viajar.

Santiago encontró a su hermano mayor bebiendo en el despacho.

—Hay algo que te agobia —manifestó el abogado, sirviéndose una copa de brandy.

Fran lo miró. Había estado a punto de hablarle sobre lo que sabía en muchas oportunidades, si bien pensaba que lo mejor era que todos se enteraran al mismo tiempo que Rosario.

—Me conocés muy bien, Santiaguito —repuso, soltando un suspiro.

—¿Qué te pasa? ¿Tenés dudas con respecto a Eleonora?

—¡Nunca estuve tan seguro de algo en toda mi vida!

Santiago sonrió. Acababa de quitarle un gran peso de encima. Isabela estaba muy ilusionada con la futura boda y quería encargarse personalmente de todos los preparativos.

—Sanabria, el gerente, ya sabe que a partir del lunes te incorporás a la empresa —le anunció.

—¿Qué le parece?

—Se mostró complacido; dijo que nuestro padre estaría muy orgulloso de vos.

Fran no estaba tan convencido. Temía que su falta de experiencia le jugara en contra.

—No sé si hice bien en aceptar tu propuesta —reconoció.

Santiago le dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes, Fran. Sanabria será tu mano derecha y ante cualquier duda, él estará ahí

para ayudarte. Lo importante es que hayas decidido enderezar tu vida. —Bebió un sorbo de brandy y dejó la copa sobre el escritorio.

Francisco no dijo nada. Miró su reloj con cierta impaciencia.

—¿A qué hora tenés que pasar a buscar a Eleonora? —preguntó Santiago.

—Ya debería estar saliendo para Liniers.

—Andá, no la hagas esperar.

Antes de abandonar el despacho, Fran se dio media vuelta y preguntó:

—¿Qué se siente estar casado con la mujer que amás?

Santiago dejó escapar un suspiro.

—No sé si tengo la respuesta, Fran. Lo sabrás cuando llegue el momento. Solo puedo decirte que la dicha de compartir la vida con la persona amada no se compara con nada.

Francisco le sonrió y se despidió de él con un “hasta luego”

Al detenerse frente al edificio de Reina, reconoció el auto del comisario Peralta. Ella le abrió la puerta y las señas que le hizo al dejarlo pasar confirmaron lo que ya temía. El comisario estaba conversando con Eleonora en el salón. Tosió para anunciar su presencia y ella se volteó a verlo con una sonrisa. Le tendió la mano para que se acercara.

—Señor Navarro Soler —dijo Peralta con expresión severa.

—Comisario, ¿ha sucedido algo?

—El comisario tiene noticias de Italia —terció Eleonora, pidiéndole que se sentara a su lado.

—Los restos de Vincenzo y Nunzio Gentile han arribado a Sorrento el día de ayer. Hablé con el alcalde y me dijo que todos quedaron pasmados ante la noticia de que ambos habían muerto en Buenos Aires. Ante la nueva evidencia, el comisario que había llevado el caso fue destituido de su cargo. El juez ordenó exhumar la tumba de Gentile y descubrieron que en el féretro solo había piedras.

—Me alivia saber que el comisario Callegaro ya no podrá cubrir a nadie más —manifestó Eleonora, complacida al oír el destino de aquel hombre que tanto mal había hecho.

—El reo que purgaba condena por el homicidio de Michele Conte reveló que había confesado su autoría bajo amenaza. Aunque no será sencillo probar que fue así, al menos tendrá una oportunidad al reabrirse la investigación bajo el mando de un nuevo comisario.

Eleonora y Francisco se miraron. Nadie les devolvería la vida a las víctimas de los Gentile; sin embargo, finalmente se haría justicia por todos ellos.

—¿Sabe algo de doña Concetta? —preguntó Eleonora, más por curiosidad que por interés.

—La anciana no pudo soportar la pérdida de sus dos hijos. La encontraron sin vida esta mañana. Estaba acostada en su cama, con una foto de su familia entre las manos.

Eleonora solo pudo asentir. Aquella mujer no le inspiraba ni siquiera un poco de pena.

—Cuando los habitantes de Sorrento se enteraron de que Vincenzo Gentile seguía vivo, muchos preguntaron por usted. El alcalde se encargó de informarles que estaba sana y salva,

viviendo en Buenos Aires. Si un día desea volver a Italia, la van a recibir con los brazos abiertos.

Volver a Italia… Eleonora suspiró. Era un sueño que el miedo la había obligado a postergar durante mucho tiempo. Fran sujetó su mano y le sonrió.

—Muy pronto vas a poder regresar a esa tierra que tanto añoras, Eleonora. —Ella lo miró emocionada—. ¡Sí, mi amor, iremos juntos! ¡Quiero conocer la belleza de tu Sorrento!

Olvidándose de que Reina y el comisario estaban allí, Eleonora se arrojó a los brazos de Fran y le preguntó cuándo viajarían a Italia. Él no le respondió para no arruinar la sorpresa. Peralta, un poco incómodo, se levantó y les expresó sus buenos deseos. Reina lo acompañó a la salida, y al regresar al salón pasó de largo en puntas de pie para no interrumpir el beso de Eleonora y Francisco.

*

La cena de Navidad reunió a los Navarro Soler. Santiago e Isabela actuaban de anfitriones, mientras sus hijos, sentados en el extremo opuesto de la mesa, se peleaban por llamar la atención. Rosario ocupaba la cabecera, y a su derecha Francisco y Eleonora esperaban el momento oportuno para anunciar su compromiso. Habían acordado que antes le contarían a Rosario la verdad sobre su origen. Francisco llamó a la niñera para que se llevara un momento a los pequeños y una vez que los adultos quedaron solos, se aclaró la garganta para comenzar a hablar.

—Rosario, hay algo que necesito decirte. Estaba esperando la mejor ocasión para hablar con vos y creo que esta noche, rodeada de tu familia, es la más apropiada.

Rosario se alarmó.

—¿Debo preocuparme?

Fran no quería adelantarle nada.

—Dejame hablar, por favor, porque no es fácil para mí decírtelo. Nuestra vida estuvo signada por la trágica muerte de mamá. —Santiago y Rosario asintieron, cautelosos—. Nos afectó de distinta manera, aunque todos sufrimos el mismo dolor. Yo me obsesioné con buscar la verdad… La terrible imagen que se grabó en mi cabeza esa tarde de noviembre me atormentó durante todos estos años, y cuando descubrí lo que posiblemente la empujó a dejarnos, jamás imaginé que terminaría develando su gran secreto.

—¿Mamá tenía un secreto? —A pesar de que Rosario lo intuía, era difícil pensar en ella como una mujer que le ocultaba algo importante a su familia.

—Sí, Rosario. —Fran hizo una pausa solo para mirar a Eleonora. Ella apretó su mano por debajo de la mesa y lo conminó a continuar—. Mamá estaba enamorada de otro hombre y mantuvo un romance con él antes de casarse con nuestro padre.

El silencio total solo fue interrumpido por el canto de un grillo. Fran retomó la palabra.

Todavía le faltaba revelarles lo más doloroso.

—Ese hombre era Ulises Romano, el esposo de Gertrudis. Él murió apenas un mes antes del suicidio de mamá…

—¿Entonces se quitó la vida por amor? —inquirió Santiago pensando en Magdalena.

—Gertrudis sospechaba que aún estaba enamorada de Ulises Romano y que no soportó saber que ella lo había envenenado.

—¿Esa mujer lo mató? —Rosario estaba atónita.

—Ella misma me lo confirmó.

—¡Es un monstruo!

—Sí, hermanita, lo es. —Soltó la mano de Eleonora para acariciar la mano de Rosario. Le clavó la mirada y tragó saliva. Ya no había marcha atrás—. Gertrudis me confesó algo más… algo que te atañe a vos, Rosario.

—¿A mí?

Fran asintió, moviendo la cabeza.

—El romance de mamá tuvo consecuencias. Se casó con papá embarazada de Romano.

—No… —la voz de Rosario sonó a lamento.

—Gertrudis amenazó a mamá con revelar quién era tu verdadero padre si ella la denunciaba por la muerte de Romano.

Rosario tenía los ojos húmedos y los demás fueron testigos de lo mucho que le costaba mantenerse entera ante semejante verdad.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada, Isabela.

Rosario le indicó que sí con un contundente movimiento de cabeza.

—Atravesé muchos momentos aciagos en mi vida, y como pude, o como mejor me salió, logré sobreponerme a cada uno de ellos, gracias al cariño de todos ustedes… No voy a dejar que esta nueva realidad de la cual no soy responsable cambie lo que siento o lo que soy. Aunque por mis venas no corra la sangre de los Navarro Soler, siempre formaré parte de esta familia.

Sus hermanos se pusieron de pie al mismo tiempo y la rodearon con sus brazos.

—¡Siempre serás nuestra hermanita mayor! —manifestó Santiago, estampando un beso en la frente de Rosario con suma ternura.

—¡Aunque nos atosigues de sermones, te vamos a querer y a cuidar el resto de nuestras vidas! —prometió Fran, dándole otro beso en la mejilla.

Rosario se permitió liberar esas lágrimas que pugnaban por salir. No lloraba de dolor, sino de pura emoción. Respiró hondo y apretó las manos de Santiago y Francisco contra su pecho.

—Si los tengo a ustedes a mi lado —miró también a sus dos cuñadas—, no necesito nada más en esta vida. Voy a pedirles un favor: mañana quiero ir al cementerio y visitar las tumbas de Ulises Romano y Dante, el padre y el hermano que nunca conocí. No creo poder hacerlo sola…

—¡Iremos con vos! —exclamaron Francisco y Santiago al unísono.

Isabela y Eleonora se unieron al abrazo, prometiendo que ellas también la acompañarían al cementerio. Unos segundos después, Rosario, visiblemente emocionada por aquella muestra de cariño, esbozó una sonrisa.

—Esta mañana, mientras miraba unas fotos que nos hicieron en Francia a Débora y a mí durante nuestra breve escapada de amor, tomé una decisión muy importante. Cuando la galería cierre la muestra de arte en la cual vamos a participar con Eleonora, voy a ir a París. Quiero regresar a la ciudad en la que fui tan feliz con ella. —Sonrió y miró seriamente a Francisco—. Se suponía que esta noche ibas a hacer un gran anuncio y terminé robándole el protagonismo a Eleonora —le guiñó el ojo a su hermano—. ¿Qué estás esperando para pedirle que se case con vos?

Eleonora, quien pensaba que aquella cena sería su presentación formal ante la familia de Francisco con el anuncio de un compromiso, se quedó sin palabras. Santiago se acercó a Isabela y le rodeó la cintura con los brazos. No querían perderse nada de lo que estaba a punto de suceder. Rosario le dio un codazo a su hermano en la espalda para que sacara el anillo de una vez por todas.

Francisco se aflojó el nudo de la corbata, tomó a Eleonora de la mano y se arrodilló frente a ella, mirándola con devoción. Llevaba el anillo guardado en el bolsillo de la camisa, atado a la liga que usaba Eleonora la noche que habían hecho el amor por primera vez. Se aclaró la garganta antes de pronunciar la petición más importante de su vida.

—Eleonora Ferrara, ¿querés casarte conmigo?

Ella no respondió y su silencio causó cierta tensión entre los presentes. Fran insistió.

—Quiero compartir el resto de mis días con vos…

Eleonora apoyó un dedo en la boca de Francisco para que se callara.

—¿Estás seguro? —preguntó ella en cambio.

Fran asintió, sonriéndole. Ella le acarició los hoyuelos y comenzó a llorar.

—Después de dos matrimonios fallidos, cualquier otra mujer en mi lugar saldría corriendo al escuchar tu propuesta… pero nunca me casé enamorada y quiero saber qué se siente decirle sí frente al altar al hombre que amas.

Fran se incorporó y besó sus manos. Alzó la cabeza y la miró.

—¿Entonces aceptás?

—¿Qué otra opción tengo? —respondió Eleonora, llorando entre risas—. ¡Acepto casarme contigo, *Francesco!*

Fran desató el anillo y ante la mirada curiosa de los demás, lo deslizó por el dedo de Eleonora. Mientras los aplausos estallaban a su alrededor, sus bocas se unieron en un beso lleno de promesas de amor.

LUNA DE MIEL A LA NAPOLITANA

Sorrento, provincia de Nápoles, abril de 1954

La suave brisa que soplaba esa tarde de primavera traía consigo el olor del mar y el canto de las gaviotas. Un hombre y una mujer, vestidos de blanco y tomados de la mano, recorrían la orilla cubierta de guijarros de la península sorrentina. Sus pies desnudos se hundían en la arena; aunque el agua cristalina, de un azul turquesa intenso, invitaba a darse un chapuzón, detuvieron su andar y se sentaron sobre una roca a descansar.

El hombre acarició el vientre incipiente de la mujer y sonrió.

—¿Me dejarías dibujarte? —preguntó la joven de repente, apoyando su mano sobre la mano del esposo. Sin esperar respuesta, sacó un cuaderno y un lápiz. Se apartó un poco para tener una mejor perspectiva del modelo y comenzó a trazar unas líneas sobre el papel.

Francisco y Eleonora disfrutaban de la belleza del paisaje y la dicha de estar juntos. Se habían consagrado uno al otro en matrimonio en una ceremonia sencilla y conmovedora en los jardines de la mansión Navarro Soler. Cuando Fran le entregó a Eleonora un sobre con dos pasajes de avión a Italia la misma noche de bodas, ella se echó a llorar en sus brazos. Pasar la luna de miel en su añorado Sorrento era un sueño hecho realidad. Y allí estaban, bronceándose la piel con el aire marino y el tibio sol del Mediterráneo.

Fran aprovechó que Eleonora se distrajo con una niña que corría por la playa para quitarse la arena que se le había metido en el bajo de los pantalones. Esperaban su primer hijo y cada criatura que se cruzaban en el camino se ganaba de inmediato la atención de ambos. Volvió a su postura inicial apenas Eleonora retomó el boceto.

Él la contempló en silencio. La maternidad le confería un halo especial. Sus ojos azules brillaban con más luz y un ligero rubor encendía sus mejillas siempre que estaban al aire libre.

—¡Quédate quieto! —despotricó Eleonora al darse cuenta de que Francisco se estaba moviendo.

Fran, haciendo caso omiso a su demanda, se levantó y la miró con insistencia. Le tendió el brazo, invitándola a ponerse de pie. Eleonora dejó sus materiales de dibujo a un lado y se prendió de su mano, con una sonrisa en los labios. Francisco la abrazó y apartó su cabello para hablarle al oído.

—Te amo*, mia cara* Eleonora. Siempre serás la mujer más bella del mundo para mí.

—Yo también te amo mucho, *Francesco*. Toda mi vida eres tú —le susurró, rememorando una de las estrofas de la melodía que Michele le cantaba con tanta devoción.

Eleonora entornó los párpados y apoyó la cabeza en el hombro de Francisco. La brisa marina soplaba ahora con un poco más de intensidad, alborotando sus cabellos. Cuando volvió a abrir los ojos, alcanzó a ver una figura masculina yéndose en dirección a los acantilados. Desapareció de pronto, perdiéndose entre la gente. Se le formó un nudo en la garganta y unas cuantas lágrimas mojaron sus mejillas. La brisa cesó y se escucharon a lo lejos los acordes de una guitarra. Una voz rasgada comenzó a entonar el estribillo de “Parlami d’amore, Mariù” y Eleonora tuvo la certeza de que Michele había venido a despedirse de ella.

La música invitaba a bailar, y aferrada a los brazos del hombre que amaba, Eleonora sonrió, con el corazón danzando de felicidad.

AGRADECIMIENTOS

Gracias infinitas a mi querida editora, María Fernanda Mainelli, por acompañarme en una nueva aventura literaria. ¡Es un placer trabajar con vos, Fer!

Gracias infinitas a todo el equipo de Penguin Random House por el maravilloso trabajo que realizan antes, durante y después de la publicación de cada una de mis novelas.

Gracias infinitas a los periodistas y a los trabajadores de la prensa por difundir mis obras.

Gracias infinitas a las bibliotecas populares y a los grupos de lecturas por leer y recomendar mis historias.

Gracias infinitas a ustedes, queridos lectores, por ser parte de este camino de letras que amo recorrer. Es reconfortante saber que siempre están ahí, a solo unas páginas de distancia.



En la oscuridad de su celda en la prisión, Francisco Navarro Soler hace una promesa: el día que recobre la libertad, buscará incansablemente la verdad detrás de la muerte de su madre, un trauma que lo acompaña desde la infancia. Los recuerdos lo atormentan en cada sueño y todos los días, al mirar la fotografía de su madre junto a tres misteriosas mujeres, siente que allí reside el secreto de la tragedia que marcó para siempre la vida de los hermanos Navarro Soler.

Su búsqueda lo sumergirá en una Buenos Aires prohibida, llena de intrigas y deseos inconfesables, donde Eleonora Ferrara, una bellísima italiana, lucha por esquivar la sombra mortal de la mafia que la persigue.

En esta cautivadora novela de Andrea Milano se cruzan dos mundos distintos, llevando a los lectores a un viaje fascinante donde la verdad se revela poco a poco. ¿Podrá el amor redimir un pasado cargado de violencia y mentiras?



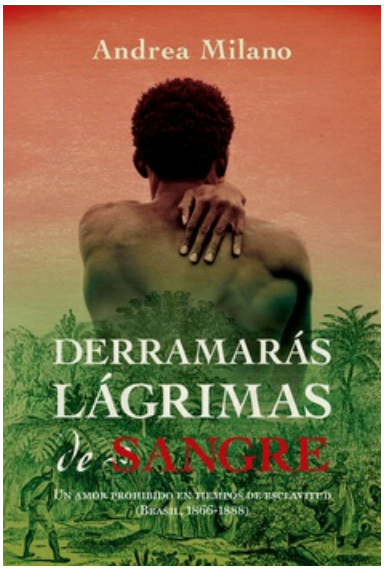
ANDREA MILANO

Vive en Olavarría, provincia de Buenos Aires. Estudió idiomas y se desempeñó como traductora y docente de lenguas extranjeras. Voraz lectora y apasionada de las letras desde pequeña, empezó publicando relatos en los medios gráficos de su ciudad hasta que en 2007 editó su primer libro. Incursionó en diversos géneros literarios, desde la novela histórico-romántica al policial nórdico. Entre los títulos podemos mencionar: *Pasado imperfecto, Corazón impostor, Lazos de silencio, Susurros desde el más allá, La reina de la noche, Mala semilla, Embrujo gitano, En brazos de mi enemigo, Alma gitana, Derramarás lágrimas de sangre, Hasta que te vuelva a ver* y *Para siempre en un instante*. Escribió obras bajo dos seudónimos: como Sienna Anderson, *Nomeolvides, Escondido en tu mirada* y *La sombra oscura de la duda*, y como Lena Svensson, la saga de Greta Lindberg compuesta por *La redención y la muerte*, *El cazador y la presa*, *El ángel y el infierno, La araña y la mariposa, El azar y la venganza* y *Greta y el misterio de los zapatos rojos*. También participó de las antologías de relatos *Ay, amor*, *Ay, pasión* y *Ay, pecados*.

Foto de la autora: © Alejandra López











Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Milano, Andrea
La guardiana de todos los secretos / Andrea Milano. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2024.
(Narrativa Femenina)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-743-4

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Fotografía de tapa: © Joanna Czogala / Arcangel Images
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: noviembre de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-743-4

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

La guardiana de todos los secretos
Dedicatoria
Epígrafe
Tormenta
Parlami d’amore, Leonó
Viejo amigo
Los riesgos del amor
Un hueso duro de roer
Un segundo de libertad
Todo se sabe
No te conformes con menos
Orgullo de hombre
Pacto de silencio
Buscando un voto de confianza
Cumpleaños poco feliz
Letras perfumadas
El mártir de Sorrento
Mi Reina
El tiempo es mi enemigo
La novia más triste
Una oferta inesperada
Cruda sinceridad
La antesala del infierno
Mía, por fin
Poderoso caballero es Don Dinero
Los monstruos no tienen piedad
Cinco días y cuatro noches
Luna de hiel a la romana
Noche de espías
Valiente

El hallazgo
Con la soga al cuello
Cerrar viejas heridas
Volver de la muerte
El primo Roberto
Una jaula de cristal
Las cartas sobre la mesa
Decir adiós en silencio
En las buenas y en las malas
Puesta en escena
Noche de pesadilla
El hijo obediente
Una italiana en La Boca
La abuela Débora
En la boca del lobo
El paraíso tiene ojos azules
Cuestión de paciencia
Arriesgarse por amor
Prueba de fuego
Libre
Silencio culposo
La última noche
Un golpe de suerte
Revuelo en la cocina
Al descubierto
Secretos bajo la manga
Calores nocturnos
Días negros
Incordio italiano
Betty Boop y Jesse James
El anillo de bodas
Vendetta
Sediento de la verdad
El infierno tan temido
El fin de la pesadilla
Luna de miel a la napolitana
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos